JACK KEROUAC

En la carretera

El rollo mecanografiado original



Jack Kerouac

En la carretera

El rollo mecanografiado original

Título Original: On the road
Traductor: Zulaika Goicoechea, Jesús

Colección: Panorama de narrativas

ISBN: 9788433975072
Generado con: QualityEbook v0.86
Generado por: Denu1992, 08/04/2018

El rollo mecanografiado original

Al editar el rollo mecanografiado original de On the Road se ha querido presentar al lector de hoy un texto lo más fiel posible al que Kerouac

escribió entre el 2 y el 22 de abril de 1951.
El rollo, mecanografiado con pulcritud, contiene muy pocos errores si tenemos en cuenta su extensión —amén de la rapidez vertiginosa con que Kerouac trabajó en su redacción—. Kerouac añadía correcciones a mano en forma de notas que incorporaría luego en la preparación de un borrador revisado y final. En una carta a Neal Cassady del 22 de mayo de 1951,Kerouac escribe: «Por supuesto, desde el 22 de abril he seguido trabajando en la corrección de la novela. He dedicado a ello treinta días». Si bien no existe la certeza de que Kerouac se refiera aquí a las correcciones que hizo a partir del rollo original y tampoco podamos descartar la posibilidad de que empezara a corregir la novela en cualquier momento de su redacción—, lo que sí es cierto es que añadió las correcciones a un texto que había escrito a máquina con anterioridad. He suprimido estas correcciones y restaurado línea a línea el texto mecanografiado del original, excepto cuando lo que Kerouac añadió a mano es una palabra que falta —un nexo, la mayoría de las veces—. Paso por alto las líneas tachadas («xxxxxxx») del texto; los puntos (...) y los guiones () se han dejado como aparecen en el original (a veces Kerouac utiliza dos o cuatro puntos —o guiones— en lugar de tres), y así lo he respetado en cada caso.
He corregido la ortografía para facilitar la comprensión. A lo largo del rollo original, Kerouac utiliza muchas abreviaturas y palabras compuestas. He mantenido las abreviaturas para intentar transmitir el ritmo al que Kerouac tecleaba el texto en cada momento. Por la misma razón, y a fin de respetar estas palabras como elemento de la música vibrante de su prosa, he corregido tan sólo aquellas palabras compuestas que me han parecido accesorias. Contrariamente a lo que se ha dicho en innúmeras ocasiones, el rollo mecanografiado respeta casi siempre la puntuación convencional. Las excepciones claramente incorrectas obedecen al hábito de Kerouac de no poner el signo de interrogación al final de ciertas preguntas, y de no puntuar la separación entre quien habla y lo que dice en algunos pasajes de estilo indirecto.
Hace casi cuarenta años Sterling Lord comunicó a Kerouac que el original estaba en mal estado, e incluso roto por algunas partes. Como es lógico, estaba más deteriorado al comienzo del texto, en las primeras capas del rollo, donde el papel se hallaba más expuesto y era más vulnerable. En la mayoría de los casos, las palabras o letras que se han perdido resultan obvias. En los pocos casos en que esto no es así he consultado los borradores siguientes del autor y el texto ya publicado.
Y, para conservar la hermosa evocación del sonido de un coche que arranca varias veces en falso antes de partir para un largo viaje, he respetado la repetición de la primera línea de la novela.

HOWARD CUNNELL

Brixton, Londres, 2008

Jack Kerouac escribió On the Road a máquina, en un rollo de papel que armó pegando una tras otra ocho larguísimas hojas[1], a un espacio y sin un solo punto y aparte. Y tardó en hacerlo tres semanas.

Esta traducción se ha basado en la edición de Howard Cunnell para Penguin Classics. En su «Nota sobre el texto» introductoria, Cunnell explica las pautas que ha seguido para ofrecernos este original de la manera más fiel posible al espíritu de su autor.

De ella se desprende, en primer lugar, que no estamos ante una edición crítica —no pretende arrojar luz sobre sombras, ni elucidar interrogantes, ni brindar notas que pudieran hacer más fácil la comprensión de tiempo y marco—, sino ante una edición «limpia» que respeta la expresión más prístina del talento en bruto de Kerouac.

El traductor, por tanto, ha seguido un criterio de respeto escrupuloso al original de Penguin salvo en lo que se refiere a los diálogos. Ha creído lícita —y aun imperativa— la creación de párrafos de separación entre la narración en tercera persona y los diálogos. Así, el lector no encontrará en el texto más puntos y aparte que los que se derivan de acomodar tales diálogos a los usos del castellano, que utiliza en ellos los guiones largos y otorga a las intervenciones de cada interlocutor un cambio de párrafo. (Con ello, además, el lector hallará una cadencia visual más soportable: en su andadura por este texto tipográficamente inclemente podrá ir recuperando de cuando en cuando el resuello necesario).

También ha añadido las notas que ha juzgado convenientes y ha allanado algunos obstáculos menores —ha aligerado la profusión de paréntesis con dos, tres, cuatro puntos (o guiones), completado algunos signos de puntuación, sustituido las abreviaturas por las palabras enteras, unificado cursivas y comillas en títulos, etcétera.

Y, por supuesto, el traductor ha respetado esa repetición («I first met met Neal»: «Conocí conocí a Neal») de la primera línea de esta novela de Jack Kerouac que es en sí misma un manifiesto de la beat generation y que prefigura la contracultura y el movimiento hippie igualmente legendarios de la década siguiente.

LIBRO UNO

Dedicado a la memoria de Neal Cassady y Allen Ginsberg

¡Camerado, te doy mi mano!,
te doy mi amor, más precioso que el dinero,
me doy a ti antes de la prédica o la ley;
¿te me darás tú a mí?,
¿vendrás a viajar conmigo?
¿seguiremos juntos mientras la vida nos dure?
WALT WHITMAN

Conocí conocí a Neal no mucho después de la muerte de mi padre... Acababa de recuperarme de una enfermedad de la que ahora no me molestaré en decir nada salvo que tenía que ver con el hecho de que mi padre hubiera muerto y de mi espantosa sensación de que todo había muerto. Con la aparición de Neal empezó de veras para mí esa parte de mi vida que podría llamarse mi vida en la carretera. Antes de eso yo siempre había soñado con irme al Oeste, con ver el país, aunque nunca había pasado de planearlo de forma vaga y no había llegado nunca a partir realmente. Neal era el tipo perfecto para la carretera, porque incluso había nacido en ella, cuando sus padres pasaban por Sait Lake City en 1926, en un cacharro con ruedas, camino de Los Angeles. Las primeras noticias de Neal me llegaron a través de Hal Chase, que me enseñó unas cartas que Neal le había escrito desde un reformatorio de Colorado. Me interesaron enormemente estas cartas, porque en ellas le pedía de forma ingenua y encantadora a Hal que le enseñara todo lo referente a Nietzsche y demás cosas intelectuales y maravillosas por las que Hal era tan merecidamente famoso. En cierta ocasión Allen Ginsberg y yo hablamos de esas cartas y nos preguntamos si algún día llegaríamos a conocer a aquel extraño Neal Cassady. Fue hace muchísimo tiempo, cuando Neal no era en absoluto como es hoy, cuando no era sino un jovencito a punto de salir del reformatorio y envuelto por completo en el misterio. Luego llegaron noticias de que a Neal lo habían puesto ya en libertad e iba a venir a Nueva York por primera vez en su vida; y también se decía que acababa de casarse con una chica de dieciséis años llamada Louanne. Un día andaba yo por el campus de Columbia y Hal y Ed White me dijeron que Neal acababa de llegar a Nueva York y estaba en una casa de mala muerte del este de Harlem, el Harlem Hispano. Había llegado la noche anterior, y era la primera vez que estaba en Nueva York. Venía con Louanne, su chica, que era menuda y guapa y lista. Se habían bajado del autobús Greyhound en la calle Cincuenta, y a la vuelta de la esquina, en busca de un sitio para comer, habían entrado en Hector's, y desde entonces el restaurante Hector's siempre había sido para Neal un gran símbolo de Nueva York. Se gastaron dinero en bonitos pasteles, grandes y glaseados, y en bollos de nata. Y durante todo el rato Neal le estuvo diciendo a Louanne cosas como ésta: «Bien, querida, ya estamos en Nueva York, y aunque nunca llegué a decirte todo lo que estaba pensando cuando cruzábamos Missouri, y

sobre todo cuando pasamos por el reformatorio de Booneville y recordé mi problema con la justicia, es absolutamente necesario que ahora pospongamos todos esos flecos que tienen que ver con nuestros asuntos amorosos y de inmediato nos pongamos a pensar en planes concretos de trabajo...». Y así sucesivamente, tal como solía en los primeros tiempos. Fui a su cuchitril (un pequeño apartamento sin agua caliente) con los amigos y Neal salió a la puerta en calzoncillos. Louanne brincó de la cama como un resorte; al parecer estaban follando. Neal siempre estaba follando. El dueño del apartamento, Bob Malkin, estaba en la cocina, adonde al parecer lo había mandado Neal a hacer café mientras él se dedicaba a sus manejos amorosos... Para él el sexo era la única cosa sagrada e importante en la vida, aunque tuviera que sudar y maldecir para ganarse la vida y demás. Mi primera impresión de Neal fue que se trataba de un joven Gene Autry: esbelto, de caderas estrechas y ojos azules, con acento genuino de Oklahoma. De hecho acababa de trabajar en un rancho, el de Ed Uhl, en Sterling, Colorado, antes de casarse con Louanne y venirse al Este. Louanne era una chiquilla pequeña y bonita, un encanto, pero tremendamente mema y capaz de hacer cosas horribles, como demostraría un poco más tarde. Menciono este primer encuentro con Neal sólo por cómo se comportó en él. Aquella noche todos bebimos cerveza y yo me emborraché y parloteé un tanto, y me dormí en el otro sofá, y a la mañana siguiente, mientras fumábamos tontamente las colillas de los ceniceros, sentados a la luz grisácea de aquel día sombrío, Neal se levantó nervioso, se puso a dar vueltas, pensativo, y decidió que lo que había que hacer era poner a Louanne a preparar el desayuno y a barrer el suelo. Entonces me marché. Y eso fue todo lo que supe de Neal al principio. Pero a la semana siguiente le confió a Hal Chase la necesidad imperiosa que tenía de que le enseñara a escribir. Hal le dijo que el escritor era yo, y que era a mí a quien tenía que acudir en busca de ayuda. Entretanto, Neal había conseguido trabajo en un aparcamiento, se había peleado con Louanne en su apartamento de Hoboken —sólo Dios sabe por qué se habían mudado allí—, y ella se había puesto tan fuera de sí que en venganza le había denunciado a la policía, acusándole de algo absolutamente falso fruto de su histerismo enloquecido, y Neal tuvo que largarse de Hoboken. Así que, como no tenía adonde ir, se vino directamente a Ozone Park, donde yo vivía con mi madre, y una noche en que yo estaba trabajando en mi libro o mi fresco o como quieran ustedes llamarlo, oí unos golpes en la puerta y allí estaba Neal, haciendo reverencias, arrastrando los pies de forma obsequiosa en la oscuridad del vestíbulo, y diciendo:

—Hola, ¿te acuerdas de mí? ¿Neal Cassady? Vengo para pedirte que me enseñes a escribir.

—¿Y dónde está Louanne? —le pregunté, y Neal dijo que creía que había juntado unos dólares haciendo la calle (o algo parecido) y se había vuelto a Denver.

—¡La muy puta!

Así que nos fuimos a tomar unas cervezas porque no podíamos hablar cómodamente delante de mi madre, que estaba en la sala leyendo el

periódico. Echó una mirada a Neal, y desde el primer momento decidió que estaba loco. Jamás se le pasó por la cabeza que más de una vez ella habría de atravesar con él en coche la loca noche de Norteamérica. En el bar le dije a Neal:
—Por Dios, tío, sé perfectamente que no has venido a verme sólo porque quieras ser escritor, porque después de todo qué sé yo de eso más que tienes que dedicarte a ello con la energía de un adicto a las anfetas.
Y él dijo:
—Sí, por supuesto. Sé perfectamente lo que quieres decir, y de hecho ya he tenido en cuenta esas cosas, pero lo que yo persigo es la comprensión de los factores en los que uno debe apoyarse según la dicotomía de Schopenhauer para cualquier conciencia interiorizada...
Y siguió un buen rato de esta guisa, diciendo cosas de las que yo no entendía ni una palabra y él tampoco, y a lo que me refiero es a que en aquellos días Neal nunca sabía de lo que estaba hablando, o sea, que era un joven recién salido del reformatorio y convencido de sus maravillosas posibilidades de llegar a convertirse en un verdadero intelectual, y que le gustaba hablar en tal tono y utilizando el vocabulario —aunque de un modo embarullado— que había oído en boca de los «intelectuales de verdad». No ha de olvidarse, sin embargo, que no era tan ingenuo en las demás cosas, y apenas necesitó unos meses con León Levinsky para familiarizarse por completo con la jerga y los modos de la intelectualidad. De todas formas, me encantó su locura y nos emborrachamos en el bar de Linden, detrás de mi casa, y accedí a que se quedara en ella hasta encontrar trabajo, y estuve de acuerdo también en que alguna vez viajaríamos juntos al Oeste. Era el invierno de 1947. Poco después de conocer a Neal empecé a escribir o pintar mi extensa El pueblo y la ciudad, y llevaba ya unos cuatro capítulos cuando una noche en que Neal había cenado en casa y ya había conseguido un nuevo empleo en un aparcamiento de Nueva York, el aparcamiento del hotel NYorker, en la calle Treinta y cuatro, se inclinó sobre mi hombro mientras tecleaba a toda velocidad en mi máquina de escribir y dijo:
—Venga, hombre, que esas chicas no esperan. Date prisa.
Y yo dije:
—Espera un momento. Estoy contigo en cuanto acabe este capítulo.
Así lo hice, y resultó uno de los mejores capítulos del libro. Luego me vestí y salimos como exhalaciones para Nueva York a encontrarnos con aquellas chicas. Como saben, de Ozone Park a Nueva York se tarda una hora en el tren elevado y el metro, y cuando íbamos en el elevado sobre los tejados de Brooklyn nos inclinábamos el uno sobre el otro moviendo los dedos y gritando y hablando con excitación, y a mí me empezaba a entrar el gusanillo que sentía por dentro Neal. Dicho en pocas palabras, lo que le pasaba a Neal era sencillamente que la vida lo excitaba de una manera desmedida, y aunque era un buscón, lo era únicamente porque deseaba con enorme avidez vivir e implicarse en las vidas de gentes que normalmente jamás le harían el menor caso. Se estaba aprovechando también de mí, y él sabía que yo lo sabía (ésta ha sido la base de nuestra relación), pero no me importaba, y nos llevábamos de maravilla. Empecé a aprender de él tanto

como él aprendía de mí. En relación con mi trabajo, decía: «Sigue así, todo lo que haces es fantástico». Fuimos a Nueva York, no me acuerdo cómo era la cosa, un par de chicas..., pero no había tales chicas: se suponía que habían quedado con nosotros y no estaban. Fuimos al aparcamiento donde trabajaba, porque aún tenía un par de cosas por hacer: cambiarse de ropa en el cobertizo trasero, y acicalarse un poco frente a un viejo espejo roto y demás..., y al rato nos largamos. Y ésa fue la noche en que Neal conoció a León Levinsky. Y algo tremendo sucedió cuando Neal conoció a León Levinsky... —me refiero, cómo no, a Allen Ginsberg—. Dos mentes agudas como las suyas... Se enredaron una con otra en un abrir y cerrar de ojos.
Dos ojos penetrantes se fijaron en dos ojos penetrantes: el timador santo y el gran timador triste y poético que es Allen Ginsberg. A partir de entonces vi poco a Neal, y eso me dolió un tanto... Sus energías se encontraron frente a frente. Comparado con ellos, yo era un patán; no podía seguirles. La espiral loca de todo lo que habría de pasar a partir de entonces empezó en aquel momento, y llegó a envolver a todos mis amigos y a todo lo que quedaba de mi familia en una gran nube de polvo sobre la noche norteamericana... Hablaron de Burroughs, Hunkey, Vicki... Burroughs, en Texas; Hunkey, en Riker's Island; Vicki, liada con Norman Schnall en aquella época..., y Neal le habló a Allen de gentes del Oeste como Jim Holmes, el tahúr de los billares, un marica giboso y angelical... Le habló de Bill Tomson, de Al Hinkle, de sus amigos de la niñez, de sus compinches de la calle... Iban a toda prisa por la calle, sacando a colación las cosas de la forma en que lo hacían en los primeros tiempos, forma que andando el tiempo se volvería harto más triste y perspicaz... Pero entonces bailaban por las calles como girándulas, y yo arrastraba los pies tras ellos como he venido haciendo toda mi vida con la gente que me interesa, porque la única gente que me interesa es la que está loca, la que está loca por vivir, por hablar, ávida de todas las cosas a un tiempo, la gente que jamás bosteza o dice un lugar común..., sino que arde, arde, arde como candelas romanas en medio de la noche. Allen era homosexual en aquel tiempo —experimentaba consigo mismo hasta el límite—, y Neal se dio cuenta enseguida, y habiendo sido puto él mismo de jovencito, en la noche de Denver, y ávido de aprender a escribir poesía como Allen, en un abrir y cerrar de ojos estuvo encima de él con esa alma enorme y amorosa que sólo un buscón es capaz de poseer. Yo estaba en la misma habitación, y les oí en la oscuridad, y cavilé sobre ello y me dije para mis adentros: «Mmm... Ha empezado algo, pero yo no quiero tener nada que ver con ello». Así que no les vi durante unas dos semanas, en el curso de las cuales cimentaron su amistad hasta extremos de locura. Y llegó el gran momento de los viajes, la primavera, y todo el mundo en el grupo de amigos disperso se aprestaba a emprender este o aquel viaje. Yo estaba dedicado por entero a la redacción de mi novela, y cuando hube llegado a la mitad, y tras un viaje al Sur con mi madre para visitar a mi hermana, me dispuse a emprender viaje hacia el Oeste por primera vez en mi vida. Neal ya se había marchado. Allen y yo lo habíamos acompañado a la estación Greyhound de la calle Treinta y cuatro. En el piso de arriba había un sitio donde uno se puede hacer fotografías por un cuarto de dólar. Allen se quitó las gafas, y

tenía un aspecto siniestro. Neal se hizo una foto de perfil, y miró tímidamente a su alrededor. Yo me hice una de frente en la que —según Luden— parecía un italiano de treinta años dispuesto a matar a cualquiera que hubiera dicho algo en contra de su madre. Neal y Allen cortaron esta foto limpiamente en dos con una cuchilla y se guardaron cada uno una mitad en la cartera. Tiempo después volvería a ver esa fotografía. Neal llevaba un genuino traje de hombre de negocios del Oeste para su gran viaje de vuelta a Denver. Su primera parranda neoyorquina había terminado. Digo «parranda», pero había trabajado como una mula en aparcamientos, y había sido el empleado de aparcamiento más divino del planeta: era capaz de conducir un coche marcha atrás a sesenta kilómetros por hora para meterlo en un hueco angosto y pararse a cinco centímetros del muro de ladrillo, brincar fuera, pasar entre guardabarros casi juntos y saltar al interior de otro coche, girar con él a ochenta kilómetros por hora en un espacio reducido, enfilarlo y llevarlo marcha atrás hasta aparcarlo en otro hueco muy estrecho —con apenas varios centímetros de separación de los otros coches a ambos flancos— y parar en seco al tirar bruscamente del freno de mano. Luego corría como un velocista hasta la taquilla de los tiques, le tendía uno al recién llegado, saltaba al interior del coche antes casi de que se apeara el propietario —colándose literalmente debajo de él mientras se estaba bajando— y salía a toda velocidad con la portezuela abierta aleteando y un ruido atronador rumbo al siguiente hueco de aparcamiento libre. Y así toda la noche, sin pausa alguna, durante ocho horas: las horas punta, de la salida de los teatros, con pantalones grasientos de borrachín y una chaqueta con forro de piel raída y unos zapatos viejos con holguras. Ahora se había comprado un traje nuevo para volver a casa; azul de rayas, con chaleco y demás, y un reloj con leontina; y una máquina de escribir portátil con la que iba a empezar a escribir en una pensión de Denver en cuanto encontrase trabajo. Hicimos una comida de despedida con salchichas y judías en un Riker de la Séptima Avenida, y luego Neal montó en el autobús con el cartel de Chicago y se perdió con estruendo en la noche. Me prometí hacer lo mismo en cuanto floreciese la primavera y se abrieran los caminos de la tierra. Afloraría el cowboy que llevamos dentro. Y fue así como realmente empezó mi experiencia en la carretera, y las cosas que habrían de pasar son demasiado fantásticas para no contarlas. No he hablado de Neal más que de una forma preliminar porque a la sazón no sabía de él más que lo que he contado. De su relación con Allen no estoy al corriente, y, como se haría patente más tarde, Neal se cansó de ella, sobre todo de la homosexualidad, y volvió a sus tendencias naturales, pero eso no era lo más importante. En el mes de julio de 1947, una vez terminada con creces la mitad de la novela, y tras ahorrar unos cincuenta dólares de la pensión de veterano de guerra, estaba listo para emprender viaje a la Costa Oeste. Mi amigo Henri Cru me había escrito desde San Francisco diciéndome que tenía que ir a reunirme con él para embarcarnos en un transatlántico que diera la vuelta al mundo. Me juraba que podría conseguir que me admitieran en la sala de máquinas. Le contesté que me conformaría con un viejo carguero con tal de hacer unos cuantos viajes largos por el Pacífico y

volver con el dinero suficiente para mantenerme en casa de mi madre mientras acababa el libro. Me respondió diciéndome que tenía una cabaña en Marin City donde yo tendría todo el tiempo del mundo para escribir mientras él se dedicaba al engorro de encontrar un barco. Vivía con una chica que se llamaba Diane, que era —según él— una estupenda cocinera, y nos lo íbamos a pasar de maravilla. Henri era un viejo compañero del instituto, un francés que se había criado en París y otros lugares de Francia y un tipo loco de remate —aún no sabía bien lo loco que estaba—. Así que me esperaba dentro de unos diez días. Le escribí confirmándoselo..., ignorante de todo aquello en lo que me vería envuelto en la carretera. Mi madre estuvo completamente de acuerdo en que me fuera al Oeste; dijo que me haría bien, que había trabajado muy duro durante todo el invierno y que apenas había salido de casa. Ni siquiera puso grandes peros cuando le dije que tendría que hacer parte del viaje en autostop (normalmente le daba miedo que lo hiciera), porque creía que el viaje me haría bien. Lo único que quería era que volviera entero. Así que dejé mi largo manuscrito (aún a medias) encima de mi mesa de trabajo, doblé por última vez las cómodas sábanas del hogar y me fui con la bolsa de lona (en la que había metido unas cuantas cosas indispensables). Dejé una nota a mi madre, que estaba en el trabajo, y partí hacia el océano Pacífico como un auténtico Ismael, con cincuenta dólares en el bolsillo. ¡En qué lío me metí en ese mismo momento! Cuando miro hacia atrás en la actualidad me parece increíble cómo pude ser tan estúpido. Llevaba meses estudiando mapas de los Estados Unidos en Ozone Parle, e incluso había leído libros sobre los pioneros y saboreado nombres como Platte y Cimarrón y otros por el estilo, y en el mapa de carreteras vi una larga línea roja llamada Route 6 que llevaba desde la punta de Cape Cod directamente a Ely, Nevada, y luego bajaba hasta Los Angeles. «Seguiré por la Route 6 sólo hasta Ely», me dije a mí mismo, y partí confiado. Para llegar a la Route 6 tenía que subir hasta Bear Mountain, Nueva York. Henchido de sueños de todo lo que habría de hacer en Chicago y en Denver, y finalmente en San Francisco, cogí el metro en la Séptima Avenida y fui hasta el final de la línea en la calle Doscientos cuarenta y dos, muy cerca de Horace Mann, el instituto privado en que había conocido a Henri Cru —el amigo al que iba a ver en San Francisco—, y allí cogí un tranvía que me llevó a Yonkers. En el centro de Yonkers hice transbordo a un tranvía que iba hasta la linde de la ciudad, en la orilla oriental del Hudson. Si tiras una rosa al río Hudson en su misterioso nacimiento cerca de Saratoga, piensa en todos los lugares por los que pasará en su camino sin retorno hacia el mar..., piensa en el maravilloso valle del Hudson. Empecé a hacer autostop hacia el norte. Cinco carreras discontinuas me llevaron hasta el anhelado puente de Bear Mountain, donde la Route 6 describe un arco al arribar desde Nueva Inglaterra. Me lo había representado mentalmente, pero ni en sueños lo había imaginado como resultó ser. Para empezar, en cuanto me vi allí solo se puso a llover a cántaros. Era un paraje montañoso. La Route 6 surgía de la tierra virgen, rodeaba una rotonda (después de cruzar el puente) y volvía a desaparecer en el boscaje. No sólo no había ningún tráfico sino que la lluvia era torrencial y no había sitio alguno para guarecerse. Tuve que correr para

buscar refugio bajo unos pinos. Pero de poco me sirvió. Me puse a gritar y a maldecir, y a darme golpes en la cabeza por haber sido tan idiota. Estaba a sesenta y cinco kilómetros al norte de Nueva York, y durante todo el trayecto me había estado preocupando el hecho de que en todo aquel día, el gran día inaugural, no había hecho más que moverme hacia el norte en lugar de hacia el deseado, el anhelado oeste. Ahora estaba varado en mi extremo más norteño. Corrí medio kilómetro hasta una gasolinera abandonada de un coqueto estilo inglés, y me guarecí bajo sus aleros chorreantes. Sobre mi cabeza, allá en lo alto, la espeluznante Bear Mountain, cuyos atronadores truenos me metían el temor de Dios en el cuerpo. Lo único que conseguía ver eran los árboles humeantes y una espesura sombría que se alzaba hacia el cielo. «¿Qué diablos estoy haciendo aquí?», maldije, anhelando Chicago... «Allí estarán pasándoselo en grande, haciendo cosas, ¡y yo aquí! ¿Cuándo llegaré a Chicago?». Seguí diciéndome cosas por el estilo, hasta que por fin paró un coche en la gasolinera vacía. El hombre y las dos mujeres que iban en él querían consultar un mapa. Me acerqué hacia ellos y me puse a gesticular bajo la lluvia. Hablaron entre ellos. Yo debía de parecerles un loco, claro está, con el pelo todo empapado y los zapatos chorreantes... Mis zapatos, necio de mí, eran guaraches mexicanos, que, como un tipo me diría tiempo después en Wyoming, seguro que darían algún tipo de fruto si se plantaban en la tierra —eran como unas sandalias de suelas llenas de agujeros absolutamente inapropiadas para la noche de Norteamérica y la dura noche de la carretera—. Pero me dejaron subir al coche, y me llevaron de vuelta a Newburgh; acepté que lo hicieran porque era una alternativa mejor que quedarme atrapado toda la noche en la espesura de Bear Mountain.

—Además —dijo el hombre—, por la 6 apenas hay tráfico. Si quiere ir a Chicago será mejor que coja el túnel Holland de Nueva York y se dirija a Pittsburgh.

Y me di cuenta de que tenía razón. Era un sueño que se iba al traste, la estúpida idea concebida al amor de la lumbre de que sería maravilloso atravesar el país siguiendo una gran línea roja en lugar de intentar diversas carreteras y rutas. Esa es mi tragedia con la Route 6 —y aún dará mucho que hablar—. En Newburgh había parado de llover. Bajé hasta el río, y entre otras cosas tuve que regresar a Nueva York en un autobús con una delegación de maestros que volvían de pasar el fin de semana en las montañas; chachara y chachara y bla bla bla y bla bla bla, y yo soltando maldiciones por todo el tiempo y el dinero perdidos, y diciéndome: «Quiero ir al oeste y me he pasado el día entero y parte de la noche subiendo y bajando, hacia el norte y hacia el sur, como si estuviera empeñado en algo y no lograra dar el primer paso». Me juré que al día siguiente estaría en Chicago, y me aseguré de que así fuera cogiendo un autobús con destino Chicago en el que me gasté más de la mitad del dinero que me quedaba. Y no me importó lo más mínimo, con tal de estar al día siguiente en Chicago. El autobús salió a las dos de la madrugada de la estación de la calle Treinta y cuatro, unas dieciséis horas después de haber pasado por delante de ella en dirección a la Route 6. Y dócilmente me dejé llevar hacia el oeste. Había sido

un necio, sí, pero me dirigía hacia allí al fin. No voy a contar mi viaje a Chicago; fue un viaje en autobús común y corriente, con bebés llorones y a veces un vivo sol y gente que subía en una población tras otra de Pennsylvania, y así sucesivamente hasta que entramos en la llanura de Ohio y todo fue rodar y rodar, y luego subimos por Ashtabula y cruzamos Indiana de noche rumbo a Chicago. Llegué a esta ciudad por la mañana temprano, me hospedé en una habitación de la Asociación Cristiana de Jóvenes y me fui a la cama con poquísimos dólares en el bolsillo (por culpa de mi necedad). Y, tras un buen día de sueño, disfruté de Chicago a conciencia. El viento del Lago Michigan, la «Alubia[2]», el bop en el Loop[3], largos paseos por South Halsted y North Clark, y una larga caminata por la jungla urbana después de medianoche, durante la cual me siguió un coche patrulla que sin duda me consideraba alguien sospechoso. A la sazón —1947—, el bop hacía furor en Norteamérica, pero aún no había llegado a ser lo que es ahora. Los tipos del Loop tocaban, sí, pero con un aire cansado, porque el bop era algo situado entre el período ornitológico de Charlie Parker y otro período que en realidad empezó con Miles Davis. Y mientras estaba allí sentado escuchando aquel sonido de la noche, que era lo que el bop había llegado a representar para todos nosotros, pensé en todos mis amigos —desperdigados de un extremo a otro del país—, y en cómo todos ellos en realidad no hacían sino dar vueltas frenéticas dentro de un mismo y vasto espacio. Y por primera vez en mi vida, a la tarde siguiente, entré en el oeste. Era un día cálido y hermoso para hacer autostop. Para salir de las complejidades imposibles del tráfico de Chicago cogí un autobús a Joliet, Illinois, pasé por delante del penal de Joliet, y me situé justo en la salida de la ciudad, y tras un paseo a través de las calles destartaladas y frondosas de detrás, me puse a hacer autostop. Había hecho todo el viaje de Nueva York a Joliet en autobús, y me quedaban unos veinte dólares en el bolsillo. Mi primer trayecto lo hice en un camión cargado de dinamita y con bandera roja. Unos cincuenta kilómetros por la vasta pradera verde de Illinois. El conductor me indicó el lugar donde la Route 6 se cruzaba con la Route 66 y ambas se separaban vertiginosamente hacia el oeste hasta perderse en una increíble lejanía. A eso de las tres de la tarde, después de tomarme un pastel de manzana con helado en un puesto que había en el borde de la carretera, me paró una mujer en un pequeño cupé. Sentí una punzada de alegría lúbrica mientras corría hacia el coche. Pero era una mujer madura, con hijos de mi edad, y quería a alguien que condujera por turnos hasta Iowa. ¡Me entusiasmé: Iowa! No demasiado lejos de Denver; y una vez en Denver podría relajarme un poco. Durante las primeras horas condujo ella. En un momento dado insistió en visitar una vieja iglesia que había en no sé dónde, como si fuéramos turistas, y luego me puse al volante, y aunque no soy lo que se dice un buen conductor conduje de un tirón lo que quedaba de Illinois hasta llegar a Davenport, Iowa, vía Rock Island. Y allí vi por primera vez en mi vida mi amado río Mississippi —seco en la neblina del verano, con muy poca agua, con un fuerte y fétido olor que huele al cuerpo en carne viva de la misma Norteamérica que él lava—. Rock Island —vías férreas, casuchas, pequeño extrarradio urbano; más allá del puente que lleva a Davenport, el

mismo tipo de ciudad, llena de olor a serrín bajo el sol cálido del Medio Oeste—. Aquí la mujer tenía que tomar otra carretera para seguir viaje hacia su localidad natal de Iowa, y me bajé del coche. El sol se estaba poniendo. Después de tomarme unas cervezas frías eché a andar hacia la linde de la ciudad, y fue un largo paseo. Todos los hombres volvían a casa del trabajo en sus vehículos, con gorra de ferroviario o de béisbol, o de cualquier tipo de sombrero, exactamente igual que en todas partes a la salida del trabajo. Uno de ellos me llevó hasta la colina y me dejó en un cruce solitario, en el borde de una pradera. Era un sitio precioso. Al otro lado de la calle había un motel, el primero de la larga serie de ellos que habría de ver en el oeste. Los únicos coches que pasaban los conducían granjeros que me miraban recelosos y seguían su camino, mientras las vacas volvían a sus establos. No vi ni un solo camión. Unos cuantos coches pasaron a toda velocidad. Un chico que conducía un coche trucado cruzó ante mí con la bufanda al viento. El sol se había puesto, y yo estaba allí de pie en medio de la oscuridad purpúrea. Me entró miedo. Ni siquiera se veía luz alguna en los campos anochecidos de Iowa. Un minuto después nadie podría verme. Por suerte un hombre que volvía a Davenport me llevó hasta el centro urbano: me encontraba, pues, en el mismo sitio que al principio. Fui a la estación de autobuses y me senté y me puse a pensar en mi situación. Me comí otro pastel de manzana con helado —prácticamente lo único que comí durante mi viaje a través del país; sabía que era nutritivo, y, por supuesto, delicioso —. Decidí arriesgarme. Después de pasarme media hora mirando a una camarera en la cafetería de la estación de autobuses, cogí un autobús en el centro de Davenport que me dejó en las afueras de la ciudad, pero esta vez cerca de las gasolineras. Por allí pasaban atronadores los grandes camiones, y al cabo de un par de minutos uno de ellos pisó el freno a fondo al verme. Corrí hacia él mientras el alma me daba brincos de alegría. Y menudo camionero resultó... Un tipo grande y duro con ojos saltones y voz ronca que lo único que hacía era dar golpazos y patadas a todo y se limitaba a mantener su máquina en marcha sin prestarme la menor atención, lo cual me permitió descansar un rato... Una de las cosas más molestas de hacer autostop es tener que dar conversación a montones de gente, para que no piensen que han cometido un error al recogerte, e incluso entretenerlos, algo que llega a producirte una gran tensión cuando lo que pretendes es seguir y seguir viaje y no tienes pensado dormir en hoteles. El tipo gritaba por encima del rugido del motor, y lo único que yo tenía que hacer era responderle a gritos, y luego los dos nos relajábamos un poco. Llevaba aquel trasto directamente a Rapid City, Iowa, y me contaba a gritos las anécdotas más divertidas sobre cómo burlaba la ley en las poblaciones donde había una limitación de velocidad injusta, y con cada una de ellas me repetía:
—Esos malditos polis no conseguirán nunca meterme miedo...
Estuvo fantástico. E hizo una cosa genial por mí. Justo cuando entrábamos en Rapid City vio que otro camión nos seguía de cerca, y como tenía que torcer para entrar en Rapid City puso las luces traseras en intermitencia para avisar a su colega y aminoró la marcha para que me apeara. Salté del camión con mi bolsa, y el otro camionero, al darse cuenta de la señal, se

detuvo para que yo montara, y de nuevo —en un abrir y cerrar de ojos— me vi enfilando centenares de kilómetros en medio de la noche en otra cabina grande y alta. ¡Y me sentía tan feliz! El nuevo camionero estaba tan chiflado como el anterior, y gritaba tanto como él, y lo único que me cabía hacer a mí era echarme hacia atrás y serenar mi espíritu y dejar que aquel camión me llevara hacia delante. Ahora podía ver Denver en la lejanía, bajo las estrellas, al cabo de la pradera de Iowa y las llanuras de Nebraska, y, más allá, la visión aún más ingente de San Francisco, como joyas en la noche. El camionero pisaba el acelerador a conciencia, y estuvo contando anécdotas durante un par de horas; luego, en Stuart, una ciudad de Iowa donde años después a Neal y a mí nos detuvieron en la carretera como sospechosos en el caso del robo de un Cadillac, durmió unas horas en su asiento. Yo también dormí; y di un pequeño paseo a lo largo de unas solitarias paredes de ladrillo iluminadas por una única luz, con la pradera ensimismada al fondo de cada calleja y el olor del grano como un rocío en la noche. Al alba, el camionero despertó con un sobresalto, y reemprendimos viaje. Una hora después surgió a lo lejos el humo de Des Moines, sobre los maizales verdes. El camionero tenía que desayunar, y quería tomarse su tiempo, así que yo seguí hasta Des Moines —situada a unos seis kilómetros de allí— en el coche de dos chicos de la Universidad de Iowa. Se me hacía extraño ir en su cómodo coche nuevo y oírles hablar de exámenes mientras nos adentrábamos suavemente en la ciudad. Lo que yo quería era dormir un día entero y seguir viaje hasta Denver. Así que me fui al albergue de la Asociación Cristiana de Jóvenes, pero no tenían habitación; instintivamente me puse a deambular y llegué hasta las vías del tren —hay montones de ellas en Des Moines—, y acabé en una vieja y sombría posada que había junto al depósito de las locomotoras, y me pasé todo un maravilloso día durmiendo en una cama grande y dura, blanca y limpia, con frases obscenas grabadas en la pared, junto a la almohada y las desvencijadas persianas amarillas echadas, que me velaban la estampa humeante de las cocheras. Me desperté cuando el sol iba ya adquiriendo una tonalidad rojiza; y aquél fue el instante más singular de mi vida, el más extraño de todos, un instante en cuyo transcurso yo no supe quién era... Estaba lejos de casa, obsesionado y agotado por el viaje, en una habitación de un hotel barato en el que jamás había estado antes, oyendo el silbido del vapor que me llegaba de fuera y el crujido de la vieja madera del edificio, y las pisadas de arriba, y todos los ruidos tristes, y miré hacia el alto techo agrietado, y por espacio de unos quince segundos no supe quién era. No sentí miedo. Simplemente era otro, un desconocido, y mi vida entera era una vida encantada, la vida de un fantasma... Estaba a medio camino de atravesar Norteamérica de costa a costa, en la línea divisoria entre el Este de mi juventud y el Oeste de mi futuro, y tal vez por eso me sucedió precisamente allí y en aquella extraña tarde roja. Pero tenía que seguir viaje y dejar de lamentarme, así que cogí la bolsa, le dije hasta la vista al viejo encargado que estaba sentado junto a la escupidera y me fui a comer. Tomé un pastel de manzana con helado —a medida que me adentraba más y más en Iowa el pastel de manzana iba mejorando: el pastel era más grande, el helado más sustancioso—. En Des

Moines, aquella tarde, mirara donde mirara, no hacía más que ver grupos y más grupos de chicas preciosas. Volvían a casa del instituto (pero yo no tenía tiempo de pensar en esas cosas, y me prometí ir a algún baile en Denver). Allen Ginsberg estaba ya en Denver; Neal también; Hal Chase y Ed White también: era su ciudad natal, Louanne también, y me habían hablado de una pandilla genial en la que estaban Bob Burford, su rubia y guapísima hermana Beverly y dos enfermeras que conocía Neal: las hermanas Gullion. E incluso Allan Temko, mi viejo camarada de escritura de la facultad, estaba en Denver. Ardía en deseos de verlos a todos: vivía la alegría anticipada del encuentro. Así que pasé apresuradamente junto a aquellas chicas (las chicas más bonitas del mundo viven en Des Moines, Iowa). Un tipo chiflado con una especie de cobertizo de herramientas con ruedas —un camión lleno de herramientas— me llevó hasta la cima de una larga colina, donde acto seguido me cogieron un granjero y su hijo que iban a Adel, Iowa. En esta ciudad, bajo un gran olmo que había cerca de una gasolinera, conocí a otro autostopista que iba a seguir conmigo una gran parte del resto del viaje. Si hubiera que definirlo, se diría que era el neoyorquino típico: un irlandés que se había pasado la mayor parte de su vida laboral conduciendo una camioneta de Correos, y que ahora iba a Denver en busca de una chica y una nueva vida. Creo que estaba huyendo de algo en Nueva York —de la ley, muy probablemente— Tenía treinta años, y era un genuino borrachín de nariz colorada, y me habría aburrido soberanamente en circunstancias normales, pero mi sensibilidad se hallaba muy agudizada y propensa a cualquier amistad humana. Mi compañero llevaba un jersey gastado y pantalones muy holgados y dados de sí, y ninguna bolsa de viaje —sólo un cepillo de dientes y varios pañuelos—. Dijo que teníamos que hacer autostop juntos. Debería haberle dicho que no, porque tenía todo el aspecto de ser horrible en la carretera. Pero seguimos juntos, y nos cogió un hombre taciturno que se dirigía a Stuart, Iowa, ciudad en la que habríamos de quedarnos realmente varados. En Stuart estuvimos de pie frente a la taquilla del tren, a la espera del tráfico en dirección oeste hasta la caída del sol, unas cinco horas... Matando el tiempo; al principio hablando de nosotros mismos; luego él se puso a contar chistes verdes, y luego empezamos a dar patadas a las piedras y a hacer ruidos estúpidos de todas clases. Nos aburríamos; decidí gastarme un dólar en cerveza; fuimos a una tumultuosa taberna de Stuart y nos tomamos unas cuantas. Mi compañero se emborrachó como solía en sus noches de la Novena Avenida, allá en Nueva York, y me contó a gritos al oído todos los sórdidos sueños de su vida. Empezó incluso a gustarme; no porque fuera un buen tipo, como más tarde demostraría que era, sino porque se entusiasmaba con las cosas. Volvimos a la carretera en medio de la oscuridad, y por supuesto nadie nos paró ni pasó casi nadie en mucho tiempo. Y así estuvimos hasta las tres de la madrugada; pasamos un buen rato intentando dormir en el banco del despacho de billetes, pero el telégrafo no paraba de hacer «clic» y no podíamos conciliar el sueño, mientras los trenes de mercancías pasaban con estruendo en el exterior. No sabíamos cómo subirnos a uno como es debido; nunca lo habíamos hecho, y no sabíamos si iban al este o al oeste ni cómo averiguarlo

ni qué vagón elegir y ese tipo de cosas... Así que cuando justo antes del amanecer pasó el autobús de Omaha subimos a él y nos unimos al grupo durmiente de pasajeros. En esto empleé casi todos mis pocos dólares últimos (en pagar el billete de los dos). Mi compañero se llamaba Eddie. Me recordaba a un primo político mío de Brooklyn. Por eso le había dejado que se quedase conmigo. Era como tener a un viejo amigo al lado..., un tipo de buen carácter, un memo sonriente y necio con el que seguir camino. Llegamos a Council Bluffs al amanecer. Miré al exterior; me había pasado todo el invierno leyendo sobre los grandes grupos de carretas que celebraban consejo en aquel lugar antes de acometer las rutas de Oregón y Santa Fe; y, cómo no, yo sólo vi pulcras viviendas residenciales de un jodido tipo u otro diseminadas por el alba sombría y gris. Luego llegamos a Omaha, y, Santo Dios, fue entonces cuando vi el primer cowboy, caminando junto a los muros lúgubres de los depósitos frigoríficos de carne al por mayor, con un gran sombrero de ala ancha y botas tejanas, con el aspecto de cualquier cansino individuo de los amaneceres de paredes de ladrillo del Este salvo en el detalle de la vestimenta. Bajamos del autobús y subimos por la colina, la larga colina formada por el imponente Missouri a lo largo de milenios, y a cuyo pie se levanta Omaha. Salimos al campo abierto, y nos dimos ánimos levantando los pulgares. Un rico ranchero con sombrero vaquero nos dio un «empujón» de varios kilómetros hasta una encrucijada, y nos dijo que el valle de Nebraska (el Platte) era tan vasto como el valle del Nilo en Egipto, y mientras lo decía yo veía los grandes árboles a lo lejos, serpeando con el lecho del río y los vastos campos verdeantes en torno, y casi estuve de acuerdo con él. Luego, esperando allí de pie mientras el cielo empezaba a encapotarse, otro cowboy —éste de más de metro ochenta y discreto sombrero de ala ancha—, nos llamó y nos preguntó si alguno de los dos sabía conducir. Eddie sabía conducir, por supuesto, y tenía permiso (yo no). El hombre tenía dos coches y tenía que volver con ellos a Montana. Su mujer estaba durmiendo en Grand Island, en un motel, y nos pedía que lleváramos uno de los coches hasta allí, donde ella se haría cargo de él. De allí se dirigirían hacia el norte, con lo que acabaría nuestra asociación con él. Pero recorreríamos unos ciento cincuenta kilómetros de Nebraska, y por supuesto nos encantó la idea. Eddie iba en el coche de delante, solo, y el vaquero y yo le seguíamos a cierta distancia, y en cuanto salimos de la ciudad Eddie pisó el acelerador y puso el coche a ciento cincuenta kilómetros por hora (de pura euforia).

—¡Joder!, pero ¿qué está haciendo ese chico? —gritó el cowboy, y pisó el acelerador para seguirlo.

Acabó siendo como una carrera. Durante un par de minutos pensé que Eddie estaba tratando de largarse con el coche —y, que yo sepa, eso es lo que pretendía hacer—. Pero el Viejo Cowboy se pegó a él y lo alcanzó, y, una vez a su lado, le tocó el claxon. Eddie aminoró la marcha, y el cowboy siguió dando bocinazos para ordenarle que parara.

—¡Maldita sea, chico...! ¡A esa velocidad vas a tener un pinchazo! ¿No puedes ir un poco más despacio?

—Que me aspen —dijo Eddie—. ¿De veras iba a ciento cincuenta? No me he

dado ni cuenta..., con esta carretera tan lisa...
—Tómatelo con un poco más de calma, y los tres llegaremos enteros a Grand Island.
—Sí, por supuesto.
Y seguimos viaje. Eddie se había calmado, e incluso, probablemente, estaba un poco adormilado. Así que recorrimos los ciento cincuenta kilómetros de Nebraska siguiendo e] curso sinuoso del sur del Platte, con sus campos verdeantes...
—Durante la Depresión —me dijo el cowboy—, solía montarme ilegalmente en los trenes una vez al mes, como mínimo. En aquellos tiempos veías centenares de hombres en plataformas o en vagones de mercancías, y no sólo vagabundos sino toda clase de hombres sin trabajo que iban de un sitio para otro (incluso los había que no hacían otra cosa que vagar sin rumbo). Y era así en todo el Oeste. Los guardafrenos, en aquella época, jamás te molestaban. No sé cómo será ahora. Nebraska no vale para nada. A mediados de los años treinta no era más que una gran nube de polvo que se perdía en el horizonte. No se podía respirar. La tierra estaba negra. Yo estuve aquí en aquellos tiempos. Por mí pueden devolver Nebraska a los indios. Odio este maldito sitio más que ningún otro en el mundo. Montana es ahora mi hogar: vivo en Missoula. Venga algún día a Montana y verá lo que es la tierra de Dios.
Por la tarde, horas después, pude dormir y descansar un poco cuando el cowboy dejó de hablar —era un buen conversador—. Paramos para descansar y comer algo. El cowboy se fue a que le pusieran un parche a la rueda de recambio, y Eddie y yo nos sentamos en un restaurante de carretera de comida casera. Oí una gran risotada, la risa más estruendosa del planeta, y vi entrar en el local a un viejo y rudo granjero de Nebraska con un grupo de muchachos; le oí los broncos gritos, claros a través de las planicies abiertas, a través del ancho mundo gris de aquel día —un día de todos ellos—. Todo el mundo reía con él. No tenía ninguna preocupación en el mundo, aunque sí una grandísima consideración para con todos los que le rodeaban. Y me dije a mí mismo: «¡Guaaau! ¡Cómo se ríe este hombre! Esto es el Oeste... Heme aquí en el Oeste...». El granjero había entrado en el local llamando a Maw ya desde la puerta, y Maw hacía la mejor tarta de cerezas de Nebraska, y yo me comí un trozo coronado por una gigantesca bola de helado.
—Maw, échame algo de comer antes de que tenga que empezar a comerme a mí mismo o hacer alguna imbecilidad por el estilo —dijo, y se dejó caer sobre un taburete. Y añadió—: ¡Jia, jia, jia...! ¡Y ponme encima unas judías!
Era el espíritu del Oeste sentado justo a mi lado. Me habría gustado conocer su vida salvaje y qué diablos había estado haciendo durante todos aquellos años además de reír y gritar como reía y gritaba.
—Fiuuu —dije para mi coleto.
Y volvió el cowboy y salimos a la carretera y emprendimos rumbo a Grand Island. Llegamos en un salto. El cowboy se fue a despertar a su mujer, y ambos partieron hacia lo que el destino les tuviera deparado en los años venideros, y Eddie y yo volvimos a la carretera. El siguiente tramo lo

hicimos con un par de amigos jovencitos, gente de campo, vaqueros que no llegaban a los veinte años en un cacharro armado de «retales» de diferentes vehículos, que nos dejaron en un punto indefinido de la carretera, bajo una fina llovizna. Al poco un viejo que no dijo ni media palabra en todo el trayecto —y que sabe Dios por qué nos recogió— nos llevó hasta Preston, Nebraska. Allí Eddie se quedó a un costado del asfalto, mirando con tristeza a un grupo de indios omaha de baja estatura que estaban sentados en cuclillas enfrente, sin ningún sitio adonde ir ni nada que hacer. Al otro lado de la carretera se extendía la vía férrea y un depósito de agua en el que se leía «Preston».
—Que me aspen —dijo Eddie con asombro—. Yo he estado aquí antes. Hace años, durante la puta guerra, de noche, muy de noche, cuando todos dormían. Salí a la plataforma a fumar, y allí estaba yo en medio de la nada, en una oscuridad boca de lobo. Miré hacia arriba y vi ese nombre, Preston, escrito en el depósito de agua... íbamos hacia el Pacífico, y todo el mundo roncaba, hasta el último de todos aquellos imbéciles, y sólo paramos unos minutos para repostar o algo, y luego nos fuimos. ¡Que me aspen... Preston! ¡He odiado este sitio desde entonces!
Y ahora habíamos encallado en Preston. Como en Davenport, Iowa, prácticamente todos los vehículos eran coches de granjeros, y de cuando en cuando alguno de turistas, lo que es aún peor: hombres viejos conduciendo mientras sus mujeres señalaban las vistas o estudiaban con minuciosidad los mapas, y se echaban hacia atrás en el asiento tal como acostumbran hacer otras matronas en el salón de su hogar a lo largo y ancho de Norteamérica mientras lo miran todo con aire de desconfianza. La llovizna arreciaba y Eddie tenía frío; apenas llevaba ropa encima. Saqué una camisa de lana a cuadros de mi bolsa de lona y Eddie se la puso, y se sintió un poco mejor. Yo estaba resfriado; compré pastillas para la tos en una desvencijada tienda india. Fui a la pequeña y modesta oficina de Correos y le escribí una postal de un centavo a mi madre. Volvimos a la carretera gris. Veíamos «Preston» allí enfrente, escrito en el depósito de agua. Pasó el tren de Rock Island. Vimos pasar las caras de los pasajeros del coche pullman en una ráfaga borrosa. El tren se perdió bramando por la pradera en la dirección de nuestros deseos. Empezó a llover más fuerte. Pero yo sabía que llegaría a mi destino. Un tipo alto y desgarbado, con sombrero de ala ancha, se detuvo en el lado opuesto de la carretera y se acercó hacia nosotros. Parecía un sheriff o algo así. Eddie y yo preparamos mentalmente nuestras historias respectivas. Vino hacia nosotros con parsimonia.
—Eh, chicos, ¿vais a alguna parte, o simplemente «vais»? No entendimos la pregunta, aunque era una pregunta endiabladamente buena. —¿Por qué?
—Bueno, es que tengo una pequeña feria montada a unos kilómetros de aquí, y busco a unos cuantos muchachos con ganas de trabajar y ganarse unos dólares. Tengo la concesión de una noria y otra de anillas; ya sabéis, esas anillas de madera que tiras e intentas encajar en una muñeca para poder llevártela. Si queréis trabajar para mí os pagaré el treinta por ciento de lo que se saque.
—¿Y comida y alojamiento?

—Cama sí, pero no comida. Tendréis que comer en el pueblo. Viajamos bastante. —Nos quedamos pensándolo—. Es una oportunidad estupenda —dijo, y esperó pacientemente a que nos decidiéramos.
Nos sentimos un poco ridículos, y no sabíamos qué decir; yo, al menos, no quería quedarme estancado en una feria —tenía tanta prisa por llegar a Denver a reunirme con el grupo—. Dije:
—No sé. Viajo todo lo rápido que puedo; no creo que tenga tiempo.
Eddie dijo lo mismo, y el tipo nos hizo adiós con la mano y se fue lenta y tranquilamente hacia el coche, y al poco se perdió en la lejanía. Y eso fue todo. Nos reímos durante un rato del asunto, y nos preguntamos qué tal nos habría ido trabajando en aquella feria. Yo, por mi parte, imaginé una noche oscura y polvorienta de la pradera, y las caras de las familias de Nebraska, okies[4] la mayoría de ellas, paseándose por delante de los puestos, con sus niños sonrosados mirándolo todo con asombro reverente, y sé que me habría sentido muy mal estafándolos con todos aquellos trucos baratos de feria que te verías obligado a hacer...; y la noria girando en la noche de las praderas, y, Dios Todopoderoso, la música triste del tiovivo, y yo deseando vivamente seguir viaje hacia mi meta..., y durmiendo en un carromato dorado, en un lecho de arpillera. Eddie resultó ser un compañero de carretera bastante distraído. Se acercaba a nosotros un artefacto muy raro conducido por un viejo; cuadrado como una caja, de aluminio o algún metal parecido, era sin duda un remolque, pero un remolque casero de Nebraska bastante estrafalario. Iba muy lento, y paró. Corrimos hacia él. El viejo dijo que sólo podía llevar a uno de nosotros. Le dirigí una mirada a Eddie, y él, sin decir ni media palabra, se subió de un brinco al armatoste, que reanudó la marcha despacio. Se llevaba mi camisa de lana a cuadros, la camisa con la que había escrito la primera mitad de mi libro. Bueno, qué lástima. Le mandé un beso de despedida; al fin y al cabo sólo tenía un valor sentimental. (Aunque aún no lo sabía, habría de recuperarla más tarde en otro punto de la carretera). Esperé durante mucho, mucho tiempo, varias horas, en aquel condenado Preston; seguí pensando en que se iba acercando la noche, pero en realidad era aún la tarde (aunque todo estuviera muy oscuro). Denver, Denver... ¿Cómo iba a arreglármelas para llegar algún día a Denver? Estaba ya todo nervioso, a punto de tirar la toalla e irme a tomar un café cuando de pronto se paró un coche bastante nuevo, conducido por un joven. Corrí hacia él como un loco.
—¿Adónde vas?
—A Denver.
—Bien, pues yo puedo acercarte unos ciento cincuenta kilómetros...
—Maravilloso, maravilloso. Me has salvado la vida. —Yo también hice autostop en mis tiempos, así que siempre cojo a la gente.
—Yo haría lo mismo si tuviera coche.
Y seguimos charlando de esta guisa, y me contó cosas de su vida, que no era demasiado interesante; yo me puse a echar una cabezada, y me desperté justo en las afueras de North Platte, que era el final de su viaje. Me acababa de bajar del coche y no estaba pensando en nada concreto, pero estaba a punto de empezar lo que habría de ser el gran trayecto de mi vida, en un

camión con una caja descubierta en la que había otros cinco jovencitos sentados de cualquier manera, y los conductores, dos jóvenes granjeros rubios de Minnesota que iban recogiendo a todo aquel que se encontraban en la carretera: la pareja de apuestos paletos más alegre y sonriente que uno pueda imaginar, los dos con camisa y mono de algodón, y nada más, los dos de anchas muñecas y los dos sinceros, con amplia y acogedora sonrisa para todo humano o cosa que les saliera al paso. Corrí hacia ellos, y dije:
—¿Hay sitio ahí detrás? Ellos dijeron:
—Pues claro. Sube. Hay sitio para todo el mundo.
Y eso hice. Me asombré de la sencillez con la que se iba desarrollando todo el viaje. Aún no había subido por completo cuando el camión reanudó la marcha con brusquedad, y di unos bandazos, y uno de los chicos me agarró y me ayudó a sentarme. Alguien me pasó una botella de matarratas, y apuré lo último que quedaba. Bebí un largo trago en el aire lloviznoso, salvaje y lírico de Nebraska.
—¡Yeaaa..., allá vamos! —gritó uno de los chicos, con gorra de béisbol, y los dos jóvenes de Minnesota pusieron el camión a más de cien kilómetros por hora y empezaron a adelantar a todo el mundo.
—Venimos en este jodido cacharro desde Omaha. Estos tipos nunca paran. De vez en cuando tienes que gritarles que necesitas echar una meada, porque si te pones a mear al viento tienes que agarrarte bien, hermano, vaya si tienes que agarrarte bien...
Miré a los demás. Había dos granjeros de Dakota del Norte con gorras de béisbol rojas —la gorra habitual de los granjeros jóvenes de Dakota del Norte—, e iban a trabajar en la cosecha. Sus padres les habían dado permiso para lanzarse a la carretera durante el verano. Había también dos jovencitos de ciudad, de Columbus, Ohio, jugadores de fútbol americano de secundaria, que mascaban chicle, hacían guiños y cantaban al viento suave de la tarde. Contaron que hacían autostop para ir de un lado a otro de los Estados Unidos durante el verano.
—¡Vamos a Los Angeles! —aullaron.
—¿Qué vais a hacer allí?
—Joder, ni idea. Pero ¿qué importa?
Había también un tipo alto y delgado que se llamaba Slim y que —nos dijo— venía de Montana. Tenía una mirada artera. —¿De dónde eres? —le pregunté.
Yo estaba echado a su lado en la caja. Se dio la vuelta hacia mí, despacio, abrió la boca y dijo: —De Mon-ta-na.
Y por último estaba Mississippi Gene y un chico que iba con él. Mississippi Gene era un tipo pequeño y oscuro que recorría el país en trenes de mercancías; un vagabundo de unos treinta años, pero de aspecto tan juvenil que nadie sabría decir con exactitud su edad. Estaba sentado en el piso de tabla con las piernas cruzadas, mirando hacia los campos, sin decir una palabra durante centenares de kilómetros, y en un momento dado se volvió hacia mí y dijo:
—¿Tú adónde vas?
Le dije que a Denver.

—Tengo una hermana allí, pero no la veo hace un montón de años.
Hablaba de forma lenta y melodiosa. El chico que iba con él tendría unos dieciséis años, y era rubio y alto, y también vestía harapos de vagabundo; es decir, llevaba ropa vieja que se había vuelto negra de dormir en el suelo y por el hollín de los trenes y la suciedad de los vagones. También él era callado, y con aire de estar huyendo de algo, y debía de ser de la ley a juzgar por cómo te miraba de frente y cómo se humedecía los labios sumido en inquietos pensamientos. Iban sentados uno al lado del otro, como dos amigos silenciosos, y no decían nada a nadie. Los granjeros y los chicos de secundaria les aburrían. Montana Slim, sin embargo, les hablaba de cuando en cuando con sonrisa insinuante y sardónica. Pero ellos no le hacían caso. Slim era todo insinuación. A mí me daba miedo la sonrisa larga y bobalicona que te plantaba y te mantenía enfrente de la cara casi como un idiota.
—¿Tienes dinero? —me preguntó.
—Dios, no... Puede que lo justo para comprar media botella de whisky hasta llegar a Denver. ¿Y tú? —Sé dónde conseguirlo. —¿Dónde?
—En cualquier parte. Siempre puedes hacérselo a un tipo en un callejón, ¿no?
—Sí, supongo que sí.
—No le hago ascos cuando necesito pasta de veras. Voy a Montana a ver a mi padre. Tendré que bajarme de este trasto en Cheyenne y seguir viaje por alguna otra carretera, porque estos chalados van hasta Los Ángeles.
—¿Todo seguido?
—Todo seguido. Si quieres ir a Los Ángeles no tienes más que ir con ellos.
Me quedé rumiando el asunto: el pensamiento de atravesar como una centella Nebraska, Wyoming y el desierto de Utah por la mañana y, seguramente, el desierto de Nevada por la tarde, para llegar a Los Ángeles, California, en un espacio de tiempo previsiblemente corto casi me hace cambiar de planes. Pero tenía que ir a Denver. También tenía que bajarme en Cheyenne, y recorrer unos ciento cincuenta kilómetros en dirección sur, hasta Denver. Me alegré de que los dos jóvenes granjeros de Minnesota que conducían el camión decidieran parar en North Platte para comer algo.
Tenía ganas de echarles una ojeada. Se bajaron de la cabina y nos sonrieron a todos.
—¡A mear! —dijo uno de ellos.
—¡Hora de comer! —dijo el otro.
Pero eran los únicos del camión que tenían dinero para pagarse una comida. Fuimos detrás de ellos arrastrando los pies hasta un restaurante atendido por un grupo de mujeres, y nos sentamos ante unas hamburguesas mientras ellos daban cuenta de enormes cantidades de comida como si hubieran vuelto a la cocina de su madre. Eran hermanos: transportaban maquinaria agrícola de Los Angeles a Minnesota y ganaban un buen dinero con ello. En su trayecto de vacío a la Costa Oeste recogían a todos cuantos se encontraban en la carretera. Llevaban haciéndolo unas cinco veces; se lo estaban pasando en grande. Les gustaba todo. Jamás dejaban de sonreír. Intenté hablar con ellos —de hecho fue una especie de tonto intento de entablar amistad con los capitanes de nuestra nave sin ninguna razón

especial para hacerlo, porque ellos nos trataban a todos con idéntico respeto—, y la única respuesta que obtuve fueron dos sonrisas radiantes de unos grandes dientes blancos de comedores de cereales. Todos nos habíamos unido a ellos en el restaurante, salvo los dos vagabundos: Gene y el chico. Cuando el grupo volvió al camión ellos seguían sentados en la caja, tristes y desconsolados. Caía la noche. Los conductores estaban fumándose un pitillo. Salté del camión ante la oportunidad de comprar una botella de whisky para calentarnos un poco el cuerpo en el frío de la noche.
Y cuando se lo dije me sonrieron. —Ve, y date prisa.
—¡Os daré un par de tragos! —les aseguré.
—Oh, no, nosotros no bebemos nunca. Vete ya.
Montana Slim y los dos chicos de secundaria vagaron conmigo por las calles de North Platte hasta que encontramos una tienda de licores. Todos pusieron algo de dinero —también Slim, un poco—, y compré un quinto[5] de whisky. Hombres altos y hoscos observaban nuestro paso desde edificios de falsas fachadas; casas cuadradas como cajas flanqueaban la calle mayor. Más allá de cada calle triste se abrían vistas de las llanuras inmensas. Sentí algo diferente en el aire de North Platte. No sabía qué era. Pero lo supe al cabo de cinco minutos. Volvimos al camión, que reanudó la marcha de inmediato y a la misma velocidad. Se hizo de noche enseguida. Todos echamos un trago, y de pronto miré y vi que los campos verdeantes del Platte empezaban a desaparecer, y en su lugar, hasta más allá de donde alcanzaba la vista, se extendían largas y llanas tierras baldías de arena y artemisa. Y me quedé atónito.
—¿Qué diablos es eso? —le grité a Slim.
—Ahí empiezan los pastos, tío. Pásame otro trago.
—¡Yupiii! —gritaron los chicos de secundaria— ¡Adiós, Columbus! ¿Qué dirían Sparkie y los chicos si estuvieran aquí? ¡Yeaa...!
Los dos hermanos se habían cambiado de sitio en la cabina; el que se puso al volante forzaba la marcha al máximo. La carretera también había cambiado; se había vuelto desigual y llena de baches en el centro, con arcenes lisos y cunetas de más de un metro de profundidad, y el camión brincaba y daba bandazos de un lado a otro del asfalto (milagrosamente sólo cuando no venían coches en sentido contrario), y pensé que en cualquier momento íbamos a dar una vuelta de campana. Pero los hermanos eran unos conductores extraordinarios. Se turnarían al volante durante todo el camino desde Minnesota al glorioso Los Ángeles, sin detenerse más de diez minutos para comer. ¡Qué manera de quitarse de encima la cresta de Nebraska, ese saliente que se proyecta hacia el interior de Colorado! Pronto habría de darme cuenta de que por fin estábamos ya «encima» de Colorado, aunque aún no oficialmente en el estado, sino mirando hacia el sudoeste, en cuya dirección se hallaba el propio Denver a apenas unos centenares de kilómetros. Grité de alegría. Nos pasamos la botella. Brotaron en el firmamento las grandes y resplandecientes estrellas, y las colinas de arena fueron difuminándose en la lejanía, a nuestra espalda. Me sentía como una flecha que surca el aire hasta su destino. Y de pronto Mississippi Gene, saliendo de una ensoñación paciente de piernas cruzadas, se volvió hacia mí

y, abriendo la boca e inclinándose sobre mi oído, dijo:
—Estas llanuras me recuerdan mucho a Texas.
—¿Eres de Texas?
—No, señor. Soy de Green-vell, Muzz-sippy. —Y lo dijo exactamente así.
—¿Y el chico de dónde es?
—Se había metido en no sé qué lío allá en Mississippi, y me ofrecí para ayudarle. Nunca ha estado solo fuera de casa, así que le dije que podía contar conmigo. Cuido de él lo mejor que puedo; no es más que un niño.
Aunque Gene era blanco, había en él algo de la sabiduría y el cansancio de los negros viejos, y también algo que lo asemejaba mucho a Hunkey, el drogadicto de Nueva York, pero a un Hunkey de carretera, un Hunkey viajero y épico que atravesara y volviera a atravesar el país año tras año, el sur en invierno y el norte en el verano, y sólo porque no hay ningún lugar donde pueda estar sin aburrirse, y no hay ninguna parte sino todas partes, rodar y rodar bajo las estrellas —sobre todo las del Oeste.
—He estado en Ogden un par de veces. Si quieres seguir hasta Ogden, tengo allí unos amigos que nos pueden buscar dónde meternos.
—Voy a ir a Denver, desde Cheyenne.
—Dios, sigue con nosotros hasta Ogden; no se consigue todos los días que te lleven ese montón de kilómetros.
Era una propuesta tentadora. ¿Qué había en Ogden?
—¿Qué es Ogden? —le pregunté.
—Es el sitio donde la mayoría de los que andamos de aquí para allá nos encontramos. En Ogden ves a todo el mundo.
Años atrás yo había navegado con un tipo alto y huesudo de Ruston, Louisiana, que se llamaba Big Slim Hubbard (William Holmes Hubbard), vagabundo por elección. De pequeño había visto cómo un vagabundo le pedía a su madre un trozo de pastel, y cómo ella se lo daba, y cuando el vagabundo se alejaba por la carretera le dijo a su madre:
—Mamá, ¿quién es ese hombre?
—¿Ese? Es un vagabundo.
—Mamá, de mayor quiero ser vagabundo.
—Calla la boca, niño, que eso no es para los Hubbard.
Pero él nunca olvidó aquel día, y creció, y tras un breve período de tiempo como jugador de fútbol americano en la Universidad de Louisiana, se hizo vagabundo. Slim y yo pasamos muchas noches contándonos historias y escupiendo tabaco de mascar en bolsas de papel. Había algo tan indudablemente evocador de Big Slim Hubbard en la forma de comportarse de Mississippi Gene que fui y dije:
—¿No habrás conocido por casualidad en alguna parte a un tipo que se llamaba Big Slim Hubbard?
Y él dijo:
—¿Un tipo alto que se reía muy fuerte?
—Sí, le cuadra a la perfección. Era de Ruston, Louisiana.
—Eso es. A veces le llaman Louisiana Slim. Sí señor, por supuesto que le conozco.
—¿Solía trabajar en los campos petrolíferos del este de Texas?

—Sí, en el este de Texas. Y ahora arrea ganado.
Coincidía por completo. Y sin embargo no podía creer que Gene hubiera conocido realmente a Slim, a quien yo llevaba años buscando.
—¿Y que también trabajó en los remolcadores de Nueva York?
—Bueno, yo de eso no sé nada.
—Ya, supongo que no le has conocido más que en el Oeste.
—Supongo. Yo nunca he estado en Nueva York.
—Joder, me asombra que le hayas conocido. Este es un país muy grande. Pero sabía que tenías que haberle conocido.
—Sí, señor, lo conocí muy bien. Siempre generoso con su dinero cuando tenía unos dólares en el bolsillo. Pero también violento y duro. Le vi tumbar a un poli de un directo en el depósito del ferrocarril de Cheyenne.
Muy propio de Big Slim; siempre estaba practicando ese golpe contra el aire. Parecía Jack Dempsey, pero un Jack Dempsey joven y bebedor.
—¡Al diablo! —grité al viento, y me tomé otro trago, y para entonces ya me sentía en la gloria. Cada trago era «limpiado» (liberado de sus efectos nocivos, al tiempo que los benéficos se me asentaban en el estómago) por el veloz viento que azotaba la caja abierta del camión.
—¡Cheyenne, ahí voy! —entoné—. ¡Denver, atención con este chico!
Montana Slim se volvió hacia mí, señaló mi calzado y dijo: —¿Si plantas ese par de cosas en tierra no crees que te crecerá algo?
Sin esbozar ni una sonrisa, por supuesto; los otros viajeros le oyeron y se echaron a reír. Aquellas sandalias eran el calzado más absurdo de Norteamérica. Las llevaba porque no quería que me sudaran los pies en el asfalto caliente, por miedo a contraer flebitis, y, si exceptuábamos los momentos de lluvia en Bear Mountain, aquellas sandalias habían resultado ser el mejor calzado posible para mi viaje. Así que me reí con ellos. Me miré las sandalias: estaban ya muy gastadas; las tiras de cuero de color se les salían hacia arriba como rodajas de pina fresca, y dejaban que me asomaran los dedos. Así que me tomé otro trago y me eché a reír. Como en un sueño, pasábamos a toda velocidad por pequeñas poblaciones de encrucijada surgidas repentinamente en la oscuridad, y dejábamos atrás largas hileras de peones agrícolas y vaqueros sin trabajo antes de volver a internarnos en los campos desiertos. Nos miraban al pasar con un movimiento de cabeza, y se daban palmadas en los muslos en la negrura urbana que iba quedando atrás —éramos un grupo bastante extraño—. En aquella época del año había en el país multitud de jornaleros, pues era tiempo de cosecha. Los chicos de Dakota estaban nerviosos.
—Creo que vamos a bajarnos en la próxima parada para mear —dijo uno de ellos—. Parece que hay mucho trabajo por esta zona.
—Y cuando se acabe aquí lo que tenéis que hacer es subir hacia el norte —les aconsejó Montana Slim—. E ir siguiendo la cosecha hasta llegar a Canadá.
Los chicos asintieron vagamente con la cabeza; no prestaban mucha atención a su consejo. Mientras tanto, el jovencito rubio fugitivo seguía sentado de la misma forma —de cuando en cuando Gene salía de su trance budista contemplativo de las veloces llanuras oscuras y se inclinaba sobre él

y le decía algo cariñoso al oído—. El chico asentía. Gene lo cuidaba en todo momento, incluso en sus estados de ánimo y sus miedos. Me pregunté adonde diablos irían, y qué harían. No tenían cigarrillos. Me gustaban tanto que derroché mi cajetilla en ellos. Eran agradecidos y sumamente amables; jamás pedían, y yo seguía ofreciéndoles. Montana Slim también tenía tabaco, pero nunca pasaba el paquete. Pasamos como un rayo por otra población de encrucijada, y dejamos atrás otra larga hilera de hombres altos y larguiruchos, con tejanos, que se apiñaban a la tenue luz como polillas en el desierto, y volvimos a la tremenda oscuridad... Las estrellas, en el firmamento, eran muy puras y brillantes gracias a la creciente delgadez del aire, a medida que ascendíamos la empinada pendiente de la meseta occidental, a un ritmo —según decían— de unos veinte centímetros por kilómetro, y a medio kilómetro y medio por minuto; un aire puro, sin árbol alguno en ninguna parte que pudiera ocultar las estrellas. Y en un momento dado, al pasar a toda velocidad, vi una vaca triste de cabeza blanca entre la salvia, al borde de la carretera. Era como ir en tren, a lo largo de un trayecto igual de recto e igual de constante. Al poco llegamos a una población, aminoramos la marcha, y Montana Slim dijo: —Ah, parada para mear...

Pero los hermanos de Minnesota no se pararon, y la cruzaron y siguieron viaje.

—Maldita sea, me estoy meando —dijo Slim. —Mea desde el borde —le dijo alguien. —Claro, eso voy a hacer —dijo Slim.

Y, despacio, mientras todos mirábamos cómo lo hacía, fue deslizándose como pudo sobre el trasero hacia la parte de atrás de la caja del camión, y al llegar dejó que las piernas le colgaran hacia el exterior. Alguien dio unos golpecitos en la ventanilla de la cabina para que los hermanos se percataran de la operación. Se volvieron, y vimos en su semblante las enormes sonrisas. Y justo cuando Slim estaba a punto de proceder a la evacuación de la vejiga, el camión se puso a zigzaguear a cien kilómetros por hora. Slim cayó hacia atrás durante un instante, en el que vimos saltar al aire como un chorro de ballena. Consiguió incorporarse a duras penas hasta volver a quedar sentado, pero el camión volvió a culebrear sin aminorar la marcha. Y zas, Slim cayó hacia un lado, y se orinó encima por todas partes. En medio del rugido del camión alcanzamos a oírle maldecir con un quejido tan distante como el de un hombre que estuviera al otro extremo de la ladera. —Maldita sea... Maldita sea...

No parecía darse cuenta de que los hermanos al volante lo hacían adrede. Siguió arreglándoselas como pudo, tan adusto como el mismo Job. Cuando terminó se había empapado de orina, y procedió a volver lenta e inestablemente hacia su sitio, con expresión cariacontecida, mientras todos reían —menos el chico rubio y melancólico— y los hermanos rugían en la cabina. Le tendí la botella para compensarle.

—Joder... —dijo—. ¿No lo habrán estado haciendo aposta?

—Claro que sí.

—Maldita sea, no lo sabía. Yo sólo sé que lo hice en Nebraska y que no tuve ni la mitad de dificultades.

De pronto llegamos a la ciudad de Ogallala, y aquí los hermanos gritaron:

—¡Parada para mear!
Con gran contento de todos. Slim se quedó junto al camión con aire huraño, lamentándose de la oportunidad perdida. Los dos chicos de Dakota dijeron adiós a todo el mundo, con intención de encontrar trabajo en la recolección. Les vimos desaparecer en la noche en dirección a las cabañas del extrarradio, donde se veía luz y un vigilante nocturno en vaqueros les dijo que estaban los que podían darles empleo. Caí en la cuenta de que tenía que comprar cigarrillos. Gene y el chico rubio me siguieron para estirar las piernas. Llegamos al sitio más inverosímil del mundo, una especie de solitaria heladería de la pradera para los quinceañeros locales. Unos cuantos de ellos bailaban al son de la máquina de discos. Cuando entramos se hizo un silencio. Gene y el Rubio se quedaron quietos sin mirar a nadie; lo único que querían era tabaco. Había unas cuantas chicas guapas, y una de ellas empezó a ponerle ojitos al Rubio, pero él no se dio ni cuenta (aunque si se hubiera dado cuenta no le habría hecho ni caso, tan triste y absorto estaba). Les compré un paquete de cigarrillos a cada uno, y me dieron las gracias. El camión estaba listo para reemprender la marcha. Era casi medianoche, y hacía frío. Gene, que había recorrido el país más veces de las que podía contar con los dedos de las manos y los pies dijo que lo que había que hacer era meternos todos juntos debajo de la gran lona que había en la caja, porque si no íbamos a congelarnos. Así, y con lo que quedaba de la botella, nos mantuvimos en calor mientras el aire se helaba y el viento silbaba en nuestros oídos. Las estrellas parecían brillar más cuanto más ascendíamos por las Praderas Altas. Estábamos ya en Wyoming. Echado boca arriba, contemplaba el firmamento grandioso, deleitándome en todo lo que me estaba pasando en el viaje, y en cuán lejos había llegado desde la tristeza de Bear Mountain, en cómo todo iba saliendo bien al cabo, después de todo, y sentía un hormigueo placentero al pensar en lo que me esperaba en Denver —fuera lo que fuere, por fuerza tenía que ser bueno para mí—. Y Mississippi Gene se puso a cantar una canción. Cantó con voz suave y melodiosa, con acento ribereño, y era una canción sencilla, que decía: «Tengo una chica preciosa, una dulce chiquilla de dieciséis años, y es la chica más bonita que uno haya visto en la vida», y lo repetía una y otra vez intercalado con otros versos, que trataban de su vida en general, y de cómo deseaba poder volver con ella, aunque la había perdido. Le dije:
—Gene, qué canción más preciosa.
—Es la más... así que sé —dijo él con una sonrisa.
—Espero que llegues a donde quieres ir y seas feliz allí cuando llegues.
—Siempre consigo arreglármelas para seguir yendo de un lado a otro.
Montana Slim estaba dormido. Se despertó y me dijo:
—Eh, Morenito, ¿qué tal si tú y yo nos pateamos Cheyenne esta noche, antes de que te vayas a Denver?
—Sí, ¿por qué no?
Yo estaba lo bastante borracho como para apuntarme a cualquier cosa. El camión llegó a las afueras de Cheyenne, y vimos en lo alto las luces rojas de la emisora de radio local, y de pronto estábamos abriéndonos paso por entre una extraña multitud de gente que atestaba ambas aceras de la calle.

—¡Santo cielo, es la Semana del Salvaje Oeste! —dijo Slim.
Multitud de hombres de negocios, hombres de negocios gordos con botas y sombrero de cowboy, con sus robustas esposas en trajes de vaquera bullían y lanzaban «¡yupis!» en las aceras de madera del viejo Cheyenne; más allá se veían las largas hileras de luces de los bulevares del nuevo centro urbano. La celebración se iba centrando en la parte vieja de la ciudad. Dispararon salvas. Los bares estaban tan llenos que su clientela ocupaba hasta las aceras. Sentí asombro, y al mismo tiempo me dije que jamás había visto nada tan ridículo: en mi primer viaje al Oeste estaba presenciando hasta qué absurdos artificios recurrían para mantener su tradición orgullosa. Dios, me froté los ojos. Tuvimos que saltar del camión y decir adiós: los hermanos de Minnesota no tenían el menor interés de quedarse a disfrutar de la fiesta. Me dio tristeza despedirme de ellos, y era consciente de que nunca volvería a verlos, pero así son las cosas.
—Vais a helaros el culo esta noche —les advertí—. Y se os quemará en el desierto mañana por la tarde.
—Por mí está bien siempre que salgamos enseguida de esta noche fría —dijo Gene.
Y el camión inició la marcha abriéndose paso entre la multitud, y a nadie causó la menor extrañeza ver a aquellos jóvenes que les miraban como bebés bajo un cobertor. Vi cómo se perdían en la noche. Mississippi Gene se había ido: rumbo a Ogden, y luego Dios sabe adonde. Yo estaba con Montana Slim, y empezamos a ir de bar en bar. Tenía unos diez dólares, y aquella misma noche malgasté ocho de ellos en copas. Primero nos mezclamos con los turistas vestidos de cowboys y la gente del petróleo y los rancheros, en bares, en umbrales, en aceras; luego me libré durante un rato de Slim, que para entonces vagaba por la calle un tanto alumbrado por el whisky y la cerveza. Era ese tipo de bebedor. Los ojos se le ponían vidriosos, y en cuestión de un minuto se ponía a contarle su vida a cualquier desconocido. Entré en un local de chile, y la camarera era hispana, y muy bella. Comí, y luego le escribí una breve nota de amor en el reverso de la cuenta. El local estaba vacío. Todo el mundo bebía en los bares. Le dije a la camarera que diera la vuelta a la cuenta. Leyó lo que le había escrito, y se echó a reír. Era un pequeño poema sobre cómo me gustaría que dejara aquel figón y se viniera a ver la noche conmigo.
—Me encantaría, chiquito, pero he quedado con mi novio.
—¿No puedes quitártelo de encima?
—No, no. No puedo —dijo ella con tristeza. Y la manera en que lo dijo me pareció adorable.
—Volveré a pasar por aquí algún día —dije. Y ella dijo: —Cuando quieras, chico.
Me quedé un rato más para mirarla, y me tomé otro café. Su novio entró con aire hosco y le preguntó cuándo salía. Ella se afanó y se dio prisa para poder cerrar cuanto antes. Tuve que irme. Y al salir le dirigí una sonrisa. Las cosas, fuera, seguían tan enloquecidas como antes, con la sola diferencia de que aquellos paisanos gordos eructaban más y estaban más borrachos y sus gritos eran más estentóreos. Era divertido. Había jefes indios paseándose

por las calles con grandes penachos de plumas y realmente solemnes entre las caras congestionadas por el alcohol. Vi a Slim dando tumbos, y me uní a él. Me dijo:
—Acabo de escribirle una postal a mi padre, en Montana —dijo—. ¿No podrías buscar un buzón para echármela?
Era una petición extraña. Me dio la postal y entró tambaleándose por la puerta de batiente de un bar. Cogí la postal, fui hasta un buzón y le eché una rápida ojeada: «Querido papá: llegaré a casa el miércoles. A mí me va todo bien, y espero que a ti también. Richard». Aquello me dio una idea diferente de él —cuan tiernamente cortés era con su padre—. Entré en el bar y me uní a él. Tenía pensado que horas después, en el amanecer aún distante, volvería a la carretera para reemprender viaje a Denver —los últimos ciento cincuenta kilómetros—, pero en lugar de eso lo que hice fue liarnos con dos chicas, una jovencita rubia y guapa y su compañera gorda y morena. Eran tontas y tristonas, pero queríamos tirárnoslas. Las llevamos a un club nocturno cochambroso que estaba a punto de cerrar, y me lo gasté todo menos un par de dólares en whisky escocés para ellas y cervezas para nosotros. Me estaba emborrachando y me tenía sin cuidado; todo me parecía perfecto. Todo mi ser y determinación apuntaban al bajo vientre de la rubita. Quería penetrarla con todas mis fuerzas. La abracé con ganas de decírselo. El club cerró y salimos y caminamos sin rumbo por las calles descuidadas y polvorientas. Miré hacia el firmamento: las estrellas puras y hermosas seguían allí arriba, centelleantes. Las chicas querían ir a la estación de autobuses, así que fuimos los cuatro, pero al parecer habían quedado con un marinero, primo de la gordita, y el marinero estaba con unos amigos. Le dije a la rubia: —¿Qué vas a hacer?
Me dijo que quería volver a casa, en Colorado, justo al otro lado de la frontera sur de Cheyenne. —Te llevaré en autobús —dije.
—No, el autobús te deja en la autopista, y tendré que cruzar la maldita pradera sola. Me he pasado toda la tarde viéndola y no quiero tener que cruzarla de noche.
—Pero podemos dar un bonito paseo entre las flores.
—En esa pradera no hay flores —dijo ella—. Quiero ir a Nueva York; estoy cansada, harta de esto. No hay adonde ir más que Cheyenne, y no hay nada en Cheyenne.
—No hay nada en Nueva York.
—Joder que no hay —dijo ella con una mueca despectiva.
La estación de autobuses estaba de bote en bote. Gente de todo tipo esperaba algún autobús o simplemente merodeaba por el vestíbulo; había montones de indios que lo miraban todo con ojos glaciales. La chica se zafó de mi charla y se unió al marinero y sus amigos. Slim dormitaba en un banco. Me senté. Los suelos de las estaciones de autobuses son iguales en todo el país: siempre llenos de colillas y de escupitajos y de esa tristeza que sólo las estaciones de autobuses tienen. Por espacio de un instante aquello no fue diferente de estar en Newark, pero yo sabía que allá fuera se extendían los vastos espacios abiertos que amaba tanto. Lamenté el modo en que había mancillado la pureza de mi viaje —después de haber ahorrado

cada centavo y no haber bebido y no haberme entretenido (de haber ganado tiempo, en realidad)— tonteando con aquella chica huraña y gastándome todo el dinero que llevaba. Sentí asco. No había dormido en tanto tiempo que estaba demasiado cansado para maldecir o alterarme innecesariamente, así que me fui a dormir. Al final acabé hecho un ovillo sobre el banco entero, con la bolsa de lona como almohada, y de este modo dormí hasta las ocho de la mañana, entre murmullos ensoñadores y ruidos de la estación y de los centenares de personas que había en ella. Me desperté con un fuerte dolor de cabeza. Slim se había ido... A Montana, supongo. Salí al exterior. Y allí, en el aire azul, vi por vez primera, en la lejanía, cual imponente aparición apenas atisbada, las grandes cumbres coronadas de nieve de las Montañas Rocosas. Aspiré profundamente el aire. Tenía que llegar a Denver de inmediato. Lo primero que hice fue desayunar. Un desayuno modesto que consistió en café con tostada y un huevo. Y acto seguido dejé la ciudad camino de la autopista. La fiesta del Salvaje Oeste no había terminado, y la dejé atrás. Había rodeos, y el tráfago y el griterío a punto estaban de volver a empezar. Sentí unas ganas enormes de ver a mis amigos en Denver. Crucé un paso elevado sobre las vías del tren y llegué a una encrucijada de casuchas donde se bifurcaban dos autopistas —ambas en dirección a Denver—, Tomé la más cercana a las montañas, para poder contemplarlas, levanté la mano y puse el pulgar en dirección a mi destino. Me cogió un tipo joven de Connecticut que estaba recorriendo el país en su cacharro-taller de pintura. Era hijo de un director de periódico del Este. Hablaba y hablaba; yo me sentía mal por la bebida de la noche anterior y por la altura. En un momento dado casi tuve que sacar la cabeza por la ventanilla. Pero logré superarlo, y cuando me dejó en Longmont, Colorado, me sentía perfectamente bien e incluso le había empezado a hablar de cómo me iba en mi viaje. Me deseó suerte. Longmont era precioso. Bajo un viejo árbol gigantesco había un retazo de césped verde que pertenecía a la gasolinera. Le pregunté al empleado si podía echarme a dormir en él un rato, y el hombre me dijo que por supuesto. Así que tendí una camisa de lana, recosté la cara en ella y, con un codo salido y un ojo alzado unos instantes hacia las nevadas Montañas Rocosas que se recortaban bajo el sol cálido, dormí durante dos deliciosas horas, con la sola incomodidad de alguna que otra hormiga de Colorado. «¡Heme aquí en Colorado!», pensaba una y otra vez, jubiloso. Y tras este sueño reparador lleno de intrincados sueños de mi vida pasada en el Este, me levanté, me lavé en el aseo de caballeros de la gasolinera y me fui, acicalado y en forma, a tomarme un rico batido en la cafetería para refrescarme un poco el estómago atormentado y ardiente. Por cierto, el batido me lo preparó una chica guapísima de Colorado, una chica que era además todo sonrisas. Se lo agradecí de veras: fue como una compensación de la noche pasada. Me dije: «¡Yeaaa! ¿Cómo será Denver?». Salí a aquella carretera ardiente y al poco me vi rumbo a Denver en un coche nuevo conducido por un hombre de negocios de Denver de unos treinta y cinco años. Iba a más de cien kilómetros por hora. Sentí un cosquilleo en todo el cuerpo. Contaba los minutos y restaba los kilómetros. Dentro de un minuto —me dije—, justo detrás de aquellos ondulantes

campos de trigo —dorados bajo las nieves lejanas de Estes Park—, divisaría al fin la ciudad de Denver. Me imaginaba en un bar de Denver aquella misma noche, con toda la pandilla, que me vería como a un extraño harapiento, una especie de profeta que hubiera cruzado el país a pie para traer la arcana Palabra —aunque la única Palabra que yo conseguía articular era «¡Yujuuu...!»—. El hombre y yo mantuvimos una conversación muy amistosa sobre nuestros respectivos proyectos de vida, y antes de que pudiera darme cuenta estábamos en el mercado de fruta de Denargo, en las afueras de Denver. Había mucho humo, chimeneas, depósitos del ferrocarril, edificios de ladrillo rojo y, a lo lejos, edificios grises del centro urbano... Estaba en Denver. El hombre que me había traído me dejó en Larimer Street. Avancé dando traspiés, con la sonrisa más taimada de alegría que imaginar se pueda, por entre los viejos vagabundos y cowboys astrosos de Larimer Street. Era la ciudad más grande que había visto después de Chicago, y el zumbido de gran urbe me hizo brincar de excitación. Como he dicho, en aquella época no conocía a Neal como lo conozco ahora, y lo primero que quería hacer era dar con Hal Chase enseguida, que es lo que hice. Llamé a su casa y hablé con su madre. Me dijo:
—Vaya, Jack, ¿qué estás haciendo aquí en Denver? ¿Sabías que Ginger está aquí?
Sabía, por supuesto, quién era Ginger, pero ésa no era la razón por la que yo había ido a Denver. Ginger era la chica de Hal, y yo había tonteado un poco con ella en Nueva York cuando Hal no estaba presente. Y lo lamentaba mucho, lo sentía de verdad, y esperaba que Hal siguiera siendo el mismo conmigo. No creo que lo fuera, pero él nunca había dado muestras de lo contrario, pues una de las características de Hal estribaba en que era siempre tan inteligente como una mujer. Hal es un joven alto y rubio con una extraña cara de hechicero que casa a la perfección con su interés por la antropología y la prehistoria de los indios. La nariz le sobresale con una suavidad casi cremosa bajo la fronda dorada del pelo. Es un tipo con la gracia de esos grandes personajes del Oeste que han bailado en tugurios del extrarradio y jugado un poco al fútbol americano. Cada vez que habla sale de su boca un trémulo nasal.
—Lo que siempre me ha gustado de los indios de la pradera, Jack, es la forma en que se quedan como cohibidos después de jactarse de la cantidad de cabelleras que han arrancado... En La vida en el lejano Oeste, de Ruxton, hay un indio que siente tanto bochorno por haber cortado tantas cabelleras que corre como un poseso hacia las praderas para celebrar a escondidas su proeza. ¡Dios, eso me conmovió!
La madre de Hal logró localizarle en la tarde somnolienta de Denver: estaba en el museo local estudiando la cestería india. Lo llamé al museo. Me recogió en el viejo Ford cupé con el que solía viajar a las montañas para «cavar» en busca de objetos indios. Entró en la estación de autobuses en pantalones vaqueros y con una gran sonrisa. Yo estaba sentado en el suelo, sobre mi bolsa de lona, hablando con el mismísimo marinero que había conocido en la estación de autobuses de Cheyenne; le estaba preguntando qué había sido de la rubia. El tipo estaba tan aburrido que ni siquiera me contestó. Hal y yo

montamos en el pequeño cupé, y lo primero que tenía que hacer era conseguir unos mapas en la oficina del gobierno del estado. Luego tenía que ver a un viejo profesor suyo, y luego hacer unas cuantas cosas más, cuando lo único que yo quería era beber cerveza. Y, en el fondo de mi cabeza, se agazapaba un pensamiento, un interrogante arrebatado: «¿Dónde está Neal y qué está haciendo en este mismo momento?». Desde el verano anterior Hal había decidido no ser ya amigo de Neal, debido a extrañas razones, y ni siquiera sabía dónde vivía.
—¿Allen Ginsberg está en Denver?
—Sí.
Pero tampoco se hablaba con Ginsberg. Era el comienzo de la retirada total de Hal Chase del grupo, dentro de muy poco dejaría de hablarme a mí también. Pero yo no lo sabía, y mis planes inmediatos incluían irme a dormir un rato a su casa aquella tarde. Lo que me habían dicho era que Ed White tenía un apartamento para mí en Colfax Avenue, que Allan Temko vivía ya en él y me estaba esperando. Percibí una especie de conspiración en el aire, y tal conspiración perfilaba dos bandos en el grupo: por una parte, Hal Chase y Ed White y Allan Temko, junto con los Burford, se alineaban para hacer caso omiso de Neal Cassady y Allen Ginsberg. Yo estaba en medio de este cisma. Era una guerra interesante, en la que había también algunos ingredientes sociales que explicaré más adelante. En primer lugar, debo aclarar el marco en el que encajaba Neal: era hijo de un borrachín, de uno de los vagabundos más tirados de Larimer Street, y de hecho había crecido en tal calle y sus alrededores. Cuando tenía seis años Neal solía comparecer ante el juez para suplicarle que dejara en libertad a su padre. Solía mendigar ante las callejuelas contiguas a Larimer, y entregaba el dinero a su padre, que lo esperaba entre botellas rotas en compañía de algún amigóte del arroyo. Luego, cuando tenía once años, frecuentaba los billares de Welton, y se alzó con el récord de robos de coches, y acabó en un reformatorio. De los once a los diecisiete años no hizo sino entrar y salir de los reformatorios. Su especialidad era el robo de coches, con los que acechaba a las chicas de secundaria a la salida del colegio, por la tarde, y se las llevaba a las montañas, y se las follaba, y volvía a la ciudad a dormir en la bañera de cualquier hotelucho de mala muerte. Entretanto, su padre, en tiempos un barbero muy trabajador y respetable, se había convertido en un vagabundo alcoholizado —de vino barato, mucho peor que de whisky—, que se subía en trenes de mercancías rumbo al sur —a Texas— en el invierno, y de regreso a Denver en el verano. Neal tenía hermanos por parte de madre —muerta cuando él era pequeño—, pero no le profesaban ningún afecto. Sus únicos amigos eran los compinches de los billares —grupo que me presentaría poco tiempo después. Y un buen día Justin W. Brierly, un increíble personaje local que durante toda su vida se había dedicado a potenciar las facultades de la gente joven —incluso había apadrinado a Shirley Temple para la Metro Goldwyn Mayer en los años treinta—, y era ahora abogado, agente inmobiliario, director del Central City Opera Festival y profesor de Lengua y Literatura en un colegio de secundaria de Denver, descubrió a Neal. Justin W. Brierly fue a ver a un cliente suyo, y llamó a su

puerta; el cliente en cuestión estaba siempre borracho y daba fiestas locas en su casa. Cuando Brierly tocó el timbre, el cliente estaba como una cuba en el piso de arriba. En el salón había un indio borracho, y Neal —astroso y sucio de trabajar en un campo de estiércol de Nebraska— estaba follando con la criada en el dormitorio. Neal corrió a abrir la puerta sin esperar a que se le bajara la erección. Brierly le dijo:

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?

Neal le invitó a pasar.

—¿Cómo te llamas?

Neal se lo dijo.

—¿Neal Cassady? Bien, Neal, pues será mejor que aprendas a lavarte las orejas un poco mejor o jamás te abrirás paso en este mundo.

—Sí, señor —dijo Neal con una sonrisa.

—¿Quién es ese indio amigo tuyo? ¿Qué está pasando aquí? Veo tejemanejes extraños, debo decir.

Justin W. Brierly era un hombre de negocios del Medio Oeste, bajo y con anteojos, de aspecto normal y corriente; nadie sabría distinguirlo de cualquier otro abogado, agente inmobiliario, director en la calle Diecisiete con Arapahoe, muy cerca del barrio financiero. Salvo por el detalle de que poseía una vena imaginativa que sin duda habría horrorizado a sus convecinos (en caso de que éstos hubieran llegado siquiera a sospecharlo). Lisa y llanamente, Brierly se interesaba por los jóvenes, sobre todo por los varones. Los descubrió en su clase de secundaria; les enseñaba lengua lo mejor que podía; los preparaba y pulía; les hacía estudiar hasta que sacaban notas asombrosas. Sus alumnos conseguían becas para la Universidad de Columbia, y años después —cual fruto de la imaginación de su mentor— volvían a Denver convertidos en otras personas, para encontrarse con la sola contrariedad de que ya no despertaban el interés de su viejo mentor, que a la sazón lo dedicaba a nuevos intereses. Los viejos pupilos seguían su camino en los diversos campos y dejaban atrás a su maestro. Todo lo que éste sabía de las cosas lo había aprendido en aquello mismo que les había hecho aprender; había propiciado el nacimiento de científicos y escritores y jóvenes políticos de la ciudad, de abogados y poetas, y hablado con ellos; y había vuelto a su reserva de chicos de su clase de secundaria y los había preparado para esa grandeza incierta. Brierly vio en Neal la inmensa energía que algún día lo llevaría a ser no abogado o político, sino un santo norteamericano. Le enseñó a lavarse los dientes, las orejas; a vestirse; lo ayudó a conseguir pequeños trabajos; y lo metió en secundaria. Pero Neal rápidamente robó e hizo polvo el coche del director. Volvió, pues, al reformatorio. Justin W. Brierly se mantuvo a su lado. Le escribió largas cartas para infundirle ánimo; habló con los carceleros; le llevó libros; y cuando Neal salió del reformatorio le brindó una nueva oportunidad. Pero Neal volvió a fallarle. Siempre que alguno de sus compinches sentía odio contra un patrullero local la pandilla acudía a él para urdir una venganza. Neal robaba el coche patrulla del policía en cuestión, y lo estrellaba hasta convertirlo en chatarra (o dejarlo gravemente dañado). Pronto volvió al reformatorio, y Brierly, esta vez, se lavó las manos. De hecho se convirtieron

en enemigos enconados e irónicos. El invierno anterior, en Nueva York, Neal había llevado a cabo un último intento de granjearse el favor de Brierly. Allen Ginsberg escribió varios poemas, Neal los firmó y se los envió a Brierly. Con ocasión de su viaje anual a Nueva York Brierly se entrevistó una noche con todos nosotros en el salón Livingstone del campus de Columbia. Estábamos Neal, Allen, Ed White, Hal Chase y yo. Brierly dijo:
—Son muy interesantes estos poemas que me has mandado, Neal. Déjame decir que me han sorprendido.
—Oh, ya —dijo Neal—. He estudiado, ¿sabes?
—Y ¿quién es este joven caballero de las gafas? —inquirió Brierly. Allen Ginsberg dio un paso hacia delante y se presentó—. Ah —dijo Brierly—. Qué interesante. Tengo entendido que es usted un excelente poeta.
—Vaya, ¿ha leído algo mío?
—Oh —dijo Brierly— Es muy probable, es muy probable.
Ed White, cuyo amor por la sutileza, le llevaría más tarde a volverse loco por el viejo Sam Johnson de Boswell, estaba con los ojos como platos. Me agarró del brazo y me susurró al oído:
—¿Crees que no lo sabe?
Supongo que sí, que lo sabía. Era la última vez que Neal y Brierly se habían visto. Ahora Neal estaba de vuelta en Denver en compañía de aquel poeta endiabladamente bueno. Brierly alzó un ceja irónica y se desentendió de ellos. Hal Chase los evitaba también por razones que sólo él conocía. Ed White creía que su asociación no auguraba nada bueno. Eran los monstruos underground de la temporada en Denver —junto a los compinches de los billares—; y, a manera de una especie de simbolismo literal, Allen vivía en un apartamento de un sótano de Grant Street, y todos pasábamos en él muchas noches que se prolongaban hasta el alba... Allen, Neal, Jim Holmes, Al Hinkle, Bill Tomson y yo. Y, más adelante, otros. Mi primera tarde en Denver la pasé durmiendo en el cuarto de Hal Chase, mientras su madre seguía haciendo cosas en la planta baja y Hal trabajaba en el museo. Era una tarde calurosa de julio en las praderas altas. No habría podido dormir si no hubiera sido por un invento del padre de Hal. El padre de Hal Chase era un chiflado inventor sedicente. Era ya viejo: de más de setenta años, delgado, muy alto, de apariencia débil; contaba historias con una complacencia despaciosa, muy despaciosa. Historias con mucha enjundia, sobre sus años mozos en las praderas de Kansas, a finales del siglo pasado, cuando para divertirse montaba potros salvajes a pelo y cazaba coyotes con un bastón. Luego se había hecho maestro rural en el Oeste de Kansas, y finalmente comerciante de diversos artilugios en Denver. Seguía teniendo su vieja oficina en la misma calle, encima de una cochera —aún se veía en ella el escritorio de tapa corrediza, e incontables papeles polvorientos de un pasado de emociones y bonanzas económicas—. Había inventado un aire acondicionado muy peculiar: un ventilador normal en el marco de una ventana. Mediante algún sistema que no sabría explicar hacía pasar agua fría por un serpentín colocado delante de las sonoras palas. El resultado era perfecto, al menos dentro de un radio de metro y medio del ventilador; luego el agua parecía convertirse en vapor caliente en el día ardiente,

mientras la planta baja de la casa seguía tan calurosa como de costumbre. Pero en la cama de Hal, justo al alcance del aire del ventilador, se dormía estupendamente bajo la atenta mirada del gran busto de Goethe que tenía enfrente, y llevaba durmiendo cómodamente unos cinco minutos cuando me desperté con un frío de muerte. Me puse una manta encima, pero seguía helado. Al final tenía tanto frío que no pude dormir más, y bajé a la planta baja. El viejo me preguntó qué tal funcionaba su invento. Le dije que funcionaba endiabladamente bien, y lo dije en serio —con ciertas reservas, claro—. Me gustaba aquel hombre. Era muy proclive a los recuerdos.
—Una vez inventé un quitamanchas que ha sido copiado por las grandes empresas del Este. Llevo ya varios años intentando sacar algún provecho de ese invento. Si al menos tuviera dinero para pagarme un buen abogado...
Pero era demasiado tarde para pagarse un buen abogado. Y él seguía en su casa, sentado en la sala, sumido en el desaliento. Este era el hogar de Hal Chase. Por la noche cenamos maravillosamente: la madre de Hal preparó en filetes el venado que había cazado en las montañas el hermano de Hal. Ginger se alojaba también en la casa. Estaba guapísima, pero eran otras cosas las que ocupaban mi mente mientras caía la tarde. ¿Dónde estaba Neal? Al llegar la oscuridad Hal me llevó en coche a conocer la misteriosa noche de Denver. Y poco después empezó todo. Los diez días siguientes estuvieron, como diría W. C. Fields, «preñados de enorme peligro» y locura. Me instalé con Allan Temko en un apartamento realmente chic que pertenecía a los padres de Ed White. Teníamos cada uno nuestro dormitorio, comida en la nevera, una cocina americana y un enorme salón donde Temko se sentaba con su bata de seda a escribir con indolencia su último relato hemingwayano. Era un tipo irritable y rubicundo, rechoncho, que lo odiaba todo en este mundo y que sin embargo era capaz de esbozar la más cálida y adorable de las sonrisas cuando la vida le salía al paso en la noche con sus dulzuras. Se pasaba el tiempo sentado, pues, mientras yo brincaba de un lado para otro en pantalones chinos, sobre la alfombra tupida y suave. Temko acababa de escribir un relato sobre un tipo que llega a Denver por primera vez. Su nombre es Phil. Su compañero de viaje es un tipo misterioso y callado que se llama Sam. Phil sale a disfrutar de Denver, y conoce a un grupo de gente con ínfulas artísticas. Vuelve a la habitación del hotel, y, en tono lúgubre, dice:
—Sam, también están aquí.
Y Sam se limita a seguir mirando por la ventana, con aire triste.
—Sí —dice—. Lo sé.
Y el quid de la cuestión está en que Sam no necesita salir a la ciudad para saberlo. Gentes con ínfulas artísticas las hay por todo el país; chupan la sangre de toda Norteamérica. Temko y yo éramos grandes amigos. Él pensaba que yo era lo menos parecido del mundo a alguien que se las da de artista. A Temko le gustaban los buenos vinos, como a Hemingway. Solía rememorar su reciente viaje a Francia.
—Ah, Jack, si pudieras sentarte conmigo en el País Vasco, con una botella fría de Poignon Dixneuf, sabrías que existen otras cosas además de vagones de mercancías.

—Ya lo sé. Lo que pasa es que me encantan los vagones de mercancías y me encanta leer en ellos nombres como Missouri Pacific, Great Northern, Rock Island Line... ¡Santo Dios, Temko! Si te contara todo lo que me ha pasado haciendo autostop hasta llegar aquí...

Los Burford vivían a unas cuantas manzanas de allí. Era una familia encantadora: una madre juvenil, copropietaria de una mina de oro agotada, con dos hijos y cuatro hijas. El hijo «desmedido» era Bob Burford, amigo de la infancia de Ed White. Bob entró bramando en mi busca, y nos caímos bien de inmediato. Nos fuimos y anduvimos bebiendo por los bares de Colfax. La hermana mayor de Bob era una preciosa rubia llamada Beverly —una beldad del Oeste que jugaba al tenis y hacía surf—. Era la chica de Ed White.

Y Temko, que estaba de paso por Denver —y a lo grande, a juzgar por el apartamento—, salía durante aquel verano con la hermana de Ed White, Jeanne. Yo era el único que no tenía chica. Le preguntaba a todo el mundo:

—¿Dónde está Neal?

Y todo el mundo me respondía, sonriendo, que no lo sabía. Y al final sucedió. Sonó el teléfono, y ¿quién estaba al otro lado de la línea? Allen Ginsberg. Me dio la dirección del apartamento que ocupaba en un sótano. Dije:

—¿Qué haces en Denver? Quiero decir: ¿qué estás haciendo aquí realmente? ¿Qué sucede?

—Oh, espera a que te lo cuente.

Fui a verlo inmediatamente. Trabajaba en los grandes almacenes May, en el turno de noche. El loco de Bob Burford le había llamado por teléfono desde un bar y, con el cuento de que alguien había muerto, había conseguido que los porteros fueran a buscar a Ginsberg. Éste pensó enseguida que quien había muerto era yo. Y Burford le dijo al teléfono:

—Jack está en Denver.

Y le dio mi dirección y mi teléfono. Así que, cuando nos vimos y nos dimos un fuerte apretón de manos, dijo:

—Después de ti, el que he pensado que se había muerto era Burroughs.

—Y ¿dónde está Neal?

—Neal está en Denver. Déjame que te cuente.

Y me contó que Neal estaba haciendo el amor con dos chicas a la vez: Louanne, su primera mujer, que lo esperaba en la habitación de un hotel, y Carolyn, una chica nueva que lo esperaba en la habitación de otro hotel.

—Y, entre una y otra, viene volando a verme por el asunto que aún tenemos entre manos.

—Y ¿qué asunto es ése? —le pregunté, todo oídos.

—Neal y yo estamos embarcados en algo tremendo. Estamos tratando de comunicarnos con absoluta sinceridad y absoluta totalidad todo lo que tenemos en la cabeza. A veces estamos dos días en vela para llegar al fondo de nuestra mente. Hemos tenido que tomar bencedrina. Nos sentamos en la cama, con las piernas cruzadas, frente a frente. Al fin he conseguido enseñarle que puede hacer todo lo que quiera, convertirse en alcalde de Denver, casarse con una millonaria o llegar a ser el poeta más grande después de Rimbaud. Pero él siempre se va corriendo a ver esas carreras de karts. Suelo ir con él. Salta y grita, todo excitado. ¿Sabes, Jack? Neal está

«colgado» de ese tipo de cosas.
Ginsberg emitió un «mmm...» para sus adentros, y se quedó pensativo. Nos quedamos en silencio, como solíamos hacer después de haberlo hablado ya todo.
—¿Cuál es el programa? —dije.
Siempre había un programa en la vida de Neal, y cada año se hacía más complicado.
—El programa es el siguiente: yo he salido del trabajo hace media hora. En este ínterin Neal está follando con Louanne en el hotel, y me da tiempo para cambiarme de ropa. A la una en punto pasa corriendo de Louanne a Carolyn (ninguna de las dos sabe lo que él se trae entre manos), y folla con Carolyn, y me da tiempo a mí para llegar a nuestra cita de la una y media. Sale conmigo (antes se disculpa con Carolyn, que ya está empezando a odiarme), y nos venimos aquí a hablar hasta las seis de la mañana. Normalmente pasamos más horas juntos, pero la cosa cada día se está poniendo más difícil y a él siempre le falta tiempo. Luego, a las seis, vuelve con Louanne; mañana va a pasarse el día entero de un sitio para otro para conseguir los papeles del divorcio. Louanne tiene muchas ganas de divorciarse, pero mientras tanto insiste en seguir follando. Dice que adora su enorme polla; lo mismo dice Carolyn, y lo mismo digo yo.
Asentí con la cabeza, como siempre. Me contó cómo había conocido Neal a Carolyn. Bill Tomson, uno de sus compinches de los billares, la había conocido en un bar y se la había llevado a un hotel. Su orgullo pudo más que su sensatez y llevó a todos sus compinches al hotel a conocerla. Todo el mundo se sentó a su alrededor y charló con ella. Pero Neal no hizo otra cosa que mirar por la ventana. Al final, cuando todos se fueron, Neal miró a Carolyn, señaló su reloj de pulsera, le mostró cuatro dedos (indicándole que volvería a las cuatro) y salió del cuarto. A las tres la puerta de la habitación del hotel se había cerrado para Bill Tomson. Y a las cuatro se abrió para Neal Cassady. Me entraron ganas de salir corriendo a ver lo que el loco de Neal estaba haciendo en aquel momento. Además había prometido buscarme un apaño: conocía a todas las chicas de Denver.
—Si quieres chicas ven a verme a mí, porque Neal no es más que un chulo de los billares —dijo Bob Burford.
—Sí, pero es un tipo increíble.
—¿Increíble? No es nada del otro mundo. Yo sí que te puedo enseñar a algunos tipos de cuidado. ¿Has oído hablar de Cavanaugh? Ése sí que le puede zurrar la badana a cualquiera en Denver...
Pero no se trataba de eso. Salí a la carrera con Allen Ginsberg para ver de qué «se trataba». Y en la noche olorosa de Denver recorrimos las calles destartaladas aledañas al cruce de Welton con la Diecisiete. El aire era tan suave, las estrellas tan hermosas y la promesa de cada callejuela empedrada tan grande que pensé que estaba viviendo un sueño. Llegamos al hotelucho en el que Neal conferenciaba con Carolyn. Estaba en un viejo edificio de ladrillo rojo rodeado de garajes de madera y viejos árboles que se alzaban hacia lo alto tras las vallas. Subimos por la escalera enmoquetada. Ginsberg llamó a la puerta de la habitación, y corrió a esconderse a mi espalda —no

quería que Carolyn viera que era él quien había llamado—. Yo me quedé delante de la puerta. Abrió Neal, completamente desnudo. Vi a Carolyn en la cama, y un bello muslo cremoso cubierto de encaje negro. Era rubia, y me miraba con cierto asombro.
—¡Vaya, Jack! —dijo Neal—. Bueno, vaya... Ejem... Sí, por supuesto... Acabas de llegar... Cabrón... Por fin te echaste a la carretera... Bien, verás... Tenemos que... Sí, sí, ahora mismo... Tenemos que hacerlo... ¡Sin falta! Verás, Carolyn... —Se volvió hacia ella—. Ha venido Jack, un viejo amigo de Nueva York. Acaba de llegar. Es su primera noche en Denver y es absolutamente necesario que vaya con él a buscarle una chica.
—Pero ¿a qué hora volverás?
—Ahora es... —dijo Neal mirando el reloj— la una y catorce exactamente. Y volveré exactamente a las tres y catorce, para nuestra hora de ensoñación juntos, para esos ensueños, preciosa y querida mía, y luego, como sabes, como ya te he dicho y hemos estado de acuerdo, tengo que ir a ver a Brierly para lo de esos papeles (ya sé que parece raro, pero también te lo he explicado antes por encima). —Esto era una coartada para su cita con Ginsberg, que seguía escondiéndose—. Así que ahora mismo, en este mismo momento, tengo que vestirme, ponerme los pantalones y volver a la vida, o sea, a la vida de ahí fuera, a las calle y todo eso, como hemos convenido, y es la una y quince y se me va el tiempo, se me va el tiempo volando...
—Bien, vale, Neal, pero por favor vuelve sin falta a las tres.
—Exactamente como te he dicho, querida. Y recuerda que no era a las tres sino a las tres y catorce. ¿Estamos en sintonía en las profundidades más hondas y maravillosas del alma, cariño mío?
Fue hasta ella y la besó varias veces. En la pared había un dibujo de Neal desnudo —con sus enormes atributos colgando y demás—, obra de Carolyn. Me quedé asombrado. Todo era tan delirante, y aún me quedaba San Francisco. Nos lanzamos precipitadamente a la noche. Ginsberg se unió a nosotros en un callejón. Y echamos a andar por la callejuela más estrecha, extraña y sinuosa que yo haya visto jamás, situada en lo más hondo del corazón del barrio mexicano de Denver. Hablábamos a gritos en la quietud dormida.
—Jack —dijo Neal—, justamente tengo a tu chica esperándote en este mismo momento. Si no está trabajando. —Miró el reloj—. Enfermera. Helen Gullion. Una palomita fina de verdad, algo varada en ciertas dificultades sexuales que yo ya he intentado enderezar, pero creo que te las arreglarás con ella a las mil maravillas, con lo fino que tú eres. Así que vamos a buscarla ahora mismo: tiramos una piedrecita, nada de tocar el timbre, sé cómo entrar... Tendríamos que llevar cerveza; o no, que ellas tendrán algunas. ¡Joder! —dijo, golpeándose una palma con el puño—. Tengo que llevarme a la cama a su hermana Ruth esta misma noche.
—¿Qué? —dijo Ginsberg—. Creí que íbamos a hablar.
—Sí, sí, luego...
—Ah, estas noches de doldrums[6] de Denver... —gritó Ginsberg en dirección al cielo.
—¿No es el tío más genial del mundo? —dijo Neal lanzándome un directo a

las costillas—. Mírale. ¡MÍRALE!
Y Ginsberg se puso a ejecutar su danza simiesca para las calles de la vida, la misma que le había visto ejecutar tantas veces en cualquier calle de Nueva York. Y lo único que se me ocurrió decir fue:
—Bueno, ¿y qué diablos estamos haciendo en Denver?
—Sé dónde encontrarte un trabajo mañana mismo, Jack —dijo Neal, adoptando un tono de hombre de negocios—. Así que pasaré a verte en cuanto Louanne me deje una hora libre y pueda escaparme hasta tu apartamento. Saludaré a Temko y te llevaré en tranvía (¡no tengo coche, maldita sea!) al mercado de Denargo, donde podrás empezar a trabajar al momento para poder cobrar la paga el mismo viernes. Nosotros estamos todos sin blanca. Hace varias semanas que no tengo tiempo para trabajar. El viernes por la noche, sin falta, los tres, o sea, este viejo trío (Ginsberg, tú y yo) tiene que ir a las carreras de karts; conozco a un tipo en el centro que puede llevarnos.
Y así fuimos apurando el tiempo en la noche urbana. Llegamos a la residencia del hospital donde vivían las dos hermanas enfermeras. La que se suponía era la mía aún estaba en el trabajo. La que quería Neal para sí estaba en su habitación. Nos sentamos en su cama. Yo tenía que llamar a Bob Burford a esa hora. Lo hice, y Bob se presentó inmediatamente en aquel cuarto. Al entrar se quitó la camisa y la camiseta y se puso a abrazar a la absolutamente desconocida Ruth Gullion. Las botellas rodaban por el suelo. El reloj marcó las tres. Neal salió corriendo para su hora de ensoñación con Carolyn. Pero volvió a tiempo. Apareció la otra hermana. Ahora necesitábamos un coche; estábamos haciendo demasiado ruido en la habitación. Bob Burford llamó a un amigo que tenía coche, y que no tardó en llegar. Montamos todos, muy apretados. Ginsberg trató de mantener la conversación planeada con Neal en el asiento trasero, pero el alboroto era mayúsculo.
—¡Vamos a mi apartamento! —grité.
Y eso es lo que hicimos. En cuanto el coche se detuvo salté a la acera y me puse cabeza abajo en el césped, y las llaves se me cayeron de los bolsillos; no las he encontrado desde entonces. Entramos gritando en el apartamento.
Allan Temko, en bata de seda, se puso en medio para impedirnos la entrada.
—No voy a permitir una juerga como ésta en el apartamento de Ed White.
—¿Qué? —dijimos todos a gritos.
Se montó un buen lío. Burford rodaba por el césped con una de las enfermeras. Temko no nos dejaba entrar. Le juramos llamar a Ed White para que autorizara la fiesta, a la que por supuesto estaba invitado. Pero en lugar de ello todos volvimos a los bares del centro de Denver, y no sacamos nada en limpio de aquella velada. De pronto me vi solo, en mitad de la calle, sin dinero en el bolsillo. Mi último dólar se había esfumado. Caminé ocho kilómetros Colfax arriba hasta mi cómoda cama en el apartamento. Temko tuvo que dejarme entrar. Me pregunté si Neal y Ginsberg estarían celebrando su comunicación de corazón a corazón. Lo sabría más tarde. Las noches de Denver son frías, y dormí como un leño. Entonces todo el mundo se puso a planear una caminata tremenda, en masa, a las montañas. La

noticia me llegó por la mañana, junto con una llamada telefónica que complicaba las cosas: mi reciente compañero de autostop, Eddie, se acordó de algunos de los nombres que le había mencionado y acabó localizándome. Por fin podría recuperar mi camisa de lana. Eddie vivía con su chica en una casa no lejos de Colfax. Quería saber si yo sabía dónde encontrar trabajo, y le dije que viniera verme, ya que seguramente Neal podría encontrarle algo. Neal llegó inmediatamente. Temko y yo estábamos dando cuenta del desayuno rápido que yo solía preparar siempre. Neal ni siquiera se sentó.
—Tengo miles de cosas que hacer. De hecho ni tengo tiempo para llevarte a Denargo, pero vámonos de una vez, tío...
—Espera a Eddie, mi amigo de la carretera.
A Temko le parecían divertidas nuestras prisas atropelladas. Había venido a Denver a escribir a su aire, con parsimonia.
Trataba a Neal con suma deferencia. Neal no le prestaba atención alguna.
Temko jamás habría imaginado que tan sólo unos años después Neal llegaría a ser un gran escritor, o que yo un día escribiría su historia (como estoy haciendo ahora mismo). Temko le hablaba a Neal de esta guisa: —Cassady, ¿qué hay de eso que he oído de que te estás follando a tres chicas a la vez?
Y Neal, restregando los pies contra la alfombra, dijo: —Oh, sí, sí... Así están las cosas.
Y miraba el reloj, y Temko frunció la nariz. Me sentí avergonzado de andar siempre de un lado para otro con Neal. Temko insistía en que Neal era un necio y un idiota. Por supuesto, no era cierto, y yo quería encontrar la manera de probar ante todo el mundo que no lo era. Vimos, pues, a Eddie. Neal tampoco le hizo el menor caso, y salimos, y en el mediodía caliente atravesamos Denver en tranvía en busca de trabajo. Yo odiaba el solo pensamiento de lo que estábamos haciendo. Eddie hablaba y hablaba, como de costumbre. Encontramos a un tipo en el mercado de frutas que estuvo de acuerdo en contratarnos a los dos. El trabajo empezaba a las cuatro de la mañana y terminaba a las seis de la tarde. El hombre dijo:
—Me gustan los chicos a los que les gusta trabajar. —Soy su hombre— dijo Eddie.
Pero yo no estaba tan seguro respecto de mí mismo. —No dormiré —decidí.
Había tantísimas otras cosas interesantes que hacer. Eddie se presentó a la mañana siguiente. Yo no. Yo tenía cama, y Temko compraba comida con la que llenar el frigorífico, y a cambio de ello yo cocinaba y fregaba los platos. Una noche se organizó una gran fiesta en casa de Burford. La madre de Burford se había ido de viaje. Bob Burford llamó a todos los tipos que conocía y les dijo que llevaran whisky. Luego peinó su libreta de direcciones en busca de chicas. Me hizo hablar a mí con la mayoría de ellas. Llegada la hora, apareció un buen montón de chicas. Llamé a Ginsberg por teléfono para preguntarle qué estaba haciendo Neal en aquel momento. Y supe que iría a verle a las tres de la mañana. Y allí fui yo después de la fiesta. El apartamento de Ginsberg estaba en Grant Street, en el sótano de una vieja casa de huéspedes de ladrillo rojo, cerca de una iglesia. Te adentrabas en un callejón, bajabas unos escalones de piedra, abrías una vieja puerta sin pintar

y atravesabas una especie de bodega, y al final llegabas a su puerta de tablas. Era como la alcoba de un santo ruso. Una cama, una vela encendida, paredes de piedra que rezumaban humedad, y un delirante icono que Ginsberg había improvisado para la ocasión. Me leyó su poesía. Era un poema titulado «Las doldrums de Denver». Ginsberg se despertaba por la mañana y oía los «cotorreos» de las «vulgares palomas» junto a su celda; y veía a los «ruiseñores tristes» —que le recordaban a su madre— cabeceando en las ramas de los árboles. Un sudario gris caía sobre la ciudad. Las montañas —las soberbias Montañas Rocosas que se ven al Oeste desde cualquier parte de la ciudad— eran de papier maché. El universo entero estaba loco; no era más que un disparate extremadamente raro. A propósito de Neal, escribía que era un «hijo del arco iris» que hallaba su tormento en su desesperada verga. Se refería a él como a un «Edipo Eddie» que tenía que «rascar chicle de los cristales de las ventanas». A Brierly lo llamaba «la muerte, maestro de baile». En aquel sótano iba gestando un ingente diario en el que registraba todo lo que acontecía diariamente: todo cuanto Neal hacía y decía. Ginsberg me contó su viaje en un autobús.
—Estábamos atravesando Missouri cuando una maravillosa tormenta eléctrica transformó el firmamento en un frenético infierno de relámpagos. Los pasajeros del autobús estaban todos muy asustados. Yo dije: «No tengáis miedo: es sólo una Señal». Imagínate Missouri, de donde son Burroughs y Lucien.
—Algunos familiares de Neal también son de allí.
—No lo sé —dijo Ginsberg, poniéndose triste.
—¿Y qué voy a hacer yo?
—¿Por qué no te vas a Texas a ver a Burroughs y a Joan? —Quiero que Neal venga conmigo.
—¿Cómo va a poder irse contigo con todas esas mujeres que tiene?
—Y yo qué sé...
Neal llegó a las tres de la madrugada.
—Todo arreglado —anunció—. Me divorcio de Louanne y me caso con Carolyn y me voy a vivir con ella a San Francisco. Pero sólo después de que tú y yo, querido Allen, nos vayamos a Texas a ver a Bill, ese tipo increíble que aún no conozco y del que tanto me habéis hablado. Y luego me iré a San Francisco.
Y acto seguido se pusieron manos a la obra. Se sentaron en la cama con las piernas cruzadas y se miraron a la cara, directamente. Repantigado en una silla, seguí desde muy cerca toda la operación. Empezaron con un pensamiento abstracto, que debatieron. Se recordaron mutuamente otro punto abstracto que habían olvidado en la riada de acontecimientos. Neal se excusó, pero prometió que volvería sobre ello y lo trataría como es debido; y aportaría ilustraciones.
—Y justo cuando cruzábamos Wazee tuve ganas de decirte lo que sentía sobre tu afición loca por las carreras de karts, y fue entonces, ¿te acuerdas?, cuando apuntaste con el dedo a aquel viejo vagabundo que tenía una erección bajo el pantalón informe y lleno de bolsas y dijiste que se parecía a tu padre.

—Sí, sí, pues claro que me acuerdo. Y no sólo eso, sino que me puso en marcha a mí también, y me entraron unas ganas tremendas de contarte algo yo también. Se me había olvidado qué era, y me lo acabas de recordar...
Surgieron así dos nuevos asuntos, que debatieron a continuación. Luego Ginsberg le preguntó a Neal si era sincero, y, concretamente, si era sincero con él en el fondo de su corazón.
—¿Por qué vuelves a sacar a relucir eso?
—Hay una última cosa que querría saber...
—Pero, querido Jack, estás escuchándonos; estás ahí sentado y lo oyes todo... Se lo preguntaremos a Jack, Allen. ¿Qué nos responderá? Y yo dije:
—Esa última cosa es lo inaprensible, Allen. Nadie puede llegar a esa última cosa. Pero seguimos viviendo en la esperanza de que un día llegaremos a aprehenderla de una vez por todas.
—¡No, no y no...! ¡Eso son tonterías, cosas «finas» y románticas a lo Virginia Woolf! —dijo Ginsberg.
—Yo no quería decir nada de eso, pero dejemos que Jack tenga su propio punto de vista, y, de hecho, ¿no crees, Allen, que hay una especie de dignidad en la forma en que está ahí sentado, estudiándonos? El hombre, ahí lo tienes, ha venido de la otra punta del país... El amigo Jack no lo dirá, el viejo Jack no lo dirá...
—No es que no lo quiera decir —protesté—. No sé en qué dirección apuntáis, o adonde queréis llegar... Lo que sé es que resulta excesivo para cualquiera.
—Todo lo que dices es negativo.
—¿Qué es lo que queréis hacer, pues?
—Díselo.
—No, díselo tú.
—No hay nada que decir —dije, y me eché a reír. Tenía puesto el sombrero de Ginsberg. Me lo bajé hasta taparme los ojos.
—Quiero dormir —dije.
—El pobre Jack siempre quiere dormir.
Seguí callado. Y empezaron otra vez.
—Cuando me pediste prestados cinco centavos que te faltaban para pagar aquella cuenta de filetes de pollo...
—¡No, tío, era chile! Acuérdate, en el Texas Star...
—Me estaba confundiendo con el martes. Bueno, pues cuando me pediste prestados aquellos cinco centavos me dijiste: escucha, me dijiste: «Allen, ésta es la última vez que abuso de tu generosidad», como si lo que quisieras decir realmente fuera que yo estaba de acuerdo en que no volvieras a «abusar de mi generosidad».
—No, no, no. No quise decir eso. Vuelve, si no te importa, querido amigo, a la noche en que Louanne lloraba en el cuarto y yo, volviéndome hacia ti e indicándote con un tono de sinceridad exagerada (que los dos sabíamos que era artificioso y que lo adoptaba con una intención concreta), es decir, que a través de mi teatralidad estaba mostrando que... Pero espera un momento..., eso no es lo que...
—¡Por supuesto que no lo es! Porque olvidas que... Pero voy a dejar de

acusarte. Lo que dije fue «sí»...
Y así siguieron y siguieron toda la noche. Al amanecer, desperté y alcé la vista para mirarles, y allí seguían atando los últimos cabos de los temas de la mañana.
—Cuando te dije que si tenía que dormir era por Louanne, o sea, porque tenía que verla esta mañana a las diez, no quería que mi tono perentorio fuera una respuesta a lo que acababas de decir sobre lo innecesario que es el sueño, sino sólo, SOLO, tenlo bien en cuenta, hacer constar el hecho de que sencilla, absoluta, meramente, y sin la menor consideración ajena al hecho mismo, necesito dormir ahora, o sea, tío, que se me cierran los ojos, que los tengo enrojecidos, doloridos, hechos polvo...
—Ah, chiquillo... —dijo Ginsberg.
—Ahora tenemos que dormir. Paremos la máquina.
—¡La máquina no se puede parar! —aulló Ginsberg con todas sus fuerzas.
Cantaban los primeros pájaros.
—Ahora, cuando levante la mano —dijo Neal—, dejamos de hablar; y los dos entenderemos lisa y llanamente y sin complicaciones que lo único que hacemos es dejar de hablar, y nos pondremos a dormir.
—No se puede parar la máquina así como así.
—Para la máquina —dije yo.
Me miraron.
—Ha estado todo el tiempo despierto, escuchándonos. ¿Qué has estado pensando, Jack?
Les dije que había estado pensando que eran unos maníacos increíbles y que me había pasado la noche escuchándoles como si hubiera estado observando el mecanismo de un reloj tan alto como el puerto de Berthoud y que sin embargo estuviera hecho con las piezas más pequeñas del reloj más delicado del mundo. Me sonrieron. Les apunté con el dedo y dije:
—Si seguís así vais a volveros locos, pero por favor mantenedme al corriente de lo que os sucede en el camino.
Hablamos también de la posibilidad de que vinieran conmigo a Frisco. Me despedí, salí a la calle y cogí un autobús para ir a mi apartamento. Y las montañas «de papier maché» de Allen Ginsberg se volvían rojas a medida que el gran sol se alzaba desde las llanuras del este. Por la tarde me vi embarcado en aquella marcha por las montañas, y durante cinco días no pude ver a Neal ni a Ginsberg. Beverly Burford logró disponer del coche de su patrón durante el fin de semana. Nos llevamos algunos trajes, que colgamos de las ventanillas, y partimos para Central City con Bob Burford al volante. Ed White iba atrás, repantigado en el asiento, y Beverly en el sitio del acompañante. Era la primera vez que veía el «interior» de las Montañas Rocosas. Central City es una vieja población minera que en tiempos recibió el nombre de la Milla Cuadrada Más Rica del Mundo, en la que los viejos buitres que hurgaban en las colinas habían encontrado un enorme filón de plata. Se enriquecieron de la noche a la mañana y mandaron construir un pequeño y hermoso teatro de la ópera en medio de las cabañas de la empinada pendiente de la ladera. Lillian Russell actuó para ellos; y también varias figuras europeas del bel canto. Luego Central City se convirtió en una

ciudad fantasma, hasta que un grupo de entusiastas de la Cámara de Comercio del Nuevo Oeste decidieron dar nueva vida al lugar. Acicalaron la ópera, y todos los veranos actuaban en ella estrellas del Metropolitan. Y todo el mundo lo celebraba con júbilo. Los turistas llegaban de todas partes, y entre ellos había hasta estrellas de Hollywood. Enfilamos montaña arriba y encontramos las calles estrechas atestadas de turistas pretenciosos. Pensé en el Sam de Temko, y Temko tenía razón. Pero helo a él mismo allí, dirigiendo su gran sonrisa social a todo el mundo, y exclamando oh y ah ante cuanto veía con la mayor de las sinceridades.

—Jack —gritó, agarrándome del brazo—. Mira esta vieja ciudad. Piensa en cómo era hace cien..., maldita sea, hace sólo ochenta, sesenta años... ¡Tenían ópera!

—Sí —dije, remedando a uno de sus personajes—. «Pero también están aquí».

—Los muy cabrones —profirió él.

Pero se fue corriendo a pasárselo bien. Con Jean White del brazo. Beverly Burford era una rubia emprendedora. Sabía de una vieja casa de mineros situada justo en el extrarradio donde los chicos podríamos dormir durante el fin de semana. Lo único que teníamos que hacer era limpiarla. Incluso podíamos dar grandes fiestas. Era una vieja cabaña en cuyo interior todo se hallaba cubierto por un dedo de polvo; en la parte trasera había un porche y un pozo. Ed White y Bob Burford se remangaron y se pusieron a limpiar, tarea de gran envergadura que les llevó toda la tarde y parte de la noche. Pero tenían un cubo de botellas de cerveza, y todo fue perfecto. En cuanto a mí, iba a ir a la ópera —la invitación me la había conseguido Justin W. Brierly—, con Bev del brazo. Me puse un traje de Ed. Apenas hacía unos días que había llegado a Denver como un vagabundo; y aquella tarde iba hecho un pincel, con traje y con una rubia preciosa y bien vestida del brazo, haciendo reverencias a dignatarios y charlando en el vestíbulo, bajo los candelabros. Me pregunté qué diría Mississippi Gene si me viera en aquel momento. La ópera era Fidelio, la excelsa obra de Beethoven.

—¡Cuánta negrura! —clamó el barítono surgiendo de la mazmorra, bajo una losa imponente...

Me entusiasmaba. Así es como veo la vida yo también. Estaba tan embebido en la obra que olvidé durante un rato las circunstancias de mi existencia loca y me extravié en los excelsos y lastimeros sonidos de Beethoven y las ricas pinceladas rembrandtianas del libreto.

—Bien, Jack, ¿qué le ha parecido nuestro montaje de este año? —me preguntó Brierly con orgullo, una vez en la calle.

—¡Cuánta negrura! ¡Cuánta negrura! —dije yo—. Absolutamente maravilloso.

—Lo que tiene que hacer ahora es conocer a los integrantes del reparto —añadió, en su tono oficial.

Pero felizmente olvidó enseguida sus palabras en el embrollo de sus otras obligaciones, y se esfumó. Era la sesión de tarde; para la noche había programada otra función. Contaré más tarde cómo acabaría (si no teniendo el placer de conocer a los artistas de aquel Fidelio, sí usando su bañera y sus

mejores toallas). De paso, además, explicaré por qué Brierly se había tomado la molestia de conseguirme una entrada. Hal Chase y Ed White eran a la sazón sus pupilos más preciados. Habían estado en la facultad conmigo, y los tres habíamos vagado juntos por Nueva York, y hablado mucho. La primera impresión que causé a Brierly no fue demasiado favorable... Un domingo por la mañana, en Nueva York, Brierly había ido a visitar a Hal, y me había visto dormido en el suelo de su apartamento, borracho.
—¿Quién es?
—Es Jack.
—¿Así que éste es el famoso Jack? ¿Qué está haciendo ahí dormido en el suelo?
—Es lo que hace siempre.
—Creía haberte oído que era una especie de genio. —Oh, claro que lo es, ¿es que no lo ves? —Debo decir que verlo entraña cierta dificultad. Pensaba que estaba casado. ¿Dónde está su mujer? Yo estaba casado en aquel tiempo.
—Oh, no hace más que irse, y Jack ha tirado la toalla. Ahora está en un bar del West End con un tipo de pompas fúnebres al que le han caído en el bolsillo unos cuantos cientos de dólares e invita a copas a todo el mundo...
Entonces me levanté del suelo y le estreché la mano al señor Brierly. Se preguntaba qué vería Hal en mí; y seguía haciéndolo aquel verano en Denver, y jamás pensó realmente que yo valiera gran cosa. Era precisamente lo que quería que él y el mundo pensaran de mi persona. Así me sería posible entrar subrepticiamente en las cosas, si es lo que se pedía de mí, y salir del mismo modo. Y eso es lo que hacía. Bev y yo volvimos a la cabaña minera, donde me quité el traje y les eché una mano a los chicos en la limpieza. Era una tarea ímproba. Allan Temko se sentó en mitad de la pieza que daba a la calle, que estaba ya limpia, y se negó a ayudar. En la mesita que tenía delante había puesto la botella de cerveza y el vaso. Y, mientras nos veía ir y venir con cubos de agua y escobas, rememoró:
—Ah, sí pudierais venir conmigo alguna vez tomaríamos Cinzano y escucharíamos a los músicos de Bandol... Estaríais vivos...
Temko era oficial de la marina; se emborrachó y empezó a dar órdenes. Burford tenía una costumbre en relación con la irritante altanería de Temko: lo señalaba con el dedo —un dedo flojo—, se volvía hacia ti como con un respeto reverente y decía: «¿Es virgen? ¿Crees que aún es virgen?».
Temko no le prestó ninguna atención. Y prosiguió:
—Ah, y luego está Normandía en verano... Los zuecos, los deliciosos vinos del Rin. Vamos, Sam —le dijo a su camarada invisible—. Saca el vino del agua, y veamos si se ha enfriado lo suficiente mientras pescábamos.
Como sacado de Hemingway. Así era. Llamamos a unas chicas que pasaban por la calle.
—Venga, entrad a ayudarnos a limpiar este tugurio. Todo el mundo está invitado a nuestra fiesta de esta noche.
Se unieron al zafarrancho. Teníamos a un nutrido equipo trabajando para nosotros. Al final cayeron por la cabaña los cantantes del coro de la ópera —en su mayoría muy jóvenes—, y arrimaron también el hombro. El sol se estaba poniendo. Terminada la jornada de trabajo, Ed, Burford y yo

decidimos prepararnos para la gran noche. Cruzamos la ciudad en dirección a la casa de huéspedes donde se alojaban los primeros cantantes de ópera (al igual que Brierly). A través de la noche nos llegó el inicio de la función nocturna.
—Perfecto —dijo Burford—. Vamos a hacernos con unos cepillos de dientes y unas toallas, y nos arreglaremos un poco.
También cogimos peines, agua de colonia, lociones de afeitar y entramos con todo ello en el cuarto de baño. Nos bañamos uno tras otro, y cantamos como estrellas de ópera. Burford quería ponerse la corbata del primer tenor, pero Ed White lo disuadió con su despreocupado buen juicio.
—¿No es increíble? —decía una y otra vez Ed White—. Usar el cuarto de baño y las toallas y las lociones de afeitar de unas estrellas de la ópera.
Y también navajas de afeitar. Fue una noche maravillosa. Central City está a tres mil metros del altitud; al principio te emborrachas con la altura, y luego sientes cansancio, y se te declara una fiebre en el alma. Nos dirigimos hacia las luces que rodeaban el teatro de la ópera bajando por la estrecha calle oscura. Luego torcimos bruscamente hacia la derecha y nos topamos con unos cuantos bares viejos con puertas de batiente. La mayoría de los turistas estaban en la ópera. Empezamos con unas cuantas cervezas de tamaño gigante. Había una pianola. Más allá de la puerta trasera, a la luz de la luna, se divisaban las laderas de las montañas. Solté un aullido de placer. La noche había empezado. Volvimos apresuradamente a la cabaña minera. Los preparativos para la gran fiesta seguían su curso. Bev y Jean prepararon un tentempié de judías con salchichas, nos pusimos a bailar nuestra propia música, y empezamos a beber cerveza a discreción. La ópera había terminado, y multitud de chicas jóvenes iban llegando a nuestra fiesta. Burford y Ed y yo nos relamíamos de gusto. Agarrábamos a las chicas y bailábamos con ellas. No había música, sólo baile. La cabaña se llenó. La gente traía botellas. De cuando en cuando salíamos corriendo a los bares y volvíamos también a la carrera. La noche se iba poniendo más y más frenética. Me habría gustado que Neal y Ginsberg estuvieran allí —luego caí en la cuenta de que se habrían sentido fuera de lugar y no habrían disfrutado gran cosa—. Eran como el hombre de la mazmorra de piedra y la penumbra, surgiendo del subsuelo: los sórdidos hipsters[7] de Norteamérica, una nueva generación beat a la que yo me iba incorporando lentamente. Aparecieron los chicos del coro. Se pusieron a cantar Sweet Adeline. También cantaban cosas como «pásame la cerveza» y «¿qué haces aquí con esa cara?», y lanzando fuertes y largos alaridos de barítono: «¡Fi-de-lio!».
—¡Ay, qué penumbra! —canté yo.
Las chicas eran fantásticas. Salían al patio trasero y se dejaban besuquear y manosear. En las otras habitaciones —las que seguían sucias y llenas de polvo— había camas, y yo charlaba con una chica que se había sentado en una de las camas, y de pronto entraron en tromba un montón de jovencísimos acomodadores de la ópera —la mitad de ellos reclutados por Brierly—, que agarraban a las chicas y las besaban sin los galanteos de rigor. Quinceañeros borrachos, despeinados, excitados..., que dieron al traste con nuestra fiesta. Al cabo de cinco minutos todas las chicas se habían ido, y dio

comienzo una gran fiesta de tipo fraternidad[8] en la que predominaron el estrépito de las botellas de cerveza y los rugidos. Bob y Ed y yo decidimos irnos de bares. Temko se había ido. Bev y Jean también. Así que nos internamos en la noche dando tumbos. La multitud de la ópera campaba por sus respetos, atestando los bares desde la barra hasta las paredes. Temko gritaba a voz en cuello. Justin W. Brierly estrechaba la mano de todo el mundo, y decía: «Buenas tardes, ¿cómo están ustedes?», y cuando llegó la medianoche seguía diciendo a todo el mundo: «Buenas tardes, ¿cómo están ustedes?». En un momento dado lo vi llevándose apresuradamente de un local al alcalde de Denver. Al poco volvió en compañía de una mujer de edad mediana, y al minuto siguiente lo vi charlando en la calle con una pareja de jóvenes acomodadores. Y un minuto después me dio la mano sin reconocerme, y me dijo: «Feliz Año Nuevo, mi buen muchacho». No estaba ebrio de alcohol; estaba ebrio de lo que le apasionaba: millares de gentes arremolinadas, y él oficiando de director: «La muerte, maestro de baile». Pero me gustaba. Justin W. Brierly siempre me gustó. Era un tipo triste. Lo veía abrirse paso entre el gentío, en soledad. Todo el mundo lo conocía.
—Feliz Año Nuevo —decía. Y otras veces—: Feliz Navidad.
Lo repetía todo el tiempo. Y en Navidad decía: Feliz Víspera de Todos los Santos. En el bar había un artista de gran prestigio; Justin había insistido en presentármelo, y yo hacía lo imposible por zafarme. Se llamaba Bellaconda o algo por el estilo. Estaba con su mujer en una mesa, y ambos tenían un aire avinagrado. Había también un turista argentino (o algo parecido). Burford le dio un empujón para hacerse sitio; el tipo se volvió y soltó un gruñido. Burford me tendió su vaso y lo mandó contra la barandilla de latón de un puñetazo. El hombre quedó momentáneamente fuera de combate. Se oyeron gritos. Ed y yo nos llevamos fuera precipitadamente a Burford. Había tal confusión que el sheriff ni siquiera lograba abrirse paso entre el gentío para llegar hasta la víctima. Nadie supo identificar a Burford. Nos fuimos a otros bares. Temko se internó dando tumbos en una calle oscura.
—¿Qué diablos pasa? ¿Una pelea? No tenéis más que avisarme.
Grandes risotadas se oyeron a diestra y siniestra. Me pregunté qué estaría pensando el Espíritu de la Montaña. Miré hacia lo alto, y vi pinos en la luna, y vi fantasmas de viejos mineros, y reflexioné sobre todo ello. Aquella noche, en la oscura ladera este de la Divisoria[9] había silencio y el susurro del viento, salvo en la barranca donde nosotros bramábamos; y en el otro lado de la Divisoria estaba la gran ladera occidental, y la vasta meseta que se extendía hasta Steamboat Springs, y luego descendía y te conducía al desierto oriental de Colorado y al desierto de Utah. Ahora todo estaba sumido en la oscuridad, mientras nosotros bufábamos y gritábamos en nuestro recoveco montañoso: norteamericanos borrachos y locos en aquella tierra poderosa. Y más allá, más allá, sobre las Sierras, al otro lado de Carson Sink, enjoyado y nocturno y rodeado por la bahía se hallaba San Francisco, el viejo Frisco de mis sueños. Estábamos en el techo de Norteamérica y lo único que se nos ocurría —me temo— era chillar... —en medio de la noche, en dirección este, a través de las praderas donde probablemente, en alguna parte, un anciano de cabellos blancos caminaría hacia nosotros con la

Palabra, y llegaría en cualquier momento y nos haría callar—. Burford traspasó toda frontera: insistía en volver al bar donde había tenido la pelea. A Ed y a mí no nos gustó lo que hizo, pero nos mantuvimos a su lado. En el bar, fue hasta el artista Bellaconda y le tiró un whisky a la cara. Su hermana Bev gritó: —¡No, Bob, eso no!
Lo sacamos casi a rastras. No estaba en sus cabales. Un barítono del coro se unió a nosotros y nos fuimos a un bar convencional de Central City. Allí Bob llamó puta a la camarera. Había un grupo de hombres hoscos acodados en la barra; odiaban a los turistas. Uno de ellos dijo:
—Chicos, será mejor que os larguéis de aquí antes de que contemos hasta diez.
Nos fuimos. Volvimos tambaleándonos a la cabaña y nos acostamos. A la mañana siguiente me desperté y me di la vuelta en la cama. Una gran nube de polvo se levantó desde el colchón. Tiré de la ventana: estaba clavada. Ed White estaba en la misma cama. Tosimos y estornudamos. Desayunamos con restos de cerveza. Beverly vino desde su hotel, y empezamos a recoger nuestras cosas para marcharnos. Pero —siguiendo las órdenes de Brierly— tuvimos que ir al taller del artista Bellaconda y contemplar durante un rato cómo mezclaba cosas en su horno: ello constituiría una disculpa por el agravio de Burford. Nos pusimos todos de pie alrededor del horno y escuchamos la disertación de Bellaconda. Burford sonreía y asentía con la cabeza, y trataba de mostrar interés por lo que oía, y parecía terriblemente avergonzado. Brierly, a su lado, se sentía orgulloso. Beverly se apoyaba en mí, cansinamente. Me zafé y me fui a los dormitorios de los acomodadores, donde encontré un baño. Me senté en el retrete, y vi un ojo en el ojo de la cerradura.
—¿Quién está ahí dentro? —dijo la voz.
—Soy yo, Jack —dije yo.
Era Brierly. Estaba dando una vuelta por los alrededores: se había aburrido del horno. Todo parecía desmoronarse. Cuando bajábamos la escalera de la cabaña de minero Beverly resbaló y cayó al suelo de bruces. La pobre chica estaba muy alterada. Su hermano y Ed y yo la ayudamos a levantarse. Montamos en el coche. Temko y Jean se reunieron con nosotros, y comenzó el triste viaje de vuelta a Denver. De pronto estábamos bajando la montaña, y nos vimos contemplando la vasta planicie (llana como un mar) de Denver. El calor ascendía como desde un horno. Nos pusimos a cantar. Me moría de ganas de verme ya en San Francisco. Aquella noche me encontré con Ginsberg, y me quedé perplejo cuando me dijo que había estado en Central City con Neal.
—¿Qué hicisteis vosotros?
—Oh, fuimos de bares, y luego Neal robó un coche y nos volvimos bajando a ciento cuarenta por hora por las curvas de las montañas. —No os vi.
—No sabíamos que estabais allí.
—Bueno, tío, me voy a San Francisco.
—Neal te ha arreglado una cita con Ruth esta noche.
—Entonces retrasaré el viaje.
No tenía dinero. Le mandé a mi madre una carta urgente en la que le pedía

cincuenta dólares y le decía que era la última vez que me tendría que prestar dinero; y que le empezaría a pagar lo que le debía en cuanto me embarcase. Luego fui a la cita con Ruth Gullion y la llevé al apartamento. Al cabo de una larga charla en la oscuridad de la sala la convencí para que fuéramos a mi cuarto. Era una chiquilla amable, sencilla y sincera, con un miedo tremendo al sexo —según ella por todas las cosas horribles que veía en el hospital—. Le dije que el sexo era hermoso. Quería demostrárselo. Me dejó que lo intentara, pero fui demasiado impaciente y no le demostré nada. Ruth suspiró en la oscuridad.

—¿Qué esperas de la vida? —le pregunté; solía preguntárselo a todas las chicas.

—No lo sé —dijo ella—. Trabajar e ir tirando.

Bostezó. Le puse una mano en la boca y le dije que no bostezara. Intenté explicarle lo ilusionado que me sentía ante la vida, y la cantidad de cosas que podríamos hacer juntos (me vi diciéndole esto cuando en realidad estaba planeando irme de Denver dentro de dos días). Se apartó de mí con cansancio. Seguimos allí tendidos, mirando el techo, preguntándonos qué clase de obra creó Dios cuando hizo que la vida fuera tan triste y esquiva. Hicimos vagos planes de encontrarnos en San Francisco. Mi tiempo en Denver estaba llegando a su fin. Pude sentirlo cuando la estaba acompañando a casa caminando por la sagrada noche de Denver, y al volver me tendí en la hierba de una vieja iglesia en medio de un grupo de vagabundos, y su charla me hizo sentir unas enormes ganas de volver a la carretera. De vez en cuando uno de ellos se levantaba para pedir una limosna a alguien que pasaba por la calle. Hablaban de que la oferta de trabajo en las cosechas se iba desplazando hacia el norte. El aire era cálido y suave. Deseé volver a tener a Ruth conmigo y decirle muchas más cosas, y hacer el amor con ella —esta vez de verdad—, y aquietar sus miedos en relación con los hombres. Los chicos y las chicas pasan unos ratos tan tristes juntos en Norteamérica... Los usos modernos les exigen entregarse inmediatamente al sexo, sin tener antes una conversación como es debido. No se da la charla de cortejo; ni la charla sincera sobre las almas que debería darse, porque la vida es sagrada y cada momento, precioso. Oí cómo la locomotora del Denver & Rio Grande se alejaba silbando hacia las montañas. Deseé seguir mi estrella más y más allá. Temko y yo nos sentamos a charlar hacia la medianoche, tristes:

—¿Has leído Las verdes colinas de África? Es lo mejor de Hemingway.

Nos deseamos buena suerte. Nos reuniríamos en San Francisco. Vi a Burford en la calle, bajo un árbol oscuro.

—Adiós, Bob. ¿Cuándo volveremos a vernos?

Fui a buscar a Ginsberg y a Neal; no los encontré en ninguna parte. Ed White lanzó una mano al aire y dijo:

—¿Así que te vas, Tú...?

Nos llamábamos «Tú» el uno al otro.

—Sí —dije yo.

Anduve vagando por Denver. Me parecía que cualquier vagabundo de Larimer Street podía ser el padre de Neal Cassady —el Viejo Neal Cassady,

el Barbero, lo llamaban—. Entré en el hotel de Windsor donde padre e hijo habían vivido y donde una noche Neal se despertó asustado por el ruido atronador de una plataforma con ruedas que avanzaba hacia él sobre el piso: el viejo sin piernas que compartía el cuarto con ellos quería tocarle.
Vi a la diminuta mujer de piernas cortas que vendía periódicos en la esquina de Curtis con la calle Quince.
—Tío —me dijo una vez Neal—, ¿Te imaginas levantarla en vilo y follártela en el aire...?
Pasé junto a los tristes cafetines de la calle Curtis: jovencitos con vaqueros y camisas rojas, cascaras de cacahuetes, marquesinas de cines, «galerías de tiro[10]». Más allá de la calle rutilante todo era oscuridad, y más allá de la oscuridad estaba el Oeste. Tenía que irme. Al amanecer me encontré con Ginsberg. Leí parte de su extenso diario, me quedé a dormir en su apartamento, y por la mañana —lloviznosa y gris— aparecieron el altísimo Al Hinkle, Bill Tomson —un jovencito muy apuesto— y Jim Homes, el tahúr giboso de los billares. Jim Holmes tenía unos ojos azules grandes y angelicales, pero era un pelmazo que se pasaba el tiempo mascullando. Llevaba barba, y vivía con su abuela. Big Al era hijo y hermano de una familia de polis. Bill Tomson decía que podía correr más rápido que Neal. Se sentaron y escucharon con sonrisas de sonrojo la lectura que les hizo Ginsberg de su poesía apocalíptica y loca. Me dejé caer en la silla, exhausto.
—¡Oh, vosotros, pájaros de Denver! —clamaba Allen Ginsberg.
Nos fuimos todos y llegamos a una calleja empedrada típica de Denver, flanqueada por incineradores que humeaban lentamente.
—Solía echar a rodar mi aro por este callejón... —me había contado Hal Chase.
Me habría gustado verlo. Me habría gustado ver Denver diez años atrás, cuando todos ellos eran niños y, en las mañanas soleadas de la primavera de cerezos en flor de las Montañas Rocosas, hacían rodar sus aros por callejas jubilosas y llenas de promesas... A todo el grupo, y a Neal, harapiento y sucio, merodeando en solitario y con preocupado frenesí. Bill Tomson y yo caminamos bajo la llovizna. Fui a casa de la novia de Eddie y recuperé mi camisa de lana de cuadros —la camisa que se había llevado en Preston, Nebraska—. Estaba allí, hecha un bulto informe, toda la enorme tristeza de una camisa. Bill Tomson me dijo que se reuniría conmigo en Frisco. Todo el mundo iba a ir a San Francisco. Fui a Correos y vi que me había llegado el dinero. Salió el sol, y Ed White me acompañó en el tranvía hasta la estación de autobuses. Compré un billete para San Francisco —la mitad de los cincuenta dólares—, y monté en el autobús a las dos de la tarde. Ed White me hizo adiós con la mano. El autobús dejó las calles ansiosas y llenas de historia de Denver.
—Dios, tendré que volver alguna vez a ver cómo siguen las cosas —me prometí a mí mismo.
En una llamada telefónica de último minuto Neal me dijo que Ginsberg y él a lo mejor venían a reunirse conmigo en la Costa Oeste. Sopesé lo que me decía, y caí en la cuenta de que no había hablado con Neal más de cinco minutos durante todo el tiempo de mi estancia en Denver. Sea como fuere,

yo me fui a San Francisco, y lo que ellos hicieron fue lo siguiente: en cuanto Neal terminó los asuntos que tenía pendientes con sus chicas, ambos salieron a la carretera a hacer autostop hacia Texas entre risitas felices. Alguien de Denver los vio caminando por South Broadway: Neal corriendo y saltando para coger hojas altas; Ginsberg —según quien me lo contó— «tomando notas de todo ello» (quien me lo contó fue Dan Burmeister, del que hablaré más adelante). El viaje a Texas les llevó días y noches, y en todo ese tiempo apenas durmieron y hablaron continuamente. Nada quedó sin debatir, nada quedó sin resolver. En la autopista, al pasar junto a los peñascos de Ratón, a los pastos ventosos de la lengua de tierra de Amarillo, en el corazón frondoso de Texas..., hablaron y hablaron, hasta que al llegar a Waverly, y luego casi a Houston, donde vivía Bill Burroughs, habían llegado a tantas decisiones vitales que se arrodillaron en la oscuridad de la carretera, mirándose cara a cara, e hicieron votos de amistad y amor eternos. Allen Ginsberg bendijo a Neal; Neal aceptó la bendición. Se arrodillaron y salmodiaron hasta que les dolieron las rodillas. Y mientras vagaban por los bosques en busca de la casa de Bill vieron de pronto al propio Bill Burroughs trotando a lo largo de una cerca con una caña de pescar al hombro. Había estado de pesca en el pantano.
—Bien —dijo—. Veo que por fin lo habéis conseguido. Joan y Hunkey se estaban preguntando dónde os habíais metido.
—¿Está aquí Hunkey? —exclamaron los dos, jubilosos.
—Ha estado aquí de la forma más visible.
—¡Yeaaa! ¡Dios! ¡Fantástico! —gritó Neal—. ¡Ahora voy a conocer también a Hunkey! ¡Vamos allá, vamos allá!
Entonces empezó una serie de acontecimientos que acabaría en Nueva York por las fechas en que yo mismo había vuelto a esa gran urbe. Pero entretanto yo estaba entrando en San Francisco, y volveré a ellos más adelante. Llegaba con dos semanas de retraso a la cita con Henri Cru. El viaje en autobús de Denver a Frisco fue completamente anodino, a excepción del hecho de que mi alma brincaba a medida que nos acercábamos a San Francisco. Cheyenne de nuevo..., por la tarde esta vez..., y luego la cordillera; el cruce de la Divisoria a medianoche, en Crestón, la llegada a Salt Lake City al amanecer —una ciudad de aspersores, el lugar menos verosímil para que Neal hubiera nacido en él—. Luego, bajo un sol de justicia, llegamos a Nevada, y a Reno al anochecer, con sus titilantes calles chinas. Luego Sierra Nevada arriba, los pinos, las estrellas, los albergues de montaña sugeridores de romances de Frisco —un chiquillo, en el asiento de atrás, le gritó a su madre: «Mamá, ¿cuándo vamos a llegar a casa, a Truckee?». Y llegamos a Truckee, a la acogedora Truckee, y descendimos por la colina hasta los llanos de Sacramento. De pronto caí en la cuenta de que estaba en California. El aire cálido, con aroma a palma —un aire que se puede besar—, y las palmeras. A lo largo del río Sacramento, rodando por una superautopista; de nuevo en las colinas; ascensiones, descensos... Y de pronto la vasta extensión de la bahía —era justo antes del alba—, con las luces somnolientas festoneando de un extremo a otro la ciudad de San Francisco. Al cruzar el Puente de la bahía de Oakland me dormí

profundamente por primera vez desde Denver; de forma que, en la estación de autobuses de la esquina Market con la calle Tercera, desperté bruscamente y me vi inmerso en la conciencia de encontrarme en San Francisco, a más de cinco mil kilómetros de la casa de mi madre en Ozone Park, Long Island. Salí de la estación sin rumbo fijo, como un fantasma macilento, y allí estaba Frisco: largas calles sombrías, cables de tranvías, todo envuelto en niebla y blancura. Caminé con paso vacilante unas cuantas manzanas. Unos vagabundos extraños (era Mission Street) me pidieron unas monedas al amanecer. De alguna parte llegaba una música. «¡Chico, vas a conocer todo esto luego! Pero ahora tienes que encontrar a Henri Cru». Y, siguiendo las instrucciones del propio Cru, cogí un autobús que me llevó por el Golden Gate hasta Marin City. El sol creaba una densa neblina sobre el Pacífico mientras cruzábamos el Golden Gate, una neblina que no lograba penetrar con la mirada, de suerte que hacía de rutilante escudo del océano que conducía a China —océano de un aspecto terrible, sobre todo teniendo en cuenta que yo tenía planeado embarcar para surcarlo—. Marin City —donde vivía Henri Cru— era un conjunto de cabañas en un valle, cabañas de un proyecto de viviendas para los trabajadores de los astilleros navales durante la guerra. En realidad era un desfiladero, y hondo, con profusión de árboles en todas sus vertientes. Había tiendas especiales y peluquerías y sastrerías para los habitantes del Proyecto. Según decían, era la única comunidad de Norteamérica donde los blancos y los negros vivían juntos de forma voluntaria; y era así, y un lugar alegre y agreste como no he vuelto a ver desde entonces. En la puerta de la cabaña de Henri Cru había una nota que llevaba allí clavada tres semanas: «¡Jack Paparruchas (en enormes letras de molde)! Si no hay nadie en casa, entra por la ventana». Y terminaba: «Firmado: Henri Cru». La nota estaba deteriorada por la intemperie, y había adquirido una tonalidad gris. Pero mi amigo no se había ido: entré por la ventana, y allí estaba durmiendo con su chica, Diane, en una cama que Henri había robado en un barco mercante —según me contaría más tarde—. Imaginaos al técnico electricista de un mercante deslizándose en mitad de la noche con una cama y lanzándose con ella por la borda, y bamboleándose y remando luego con denodado esfuerzo hasta la orilla. Esto explica un poco cómo era Henri Cru. El motivo por el cual me ocupo de lo que ocurrió en Frisco es que ello enlaza con todo lo demás que tiene que ver con la carretera. Henri y yo nos habíamos conocido en un colegio privado de secundaria; pero lo que nos unió realmente fue mi ex-mujer: él la había conocido primero. Una noche vino a mi cuarto y dijo:

—Kerouac, levántate. El viejo maestro ha venido a verte.

Me levanté, y al ponerme los pantalones cayeron al suelo unas cuantas monedas. Eran las cuatro de la tarde. En secundaria solía pasarme el día entero durmiendo.

—Tranquilo, tranquilo, pero no andes tirando la pasta por todas partes. He conocido a la chica más genial del mundo, y voy a ir al Lion's Den con ella esta misma noche —dijo.

Y me llevó a rastras a conocerla. Una semana después la chica salía conmigo. Me dijo que despreciaba a mi amigo. Henri era un francés alto y moreno,

bien parecido, con aire de contrabandista marsellés de no más de veinte años. Como era francés hablaba en un norteamericano con profusión de palabras; su inglés era perfecto, su francés era perfecto; le gustaba vestir con estilo, un poco al modo universitario; salía con rubias vistosas y gastaba montones de dinero. No es que no me perdonara nunca el haberle quitado a su chica, sino que —muy al contrario— ello resultó ser una suerte de vínculo que nos unía; fue un amigo leal desde el primer día, alguien que me tenía verdadero afecto (quién sabe por qué). Cuando di con él en Marin City aquella mañana, se encontraba en esa etapa de decaimiento y desánimo que suelen pasar los jóvenes en esa edad que ronda los veinticinco años. No hacía más que andar de un lado para otro a la espera de aquel barco, y se ganaba la vida como vigilante en los barracones del otro lado del desfiladero. Su chica, Diane, tenía una lengua viperina y le echaba una buena reprimenda todos los días. Se pasaban la semana ahorrando hasta el último centavo, y los sábados salían y se gastaban cincuenta dólares en tres horas. Henri andaba en calzoncillos por la cabaña, con una absurda gorra del ejército en la cabeza; y Diane andaba todo el día con el pelo recogido. De esa guisa, se gritaban el uno al otro toda la semana. En mi vida había oído tantos improperios juntos. Pero el sábado por la noche, sonriéndose con gentileza, salían como una pareja de personajes hollywoodianos de éxito y se iban a la ciudad. Henri quería meter a Diane en el mundo del cine; y a mí quería convertirme en un escritor de Hollywood. Era todo proyectos y nada más que proyectos. Se despertó y me vio entrando por la ventana. Su sonora risa, una de las más grandes risotadas que yo haya oído en la vida, resonó en mis oídos.

—Ahhhhh... Kerouac... Y entra por la ventana siguiendo las instrucciones al pie de la letra. ¿Dónde has estado? ¡Llegas con dos semanas de retraso!

Me dio unas palmadas en la espalda, le soltó un codazo a Diane en las costillas, se apoyó en la pared y se echó a reír y a gritar y a aporrear la mesa para que todo el mundo en Marin City le oyera: «¡Aaah...!», mientras reía con carcajadas largas y ruidosas.

—¡Kerouac! —gritó—. ¡Kerouac, el único e inimitable! ¡El imprescindible!

Yo acababa de pasar por el pequeño pueblo pesquero de Sausalito, y lo primero que dije fue:

—Debe de haber montones de italianos en Sausalito.

—¡Debe de haber montones de italianos en Sausalito! —aulló, forzando al límite los pulmones—. ¡Aaah...! —Se aporreó el cuerpo, cayó en la cama, casi rodó por el suelo—, ¿Has oído lo que ha dicho Kerouac? ¿Que debe de haber montones de italianos en Sausalito? ¡Aaah, aaah...! ¡Juaaa...! ¡Yeaaa...! ¡Yupiii...! —Siguió riendo, rojo como una remolacha—. Me muero de risa contigo, Kerouac; eres el tipo más gracioso del planeta... Y aquí estás, al fin has llegado, y has entrado por la ventana, ya lo has visto, Diane, ha seguido las instrucciones y se ha colado por la ventana... ¡Aaah...! ¡Juaaa...!

Lo curioso era que en la puerta contigua a la de Henri vivía un negro llamado señor Snow[11] cuya risa —lo juro por la Biblia— era —definitiva y rotundamente— la risa más estentórea que yo haya oído en este mundo. No puedo describirla ahora... La describiré cumplidamente cuando llegue el

momento. Pero el tal señor Snow empezó a reírse en la cena, sentado a la mesa, cuando su anciana mujer dijo algo de pasada. Aparentemente atragantado, se apoyó en la pared, miró hacia el cielo, y comenzó. Acabó saliendo por la puerta dando tumbos, apoyándose en las paredes de los vecinos —como un borracho— y tambaleándose por entre las sombras de Marin City mientras alzaba su llamada sonora y triunfante a la deidad demonio que le había pinchado el trasero para hacerle actuar de aquel modo... Ignoro si el señor Snow acabó aquella noche de cenar... Puede que Henri, sin saberlo, estuviera aprendiendo la risa del asombroso señor Snow.
Y pienso que aunque tuviera problemas de trabajo y una mala vida amorosa con aquella mujer de lengua viperina, al menos había aprendido a reír casi mejor que cualquier humano de este mundo, y comprendí que nos íbamos a divertir de lo lindo en San Francisco. El acuerdo era el siguiente: Henri dormía con Diane en la cama del fondo del cuarto, y yo dormía en el catre pegado a la ventana. No tenía que tocar a Diane. Henri hizo enseguida un discurso al respecto:
—No quiero sorprenderos con jueguecitos cuando creáis que no os estoy viendo. Jack: al maestro no le puedes enseñar ninguna nueva tonada. Es una máxima original mía.
Miré a Diane. Era un auténtico bombón; una criatura color de miel. Pero en sus ojos había odio contra nosotros dos. Su ambición era casarse con un hombre rico. Venía de un pueblecito de Kansas. Maldecía el día en que se había liado con Henri. En uno de sus fines de semana fastuosos, Henri se había gastado cien dólares con ella, y ella creyó haber encontrado un rico heredero. En lugar de ello ahora vivía varada en aquella cabaña, y a falta de otra cosa mejor se veía obligada a seguir así. Tenía un trabajo en Frisco, y tenía que coger el autobús Greyhound en el cruce todos los días. Jamás le perdonó esto a Henri. Él hacía lo que podía. Yo me quedaría en la cabaña y escribiría un guión original estupendo para un estudio de Hollywood. Henri descendería de un globo estratosférico con el arpa bajo el brazo y nos haría ricos a todos. Diane iría con él. Él la presentaría al padre de un amigo, director famoso e íntimo amigo de W. C. Fields. Así que la primera semana me quedé en la cabaña de Marin City acometiendo con furia una historia sombría sobre Nueva York que —me parecía— tendría que gustar a un director de Hollywood. Pero resultó que me salió demasiado triste. Henri era casi analfabeto, así que ni se molestó en echarle una ojeada y se limitó a llevarlo a Hollywood varias semanas más tarde. Diane estaba demasiado aburrida y nos odiaba demasiado como para molestarse en leerlo. Pasé incontables horas lluviosas bebiendo café y escribiendo. Al final le dije a Henri que no iba a salir bien; que quería un trabajo; que dependía de ellos hasta para los cigarrillos. Una sombra de desencanto nubló el semblante de mi amigo —siempre estaba desencantándose de las cosas más extrañas—. Tenía un corazón de oro. Se las arregló para conseguirme el mismo empleo que él tenía: vigilante en los barracones. Pasé por los trámites necesarios y, para mi gran sorpresa, los muy majaderos me contrataron. El jefe de la policía local me tomó juramento, y me entregó una placa y una porra, y me convertí en una especie de policía especial. Me pregunté qué dirían Neal,

Ginsberg y Burroughs de todo aquello. Tenía que llevar pantalones azul marino a juego con la chaqueta negra y la gorra de policía. Durante las dos primeras semanas tuve que llevar unos pantalones de Henri, unos pantalones que en mi primera noche de trabajo, como él era tan alto y tenía barriga de comer con voracidad por puro aburrimiento, se me bamboleaban de un lado a otro como a Charlie Chaplin. Henri me dio una linterna y su pistola automática del 32. —¿De dónde has sacado esta pistola?
—Cuando venía hacia la Costa el verano pasado salté del tren en North Platte, Nebraska, a estirar un poco las piernas; al pasar por una tienda vi esta preciosidad de pistola en el escaparate y no dudé ni un segundo: entré y me la compré, y llegué al tren con el tiempo justo...
Traté de explicarle lo que North Platte significaba para mí —la compra de whisky con unos compañeros de viaje—, y Henri me dio unas palmadas en el hombro y me dijo que era el tipo más divertido del mundo. Iluminándome el camino con la linterna subí la empinada ladera sur del desfiladero, llegué a una autopista llena de coches que se dirigían a Frisco, bajé por el otro lado, casi cayéndome, y me vi en el fondo de un barranco donde había una pequeña granja junto a un arroyo y donde —durante meses— todas las santas noches me ladraría el mismo perro. Luego avancé deprisa por un camino plateado y polvoriento bajo la negrura de los árboles de California —un camino como los de La marca del Zorro, como todos los caminos que se ven en las películas del Oeste de serie B—. (En aquellos meses, de cuando en cuando sacaba la pistola y jugaba a indios y vaqueros en la oscuridad). Luego subí otra ladera, y allí estaban los barracones. Eran unos barracones donde se alojaban temporalmente los obreros de la construcción que iban a trabajar allende el mar. La mayoría de ellos lo harían en Okinawa. La mayoría de ellos huían de algo —por lo general, de la ley—. Eran negros duros de Alabama, hombres furtivos de Nueva York, hombres de todas clases y procedencias. Y, sabedores de lo horrible que habría de ser el trabajo de un año entero en Okinawa, se pasaban el tiempo bebiendo. La tarea de los vigilantes especiales consistía en procurar que estos hombres no destrozaran los barracones. Teníamos nuestro cuartel general en el edificio principal, una construcción de madera con paneles de separación para oficinas. Allí pasábamos las horas sentados ante un escritorio de tapa corrediza, apartándonos las pistolas de debajo del trasero y bostezando, y los vigilantes más viejos contaban historias. Era un grupo de hombres horribles, de hombres con alma de policías. Todos menos Henri y yo. Henri tan sólo intentaba ganarse la vida, igual que yo, pero aquellos hombres querían detener a gente y recibir la felicitación del jefe de la policía local. Llegaban incluso a decir que, si no detenías por lo menos a una persona al mes, te despedían. Tragué saliva ante la perspectiva de aquella detención. Pero lo que sucedió realmente fue que yo estaba tan borracho como todo el mundo en los barracones la noche en que se desencadenó todo aquello. Fue la noche en que me tocó hacer un turno en solitario de seis horas... Era el único vigilante de guardia; y no es que alguien lo supiera, sino que al parecer a todo el mundo le dio por emborracharse aquella noche. El motivo: su barco zarpaba a la mañana siguiente. Bebieron como marineros la noche

anterior a que su nave leve anclas. Estaba sentado en una silla de la oficina, con los pies encima del escritorio de tapa corrediza, leyendo un Blue Book de aventuras sobre Oregón y el norte del país, y de pronto me di cuenta de que había un sonoro runrún de actividad inusual en la noche quieta. Salí. Se veía luz en prácticamente todos los malditos barracones del campamento. Los hombres gritaban, rompían botellas. Comprendí que era una cuestión de vida o muerte. Cogí la linterna y fui hasta el barracón más ruidoso, y llamé a la puerta. Se entreabrió como un palmo, y alguien dijo:
—¿Qué quieres? Dije:
—Estoy de guardia en los barracones esta noche, y se supone que vosotros tenéis que guardar silencio en la medida de lo posible.
O cualquier otra observación tonta por el estilo. Me dieron con la puerta en las narices. Seguí con la mirada fija en la madera de la puerta (casi pegada a mi cara). Era como una película del Oeste; había llegado el momento de imponerme. Volví a llamar a la puerta. Esta vez la abrieron de par en par.
—Escuchad, chicos —dije—. No quiero venir a molestaros continuamente, pero si seguís haciendo este ruido del demonio me quedaré sin trabajo.
—¿Quién eres tú?
—Soy guarda en los barracones.
—No te hemos visto en la vida.
—Aquí tengo mi placa.
—¿Qué estás haciendo con esa monada de pistola en el lomo?
—No es mía —me disculpé—. Me la han prestado. —Tómate un trago, por el amor de Dios... Lo hice. Me tomé dos. Dije:
—¿De acuerdo, chicos? ¿Vais a estaros calladitos? Me vais a hundir si no, ya sabéis...
—No te preocupes, tío —me dijeron—. Vete a hacer la ronda y vuelve a tomarte otra copa si te apetece.
Fui de barracón en barracón haciendo la misma advertencia, y al poco estaba tan borracho como cualquiera de ellos. Amaneció, y cumplí con mi obligación de izar la bandera norteamericana en un asta de veinte metros de altura. Pero aquella mañana la puse al revés, y me fui a dormir. Cuando volví al anochecer los miembros del consejo de vigilantes estaban sentados en la oficina con aire grave.
—Dinos, muchacho, ¿qué fue todo ese ruido de anoche en los barracones? Hemos tenido quejas de la gente que vive en las casas del otro lado del desfiladero.
—No lo sé —dije—. Ahora mismo está todo bien tranquilo...
—Se ha ido ya todo el grupo. Tú tenías que mantener el orden anoche en los barracones. El Jefe está furioso contigo. Y otra cosa: ¿sabes que puedes ir a la cárcel por poner la bandera al revés en un asta del gobierno?
—¿Al revés?
Estaba horrorizado. Por supuesto que no me había dado cuenta. Lo hacía maquinalmente todas las mañanas. La sacudía de rocío y la izaba.
—Sí, señor —dijo un vigilante gordo que se había pasado treinta años de carcelero en la terrible prisión de San Quintín—. Podrías ir a la cárcel por hacer eso.

Los demás asintieron con gesto adusto. Se pasaban el tiempo con el trasero en el asiento, y estaban orgullosos de su trabajo. Sacaban las pistolas y charlaban de ellas, pero jamás apuntaban a nadie. Se morían de ganas de disparar contra alguien. Contra Henri o contra mí. Y voy a hablar un poco de los dos peores. El gordo que había estado en San Quintín, de unos sesenta años y abultada barriga, estaba jubilado y no podía mantenerse alejado del ambiente que había nutrido durante toda la vida su alma dura. Noche tras noche llegaba al trabajo en su Buick del año 37, fichaba a la hora en punto y se sentaba en el escritorio. (Se decía que tenía una esposa). Luego se enfrentaba trabajosamente con el sencillo formulario que todos teníamos que rellenar cada noche: rondas, horas, incidencias y cosas así. Luego se echaba hacia atrás y contaba anécdotas:

—Tendríais que haber estado aquí hace un par de meses, cuando Tex y yo... —Tex era el otro vigilante horrible, un jovencito que quería ser rangerát Texas y se había tenido que conformar con lo que era—. Tex y yo detuvimos a un borracho en el Barracón G. Tíos, tendríais que haber visto saltar la sangre por el aire. Os voy a llevar allí esta noche y veréis las manchas en la pared. Lo hicimos rebotar de una pared a otra; primero le pegó Tex con la porra, y después yo; luego Tex sacó el revólver y le arreó con él un buen golpe, y a punto estaba yo de hacer lo mismo cuando el tipo dejó de resistirse y se fue sin armar más líos. Juró que nos mataría cuando saliera de la cárcel (le cayeron treinta días); bien, pues ya han pasado SESENTA días y aún sigue sin aparecer por aquí...

Este era el punto importante del relato: le habían metido tanto miedo en el cuerpo que no se había atrevido a volver para intentar matarles. Empezó a preocuparme la posibilidad de que lo intentara de veras y me confundiera con Tex en un callejón oscuro entre barracones. El viejo vigilante siguió con sus historias, y rememoró con voz suave los horrores de San Quintín:

—Solíamos hacerlos marchar como a pelotones del ejército cuando los llevábamos a desayunar. No había ni uno solo que perdiera el paso. Todo funcionaba como un reloj. Tendríais que haberlo visto. Yo estuve de guardia allí durante treinta años. Jamás tuve ningún problema. Aquellos chicos sabían que no nos andábamos con bromas. Ahora hay muchos funcionarios con presos de custodia blanda, y normalmente son ellos los que tienen problemas. Y tú escucha: te he estado observando y me pareces un poco... ENDULGENTE[12] con esos hombres. —Levantó su pipa y me miró con dureza—, Y se han aprovechado de eso, ¿sabes?

Lo sabía. Le dije que no estaba hecho para ser policía.

—Sí, pero es el trabajo que has SOLICITADO. Así que tendrás que decidirte en un sentido o en otro, o nunca llegarás a ninguna parte. Es tu deber. Has hecho un juramento. Con cosas como éstas no hay término medio. Hay que mantener la ley y el orden.

No supe qué decir: tenía razón. Pero lo único que quería hacer era escabullirme en la noche y desaparecer, y continuar mi camino y averiguar lo que la gente hacía en cada rincón del país. Tex, el otro vigilante, era bajo, achaparrado, musculoso, con pelo rubio al rape y un tic nervioso en el cuello, como el de un boxeador que se golpea continuamente un puño

contra otro. Se vestía como un ranger de Texas del pasado. Llevaba el revólver muy bajo, con cartuchera, y también una pequeña fusta y tiras de cuero colgándole por todas partes, como si fuera una cámara de tortura ambulante: zapatos lustrosos, chaqueta de faldones muy largos, sombrero arrogante..., todo salvo las botas. Siempre me estaba enseñando llaves: se agachaba y se me metía en la entrepierna, me levantaba como a una pluma.
En cuestión de fuerza también yo podría haberle levantado y lanzado hacia el techo con la misma llave (de eso no me cabía la menor duda), pero no se lo hice saber por miedo a que me retara a una pelea de lucha libre. Una pelea tal con un tipo como él no era difícil que acabara en tiroteo. Y estoy seguro de que él era mejor tirador que yo. Yo no había tenido nunca una pistola. Me daba miedo hasta el mero hecho de cargarla. Tex se moría de ganas de hacer detenciones. Una noche en que estábamos de guardia los dos solos volvió de su ronda hecho una fiera.
—Les he dicho a unos de allí que se callaran, y siguen haciendo ruido. Se lo he dicho dos veces. Yo, a un hombre, siempre le doy dos oportunidades. Nunca tres. Ven conmigo: voy a volver allí para detenerlos.
—Déjame darles una tercera oportunidad —dije—. Hablaré con ellos.
—No, señor. Jamás le doy a un hombre más de dos oportunidades.
Suspiré. Fui con él. Llegamos al barracón del escándalo y Tex abrió la puerta y ordenó a todo el mundo que saliera en fila india del recinto. Era muy embarazoso. Todos y cada uno de los presentes estábamos abochornados. Esta es la historia de Norteamérica. Todo el mundo hace lo que se supone que tiene que hacer. Así que ¿qué importaba que un grupo de hombres hablara a gritos y bebiera alcohol en mitad de la noche? Pero Tex quería dejar las cosas bien claras. Se aseguró de que lo acompañara por si los hombres se abalanzaban contra él. Podrían haberlo hecho. Eran todos negros, todos de Alabama. Volvimos hacia la oficina. Tex en cabeza y yo a la zaga. Uno de los hombres me dijo:
—Dile a ese jodido cabrón que no la tome con nosotros, porque podrían despedirnos y nunca llegaríamos a Okinawa.
—Hablaré con él.
En la oficina le dije a Tex que lo olvidara. Y él, enrojeciendo, y con voz lo bastante alta para que lo oyera todo el mundo, dijo:
—Nunca le doy a nadie más de dos oportunidades.
—Joder —dijo el de Alabama—. ¿Por qué no lo deja? Podemos perder el empleo.
Tex no dijo nada, y rellenó los formularios de denuncia. Detuvo sólo a uno de los hombres. Llamó a la ciudad para que enviaran un coche patrulla. Llegó uno y se llevó al detenido. Sus compañeros salieron de la oficina con semblante hosco.
—¿Qué va a decir su madre? —decían.
Uno de ellos se acercó a mí y me dijo:
—Dile a ese hijo de puta de Texas que si mi hermano no está fuera de la cárcel mañana por la noche le voy a romper la cabeza.
Se lo dije a Tex, de una manera más suave, y él guardó silencio. El detenido fue puesto en libertad enseguida, y no pasó nada. El grupo zarpó para

Okinawa. Llegó otro grupo vocinglero. Si no hubiera sido por Henri Cru yo no habría aguantado en aquel trabajo ni dos horas. Pero Henri y yo hacíamos guardia juntos muchas noches, y era entonces cuando pasaban cosas. Hacíamos la primera ronda de la velada de un modo pausado; Henri comprobaba si todas las puertas estaban cerradas con llave y confiaba en que alguna no lo estuviera. Decía:
—Llevo años con la idea de entrenar a un perro para convertirlo en un superladrón. Entraría en los cuartos de estos tipos y les cogería los dólares de los bolsillos. Le enseñaría a coger sólo los billetes; lo tendría oliéndolos durante todo el día, hasta que aprendiera a detectarlos. Y si existiera la menor posibilidad de conseguirlo le enseñaría a no coger más que los de veinte dólares.
Henri siempre tenía la cabeza llena de tales proyectos locos. Se pasó semanas hablando de ese perro. Y sólo en una ocasión encontró una puerta en la que no habían echado la llave. Yo me alejé por el pasillo, porque a mí no me gustaba en absoluto la idea. Henri la abrió furtivamente. Y se dio de bruces con lo que más despreciaba y aborrecía en la vida: la cara del supervisor de los barracones. Henri odiaba tanto la cara de aquel hombre que me dijo: «¿Cómo se llama ese escritor ruso del que siempre estás hablando? Ese que se ponía periódicos en los zapatos y andaba por ahí con unos tubos de estufa que había encontrado en un cubo de basura».
Era una exageración de lo que le había contado de Dostoievski, el gran novelista ruso, el santo Dostoievski.
—Ah, ya... Era... DOSTIOFSKI... Un hombre con la cara de este supervisor no puede tener más que ese nombre... Dostiofski.
Se hallaba cara a cara con Dostiofski, el supervisor, el administrador, el jefe supremo del lugar. Resulta que la única puerta no cerrada con llave que encontró nunca era la de Dostiofski. No sólo eso, sino que además Dostiofski estaba durmiendo cuando oyó que alguien hurgaba en el pomo de la puerta. Se levantó, en pijama, y fue hasta la puerta (el doble de feo que de costumbre). Cuando Henri la abrió se encontró con una cara demacrada que rezumaba odio y sorda furia.
—¿Qué significa esto?
—Estaba intentando abrir la puerta... Pensé que era... Esto..., el cuarto de la limpieza. Estaba buscando una fregona...
—¿Qué diablos QUIERE DECIR que estabas buscando una fregona? —Bueno..., verá...
Entonces yo volví hasta ellos y dije:
—Es que uno de los hombres ha vomitado ahí arriba. Tenemos que limpiarlo.
—Este NO es el cuarto de la limpieza. Este es MI cuarto. ¡Otro incidente como éste y haré que os investiguen y os despidan! ¿Me he explicado con claridad?
—Un tipo ha vomitado arriba —repetí.
—El cuarto de la limpieza está yendo por ese pasillo. Allí —dijo señalando hacia el otro extremo.
Y se quedó esperando a que fuéramos hasta el cuarto de la limpieza y

saliéramos con una fregona y subiéramos como unos tontos con ella.
—Joder, Henri, no haces más que meternos en líos. ¿Por qué no lo dejas ya? ¿Por qué tienes que estar robando todo el tiempo?
—El mundo me debe unas cuantas cosas, eso es todo. No se puede enseñar ninguna tonada nueva al maestro. Como sigas hablándome así voy a empezar a llamarte Dostiofski.
—Está bien, Jefe. Vete a dejar la fregona en su sitio.
—Vete tú a dejar la fregona en su sitio. Yo no he terminado con esas puertas.
Solía contar que una vez se encontró a un hombre dormido de cuyo bolsillo sobresalía un dólar.
—¿Se lo cogiste?
—No estoy en California (la tierra de la fruta y los frutos secos: o te vuelves loco o te vuelves maricón[13]), por el bien de lo que mi madre solía llamar mi salud. Tú quédate con el viejo maestro, y meteremos una bella música en sus molleras malignas. Kerouac, estoy absolutamente convencido, más allá de cualquier sombra de duda, de que nuestro Dostiofski, nuestro hombre, ese gusano, dada su forma craneal malsana, no es más que un ladrón.
Henri era un ladrón compulsivo. Era como un chiquillo. En algún momento de su pasado, de sus días solitarios de colegio en Francia, se lo habían quitado todo; sus padres lo habían metido en el colegio y lo habían dejado allí. Lo habían maltratado y expulsado de un colegio tras otro. Por la noche caminaba por las carreteras de Francia ideando maldiciones a partir de su acervo inocuo de palabras. Y estaba decidido a recuperar todo lo que había perdido; y la suya era una pérdida sin final; era algo que seguiría con él para siempre. La cantina de los barracones era nuestro centro de operaciones. Mirábamos a nuestro alrededor para asegurarnos de que no estaba mirando nadie, y sobre todo para comprobar que ninguno de nuestros colegas merodeaba por las inmediaciones, vigilándonos; y me agachaba y Henri me ponía un pie en cada hombro, y me levantaba y lo aupaba hasta la ventana, que nunca estaba cerrada (la dejaba siempre abierta antes de que cerraran la cantina), y se colaba por ella y se descolgaba hasta la mesa de amasar. Yo era un poco más ágil que él, y me limitaba a brincar hasta la ventana y deslizarme al interior. Una vez los dos dentro, nos íbamos a la heladería. Allí, haciendo realidad un sueño de la infancia, yo quitaba la tapa del helado de chocolate, metía la mano hasta la muñeca, sacaba la varilla y la lamía hasta dejarla limpia. Luego cogíamos cubiletes de cartón y los llenábamos hasta arriba, y echábamos sirope de chocolate encima, y a veces incluso fresas..., y usábamos cucharas de madera. Luego nos dábamos una vuelta por el dispensario, y por las cocinas, y abríamos los frigoríficos para ver lo que podíamos llevarnos a casa en los bolsillos. A veces cortaba un trozo de rosbif y lo envolvía en una servilleta.
—Ya sabes lo que dijo el presidente Truman —decía Henri—. Que había que conseguir reducir el coste de la vida.
Una noche esperé un buen rato a que Henri acabara de llenar una enorme caja de comestibles. Pero era tan grande que al final no pudimos pasarla por la ventana. Henri tuvo que vaciarla por completo para dejar las cosas en su sitio. Pero luego no hacía más que devanarse los sesos. Horas después,

cuando terminó su turno y me quedé solo en los barracones, sucedió algo extraño. Estaba dando un paseo por la vieja senda del desfiladero, acariciando la posibilidad de encontrarme con un ciervo —Henri había visto ciervos por los alrededores (el condado de Marin seguía siendo salvaje en 1947)—, cuando de pronto oí un ruido espantoso en la oscuridad. Bufidos y resoplidos. Pensé que un rinoceronte cargaba contra mí en medio de la noche. Apreté la pistola, me apreté los machos. Una figura alta apareció en la oscuridad del desfiladero; tenía una cabeza enorme. De súbito caí en la cuenta de que era Henri con una caja gigantesca al hombro. Gemía y gruñía bajo su enorme peso. Había encontrado en alguna parte la llave de la cantina y había entrado en ella por la puerta principal. Y había vuelto a llenar la caja de comestibles. Dije:
—Henri... Pensé que estabas en casa. ¿Qué diablos estás haciendo?
Y él dijo:
—Ya sabes lo que dijo el presidente Truman: que hay que reducir el coste de la vida.
Y le oí seguir bufando y resoplando en la oscuridad. Ya he descrito aquella horrible senda que debíamos recorrer —a través de colina y valle— para llegar a nuestra cabaña. Escondió los víveres en la hierba alta y volvió sobre sus pasos.
—Jack —me dijo—, yo solo no puedo hacerlo. —Pero estoy de servicio.
—Vigilaré los barracones cuando te vayas. Las cosas se están poniendo feas. Tenemos que hacerlo de la mejor forma posible, no hay vuelta de hoja. —Se secó la cara—. ¡Puf! Te he dicho mil veces que somos camaradas, Jack, y que estamos juntos en esto. No hay más que una forma de hacerlo. Lo que quieren los Dostiofski y los Jefes Davies y los Tex y las Diane, y todas las molleras malignas de este mundo, es nuestra piel. Tenemos que evitar a toda costa cualquier maquinación de las suyas. Esconden mucho en la manga, aparte de unos sucios brazos. No lo olvides. No se puede enseñar ninguna tonada nueva al viejo maestro.
—¿Qué vamos a hacer con lo de embarcarnos? —le pregunté al fin.
Llevábamos haciendo este tipo de cosas unas diez semanas. Yo estaba ganando cincuenta y cinco dólares a la semana, de los cuales le enviaba a mi madre una media de cuarenta. Y en todo ese tiempo no había pasado más que una velada en San Francisco. Mi vida se reducía a aquella cabaña, a las peleas de Henri con Diane, y a las noches cerradas en los barracones, Henri había desaparecido en la oscuridad a hacerse con la otra caja. Me debatí junto a él en aquel viejo camino del Zorro. Dispusimos los víveres en una pila altísima, sobre la mesa de la cocina de Diane, que al despertar se frotó los ojos.
—¿Sabes lo que decía el presidente Traman? Que teníamos que reducir el coste de la vida.
Estaba encantada. De pronto empecé a darme cuenta de que en Norteamérica todos eran ladrones natos. Y que también a mí me estaba entrando el gusanillo. Empecé incluso a comprobar si las puertas estaban cerradas con llave. Los otros vigilantes empezaban a sospechar de nosotros; nos lo veían en los ojos; comprendían con instinto infalible qué es lo que

pasaba por nuestra mente. Los años de experiencia les habían enseñado cómo era la gente como Henri y yo. Durante el día Henri y yo salíamos con la pistola y tratábamos de cazar codornices en las colinas. Henri se deslizaba hasta llegar a un metro del ave cloqueante, y disparaba con su 32.
Y fallaba. Y sus estentóreas carcajadas retumbaban a través de los bosques de California y de toda Norteamérica.
—Ha llegado la hora de que tú y yo vayamos a ver al Rey de las Bananas.
Era sábado; nos acicalamos y bajamos a la estación de autobuses del cruce. Allí nos pasamos una hora jugando a la máquina del millón. Nos sabíamos todos los trucos y dejamos montones de partidas gratis para los jugadores que vendrían detrás. La atronadora risa de Henri retumbaba allí por donde pasábamos. Me llevó a ver al Rey de las Bananas.
—Tienes que escribir un cuento sobre el Rey de las Bananas —me advirtió —. No le hagas ninguna jugarreta al viejo maestro escribiendo sobre algo diferente. El Rey de las Bananas es tu tema. Ahí tienes al Rey de las Bananas.
El Rey de las Bananas era un viejo que vendía plátanos en una esquina. Me pareció aburrido de verdad. Pero Henri siguió dándome codazos en las costillas, e incluso arrastrándome cogido por el cuello de la camisa.
—Cuando escribes sobre el Rey de las Bananas escribes sobre las cosas interesantes de la vida.
Paseamos por las calles de San Francisco. Henri no soportaba Chinatown. Volvió a llevarme a ver al Rey de las Bananas. Le dije que el Rey de las Bananas me traía al fresco.
—Hasta que no aprendas a darte cuenta de la importancia del Rey de las Bananas no sabrás absolutamente nada de las cosas de interés humano de este mundo —dijo Henri categóricamente.
En la autopista de detrás de nuestra cabaña, en lo alto de la colina, Henri plantó alpiste en la cuneta, con la esperanza de conseguir una buena cosecha de marihuana. La única vez que fuimos a ver cómo iba la cosa se paró a nuestro lado un coche patrulla.
—¿Qué estáis haciendo aquí, muchachos?
—Oh, somos vigilantes de la policía de Sausalito; trabajamos allí abajo, en los barracones. Y tenemos la tarde libre.
Los polis se fueron. Íbamos por la orilla de Sausalito cuando Henri, de pronto, sacó la pistola y disparó contra las gaviotas. Nadie se dio cuenta más que una anciana que llevaba una bolsa de la compra, y que al oír los disparos se dio la vuelta.
—¡Uaaa, buuu...! —aulló Henri.
En la bahía había un viejo y herrumbroso carguero que hacía de boya, y a Henri le apetecía muchísimo ir a verlo. Así que una tarde Diane preparó el almuerzo y alquilamos un bote y fuimos remando hasta él. Henri llevaba algunas herramientas. Diane se desnudó por completo y se tendió al sol en el puente. Yo la observaba desde la toldilla. Henri bajó a la sala de máquinas; las ratas corrían por todas partes, y empezó a dar martillazos a diestro y siniestro en busca de cobre (de un revestimiento de cobre inexistente). Me senté en el destartalado comedor de oficiales. Era un barco muy viejo, y en un tiempo había tenido hermosos aderezos. Volutas en la madera, viejos

arcones con incrustaciones. Toda una evocación del San Francisco de Jack London... Me sumí en mis ensoñaciones en aquella soleada cámara. Las ratas corrían por la despensa. En un tiempo había cenado allí un capitán de ojos azules. Ahora sus huesos estarían orlados de perlas inmemoriales. Bajé a reunirme con Henri en las entrañas del barco.
Y lo encontré tirando con fuerza de todo lo que parecía suelto.
—No hay nada —me dijo—. Pensé que habría cobre. Pensé que por lo menos habría alguna llave inglesa vieja. Este barco ha sido saqueado por una banda de ladrones.
El barco llevaba años en la bahía. Y había sido despojado del cobre por la mano de alguien que ya habría dejado este mundo. Le dije a Henri:
—Me encantaría dormir en este barco alguna noche, cuando caiga la niebla y todo se ponga a crujir y me llegue la señal sonora de las boyas.
Henri estaba asombrado. Su admiración por mí se hizo aún mayor.
—Jack, te doy cinco dólares si eres capaz de pasarte una noche en este viejo cacharro. ¿No te das cuenta de que puede estar encantado por los espíritus de los que fueron sus capitanes? Y no sólo te daré cinco dólares, sino que te traeré en bote y te prepararé un almuerzo y te prestaré mantas y velas.
—¡Trato hecho! —dije.
Henri corrió a contárselo a Diane. Le admiraba mi valor. De lo que yo tenía ganas era de saltar desde un mástil y caer justo en su cono, pero cumplí la promesa que le había hecho a Henri. Aparté, pues, mis ojos de ella. Entretanto, empecé a ir más a menudo a San Francisco. Intentaba por todos los medios conseguir una chica. Incluso pasé una noche entera con una en el banco de un parque. Hasta el amanecer, sin ningún éxito. Era una rubia de Minnesota. Pero homosexuales había muchos. Varias veces fui a San Francisco con la pistola encima, y cuando un homosexual se me acercaba en los urinarios sacaba la pistola y decía:
—¿Eh? ¿Eh? ¿Qué estás diciendo?
Y salían disparados. Nunca he entendido por qué hacía esto. Conocía a maricas por todo el país. Era la soledad de San Francisco y el hecho de tener un arma. Tenía que enseñársela a alguien. Pasaba por delante de una joyería y sentía el súbito impulso de sacar la pistola y disparar contra el escaparate, coger los anillos y brazaletes más valiosos y echar a correr para ir a dárselos a Diane. Luego nos fugaríamos a Nevada juntos. Eran sueños locos. Estaba llegando la hora de irme de Frisco, porque de otro modo me volvería loco. Le escribía largas cartas a Neal y a Ginsberg, que seguían en casa de Bill en los pantanos de Texas. Me habían escrito diciéndome que se disponían a venir a reunirse conmigo en San Francisco en cuanto resolvieran unos asuntos. La fantástica historia de lo que estaban haciendo allá en Texas me llegaría más tarde. Mientras tanto, las cosas entre Henri y Diane y yo iban de mal en peor. Llegaron las lluvias de septiembre, y con ellas las arengas. Henri había ido a Hollywood con Diane y con mi triste y tonto guión bajo el brazo, y nada había salido de todo ello. El director famoso (Gregory LaCava) estaba borracho y no les hizo el menor caso. Anduvieron de aquí para allá por su casita de la playa de Malibú, y empezaron a pelearse delante de otros invitados; les afearon la conducta desde el otro lado de la alambrada de la

piscina, y se volvieron a casa. La gota que colmó el vaso fue lo del hipódromo. Henri cogió todo su dinero ahorrado, unos cien dólares, me hizo vestirme de tiros largos con algunas de sus ropas, cogió del brazo a Diane y nos fuimos al hipódromo del Golden Gate, cerca de Richmond, al otro lado de la bahía. Como botón de muestra del corazón que tenía mi amigo: metió la mitad de los comestibles robados en una enorme bolsa de papel de estraza y se los llevó a una pobre viuda que conocía en Richmond. Fuimos con él. Era un grupo de viviendas humildes muy parecido al nuestro, lleno de niños desharrapados y tristes y montones de ropa tendida al sol de California. La mujer le dio las gracias. Era la hermana de un marinero que él conocía de algo.

—No hay de qué, señora Cárter —dijo Henri en su tono más elegante y cortés—. Queda mucho más en el sitio de donde viene.

Seguimos hacia el hipódromo. Allí, Henri hizo algunas apuestas de veinte dólares increíbles. Antes de la séptima carrera estaba sin un centavo. Con los dos últimos dólares de nuestra comida volvió a apostar, y perdió. Tuvimos que volver a San Francisco en autostop. Volvía a verme en la carretera. Nos cogió un hombre con un coche deslumbrante. Me senté con él delante. Henri se inventó la historia de que había perdido la cartera en el hipódromo, detrás de una tribuna.

—Lo cierto —dije yo— es que lo hemos perdido todo en las carreras. Así que, para evitar tener que volver de las carreras en autostop, lo que haremos de aquí en adelante será utilizar los servicios de un corredor de apuestas, ¿eh, Henri?

Henri se puso todo colorado. El hombre acabó diciéndonos que era un directivo del hipódromo Golden Gate. Nos dejó delante del elegante Palace Hotel, y lo vimos desaparecer entre las arañas del vestíbulo, con los bolsillos llenos de dinero y la cabeza bien alta.

—¡Yeaaa! ¡Jiaaa! —aulló Henri en las calles anochecidas de San Francisco—. Kerouac, sentado junto al tipo que dirige el hipódromo..., JURANDO que va a cambiarse a los corredores de apuestas... ¡Diane! ¡Diane! —Le dio un codazo y varios golpes—. ¡Dime si no es el tipo más divertido del mundo! «Tiene que haber montones de italianos en Sausalito»... ¡Ja, ja, ja...! —Se abrazó a un poste para reír a carcajadas.

Pero aquella noche empezó a llover, y Diane nos lanzaba a los dos miradas torvas. En la casa no quedaba ni un centavo. La lluvia martilleaba en el tejado.

—Va a seguir así una semana —dijo Henri.

Se había quitado el elegante traje, y volvía a estar en míseros calzoncillos y gorra del ejército y camiseta. Sus grandes ojos castaños y tristes miraban fijamente el entablado del piso. La pistola estaba encima de la mesa. En alguna parte de la noche lluviosa, oíamos reír al señor Snow como un poseso.

—Estoy más que harta de ese hijo de puta —dijo Diane.

Estaba a punto de armar bronca. Empezó a meterse con Henri, que repasaba la pequeña libreta negra en la que apuntaba los nombres —de marineros, la mayoría— de la gente que le debía dinero. Al lado de cada nombre escribía

maldiciones con tinta roja. Temí que llegara un día en el que mi propio nombre figurara en su libreta. Últimamente había estado mandando tanto dinero a mi madre que apenas compraba cuatro o cinco dólares de comida a la semana. De acuerdo con la exhortación del presidente Truman, mi puñado de dólares de menos contribuía a reducir el coste de la vida. Pero Henri consideraba que no aportaba lo suficiente, así que empezó a colgar los tiques de los comestibles que compraba —las largas listas de artículos con sus precios— en las paredes de la cocina, para que yo las viese y entendiera lo que quería decirme. Diane estaba convencida de que Henri le ocultaba dinero —y yo también, si he de ser sincero—. Le amenazaba con dejarlo. Henri fruncía los labios.

—¿Y adónde vas a ir?

—A donde Charlie.

—¿CHARLIE? ¿El mozo de cuadra del hipódromo? ¿Has oído eso, Jack? Diane va a liarse con un mozo de cuadra del hipódromo. Pues no te olvides de llevarte la escoba, querida, porque los caballos van a comer esta semana montones de avena con mis cien dólares.

Las cosas empeoraron enseguida. La lluvia rugía fuera. Diane vivía allí cuando conoció a mi amigo, así que le dijo a Henri que hiciera la maleta y se largara. Y él se puso a recoger sus cosas. Me imaginé solo en aquella cabaña lluviosa con aquella arpía. Traté de mediar. Henri empujó a Diane. Diane saltó hacia la pistola. Henri la cogió y me la dio y me dijo que la escondiera —llevaba un cargador de ocho balas—. Diane empezó a gritar, y al final se puso el impermeable y salió al barro del exterior en busca de un policía (¡y qué policía! ¡Nada menos que nuestro viejo amigo el de San Quintín!). Menos mal que no estaba en casa. Volvió empapada de pies a cabeza. Me escondí en mi rincón con la cabeza entre las rodillas. ¿Qué diablos estaba haciendo a cinco mil kilómetros de casa? ¿Por qué había recalado allí? ¿Dónde estaba el mercante que iba a llevarme a China?

—Y otra cosa, lamecoños —aulló Diane—. Esta noche ha sido la última que te hago tus asquerosos huevos con sesos, y tu asqueroso cordero al curry para que puedas llenarte la asquerosa panza y ponerte gordo y grasiento delante de mis ojos.

—Muy bien —dijo Henri con voz calma—. Perfecto. Cuando empecé a salir contigo no esperaba rosas ni claros de luna, así que lo de hoy y lo de esta noche no me sorprende. Intenté hacer unas cuantas cosas por ti; hice todo lo que pude por vosotros dos, y los dos me habéis fallado. Estoy terrible, terriblemente decepcionado con vosotros —continuó, con absoluta sinceridad—. Creí que algo bueno saldría del hecho de estar juntos, algo bueno y duradero. Fui a Hollywood, le conseguí un trabajo a Jack, y a ti te compré bonitos vestidos y traté de presentarte a la gente más elegante de San Francisco. Y te negaste, los dos os negasteis a dar satisfacción al más pequeño de mis deseos. No os pedí nada a cambio. Ahora os pediré un último favor, y ya no os volveré a pedir ninguno más. Mi padre viene a San Francisco el sábado que viene por la noche. Lo único que os pido es que vengáis conmigo e intentéis hacer como si todo es como se lo he contado por carta... Dicho de otro modo: que tú, Diane, eres mi chica, y que tú, Jack,

eres mi amigo. He conseguido que me presten cien dólares para el sábado por la noche. Voy a hacer todo lo posible para que mi padre se lo pase divinamente y pueda irse sin ninguna razón en el mundo para preocuparse por mí...
Esto me sorprendió. El padre de Henri era un reputado catedrático de Francés en la Universidad de Columbia, y miembro de la Legión de Honor francesa.
—¿Quieres decirme que piensas gastarte cien dólares en tu padre? ¡Pero si él tiene más dinero del que tú podrás tener jamás! ¡Te vas a endeudar hasta las cejas!
—Eso es —dijo Henri con voz tranquila y vencida—. Os pido este último favor. Que al menos TRATÉIS de aparentar que todo va a pedir de boca. Quiero a mi padre, y lo respeto. Viene con su joven mujer, justo después de dar un curso de verano en Banff, Canadá. Me gustaría que tuviéramos con él la máxima cortesía.
Había veces en las que Henri era la persona más caballerosa del mundo. A Diane le impresionó oír todo aquello, y se dispuso a recibir de la mejor forma al padre de Henri; pensó que, aunque Henri no mereciera la pena, su padre sí podría resultar un buen «contacto». Llegó el sábado por la noche. Yo había dejado el trabajo de vigilante justo antes de que me despidieran por no hacer suficientes detenciones, y aquella noche iba a ser mi última noche de sábado en Frisco. Henri y Diane fueron a encontrarse con el padre de Henri en la habitación del hotel. Yo tenía el dinero del viaje que me esperaba y bebí más de la cuenta en el bar de abajo. Luego subí a reunirme con ellos —con mucho, mucho retraso—. El padre de Henri abrió la puerta; era un hombre menudo y distinguido, con quevedos.
—Oh —dije al verle—. Señor Cru, ¿cómo está usted? ¡Je suis haut! —exclamé a continuación, queriendo decir «Estoy alto» (o sea «He bebido mucho») en francés, pero tal afirmación no quiere decir absolutamente nada en ese idioma.
El hombre estaba perplejo. Henri me miró, rojo como un tomate: comprendí que acababa de meter la pata. Fuimos a un restaurante de campanillas, Alfred's, en North Beach. El pobre Henri se gastó sus buenos cincuenta dólares en la cuenta de los cinco, copas incluidas. Y entonces sucedió lo peor que podía suceder. ¿Quién estaba sentado en la barra del bar de Alfred's sino mi viejo amigo Allan Temko? Acababa de llegar de Denver y había conseguido un trabajo en el San Francisco Chronicle. Estaba borracho. Ni siquiera se había afeitado. Corrió hacia mí y me dio unas palmadas en la espalda justo en el momento en que yo me estaba llevando la copa a los labios. Se dejó caer en el asiento contiguo al del señor Cru y se inclinó sobre su sopa para charlar conmigo. Henri estaba ya rojo como un tomate.
—¿No vas a presentarme a tus amigos, Jack? —dijo Allan Temko con una débil sonrisa.
—Allan Temko, del San Francisco Chronicle —intenté decir con semblante muy serio.
Diane estaba furiosa conmigo. Temko empezó a hablarle a la oreja al señor Cru.

—¿Qué, le gusta dar clases de francés en secundaria? —le dijo a gritos.
—Perdone, pero no enseño francés en secundaria.
—Oh, creía que enseñaba francés en secundaria.
Estaba siendo deliberadamente rudo. Recordé la noche en que no nos dejó celebrar la fiesta en Denver; pero se lo perdoné. Se lo perdoné todo a todo el mundo, desistí, me emborraché. Empecé a hablar de tonterías y ternezas con la joven esposa del profesor de francés. Era una parisiense genuina, de unos treinta y cinco años, deseable, distante, pero cálida y femenina. Y yo no hice más que decir inconveniencias. Había bebido tanto que cada dos minutos tenía que salir corriendo del reservado para ir a mear, y para hacerlo tenía que saltar por encima de los muslos del señor Cru. Todo se estaba yendo al traste. Mi estancia en San Francisco llegaba a su fin. Henri no volvería a hablarme jamás. Era horrible, porque lo cierto es que quería a Henri, y era uno de los escasísimos tipos en el mundo que sabía lo auténtico y lo gran persona que era. Le llevaría años superar aquello. Qué desastre todo comparado con las noches en que le escribía desde Ozone Park y planeaba seguir la línea roja de la Route 6 que atravesaba Norteamérica. Y heme allí, en el final de Norteamérica... Ya no había más tierra... Ya no había adonde ir salvo hacia atrás. Decidí al menos que mi viaje sería circular. Decidí allí y entonces que iría a Hollywood y volvería cruzando Texas a ver a mi pandilla de los pantanos, y al diablo con todo lo demás. A Temko lo echaron de Alfred’s. La cena se había acabado, de todas formas, así que me uní a él; bueno, lo cierto es que Henri sugirió que me fuera también, así que me fui con Temko a seguir bebiendo. Nos sentamos en una mesa en el Iron Pot, y Temko dijo, a grandes voces:
—Sam, no me gusta ese mariquita de la barra.
—¿Sí, Jake? —dije yo.
—Sam —dijo él—, creo que voy a levantarme y le voy a partir la cara.
—No, Jake —dije, siguiendo con la imitación de Hemingway—. Apúntale con el dedo desde aquí y a ver qué pasa.
Acabamos dando tumbos en una esquina. Jamás imaginé que volvería a aquella misma esquina dos años después —y de nuevo tres años más tarde —. Le dije adiós a Temko. A la mañana siguiente, mientras Henri y Diane dormían, y mientras miraba con tristeza la gran pila de ropa sucia que Henri y yo habríamos de lavar en la máquina Bendix del cobertizo de atrás (tarea siempre tan risueña y gozosa, entre mujeres negras y con el señor Snow riendo a carcajadas como un poseso), decidí marcharme. Salí al porche.
—No, maldita sea —me dije a mí mismo—. Prometí que no me marcharía hasta haber subido esa montaña.
Me refería a la gran ladera del desfiladero que conducía misteriosamente al océano Pacífico. Así que me quedé un día más. Era domingo. Teníamos una ola de calor; hacía un día precioso: el sol se puso rojo a las tres. Empecé a subir la montaña a las tres, y llegué a la cima a las cuatro. Los maravillosos álamos de Virginia de California florecían por todas partes.
Me sentía como si estuviera jugando a los cowboys. Cerca de la cumbre ya no había árboles, sólo rocas y hierba. Había ganado pastando en lo alto de la Costa. Unas cuantas colinas más allá estaba el Pacífico, vasto y azul y con

una gran pared blanca que avanza desde el legendario Potato Patch donde se originan las brumas de San Francisco. Una hora después la niebla pasaría por el Golden Gate y envolvería de blanco la romántica ciudad, y un joven cogería de la mano a su chica y subiría despacio por una larga acera blanca con una botella de Tokay en el bolsillo. Eso era Frisco. Eso y mujeres hermosas de pie en umbrales blancos, esperando a sus maridos. Y Coit Tower, y el Embarcadero[14], y Market Street, y las once populosas colinas. Un Frisco para mí solitario entonces —y que volvería a aflorar en mí años después, cuando mi alma se sentía extranjera—. Entonces era sólo un joven en una montaña. Me agaché, miré entre mis piernas y vi el mundo al revés. Las colinas castañas se perdían hacia Nevada; al sur estaba mi Hollywood legendario; al norte la tierra misteriosa de Shasta. Y allá abajo estaba todo: los barracones donde robábamos nuestra cajita de condimentos, donde la menuda cara de Dostiofski nos había mirado airadamente, donde Henri me había hecho esconder la pequeña y bonita pistola y donde se habían alzado al aire nuestros chillidos estridentes. Me puse a dar vueltas sobre mí mismo hasta casi marearme; pensé que me caería como en un sueño por el precipicio. «Oh, ¿dónde está la chica que amo?», pensé, y miré hacia todos lados, tal como había mirado hacia todos lados al mirar el pequeño mundo de allá abajo. Y ante mí tenía la gran masa, la mole en crudo de mi continente norteamericano; a lo lejos, en alguna parte, el sombrío y loco Nueva York levantaba su nube de polvo y vapor pardo. Hay algo pardo y sagrado en el Este. Y California es blanca como un tendedero y huera de alma... —al menos eso era lo que pensaba entonces—. Tiempo después supe que no es así. Era hora ya de perseguir mi luna. A la mañana siguiente, mientras Henri y Diane dormían, recogí mis cosas en silencio y salí por la ventana del mismo modo en que había entrado, y dejé Marin City con mi bolsa de lona al hombro. Y nunca pasé una noche en aquel viejo barco fantasma —Admiral Freebee, se llamaba—, y Henri y yo nos perdimos el uno al otro. En Oakland me tomé una cerveza con los vagabundos de un bar en cuya entrada había una rueda de carreta, y volvía a estar en la carretera. Crucé a pie Oakland y me planté en la carretera de Fresno. Estaba a punto de entrar en el gran valle bullente del mundo, el San Joaquin, donde el destino me tenía deparado conocer y amar a una mujer maravillosa y correr las más descabelladas aventuras de todas las que habría de correr antes de mi vuelta a casa. Me cogieron dos tipos seguidos que me llevaron hasta Bakersfield, a unos seiscientos kilómetros al sur. El primero estaba loco: un jovencito rubio y fornido en un coche trucado.

—¿Ves ese dedo del pie? —dijo mientras pisaba a fondo el acelerador y ponía aquel cacharro a ciento veinte kilómetros por hora y adelantaba a todos los demás coches que circulaban en la misma dirección—. ¿Lo ves? —Estaba profusamente vendado—. Me lo han amputado esta mañana. Los muy cabrones querían que me quedase en el hospital. He cogido la bolsa y me he largado. ¿Qué es un dedo del pie?

Sí, muy cierto, me dije a mí mismo. Y me agarré bien. No había visto nunca a un conductor tan loco. Llegamos a Tracy en un santiamén. Tracy es una población ferroviaria; los guardafrenos comen hoscamente en figones

contiguos a las vías. Los trenes aúllan a través del valle. El sol enrojece despacio mientras se pone. Van desvelándose todos los nombres mágicos del Valle: Manteca, Madera, los demás... Pronto llega el crepúsculo; un crepúsculo de uvas, una penumbra purpúrea sobre huertos de mandarinas y campos de melones. El sol es del color de las uvas prensadas, y de un tinte rojo borgoña, y los campos tienen color de amor y de misterios españoles. Saqué la cabeza por la ventanilla y aspiré profundamente el aire fragante. Fue el más bello de los instantes. El loco era guardafrenos en la Southern Pacific y vivía en Fresno. Su padre también era guardafrenos. Había perdido el dedo en Frisco, en unas maniobras. No entendí muy bien cómo. Condujo hasta el bullicioso centro de Fresno, y me dejó en la parte sur de la ciudad. Entré apresuradamente en una pequeña tienda que había junto a las vías para comprarme una bebida de cola, y me crucé con un joven y melancólico armenio junto a los furgones rojos, y justo en ese momento pitó una locomotora, y me dije para mis adentros: «Sí, sí. Es la ciudad de Saroyan». ¿Adónde fue aquel Mourad?... ¿A qué penumbras...? ¿A qué sueños de Fresno? Tenía que irme al Sur. Salí a la carretera. Me cogió un hombre con una camioneta nueva. Era de Lubbock, Texas, y estaba en el negocio de los remolques.

—¿Quieres comprar un remolque? —me preguntó—. Ven a verme cuando quieras uno.

Me contó historias de su padre en Lubbock.

—Una noche, mi padre dejó la recaudación de la jornada encima de la caja fuerte. Y se olvidó de ella por completo. Y resulta que... entró un ladrón durante la noche, con soplete de acetileno y demás, y abrió la caja fuerte. Revolvió todos los papeles, tiró unas cuantas sillas y se fue. Y aquellos mil dólares seguían allí encima de la caja fuerte. ¿Qué te parece?

Era una historia asombrosa. ¡Y a qué ritmo estaba viajando: seiscientos kilómetros en siete horas! Ante mí, a lo lejos, ardía la visión del Dorado Hollywood. Detrás de mí, nada; delante, todo, como acontece siempre en la carretera. El hombre me dejó en el extremo sur de Bakersfield, y comenzó mi aventura. Sentí frío. Me puse el delgado impermeable del ejército que había comprado por tres dólares en Oakland y me quedé tiritando en el arcén. Estaba delante de un motel de abigarrado estilo español iluminado como una joya. Los coches pasaban velozmente en dirección a Los Angeles. Yo hacía gestos frenéticos para calentarme: tenía un frío del demonio. Estuve allí hasta medianoche, dos horas seguidas, sin dejar de maldecir ni un solo instante. Era otra vez como en Stuart, Iowa. No había nada que hacer, salvo gastarse algo más de dos dólares y recorrer en autobús los kilómetros restantes hasta Los Angeles. Desanduve el trecho de autopista y volví a Bakersfield, y entré en la estación de autobuses y me senté en un banco. En la locura de la noche nunca puedes ni imaginar qué va a suceder, y yo nunca pude imaginar que me sentaría en aquel banco una semana después, rumbo al Norte, y en la más alocada y tierna de las circunstancias. Había comprado el billete y estaba esperando a que llegara el autobús de Los Ángeles cuando de pronto entró en mi campo visual una chica mexicana increíblemente adorable: menuda, con pantalones amplios. Estaba en uno

de los autobuses que acababan de entrar en la estación. Los pechos le sobresalían hacia el frente, rectos y genuinos; sus caderas eran deliciosas; tenía el pelo largo y negro, y los ojos grandes y azules, llenos de un alma luminosa. Deseé estar en el autobús en que estaba ella. Un dolor intenso me laceró el corazón, como solía pasarme siempre que veía una chica que me gustaba con locura y que tomaba la dirección opuesta a la mía en este mundo demasiado grande en que vivimos. El altavoz anunció la salida del autobús de Los Ángeles. Cogí la bolsa y monté en él, y ¿quién estaba allí sentada y sola sino la chica mexicana? Me senté justo enfrente de ella, y empecé de inmediato a hacer planes. Me sentía tan solo, tan triste, tan cansado, tan trémulo, tan roto, tan hundido... —mi pasado reciente había sido excesivo— que hube de hacer acopio de todo mi coraje para ser capaz de abordar a aquella chica desconocida. Pero aun entonces, mientras el autobús iniciaba la marcha, me pasé cinco minutos golpeándome los muslos en la oscuridad antes de decidirme: «¡Tengo que..., tengo que hacerlo o me muero! ¡Maldito imbécil..., dile algo! ¿Qué te pasa? ¿No estás ya cansado de ti mismo?». Y antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo me vi inclinándome hacia ella, que intentaba dormir en su asiento del otro lado del pasillo:

—Señorita, ¿me acepta la gabardina para ponérsela de almohada?

La chica levantó la mirada y dijo, con una sonrisa: —No, muchísimas gracias.

Me senté, temblando. Encendí un cigarrillo. Esperé a que me mirara, de soslayo, con tristeza y amor, y me puse en pie y me incliné sobre ella:

—¿Puedo sentarme a su lado, señorita?

—Si quiere...

Lo hice.

—¿Adónde va?

—A L. A.

Me pareció adorable su forma de decir L. A. Me parece adorable la forma de decir L. A. de todo el mundo en la Costa Oeste. Al fin y a la postre es su ciudad dorada: su única ciudad dorada.

—¡Yo también voy a Los Angeles! —exclamé—. Estoy muy contento de que me haya dejado sentarme a su lado. Estaba tan solo y he estado viajando tanto...

Y nos pusimos a contarnos nuestras vidas. Su historia era ésta: tenía marido y un hijo. Su marido le pegaba, y ella le había dejado. Vivía en Selma, al sur de Fresno, y se iba a Los Angeles a vivir con su hermana durante un tiempo. Había dejado al pequeño con su familia, que se dedicaba a la vendimia y vivía en los viñedos, en una cabaña. Y no hacía otra cosa que cavilar sobre su suerte. De inmediato tuve unas ganas enormes de rodearla con mis brazos. Charlamos y charlamos. Dijo que le encantaba hablar conmigo. Al poco estaba diciendo que también a ella le gustaría ir a Nueva York. —¡Quizá podamos! —dije, riendo.

El autobús rezongó en la subida del Grapevine Pass, y pronto nos vimos descendiendo y adentrándonos en vastos espacios de luz. Sin ponernos de acuerdo de ninguna forma especial, nos cogimos de la mano, y de la misma forma muda y pura y bella se decidió que, cuando yo tuviera una habitación

de hotel en Los Ángeles, ella estaría conmigo. Todo mi ser suspiraba por ella. Apoyé la cabeza sobre su pelo hermoso. Sus pequeños hombros me volvían loco, y la abracé y la abracé. Y a ella le encantó.

—Amo el amor —dijo, cerrando los ojos.

Le prometí un bello amor. Era una pura dicha estar con ella. Nos contamos nuestras historias, nos sumimos en el silencio y en los dulces pensamientos del goce por venir. Tan sencillo como eso. Que se quedaran con sus Gingers y sus Beverlies y sus Ruth Gullions y sus Louannes y sus Carolyns y sus Dianes del mundo..., que aquélla era mi chica y mi tipo de mujer del alma, y así se lo dije. Ella me confesó que había visto cómo la miraba en la estación de autobuses.

—Pensé que eras un simpático universitario...

—¡Pues sí, soy universitario! —dije.

El autobús llegó a Hollywood. En el amanecer sucio y gris —parecido a aquel en que Joel McCrea conoció a Verónica Lake en un restaurante en la película Los viajes de Sullivan—, se durmió en mi regazo. Miré con avidez por la ventanilla: casas de estuco y palmeras y drives-ins, toda la locura del lugar, la desigual tierra prometida, el extremo fantástico de Norteamérica. Nos bajamos del autobús en Main Street, una calle no demasiado diferente de aquellas donde uno se apea del autobús de Kansas City o de Chicago o de Boston: de ladrillo rojo, sucias, llenas de viandantes que van de un lado a otro, tranvías que rechinan al alba, el olor a prostitución de la gran ciudad. Y aquí perdí la cabeza, no sé por qué. Empecé a tener la paranoia estúpida de que Beatrice —se llamaba así— era una putita normal y corriente que trabajaba en los autobuses en busca de tipos a quienes sacarles la pasta, y que conseguía de continuo incautos como yo, a los que llevaba primero a desayunar a un local donde la esperaba el chulo, y luego a un hotel al que éste tenía acceso con la pistola o lo que fuera. A ella nunca le confesé mis temores. Estábamos desayunando, y un chulo no paraba de mirarnos; imaginé que Bea le dirigía guiños secretos. Estaba muy cansado. Un terror bobalicón se apoderó de mí y me convirtió en ruin y mezquino.

—¿Conoces a ese tipo? —dije.

—¿Qué tipo?

Lo dejé. Beatrice era lenta, se quedaba como atascada en todo lo que hacía; tardaba mucho en comer, y en fumar un cigarrillo, y hablaba demasiado. Seguía pensando que estaba tratando de ganar tiempo. Pero no era más que una soberana tontería. Encontramos habitación en el primer hotel en el que entramos, y antes de que pudiera darme cuenta me vi cerrando la puerta con llave a mi espalda mientras ella se sentaba en la cama y se quitaba los zapatos. La besé mansamente. Mejor que nunca se enterara de lo que había estado pensando de ella. Supe que para relajarnos los nervios necesitábamos whisky —sobre todo yo—. Salí a la carrera de la habitación y anduve buscando a lo largo de unas doce manzanas, hasta que al final pude comprar medio litro de whisky en... —quién lo diría— un quiosco de periódicos. Volví lleno de energía. Bea estaba en el cuarto de baño, arreglándose un poco. Llené un vaso de whisky y dimos sendos tragos largos. Oh, qué dulce y delicioso...; había valido la pena todo mi lúgubre

viaje. Estaba de pie detrás de ella, ante el espejo, y nos pusimos a bailar de esa guisa por todo el cuarto de baño. Empecé a hablarle de mis amigos del Este. Le dije:
—Tienes que conocer a una gran chica amiga mía que se llama Vicki. Es pelirroja y mide casi uno ochenta y cinco. Si vienes a Nueva York ella podrá decirte dónde encontrar trabajo.
—¿Quién es esa pelirroja de más de un metro ochenta? —me preguntó, recelosa—. ¿Por qué me estás hablando de ella?
En su alma sencilla no podía comprender el sentido de mi charla contenta y nerviosa. Lo dejé. Ella empezaba a emborracharse en el cuarto de baño.
—¡Ven a la cama! —le decía yo una y otra vez.
—¿Así que una pelirroja de más de un metro ochenta, eh? Y yo que creía que eras un simpático universitario; te vi con tu precioso jersey y me dije: «Mmm..., ¿a que es guapo?». ¡Pues no, no y no! ¡Has tenido que resultar un chulo, como todos los demás!
—¿De qué diablos estás hablando?
—No te quedes ahí de pie diciéndome que esa pelirroja de más de metro ochenta no es una madama, porque reconozco a una madama en cuanto oigo hablar de ella, y tú..., tú eres un chulo idéntico a los demás que he conocido. Todos sois unos chulos...
—Escucha, Bea, yo no soy un chulo. Te juro por la Biblia que no soy un chulo. ¿Por qué iba yo a ser un chulo? Sólo me interesas tú.
—Llevo todo el tiempo pensando que había encontrado un buen chico. Estaba tan contenta. Me felicitaba a mí misma y me decía: «Mmm, al fin un buen chico en lugar de un chulo».
—Bea —le supliqué con toda mi alma—. Por favor, escúchame y lo comprenderás. No soy un chulo.
Una hora antes había estado pensando que ella era una puta. Cuan triste era todo. Nuestras mentes, con su caudal de locura, se habían separado. Oh vida pavorosa, cuánto gemí y supliqué, y luego me enfurecí y caí en la cuenta de que mis súplicas iban dirigidas a una obtusa criadita mexicana, y eso es exactamente lo que le dije. Y antes de que pudiera darme cuenta estaba cogiendo del suelo sus zapatos rojos y los estaba tirando contra la puerta del cuarto de baño y le estaba diciendo que se fuera.
—¡Muy bien, lárgate ya!
Me dormiría y me olvidaría del asunto. Tenía mi vida; mi vida triste y desastrosa para siempre. Hubo un silencio total en el cuarto de baño. Me quité toda la ropa y me metí en la cama. Bea salió con acongojadas lágrimas en los ojos. En su sencilla y curiosa mente se había decidido que un chulo no arroja los zapatos de una mujer contra la puerta del cuarto de baño ni la conmina a que se largue. En medio de un silencio suave y reverente se quitó la ropa y deslizó su minúsculo cuerpo entre las sábanas, junto al mío. Un cuerpo moreno como las uvas. Le mordisqueé el vientre humilde; la cicatriz de una cesárea le llegaba hasta el ombligo. Sus caderas eran tan estrechas que no podía dar a luz sin que la abrieran. Sus piernas eran delgadas como ramitas. Apenas medía metro y medio. Estiró las piernas y le hice el amor en la dulzura de la mañana cansina. Luego, dos ángeles exhaustos, tristemente

varados en un arrecife de L. A., después de haber experimentado juntos la cosa más íntima y deliciosa de la vida, se quedaron dormidos y durmieron hasta la caída de la tarde. Durante los quince días siguientes, para bien o para mal, seguimos juntos. Al despertar decidimos hacer autostop hasta Nueva York. Allí ella sería mi chica. Imaginé grandes complicaciones con Neal y Louanne y los demás; se abría una época, una nueva época. En primer lugar tendríamos que encontrar trabajo para ganar el dinero suficiente para llegar hasta Nueva York. Bea sostenía que debíamos iniciar de inmediato el viaje con los últimos veinte dólares que me quedaban. Pero a mí no me gustaba la idea. Y, como un maldito idiota, me dediqué a estudiar el asunto durante los dos días en que estuvimos leyendo los anuncios de los periódicos de L. A. (para mí absolutamente desconocidos) en bares y restaurantes baratos, hasta que mis veinte dólares se vieron reducidos a poco más de diez. La cosa se estaba poniendo fea. Éramos muy felices en nuestra pequeña habitación de hotel. Me levantaba en mitad de la noche, porque no podía dormir; tapaba con la manta los hombros morenos de mi niña y examinaba la noche de Los Angeles. ¡Qué noches más brutales, extremas, llenas del ulular de las sirenas! Justo en la acera de enfrente había problemas. Una casa de huéspedes vieja y de mala muerte era escenario de algún tipo de tragedia. El coche patrulla estaba parado ante la puerta, y los policías hacían preguntas a un viejo de pelo gris. Del interior del edificio salían sollozos. Yo lo oía todo, mezclado con el zumbido del neón de mi propio hotel. No me había sentido tan triste en toda mi vida. L. A. es la más solitaria y brutal de todas las ciudades norteamericanas. Nueva York es endiabladamente frío en invierno, pero en algunas de sus calles se percibe una sensación como de disparatada camaradería. L. A. es la selva. South Main Street, por donde Bea y yo solíamos pasear mientras comíamos perritos calientes, era un fantástico carnaval de luces y desenfreno. Policías con botas altas cacheaban a la gente prácticamente en cada esquina. Los personajes más tirados del país pululaban por las aceras —y todo bajo aquellas suaves estrellas del sur de California que se pierden en el halo parduzco del gigantesco campamento del desierto que en realidad es L. A.—. Olía a té, y a hierba, o sea marihuana, que flotaba en el aire, junto con el olor de las habichuelas con chile y la cerveza. El grandioso y salvaje sonido del bop salía de las tabernas; en la noche norteamericana, mezclaba popurríes con todo tipo de melodías de cowboys y de bugui-bugui. Todo el mundo se parecía a Hunkey. Negros fieros con gorras de bop y barbitas de chivo pasaban riendo a carcajadas; hipsters de pelo largo, absolutamente hechos polvo, recién salidos de la Route 66 de Nueva York; y viejas ratas del desierto con paquetes dirigiéndose a los bancos de la Plaza; y pastores metodistas con mangas deshilachadas; y algún que otro santo Nature Boy con barba y sandalias. Yo quería conocerlos a todos, hablar con todo el mundo, pero Bea y yo estábamos demasiado ocupados en pensar cómo ganar algo de dinero para el viaje. Fuimos a Hollywood a tratar de trabajar en el drugstore de la esquina de Sunset con Vine. ¡Toda una esquina! Familias enteras llegadas del interior se bajaban de sus cacharros con ruedas y se quedaban merodeando por la acera con ojos como platos por si

veían a alguna estrella del celuloide (que jamás aparecía). Cuando pasaba una limusina se abalanzaban hacia el bordillo y se agachaban para ver quién iba en su interior: alguien con gafas negras en compañía de una rubia enjoyada.
—¡Es Don Ameche! ¡Es Don Ameche!
—¡No! ¡Es George Murphy! ¡Es George Murphy!
Se arremolinaban en aquel punto, mirándose unos a otros. Guapos maricas llegados a Hollywood para hacer de cowboys se paseaban por los alrededores humedeciéndose las cejas con yemas engreídas. Las más hermosas jóvenes del mundo se exhibían en pantalones holgados: venían a ser estrellas y acababan de camareras en los drive-in. Bea y yo intentamos encontrar trabajo en esos drive-in. Pero no hubo forma. Hollywood Boulevard era un frenesí estentóreo de vehículos; había un accidente menor como mínimo cada minuto. Todo el mundo se dirigía velozmente hacia la última palmera...; más allá se extendía el desierto, y la nada. Los Guapos de Hollywood se apostaban delante de los restaurantes de postín, y discutían de la misma forma que los Guapos de Broadway en Jacob's Beach, Nueva York, sólo que ellos vestían trajes de Palm Beach y su charla era más trillada. Altos y cadavéricos predicadores pasaban a tu lado, trémulos. Mujeres obesas cruzaban corriendo el Boulevard para ponerse en la cola y conseguir sitio en los programas-concurso. Vi a Jerry Colonna comprando un coche en Buick Motors: estaba en el escaparate, toqueteándose el mostacho. Bea y yo comimos en un restaurante del centro que estaba decorado como una gruta. Todos los policías de Los Ángeles parecían guapos gigolós; obviamente habían venido a la ciudad a hacer carrera como actores. Todo el mundo había venido a L. A. a meterse en el mundo del cine, incluso yo. Bea y yo nos vimos obligados finalmente a buscar trabajo en South Main Street, entre beats que no ocultaban que lo eran, y ni siquiera allí lo encontramos. Nos quedaban ocho dólares.
—Oye, voy a coger la ropa de casa de mi hermana y nos vamos a Nueva York en autostop —dijo Bea—. Venga, hombre... Hagámoslo. Si no sabes bailar el bugui, yo te enseñaré...
La última frase era de una canción que siempre estaba cantando. Fuimos a casa de su hermana, que estaba en un barrio de casuchas mexicanas más allá de Alameda Avenue. Esperé en un callejón oscuro, en la parte de atrás de las cocinas de las casas, porque si su hermana me veía, probablemente no iba a gustarle. Pasaron corriendo unos perros. Una pequeñas farolas iluminaban las callejas míseras. Oí a Bea y a su hermana discutiendo en la noche suave y cálida. Me sentía preparado para cualquier cosa. Bea salió de la casa y me llevó de la mano hasta Central Avenue, que es la calle principal de la gente de color de Los Ángeles. Y qué lugar tan tremendo es éste, con tugurios apenas del tamaño justo para que pudiera caber una máquina de discos, en la que no sonaban más que blues, bop y jump. Subimos las escaleras sucias de una casa de vecinos y llegamos al cuarto de una amiga de Bea, Margarina, una chica de color que tenía que devolverle una falda y un par de zapatos. Margarina era una mulata encantadora; su marido era negro como un tizón y muy buena persona. Nada más saludarnos se fue a comprar

una pinta de whisky para agasajarme. Me ofrecí a pagar una parte, pero él se negó a aceptarme nada. Tenían dos hijos pequeños, que brincaban encima de la cama (su sitio de los juegos). Me echaron los brazos al cuello mientras me miraban con asombro. La noche salvaje y llena de murmullos de Central Avenue —las noches de Central Avenue Breakdown de Hamp— aullaba y bramaba fuera. Pensé que era maravilloso: todo, cada ápice de ello. Cantaban en las entradas, cantaban desde las ventanas, cantaban y al diablo con todo. Bea cogió su falda y sus zapatos y nos despedimos. Entramos en un tugurio y pusimos unos discos en la máquina. Un par de tipos negros se acercaron y me susurraron al oído si quería hierba. Un dólar. Dije que muy bien. El contacto entró y me hizo una seña en dirección a los retretes del sótano, donde me quedé mudo y sin saber qué hacer al oírle decir: —Cógelo, tío, cógelo...
—Coger ¿qué? —dije yo.
Él tenía ya mi dólar. Parecía tener miedo a apuntar con el dedo el suelo. Miré por todas partes; me hizo una seña con la cabeza hacia un rincón. No había solado, sólo cemento. Vi en un rincón algo que parecía un pequeño trozo de mierda. El tipo se mostraba absurdamente cauteloso.
—Tengo que tener mucho cuidado. La cosa no ha estado nada fácil esta semana pasada.
Cogí la «mierda» —un pitillo abultado y liado con papel marrón— y volví con Bea, y nos fuimos al hotel a «colocarnos». Pero no notamos nada. No era más que tabaco Bull Durham. En adelante tendría que ser más cuidadoso con mi dinero. Bea y yo teníamos que decidir de inmediato y allí mismo lo que íbamos a hacer, y decidimos irnos a Nueva York en autostop con el dinero que me quedaba. Bea había conseguido cinco dólares de su hermana aquella noche. Teníamos unos trece dólares, o algo menos. Así que antes de que tuviéramos que pagar otro día de hotel recogimos nuestras cosas y un coche rojo nos llevó a Arcadia, California, donde, bajo montañas de cimas nevadas, se halla Santa Anita, Era de noche. Nos dirigíamos hacia esa enormidad que es el interior del continente norteamericano. Cogidos de la mano caminamos por la carretera varios kilómetros, para alejarnos de las zonas pobladas. Era sábado. Y sucedió una cosa que me puso más furioso que nunca desde que me fui de Ozone Park: estábamos bajo una farola de la carretera, con los pulgares extendidos, cuando de pronto pasaron rugiendo unos coches llenos de jovencitos que hacían ondear banderines y gritaban:
—¡Yuju! ¡Ya! ¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado!
Y luego empezaron a increparnos y a dar grandes muestras de regocijo al ver a un chico y una chica en la carretera haciendo autostop. Pasaron docenas de coches llenos de caras veinteañeras y —como alguna vez escribió alguien— «voces jóvenes y afónicas». Odié a todos y cada uno de aquellos jovenzuelos. ¿Quiénes se creían que eran para abuchear a alguien que veían en la carretera? ¿Se creían con derecho a ello sólo porque eran unos gamberros de último año de secundaria y sus padres cortaban el rosbif los domingos por la tarde? ¿Quiénes se creían que eran para reírse de una pobre chica que pasaba por una mala racha e iba con un hombre con quien quería seguir estando? Nosotros no hacíamos más que ocuparnos de

nuestros asuntos. Y nadie nos cogía y nos daba un bendito empujoncito. Tuvimos que volver andando al centro, y, lo que es peor, necesitábamos tomarnos un café y tuvimos la mala fortuna de caer en el único local abierto, una heladería de quinceañeros. Y allí nos topamos con un buen montón de los jovencitos de los coches, que nos reconocieron. Me negué a seguir allí ni un solo segundo más. Nos fuimos y seguimos vagando en la oscuridad. Al final decidí esconderme del mundo con Bea una noche más, y al diablo con lo que la mañana siguiente pudiera depararnos. Entramos en un motel y pagué unos cuatro dólares por una cómoda suite con ducha, toallas, radio y demás. Nos abrazamos muy fuerte, y charlamos. Amé a aquella chica en aquel tramo de vida que compartimos, y que aún estaba lejos de terminar. A la mañana siguiente, audazmente, dimos comienzo a nuestro nuevo plan. Cogeríamos un autobús hasta Bakersfield y trabajaríamos en la vendimia. Al cabo de unas semanas emprenderíamos viaje a Nueva York como es debido: en autobús. Fue maravilloso viajar juntos hasta Bakersfield: echados hacia atrás en el asiento, relajados, charlamos y contemplamos el paisaje y no nos preocupamos de nada más. Llegamos a Bakersfield a la caída de la tarde. El plan era llamar a la puerta de todos los mayoristas de fruta de la ciudad. Bea dijo que podríamos vivir en tiendas en el lugar de trabajo. La idea de vivir en una tienda de campaña y recoger uvas en las frescas mañanas de California me parecía estupenda. Pero no había trabajo, y sí mucha confusión, pues todo el mundo nos daba multitud de consejos y nos sugería sitios adonde ir. Al final no nos salió nada. Sin embargo comimos en un restaurante chino y volvimos a la carga con renovadas fuerzas. Cruzamos las vías de la Southern Pacific y entramos en una población mexicana. Bea parloteó con sus «hermanos» y les pidió trabajo. Era ya de noche, y la pequeña calle mexicana resplandecía de luz: marquesinas de cines, puestos de fruta, salones recreativos, tiendas de Five-and-ten[15]. Había aparcados centenares de camiones destartalados y de cacharros de mala muerte llenos de barro. Familias enteras de vendimiadores mexicanos se paseaban de un lado a otro comiendo palomitas de maíz. Bea habló con montones de mexicanos que le brindaron todo tipo de informaciones confusas. Yo empezaba a desesperar. Lo que necesitaba —y Bea también— era un trago, así que compré un cuarto de oporto de California por 35 centavos y fuimos a bebérnoslo detrás de los vagones. Encontramos un sitio donde los vagabundos habían agrupado cajones para sentarse ante fuegos de leña. Nos sentamos a beber el oporto. A nuestra izquierda estaban los vagones de carga bajo la luna, tristes y rojos y tiznados de hollín. Enfrente, las luces y señalizaciones del aeropuerto de Bakersfield. A la derecha, un gigantesco cobertizo prefabricado de aluminio. Menciono todo esto porque exactamente un año y medio más tarde pasé por allí con Neal y le conté estos detalles. Oh, fue una noche hermosa, una noche cálida, una noche para beber vino, una noche de luna, una noche para abrazar a tu chica y para charlar y para desentenderse de todo y subir al cielo. Y eso es lo que hicimos. Bea, bebiendo, era una chiquilla alocada y me siguió el ritmo alcohólico, e incluso lo superó, y habló sin parar hasta medianoche. No nos movimos de los cajones. De cuando en cuando pasaban vagabundos, y

madres mexicanas con niños, y un coche patrulla del que se bajó un poli para mear, pero la mayor parte del tiempo estuvimos solos, aunando nuestras almas y fundiéndolas más y más, hasta el punto de que hubiera sido terriblemente difícil decirnos adiós. A medianoche nos levantamos y echamos a andar trabajosamente hacia la autopista. Bea tenía un nuevo plan. Haríamos autostop hasta Selma, su ciudad, y viviríamos en el garaje de su hermano. A mí todo me parecía bien. En la carretera, no lejos de aquel condenado y predestinado motel de estilo español —aquel buen y gran motel ante el que decidí volver a Bakersfield, decisión que hizo posible que estuviera en la estación en el momento preciso en que conocí a Bea—, hice que Bea se sentara encima de mi bolsa de lona y pusiera cara de mujer sumida en la aflicción. Enseguida paró un camión y corrimos hacia él con unas risitas jubilosas. El hombre era un buen hombre, y su camión muy humilde. Lo hizo subir renqueando y con ruido por la ladera del Valle. Llegamos a Selma poco antes del alba. Yo me había acabado el vino mientras Bea dormía. Estaba bastante bebido. Nos bajamos del camión y anduvimos vagando por la plaza frondosa y apacible de la pequeña localidad californiana —un simple apeadero de la Southern Pacific—. El paradero del hermano de Bea teníamos que preguntárselo a uno de sus amigos, al que fuimos a buscar. No había nadie en casa. Seguimos dando vueltas por callejones míseros de la pequeña población mexicana. Al despuntar el día me tendí boca arriba en el césped de la plaza y repetí una y otra vez: «No vas a decirme lo que ha hecho en Weed, ¿verdad? ¿Qué hará en Weed? ¿No me lo dirás, verdad? ¿Lo que ha hecho en Weed?». Era de la película La fuerza bruta, en la que Burgess Meredith habla con (Geo. Bancroft[16]). Bea se reía tontamente. Le parecía perfecto todo lo que yo hacía. No le habría importado ni que hubiera seguido allí tumbado hasta que las mujeres salieran de casa para ir a la iglesia. Pero al final, consciente de que su hermano andaría por los alrededores, decidí que debíamos prepararnos para tal encuentro y nos hospedamos en un viejo hotel junto a las vías. Nos metimos en la cama cómodamente. Nos quedaban cinco dólares. A la mañana siguiente Bea se despertó temprano y se fue a buscar a su hermano. Yo dormí hasta mediodía. Cuando miré por la ventana vi un tren de mercancías de la Southern Pacific con centenares y centenares de vagabundos recostados en los vagones abiertos y pasando alegremente con sus bultos como almohadas y con tebeos delante de las narices, y algunos de ellos comiendo buenas uvas de California cogidas al pasar junto al depósito de agua.

—¡Dios! —aullé—. ¡Yujuuu! ¡Es la tierra prometida!

Venían de Frisco. Al cabo de una semana volverían a pasar todos de esa misma guisa, por todo lo alto. Bea llegó con su hijo, su hermano y el amigo de su hermano. Su hermano era un mexicano bronco al que le gustaba mucho empinar el codo, pero un buen tipo. Su amigo era un mexicano grande y blando que hablaba inglés casi sin demasiado acento, y que se expresaba en voz muy alta y con un deseo excesivo de agradar. Me di perfecta cuenta de que sólo tenía ojos para Bea. El hijo de Bea se llamaba Raymond, y tenía siete años. El nombre de su hermano era Freddy. Tenía un

Chewy del 38. Nos montamos todos en él y partimos hacia algún lugar desconocido.
—¿Adónde vamos? —pregunté.
Fue el amigo de Freddy quien se hizo cargo de las explicaciones —se llamaba Ponzo, o al menos así lo llamaban todos—. Apestaba. Y caí en la cuenta de por qué. Se dedicaba a vender estiércol a los granjeros. Tenía un camión. Freddy siempre tenía tres o cuatro dólares en el bolsillo y era un absoluto despreocupado. Siempre decía: «¡Muy bien, amigo, sí señor...! ¡Allá vamos, allá vamos!». Y pisó el acelerador. Íbamos a más de ciento diez kilómetros por hora en aquel viejo trasto en dirección a Madera, más allá de Fresno, a ver a unos granjeros. Freddy llevaba una botella.
—Hoy bebemos. Mañana trabajamos. Aquí tienes, amigo... Toma un trago.
Bea iba en el asiento trasero con su hijo. Miré hacia atrás y vi la felicidad en su semblante. El campo de California en octubre, hermoso y verde, pasaba vertiginosamente a ambos lados. Me sentía en la gloria otra vez.
—¿Adónde vamos, amigo?
—A ver a un granjero que tiene estiércol. Mañana volveremos con el camión y lo recogeremos. Vamos a ganar un montón de dinero. No os preocupéis por nada.
—¡Estamos juntos en esto! —gritó Ponzo.
Vi de qué se trataba: allí donde iba todos «estaban juntos en esto». Atravesamos a toda velocidad las calles de Fresno y subimos por la ladera del Valle hacia una zona de granjas situadas en carreteras secundarias. Ponzo se bajó del coche y mantuvo confusas conversaciones con viejos granjeros mexicanos. De ello no salió nada en limpio, por supuesto.
—¡Lo que necesitamos es un trago! —gritó Freddy, y nos fuimos a un bar de cruce de caminos. Los norteamericanos siempre beben en bares de cruces de caminos los domingos por la tarde. Y llevan a sus hijos. Y hay grandes cantidades de estiércol apilado ante las puertas de tela metálica. Parlotean y se pelean sobre las calidades de la cerveza. Todo perfecto. Cuando anochece los chiquillos se ponen a llorar y los padres están borrachos. Y vuelven a casa haciendo eses. He bebido en bares de encrucijadas con familias enteras en todas partes de Norteamérica. Los chiquillos comen palomitas de maíz y patatas fritas y juegan en la parte trasera. Y eso es lo que hicimos nosotros. Freddy y yo y Ponzo y Bea nos sentamos a beber y a gritar con la música; y el pequeño Raymond jugó con otros niños alrededor de la máquina de discos. El sol empezó a ponerse rojo. No habíamos conseguido nada. ¿Qué había que conseguir?
—Mañana[17] —dijo Freddy—. Mañana lo hacemos. Bébete otra cerveza, amigo. Allá vamos. ¡ALLÁ VAMOS!
Salimos dando tumbos y montamos en el coche. Y nos fuimos a un bar de la autopista. Ponzo era un tipo enorme y vociferante que al parecer conocía a todo el mundo en el valle de San Joaquín. Del bar de la autopista Ponzo y yo nos fuimos en el coche a ver a cierto granjero, pero no llegamos y acabamos en el barrio mexicano de Madera mirando a las chicas y tratando de conseguir un par de ellas para él y para Freddy. Y luego, cuando el crepúsculo purpúreo descendía sobre el condado de la uva, me vi sentado

estúpidamente en el coche mientras mi compañero discutía con un viejo en la puerta de la cocina sobre el precio de una sandía que el hombre cultivaba en la parte trasera de su casa. Compró la sandía; nos la comimos allí mismo, y tiramos las cortezas en la sucia acera del viejo. Por la calle oscurecida pasaban todo tipo de chicas guapas. Dije: —¿Dónde diablos estamos?
—No te preocupes, amigo —dijo el gran Ponzo—. Mañana ganaremos un buen montón de dinero. Esta noche no tenemos que preocuparnos.
Volvimos y recogimos a Bea, a su hermano y al niño y nos fuimos a Fresno. Nos moríamos de hambre. Al llegar cruzamos las vías del tren y nos adentramos en las calles salvajes del barrio mexicano. Unos chinos de aire extraño se asomaban a las ventanas y miraban las calles anochecidas del domingo. Grupos de chicas mexicanas se contoneaban en pantalones; en las máquinas de discos sonaban mambos a todo volumen; había luces engalanadas como si fuera Halloween. Entramos en un restaurante mexicano y comimos tacos y tortillas de puré de judías pintas. Todo delicioso. Saqué los cinco últimos dólares relucientes que me quedaban para arribar a la orilla de Long Island y pagué la cuenta de todos. Me sobraron dos dólares. Bea y yo nos miramos.
—¿Dónde vamos a dormir esta noche, cariño? —No lo sé.
Freddy estaba borracho. Lo único que decía era: «¡Allá vamos, amigo! ¡Allá vamos!» con voz tierna y cansada. Había sido un día largo. Ninguno de nosotros sabía muy bien lo que estábamos haciendo, ni lo que el Buen Dios nos tenía deparado. El pobre Raymond se quedó dormido en mi brazo. Volvimos a Selma. En el trayecto nos paramos bruscamente en un bar de la autopista (la 99): Freddy quería tomar la última cerveza. Detrás del bar había remolques y tiendas de campaña y unas cuantas habitaciones destartaladas estilo motel. Pregunté cuánto costaban y me dijeron que dos dólares. Le pregunté a Bea qué le parecía si pasábamos la noche allí y me dijo que bien, porque teníamos al niño con nosotros y queríamos que estuviera cómodo. Así que después de tomarnos unas cervezas en el bar, donde okies de semblante huraño daban vueltas al son de la música de una orquesta vaquera, Bea, Raymond y yo entramos en una de las habitaciones y nos preparamos para meternos en la cama. Ponzo siguió vagando por allí; no tenía dónde dormir. Freddy durmió en la casucha de su padre en el viñedo.
—¿Dónde vives, Ponzo? —le pregunté.
—En ninguna parte, amigo. Se supone que vivo con Big Rosey, pero me echó a la calle anoche. Creo que dormiré en el camión.
Se oían guitarras. Bea y yo miramos las estrellas y nos besamos.
—Mañana —dijo—. Lodo nos va a ir bien mañana, ¿no crees, Jackie, cariño mío?
—Sí, claro que sí, pequeña.
Siempre era «mañana». Durante toda la semana siguiente eso fue lo único que oí: mañana. Una palabra preciosa; una palabra que probablemente quiere decir «paraíso». El pequeño Raymond saltó a la cama tal cual estaba y se durmió; de sus zapatos salió arena, arena de Madera. Bea y yo nos despertamos en mitad de la noche y quitamos la arena de las sábanas. A la

mañana siguiente me levanté, me lavé y di un paseo por los alrededores. Estábamos a cinco kilómetros de Selma, en los campos de algodón y los viñedos. Le pregunté a la dueña del campamento —una señora grande y gorda— si estaba libre alguna de las tiendas de campaña. Y me respondió que sí, que la de un dólar al día (la más barata). Bea y yo juntamos un dólar como pudimos y nos trasladamos a ella. Había una cama, un hornillo y un espejo roto colgado de un poste. Una delicia. Tuve que agacharme para entrar, y cuando entré allí estaban ya mi chica y el hijo de mi chica. Esperamos a que Freddy y Ponzo llegaran con el camión. Los vimos entrar con botellas de cerveza en la mano, y empezaron a emborracharse ya en la tienda. —¿Qué hay del estiércol?

—Hoy se ha hecho tarde. Mañana ganaremos un buen montón de dinero. Hoy nos tomaremos unas cervezas. ¿Qué te parece?

No hizo falta que insistieran mucho.

—¡Allá vamos! ¡ALLÁ VAMOS! —gritó Freddy.

Empecé a comprender que nuestros planes de ganar dinero con el estiércol jamás llegarían a materializarse. El camión estaba aparcado frente a la tienda. Olía como Ponzo. Aquella noche Bea y yo nos acostamos y aspiramos el dulce aire nocturno bajo la tienda empapada de relente, y nos hicimos unas cuantas caricias y arrumacos. Me disponía ya a dormir cuando ella dijo:

—¿No quieres hacer el amor conmigo?

Yo le dije:

—¿Y Raymond?

—Le da igual. Está dormido.

Pero Raymond no estaba dormido, y no dijo nada. Freddy y Ponzo volvieron al día siguiente en el camión del estiércol, pero se fueron enseguida a comprar whisky. Volvieron, y nos lo pasamos de lo lindo en la tienda. Esa noche Ponzo dijo que hacía demasiado frío y durmió en el suelo de la tienda, envuelto en una lona que olía a boñiga de vaca. Bea detestaba a Ponzo. Decía que siempre estaba rondando a su hermano para poder estar cerca de ella. A Bea y a mí no iba a pasarnos nada en el mundo más que morirnos de hambre, así que a la mañana siguiente me fui a los campos a pedir trabajo en la recogida del algodón. Todo el mundo me dijo que fuera a la granja del otro lado de la autopista. Fui, y el granjero estaba en la cocina con sus mujeres. Salió, escuchó mi historia, y me advirtió que no pagaba más que tres dólares al día por cada cincuenta kilos de algodón recogido. E hice el cálculo siguiente: si recogía como mínimo ciento cincuenta kilos al día me embolsaría un buen pellizco. Acepté el trabajo. El granjero sacó del granero unas bolsas de lona largas y me dijo que la recogida empezaba al amanecer. Volví a donde Bea rápidamente, todo contento. En el camino un camión pisó un bache y dejó caer unos grandes racimos de uva sobre el asfalto caliente. Las cogí y me las llevé a la tienda. Bea se alegró mucho.

—Raymond y yo podemos ir contigo para ayudarte.

—¡Deja! —dije yo—. ¡Nada de eso!

—Ya verás, ya verás... Recoger algodón es muy duro. Te enseñaré cómo se hace.

Comimos las uvas, y por la tarde Freddy se presentó con una hogaza de pan y una libra de hamburguesas, y organizamos una merienda campestre. En la tienda de al lado —más grande que la nuestra— vivía toda una familia de okies recolectores de algodón. El abuelo se pasaba todo el santo día sentado en una silla; era demasiado viejo para trabajar. El hijo y la hija, con su prole, salían todos los días al amanecer y cruzaban la autopista para ir a trabajar al campo de mi patrón. Al alba del día siguiente me fui con ellos. Decían que al alba el algodón era más pesado por el rocío, y que trabajando por la mañana se podía ganar más dinero que por la tarde. Pero ellos trabajaban desde el amanecer hasta el ocaso. El abuelo había llegado de Nebraska durante la gran plaga de la década de los años treinta —la mismísima nube de polvo de la que me había hablando mi cowboy de Montana—, en un viejo camión destartalado y con toda la familia. Y seguían en California desde entonces. Les encantaba trabajar. En los últimos diez años su hijo había incrementado a cuatro el número de vástagos, algunos de los cuales ya eran lo bastante mayores para recolectar el algodón. Y habían progresado desde la pobreza harapienta de los campos de Simón Legree a una suerte de respetabilidad risueña en mejores tiendas (y eso era todo). Se sentían extremadamente orgullosos de su tienda. —¿Volverán algún día a Nebraska?
—¡Bah! Allí no hay nada. Lo que queremos es comprar un remolque.
Nos agachamos y empezamos a recoger algodón. Todo era muy hermoso. Al otro lado de los campos estaban las tiendas, y más allá los pardos y agostados algodonales, que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, y, sobre el horizonte, las cimas nevadas de las Sierras en el aire azul de la mañana. Aquello era mucho mejor que fregar cacharros en South Main Street. Pero yo no sabía nada de la recogida del algodón. Me llevaba mucho tiempo desprender las bolas blancas de sus crujientes bases. Los demás lo hacían con un solo movimiento. Además me empezaron a sangrar las yemas de los dedos; necesitaba guantes, o más experiencia. En el campo había una pareja de negros viejos. Recogían el algodón con la misma santa paciencia que sus abuelos en los algodonales de la Alabama de antes de la guerra civil: se movían a lo largo de sus hileras, encorvados y taciturnos, y sus bolsas engordaban. Me empezó a doler la espalda. Pero era hermoso estar arrodillado y medio oculto en aquella tierra: si tenía ganas de descansar lo hacía con la cara en la almohada de la tierra parda y húmeda. Los pájaros cantaban como acompañándonos en la recogida. Pensé que había encontrado el trabajo de mi vida. Bea y Raymond vinieron hacia mí a través del campo, haciéndome señas con la mano en el mediodía caliente y apacible, y se pusieron a trabajar conmigo. ¡Que me aspen si el pequeño Raymond no era más rápido que yo! Y, claro está, Bea era como mínimo el doble de rápida. Iban delante de mí, y me dejaban montones de algodón limpio para que yo los fuera metiendo en la bolsa. Bea hacía montones parecidos a los que haría un hombre; Raymond, montoncitos de niño. ¿Qué clase de hombre era yo que era incapaz de mantenerse a sí mismo; y para qué hablar de los seres a quienes quería? Se pasaron toda la tarde conmigo. Cuando el sol se puso rojo volvimos los tres juntos con paso cansado. En la linde del algodonal puse mi bolsa en una báscula, y pesó veinticinco kilos, y

me pagaron un dólar y medio. Luego pedí prestada un bicicleta al hijo de uno de los okies y pedaleé por la 99 hasta la tienda de comestibles de un cruce y compré latas de espagueti ya cocinado y albóndigas, pan, mantequilla, café y tarta, y volví con la bolsa de la compra en el manillar. El tráfico en dirección a Los Angeles discurría vertiginosamente por el asfalto. Los que iban hacia Frisco me hostigaban detrás. No paré de soltar juramentos. Miré hacia el cielo oscuro e imploré a Dios que me concediera una racha mejor en la vida, y una oportunidad de hacer algo de provecho por las criaturas que amaba. Pero nadie me hacía el menor caso allá arriba. Debería haberlo sabido ya. Tuvo que ser Bea la que me hiciera recobrar el ánimo. En el hornillo de la tienda calentó las cosas para la comida, que resultó una de las más exquisitas de mi vida. Suspirando como un viejo negro recolector de algodón, me tumbé en la cama y fumé un cigarrillo. Los perros ladraban en la noche fresca. Freddy y Ponzo habían dejado de visitarnos al anochecer. Y me alegré de que así fuera. Bea se acurrucó a mi lado, y Raymond se me sentó en el pecho, y los dos dibujaron animales en mi cuaderno. La luz de la tienda brillaba sobre la imponente planicie. La música vaquera seguía sonando en el bar, y se propagaba por los campos, todo tristeza. Pero a mí no me afectaba. Besé a mi chica y apagamos la luz. A la mañana siguiente el rocío combaba el techo de la tienda. Me levanté con la toalla y el cepillo de dientes y fui a asearme a los lavabos del motel; luego volví, me puse los pantalones —todos desgarrados de trabajar arrodillado en la tierra, y cosidos por Bea la noche anterior—, me calé un sombrero de paja astroso que había sido de Raymond (un viejo sombrero que había utilizado en sus juegos) y crucé la autopista con la bolsa de lona para el algodón. Todos los días ganaba aproximadamente un dólar y medio. Me llegaba justo para la comida —que iba a comprar en bicicleta al atardecer—. Los días pasaban, y me había olvidado por completo del Este y de Neal y de Allen Ginsberg y de la maldita carretera. Raymond y yo jugábamos continuamente: le gustaba que lo lanzara al aire para que cayera encima de la cama. Bea remendaba la ropa. Ya era un hombre de la tierra, tal como había soñado en Ozone Park que un día llegaría a ser. Se decía que el marido de Bea había vuelto a Selma, y que me andaba buscando. Y estaba preparado para recibirle. Una noche los okies enloquecieron en el bar y ataron a un hombre a un árbol y lo golpearon con palos hasta dejarlo muy maltrecho. Yo estaba dormido en ese momento, y sólo lo oí contar. Desde entonces empecé a tener a mano un palo grande en la tienda, por si acaso se les ocurría que los mexicanos les estábamos echando a perder el campamento de remolques. Pensaban que yo era mexicano, claro está; y lo soy. Pero estábamos entrando en octubre y por la noche empezaba a hacer frío de verdad. Los okies tenían una estufa de madera y pensaban quedarse todo el invierno. Nosotros no teníamos nada, y hasta debíamos el alquiler de la tienda. Bea y yo decidimos, con profunda amargura, que teníamos que marcharnos.

—Vuelve con tu familia —le dije, a regañadientes—. Por el amor de Dios, no puedes andar yendo de una tienda a otra con un niño como Raymond. La pobre criatura se moriría de frío.

Bea se puso a llorar porque lo tomó como una crítica a sus instintos maternales; pero yo no estaba hablando de eso. Cuando una tarde gris Ponzo llegó en su camión decidí pedirle que nos llevara a ver a la familia de Bea para poder exponerles la situación. Pero a mí no debían verme, así que me escondería en el viñedo. Salimos en dirección a Selma, pero el camión se averió y al mismo tiempo empezó a llover a cántaros. Nos quedamos allí sentados, maldiciendo. Ponzo se bajó y se puso a hurgar en el motor, bajo la lluvia. Era un buen tipo, después de todo. Nos prometimos el uno al otro una gran juerga más. El camión volvió a arrancar, y fuimos a un bar destartalado del barrio mexicano de Selma y nos pasamos una hora bebiendo cerveza. Mi dura faena en los algodonales había llegado a su fin. Sentí la llamada de mi propia vida pidiéndome que regresara. Le escribí una postal de un centavo a mi madre en la que le pedía que me enviara otros cincuenta dólares. Fuimos hasta la casucha de Bea. Estaba situada en una vieja carretera que surcaba los viñedos. Cuando llegamos había oscurecido. Me dejaron a unos quinientos metros y siguieron hasta la puerta. La luz salió por el marco. Los otros seis hermanos de Bea estaban tocando la guitarra y cantando. El padre bebía vino. Me llegaron gritos y discusiones. La llamaban puta por haber abandonado a su marido y haberse ido a Los Angeles dejando a Raymond con ellos. Pero la madre morena, triste y obesa se impuso sobre los varones de la familia, como sucede siempre en todos los grandes pueblos campesinos del mundo, y a Bea se le permitió volver al hogar. Los hermanos empezaron a cantar canciones alegres. Yo, hecho un ovillo en el viento frío y lluvioso de aquel octubre del Valle, lo observaba todo desde el otro lado del viñedo triste. La hermosa canción Lover Man, tal como la canta Billie Holiday, resonaba entonces en mi mente. «Algún día nos encontraremos, y secarás todas mis lágrimas, y me susurrarás palabras dulces y sencillas al oído, mientras nos abrazamos y nos besamos... Oh, lo que nos estamos perdiendo, oh Amado, oh dónde estarás...». No es tanto la letra como la melodía bella y armoniosa y el modo en que la canta Billie Holiday —como una mujer que acaricia el pelo de su amado a la luz suave de un lámpara—. Aullaba el viento. Tenía frío. Bea y Ponzo volvieron, y partimos en el viejo camión a reunimos con Freddy, que ahora vivía con la mujer de Ponzo, Big Rosey. Lo llamamos tocando el claxon en las míseras callejas. Big Rosey lo echó a él también. Todo se estaba yendo al traste. Aquella noche Bea me abrazó muy fuerte, y me pidió que no me fuera. Me dijo que se pondría a vendimiar y ganaría el dinero suficiente para mantenernos a los dos. Entretanto yo podría vivir en el granero de la Granja Heffelfinger, no lejos de la casa de su familia. No tendría nada que hacer más que pasarme el día sentado en la hierba comiendo uvas. A la mañana siguiente vinieron a recogernos sus primos en otro camión. De pronto caí en la cuenta de que miles de mexicanos de los campos circundantes estaban al corriente de lo de Bea conmigo —que seguro que había sido un tema de conversación romántico y jugoso—. Sus primos eran muy educados y encantadores. Yo iba en la caja del camión con ellos, de pie, y entramos en la población agarrándonos a la barandilla e intercambiando cumplidos, y charlando sobre dónde estuvimos en la guerra y con qué graduación. Sus primos eran

cinco, y todos estupendos. Al parecer pertenecían a la rama de la familia de Bea que no alborotaba tanto como su hermano Freddy. Pero yo adoraba a su hermano. Quería al alocado Freddy. Me había prometido que iría a Nueva York a reunirse conmigo. Lo imaginé en Nueva York dejándolo todo para mañana. En aquel momento estaría borracho en algún campo. Me bajé del camión en el cruce y los primos llevaron a Bea a casa. Desde la puerta me hicieron señas de que no había moros en la costa (es decir, que sus padres estaban fuera vendimiando). Así que podía pasar la tarde en su casa. Era una casucha de cuatro habitaciones. No me cabía en la cabeza cómo podía vivir tanta gente en ella. Las moscas revoloteaban sobre el fregadero. No había tela metálica (como en la canción: «La ventana está rota, la lluvia entra por el hueco»). Bea, ya en su hogar, se puso a trajinar con los cacharros de la cocina. Sus dos hermanas me dirigieron unas risitas. Unos niños pequeños gritaban en la carretera. Cuando el sol se puso tras las nubes de mi última tarde en el Valle, Bea me llevó al granero de la Granja Heffelfinger. El señor Heffelfinger poseía una próspera granja algo más adelante, junto a la carretera. Pusimos unas cuantas cajas de embalaje juntas, y Bea trajo unas mantas de la casa, y ya estaba todo acomodado (si hacíamos caso omiso a la gran tarántula peluda que acechaba desde un minúsculo punto del techo). Bea me dijo que no me haría ningún daño si yo no la molestaba; me eché boca arriba y me quedé mirándola. Salimos y fuimos hasta el cementerio, y me subí a un árbol. En el árbol canté Blue Skies. Bea y Raymond se sentaron en la hierba; y comimos uvas. En California se chupa el zumo de la uva y se escupe la piel: todo un lujo. Se hizo de noche. Bea fue a casa a cenar y volvió al granero a eso de las nueve con unas deliciosas tortillas de puré de judías. Encendí un fuego de leña en el suelo de cemento, para tener luz. Hicimos el amor encima de las cajas. Bea se levantó y volvió corriendo a la casucha de sus padres. Su padre se puso a gritarle —le oía desde el granero—. Bea me había dejado un poncho para que me calentara. Me lo eché encima y salí al viñedo a la luz de la luna; quería ver lo que pasaba en casa de Bea. Me deslicé hasta el final de una hilera y me arrodillé en la tierra cálida. Sus cinco hermanos cantaban melodiosas canciones en español. Las estrellas parecían inclinarse sobre el pequeño tejado; el humo salía por el conducto que hacía de chimenea. Me llegó el olor del puré de judías con chile. El padre gruñía. Los hermanos seguían cantando. La madre estaba callada. Raymond y los chiquillos reían en el dormitorio. ¡Un hogar californiano! Yo, oculto entre las vides, lo observaba todo. No podía sentirme mejor; estaba viviendo intensamente la loca noche norteamericana, Bea salió dando un portazo. La abordé en la carretera oscura. —¿Qué pasa?
—Oh, nos pasamos la vida peleándonos. Mi padre quiere que vaya a trabajar con ellos mañana. Dice que no quiere que ande por ahí sin hacer nada. Jackie, yo quiero irme a Nueva York contigo.
—Sí, pero ¿cómo?
—No sé, cariño. Te echaré de menos. Te amo.
—Pero tengo que irme.
—Sí, sí. Follamos una vez más y te vas.

Volvimos al granero. Hicimos el amor bajo la tarántula. ¿Qué estaba haciendo la tarántula? Dormimos un rato encima de las cajas de embalaje.
Y Bea volvió a casa a medianoche. Su padre estaba borracho. Le oí vociferar; luego, cuando se durmió, se hizo el silencio. Las estrellas parecían envolver el campo dormido. Por la mañana el granjero Heffelfinger asomó la cabeza por la puerta de los caballos del granero y dijo:
—¿Cómo le va, joven?
—Muy bien. Espero que no le importe que esté aquí. —Claro que no. ¿Anda con esa fulanilla mexicana? —Es una buena chica.
—Y muy bonita, también. Creo que el toro saltó la cerca. Tiene los ojos azules.
Hablamos de su granja. Bea me trajo el desayuno. Yo había preparado la bolsa de lona para viajar a Nueva York en cuanto recogiera el dinero en Selma. Sabía que había llegado. Le dije a Bea que me marchaba. Se había pasado toda la noche pensando, y había acabado por resignarse. Me besó sin pasión entre las viñas, y fue alejándose a lo largo de la hilera. Tras una docena de pasos, nos volvimos (porque el amor es un duelo) y nos miramos por última vez.
—Te veré en Nueva York, Bea —dije.
Habíamos quedado en que iría a Nueva York con su hermano a final de mes. Pero los dos sabíamos que, por una u otra razón, nunca haría ese viaje. A unos treinta metros me volví, y la miré. Seguía caminando en dirección a la casucha de sus padres, con el plato de mi desayuno en la mano. Agaché la cabeza y la observé. Bien, adelante: volvía a estar en la carretera. Eché a andar por la autopista en dirección a Selma, comiendo nueces negras que iba cogiendo de los nogales. Me encaminé hacia las vías de la Southern Pacific, y seguí por los raíles manteniendo el equilibrio, y pasé por delante del depósito de agua y de una fábrica. Era el final de algo. Fui a la oficina de telégrafos del ferrocarril a recoger el dinero que me llegaba de Nueva York, pero estaba cerrada. Me senté a esperar en las escaleras. El encargado de los billetes volvió y me invitó a pasar. El dinero había llegado: mi madre acababa de salvar al desastre de su hijo una vez más.
—¿Quién va a ganar la World Series del año que viene? —me preguntó el encargado, un tipo viejo y demacrado.
De súbito caí en la cuenta de que era otoño y de que estaba regresando a Nueva York. Sentí una inmensa alegría. Le dije que los Braves o los Red Sox. (Resultó que la World Series de 1948 la disputaron los Braves y los Indians. Pero estábamos en el año de gracia de 1947). En el seco octubre estaba abandonando el valle de San Joaquín; y en aquel mismo instante estaban sucediendo en Texas cosas de las que ahora debo dar cuenta, para aportar cierta enjundia a las circunstancias que hicieron que aquel octubre Neal y Ginsberg y yo nos cruzáramos sin encontrarnos. Neal y Ginsberg vivieron durante un mes en la cabaña de los pantanos de Bill Burroughs. Dormían en un catre, lo mismo que Hunkey. Bill y Joan dormían en su dormitorio, con la pequeña Julie. Los días eran siempre idénticos. Bill se levantaba el primero y salía al jardín, donde cultivaba marihuana y estaba construyendo un acumulador de orgón reichiano. Era un cajón vulgar y lo bastante grande

como para que un hombre pudiera sentarse dentro de él en una silla. Una capa de madera y una capa de metal y otra capa de madera absorben orgones de la atmósfera y los mantiene cautivos el tiempo suficiente para que el cuerpo humano los absorba en mucho mayor medida de lo que los absorbe normalmente. Según Reich los orgones son átomos vibratorios atmosféricos del principio de la vida. La gente enferma de cáncer porque se queda sin orgones. Bill pensaba que su acumulador de orgones mejoraría si la madera que utilizaba era lo más orgánica posible. Así que ponía un tupido entramado de hojas y ramitas de los pantanos en su mística caseta, que se alzaba en el patio llano y caliente, una máquina desnuda y engalanada con una serie de artilugios delirantes. Bill se quitaba la ropa y entraba en la caseta para quedarse sentado y ensimismarse en la contemplación de su ombligo. Y salía rugiendo, ávido del desayuno y de sexo. Su cuerpo largo y demacrado volvía con paso vacilante a la cabaña, y su cuello reseco de buitre viejo apenas soportaba el cráneo huesudo donde se almacenaba todo el conocimiento acumulado en treinta y cinco años de vida loca. (Diré más de él más adelante.) —Joan —dijo—. ¿Has preparado el desayuno? Si no, voy y pesco un siluro. ¡Neal! ¡Allen! Dormís como lirones. Unos jovencitos como vosotros... Arriba, tenéis que coger el coche e iros a McAllen a comprar provisiones...
Por espacio de un cuarto de hora fulgía y bullía por la casa frotándose las manos con entusiasmo. Cuando todo el mundo se había levantado y vestido, la jornada de Bill había llegado a su fin: se había quedado sin energía, los orgones se le habían escabullido por el millón de orificios de los esquilmados costados y marchitos brazos por donde se clavaba la aguja de la morfina. Joan trataba de encontrarle; se había escondido en su cuarto para inyectarse la primera dosis de la mañana. Cuando salió tenía los ojos tranquilos y vidriosos. Neal condujo todo el tiempo; desde el momento en que conoció a Bill se convirtió en su chófer. Tenían un jeep. Fueron a unas tiendas de la encrucijada de caminos y compraron comestibles e inhaladores de bencedrina. Hunkey fue con ellos con la esperanza de que llegaran hasta Houston y así poder andar por las calles y mezclarse con las gentes. Estaba cansado de llevar sombrero de paja y de llevarle cubos de agua a Joan. Hay una foto de él rastrillando la huerta de la marihuana con su inmenso sombrero de paja. Parece un culi. Al fondo se ve la cabaña y el porche con cubos de fregar y a la pequeña Julie protegiéndose los ojos con una mano para mirar. Y también hay una foto de Joan sonriéndose como una tonta ante el puchero que está en el fuego; está «colocada» de bencedrina y Dios sabe qué estará diciendo en el momento en que aprietan el disparador de la cámara. «No me apuntes con esa cosa odiosa», o algo por el estilo. Neal se sentaba en un cajón y me escribía largas cartas contándomelo todo. En la sala, a los pies de Bill. Bill bajaba la nariz y contaba largas historias. Cuando el sol se ponía rojo Bill siempre preparaba una ramita de marihuana del huerto para alegría general. Y todos hablaban a grandes voces mientras iban y venían haciendo cosas en la casa. Luego Joan preparaba una cena estupenda. Y después se quedaban sentados sin quitar la mesa: Allen Ginsberg con ojos como cuentas, rumiando y diciendo «Mmm...» en la gran

noche tejana, y Neal, ansioso, gritando: «¡Sí, sí!» a todo lo que decía cada cual, y el malhumorado Hunkey, con sus pantalones color púrpura, hurgando en los cajones en busca de alguna vieja colilla de canuto, y Joan, cansada, apartando la cara, y Bill —tío Bill, lo llamaban ellos— sentado con las largas piernas cruzadas, toqueteando su escopeta de dos cañones... De pronto saltó del asiento y disparó un tiro a través de la ventana abierta. Un viejo caballo con esparaván corrió desbocado en la línea de fuego. Los perdigones desgarraron un tronco podrido de los pantanos.

—¡Dios! —gritó Bill—. ¡Le he dado a un caballo!

Todos salieron corriendo; el caballo se adentraba a galope en los pantanos.

—Te refieres a ese viejo rucio lleno de mataduras —se mofó Joan.

—Eso no es un caballo.

—¿Y qué es si no es un caballo?

—Alistair dice que es una bruja.

Alistair era un granjero vecino que se pasaba todo el día sentado en su cerca.

—El problema del mundo —decía, mientras su larga nariz ganchuda olisqueaba el aire— es que hay demasiados judiiiiiiíos.

Tenía una varita de zahorí e iba a todas partes con ella. Cuando se le movía en la mano y apuntaba hacia el suelo —afirmaba— es que había agua debajo.

—¿Cómo funciona esa varita? —le preguntó Bill.

—No es tanto la VARITA como yo —respondió Alistair.

Un día fue de visita a la casa, y en cuanto llegó empezó a tronar.

—Bueno, veo que he traído la lluvia conmigo —dijo con aire sombrío.

El grupo estaba sentado escuchando discos de Billie Holiday en la noche de los pantanos de Texas. Hunkey predijo que el fin del mundo empezaría en Texas.

—Hay demasiadas plantas químicas y cuerdas de presos por estos pagos. Lo percibo en el aire. Es siniestro.

Joan asintió.

—La reacción en cadena empezará aquí.

Hablaron de la explosión en Texas City que todos habían oído una tarde. Todas las cabezas asintieron en señal de confirmación de aquel suceso apocalíptico.

—No tardará mucho —dijo Joan.

Bill aspiró el aire por la nariz y se guardó para sí sus secretos. Hunkey —el pequeño y oscuro Hunkey, con su rostro oriental— salía por la noche y recogía palos podridos en los pantanos. Encontraba fascinantes variedades de desintegración por todas partes. Descubría nuevas especies de gusanos. Al final dijo que estaba empezando a encontrárselos en la piel. Se pasaba horas en el espejo, quitándoselos. Luego les llegó a todos el momento de irse a Nueva York. Bill, de pronto, se aburrió de los pantanos. Tenía una renta de su familia de cincuenta dólares a la semana. Siempre llevaba un gran fajo de billetes en el bolsillo. Mandó a Joan y a la niña en tren, y Hunkey y Neal y él fueron en jeep. Allen Ginsberg entró en una fase lúgubre que él mismo llamó «las doldrums de los pantanos». Neal estaba cansado de la terrible tensión

de charlar y charlar a todas horas con Ginsberg. Empezaron a pelearse. Ginsberg bajó hasta la costa de Houston y de pronto se vio en la oficina del sindicato firmando para embarcarse con destino a Dakar (África occidental). El barco zarpó dos días después. Volvió a Nueva York dos meses más tarde, con una barba poblada y Doldrums de Dakar[18] bajo el brazo. Neal llevó a Bill y a Hunkey —con algunas pertenencias familiares— en el jeep a Nueva York. No paró ni una sola vez —Texas, Louisiana, Alabama, Carolina del Sur, Carolina del Norte, Virginia... y Nueva York—. Llegaron a Manhattan al amanecer, y fueron directamente a ver a Vicki con una onza[19] de marihuana que ésta les compró al instante. Estaban sin un centavo. Neal llevó a Bill por todo el Nueva York metropolitano, en busca de un apartamento. Hunkey desapareció en Times Square y al final fue detenido por llevar marihuana encima, y condenado a una estancia en la prisión de Riker's Island. La noche en que Bill Burroughs encontró al fin un apartamento fue la misma tarde californiana en que yo me fui de Selma. Yo anhelaba encontrarlos y unirme a ellos. Caminé a lo largo de las vías en la luz larga y triste de octubre del Valle con la esperanza de que algún tren de mercancías de la Southern Pacific pasara y me permitiera unirme a los vagabundos que comían uvas y leer tiras cómicas con ellos. No pasó ninguno. Fui hasta la autopista y me puse a hacer autostop. Me cogieron enseguida. Y resultó el trayecto más rápido y genial de toda mi vida. El conductor era un violinista que tocaba en un grupo vaquero famoso de California. Tenía un coche último modelo y conducía a ciento treinta kilómetros por hora.
—Cuando conduzco no bebo —dijo, pasándome una botella de medio litro. Tomé un trago y le devolví la botella.
—¡Qué diablos! —dijo, y bebió del gollete.
Hicimos Selma-Los Ángeles en el increíble tiempo de cuatro horas —cuatrocientos kilómetros—. El valle volvía a discurrir a toda velocidad ante mis ojos. Había vibrado por el valle del Hudson y ahora vibraba por el valle de San Joaquín, al otro lado del mundo. Qué extraño...
—¡Yepa...! —gritó el violinista—. Verás, el líder del grupo ha tenido que volar a Oklahoma esta mañana para el entierro de su padre, y tengo que hacerme cargo del grupo esta noche, y tenemos que hablar por la radio durante media hora. ¿Crees que podría conseguir algo de bencedrina en alguna parte? No he hablado por la radio en mi vida.
Le dije que comprara un inhalador en cualquier farmacia. Acabó borracho.
—¿Crees que podrías hacer la presentación del grupo? Te prestaré un traje. Parece que hablas un inglés excelente. ¿Qué me dices?
Me pareció perfecto. De andar en destartalados camiones mexicanos a anunciar un programa de radio en tan sólo veinticuatro horas. ¿Podía vivirse otra experiencia más interesante? Pero el violinista olvidó el asunto, y a mí no me pareció mal. Le pregunté si había oído tocar la trompeta a Dizzy Gillespie. Se dio una palmada en el muslo.
—¡Ese tipo es alucinante!
Dejamos atrás Grapevine Pass.
—¡Sunset Boulevard, juaaa! —aulló.

Me dejó justo enfrente de los estudios de Columbia Pictures, en Hollywood. Me dio tiempo a entrar a recuperar el original que me habían rechazado. Luego compré un billete de autobús para Nueva York. El autobús salía a las diez: tenía cuatro horas para vagar por Hollywood a solas. Primero compré una hogaza de pan y salami y me hice diez sándwiches para el largo viaje que me esperaba. Me quedaba un dólar para atravesar el país. Me senté en la pared baja de cemento de un aparcamiento de Hollywood y me preparé los sándwiches sobre una tabla que encontré en el suelo y que limpié a conciencia para extender encima la mostaza. Mientras me afanaba en esta absurda tarea las potentes luces Kleig de un estreno de Hollywood hendían el cielo —aquel cielo susurrante de la Costa Oeste—, A mi alrededor se oían los ruidos de la loca y dorada ciudad costera. Y ahí quedaba mi carrera en Hollywood: aquélla era mi última noche en Hollywood, y lo que hacía era extender mostaza en la tabla que tenía sobre los muslos, en la parte trasera de los retretes de un aparcamiento. He olvidado mencionar que mi billete era sólo hasta Pittsburgh: no había podido comprarme uno hasta Nueva York. Me dije que ya me preocuparía cuando llegara a Pittsburgh. Con los sándwiches en una mano y la bolsa de lona en la otra me paseé durante unas horas por Hollywood. Familias enteras que habían llegado del interior en viejos trastos recorrían poco a poco Sunset y Vine con cara anhelante en busca de estrellas de cine. Y lo único que veían era a otras familias en otros trastos motorizados haciendo lo mismo que ellos. Venían de los llanos de las afueras de Bakersfield, San Diego, Fresno y San Bernardino. Leían revistas de cine; los niños querían ver a Hopalong Cassidy a lomos de su gran caballo blanco en medio del tráfico; las niñas querían ver a Lana Turner en un fortísimo abrazo con Robert Taylor enfrente de Whelan's; las madres querían ver a Walter Pidgeon con sombrero de copa y frac inclinando la cabeza ante ellas desde el bordillo; los padres —adustos y chiflados norteamericanos en viejos cacharros— olisqueaban el dinero flotante en el aire. Estaban listos para vender sus hijas al mejor postor. En las aceras bullían las gentes. Todo el mundo buscaba a todo el mundo. Era el final del continente, no había más tierra hacia el oeste. Alguien había ladeado el continente americano como si fuera una máquina del millón, y todas aquellas gentes estúpidas habían rodado hasta Los Ángeles (el rincón suroeste del tablero). Me lamenté amargamente por todos nosotros. La tristeza y la demencia norteamericanas no tenían fin. Algún día todos nos echaríamos a reír y nos tiraríamos por el suelo al darnos cuenta de lo divertido que había sido todo. Hasta entonces seguirá habiendo en todo esto una seriedad lúgubre que yo adoro. Al amanecer mi autobús surcaba a toda velocidad el desierto de Arizona —Indio, Blythe, Salome (donde ejecutó su danza); las vastas y secas extensiones que llevan a las montañas de México, al sur. Luego viramos hacia el norte, hacia las montañas de Arizona, Flagstaff, Clifftown. Llevaba un libro que había robado en un tenderete de Hollywood, El gran Meaulnes, de Alain-Fournier, pero preferí leer el paisaje norteamericano que discurría ante mis ojos. A cada bache, montículo o trecho que acometíamos mi anhelo se llenaba de desconcierto. Cruzamos Nuevo México absortos en la noche impenetrable; al alba gris estábamos en

Dalhart, Texas; en la tarde sombría de domingo atravesamos, una tras otra, toda una serie de poblaciones llanas; al anochecer llegamos a Kansas. El autobús rodaba a toda marcha. Me vi volviendo a casa en octubre. Todo el mundo vuelve a casa en octubre. En Wichita me bajé del autobús para ir al retrete. Había un joven con un llamativo traje de espiguilla al estilo de Kansas diciéndole adiós a su padre, que era pastor de almas. Un minuto después vi que alguien me miraba a través de un agujero en la pared del cubículo donde estaba sentado, y que me deslizaba una nota por debajo. «Te ofrezco lo que quieras aquí en mi lado si me devuelves la nota». Miré por el agujero y vi un paño de espiguilla chillona típico de Kansas. «No, gracias», dije en voz alta a través del agujero. Qué triste noche de domingo para aquel hijo de un pastor de almas de Kansas. Qué calma chicha la de Wichita. En una pequeña localidad de Kansas un empleado me dijo: —Por aquí no hay nada que hacer.

Miré hacia el fondo de la calle y los infinitos espacios abiertos más allá de la última casucha. Llegamos a Saint Louis a mediodía. Di un paseo por la orilla del Mississippi y contemplé los troncos que venían desde Montana, al norte; grandes troncos épicos de nuestro sueño continental. Viejos barcos de vapor con los arabescos aún más rizados por la intemperie descansaban en el cieno habitados por las ratas. Grandes nubes de la tarde se cernían sobre el valle del Mississippi. Aquella noche el autobús rugió a través de los maizales de Indiana. La luna iluminaba las mazorcas apiñadas como fantasmas. Era casi Halloween. Me camelé a una chica, y no paramos de magrearnos hasta Indianapolis. Era muy miope. Cuando nos bajamos del autobús para comer tuve que llevarla de la mano hasta el mostrador del restaurante. Me pagó la comida —se me habían acabado los sándwiches—. A cambio, le conté largas historias. Volvía del estado de Washington, donde había trabajado en la recogida de la manzana. Vivía en una granja del norte del estado de Nueva York. Me invitó a que fuera a verla. Pero además concertamos una cita para vernos en un hotel de Nueva York. Se bajó en Columbus, Ohio, y yo dormí todo el trayecto hasta Pittsburgh. No había estado tan cansado en años. Aún me quedaban quinientos setenta kilómetros de autostop para llegar a Nueva York, y tenía en el bolsillo diez centavos. Anduve ocho kilómetros para salir de Pittsburgh, y, tras un trayecto en un camión cargado de manzanas y otro en un gran tráiler, llegué a Harrisburg en una suave y lluviosa noche del veranillo de San Martín. Y no me demoré ni un momento: quería llegar a casa. Era la noche del Fantasma del río Susquehanna. Nunca imaginé que llegaría a estar tan varado. Para empezar, no lo sabía pero estaba volviendo a pie hacia Pittsburgh por una autopista más antigua. Tampoco lo sabía el Fantasma. El Fantasma era un hombrecito arrugado con una cartera de papel en bandolera que afirmaba que se dirigía a «Canady». Caminaba muy deprisa, y me ordenaba que lo siguiera, y me dijo que más adelante había un puente por el que podíamos cruzar. Tendría unos sesenta años; hablaba sin parar de sus comidas, de la mucha mantequilla que le daban para las tortitas, de las muchas rebanadas de pan de más, de cómo unos viejos de un asilo de Maryland le habían llamado desde el porche para invitarle a quedarse el fin de semana, de cómo

se había dado un baño caliente antes de marcharse. Y me contó que se había encontrado un sombrero completamente nuevo en el arcén de la carretera, en Virginia, y que ese sombrero era el que llevaba en la cabeza. Y que en cada ciudad se presentaba en la Cruz Roja y les enseñaba su carnet de veterano de la Primera Guerra Mundial; que la Cruz Roja de Harrisburg no merecía ese nombre; que se las arreglaba como podía en este mundo duro, y que a veces vendía corbatas. Pero me di cuenta enseguida de que no era más que un vagabundo semirrespetable que recorría a pie todas las tierras salvajes del Este pidiendo ayuda en los centros de la Cruz Roja y a veces mendigando monedas de diez centavos en alguna esquina de la calle mayor. Éramos dos vagabundos. Caminamos unos diez kilómetros a lo largo del doliente Susquehanna. Un río terrorífico. Con frondosos precipicios a ambos lados que se inclinan como fantasmas peludos sobre aguas ignotas. La noche, negra como boca de lobo, lo envolvía todo. A veces, en las cocheras del ferrocarril de la otra orilla se alzaba los faros de una locomotora e iluminaban los pavorosos precipicios. Lloviznaba. El hombrecito dijo que llevaba en la cartera un cinturón estupendo, y nos paramos para que pudiera sacarlo.

—Lo tengo aquí dentro, en alguna parte... Lo conseguí en Frederick, Maryland. Maldita sea, ¿me lo habré dejado en el mostrador de Fredericksburg?

—Querrá decir Frederick.

—¡No, no! ¡Fredericksburg, Virginia!

Estaba todo el tiempo hablando de Frederick, Maryland, y de Fredericksburg, Virginia. Iba andando por la calzada, casi rozando el tráfico (varias veces estuvo a punto de que lo atropellaran). Yo avanzaba pesadamente por la cuneta. Temiendo que en cualquier momento aquel pobre diablo loco saliera por los aires y cayera muerto en la noche. Nunca encontramos aquel puente. Lo dejé en un paso subterráneo del ferrocarril, en medio de la oscuridad, porque estaba tan sudado por la caminata que me cambié de camisa y me puse dos jerséis (mientras un bar de carretera iluminaba mis tristes esfuerzos). Una familia entera venía caminando por la carretera anochecida, y se preguntó qué estaría yo haciendo. Lo más extraño de todo era que en aquel rústico bar de carretera de Pennsylvania una bella voz de tenor entonaba unos blues muy hermosos. Me quedé escuchando un rato, y me lamenté de mi situación. Arreció la lluvia. Un hombre me llevó de nuevo a Harrisburg, y me dijo que me había equivocado de carretera. De pronto vi al hombrecillo de pie bajo una farola, con el pulgar levantado... ¡Pobre, triste hombrecillo! ¡Pobre joven de otro tiempo, hoy hundido fantasma de la intemperie más mísera! Le conté lo de aquel hombre al conductor, que paró y le dijo al hombrecillo:

—Oiga, señor. Va usted en dirección Oeste, no Este.

—¿Qué? —dijo el pequeño fantasma— No me diga que no sé el camino que tengo que tomar para llegar a mi destino. Llevo años caminando por este país. Y voy a Canady.

—Pero ésa no es la carretera de Canadá, es la carretera de Pittsburgh y Chicago.

El hombrecillo se enfadó con nosotros y se alejó. Lo último que vi de él fue su carterita blanca y bamboleante desvaneciéndose en la oscuridad de las dolientes Alleghenies.
—Eh —le grité.
Mascullaba cosas para sus adentros. No quería saber nada con derrotistas como yo.
—¡Voy derecho..., directo... allá! —dijo, refiriéndose a Canadá; decía conocer un lugar de la frontera donde podía pasarla sin que le vieran; decía que iba a coger un mercancías para llegar hasta ese punto fronterizo.
—Lehigh Valley, Lackawanna, Erie... Pasaré por todos estos sitios...
Pensaba que todas las tierras salvajes de Norteamérica estaban en el Oeste hasta que el Fantasma de Susquehanna me hizo ver mi error. No, hay tierras salvajes en el Este; las tierras salvajes que Ben Franklin recorrió en carro de bueyes en sus tiempos de jefe de una sucursal de Correos; las tierras salvajes en las que George Washington era un recio varón que combatía a los indios; las tierras salvajes en las que Daniel Boone contaba historias a la luz de las lámparas de Pennsylvania y prometía encontrar el Paso; las tierras salvajes en las que Bradford construyó su carretera y los hombres armaban broncas en cabañas de troncos. No había grandes espacios en Arizona para el hombrecillo, sólo la frondosa tierra salvaje del este de Pennsylvania, Maryland y Virginia, los fondos de paisaje, las negras carreteras alquitranadas que serpean entre ríos tristes como el Susquehanna, el Monongahela, el viejo Potomac y el Monocacy. Aquella experiencia me sacudió por dentro; aquella noche de Harrisburg me supuso el castigo del condenado, y como tal quedó en mi recuerdo. Tuve que dormir en la estación de tren, en un banco. Al amanecer los encargados de la estación me echaron. No es cierto que empieces a vivir siendo un feliz niñito que cree en todo lo que sucede bajo el techo de su padre y que luego llegue el día del descreimiento, en que sabes que eres un condenado, y un miserable, y pobre, y ciego, y estás desnudo, y que con el semblante de un hórrido fantasma vas por esta vida de pesadilla estremeciéndote. Salí de la estación todo ojeroso, dando tumbos. Estaba descontrolado. De la mañana sólo alcanzaba a ver su blancura de tumba. Tenía un hambre de lobo. Lo único que me quedaba con alguna caloría eran las últimas pastillas para la tos que había comprado meses atrás en Preston, Nevada. Me las tragué, por el azúcar. No era capaz de pedir limosna. Salí de la ciudad tambaleándome, con las fuerzas justas para llegar a las afueras. Sabía que, si me quedaba otra noche en Harrisburg, me detendría la policía. ¡Maldita ciudad! ¡Horrible mañana! ¿Dónde estaban las mañanas de mis visiones adolescentes? ¿Qué es lo que un hombre hará en el futuro? La vida es una ironía tras otra, porque me cogió un hombre enjuto y demacrado que creía en el ayuno prolongado como medio para mejorar la salud. Cuando, mientras avanzábamos hacia el este, le dije que me moría de hambre él dijo:
—Estupendo, estupendo... No hay nada mejor. Yo, sin ir más lejos, llevo tres días sin comer. Voy a llegar a los ciento cincuenta años.
Era un fantasma, un saco de huesos, un muñeco endeble, un palo roto, un demente. Si me hubiera cogido un hombre gordo y rico probablemente me

habría dicho:
—Paremos en ese restaurante a comer unas chuletas de cerdo con judías.
Pues no, aquella mañana tenía que cogerme un loco defensor del ayuno hasta la inanición. En algún punto de Nueva Jersey se sintió un tanto indulgente y sacó unos sándwiches de pan con mantequilla de la parte trasera del coche. Los llevaba escondidos entre su muestrario de viajante de comercio. Vendía elementos de fontanería por todo el estado de Pennsylvania. Devoré el pan con mantequilla. De pronto me eché a reír. Estaba solo en el coche esperándole mientras hacía unas llamadas telefónicas en Allentown, Nueva Jersey. Y reí y reí sin parar. Dios, estaba enfermo y cansado de la vida. Pero aquel loco me llevó a Nueva York. De pronto me vi en Times Square. Había viajado doce mil kilómetros por el continente norteamericano y estaba de vuelta en Times Square; y en plena hora punta, además, con lo que mis ojos inocentes de la carretera veían la absoluta locura y el fantástico frenesí de Nueva York, con sus millones y millones de personas que se peleaban eternamente como posesos por un dólar... Que asían, cogían, daban, suspiraban, morían..., sólo para al final ser enterrados en aquellas horribles ciudades cementerio de más allá de Long Island. Las altas torres del país..., el otro extremo del país..., el lugar donde nace la Norteamérica de Papel. Me aposté junto a una entrada de metro, tratando de hacer acopio del valor suficiente para coger una larga y hermosa colilla del suelo, pero cada vez que me agachaba se abalanzaba hacia ese preciso punto la multitud humana, que la hacía desaparecer de mi vista para al poco reaparecer destrozada. No tenía dinero para ir a casa en metro. Ozone Park está a veinticinco kilómetros de Times Square. ¿Alguien me imagina recorriendo a pie esos veinticinco kilómetros últimos, recorriendo Brooklyn después de haber recorrido todo Manhattan? Había anochecido. ¿Dónde estaba Hunkey? Lo busqué con la vista por todo Times Square. No estaba. Estaba entre rejas en Riker's Island. ¿Dónde estaba Neal? ¿Dónde estaba Bill? ¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Dónde estaba la vida? Tenía que ir a casa, el lugar donde recostar la cabeza y resarcirme de mis pérdidas, y tomar conciencia también de las ganancias, pues no se me ocultaba que de todo había. Tuve que mendigar diez centavos para el metro. Por fin di con un sacerdote griego que estaba parado a la vuelta de la esquina. Me dio una moneda de diez centavos mirando nerviosamente hacia otro lado. Corrí hacia la puerta del metro. Cuando llegué a casa me comí todo lo que había en la nevera. Mi madre se levantó y me miró.
—Pobrecito John —dijo en francés—. Estás tan delgado, tan delgado. ¿Dónde has estado todo este tiempo?
Yo llevaba dos camisas y dos jerséis encima. En la bolsa de lona traía los pantalones rotos de los campos de algodón y los restos de los maltrechos guaraches. Mi madre y yo decidimos comprar un frigorífico con el dinero que le había ido enviando desde California. Iba a ser el primero que habría en la familia. Mi madre se acostó; cuando me fui yo a la cama era ya muy tarde, pero no me podía dormir y me quedé allí echado, fumando. Mi manuscrito a medias estaba encima de la mesa. Era octubre, estaba en casa, volvía a trabajar. Los cristales de las ventanas temblequeaban con los

primeros vientos fríos, así que había llegado justo a tiempo. Neal había venido a casa a verme; incluso se había quedado a dormir varias veces, esperándome; se había pasado tardes enteras charlando con mi madre mientras ella trabajaba en una gran alfombra que iba tejiendo con las ropas que la familia llevaba desechando durante años, y que ya había terminado y extendido en el suelo de mi cuarto —compleja y rica como el propio paso del tiempo—. Y al final Neal se fue; dos días antes de que yo llegara. Seguramente nos cruzamos en algún punto de Pennsylvania u Ohio, él rumbo a San Francisco —¡de todos los lugares de este mundo!—, con ánimo de rastrear mis pasos perdidos. Tenía su propia vida esperándole allí; Carolyn acababa de alquilar un apartamento. A mí no se me había ocurrido buscarla mientras estuve en Marin City. Ahora ya era demasiado tarde y había perdido también a Neal. Aquella primera noche en mi casa ni llegué siquiera a soñar con volver a verle, y con que todo volvería a empezar una vez más: la carretera, el torbellino de la carretera, y de un modo más arrollador de lo que mi imaginación más desatada hubiera osado vislumbrar.

LIBRO DOS

PASARÍA un año y medio antes de que volviera a ver a Neal. Pasé todo ese tiempo en casa. Acabé el libro y empecé a ir a la universidad gracias a la ley de ayuda a los veteranos. En las navidades de 1948 mi madre y yo fuimos a visitar a mi hermana —que vivía en el Sur—, cargados de regalos. Yo le había escrito varias cartas a Neal, y él me dijo que partía para el Este otra vez; y yo le respondí que podía venir a verme a Rocky Mount, Carolina del Norte, entre Navidad y Año Nuevo. Un día en que todos nuestros parientes sureños estaban sentados en el salón de la casa, en Rocky Mount (hombres y mujeres enjutos con la vieja tierra sureña en los ojos y voces quejumbrosas que hablaban del tiempo, de las cosechas y de los cansinos temas generales de quién había tenido un bebé, quién se había hecho una casa nueva, etcétera), un Hudson del 49 cubierto de barro se detuvo en la carretera de tierra de delante de la casa. No imaginé en absoluto quién podía ser. Un tipo joven con aire cansado, musculoso y desaliñado, en camiseta, sin afeitar y con ojos enrojecidos se acercó al porche y tocó el timbre. Abrí la puerta y de pronto vi que era Neal. Había venido directamente de San Francisco hasta la puerta de la casa de mi hermana en Carolina del Norte, y en un espacio de tiempo sorprendentemente corto, porque yo acababa de escribirle mi última carta diciéndole dónde estaba. En el coche alcancé a ver dos figuras durmientes.

—¡Maldita sea, Neal! ¿Quiénes son ésos del coche? —Hola, hola, muchacho... Es Louanne. Y Al Hinkle. Necesitamos un sitio donde lavarnos. Estamos agotados.

—Pero ¿cómo habéis podido llegar en tan poco tiempo? —Ah, amigo... ¡Este Hudson vuela! —¿Dónde lo has conseguido?

—Lo he comprado con mis ahorros. He trabajado de guardafrenos en la Southern Pacific, ganando cuatrocientos dólares al mes.

En la hora que siguió hubo una confusión de mil demonios. En primer lugar,

mis parientes sureños no tenían la menor idea de lo que pasaba, ni quiénes o qué eran Neal, Louanne y Al Hinkle; se limitaban a mirar en silencio. Mi madre y mi hermana se fueron a la cocina a conferenciar. En total había once personas en aquella casita del Sur. No sólo eso, sino que mi hermana acababa de decidir marcharse de aquella casa y la mitad de sus muebles ya no estaban. Ella y su marido y su bebé iban a mudarse a Ozone Park a vivir con nosotros en el pequeño apartamento. Cuando Neal oyó esto se ofreció al instante para acarrear cosas en el Hudson. Él y yo llevaríamos los muebles a Nueva York en dos viajes rápidos, y a la vuelta del segundo llevaríamos a mi madre a casa. Ello nos ahorraría un buen montón de dinero. Nos pusimos de acuerdo. Mi hermana preparó un banquete, y los tres viajeros maltrechos se sentaron a comer. Louanne no había dormido desde Denver. Ahora me pareció más mayor y más bella. Permítaseme contar lo que había pasado y por qué Louanne estaba con Neal de nuevo. Neal había vivido feliz con Carolyn en San Francisco desde aquel otoño de 1947. Consiguió un empleo en el ferrocarril y ganó un montón de dinero. Y fue padre de una preciosa criatura: Cathy Jo Ann Cassady. Luego, de pronto, un buen día, estalló, y mientras paseaba por la calle vio un Hudson del 49 en venta y corrió al banco a sacar todo el dinero que tenía ahorrado. Y se compró el coche de inmediato. Al Hinkle estaba con él. Se habían quedado sin un centavo. Neal aplacó los miedos de Carolyn y le dijo que estaría de vuelta dentro de un mes.
—Voy a Nueva York a traerme a Jack.
A Carolyn no le hacía demasiada gracia el plan.
—Pero ¿qué sentido tiene todo esto? ¿Por qué me haces esto?
—No es nada, no es nada, cariño... Es que Jack me ha pedido, bueno..., me ha suplicado que vaya a buscarle para que lo traiga a Frisco. Y es absolutamente necesario para mí hacerlo... Pero no vamos a entrar en estas explicaciones... Y te diré por qué... No, escucha, te diré por qué.
Y le dijo por qué, y por supuesto lo que le dijo no tenía el menor sentido. El alto y corpulento Al Hinkle trabajaba también en el ferrocarril, y a los dos los acababan de despedir durante una huelga. Al había conocido a una chica llamada Helen que vivía en San Francisco de sus ahorros. Y los dos canallas sin cabeza de Neal y Al decidieron llevar a Helen con ellos al Este y hacerle correr con todos los gastos. Al no paraba de engatusarla y de suplicarle, pero ella no daba su brazo a torcer a menos que Al se casara con ella. En el curso de unos cuantos días turbulentos Al se casó con Helen —Neal tuvo que ir corriendo a sacar los papeles necesarios—, y unos días antes de Navidad partieron de San Francisco a ciento diez kilómetros por hora, rumbo a Los Ángeles y a la carretera sin nieve del sur. En Los Ángeles cogieron a un marinero en una agencia de viajes a cambio de quince dólares para la gasolina. Se dirigía a Indiana. También cogieron a una mujer con una hija idiota, esta vez por cuatro dólares para gasolina y con destino a Arizona, y salieron a todo gas. Neal sentó a la idiota a su lado, en el asiento del acompañante, y, según sus palabras, la chica le pareció genial «durante todo el trayecto, muchachos. Una criatura sexy y adorable de verdad. Oh, claro que charlamos; charlamos de incendios y de que el desierto se convertía en

un paraíso y de su loro que juraba en español». Dejaron a estos pasajeros y siguieron hacia Tucson. La nueva esposa de Al, Helen Hinkle, no paraba de quejarse de lo cansada que estaba y de decir que quería dormir en un motel. Si lo hacían se quedarían sin dinero mucho antes de llegar a Carolina del Norte. ¡Hubo dos noches en que obligó a todo el mundo a pararse y se gastó un dineral en los moteles! Cuando llegaron a Tucson la chica no tenía ni un centavo. Neal y Al le dieron esquinazo en el vestíbulo de un hotel y reanudaron el viaje solos. Con el marinero. Y sin el menor escrúpulo. Al Hinkle era un tipo alto, tranquilo e irreflexivo absolutamente dispuesto a hacer cualquier cosa que le pidiera Neal. Y en esta ocasión Neal estaba demasiado ocupado para tener escrúpulos. Hacía rugir el motor del Hudson a través de Las Cruces, Nuevo México, cuando de pronto tuvo una urgencia irreprimible de volver a ver a su dulce primera esposa, Louanne, que vivía en Denver. Enfiló el coche hacia el norte, haciendo caso omiso de las débiles protestas del marinero, y entró en Denver al anochecer. Se apresuró y encontró a Louanne en un hotel. Y se entregaron a unas diez horas de desatado amor físico. Y todo volvió a decidirse: iban a seguir juntos. Louanne era la única chica a la que Neal había amado de verdad. Cuando volvió a ver su cara sintió náuseas de arrepentimiento, y, como había hecho tiempo atrás, le rogó y suplicó de rodillas que se rindiera a la alegría de su corazón. Louanne entendía a Neal; le acarició el pelo; sabía que estaba loco. Para calmar un poco al marinero Neal le buscó una chica con la que debía verse en un cuarto de hotel, justo encima del bar donde la vieja pandilla del billar solía tomar copas, en Glenarm con la calle Catorce. Pero el marinero rechazó a la chica y se perdió en la noche, y jamás volvieron a verle. Era obvio que cogió un autobús a Indiana. Neal, Louanne y Al Hinkle partieron hacia el este bordeando Colfax en dirección a las llanuras de Kansas. Se vieron sorprendidos por grandes tormentas de nieve. En Missouri, de noche, Neal tuvo que conducir sacando la cabeza envuelta en una bufanda por la ventanilla, y con unas gafas para la nieve que le daban un aire de monje que escudriñara en los manuscritos de la nieve, porque el parabrisas se hallaba cubierto por un par de centímetros de hielo. Condujo a través del condado natal de sus antepasados sin pensar en absoluto en ellos. A la mañana siguiente el coche patinó en una colina helada y fueron a parar a una cuneta. Un granjero se ofreció a ayudarles a salir del atasco. Siguieron y cogieron a un autostopista que les prometió un dólar si le llevaban hasta Memphis. En Memphis entró en su casa, dio mil vueltas, se emborrachó y al final salió diciendo que no había podido encontrarlo. Reanudaron el viaje a través de Tennessee: las bielas estaban mal por el accidente. Neal había estado poniendo el coche a más de ciento cuarenta kilómetros por hora, y ahora tenía que limitarse a unos ciento diez, y de forma continua, porque de lo contrario el motor saltaría en pedazos ladera abajo. Cruzaron las Smoky Mountains en pleno invierno. Cuando llegaron a la puerta de la casa de mi hermana llevaban sin comer unas treinta horas (sólo unos caramelos y unas galletitas de queso). Comieron vorazmente y Neal, sándwich en mano, estaba de pie, encorvado y brincando ante el gran tocadiscos mientras escuchaba un delirante disco bop que me acababa de comprar titulado The

Hunt, con Dexter Gordon y Wardell Gray dando el máximo de sí mismos ante un auditorio vociferante que aportaba al disco un volumen frenético fantástico. Los parientes sureños se miraban unos a otros y sacudían la cabeza con espanto.

—¿Qué clase de amigos tiene Jack? —le preguntaron a mi hermana.

Ella no supo qué contestar. A los sureños no les gusta ni una pizca la locura, ni la gente como Neal. Él no les prestó ni la más mínima atención. La locura de Neal había florecido y había dado una extraña flor. No me había dado cuenta de ello hasta que él y Louanne y Hinkle y yo salimos de la casa para darnos un buen paseo en el Hudson; entonces, por primera vez desde su llegada, estábamos solos y podríamos hablar de lo que quisiéramos. Neal agarró el volante, metió la segunda, se quedó pensativo un minuto, con el motor en marcha, y de pronto pareció decidirse sobre algo y lanzó el coche a toda velocidad carretera adelante con una suerte de determinación furiosa.

—Muy bien, chicos... —dijo, frotándose la nariz y agachándose para tantear la guantera y sacar cigarrillos; luego se puso a oscilar hacia delante y hacia atrás mientras conducía—. Ha llegado el momento de decidir lo que vamos a hacer la semana que viene. Crucial, crucial. Ummm... —Esquivó un carro tirado por una mula, en el que iba un viejo negro sin prisa alguna—. ¡Sí! —aulló—. ¡Comprendedlo! Pensad en su alma... Deteneos un instante y pensad en ella... —Aminoró la marcha para que todos nos volviéramos y contempláramos al viejo negro que avanzaba quejumbroso—. Oh, sí, tenéis que comprenderle; en esa mente hay pensamientos que..., bueno, daría un brazo por conocerlos; me gustaría subirme al carro con él y averiguar lo que ese pobre diablo piensa sobre los nabos nuevos y el jamón. Jack, tú no lo sabes, pero una vez viví con un granjero de Arkansas un año entero. Cuando tenía once años. Y tenía que hacer cosas horribles; una vez tuve que desollar a un caballo muerto. No he vuelto a Arkansas desde las navidades de 1943, hace seis años, cuando a Ben Gowen y a mí nos perseguía un hombre con una pistola: el propietario de la pistola que pretendíamos robar. Digo todo esto para que veas que sobre el Sur puedo hablar... Que he conocido... Quiero decir que entiendo el Sur, que me lo conozco de cabo a rabo... Y que he entendido perfectamente tus cartas sobre esta tierra. Oh, sí, sí... —dijo, yendo más despacio hasta pararse totalmente, para acto seguido volver a poner el coche a ciento diez, encorvado sobre el volante y mirando obstinadamente hacia delante. Louanne sonreía, serena. Era el Neal nuevo y cabal, el Neal que había llegado a la madurez. Vi que Louanne y Al Hinkle se habían dado cuenta de ello durante los días pasados, con asombrado amor. Me dije a mí mismo: «Dios, ha cambiado». Sus ojos escupían furia cuando hablaba de cosas que odiaba; grandes fulgores de alegría la reemplazaban cuando de pronto se sentía feliz: cada uno de sus músculos volvía a la vida —. Sí, tío, la de cosas que podría contarte —siguió, dándome un codazo—. Sí, tío, es absolutamente necesario que encontremos el momento. ¿Qué ha sido de Allen? Podemos ir a ver a su gente, mañana por la mañana. Ahora, Louanne, tenemos que comprar pan y carne para el viaje a Nueva York. ¿Cuánto dinero tienes, Jack? Pondremos todas las cosas en los asientos traseros, los muebles de la señora Kerouac, y todos nosotros iremos delante,

bien juntitos y abrazaditos y contándonos historias mientras vamos como centellas hacia Nueva York. Tú, Louanne, coñito lindo, te sientas aquí a mi lado, y luego Jack, y Al en la ventanilla; el gran Al cortándonos todas las corrientes (con lo que se avendrá a ponerse la manta)... Y allá iremos rumbo a la vida, porque ha llegado el momento y ¡TODOS SABEMOS QUE HA LLEGADO EL MOMENTO!

Se frotó con furia la mandíbula, se desvió y adelantó a tres camiones y entró en Rocky Mount mirando en todas direcciones y viéndolo todo en el arco de ciento ochenta grados que describía con los ojos, sin mover en absoluto la cabeza. Y zas, encontró un hueco para aparcar en un abrir y cerrar de ojos, y dejamos el coche. Saltó fuera de él, y salió como un rayo hacia la estación de tren. Le seguimos dócilmente. Compró cigarrillos. Se había vuelto completamente loco en lo relativo a los movimientos: parecía hacerlo todo al mismo tiempo. Todo él era un temblor de cabeza: de arriba abajo, de un lado a otro; movía las vigorosas manos como con espasmos, caminaba rápido, se sentaba, cruzaba las piernas, las descruzaba, se levantaba, se frotaba las manos, se rascaba las pelotas, se subía el pantalón, levantaba la vista y decía «Muy bien», y achicaba de pronto los ojos para verlo todo en todas partes. Y continuamente dándome codazos en las costillas y hablando, hablando... Hacía mucho frío en Rocky Mount; había nevado fuera de estación. Neal estaba de pie en la larga y sombría Main Street —que discurre a lo largo de las vías del Seabord Railroad—, sin más ropa que una camiseta y unos pantalones muy bajos, con el cinturón desabrochado, como si estuviera a punto de quitárselos. Se acercó y metió la mano por la ventanilla para hablar con Louanne; pero al poco reculó agitando las manos ante ella.

—¡Oh, sí, lo sé! ¡TE conozco! ¡TE conozco, querida! —dijo riendo.

Su risa era la risa de un loco; empezaba en tono bajo y terminaba muy alta, idéntica a esas risas de loco que oímos en la radio, sólo que más rápida y más nerviosa y solapada. Sí, como un loco que se ríe nerviosa y solapadamente. Luego volvía a tonos más neutros y formales. No había el menor motivo para nuestra visita a la ciudad, pero él encontró cosas que hacer. Nos hizo movernos apresuradamente, sin descanso; a Louanne la mandó a la tienda de comestibles; a mí a comprar un periódico para consultar las previsiones meteorológicas; a Al le encargó traer puros. A Neal le encantaban los puros. Se fumó uno mientras hojeaba el periódico y hablaba:

—Ya, nuestros sagrados politicastros de Washington están planeando ponérnoslo todo cada día más difícil... Ah..., ¡ummm...!, oh, ¡ya!, ¡ya! —dijo.

Dio un brinco y corrió hacia la entrada para ver a una chica negra que en aquel momento pasaba por delante de la estación.

—Miradla —dijo, allí de pie, apuntándole con un dedo mustio mientras se manoseaba los genitales con sonrisa lela—. Una negrita adorable. ¡Ah...! ¡Mmm!

Montamos en el coche y volvimos a toda máquina a casa de mi hermana. Había estado pasando unas apacibles navidades en el campo: caí en ello en cuanto entramos en la casa y vi el árbol de Navidad, y los regalos, y me llegó

el olor del pavo asado, y escuché la charla de mis parientes, pero ahora volvía a sentir el gusanillo y el nombre del gusanillo era Neal Cassady, y estaba a punto de emprender un nuevo periplo en la carretera. Metimos las cajas de ropa y la vajilla y unas cuantas sillas de mi hermana en la trasera del Hudson, y salimos al anochecer, con la promesa de que estaríamos de vuelta dentro de treinta horas. Treinta horas para mil seiscientos kilómetros: el trayecto hacia el Norte y la vuelta al Sur. Pero Neal quería que fuera así. Era un viaje muy duro, pero ninguno de nosotros se daba cuenta de ello; la calefacción no funcionaba y, por tanto, el parabrisas se empañaba y se cubría de hielo. Neal sacaba continuamente un brazo por la ventanilla —a ciento diez kilómetros por hora— para limpiarlo con un trapo y hacer un buen redondel por donde ver la carretera. En el espacioso Hudson había sitio suficiente para que pudiéramos ir cómodamente los cuatro en la parte delantera. Nos tapábamos las piernas con una manta. La radio no funcionaba; era un coche nuevo, comprado hacía escasamente cinco días, y ya se había estropeado. Además, Neal sólo había pagado el primer plazo. Partimos hacia el norte, hacia Virginia, por la 101, una autopista de dos carriles recta y con poco tráfico. Y Neal habló; nadie más lo hizo. Hacía gestos furiosos; a veces se inclinaba hasta mí para aclarar algo, y a veces no tenía las manos en el volante y sin embargo el coche iba derecho como una flecha, sin desviarse un segundo ni un ápice de la línea blanca de mitad de la calzada que se desplegaba suavemente bajo nuestra rueda delantera izquierda. No caí en la cuenta de que todo seguiría así hasta llegar a California, el final mismo de aquella nueva andadura. Sólo una serie de circunstancias sin sentido había hecho posible el que Neal estuviera allí, y lo mismo sucedió conmigo: me fui con él sin motivo alguno. Yo había estado yendo a la facultad de Nueva York, donde tenía un romance con una chica llamada Pauline, una italiana preciosa de pelo color miel con la que, de hecho, quería casarme. Durante todos aquellos años había estado buscando una mujer a la que deseara hacer mi esposa. No podía conocer a ninguna chica sin decirme para mis adentros: «¿Qué tal será como esposa?». Les conté a Neal y a Louanne lo de Pauline. Louanne se interesó enseguida por el asunto. Quería saberlo todo sobre Pauline; y quería conocerla. Pasamos como centellas por Richmond, Washington, y por Baltimore, y subimos hasta Filadelfia siguiendo una sinuosa carretera rural y charlando.

—Quiero casarme —les dije—. Para apaciguar mi alma con ella hasta que los dos nos hagamos viejos. Esto no puede seguir siempre así... Todo este frenesí, todo este deambular de un sitio a otro. Tenemos que ir a alguna parte, encontrar algo...

—Oh, vamos, hombre —dijo Neal—. Te conozco desde hace años y siempre estás con lo del HOGAR y el matrimonio y todas esas cosas maravillosas sobre tu alma y demás...

A mi derecha iba Al Hinkle, que se había casado con una chica por el dinero para gasolina de un viaje. Lo que yo hacía —pensé— no era más que defender mi punto de vista. Fue una noche triste; pero también una noche alegre. En Filadelfia entramos en un furgón restaurante y pedimos unas hamburguesas con el último dólar que podíamos gastarnos en comida. El

tipo de la barra —eran las tres de la mañana— nos oyó hablar de dinero y nos ofreció no cobrarnos las hamburguesas y el café —y servirnos café extra — si le fregábamos todos los platos amontonados en la pila que había al fondo, porque el hombre que debía hacer aquel trabajo no se había presentado. Nos pusimos manos a la obra. Al Hinkle dijo que era buscador de perlas desde hacía mucho tiempo, y metió los largos brazos en el agua llena de cacharros. Neal iba de aquí para allí con un trapo, y lo mismo hacía Louanne. Al final se pusieron a manosearse entre cazos y sartenes. Al encargado no le importó lo más mínimo mientras Al y yo hiciéramos el trabajo. Tardamos un cuarto de hora. Cuando despuntó el día atravesábamos Nueva Jersey, y la gran nube del Nueva York metropolitano se alzaba ante nuestros ojos en la lejanía nevada. Neal llevaba un suéter alrededor de las orejas. Dijo que éramos una banda de árabes dispuestos a hacer saltar por los aires Nueva York. Nos internamos en el túnel Lincoln y fuimos a dar a Times Square.

—Maldita sea, me gustaría poder encontrar a Hunkey. Todo el mundo ojo avizor. A ver si lo vemos.

Nos pusimos a escudriñar las aceras con la mirada. —El bueno de Hunkey... Tendríais que haberlo VISTO en Texas.

Así pues, Neal había recorrido seis mil quinientos kilómetros desde Frisco, vía Arizona y Denver, en cuatro días trufados de innumerables aventuras. Y no era más que el comienzo. Fuimos a mi casa en Ozone Park, y dormimos. Fui el primero en despertar, avanzada ya la tarde. Neal y Louanne dormían en mi cama. Y Al y yo en la cama de mi madre. El baúl desvencijado y desencajado de Neal estaba en el suelo, con varios calcetines asomándole por debajo de la tapa. Me llamaron por teléfono al drugstore de abajo. Bajé corriendo; era de Nueva Orleans. Bill Burroughs me formuló una queja con su voz aguda y lastimera. Al parecer una chica llamada Helen Hinkle acababa de llegar a su casa en busca de un tipo llamado Al Hinkle. Bill no tenía ni idea de quiénes eran. Helen Hinkle era una perdedora tenaz. Le dije a Bill que la tranquilizara diciéndole que Hinkle estaba con Neal y conmigo, y que lo más seguro era que pasáramos por Nueva Orleans a recogerla camino de la Costa Oeste. Luego se puso al teléfono la propia Helen. Quería saber cómo estaba Al. Le preocupaba mucho saber si era feliz.

—¿Cómo llegaste de Tucson a Nueva Orleans? —le pregunté.

Me dijo que llamó por teléfono a casa para pedir dinero, y que luego cogió un autobús. Estaba decidida a dar con Al, porque lo amaba. Subí y se lo conté todo a Al. Él se quedó sentado en la silla, con expresión preocupada.

—Está bien —dijo Neal, despertando de repente y saltando de la cama—. Lo que tenemos que hacer es comer. Ahora mismo. Louanne, vete a la cocina y busca todo lo que pueda haber comestible. Jack, tú y yo vamos abajo a llamar a Allen. Y tú, Al, intenta ordenar un poco la casa.

Seguí a Neal escaleras abajo. El tipo del drugstore me dijo: «Acabas de recibir otra llamada. De San Francisco. Para un tal Neal Cassady. Le he dicho que no hay nadie en tu casa que se llame así». Era Carolyn, que llamaba a Neal. El hombre del drugstore, Sam, un tipo alto y tranquilo que era amigo mío, me miró y se rascó la cabeza.

—¡Santo cielo! ¿Qué tienes ahí arriba? ¿Una casa de putas internacional? Neal soltó unas risitas.
—Me gustas, tío...
Se metió en la cabina de un salto y llamó a San Francisco a cobro revertido. Luego llamamos a Allen Ginsberg a su casa en Nueva Jersey y le dijimos que viniera a vernos. Allen llegó dos horas después. Entretanto, Neal y yo nos preparamos para nuestro viaje de vuelta a Carolina del Norte; iríamos solos y traeríamos a mi madre y el resto de los muebles de mi hermana. Cuando llegó Allen, con sus poemas bajo el brazo, se sentó en una poltrona y se quedó mirándonos con sus ojos brillantes y redondos. Durante la primera media hora se negó a decir nada, o, dicho de otro modo, se negó a comprometerse en algún sentido. Se había apaciguado desde los días de doldrums de Denver. Las doldrums de Dakar lo habían cambiado. En Dakar se había dejado barba, y había vagado por las callejuelas con unos niños que lo llevaron a un brujo que le leyó el futuro. Tenía fotos de calles delirantes con cabañas de paja, en el último arrabal de Dakar. Dijo que, en el viaje de vuelta, por poco se tira al mar como Hart Crane. Era la primera vez que veía a Neal desde que se habían despedido en Houston. Neal estaba sentado en el suelo con una caja de música, y escuchaba con enorme asombro la cancioncilla que salía de ella: Un hermoso idilio...
—Pequeñas campanillas girando y tintineando... ¡Oh, escuchad! —Nos inclinamos todos juntos y nos quedamos mirando el interior de la caja de música hasta que descubrimos sus secretos—. ¡Campanillas tintineantes, qué maravilla!
Al Hinkle también estaba sentado en el suelo, y tenía en las manos mis baquetas; de pronto se puso a golpear con ellas para llevar el ritmo de la caja de música, cuya melodía apenas oíamos. Todos contuvimos el aliento para escuchar. «Tic..., tac..., tic tic..., tac tac...». Neal se puso una mano ahuecada en el oído, a modo de trompetilla, y se quedó boquiabierto, y dijo:
—¡Oh, qué maravilla!
Allen Ginsberg observaba este loco sinsentido con ojos entrecerrados. Al final se dio una palmada en la rodilla y dijo: —Tengo algo que decir. —¿Sí? ¿Sí?
—¿Qué significa este viaje a Nueva York? ¿Qué clase de sórdidos asuntos os traéis entre manos? Me refiero a..., ¿adónde vais?
—¿Adónde vais? —repitió Neal como en un eco, con la boca abierta.
Seguimos sentados, sin saber qué decir. Ya no había nada de qué hablar. Lo único que teníamos que hacer era irnos. Neal se puso de pie de un salto y dijo que estábamos listos para levantar el campo y salir para Carolina del Norte. Se duchó. Yo hice una gran fuente de arroz con todo lo que quedaba de comer en la casa. Louanne le zurció los calcetines. Estábamos preparados. Neal y Allen y yo montamos en el coche y partimos a toda marcha rumbo a Nueva York. Al despedirnos de Allen le prometimos volver dentro de treinta horas, a tiempo para celebrar la Nochevieja. Era de noche. Lo dejamos en Times Square y de regreso tomamos el túnel que desemboca en Nueva Jersey. Turnándonos al volante, Neal y yo llegamos a Carolina del Norte en diez horas.

—Es la primera vez en años que estamos solos y podemos hablar —dijo Neal.
Y se pasó hablando toda la noche. Como en un sueño regresamos a través de un Washington dormido y de las tierras vírgenes de Virginia, y cruzamos la frontera de Carolina del Norte al alba. A las nueve de la mañana llamábamos a la puerta de la casa de mi hermana. Y durante todo este tiempo Neal se mostró tremendamente entusiasmado con cada cosa que veía, con cada cosa sobre la que hablaba, con cada detalle de cada momento que pasaba. Estaba fuera de sí, poseído por una fe genuina.
—Y por supuesto nadie puede decirnos ya que no hay Dios. Hemos pasado ya por todo eso. Jack, ¿te acuerdas de cuando vine a Nueva York por primera vez y quise que Hal Chase me enseñara la filosofía de Nietzsche? ¿Te das cuenta del tiempo que ha pasado? Todo está bien, Dios existe, conocemos el tiempo. Desde los griegos todo ha sido formulado de forma equivocada. Hay cosas que no puedes resolver con la geometría y los sistemas geométricos de pensamiento. ¡Todo es ESTO! —Se agarró un dedo con la mano y cerró el puño. El coche se ceñía a la línea del asfalto sin desviarse ni un centímetro —. Y no sólo eso, sino que los dos comprendemos que yo ahora no tenga tiempo para explicar por qué yo sé y tú sabes que Dios existe.
En un momento dado me lamenté de los problemas de la vida, de lo pobre que era mi familia, de lo mucho que deseaba ayudar a Pauline, que también era pobre y tenía una hija.
—«Los problemas», ya ves, es una expresión que resume la razón por la que Dios existe. La cuestión es no quedarse empantanado. ¡La cabeza me vibra! —gritó, sujetándosela con las dos manos. Se bajó del coche a toda velocidad para comprar cigarrillos, con pasos largos y furiosos y los faldones del frac al viento, como Groucho Marx (sólo que no llevaba frac...)—. Jack, desde Denver, hay un montón de cosas... Oh, las cosas... He pensado y pensado. En aquellos tiempos me solía pasar la vida en el reformatorio; era un pequeño truhán, alguien que buscaba hacerse valer: el robo de coches era una expresión psicológica de mi situación, un alarde de engreimiento. Hoy ya se han arreglado todos mis problemas con la justicia. Que yo sepa, jamás volveré a la cárcel. Lo demás no depende de mí. —Dejamos atrás a un chiquillo que tiraba piedras a los coches que pasaban—. Fíjate en eso —dijo Neal—. Un día la piedra atravesará un parabrisas y alguien se estrellará y morirá... Todo por culpa de ese chiquillo. ¿Ves lo que quiero decir? Dios existe, sin el menor asomo de duda. Mientras avanzo por esta carretera estoy absolutamente convencido de que todo nos va a ir bien... Y que incluso contigo, que eres un conductor miedoso —(yo odiaba conducir, y lo hacía con suma prudencia)—, las cosas van a ir como es debido y no te saldrás de la carretera, y podré dormirme tranquilamente. Además, conocemos Norteamérica, estamos en casa; en este país puedo ir donde me dé la gana y conseguir lo que me dé la gana, porque es lo mismo en todas las esquinas, y conozco a la gente, y sé lo que hace. Damos y tomamos y vamos zigzagueando de un lado a otro en esta dulzura increíblemente complicada.
No había ninguna claridad en lo que decía, pero lo que quería decir resultaba —de alguna manera— puro y nítido. Utilizaba mucho la palabra

«puro». Nunca se me había pasado por la cabeza que Neal se fuera a convertir en un místico. Eran los primeros días del misticismo que habría de llevarle a la santidad extraña y harapienta de W. C. Fields de sus años posteriores. Hasta mi madre le escuchaba con cierta curiosidad mientras volvíamos hacia Nueva York aquella misma noche, con los muebles en la trasera. Ahora que mi madre iba en el coche, Neal se puso a hablar de su vida laboral en San Francisco. Explicó con sumo detalle todo lo que tiene que hacer un guardafrenos, e ilustrándolo con comentarios prácticos cada vez que cruzábamos unas vías —en una ocasión hasta saltó del coche para mostrarme la señal que hacía un guardafrenos para avisar del paso de un tren—. Mi madre se pasó al asiento trasero y se echó a dormir. En Washington, a las cuatro de la madrugada, Neal llamó por teléfono a Carolyn a San Francisco a cobro revertido. Poco después, cuando salíamos ya de Washington, nos adelantó un coche patrulla con la sirena conectada, y nos pusieron una multa a pesar de no ir a más de unos cincuenta kilómetros por hora. La culpa de esta multa fue de la matrícula de San Francisco.
—Vosotros, chicos, creéis que podéis ir a la velocidad que se os antoja por ser de San Francisco —dijo el policía.
Fui con Neal a la comisaría y tratamos de explicarle al sargento que no teníamos un centavo. Pero nos dijeron que si no lográbamos reunir el dinero de la multa Neal tendría que pasar la noche en una celda. Como es lógico, mi madre lo tenía. La multa era de quince dólares, y ella tenía veinte; así que íbamos a salir bien parados, después de todo. Antes, cuando discutíamos con el sargento, uno de los policías fue a echar un vistazo a mi madre, que estaba envuelta en una manta en el asiento trasero. Al ver al policía, dijo:
—No tema. No soy la consorte de un forajido... Si quiere registrar el coche puede hacerlo. Vuelvo a casa con mi hijo, y estas cosas no son robadas: son muebles de mi hija, que acaba de tener un bebé y se viene a vivir conmigo.
Esto desconcertó al Sherlock Holmes en cuestión, que volvió a entrar en la comisaría. Mi madre tuvo que pagar los quince dólares para que Neal no pasara la noche entre rejas y tuviéramos que quedarnos en Washington, pues yo no tenía carnet de conducir. Neal prometió a mi madre que le devolvería el dinero —cosa que haría exactamente un año más tarde, ante la grata sorpresa de ella—. Mi madre —una mujer respetable varada en este mundo triste (que tan bien conocía...)— nos contó luego lo de aquel poli:
—Estaba escondido ahí fuera, detrás del árbol, intentando ver el aspecto que tenía. Y yo le he dicho que registrara el coche si quería. No tengo nada de qué avergonzarme.
Sabía que Neal sí tenía de qué avergonzarse, y yo también, por el hecho de estar con él, y Neal y yo aceptamos la imputación con tristeza. Mi madre había dicho en cierta ocasión que el mundo no encontraría nunca la paz hasta que los hombres se arrodillaran ante las mujeres y les pidieran perdón. Y es verdad. En todo el mundo, en las selvas de México y en las callejas de Shanghái y en los bares de Nueva York, los maridos se emborrachan mientras las mujeres se quedan en casa con los niños de nuestro cada vez más oscuro futuro. Si estos hombres se enmendaran y se

fueran a casa, y se arrodillaran, y pidieran perdón, y sus mujeres los bendijeran..., la paz descendería al instante sobre la tierra, con un gran silencio similar al silencio inherente al Apocalipsis. Pero Neal sabía esto, lo había mencionado muchas veces.

—Le he suplicado y suplicado a Louanne para que alcancemos un apacible y dulce entendimiento de puro amor mutuo, para siempre, dejando a un lado las contrariedades. Y ella entiende..., pero su mente busca algo diferente... No me deja en paz... No quiere comprender cuánto la amo... Está labrando mi perdición...

—Lo cierto es que no entendemos a nuestras mujeres; les echamos las culpas y los culpables somos nosotros —dije yo.

—Pero no es tan sencillo como eso —me rebatió Neal—. La paz llegará súbitamente; no nos daremos cuenta de en qué momento, ¿comprendes?

Obstinada, sombríamente, condujo a través de Nueva Jersey. Al amanecer, conmigo al volante, cruzamos el Pulaski Skyway mientras Neal dormía detrás. Llegamos a Ozone Park a las nueve de la mañana, y allí estaban Louanne y Al Hinkle sentados sin hacer nada, fumando colillas de los ceniceros. No habían comido nada desde que Neal y yo nos fuimos de la casa. Mi madre pagó los comestibles que compramos y preparó un desayuno pantagruélico. Había llegado el momento de que el trío de la Costa Oeste se buscara un sitio para vivir en Manhattan. Allen tenía un cubículo en York Avenue, y se iban a mudar a él aquella misma noche. Neal y yo dormimos todo el día, y cuando despertamos una gran tormenta de nieve rubricó la Nochevieja neoyorquina de 1948. Al Hinkle estaba sentado en mi poltrona y contaba cosas de la Nochevieja del año anterior.

—Estaba en Chicago. Sin un centavo. Sentado junto a la ventana de mi cuarto de hotel, en North Clark Street, y de la panadería de abajo me llegaba el más delicioso de los aromas. No tenía ni un centavo, pero bajé a la panadería y hablé con la chica que había detrás del mostrador. Me dio pan y bizcocho gratis. Volví a mi cuarto y me lo comí todo. Y no salí en toda la noche. Una vez en Farmington, Utah, adonde fui a trabajar con Ed Uhl, ya sabéis quién es Ed Uhl, el hijo del ranchero de Denver, estaba en la cama y de pronto vi a mi madre muerta allí de pie, en un rincón, toda envuelta en luz. Dije: «¡Mamá!». Y desapareció. Tengo visiones continuamente —terminó Al, moviendo la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer con lo de Helen?

—Oh, ya veremos. Cuando lleguemos a Nueva Orleans. ¿No crees?

Empezaba a acudir a mí en busca de consejo; ni siquiera Neal le bastaba.

—¿Qué piensas hacer contigo mismo, Al? —le pregunté.

—No lo sé —dijo él—. Ir tirando. Me gusta la vida —dijo, repitiendo el pensamiento de Neal.

Su vida carecía de rumbo. Siguió sentado, recordando aquella noche en Chicago, el bizcocho caliente en aquel cuarto solitario. La nieve se arremolinaba fuera. En Nueva York había una gran fiesta de unos conocidos, e íbamos a ir todos. Neal preparó su baúl roto, lo metió en el coche, y todos partimos rumbo a la gran noche. A mi madre le hacía feliz el pensamiento de que mi hermana viniera a vivir con ella la semana siguiente. Se sentó en su

sillón con el periódico, a la espera de que la radio transmitiera desde Times Square la llegada de la medianoche de Nochevieja. Llegamos a Nueva York zigzagueando sobre el hielo. Nunca tuve miedo cuando conducía Neal: era capaz de manejar un coche en las peores circunstancias. Había arreglado la radio, y había puesto un bop furioso para caldearnos para la noche. No tenía la menor idea de adonde nos podía llevar todo aquello, pero no me importaba. Precisamente por aquellas fechas empezaba a obsesionarme algo muy extraño. Y era lo siguiente: me había olvidado de algo. Había una decisión que estaba a punto de tomar justo antes de la llegada de Neal, y tal decisión había sido borrada de mi mente (aunque aún la percibía oscuramente). Hacía chasquear una y otra vez los dedos intentando acordarme de ella. Sabía que incluso la había mencionado. Y ni siquiera podía decir si era una decisión real o tan sólo el pensamiento de tomarla, que luego habría olvidado... Estaba obsesionado, desconcertado, entristecido. Tenía algo que ver con The Shrouded Stranger[20] Allen Ginsberg y yo nos sentamos una vez de frente, en dos sillas, rodilla con rodilla, y yo le conté un sueño que había tenido y en el que aparecía una extraña figura arábiga que me perseguía por el desierto; yo trataba de evitar que me alcanzara, pero él me alcanzaba justo antes de llegar a la Ciudad Protectora. —¿Quién crees que era? —dijo Allen.
Reflexionamos sobre ello. Propuse que era yo mismo envuelto en una mortaja. Pero no era eso. Algo, alguien, algún espíritu nos estaba persiguiendo a todos nosotros por el desierto de la vida, e iba a alcanzarnos antes de que llegáramos al cielo. Como es natural, hoy, cuando miro atrás y pienso en ello, aquel algo no era más que la muerte: la muerte nos alcanzaría antes de llegar al cielo. Aquello que anhelamos en nuestros días de este mundo, lo que nos hace suspirar y gemir y soportar todo tipo de dulces náuseas, es la rememoración de una dicha perdida que probablemente experimentamos en el seno materno, y que únicamente puede reproducirse —aunque odiemos admitirlo— en la muerte. Pero ¿quién quiere morir? Trataré esto más adelante. En medio de la riada de acontecimientos que estaban teniendo lugar a mi alrededor yo seguía pensando soterradamente en esto. Se lo conté a Neal, y él lo reconoció al instante como el mero y simple anhelo de muerte. Y dado que nadie vuelve jamás a la vida, él, muy sensatamente, no quería tener nada que ver con ello —en esto no pude por menos de estar de acuerdo con él—. Anduvimos buscando a nuestros amigos de Nueva York. Tengo un interesante y tremendo grupo de amigos en Nueva York. Nueva York es una ciudad tan loca... Florecen en ella las flores locas. En primer lugar fuimos a casa de Ed Stringham. Ed Stringham es un tipo guapo y triste, tierno, generoso y dócil; sólo de cuando en cuando tiene de pronto episodios de depresión y desaparece sin decir una palabra a nadie. Esa noche rebosaba de contento.
—Jack, ¿dónde has encontrado a esta gente absolutamente maravillosa? No he conocido nunca a nadie semejante.
—Los encontré en el Oeste.
Neal estaba teniendo uno de sus accesos de euforia: puso un disco de jazz, agarró a Louanne, la abrazó estrechamente y empezó a restregarse contra

ella al ritmo de la música. Y ella, a su vez, se restregaba contra él. Tan sencillo como eso: una auténtica danza del amor. Llegó John Holmes con una nutrida pandilla. El fin de semana de Año Nuevo había empezado, y duraría tres días y tres noches. Montábamos en el Hudson a montones de personas, y zigzagueábamos por las nevadas calles de Nueva York de fiesta en fiesta. Llevé a Pauline y a su hermana a la más grandiosa de todas ellas.
Cuando Pauline me vio con Neal y Louanne su cara se ensombreció... Percibió la locura que me inoculaban...
—No me gustas cuando estás con ellos.
—Bah, no pasa nada; son sólo euforias. No vivimos más que una vez. Nos estamos divirtiendo. —No, es triste y no me gusta.
Entonces Louanne empezó a tratar de seducirme. Decía que Neal iba a volver con Carolyn y que quería que me fuera con ella.
—Vuelve a San Francisco con nosotros. Viviremos juntos. Seré una buena chica para ti.
Pero yo sabía que Neal amaba a Louanne, y sabía también que Louanne estaba haciendo aquello para poner celosa a Pauline, y yo no quería nada de eso. Aun así, me lamía los labios ante aquella rubia seductora. Louanne y Pauline eran un par de beldades. Cuando Pauline vio que Louanne me empujaba hacia los rincones y me hablaba en voz baja y me forzaba a besarla, aceptó la invitación de Neal de irse con él en el coche. Pero lo único que hicieron fue charlar y tomar algo del alcohol ilegal del Sur que yo había dejado en la guantera. Todo se estaba mezclando y todo se estaba yendo al garete. Sabía que mi idilio con Pauline no duraría mucho más. Ella quería que yo fuera «como ella quería que fuera». Estaba casada con un mecánico que la maltrataba. Yo quería casarme con ella y llevarnos a su hijita y demás si se divorciaba del mecánico. Pero ni siquiera teníamos dinero suficiente para el divorcio, y no había salida alguna para nuestra situación; además, Pauline jamás llegaría a comprenderme, pues me gustan demasiadas cosas y me sumo en la confusión y me atasco cuando corro de una cosa a otra y al final acabo hundido. Esa es la noche; y eso es lo que la noche te hace. No tengo nada que ofrecer a nadie más que mi propia confusión. Las fiestas eran multitudinarias: había como mínimo cien personas en el apartamento del sótano de Herb Benjamín, en la calle Noventa Oeste. La gente abarrotaba el apartamento hasta el punto de tener que desperdigarse por la bodega, muy cerca de las calderas. Algo tenía lugar en cada rincón, en cada cama, en cada sofá; no una orgía, sino una fiesta de Nochevieja llena de gritos frenéticos y desaforada música de radio. Había incluso una chica china. Neal corría como Groucho Marx de un grupo a otro para conocer a todo el mundo. De cuando en cuando bajábamos al coche para ir a buscar a más gente. Llegó Lucien. Lucien es el héroe de mi pandilla de Nueva York, al igual que Neal es el héroe jefe del Oeste. Se cayeron mal inmediatamente. De pronto la chica de Lucien le asestó a éste un derechazo de media vuelta en la mandíbula. Lucien quedó tambaleante. Su novia se lo llevó a casa. Algunos de nuestros locos amigos periodistas llegaron con botellas de las redacciones. Fuera había una tremenda y maravillosa tormenta de nieve. Al Hinkle encandiló a la hermana de Pauline y desapareció con ella. Olvidé

decir que Al Hinkle es un hombre que tiene mucho éxito con las mujeres. Mide uno noventa, es suave, afable, agradable, callado y delicioso. Ayuda a las mujeres a ponerse el abrigo y esas cosas. Como debe ser. A las cinco de la mañana irrumpimos en el patio trasero de un edificio de apartamentos para trepar hasta una ventana donde estaba teniendo lugar una fiesta monumental. Para el amanecer estábamos de vuelta en casa de Ed Stringham. La gente dibujaba y bebía cerveza pasada. Me acosté con una chica llamada Rhoda (pobre Rhoda), los dos con la ropa puesta (no hubo nada de especial; compartimos el sofá). Entraron en el apartamento unos cuantos grupos bastante numerosos; venían del viejo bar del campus de Columbia. Todas las cosas de la vida, todos los rostros de la vida iban amontonándose en la misma habitación fría y húmeda. En casa de John Holmes seguía la fiesta. John Holmes es un tipo maravilloso y tierno que lleva gafas y mira con deleite lo que hay más allá de ellas. Empezaba a aprender a decir «¡Sí!» a todo, lo mismo que hacía Neal a la sazón (y que no pararía de decirlo a partir de entonces). Mientras la impetuosa música de Dexter Gordon y Wardell Gray (tocaban The Hunt) llenaba la sala, Neal y yo jugábamos a perseguir y atrapar a Louanne por encima del sofá; y Louanne no era una fémina fácil precisamente. Neal se paseaba sin camiseta, en pantalones, descalzo hasta que llegaba el momento de montar en el coche e ir a buscar a más gente. Sucedía de todo. Encontramos al loco y extático Allen Anson y pasamos una noche en su casa de Long Island. Allen Anson vive con su tía en una bonita casa; cuando su tía muera la casa será toda suya. Entretanto, la buena mujer se niega a ceder ante ninguno de sus deseos, y odia a sus amigos. Llevó, pues, a su astrosa pandilla compuesta por Neal, Louanne, Al y yo a su casa y dio comienzo una fiesta desenfrenada. Su tía merodeaba arriba; amenazaba con llamar a la policía.
—¡Oh, calla la boca, vieja bruja! —aulló Anson.
Me pregunté cómo podría vivir con ella de esa guisa. Tenía más libros de los que yo había visto en toda mi vida... Dos enormes librerías, dos habitaciones con las cuatro paredes atestadas de arriba abajo. Eran libros como La explicación del Apocalipsis, en diez volúmenes. Escuchaba óperas de Verdi que además interpretaba con grandes aspavientos, en pijama (un pijama con un gran roto en la espalda). Todo le importaba un comino. Es un gran erudito que va dando tumbos por los muelles de Nueva York con partituras del siglo XIV bajo el brazo, gritando. Se desliza por las calles de Nueva York como una gigantesca araña. La excitación le sale de los ojos como grandes estocadas de luz luciferina. Giró el cuello en un éxtasis espástico. Ceceó, se contorsionó, se dejó caer en un sillón, gimió, aulló, se echó hacia atrás, desesperado. Apenas era capaz de articular palabra, tanta era la excitación que le producía la vida. Neal estaba delante de él con la cabeza inclinada, repitiendo una y otra vez: «Sí..., sí..., sí». Me llevó a un rincón.
—Ese Allen Anson es el tipo más grande y maravilloso de todos. Eso es lo que intentaba decirte... Eso es lo que yo quiero ser. Quiero ser como él. Nunca se queda colgado, va en todas direcciones, deja que todo fluya, sabe lo que es el tiempo, no tiene nada que hacer más que mecerse... ¡Dios, es genial! ¿Ves?, si haces lo que él todo el tiempo al final lo conseguirás.

—¿Conseguir qué?
—¡ESO, ESO! Te lo diré... Ahora no hay tiempo, ahora no tenemos tiempo.
Neal volvió precipitadamente a observar un rato más a Allen Anson. George Shearing, el gran pianista de jazz —decía Neal—, era exactamente igual que Allen Anson. Neal y yo fuimos a ver a Shearing en Birdland, en mitad del largo y loco fin de semana. El local estaba vacío; eran las diez de la noche, y éramos los primeros clientes. Salió Shearing, y lo acompañaron hasta el piano. Era un inglés ciego, distinguido, con cuello blanco almidonado, un tanto grueso, rubio, con un aura de delicada noche de verano inglés que se hizo patente en los primeros acordes susurrantes que tocó mientras el bajista se inclinaba sobre él con reverencia e iba marcando el compás. El batería Denzel Best, en su asiento, no movía más que las muñecas que empuñaban las escobillas. Shearing empezó a balancearse, y una sonrisa se abrió en su cara en éxtasis. Acto seguido empezó a balancearse en el taburete del piano: hacia atrás y hacia delante, al principio despacio, luego el ritmo se hizo más rápido, y su cuerpo se mecía más rápido, mientras el pie izquierdo le brincaba en el suelo, al compás. Su cuello empezó a balancearse y retorcerse, y agachó la cara hasta las teclas, y se echó el pelo hacia atrás, y se despeinó por completo, y empezó a sudar. La música «entró en calor». El bajista se encorvó sobre sí mismo y se fundió con ella a un ritmo cada vez más rápido. (O parecía más rápido, en todo caso). Shearing acometió su solo: las notas fluían del piano a ricos raudales, de un modo casi imposible; y fluían y fluían como una mar. La gente rugía para que siguiera así: «¡Sí, sí!». Neal estaba sudando; el sudor se le deslizaba por el cuello.
—¡Ahí está! ¡Ahí lo tenemos! ¡Es Dios! ¡El Viejo Dios Shearing! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!
Y Shearing era consciente del loco que lo animaba a su espalda, oía cada una de las jadeantes exclamaciones e interpelaciones. Lo percibía todo, aunque no pudiera verlo,
—¡Fantástico! —gritó Neal—. ¡Sí, señor!
Shearing sonreía. Y volvió a balancearse. Se levantó del piano chorreante de sudor. Eran sus últimos grandes días, antes de que se volviese frío y comercial. Cuando se hubo ido, Neal señaló el taburete vacío.
—El taburete vacío de Dios —dijo.
Encima del piano había una trompeta. Su sombra dorada arrojaba un extraño reflejo sobre la caravana del desierto que había pintada en la pared de detrás de la batería. Dios se había ido. Estábamos en el silencio de su partida. Era una noche lluviosa. Y las noches lluviosas tienen su aureola mítica. Neal tenía los ojos desorbitados, llenos de un miedo reverencial. Aquella locura no podía llevarnos a ninguna parte. No sabía lo que me estaba pasando, pero de repente caí en la cuenta de que no era más que la T[21] que estábamos fumando. Neal la había comprado en Nueva York. Y ello me hizo pensar que todo estaba por llegar..., el momento en que lo sabes todo y todo se decide para siempre. Dejé a todo el mundo y me fui a casa a descansar. Mi madre me dijo que estaba perdiendo el tiempo yendo por ahí con Neal y su pandilla. También yo sabía que lo que hacía era una necedad. La vida es la vida, y la índole es la índole. Lo que yo quería era hacer un extraordinario viaje más a la Costa Oeste y volver a tiempo para el semestre

de primavera en la facultad. ¡Y vaya viaje habría de resultar! Yo lo único que quería era ir con él y ver qué es lo que iba a hacer en la Costa Oeste; y, también —sabiendo que Neal, una vez en Frisco, iba a volver con Carolyn—, quería tener un lío con Louanne. Y lo tuve. Nos preparamos para volver a cruzar el quejumbroso continente. Cobré mi cheque de veterano del ejército y le di dieciocho dólares a Neal para que se los mandara a Carolyn, que esperaba su regreso a casa y estaba sin blanca. Lo que Louanne podía tener en mente lo ignoro. Al Hinkle, como siempre, seguía a Neal. Pasamos unos días largos y divertidos en el apartamento de Allen antes de nuestra partida. Él se paseaba en albornoz, armando discursos medio irónicos del tenor siguiente: —No pretendo disuadiros de vuestros complacientes esnobismos, pero creo que ha llegado la hora de que decidáis lo que sois y lo que vais a hacer. —Allen Ginsberg trabajaba de mensajero en la Associated Press—. Quiero saber qué es lo que se supone que significa eso de andar por casa todo el día sin hacer nada. A qué viene toda esa chachara y qué es lo que os proponéis hacer.
Neal, ¿por qué has dejado a Carolyn y te has vuelto a liar con Louanne?
No hubo respuesta. Sólo risitas.
—Y tú, Louanne, ¿por qué andas recorriendo el país de un lado a otro, y cuáles son tus intenciones de mujer en relación con el futuro?
La misma respuesta: risitas.
—Al Hinkle, ¿por qué abandonas en Tucson a la mujer con la que te acabas de casar, y qué estás haciendo ahí sentado sobre ese culo gordo? ¿Dónde está tu hogar? ¿En qué trabajas?
Al Hinkle agachó la cabeza con genuina estupefacción.
—Jack, ¿cómo es que has caído en una etapa de abandono tal, y qué has hecho con Pauline?
Se ajustó el albornoz y se sentó frente a nosotros.
—Los días de la ira están por llegar. El globo no os sostendrá durante mucho más tiempo. Y no sólo eso sino que, además, es un globo abstracto. Iréis volando a la Costa Oeste y volveréis tambaleantes en busca de vuestra lápida.
En aquellos días Allen Ginsberg había adoptado un tono de voz que pretendía que sonara como lo que él llamaba La Voz de Roca: su idea era anonadar a la gente para hacerle tomar conciencia de la Roca.
—Os prendéis un dragón en el sombrero —nos advirtió—. Estáis arriba en el desván con los murciélagos.
Nos miraba con fulgurantes ojos locos. Desde las doldrums de Dakar había acabado pasando por un terrible período que había bautizado como las doldrums sagradas, o doldrums de Harlem, cuando vivió en Harlem en pleno verano y se despertaba en su cuarto solitario en mitad de la noche y oía cómo descendía del cielo «la gran máquina»; y cuando caminó por la calle Ciento veinticinco «bajo el agua» con todos los demás peces. Un batiburrillo de ideas locas había invadido su cerebro. Hizo que Louanne se sentara sobre sus rodillas y le ordenó que se calmara. Y le dijo a Neal:
—¿Por qué no te sientas y te relajas? ¿Por qué no paras de dar saltitos?
Neal corría de un lado a otro y se ponía azúcar en el café y decía:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!
Por la noche Al Hinkle dormía en el suelo, sobre cojines. Neal y Louanne echaban a Allen de su cama y se metían ellos, y Allen se sentaba en la cocina delante de un estofado de riñones, mascullando las predicciones de la Roca. A veces iba a verlos y lo observaba todo. Al Hinkle me dijo:
—Anoche me fui paseando hasta Times Square, y cuando llegué me di cuenta de pronto de que era un fantasma... Mi propio fantasma andando por la acera.
Me contaba estas cosas sin hacer comentarios, moviendo la cabeza con énfasis. Diez horas después, en mitad de una conversación ajena, Al decía de pronto:
—Sí, era mi propio fantasma andando por la acera.
Y, de pronto también, Neal se inclinó sobre mí, muy serio, y me dijo:
—Jack, tengo que pedirte una cosa. Algo muy importante para mí. No sé cómo vas a tomártelo. Somos amigos, ¿no? —Pues claro que sí, Neal —dije yo.
Vi que casi se sonrojaba. Al final lo soltó: quería que me acostara con Louanne. No le pregunté por qué, porque lo sabía. Quería ponerse a prueba en cierto punto, y quería ver cómo era Louanne en brazos de otro hombre. Cuando me expuso su idea estábamos sentados en el Ross Bar de la Octava Avenida; nos habíamos pasado una hora pateándonos Times Square en busca de Hunkey. El Ross Bar es el bar de la canalla de Times Square; cambia de nombre todos los años. Entras y no ves ni una chica; ni siquiera en los reservados. Lo que ves es un montón de jóvenes vestidos con toda variedad de atuendo de maleantes: desde camisas rojas a trajes llamativos y pretenciosos. Es también un bar de putos, de jóvenes que viven entre los viejos homosexuales tristes de la noche de la Octava Avenida. Neal entró con los ojos achicados para acomodarlos a la penumbra y no perderse ni una cara. Había desaforados maricas negros, tipos hoscos con pistola, marineros con navaja, delgados y evasivos drogadictos, algún que otro policía de edad mediana bien vestido haciendo de corredor de apuestas y husmeando mitad por interés, mitad por trabajo. Era el sitio idóneo para que Neal me formulara su petición. Todos los planes inicuos imaginables se urden en el Ross Bar —lo percibes en el aire—, y en él se inician también todas las prácticas sexuales perversas que éstos llevan aparejadas. El ladrón de cajas fuertes no sólo propone al joven bribón un golpe en cierto ático de la calle Catorce, sino también que vayan a la cama juntos. Kinsey pasó mucho tiempo en el Ross Bar, entrevistando a algunos de los chicos. Yo estaba la noche en que su ayudante estuvo en el local, en 1945, y entrevistó a Hunkey y a Ginsberg. Neal y yo volvimos al apartamento de York Avenue, y Louanne estaba ya acostada. Hinkle paseaba su fantasma por las calles de Nueva York. Neal le contó a Louanne lo que habíamos decidido, y ella se mostró encantada. Yo no estaba tan seguro. Tenía que probarme que era capaz de hacerlo. La cama era la cama en la que había muerto mi padre (se la había regalado a Allen una semana antes; Neal y yo la habíamos llevado en el coche desde Ozone Park). Mi padre era un hombre grande y el colchón se hundía en el centro. Louanne estaba acostada en él, y Neal y yo a derecha e

izquierda (sobre los costados un poco levantados). No sabíamos qué decir. Dije:
—Joder, no puedo hacerlo.
—¡Jack, me lo has prometido! —dijo Neal.
—¿Y Louanne qué? —dije yo.
—Venga, Louanne, di lo que piensas.
—Adelante con ello —dijo ella.
Me abrazó, y traté de olvidar que Neal estaba en la cama. Cada vez que me daba cuenta de que estaba allí mismo, rígido como un tablón y escuchando cada sonido que hacíamos en la oscuridad, todo se iba al garete. No hacía más que fallar. Era horrible.
—Tenemos que relajarnos los tres —dijo Neal. —Me temo que no puedo. ¿Por qué no te vas a la cocina unos minutos?
Neal se fue a la cocina. Mi corazón seguía sin estar en ello. Louanne era una mujer adorable y era delicioso estar entre sus brazos. Estaba cálida y estaba a punto; y estaba extremadamente lánguida. Le susurré que volveríamos a intentarlo en San Francisco, cuando las cosas estuvieran bien. Éramos tres hijos de la tierra tratando de decidir algo en plena noche, y con el peso de siglos gravitando sobre nosotros en la oscuridad. Había una extraña quietud en el apartamento. Fui a la cocina y le di unas palmaditas a Neal y le dije que fuera con Louanne; y me eché en el sofá. Oí cómo se movían frenéticamente —hacia delante y hacia atrás— en la cama. Para mi asombro, me di cuenta de que Neal la estaba —podíamos decir— devorando (entre ellos era así siempre). Sólo un tipo que ha pasado cinco años en la cárcel es capaz de tales extremos desvalidos y maníacos; sólo él es capaz de implorar ante el pórtico mismo del seno femenino con conciencia absolutamente física de las fuentes de la dicha de la vida; de intentar volver a su interior de una vez por todas —mientras aún se está con vida—, y con el aliciente del frenesí y la cadencia del sexo. Es el resultado de años y años de mirar fotografías obscenas mientras se está entre rejas; de mirar las piernas de las mujeres de las revistas; de calibrar la dureza de las celdas de acero y la suavidad de la mujer que no está allí. La cárcel es el lugar donde te prometes a ti mismo el derecho de vivir. Neal nunca había visto la cara de su madre. Cada nueva chica, cada nueva esposa, cada nuevo niño no era sino una adición a su lúgubre pobreza. ¿Dónde estaba su padre? El viejo vagabundo Neal Cassady, el Barbero; que se subía a los trenes de mercancías y hacía de marmitón en las barracas-cocinas del ferrocarril, que se tambaleaba, que se caía al suelo en las callejas nocturnas de los borrachines, que iba muriendo sobre montones de carbón y perdiendo los dientes amarillentos uno a uno por los desagües de las calles del Oeste. Neal tenía todo el derecho de morir las dulces muertes del amor total con su Louanne. (El padre de Louanne era policía en Los Ángeles, y la había sometido a multitud de intentonas incestuosas. Me enseñó una fotografía: pequeño bigote, pelo lacio y brillante, ojos crueles, cinturón lustroso y pistola). Yo no quería interferir; sólo quería ser su sucesor. Allen volvió al alba y se puso el albornoz. En aquellos días no dormía. —¡Puaj! —gritó.
Le sacaba de quicio el revoltijo de pantalones y vestidos por el suelo; las

colillas, los platos sucios, los libros abiertos..., del gran foro que estábamos teniendo. Cada día el mundo rugía al girar sobre sí mismo y nosotros llevábamos a cabo nuestros atroces estudios de la noche. Louanne estaba llena de moratones de una pelea que había tenido con Neal acerca de algo, y él tenía la cara llena de arañazos. Había llegado el momento de marcharnos. Fuimos en el coche a mi casa; éramos diez, e íbamos a coger mi bolsa de viaje y a llamar a Bill Burroughs a Nueva Orleans desde el bar en que, años atrás, Neal y yo habíamos tenido nuestra primera charla cuando llamó a mi puerta para aprender a escribir. Oímos la voz quejumbrosa de Bill a casi tres mil kilómetros de distancia.

—¿Y qué esperáis que haga con esta Helen, eh, tíos? Lleva aquí un par de semanas; se encierra en su cuarto y se niega a hablarnos ni a Joan ni a mí. ¿Está el tal Al Hinkle ahí con vosotros? Por el amor de Dios, traedlo para que me libre de ella. Duerme en nuestro mejor dormitorio, y está claro que no tiene ni un centavo. Esto no es un hotel.

Tranquilizamos a Bill con gritos y exclamaciones; estábamos Neal, Louanne, Allen, Hinkle y yo, además de John Holmes, su mujer Marian, Ed Stringham y Dios sabe quién más, todos bebiendo cerveza y chillando al teléfono a un aturdido Bill que, sobre todas las cosas, odia la confusión.

—Bueno —dijo—. Quizá tengáis algo más de juicio cuando paséis por aquí.

Me despedí de mi madre —prometiéndole volver dentro de dos semanas— y partimos de nuevo hacia California. Uno siempre espera encontrar alguna especie de magia al final del camino. Por extraño que parezca, Neal y yo íbamos a encontrarla, solos, antes de agotarlo. Los chicos de Nueva York seguían alrededor del coche en York Avenue, y nos hacían adiós con la mano. Estaba Rhoda, y Geo. Wickstrom y Les Connors y alguno más, los restos del gran fin de semana de Nochevieja que jamás llegaríamos a superar.

—Está bien, está bien —no paraba de decir Neal, sin dejar ni un segundo de ocuparse de cerrar el maletero y poner las cosas pertinentes en la guantera y limpiar el suelo del habitáculo y prepararse de nuevo para la pureza de la carretera...

La pureza de moverse y de llegar a algún sitio, no importaba adonde, tan rápido como fuera posible y con el máximo entusiasmo y la máxima comprensión de cuantas cosas nos topáramos. Partimos en el coche; en el último segundo Rhoda decidió venir con nosotros hasta Washington (luego volvería en autobús). Se había enamorado del gran Al Hinkle, y se sentaron en la trasera del Hudson para besarse y manosearse mientras Neal enfilaba una vez más el túnel Lincoln y llegábamos a Nueva Jersey. Lloviznaba, y el aire era misterioso al comienzo de nuestro viaje. Vi que todo iba a ser una gran saga de la niebla.

—¡Yujuuu! —gritó Neal—. ¡Allá vamos!

Y se encorvó sobre el volante e hizo volar el Hudson. Volvía a estar en su elemento (era algo más que evidente). Todos estábamos encantados, todos nos dábamos cuenta de que dejábamos atrás la confusión y la necedad para llevar a cabo la única y noble función que nos correspondía en aquel momento: movernos. ¡Y vaya si nos movíamos! Pasamos como un rayo ante

los misteriosos carteles blancos que en la noche de algún punto de Nueva Jersey rezaban SUR, (con una flecha) y OESTE (con otra flecha), y tomamos la que indicaba el Sur. ¡Nueva Orleans! Estaba, ardiente, en nuestra cabeza. De las nieves sucias de «la helada y azarosa Nueva York» —como la llamaba Neal— a la exuberante vegetación y el olor de los ríos de la vieja Nueva Orleans, en el fondo más devastado de Norteamérica. Y luego el Oeste, y luego lo que viniera. Louanne y Neal y yo íbamos delante, y manteníamos la más cálida de las charlas sobre la bondad y alegría de la vida. Neal, de pronto, se puso tierno.
—Maldita sea, mirad, chicos: tenemos que admitir que todo está bien, y que no hay necesidad de preocuparse por nada, y de hecho eso debería hacernos COMPRENDER que EN REALIDAD no nos preocupa NADA. ¿Me equivoco? —Todos asentimos—. Allá vamos, todos juntos... Lo que hemos hecho en Nueva York, olvidémoslo. —Todos dejábamos atrás alguna rencilla—. Todo queda atrás, a muchos kilómetros y como ajeno. Ahora vamos a Nueva Orleans, a ver al viejo Bill Burroughs y va a ser divertido de verdad, y ahora escuchad cómo se desmelena este saxo tenor... —Subió el volumen de la radio hasta que el coche retumbó—. Escuchad lo que cuenta y veréis lo que es auténtica relajación y conocimiento.
Todos vibramos con la música, y estuvimos de acuerdo con Neal. La pureza de la carretera. La línea blanca del centro de la autopista se desenrollaba y envolvía nuestra rueda delantera izquierda como si estuviera pegada con cola a sus estrías. Neal encorvaba el musculoso cuello —sin más abrigo que una camiseta en la noche invernal— y apretaba el acelerador. No tardamos mucho en llegar a las afueras de Filadelfia. Ironías de la vida, recorríamos por tercera vez la misma carretera de Carolina del Norte; era nuestra ruta. Me seguía preguntando qué era lo que había olvidado hacer en Nueva York. Iba quedando más y más atrás, y más y más iba olvidando lo que era. Saqué el asunto a colación. Y todo el mundo trató de adivinar qué era lo que había olvidado hacer en Nueva York. En vano. Teníamos cuarenta dólares para todo el viaje. Lo que debíamos hacer, por tanto, era recoger autostopistas y sacarles algo de pasta para la gasolina. Y eso haríamos en cuanto nos libráramos de Rhoda. Rhoda empezó a decir que quería venir con nosotros a Nueva Orleans. Una idea genial, con la mujer de Al esperándole en casa de Bill Burroughs. Neal no dijo nada; sabía perfectamente que iba a mandarla a paseo en Washington. En Filadelfia nos salimos de la Route 1 y sin darnos cuenta nos vimos en una pequeña y estrecha carretera de alquitrán, en medio de unos bosques.
—De pronto hemos entrado en una carretera de ensueño en un bosque bucólico del pasado... Mirad..., hay hasta casitas de cuento de hadas allá adelante.
No teníamos ni idea de dónde estábamos. Neal estaba encantado de ir por un cuento de hadas durante un rato. Al final la carretera se detuvo bruscamente a orillas de un pantano.
—¿Se ha terminado la carretera? —dije, bromeando.
Neal dio la vuelta y volvimos sobre nuestros pasos en dirección a Filadelfia. Encontramos la Route 1 y llegamos a Baltimore en una hora y media. Neal

insistió en que al atravesar Baltimore me pusiera al volante, para que hiciera prácticas de conducción con tráfico intenso. Estuve de acuerdo, pero él y Louanne seguían conduciendo mientras se besaban y manoseaban sin descanso. Era de locos; la radio sonaba a todo volumen. Neal llevaba el ritmo con las manos sobre el salpicadero (había llegado a hundirlo por la mitad). El pobre Hudson —el barco rumbo a China[22]— estaba recibiendo una buena tunda.

—¡Oh, chico, qué gusto! —gritó Neal—. Venga, Louanne, escucha atentamente, cariño: sabes que soy capaz de hacer montones de cosas al mismo tiempo, y que tengo una energía inagotable... En San Francisco tenemos que vivir juntos... Conozco el sitio ideal para ti... Al final de un trayecto de la South Pacific:

San Luis Obispo. Iré todas las noches... Y volveré a casa de Carolyn por la mañana... Podemos hacer que funcione; ya lo hemos hecho antes.

A Louanne le pareció bien. Estaba decidida a lidiar una batalla a muerte con Carolyn. Lo convenido era que Louanne se fuera a vivir conmigo en San Francisco, pero yo empezaba a ver que iban a seguir juntos y que me iban a dejar solo y abandonado a mi suerte en la otra punta del continente. Pero por qué pensar en eso cuando tienes ante ti toda una tierra dorada y te esperan acontecimientos ni siquiera imaginados que te asombrarán y te harán sentirte dichoso de estar vivo. Llegamos a Washington al amanecer. Era el primer día del segundo mandato presidencial de Harry Truman. Un gran despliegue de poderío militar tenía lugar a lo largo de Pennsylvania Avenue cuando nosotros pasamos en nuestro «barco maltrecho». Había B-29, lanchas de desembarco, artillería, todo tipo de material bélico exhibido en el césped nevado. Por último se mostraba un pequeño y vulgar bote salvavidas de aspecto lamentable y estrambótico. Neal aminoró la marcha para observarlo. Se quedó sacudiendo la cabeza en señal de espanto.

—¿Qué diablos está haciendo esta gente? Nuestra sagrada y alelada gente norteamericana... Harry durmiendo en alguna parte de la ciudad y... El bueno de Harry... Oriundo de Missouri, como yo... Este debe de ser su bote salvavidas...

De pronto nos encontramos atrapados en una avenida circular sin salida. Tuvimos que recorrerla hasta el final. Lanzamos gritos de alegría: había un restaurante y estábamos muertos de hambre. Pero el restaurante estaba cerrado. Tuvimos que dar la vuelta y desandar la avenida circular sin salida hasta que encontramos la autopista humana. Jamás he vuelto a ver desde entonces algo semejante. Es en Virginia, nada más cruzar un puente de Washington; no hay salida: tienes que entrar a comer en el restaurante, y si el restaurante está cerrado es tu jodido problema. Muy bien. Encontramos un furgón restaurante.

Hinkle, de inmediato, se metió unos cuantos bizcochos debajo de la chaqueta (era un ladrón compulsivo). Estaba claro que iba a ser un viaje muy «movido». Comimos, y pagamos la mitad de lo que comimos. En el pálido amanecer de Virginia la pobre Rhoda, encogida dentro de su abrigo, con la cabeza gacha, indeseada en California, volvió a pie sobre sus pasos hasta la parada de autobús de un cruce. Fue la última vez que vimos Rhoda.

Neal se echó a dormir en la trasera y Hinkle se puso al volante. Le dimos instrucciones muy precisas sobre el hecho de que se lo tenía que tomar con mucha calma. Apenas habíamos logrado conciliar el sueño cuando ya había puesto el coche a ciento veinte (por mucho que el Hudson tuviese mal las bielas), y no sólo eso sino que hizo un adelantamiento triple en un punto en el que un policía discutía con un motorista que circulaba en sentido contrario en el cuarto carril de una autopista de cuatro. El policía, como es lógico, salió en nuestra persecución con la sirena a todo trapo. Nos ordenó parar. Y nos dijo que le siguiéramos hasta la comisaría. En ella había un policía de mala entraña a quien Neal le cayó mal de inmediato (olió su pasado carcelario nada más ponerle la vista encima). Mandó fuera a la mayor parte de su cohorte para interrogarnos a solas a mí y a Louanne. Querían saber qué edad tenía Louanne con idea de aplicarle la Ley Mann. Pero Louanne les enseñó la licencia de matrimonio. Luego me llevaron aparte y quisieron saber quién se acostaba con ella.
—Su marido —dije, sencillamente.
Seguían con la curiosidad. Algo despertaba sus sospechas. Desplegaron su vena de Sherlock Holmes aficionados y nos hicieron la misma pregunta dos veces para ver si nos contradecíamos. Dije:
—Esos dos hombres vuelven a su trabajo en el ferrocarril en California. Esta mujer es la esposa del más bajo, y yo soy un amigo que tiene dos semanas de vacaciones en la universidad.
El policía malo sonrió y dijo:
—¿Sí? ¿Y es realmente tuya esta cartera?
Al final el policía malo le puso a Neal una multa de veinticinco dólares. Les dijimos que no nos quedaban más que cuarenta para llegar a California, y ellos dijeron que les tenía sin cuidado. Cuando Neal protestó, el policía de mala entraña le amenazó con llevarlo a Pennsylvania y formular una acusación concreta en su contra.
—¿Qué acusación?
—No importa qué acusación. No te preocupes por eso, listillo.
Les tuvimos que dar los cuarenta dólares. Luego Al Hinkle, que era quien había cometido la infracción, se ofreció a quedarse en la cárcel para que los demás pudiéramos seguir viaje. Neal consideró el ofrecimiento. El policía malo se enfureció:
—¡Si dejas que tu amigo se quede aquí encerrado te llevo a Pennsylvania ahora mismo! ¿Me has oído?
Era todo muy confuso. Tuvimos que darles el dinero. La mayor parte de él estaba en mi bolsillo. Cuando vieron de dónde provenía me dirigieron unas miradas torvas. Lo único que queríamos nosotros era irnos.
—Otra multa por exceso de velocidad en Virginia y os quedáis sin coche —dijo el policía de mala entraña a manera de andanada de despedida.
Neal estaba todo congestionado. Partimos en silencio. El despojarnos de todo el dinero que llevábamos equivalía a una invitación al robo. Sabían que estábamos sin blanca y que no teníamos parientes en el camino ni parientes a quienes poner un telegrama para que nos enviaran dinero ni nada parecido. Los policías norteamericanos se hallan embarcados en una guerra

psicológica contra aquellos norteamericanos que no se dejan amedrentar con papeles imponentes o amenazas. Y no es posible defenderse de ellos. Las víctimas están condenadas a que sus vidas se vean importunadas ad infinítum por estos neuróticos metomentodos. Es una policía victoriana; otea desde mohosas ventanas y desea indagarlo todo, y es capaz de fabricar delitos que no existen para satisfacción propia. Neal estaba tan furioso que quería volver a Virginia a pegarle un tiro a aquel poli en cuanto se hiciera con un pistola.
—¡Pennsylvania! —dijo, burlón—. ¡Me gustaría saber qué acusación puede ser ésa! Vagancia, seguramente. Me quita todo el dinero y me acusa de vago. Esos tipos lo tienen todo tan fácil. Van y te pegan un tiro si te quejas de algo.
Nada podíamos hacer sino volver a sentirnos bien con nosotros mismos y olvidarnos de todo. Cuando atravesamos Richmond empezamos a olvidar el mal trago, y pronto todo volvió a la normalidad. En las tierras vírgenes de Virginia vimos de pronto a un hombre que caminaba por el arcén. Neal paró en seco. Miré hacia atrás y dije que no era más que un vagabundo y que lo más seguro era que no tuviera un centavo.
—¡Vamos a llevarle por diversión! —dijo Neal, riendo.
Era un tipo astroso, con gafas, que caminaba leyendo un libro de bolsillo embarrado que había encontrado en un desagüe de la carretera. Montó en el coche y siguió leyendo; estaba increíblemente sucio y cubierto de costras. Dijo que se llamaba Herbert Diamond y que estaba recorriendo los Estados Unidos llamando —a veces a puntapiés— a la puerta de los judíos para pedir limosna.
—Denme dinero para comer. Soy judío.
Decía que la cosa funcionaba muy bien, y que le estaba sacando las castañas del fuego. Le preguntamos qué leía, y nos dijo que no lo sabía. Que no se había molestado en mirar la portada. Lo único que miraba eran las palabras, como si hubiera encontrado la auténtica Tora allá donde ésta ha de encontrarse, en las tierras sin hollar.
—¿Veis? ¿Veis? ¿Veis? —rio socarronamente Neal, dándome un codazo en las costillas—. Ya os dije que iba a ser divertido. ¡Todo el mundo es divertido!
Llevamos a Diamond hasta Rocky Mount, Carolina del Norte. Mi hermana ya no estaba allí; se había mudado a Ozone Park con mi madre antes de mi partida. Y allí estábamos de vuelta en aquella larga calle sombría con la vía del tren en el centro y los tristes y hoscos sureños pululando con prisa ante las ferreterías y las tiendas de Five-and-ten. Diamond dijo:
—Veo que necesitáis algo de dinero para continuar el viaje. Esperadme: voy a pedir unos cuantos dólares a una casa judía y seguiré con vosotros hasta Alabama.
Neal estuvo de acuerdo. De pronto me acordé de que Allan Temko tenía parientes en Rocky Mount; unos parientes judíos, joyeros. Le dije a Diamond que encontrara la joyería de los Temko, entrara y pidiera unos dólares. Sus ojos se encendieron. Salió disparado. Neal estaba que no cabía en sí de gozo; él y yo salimos apresuradamente a comprar pan y queso para untar: comeríamos en el coche. Louanne y Al se quedaron esperando. Pasamos dos

horas en Rocky Mount a la espera de Herbert Diamond. Estaría en algún lugar de Rocky Mount mendigando el pan, pero nosotros no lo veíamos por ninguna parte. El sol empezó a ponerse rojo: se hacía tarde. Se nos ocurrió que quizá no volveríamos a verlo nunca. «¿Qué le habrá pasado?», nos preguntamos. «Tal vez los parientes de Temko lo hayan acogido; tal vez ahora mismo esté sentado delante de la chimenea, contando sus aventuras con una gente chalada que viaja en un Hudson».

Nos acordamos de la vez en que Temko nos había echado de la fiesta en Denver, la noche de las enfermeras y la noche en que perdí mis llaves. Nos partíamos de risa dentro del coche al recordarlo. Diamond no volvió a aparecer jamás, así que nos fuimos de Rocky Mount a toda velocidad.

—¿Lo ves, Jack?, Dios existe, porque seguimos quedándonos empantanados en esta ciudad, hagamos lo que hagamos. Y fíjate en su extraño nombre bíblico; y en el extraño nombre bíblico del personaje que nos ha hecho atascarnos aquí una vez más, y en cómo todo se junta en todas partes, como la lluvia que lo une todo en todo el mundo en una cadena táctil...

Neal seguía parloteando sin parar; estaba más que contento, exultante. Él y yo veíamos de pronto el país como una ostra que habríamos de abrir; y la perla estaba dentro, la perla estaba en su interior. Surcábamos el asfalto rumbo el Sur. Recogimos a otro autostopista. Un jovencito triste que nos dijo que una tía suya tenía una tienda de comestibles en Dunn, Carolina del Norte, justo en las afueras de Fayetteville.

—Cuando lleguemos podré sacarle algún dólar.

—¡Muy bien! ¡Genial! ¡Vámonos!

Una hora más tarde llegábamos a Dunn, y estaba anocheciendo. Fuimos hasta donde el chico decía que su tía tenía la tienda. Era una pequeña calle triste que acababa en el muro de una fábrica. Había una tienda de comestibles, pero no había ninguna tía. Nos preguntamos qué diablos nos estaba contando el chico. Le preguntamos hasta dónde quería llegar con sus historias. Nos dijo que no lo sabía. Todo era una gran falacia; un día, en algún lance de calleja perdida, había visto esa tienda de comestibles en Dunn, Carolina del Norte, y fue lo primero que le vino a la mente trastornada y enfebrecida. Le compramos un perrito caliente, pero Neal dijo que no podíamos seguir llevándole porque necesitábamos sitio para dormir y para algún autostopista que pudiera pagar algo de gasolina. Era triste pero cierto. Dejamos al chico en Dunn, cuando ya había anochecido. No iba a ser el único jovencito con una tía propietaria de una tienda de comestibles en aquel viaje; tendría que haber otro acechándonos a tres mil kilómetros de allí. Conduje a través de Carolina del Sur y hasta más allá de Macón, Georgia, mientras Neal, Louanne y Al dormían. Solo en la noche, alimentaba mis propios pensamientos, y mantenía las ruedas pegadas a la línea blanca de la bendita carretera. ¿Qué estaba haciendo? ¿Adónde iba? Pronto lo averiguaría. Más allá de Macón me sentí exhausto, y desperté a Neal para que volviera a ponerse al volante. Nos bajamos del coche para respirar un poco de aire puro, y de pronto los dos nos quedamos petrificados de alegría al darnos cuenta de que, en la oscuridad, todo nuestro entorno estaba lleno de la fragancia de la hierba verde y el olor del estiércol fresco y de las aguas

cálidas.
—¡Estamos en el Sur! ¡Hemos dejado atrás el invierno!
Los primeros débiles albores iluminaban los brotes verdes de ambos lados de la carretera. Aspiré el aire profundamente; una locomotora ululó en la negrura de la noche, en dirección a Mobile, Alabama. Como nosotros. Me quité la camisa y me quedé quieto, exultante. Unos quince kilómetros más adelante Neal entró en una gasolinera con el motor apagado, vio que el empleado estaba dormido en el mostrador, saltó del coche, llenó el depósito sin hacer ruido —con mucho cuidado para que no sonara la campanilla— y se alejó sigilosamente como un árabe, con cinco dólares de gasolina para nuestra peregrinación. De otro modo no habríamos podido llegar a Nueva Orleans y a la vieja y destartalada casa de Bill Burroughs en los pantanos de Algiers. Me dormí, y desperté con el sonido loco y jubiloso de la música; Neal y Louanne charlaban, y la gran tierra verde discurría vertiginosamente a nuestro alrededor.
—¿Dónde estamos?
—Acabamos de cruzar la frontera de Florida. Por un sitio que se llama Flomaton.
¡Florida! Descendíamos hacia la llanura costera y Mobile; ante nosotros, grandes nubes suspendidas sobre el Golfo de México. Hacía apenas quince horas que habíamos dicho adiós a nuestros amigos en las sucias nieves del Norte. Nos paramos en una gasolinera, y Neal montó sobre sus hombros a Louanne y jugaron a caballitos alrededor de los surtidores, y Hinkle entró en la tienda y robó tres paquetes de cigarrillos como si tal cosa. Nos habíamos quedado sin tabaco. Al entrar en Mobile por la gran autopista costera, nos quitamos la ropa de invierno y disfrutamos de la temperatura sureña. Fue entonces cuando Neal empezó a contar la historia de su vida y cuando, más allá de Mobile, nos topamos con una beligerante maraña de coches en un cruce, y en lugar de rodearlos pasó directamente por la mitad de la gasolinera a toda velocidad, y prosiguió la marcha sin aminorar en ningún momento sus ciento diez kilómetros por hora habituales. Dejamos bocas abiertas de par en par a nuestra espalda. Y Neal siguió con su historia:
—Os aseguro que es cierto: empecé a los nueve años, con una chica que se llamaba Milly Mayfair, en la trasera del taller de reparaciones Rod's, en Grant Street, la calle donde vivió Allen en Denver. Mi padre aún trabajaba de barbero de cuando en cuando. Me acuerdo de que mi tía chillaba por la ventana: «¿Qué estás haciendo ahí abajo, al fondo de ese taller?». Oh, Louanne, si te hubiera conocido entonces... ¡Fiuuu! Lo dulce que tuviste que ser a los nueve años...
Y se reía con risita ahogada, como un maníaco. Le metió un dedo en la boca a Louanne, lo sacó y se lo chupó; le cogió una mano y se frotó con ella todo el cuerpo. Louanne se limitó a sonreír con aire apacible. El gran Al Hinkle seguía allí sentado y quieto, mirando por la ventanilla y hablando consigo mismo: «Sí, señor, aquella noche en Times Square pensé que era mi fantasma». También se preguntaba qué le diría Helen en Nueva Orleans. Neal siguió hablando:
—Una vez fui en un mercancías desde Nuevo México hasta Los Angeles de

una tacada. Tenía once años. Había perdido el rastro de mi padre en un mercancías; estábamos en medio de un montón de vagabundos; yo estaba con un hombre al que llamaban Gran Rojo, y mi padre estaba borracho en un furgón, el tren se puso en marcha y Gran Rojo y yo le perdimos... No volví a verle en varios meses. Y me fui en un tren equivocado a California. Durante todo el viaje, de treinta y cinco horas, estuve con una mano aferrado a la barandilla y con un pan bien apretado bajo el otro brazo. No me invento nada: es verdad. Cuando llegué a Los Ángeles tenía tanta ansia de leche y nata que me puse a trabajar en una lechería, y lo primero que hice fue beberme dos litros de leche con mucha nata, y lo devolví todo.
—Pobre Neal —dijo Louanne, y lo besó.
Él siguió mirando fijamente hacia delante, lleno de orgullo. Amaba a Louanne. De pronto bordeábamos las azules aguas del Golfo a todo trapo, y al mismo tiempo sucedió algo muy importante y enloquecido en la radio: estaban poniendo el programa Chicken Jazz and Gumbo, de Nueva Orleans: toda una serie de discos locos, de música negra, en la que el discjockey decía cosas como: «¡No os preocupéis por NADA DE NADA!». Con júbilo, a lo lejos, vimos Nueva Orleans en la noche. Neal restregó las manos contra el volante.
—¡Ahora vamos a divertirnos!
Al anochecer entrábamos en las calles rumorosas de Nueva Orleans.
—Oh, oled a la gente —gritó Neal con la cabeza asomada por la ventanilla, olisqueando. —¡Ah, Dios! ¡La vida! Orilló un tranvía. —¡Sí!
Se adentró en el tráfico de Canal Street. —¡Yuju!
El coche avanzó haciendo eses mientras Neal iba mirando en todas direcciones para no perderse ninguna chica. —¡Mirad ésa!
El aire era tan dulce en Nueva Orleans que parecía llegar como en suaves pañuelos; y podías oler el río, y oler de verdad a la gente, y el barro, y la melaza y toda clase de exfoliaciones tropicales con la nariz súbitamente alejada de los hielos secos del invierno del Norte. Botamos en los asientos.
—¡Y mira ésa! —aulló Neal, señalando a otra mujer—. ¡Oh, adoro a las mujeres, me vuelven loco las mujeres! ¡Creo que las mujeres son maravillosas! ¡Vivo las mujeres!
Escupió por la ventanilla. Gruñó. Se agarró la cabeza con las dos manos. Grandes goterones de sudor le caían de la frente por pura excitación y agotamiento. Subimos con el coche al transbordador de Algiers y nos vimos cruzando el Mississippi en barco.
—Ahora tenemos que salir y disfrutar del río y de la gente y del olor del mundo —dijo Neal, bullendo con las gafas de sol y los cigarrillos y saltando fuera del coche como un muñeco de resorte que salta de una caja de sorpresas. Le seguimos. Nos apoyamos en las barandillas y miramos al pardo gran padre de las aguas, que fluía desde la mitad de Norteamérica como un torrente de almas rotas, acarreando troncos de Montana y cienos de Dakota y valles de Iowa y todo condón imaginable hasta las Three Forks, donde el secreto comenzaba en el hielo. La brumosa Nueva Orleans iba quedando atrás por una de las bordas; la vieja y somnolienta Algiers, con sus combadas líneas de bosques nos esperaba al otro costado. Los negros trabajaban en la calurosa tarde alimentando las calderas del ferry, que

estaban al rojo y hacían que olieran a goma quemada los neumáticos de los coches. Neal los estuvo mirando mientras daba brincos en medio del calor. Luego se puso a dar vueltas por la cubierta y subió hasta el puente más alto con los pantalones holgados colgándole a media panza. De pronto lo vi, con expresión ansiosa, en el puente superior. No me habría extrañado en absoluto que se hubiera echado a volar. Oí su carcajada demente, que se propagó por todo el barco.

—¡Ja ja ja ja ja...!

Louanne estaba con él. Neal lo abarcó todo en un instante, y bajó a contárnoslo, y se montó en el coche de un brinco justo cuando todo el mundo empezaba a tocar el claxon con impaciencia. Adelantamos a dos o tres coches en un espacio muy estrecho y nos adentramos en Algiers.

—¿Adónde? ¿Adónde? —gritaba Neal.

Decidimos asearnos un poco en una gasolinera, y preguntar la dirección de Bill. Había niños muy pequeños jugando en la somnolienta tarde ribereña; chicas con pañuelos y blusas de algodón, sin medias. Neal corrió calle arriba para verlo todo.

Miraba a su alrededor; asentía con la cabeza; se rascaba la tripa. El gran Al se echó hacia atrás en su asiento, con el sombrero sobre los ojos, sonriendo a Neal. Luego buscamos la casa de Bill Burroughs fuera de la ciudad, cerca del dique del río. Era una carretera que discurría a lo largo de un campo pantanoso. La casa era una vieja construcción desvencijada con porches alabeados a todo alrededor y sauces llorones en el jardín. La hierba tenía un metro de alto, y las viejas cercas estaban medio caídas y los viejos graneros derruidos. No se veía a nadie. Entramos en el jardín y vimos unas tinas de lavar en el porche trasero. Me bajé del coche y fui hasta la puerta mosquitera. Joan Adams estaba allí de pie, protegiéndose los ojos con la palma de la mano, mirando hacia el sol.

—Joan —dije—. Soy yo. Somos nosotros.

Ya lo sabía.

—Sí, lo sé. Bill no está en casa ahora. ¿No hay un fuego o algo allá lejos?

Miramos hacia el sol. —¿Te refieres al sol?

—Por supuesto que no me refiero al sol... He oído sirenas en aquella dirección. ¿No ves un resplandor especial?

Era hacia Nueva Orleans. Había unas nubes extrañas.

—Yo no veo nada —dije.

Joan olfateó en el aire.

—El mismo Kerouac de siempre...

Así fue como nos saludamos al cabo de cuatro años; Joan vivió con mi mujer y conmigo en Nueva York. —¿Sigue aquí Helen? —le pregunté.

Ella seguía intentando divisar el incendio. En aquella época se tomaba tres tubos de tiras de papel de bencedrina al día. Su cara, antaño rellena y germánica y hermosa, se había vuelto pétrea y demacrada y roja. Había contraído la polio en nueva Orleans, y cojeaba un poco. Neal y los demás, tímidamente, fueron bajando del coche e instalándose en la casa. Helen salió de su augusto retiro de la trasera de la casa a recibir a su atormentador. Helen era una chica griega de Fresno. Estaba pálida y parecía haber llorado

recientemente. El gran Al se pasó la mano por el pelo y dijo hola. Ella lo miró fijamente.

—¿Dónde has estado? ¿Por qué me has hecho esto?

Y le dirigió a Neal una mirada asesina. Conocía el percal. Neal no le hizo el menor caso; lo que en aquel momento quería era comida. Le preguntó a Joan si había algo de comer. La confusión empezó en aquel mismo momento. El pobre Bill llegó a casa en su Texas Chewy y se la encontró invadida por una pandilla de locos. Pero a mí me saludó con una calidez que no había visto en él desde hacía mucho tiempo. Se había comprado aquella casa en Nueva Orleans con el dinero que ganó cultivando algodón en el valle del Río Grande con un antiguo compañero de Harvard cuyo padre, un paralítico loco, había dejado al morir una auténtica fortuna. Bill, por su parte, consiguió de su familia una renta de cincuenta dólares a la semana, lo que no estaba nada mal si exceptuamos el hecho de que se gastaba casi esa suma a la semana en su droga particular: la morfina. Y su mujer también le salía cara: necesitaba casi diez dólares a la semana para sus tubos de bencedrina. Sus cuentas de la compra eran las más bajas del país; jamás comían; los niños jamás comían. Tenían dos hijos maravillosos: Julie, de ocho años, y el pequeño Willie, de uno. Willie corría por el jardín completamente desnudo; era un «niño del arco iris» rubio que un día parlotearía con pilludos indios en las calles de México capital, sin amilanarse lo más mínimo. Bill, a la manera de W. C. Fields, lo llamaba «la bestezuela». Entró con el coche en el jardín y se bajó como desdoblando su osamenta hueso a hueso. Se acercó con aire cansino, con gafas, sombrero de fieltro, traje raído. Alto y delgado, extraño y lacónico, dijo:

—Hola, Jack, por fin has llegado. Entremos en casa y tomemos un trago.

Llevaría toda una noche hablar mínimamente de Bill Burroughs. Me limitaré a decir que era un maestro, y que tenía todo el derecho a enseñar porque aprendía todo el tiempo. Y las cosas que aprendía eran los hechos de la vida, y no por necesidad sino porque quería hacerlo. Arrastraba el largo y delgado cuerpo por todos los Estados Unidos y gran parte de Europa y el norte de África, y únicamente para ver lo que ocurría en esas latitudes. En la década de los años treinta se casó con una condesa alemana en Yugoslavia para salvarla de los nazis. Hay fotografías en las que aparece con una pandilla de conspicuos cocainómanos en Berlín, apoyados los unos en los otros y todos desmelenados. Y otras en las que, con sombrero jipijapa, estudia las calles de Argel. Nunca volvió a ver a la condesa alemana. Trabajó de exterminador en Chicago, de barman en Nueva York, de entregador de citaciones en Newark. En París se sentaba en los veladores de los cafés a observar las caras huraños de los viandantes franceses. En Atenas miraba desde la ventana del hotel a la gente que él consideraba «más fea del mundo». En Estambul se abría paso entre multitudes de adictos al opio y mercaderes de alfombras, en busca de los hechos. En hoteles ingleses leyó a Spengler y al Marqués de Sade. En Chicago planeó atracar un baño turco, vaciló un par de minutos más de lo estrictamente conveniente para tomarse una copa y acabó teniendo que «salir por piernas» con dos dólares en el bolsillo. E hizo todas estas cosas sólo para vivir la experiencia. Era un

indolente de la anticuada escuela europea, un tanto en la línea de Stefan Zweig, el joven Thomas Mann e Iván Karamazov. Ahora estaba entregado al estudio de la adicción a las drogas. Andaba por las calles de Nueva Orleans con personajes turbios, y frecuentaba bares donde citarse con los «contactos»... Hay una historia extraña de sus días de Harvard que ilustra sobre otros aspectos de su persona: una tarde había invitado a unos amigos a tomar copas en su confortable alojamiento, cuando de repente el hurón que tenía de animal de compañía se escapó y mordió a alguien en el tobillo. Y mientras todo el mundo huía despavorido —seguramente gritando, porque en aquella época trataba con muchos maricas (y aún lo hace)— Bill dio un salto y agarró su escopeta, y dijo: «Ha vuelto a oler a esa vieja rata», y disparó contra la pared y abrió un agujero lo bastante grande como para que pasaran por él cincuenta ratas. Tenía en la pared una fotografía de una casa vieja y fea de Cape Cod, y sus amigos le decían: «¿Por qué tienes esa cosa tan fea ahí colgada?», y Bill decía: «Me gusta porque es fea». Siempre era así en su vida. Una vez llamé a su puerta cuando vivía en los barrios bajos de la calle Sesenta y tantos, y me abrió con bombín y chaleco, sin nada debajo, y pantalones de largas rayas de petimetre. En las manos sostenía una cazuela con alpiste, y trataba de machacar el alpiste para liarse un cigarrillo. También experimentó hirviendo jarabe de codeína para la tos hasta dejarlo reducido a una especie de papilla negra... que no resultó demasiado buena. Se pasaba largas horas con Shakespeare —«el bardo inmortal», lo llamaba— en el regazo. En Nueva Orleans había empezado a pasarse horas y horas con los códices mayas encima de las rodillas, y aunque él seguía hablando el libro seguía abierto todo el tiempo. Yo era joven, y una vez dije:

—¿Qué va a pasarnos cuando muramos?

Y él dijo:

—Cuando te mueres, te mueres; eso es todo.

En su cuarto tenía un juego de cadenas, y decía que lo utilizaba con su psicoanalista; experimentaban con narcoanálisis y descubrieron que Bill tenía siete personalidades diferentes, cada una peor que la anterior hasta llegar a la final, en la que Bill no era más que un idiota al que había que sujetar con cadenas. La personalidad más insigne era la de un lord inglés, y la más ínfima la del idiota. A medio camino era un viejo negro que hacía cola junto a muchos de sus congéneres y decía: «Algunos son unos cabrones; otros no lo son; ésa es la realidad». Bill tenía una vena sentimental en relación con los viejos tiempos de Norteamérica, en especial con el año 1910, cuando se podía comprar morfina en una farmacia sin receta, y los chinos fumaban opio al atardecer en las ventanas, y el país era desaforado y camorrista y libre, con toda una plétora de libertades de todo tipo para todo el mundo. Su odio más feroz lo concitaba la burocracia de Washington; luego venían los Liberales; y también los polis. Se pasaba el tiempo hablando y enseñando a los demás. Joan se sentaba a sus pies, y también yo, y también Neal. Y también lo había hecho Allen Ginsberg. Todos aprendíamos de él. Era un tipo de aspecto gris y anodino en quien nadie se fijaría en la calle, a menos que lo mirases de muy cerca y vieses su loco

cráneo huesudo y su irradiación de juventud y fuego —era como un predicador de Kansas con extraordinarios fuegos y misterios exóticos—. Había estudiado medicina en Viena, y había conocido a Freud; y había estudiado antropología; y lo había leído todo. Y ahora estaba acometiendo el trabajo de su vida, que consistía en el estudio de las cosas en sí mismas, en las calles de la vida y en la noche. Se sentó en su butaca; Joan trajo bebidas: martinis. Las persianas de al lado de su asiento siempre estaban echadas, día y noche; era su rincón de la casa. Sobre las rodillas tenía los códices mayas, y una pistola de aire comprimido que de cuando en cuando levantaba para disparar contra los tubos de bencedrina del otro extremo de la estancia. En cuanto saltaban por los aires yo corría a reponerlos. Todos hacíamos pruebas de puntería. Y mientras tanto hablábamos. Bill sentía mucha curiosidad por saber el motivo de nuestro viaje. Nos miraba, escrutador, y soltaba resoplidos por la nariz.
—Ahora, Neal, quiero que te sientes tranquilamente unos minutos y me digas por qué estás cruzando el país de este modo.
Y Neal no acertaba más que a ruborizarse y decir: —Bueno, ya sabes cómo son estas cosas. —Jack, ¿para qué vas tú también a la Costa Oeste? —Para pasar unos días. Luego vuelvo a la universidad. —¿Y qué pasa con este Al Hinkle; qué tipo de persona es?
En este momento Al estaba arreglando las cosas con Helen en el dormitorio; no le llevó mucho tiempo. No sabíamos qué decirle a Bill acerca de Al Hinkle. Al ver que no éramos capaces de explicar nada de nosotros mismos, sacó tres pitillos de marihuana y dijo que adelante con ellos, que la cena estaría lista enseguida.
—No hay nada mejor en el mundo para abrir el apetito. Una vez estaba «fumado» y me comí una hamburguesa horrible en un furgón restaurante, y me supo al más delicioso de los manjares. Volví de Houston la semana pasada; fui a ver a Kells para lo de nuestro algodón. Estaba durmiendo en un motel una mañana cuando de pronto algo me sacó de golpe de la cama: un tipo le había pegado un tiro a su mujer en la habitación de al lado. Todo el mundo se quedó aturdido, y el tipo se montó en el coche y se largó dejando la escopeta en el suelo del cuarto, donde la encontró el sheriff. Al final lo detuvieron en Houma, borracho como una cuba. Joder, ya no se puede andar por este país sin un arma.
Se echó hacia atrás un lado de la chaqueta y nos enseñó su revólver. Luego abrió un cajón y nos mostró el resto de su arsenal. En Nueva York, una vez, había tenido una metralleta debajo de la cama.
—Ahora tengo algo mejor... Una pistola de gas alemana, una Sheintoth: mirad esta belleza; sólo tengo un proyectil. Podría tumbar a un centenar de hombres con esta pistola, y disponer de tiempo de sobra para la huida. Lo único malo es que sólo tengo un proyectil.
—Espero no estar cerca cuando lo utilices —dijo Joan desde la cocina—. ¿Y cómo sabes que es un cartucho de gas?
Bill soltó un resoplido. Nunca prestaba la menor atención a sus agudezas, pero las escuchaba. La relación con su mujer era de lo más extraña: hablaban hasta muy entrada la noche: a Bill le gustaba llevar la voz

cantante; hablaba y hablaba con su voz mustia y monótona, y Joan trataba de intervenir y no lo conseguía nunca. Al amanecer Bill se cansaba, y entonces Joan hablaba y él escuchaba soltando resoplidos. Joan lo amaba locamente, pero de un modo mental y delirante. Nunca se andaban con remilgos ni con tonterías; se limitaban a hablar, y a vivir un compañerismo cuyo alcance ninguno de nosotros llegaría jamás a penetrar. Lo que parecía una actitud singularmente fría y exenta de simpatía entre ellos era en realidad una forma de humor a través del cual se comunicaban sus acervos de sutiles vibraciones. El amor lo es todo; Joan nunca estaba a más de unos metros de Bill, y nunca se perdía una palabra suya (y eso que él hablaba siempre en voz muy baja). Neal y yo nos moríamos por pasar una noche de juerga en Nueva Orleans, y queríamos que Bill nos llevase a conocer sitios. Pero él nos echó un jarro de agua fría.
—Nueva Orleans es una ciudad de lo más sosa. Es ilegal ir a los barrios negros. Los bares son insufriblemente aburridos.
Dije:
—Tiene que haber alguno que esté bien.
—El bar ideal no existe en Norteamérica. El bar ideal es algo que está más allá de nuestra comprensión. En 1910 un bar era un sitio donde los hombres se reunían durante o después del trabajo, y lo único que había era una barra, un reposapiés de latón, una escupidera, un piano, unos cuantos espejos y barriles de whisky a diez centavos el trago y barriles de cerveza a cinco centavos la jarra. Ahora lo que hay es cromados, mujeres borrachas, maricas, camareros hostiles, propietarios ansiosos que merodean por la puerta preocupados por los asientos de cuero y la ley; un completo griterío a destiempo y un silencio mortal cuando entra un desconocido.
Discutimos de bares.
—Está bien —dijo—. Os llevaré esta noche a Nueva Orleans y veréis lo que quiero decir.
Y deliberadamente nos llevó a los bares más aburridos. Dejamos a Joan con los niños. Habíamos terminado de cenar, y Joan estaba leyendo los anuncios clasificados del Times Picayune de Nueva Orleans. Le pregunté si buscaba trabajo, y ella se limitó a contestarme que era la sección más interesante del periódico. Y comprendías lo que quería decir —una mujer extraña, Joan—. Bill vino con nosotros en coche a la ciudad, y siguió hablando.
—Ve tranquilo, Neal. Enseguida llegamos, espero. Ahí está el ferry, no tienes que meternos en el río.
Hizo una pausa. Neal había empeorado desde Texas, me confiaría Bill luego:
—Tengo la impresión de que se encamina hacia su destino ideal, que es una psicosis compulsiva aderezada con una dosis de irresponsabilidad y violencia psicopáticas. —Miro a Neal por el rabillo del ojo—. Si vas a California con este loco no conseguirás nada. ¿Por qué no te quedas conmigo en Nueva Orleans? Apostaremos a los caballos en Graetna y descansaremos en mi jardín. Tengo una bonita colección de cuchillos, y estoy haciéndome un blanco. También hay un puñado de muñecas apetitosas en el centro, si eso es lo que te apetece en la actualidad.
Soltó un resoplido. Estábamos en el ferry, y Neal se había bajado del coche y

para apoyarse en la borda. Lo seguí, pero Bill siguió en el coche, resoplando. Aquella noche había como un manto místico de bruma sobre las aguas parduzcas, junto con oscuros troncos flotantes; y, al otro lado, Nueva Orleans irradiaba un fulgor naranja brillante. En su orilla se veían unos cuantos barcos, fantasmales barcos de Cereño[23] envueltos en niebla y con galerías y popas españolas de profusos ornamentos; pero cuando te acercabas veías que no eran más que viejos cargueros de Suecia y Panamá. Las luces del ferry fulgían en la noche; los mismos negros manejaban las palas y cantaban. El viejo Big Slim Hubbard había trabajado una vez como marinero del ferry de Algiers; ello me hizo pensar también en Mississippi Gene. Y mientras el río descendía desde la mitad de Norteamérica a la luz de las estrellas supe, supe como que estaba allí que todo lo que había sabido y llegaría a saber en la vida era Uno. He de reseñar algo muy extraño, además: aquella noche en que cruzamos en el ferry hasta Nueva Orleans con Bill Burroughs una chica se suicidó tirándose por la borda. Bien antes de nuestra travesía, o bien después. Lo leímos en el periódico al día siguiente. Era de Ohio; más le hubiera valido bajar flotando hasta Nueva Orleans sobre las aguas del río: su alma se habría salvado. Fuimos con Bill a todos los anodinos bares del Barrio Francés, y volvimos a casa a medianoche. Aquella noche Louanne se tomó todo lo imaginable: marihuana, somníferos, bencedrina, alcohol, e incluso le pidió a Bill que le diera un chute de morfina, que por supuesto él no le dio. Lo que le dio fue un Martini. Estaba tan «saturada» de sustancias de todo tipo que se sentó en el porche conmigo como petrificada e ida. Bill tenía un porche maravilloso. Rodeaba toda la casa. A la luz de la luna, con los sauces llorones, parecía una vieja mansión sureña que hubiera conocido días mejores. Joan estaba dentro, en la cocina, leyendo los anuncios clasificados del periódico. Bill estaba en el cuarto de baño metiéndose un pico, apretándose con los dientes la vieja corbata negra para hacerse un torniquete y hundiéndose la aguja en el brazo esquelético asaeteado por mil pinchazos. Al Hinkle estaba despatarrado con Helen en la enorme cama de matrimonio que Bill y Joan nunca utilizaban. Neal se liaba unos canutos. Y Louanne y yo remedábamos a la vieja aristocracia del Sur.
—Oh, señorita Lou, está usted adorable y bellísima esta noche.
—Oh, gracias, Crawford, tenga la certeza de que aprecio las cosas bonitas que me dice.
Las puertas seguían abriéndose a lo largo del porche que rodeaba la casa, y los miembros de nuestro triste drama siguieron saliendo a él en la noche norteamericana para averiguar dónde estaban los demás. Al final fui a dar un paseo hasta el dique. Quería sentarme en la cenagosa orilla y contemplar el río Mississippi. Pero me tuve que contentar con mirarlo con la nariz pegada a la alambrada. Cuando se empieza a separar a las gentes de sus ríos, ¿qué queda? —¡Burocracia! —dice Bill.
Está sentado con Kafka sobre las rodillas; la lámpara lo ilumina desde arriba, y él resopla. Su vieja casa cruje. Y los troncos de Montana pasan sobre el agua en el gran río negro de la noche.
—No queda nada más que burocracia. ¡Y sindicatos! ¡Sobre todo sindicatos!
Pero la risa oscura le volvería de nuevo. Fue en la parte de atrás del jardín

donde encontré a Bill y a Neal cuando me levanté por la mañana temprano. Neal llevaba su mono de operario de gasolinera y ayudaba a Bill, que había encontrado un gran madero podrido y trataba denodadamente de sacar con un martillo los pequeños clavos que sobresalían de él. Los mirábamos fijamente: eran millones; parecían gusanos.

—¡Cuando saque todos estos clavos voy a hacerme una estantería que me durará MIL AÑOS! —dijo Bill; los huesos le temblaban de excitación senil—. ¿Te das cuenta, Jack, de que las estanterías que hacen hoy día se quiebran bajo el peso de un reloj al cabo de seis meses, o se vienen abajo sin más? Y lo mismo sucede con las casas, y con la ropa. Esos cabrones han inventado plásticos con los que construir casas que durarán PARA SIEMPRE. Y neumáticos. Millones de norteamericanos mueren al año por culpa de neumáticos defectuosos que al rodar se calientan y acaban reventando. Podrían fabricar neumáticos que no reventaran nunca. Y lo mismo con los polvos dentífricos. Han inventado un chicle (que no van a enseñar a nadie) que si lo mascas de niño jamás tendrás una caries. Y pasa lo mismo con la ropa. Pueden fabricar ropa que dure eternamente. Pero prefieren hacerla barata para que todo el mundo tenga que seguir trabajando y fichando por la mañana y organizándose en sombríos sindicatos y arreglándoselas como puede mientras la gran tajada se la llevan Washington y Moscú. —Levantó el grueso madero podrido—. ¿No crees que puedo hacerme una estantería estupenda?

Era muy temprano, y su energía estaba en pleno apogeo. El pobre Bill se metía tanta morfina en el cuerpo que tenía que pasarse la mayor parte del día en su butaca, bajo la luz de la lámpara encendida ya a mediodía. Pero por la mañana estaba magnífico. Nos pusimos a lanzar cuchillos al blanco. Me contó que había visto a un árabe en Túnez que era capaz de dar en el ojo de un hombre desde doce metros de distancia. Eso le llevó a su tía, que había visitado la kasba en los años treinta.

—Estaba con unos turistas que iban con un guía. Llevaba un anillo de brillantes en el dedo meñique. Se apoyó en un muro para descansar un momento, y un árabe apareció como un rayo y le rebanó el dedo antes de que pudiera siquiera lanzar un grito. De pronto se dio cuenta de que no tenía meñique. ¡Ji, ji, ji...! —Cuando reía apretaba los labios con fuerza y hacía que la risa le saliera del vientre, de alguna hondura muy lejana, y doblaba el torso hasta hacerlo descansar sobre las rodillas. Siguió riendo un buen rato—. ¡Eh, Joan! —grito con alegría—. ¡Les estaba contando a Neal y a Jack lo de mi tía en la kasba!

—Te he oído —dijo ella, en la magnífica mañana del Golfo, desde la puerta de la cocina.

Grandes y hermosas nubes flotaban en las alturas; las nubes del valle que te hacían sentir la vastedad de la vieja y sagrada Norteamérica en ruinas, de boca a boca y de punta a punta. Adelante: Bill era todo vitalidad y energía.

—Oye, ¿os he contado alguna vez lo del padre de Kells? Era el viejo más divertido que he conocido en mi vida. Tenía paresia, esa dolencia que te corroe la parte delantera del cerebro hasta el punto de que no eres responsable de nada de lo que te viene a la cabeza. Tenía una casa en Texas,

siempre llena de carpinteros trabajando las veinticuatro horas del día para construirle anexos y anexos. Se levantaba de la cama en mitad de la noche y decía: «No quiero ese maldito anexo; llévenlo a esa otra parte». Los carpinteros tenían que echar todo abajo y volver a empezar desde el principio. Al amanecer los veías dándole al martillo en el nuevo anexo. Entonces el viejo se aburría y decía: «¡Maldita sea, quiero irme a Maine!», y cogía el coche y salía disparado a ciento cincuenta por hora, y a lo largo de centenares de kilómetros iba dejando tras de sí grandes nubes de plumas de gallina. Se paraba en mitad de un pueblo tejano justo el tiempo necesario para comprar whisky. Como interrumpía el tráfico, los conductores se ponían a dar bocinazos, y él salía de la tienda y gritaba: «¡Por qué no oz calláiz, zo gentuza!». Ceceaba. La paresia hace ceacer, quiero decir cecear. Una noche vino a mi casa en Saint Louis y tocó el claxon y dijo: «Vamoz, zal y vámonoz a Texas a ver a Kells». Volvía de Maine. Decía que había comprado una casa en Long Island que daba a un cementerio judío porque le encantaba ver tantos judíos juntos muertos. Oh, era terrible. Podría ponerme a contar historias de este viejo y no acabaría en todo el día. ¿No os parece que hace un día precioso?
Precioso, ciertamente. De los diques llegaban las brisas más suaves; tan sólo por ellas habría merecido la pena el viaje. Entramos en la casa detrás de Bill para medir la pared para la estantería. Nos enseñó la mesa de madera del comedor que había hecho. El tablero tenía unos quince centímetros de espesor.
—¡Esta mesa durará mil años! —dijo Bill, inclinando sobre nosotros la cara larga y delgada, con aire de loco, y la golpeó varias veces con la palma.
Al atardecer se sentaba en esta mesa y comía y echaba los huesos a los gatos. Tenía siete.
—Adoro los gatos. Sobre todo los que chillan como posesos cuando los sostengo en el aire sobre la bañera.
—Insistió en hacernos una demostración, pero había alguien en el cuarto de baño. —Bien —dijo—, ahora no podemos hacerlo. ¿Sabéis?, he tenido una pelea con los vecinos de ahí al lado.
Nos contó lo de sus vecinos. Eran una vasta familia con unos niños muy descarados que tiraban piedras por encima de la destartalada cerca a Julie y a Willie, y a veces hasta a Bill. Este les dijo que no lo hicieran más. El padre salió de malos modos y gritó algo en portugués. Bill se metió en la casa y volvió a salir con la escopeta. Dábamos vueltas por el jardín buscando qué hacer. Había una cerca enorme en la que Bill había estado trabajando a fin de separar su finca de la de sus odiosos vecinos; pero jamás lograría terminarla: era una tarea excesiva. La sacudió para mostrarnos lo sólida que era. De pronto se sintió cansado y calló y fue hasta la casa y se encerró en el cuarto de baño para inyectarse su dosis matinal, o de media mañana, antes del almuerzo. Salió con los ojos vidriosos y calmos, y se sentó bajo la lámpara encendida. El sol lucía débilmente tras la persiana echada.
—Oye, ¿por qué no probáis mi acumulador de orgón que hay en la sala del frente? Meteos algo de sustancia en los huesos. Yo siempre salgo en el coche a ciento cincuenta kilómetros por hora hasta la casa de putas más cercana,

¡jo, jo, jo! —Esta era su risa «de risa» (la que en realidad no era risa)—. Oye, Jack, después del almuerzo podríamos irnos tú y yo a apostar a los caballos en el garito ese de Graetna...
Era magnífico. Después de comer se echó una siesta en su butaca, con la pistola de aire comprimido sobre las rodillas y el pequeño Willie enroscado en el cuello, dormido también. Era una bonita estampa, padre e hijo, un padre que jamás aburriría a su hijo cuando se tratara de encontrar cosas que hacer y de qué hablar. Se despertó con un respingo y se quedó mirándome con fijeza. Le llevó un minuto reconocerme.
—¿Para qué vas a la Costa Oeste, Jack? —me preguntó, y volvió a dormirse durante un momento.
Por la tarde fuimos a Graetna, Bill y yo. Fuimos en su viejo Chewy. El Hudson de Neal era bajo y estilizado. El Chewy de Bill era alto y ruidoso. Era como en 1910. El antro de las apuestas estaba cerca de la ribera, en un bar grande con cromados y cuero en cuyo fondo se abría una sala gigantesca con los caballos y las cotizaciones en las paredes. Tipos de Louisiana pululaban por la estancia con los folletos informativos. Bill y yo nos tomamos una cerveza, y Bill fue tranquilamente hasta la máquina tragaperras y metió una moneda de medio dólar. El contador marcó «pleno», y «pleno», y «pleno»..., pero este último pleno no quedó fijo sino un instante, y al final retrocedió a «cereza». Acababa de dejar de ganar cien dólares o más por los pelos.
—¡Maldita sea! —aulló Bill—. Tienen estas máquinas trucadas. Se ha visto claramente. Estaban ya los tres «plenos» y el mecanismo lo ha hecho retroceder al último. ¡Qué se le va a hacer!
Estudiamos el folleto de las carreras. Yo llevaba años sin apostar a los caballos y me desconcertaban todos aquellos nombres nuevos. Había un caballo llamado Big Pop[24] que me sumió en un trance momentáneo al hacerme pensar en mi padre, que solía llevarme a las carreras de caballos. Estaba a punto de mencionarlo cuando Bill dijo:
—Bueno, creo que me decantaré por este Ebony Corsair de aquí.
Al final lo dije:
—Big Pop me recuerda a mi padre.
Bill se quedó pensativo apenas unos segundos, y sus claros ojos azules se fijaron en los míos hipnóticamente, y yo ya no supe dónde estaba él ni lo que estaba pensando. Luego fue a la taquilla y apostó por Ebony Corsair. Ganó Big Pop, y la apuesta se pagó cincuenta a uno.
—¡Maldita sea! —dijo Bill—. Tendría que haberlo sabido. Ya he pasado por esta experiencia. Oh, ¿cuándo aprenderé?
—¿A qué te refieres?
—Me refiero a Big Pop. Has tenido una visión, chico, una VISIÓN. Sólo los necios redomados no hacen caso de las visiones. ¿Cómo sabes que tu padre, que era un viejo apostador, no quería comunicarte que Big Pop iba a ganar la carrera? El nombre te trajo ese recuerdo. En eso estaba pensando cuando me lo mencionaste. Una vez, en Missouri, mi primo apostó a un caballo con un nombre que le recordaba a su madre; el caballo ganó y ganó un dineral. Y acaba de pasar lo mismo. —Sacudió la cabeza—. En fin, vámonos. Es la

última vez que apuesto a los caballos contigo; todas esas visiones me distraen.
En el coche, mientras volvíamos a su casa, dijo:
—La humanidad, algún día, se dará cuenta de que en realidad estamos en contacto con los muertos y con el otro mundo, sea cual sea. Ahora mismo, si utilizáramos el suficiente poder mental, podríamos predecir lo que va a suceder en los cien años venideros, y tomar medidas para evitar todo tipo de catástrofes. Cuando un hombre muere experimenta una mutación en el cerebro sobre la que ahora no sabemos nada, pero que algún día conoceremos perfectamente si nuestros científicos hacen las cosas bien. Los muy bastardos ahora sólo están interesados en ver si pueden volar el mundo.
Le contamos a Joan lo que habíamos hecho. Dijo, sin contemplaciones:
—Me parece una estupidez.
Pasaba la escoba por la cocina. Bill se encerró en el cuarto de baño para meterse el chute de la tarde. Fuera, en la carretera, Neal y Al Hinkle jugaban al baloncesto con la pelota de Julie y un cubo clavado en un poste a modo de cesta. Me uní a ellos. Luego nos pusimos a hacer proezas atléticas. Neal me dejó absolutamente asombrado. Hizo que Al y yo sostuviéramos una barra de hierro justo a la altura de la cintura, y él dio un brinco y saltó limpiamente con los pies juntos.
—Venga, subidla más.
Seguimos subiéndola hasta situarla a la altura del pecho. Y él seguía saltándola con facilidad. Luego probó con el salto de longitud y alcanzó como mínimo los seis metros. Luego le eché una carrera carretera abajo. Puedo correr los cien metros lisos en 10,3, pero él me adelantó como un rayo como si tal cosa. Mientras corríamos tuve una visión loca de Neal corriendo de aquel modo durante toda su vida..., con la cara huesuda adelantada hacia la vida: los brazos bombeaban, la frente sudaba, las piernas se movían con rapidez de Groucho Marx, y él gritaba:
—¡Sí! ¡Sí! ¡Chico, vamos! ¡Que puedes!
Pero nadie podía seguirle: así de sencillo. Luego Bill salió con un par de cuchillos y se puso a enseñarnos cómo desarmar a un atracador en un callejón oscuro. Yo, por mi parte, le enseñé un truco de lucha muy bueno, que consistía en tirarte al suelo hacia atrás enfrente de tu adversario y hacerle una presa con los tobillos para que cayera a tierra sobre las manos, y luego sujetarle las muñecas con una Nelson completa. Dijo que sí, que era una llave muy buena. Me hizo una breve exhibición de jiu-jitsu. La pequeña Julie llamó a su madre para que saliera al porche, y dijo:
—Mira a esos hombres tontos.
Tenía ocho años. Era una golfilla tan preciosa que Neal no podía quitarle los ojos de encima.
—Fiuuu... ¡Espera a que crezca! ¿No la veis ya andando por Canal Street con mirada altiva? ¡Ah! ¡Oh!
Emitió un siseo entre los dientes. Pasamos un día de locos en el centro de Nueva Orleans, yendo de un lado a otro con Al Hinkle y Helen. Neal estaba más desaforado que nunca. Cuando vio los mercancías de la T&NO[25] en las

cocheras se empeñó en enseñarme allí mismo todo lo referente a los trenes.
—¡Antes de que termine contigo vas a ser un guardafrenos de primera!
Él y Al Hinkle y yo corrimos por las vías y nos subimos a un mercancías. Louanne y Helen nos esperaban en el coche. Fuimos en el mercancías como un kilómetro, hasta los muelles, saludando con la mano a todos los guardafrenos y fogoneros con los que nos cruzábamos. De ellos aprendí a bajarme como es debido de un tren en marcha: con un pie primero para que el otro brinque como un resorte al tocar el suelo. Me enseñaron los vagones frigoríficos —«anoraks»—, en los que se viajaba al abrigo del frío las noches de invierno.
—¿Te acuerdas de lo que te conté de mi viaje de Nuevo México a Los Ángeles? —exclamó Neal—. Así fue como aguanté.
Volvimos con las chicas una hora más tarde, y, como es lógico, estaban enfadadas. Al y Helen habían decidido alquilar una habitación en Nueva Orleans y conseguir un trabajo para quedarse en la ciudad. A Bill le pareció bien, porque empezaba a estar harto de todos nosotros. La invitación, originalmente, sólo me había incluido a mí. En la pieza de delante, donde dormían Neal y Louanne, había manchas de mermelada y de café y tubos de bencedrina vacíos por el suelo. Era, además, el cuarto donde trabajaba Bill, quien, cuando ellos estaban dentro, ni siquiera tenía acceso a los libros de las estanterías. La pobre Joan no hacía más que distraerse con el continuo brincar y corretear de Neal por la casa. Esperábamos mi cheque de veterano que me iba a enviar mi madre para seguir viaje. Cuando llegó, partimos. Los tres: Neal, Louanne y yo. Llegado el momento, caí en la cuenta de que me resultaba odioso irme de la maravillosa casa de Bill de forma tan repentina, pero Neal era todo energía y quería salir cuanto antes. Al final, en un atardecer rojo y triste, nos vimos ya sentados en el coche mientras Joan, Julie, Bill, Al y Helen, de pie en la alta hierba, nos sonreían en silencio. Era la despedida. En el último momento Neal y Bill tuvieron un roce por un asunto de dinero: Neal le pidió dinero prestado; Bill le dijo que ni hablar. La cosa se remontaba hasta Texas. Neal el buscón solía enajenarse gradualmente la simpatía de la gente. Ahora soltó unas risitas de loco: le importaba un bledo: se frotó las pelotas, metió un dedo bajo el vestido de Louanne, se lo subió rodilla arriba, mostró un poco de saliva blanca en la boca y dijo:
—Querida, tú sabes y yo sé que las cosas entre nosotros están bien al fin, más allá de la definición abstracta más distante, tanto en términos metafísicos como en los términos que uno quiera especificar o imponer o sacar a colación con la mayor de las delicadezas...
Y siguió de esta guisa, y el coche salió a toda velocidad, y estábamos de nuevo camino de California. ¿Qué sientes cuando te alejas en coche de una gente que va empequeñeciendo en la llanura, a tu espalda, hasta que apenas puedes distinguir unos cuantos puntos dispersos en la lejanía? El mundo demasiado enorme que nos abarca, y el adiós. Pero nos inclinamos hacia delante, hacia el siguiente empeño loco bajo el cielo. Tuvimos todo tipo de problemas para llegar a California, y una vez allí me quedé varado y tuve que «volver al Este dando tumbos», como había vaticinado Allen Ginsberg, pero ¿a quién le importa?; a mí no. Atravesamos la sofocante luz de Algiers,

y volvimos a subir al ferry, y a enfilar hacia los viejos barcos apiñados y salpicados de cieno del otro lado del río, y a vernos de nuevo en Canal Street, y en las afueras de la ciudad, en una autopista de dos carriles rumbo a Baton Rouge, en medio de una oscuridad purpúrea. Allí viramos hacia el oeste, cruzamos el Mississippi en un lugar llamado Port Allen y surcamos el estado de Louisiana en no más de tres horas. Port Allen —pobre Allen—, donde el río es todo lluvia y rosas en una oscuridad de minuciosa bruma, y donde tomamos un camino circular bañado por una luz neblinosa en el que de pronto vimos una gran masa negra bajo un puente, y cruzamos de nuevo la eternidad. ¿Qué es el río Mississippi? Un grumo empapado en la noche de lluvia, un suave chapoteo desde las caídas orillas del Missouri, algo que se diluye, el fluir de la marea sobre el cauce eterno, una contribución a las espumas parduzcas, un viaje más allá de los innumerables valles y árboles y atracaderos, río abajo, río abajo, por Memphis, Greenville, Eudora, Vicksburg, Natchez, Port Allen y Port Orleans y Point of the Deltas; por Potash, Venice y el Gran Golfo de la Noche, siempre adelante hasta dejarlo todo atrás. Las estrellas brillaban cálidas en la noche del Golfo de México. Del suave y atronador Caribe viene la electricidad, y de la Gran Divisoria de las Aguas donde se deciden lluvia y ríos vienen los remolinos, y la pequeña gota de lluvia que cayó en Dakota y acumuló barro y rosas surge, resurrecta, del mar y vuelve a volar y a estallar en los ondulantes olores del cauce del Mississippi, y vuelve a vivir... Así, nosotros los norteamericanos, juntos, tendemos como la lluvia al Río-Total de la Unión y al mar, y luego más allá —no sabemos dónde—. Con la radio sintonizada en un programa de misterio, y mientras miraba yo por la ventanilla y veía un letrero que rezaba UTILICE PINTURA COOPER (y me decía a mí mismo que sí, que lo haría), el coche fue surcando la engañosa noche de las vastas llanuras de Louisiana: Lawtell, Eunice, Kinder y DeQuincey, destartaladas poblaciones del oeste que se parecían más y más a pantanos sureños a medida que nos acercábamos al río Sabine. En la parte vieja de Opelousas entré en una tienda de comestibles a comprar pan y queso mientras Neal se ocupaba de la gasolina y el aceite. No era más que una especie de cabaña; oía a la familia cenando en la trastienda. Esperé un minuto, hasta que me cercioré de que seguían con la charla. Cogí el pan y el queso y me escabullí por la puerta. Apenas teníamos dinero para llegar a San Francisco. Neal, por su parte, cogió un cartón de cigarrillos de la gasolinera, y así nos proveímos para el viaje: gasolina, aceite, cigarrillos y pan con queso. Neal enfiló de nuevo la carretera. En algún lugar cercano a Starks vimos un gran resplandor rojo en el cielo, delante de nosotros. Nos preguntamos qué podría ser. Instantes después lo dejamos atrás: un fuego más allá de los árboles, un montón de coches aparcados en la autopista. Probablemente era un sitio donde freían pescado, pero podía ser cualquier otra cosa. El paisaje se volvió extraño y oscuro cerca de Deweyville. De pronto estábamos en los pantanos.

—¿Te imaginas que encontráramos un tugurio de jazz en esas ciénagas, lleno de negros grandes tocando gimientes blues a la guitarra y bebiendo whisky y haciéndonos señas para que nos acercáramos?

¡Sí!

Eran parajes con misterio. El coche surcaba un camino de tierra, sobre un terreno elevado que descendía a ambos lados y se extendía en viñas y pantanos. Tuvimos una aparición: un negro con camisa blanca que caminaba con los brazos alzados hacia el oscuro firmamento. Estaba rezando o lanzando una maldición. Pasamos junto a él como una exhalación. Miré por el cristal trasero para ver sus ojos blancos.
—¡Dios! —dijo Neal—. Ten cuidado. Será mejor que no nos paremos en estos andurriales...
En un momento dado llegamos a una encrucijada, y paramos el coche. Neal apagó los faros. Estábamos en medio de un bosque de árboles cubiertos de enredaderas, en el que casi podíamos oír el deslizarse de un millón de víboras cobrizas. Lo único que veíamos era el botón rojo de los amperios del salpicadero del Hudson. Louanne gritó, llena de espanto. Empezamos a reír como posesos: carcajadas locas para asustarla. Pero también nosotros nos asustamos. Queríamos huir de aquella mansión de las serpientes, de aquella cenagosa oscuridad, y volver a adentrarnos en la Norteamérica familiar de los pueblos ganaderos. En el aire había un olor a aceite y agua muerta. Era un manuscrito de la noche que nosotros no podíamos leer. Ululó un buho. Probamos suerte en uno de los caminos de tierra y al poco estábamos cruzando el viejo y malvado Sabine, responsable de todas aquellas ciénagas. Con asombro vimos, a lo lejos, unas grandes estructuras iluminadas.
—¡Texas! ¡Es Texas! ¡Los pozos de petróleo de Beaumont!
Tanques gigantescos se alzaban como ciudades en el aire lleno de olor a petróleo.
—Me alegro de haber dejado atrás todo eso —dijo Louanne—. Oigamos algún otro programa de misterio.
Atravesamos Beaumont a toda marcha, cruzamos el río Trinity, en Liberty, y enfilamos rumbo a Houston. Neal se puso a hablar de sus días de Houston, en 1947.
—¡Hunkey! ¡El loco de Hunkey! Lo busco allí donde voy y nunca lo encuentro. Siempre nos dejaba colgados aquí en Texas. Veníamos al centro con Bill, a comprar cosas de comer, y Hunkey desaparecía. Teníamos que ir a buscarlo por todos los tugurios de la droga de la ciudad. —Entrábamos en Houston en aquel momento—. La mayor parte del tiempo teníamos que andar buscándolo por toda esta ciudad de negros, joder, se metía droga con cualquier tipo loco que se encontraba por la calle. Una noche lo perdimos y nos quedamos en un hotel. Teníamos que llevarle hielo a Joan, porque se le estaba empezando a pudrir la comida. Pues bien, tardamos dos días en encontrar a Hunkey. Yo también me quedé atascado en la ciudad; intentaba liarme con mujeres que iban de compras, en plena tarde, allí mismo, en el centro, en los supermercados... —Surcábamos como centellas la noche vacía —. Y me topé con una chica realmente sexy y tonta, que estaba mal de la cabeza y lo único que hacía era vagar con intención de robar una naranja. Era de Wyoming. La llevé al cuarto del hotel. Bill estaba borracho. Allen Ginsberg escribía poesía. Hunkey no apareció hasta medianoche, en el jeep. Lo encontramos dormido en el asiento trasero. Nos dijo que se había tomado unas cinco pastillas para dormir. Dios, si la memoria me funcionara

del mismo modo que la mente podría contaros cada detalle de las cosas que hacíamos... ¡Ah!, pero sabemos cómo es el tiempo... Cada cosa se ocupa de sí misma. Podría cerrar los ojos y este coche se conduciría solo.
En las calles vacías de Houston, a las cuatro de la mañana, pasó de pronto con ruido atronador un jovencito en una moto, lleno de brillos y adornos, con relucientes botones, visera, chaqueta de cuero negra... Un poeta de la noche, con su chica pegada a la espalda como un bebé indio, el pelo suelto al viento, a toda velocidad, cantando: «Houston, Austin, Fort Worth, Dallas..., y a veces Kansas City..., y a veces San Antonio, ¡yuju!».
Se perdieron en la lejanía, y Neal dijo:
—¡Eh! ¿Habéis visto la preciosidad que lleva agarrada al cinturón? ¡Sí! Pisó el acelerador para tratar de alcanzarlos.
—¿No sería fantástico si pudiéramos juntarnos y montar una buena orgía, todos muy cariñosos y simpáticos y sin problemas...? Ah, pero ya conocemos el tiempo...
Pero se convenció de lo estupendo de la idea y siguió pisando el acelerador. Más allá de Houston sus energías, aunque pródigas, cedieron al fin y tuve que ponerme al volante; y en cuanto lo hice empezó a llover. Ahora estábamos ya en la gran llanura de Texas, y, como había dicho Neal: «Conduces y conduces, y mañana por la noche sigues sin salir de Texas». La lluvia arreciaba. Atravesé una pequeña y descuidada población ganadera, con una calle principal embarrada, y llegué al fondo de una vía sin salida. «¡Eh! ¿Qué estoy haciendo?», me dije. Neal y Louanne estaban dormidos. Di la vuelta y desanduve el camino a través del pueblo. No había un alma a la vista, ni una sola luz. De repente surgió ante mis faros un jinete con gabardina. Era el sheriff. Llevaba un sombrero de ala ancha del que caían riadas de agua de lluvia.
—¿Por dónde voy a Austin?
Me indicó el camino con cortesía, y me alejé en esa dirección. Una vez fuera del pueblo, me sorprendí de pronto ante dos faros que me enfocaban directamente en medio de la lluvia. Pensé que iba por la mano contraria de la carretera; me eché hacia la derecha, pero enseguida vi que las ruedas rodaban sobre un suelo de barro. Enderecé la marcha y volví al asfalto, pero los faros seguían viniéndoseme encima. En el último segundo caí en la cuenta de que era el conductor del otro coche el que venía sin saberlo por el carril equivocado. Viré de nuevo a unos cincuenta kilómetros por hora, y volví a meterme en el barro. Por fortuna no eran cunetas hondas sino terreno llano. El coche que venía por el carril que no debía se detuvo y dio marcha atrás en pleno aguacero. Cuatro hoscos braceros del campo que habían terminado su jornada e iban a beber y a armar camorra en bares de mala muerte, todos con camisa blanca y brazos morenos y sucios, me miraban con expresión obtusa. El conductor también estaba como una cuba. Me preguntó: —¿Por dónde se va a Houston?
Señalé hacia atrás con el pulgar. Me quedé estupefacto ante el pensamiento de que lo habían hecho a propósito sólo para preguntarme el camino, como un mendigo que te corta el paso en la acera para pedirte una limosna. Miraron con aire contrito el piso del coche, lleno de botellas vacías que

rodaban, y reanudaron la marcha. Arranqué el coche; estaba hundido en el barro —unos treinta centímetros—. Suspiré bajo la lluvia en una tierra texana desierta.
—Neal —dije—. Despierta.
—¿Qué?
—Estamos metidos en el barro. —¿Qué ha pasado?
Se lo conté. Empezó a maldecir como un poseso. Nos pusimos unos zapatos y unos suéters viejos y bajamos trabajosamente del coche. La lluvia era torrencial. Me coloqué de espaldas contra el guardabarros trasero y tiré de él hacia arriba para levantar la carrocería. Neal dispuso unas cadenas debajo de las ruedas que patinaban en el barro. En cuestión de un minuto estábamos manchados de barro de pies a cabeza. Despertamos a Louanne a estos horrores para que se pusiera al volante y pisara el acelerador mientras nosotros empujábamos el coche. El martirizado Hudson se fue alzando poco a poco sobre el barro. Estábamos en medio de ninguna parte. De pronto el Hudson dio un respingo y salió del atascamiento y patinó hacia el centro del asfalto. No había coches en muchos kilómetros, y Louanne se hizo con el Hudson justo a tiempo, y nos montamos a toda prisa. Eso fue todo; la operación nos había llevado una media hora, y estábamos empapados y hechos una ruina. Me dormí enseguida, todo cubierto de barro. Y por la mañana, cuando me desperté, el barro se había solidificado y fuera había nieve. Estábamos cerca de Fredericksburg, Texas, en las llanuras altas. Era el peor invierno de Texas y de la historia del Oeste: enero de 1949. El ganado moría como moscas en las grandes ventiscas, y la nieve caía en San Francisco y Los Ángeles. Estábamos hechos polvo. Deseábamos estar en Nueva Orleans con Al Hinkle, que en aquel preciso instante estaría sentado en los diques del Mississippi charlando con ancianos de pelo blanco en lugar de buscando un apartamento y un trabajo (muy propio de él). Conducía Louanne; Neal dormía. Louanne iba con una mano en el volante y la otra buscándome a mí atrás, donde estaba sentado. Me susurraba promesas para cuando estuviéramos en San Francisco. Y a mí se me caía la baba. A las diez me puse yo al volante; Neal durmió unas cuantas horas. Conduje varios centenares de monótonos kilómetros a través de nieves espesas y accidentadas colinas de salvia. Pasaban cowboys con gorras de béisbol y orejeras, buscando reses perdidas. De cuando en cuando veíamos a lo largo de la carretera casas con chimeneas humeantes. Me habría gustado poder entrar en alguna de ellas para tomar suero de leche y judías delante de la chimenea. En Sonora volví a conseguir pan y queso gratis mientras el dueño charlaba con un corpulento ranchero al otro extremo de la tienda. Neal lanzó exclamaciones de júbilo al enterarse; se moría de hambre. No podíamos gastar ni un centavo en comida.
—Sí, sí... —dijo Neal, viendo cómo los rancheros se apresuraban de un lado a otro de la calle mayor de Sonora.
—Son malditos millonarios; todos ellos. Miles de cabezas de ganado, braceros, edificios, dinero en el banco. Si yo viviera por estos pagos sería un idiota de campo; me la menearía, lo apuraría todo, buscaría bonitas vaqueras..., ¡je, je, je, je...! ¡Maldita sea! ¡Bam! —Se arreó un tortazo—. ¡Sí!

¡Eso! ¡Oh, yo!
No podíamos seguirle: ya no sabíamos de qué estaba hablando. Cogió el volante y condujo el resto del estado de Texas, unos ochocientos kilómetros; directamente hasta El Paso. Llegamos al anochecer, y no nos paramos más que una vez, cerca de Ozona, donde Neal se desnudó por completo y corrió como un chacal por entre la salvia, aullando y brincando. Los coches pasaban a toda velocidad y no le veían. Al final montó en el coche y siguió conduciendo.
—Y ahora tú, Jack, y tú, Louanne. Quiero que os desnudéis los dos (¿qué sentido tiene la ropa?), y que a los tres nos dé el sol en la barriga. ¡Venga! —íbamos hacia el oeste, hacia el sol, que nos entraba por el parabrisas—. Desnudad vuestros vientres y vayamos hacia él. —Louanne se quitó toda la ropa; y yo decidí hacerlo también para no parecer un timorato. Íbamos en el asiento delantero. Louanne sacó crema para el cutis y nos la aplicó por diversión. De vez en cuando nos cruzábamos con algún camión enorme: el camionero, en su alta cabina, tenía una fugaz visión de una beldad dorada desnuda sentada entre dos hombres desnudos: veías que se le iba el camión unos segundos, mientras se perdían en el retrovisor del Hudson. Las vastas llanuras de salvia, ya sin nieve, pasaban vertiginosamente a ambos costados. Pronto estuvimos en la tierra del cañón del Pecos, con sus rocas color naranja. En el cielo se abrían vastas distancias azules. Nos bajamos del coche para ver unas antiguas ruinas indias. Neal lo hizo completamente desnudo. Louanne y yo nos pusimos los abrigos. Vagamos entre las viejas piedras aullando y ululando. Unos turistas vieron a Neal en la llanura, desnudo, pero apenas podían dar crédito a lo que veían y siguieron caminando con paso vacilante. En mitad de la tierra del Pecos empezamos a imaginar quiénes seríamos de haber sido personajes del Viejo Oeste.
—Neal, tú seguro que eras un forajido —dije—. Pero uno de esos forajidos chalados que galopan por las praderas y entran en los saloons pegando tiros.
—Louanne sería la bella bailarina del local. Bill Burroughs sería un coronel confederado retirado; viviría en las afueras del pueblo, en una gran mansión con todos los postigos cerrados, y sólo saldría una vez al año con la escopeta para encontrarse con su proveedor de droga en un callejón chino. Al Hinkle viviría en el barrio chino: se le vería bajo una farola, con una pipa de opio y cola de caballo.
—¿Y yo? —dije.
—Tú serías el hijo del dueño del periódico local. De vez en cuando te daría una venada y saldrías a galopar con una panda de locos para pasarlo en grande. Allen Ginsberg... sería el afilador de tijeras que bajaba de las montañas una vez al año en su carreta, y predeciría incendios, y los tipos que llegaran de la frontera le harían bailar con rápidos disparos dirigidos hacia el suelo. Joan Adams..., ella viviría en la mansión de los postigos cerrados, y sería la única dama genuina en el pueblo, pero nadie llegaría a verla jamás.
Y así seguimos durante un buen rato, desplegando nuestra galería de truhanes. Años después Allen Ginsberg bajaría de la montaña con una

poblada barba, y ya no volvería a afilar tijeras nunca más (sólo canciones de catástrofe). Y Burroughs ya no saldría de su casa una vez al año. Y Louanne dispararía contra Neal cuando saliera borracho de su cabaña. Y Al Hinkle nos sobreviviría a todos contando historias a jovenzuelos enfrente del Silver Dollar. A Hunkey lo encontrarían muerto una mañana fría de invierno, en un callejón. Louanne heredaría el salón de baile y se convertiría en una madama, en una fuerza viva de la ciudad. Yo desaparecería en Montana, y nunca volvería a saberse más de mí. En el último minuto metimos en el grupo a Lucien Carr..., que desaparecería de Pecos City y regresaría años más tarde oscurecido por los soles de África, con una reina africana por esposa y diez niños negros y una fortuna en oro.
Bill Burroughs se volvería loco un día y empezaría a disparar contra todo el pueblo desde su ventana; los vecinos prenderían fuego a su vieja mansión y todo ardería y Pecos City quedaría reducida a cenizas (y a partir del entonces sería un pueblo fantasma en medio de las rocas color naranja). Miramos a nuestro alrededor en busca de un sitio donde pararnos. El sol se estaba poniendo. Me dormí, imaginado esas fantasías. Neal y Louanne aparcaron el coche cerca de Van Horn e hicieron el amor mientras yo dormía. Desperté justo cuando cruzábamos el tremendo valle del Río Grande, a través de Clint e Ysleta, en dirección a El Paso. Louanne se pasó al asiento trasero, y yo al delantero, y seguimos viaje. A nuestra izquierda, al otro lado de las vastas extensiones del Río Grande, se veían los rojizos montes moriscos de la frontera mexicana; el suave crepúsculo coronaba los picos; más allá había casas de adobe, noches azules, chales y música de guitarra... —y misterios, y el futuro de Neal y de mí mismo—. A lo lejos, en línea recta, se divisaban las luces de El Paso, diseminadas en un inmenso valle; tan inmenso que uno podía ver varios trenes surcándolo al mismo tiempo en distintas direcciones, como si fuera el Valle del Mundo. Descendimos hasta él.
—¡Clint, Texas! —dijo Neal.
Tenía la radio encendida, y había sintonizado la emisora de Clint. Cada cuarto de hora ponían un disco; el resto del tiempo eran anuncios sobre un curso de secundaria por correspondencia.
—Este programa se oye en todo el Oeste —dijo Neal con entusiasmo—. Solía escucharlo día y noche en el reformatorio y en la cárcel. Todos escribíamos a ese programa. Te sacabas la secundaria por correspondencia, y si pasabas los exámenes te mandaban un diploma. No hay joven vaquero del Oeste que tarde o temprano no escriba al programa para sacárselo. Es lo único que se escucha: enciendes la radio en Sterling, Colorado, o en Lusk, Wyoming, o dondequiera que sea, y te sale Clint, Texas, y Clint, Texas... Y la música siempre es country, y mexicana. Es el peor programa de la historia del país, y nadie puede hacer nada para remediarlo. Tienen una potencia de mil demonios, y se han hecho con toda esta parte del país.
Vimos la gigantesca antena más allá de las casuchas de Clint.
—¡Dios, chico, las cosas que podría contarte! —exclamó Neal, al borde del llanto.
Con los ojos puestos en Frisco y en la Costa Oeste llegamos a El Paso, Texas,

cuando estaba anocheciendo. Estábamos sin un centavo. Era absolutamente necesario que consiguiésemos algo de dinero para gasolina, o jamás llegaríamos a nuestro destino. Lo intentamos todo. Pasamos por la Agencia de Viajes, pero nadie iba hacia el Oeste aquella noche. La Agencia de Viajes es el sitio al que vas para conseguir a alguien que pague algo de la gasolina a cambio de que le lleves, una práctica legal en el Oeste. Tipos con aire furtivo y maletas desvencijadas esperan ante la entrada. Fuimos a la estación de autobuses Greyhound para tratar de persuadir a alguien de que no cogiera el autobús hasta la Costa y viniera con nosotros pagando la gasolina. Pero nos daba demasiada vergüenza abordar a los posibles candidatos. Vagamos por la estación con aire triste. Fuera hacía frío. Un estudiante universitario miraba con ojos de deseo a la sensual Louanne, y trataba de disimularlo. Neal y yo nos consultamos el asunto, pero decidimos que no éramos chulos. De pronto un jovencito alocado y obtuso recién salido del reformatorio se pegó a nosotros, y Neal y él se fueron a tomar una cerveza.
—Venga —dijo el chico—. Vamos a darle un palo a alguien para quitarle la pasta...
—¡Me gustas, chaval! —dijo Neal a gritos.
Se fueron. Por espacio de un momento, me preocupé; pero lo único que quería Neal era dar una vuelta por las calles de El Paso y pasarlo bien. Así que Louanne y yo nos quedamos en el coche. Louanne me abrazó y se puso a hacerme caricias y carantoñas. Dije:
—Maldita sea, Louanne, espera a que lleguemos a Frisco.
—Me tiene sin cuidado. Neal va a dejarme de todas formas. —¿Cuándo vas a volver a Denver?
—No lo sé. Me da igual qué hacer. ¿Puedo volver al Este contigo?
—Tendremos que conseguir algo de pasta en Frisco.
—Sé dónde puedes encontrar trabajo detrás de la barra de un furgón restaurante; yo trabajaría de camarera. Y conozco un hotel que nos fiará los primeros días. Seguiremos juntos, ¿de acuerdo? Vaya, estoy triste...
—¿Por qué estás triste, chiquilla?
—Por todo. Oh, maldita sea, me gustaría que Neal no estuviera tan loco en estos momentos...
Neal venía hacia nosotros por la calle, muy contento y soltando risitas. Se montó en el coche.
—¡Qué tipo más venado, Dios! ¡Me encanta! He conocido miles de tipos así; son todos iguales, su mente funciona con un mecanismo idéntico, pero no tengo tiempo, no tengo tiempo...
Puso en marcha el coche, se encorvó sobre el volante, y salimos a todo gas de El Paso.
—Cogeremos a autostopistas y todo saldrá bien. Estoy seguro de que encontraremos alguno. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Allá vamos! ¡Cuidado! — le gritó a un conductor, y lo adelantó, y esquivó a un camión, y siguió como un rayo hacia las afueras de la ciudad. Al otro lado del río se veían las luces relucientes de Juárez. Louanne observaba a Neal como lo había estado observando a través de todo el país, la ida y la vuelta. Por el rabillo del ojo; con aire huraño y triste, como si quisiera cortarle la cabeza y meterla en su

armario... —un amor envidioso y lastimero que ella sabía que jamás daría fruto porque era un amor demasiado loco—. Neal estaba convencido de que Louanne era una puta; me había confiado que era una mentirosa patológica. Pero cuando ella le miraba así..., era amor, sin duda; y cuando Neal se daba cuenta siempre se volvía hacia ella con una falsa sonrisa galante, cuando instantes antes sólo había estado soñando en su propia inmortalidad. Louanne y yo nos reímos, y Neal no dio señales de turbación sino que apenas esbozó una sonrisa contenta y bobalicona que nos decía: «¿No estamos divirtiéndonos, DE TODAS FORMAS?». Y eso fue todo. Una vez fuera de El Paso, en la oscuridad, vimos un pequeña figura encogida con el pulgar levantado. Era nuestro autostopista prometido. Frenamos y dimos marcha atrás hasta llegar a su altura. —¿Cuánto dinero llevas, chico?
El chico iba sin blanca. Tenía unos diecisiete años, y era pálido y extraño, con una mano atrofiada —parecía no haber alcanzado su desarrollo completo—, y no llevaba maleta.
—¿No te parece tierno? —dijo Neal volviéndose hacia mí con un sobrecogimiento nada fingido—. Sube, que te llevamos fuera de la ciudad...
El chico vio su oportunidad. Dijo que tenía una tía en Tulare, California, que tenía una tienda de comestibles, y que en cuanto llegáramos conseguiría algo de dinero y nos lo daría. Neal se desternilló de risa; era tan idéntico al chico de Carolina...
—¡Sí! ¡Sí! —aulló—. Todos tenemos una tía... Vámonos, y veamos las tías y los tíos y las tiendas de comestibles que nos van saliendo por el camino, ¿no es divertido?
Así que teníamos un nuevo pasajero, un pequeño sujeto muy agradable, por cierto, como podríamos comprobar muy pronto. No decía ni una palabra; se limitaba a escucharnos. Al cabo de un minuto de charla de Neal, seguramente se había convencido de que estábamos como cabras. Dijo que estaba haciendo autostop de Alabama a Oregón, donde vivía. Le preguntamos qué estaba haciendo en Alabama.
—He ido a visitar a un tío mío que me dijo que había trabajo en un aserradero. Lo del trabajo quedó en nada, y me vuelvo a casa.
—Vuelves a casa —dijo Neal—. Vuelves a casa... Sí, ya sé; te llevaremos a casa, o al menos hasta San Francisco.
Pero no teníamos dinero. Entonces se me ocurrió que podía pedirle cinco dólares prestados a mi viejo amigo Alan Harrington, en Tucson, Arizona. Neal respondió de inmediato que perfecto, que todo arreglado, que nos íbamos a Tucson. Y eso hicimos. Pasamos por Las Cruces, Nuevo México, ya de noche cerrada (la misma Las Cruces que había sido el eje del viaje de Neal al Este), y llegamos a Arizona al amanecer. De pronto me desperté de un sueño profundo y me encontré con que todos dormían como benditos dentro del coche, que estaba aparcado Dios sabe dónde, porque no podía ver nada a través de los cristales empañados. Me bajé del coche. Estábamos en las montañas: era un amanecer bellísimo, de frescos aires púrpura, laderas rojas, valles de pastos esmeralda, rocío y cambiantes nubes doradas. Y en la tierra agujeros de madriguera de taltuzas, cactus, mezquites. Era mi turno al volante. Empujé a Neal y al chico hacia un lado y bajé por las

montañas con el coche embragado y el motor apagado para ahorrar gasolina. Y seguí así hasta Benson, Arizona. Me vino a la cabeza que tenía un reloj de bolsillo que alguien me había regalado en Nueva York por mi cumpleaños. En la gasolinera le pregunté al empleado si sabía de alguna casa de empeños en Benson. Había una justo al lado de la estación de servicio. Llamé a la puerta; alguien se levantó de la cama y en cuestión de un minuto yo tenía un dólar en el bolsillo. Lo gasté en gasolina. Ahora teníamos combustible suficiente para llegar a Tucson. Pero, justo cuando me disponía a emprender la marcha, apareció un policía corpulento con pistola al cinto que me pidió el permiso de conducir.

—Ése del asiento trasero es el que tiene el permiso —dije.

Neal y Louanne dormían juntos bajo una manta. El policía le dijo a Neal que se bajase del coche. De pronto sacó la pistola y gritó:

—¡Las manos en alto!

—Agente —oí que le decía Neal en el más untuoso y ridículo de los tonos—. Agente, sólo me estaba abrochando la bragueta.

Hasta el policía tuvo casi que reírse. Neal se bajó del coche, embarrado, harapiento, en camiseta, rascándose la barriga, maldiciendo, buscando por todas partes el permiso de conducir y los papeles del coche. El policía se puso a hurgar en el maletero trasero. La documentación estaba toda en regla.

—Comprobaciones de rigor —dijo, con una amplia sonrisa—. Pueden seguir. Benson no está mal, de veras, y si desayunan allí seguro que les gusta.

—Sí, sí, sí —dijo Neal, sin prestarle la menor atención; arrancó y se alejó de la gasolinera.

Todos suspiramos, aliviados. La policía siente un gran recelo cuando un grupo de jovenzuelos llega en un coche nuevo sin un centavo en el bolsillo y se pone a empeñar relojes.

—Siempre están inmiscuyéndose —dijo Neal—. Pero ése era un poli mucho mejor que aquella rata de Virginia. Quieren hacer detenciones que salgan en primera plana; piensan que todo coche que pasa por la carretera es de alguna gran banda de Chicago. No tienen otra cosa que hacer.

Íbamos camino de Tucson. Tucson está situada en un hermoso terreno por donde discurre el cauce de un río bordeado de mezquites, al pie de la cordillera nevada de Catalina. La ciudad es toda ella un gran conglomerado de edificios; sus vecinos son transeúntes, desmesurados, ambiciosos, atareados, alegres; túneles de lavado de coches, remolques; centro urbano de calles bulliciosas, llenas de banderolas..., todo muy californiano. Fort Lowell Road, donde vivía mi amigo Harrington, serpeaba a lo largo de una agradable ribera arbolada en medio del desierto llano. Pasamos ante innumerables casuchas mexicanas que se alzaban en la arena umbrosa, hasta que llegamos a unas casas de adobe y vimos el buzón rural de correos con el nombre de Alan Harrington brillando en él cual una tierra prometida.

Y vimos al propio Harrington, ensimismado, en el patio. El pobre hombre nunca sospechó lo que se le venía encima. Era escritor, y había venido a Arizona a trabajar en su libro en paz. Era un tipo satírico alto y desgarbado,

y tímido, que te hablaba entre dientes mirando hacia otra parte y que siempre estaba diciendo cosas graciosas. Su mujer y su hijo vivían con él en la casita de adobe construida por su padrastro indio. Su madre vivía al otro lado del patio, en otra casa. Era una norteamericana entusiasta que adoraba la alfarería, los abalorios y los libros. Harrington había oído hablar de Neal en cartas que le llegaban de Nueva York. Caímos sobre él como una nube, todos hambrientos —incluido Alfred, el autostopista tullido—. Harrington llevaba un viejo jersey de Harvard y fumaba en pipa al aire cortante del desierto. Su madre vino y nos invitó a pasar a su cocina a comer algo. Nos hicimos fideos en un gran perol. Yo quería conocer al padrastro indio de Harrington, pero no se le veía por ninguna parte. Se emborrachaba durante días enteros, y aullaba en el desierto como un coyote hasta que la policía lo metía entre rejas. Los seis primos indios de Harrington estaban también en la cárcel por aquellas fechas. Neal no paraba de decir:
—¡Oh, cómo me gusta! —refiriéndose a la madre de mi amigo.
La madre de Harrington nos enseñó sus alfombras preferidas, y charló con nosotros como una niña. Los Harrington eran de Boston.
—¿Quién es ese chico de la mano atrofiada? —preguntó mi amigo sin mirarnos— ¿Al Dinkle?
—No, no. A Hinkle lo dejamos en Nueva Orleans. —¿Por qué vais todos a la Costa? —No lo sé.
Para aumentar la confusión apareció de pronto en el patio la madre de John Holmes: se dirigía en coche hacia el Este con unos amigos y había hecho una parada para visitar a la señora Harrington. Neal movía los pies en la arena, con la cabeza inclinada, y hablaba con ella. Ahora éramos siete visitantes que viajaban en direcciones opuestas quienes rondábamos por el patio. El hijo de Al Harrington, Steve, pasaba entre nosotros montado en su bicicleta. Nos fuimos todos a una tienda de licores que había en un cruce, y Harrington hizo efectivo un cheque de cinco dólares, y me los entregó. Y luego me dijo que por qué no íbamos a ver a un amigo suyo llamado John que tenía un rancho en el cañón. Fuimos en el coche y nos presentamos todos en su casa. John era un tipo grande con barba que vivía de su mujer, propietaria del rancho. En el salón había un enorme ventanal que daba al valle de mezquites. Tenían discos de bop, todo tipo de bebidas, una criada, dos niños que venían a casa del colegio a caballo y todas las comodidades imaginables. Estaban en medio de una gran fiesta. Había empezado por la tarde e iba a durar hasta medianoche. En un momento dado miré por el ventanal y vi a Alan Harrington a caballo, galopando, con un vaso de whisky en la mano. Neal hizo cosas tremendas y delirantes con el grandullón, bien parecido y barbudo John: lo llevó a dar una vuelta en el Hudson, y al parecer hizo una auténtica exhibición de sí mismo conduciendo a más de ciento cincuenta kilómetros por hora, luego zigzagueando lánguidamente por entre el tráfico, y luego esquivando por centímetros postes y cactus, de forma que cuando volvieron al rancho John me agarró del brazo y me dijo:
—¿Vais a ir hasta la Costa con este chalado? Si yo fuera tú ni lo intentaría. Ese tipo está loco de atar.
Él y Neal sudaban por la excitación reciente. El coche tenía unas cuantas

abolladuras nuevas. La criada nos hizo una gran comida ranchera en la cocina. Neal trató de camelársela, y luego trató de camelar a la mujer de John. John trató de camelarse a Louanne. El pobre Alfred, exhausto, se durmió en la alfombra del salón: lejos de Alabama y lejos de Oregón, y repentinamente arrojado a una fiesta ranchera desenfrenada en las montañas de la noche. Cuando Neal desapareció con la joven y bonita esposa de John y John subió a la primera planta con Louanne, empecé a temer que las cosas estallaran antes de que tuviéramos tiempo de comer como es debido, así que me serví chile con carne (con permiso de la criada) y me lo comí de pie.

Del piso de arriba empezaron a llegarnos discusiones y ruidos de platos rotos. La mujer de John le estaba arrojando cosas encima. Me fui de la casa, monté un viejo caballo y cabalgué como un kilómetro valle abajo, y volví. Harrington salió corriendo y brincando sobre el terreno de mezquites con un vaso de whisky en la mano para mí. Cuando llegó estaba casi vacío. Se oía música bop y gritos en el interior de la casa. «¿Qué estará pasando ahí dentro?», pensé, mirando las hermosas estrellas de Arizona. John salió corriendo de la casa y saltó sobre el caballo, le hincó los talones en los flancos, le golpeó con fuerza la grupa y se adentró a galope en la oscuridad. Liberaba la tensión acumulada. El noble bruto tenía que soportar el castigo de nuestra locura. No era más que un viejo penco que apenas podía galopar. John acabó desmayándose. Despertamos a Alfred y montamos en el coche y volvimos a casa de Harrington. Hubo una breve despedida.

—Ha sido agradable de veras —dijo Al Harrington mirando hacia otra parte. Más allá de unos árboles del otro lado de la extensión de arena había un bar con un gran letrero de neón rojo. Harrington siempre iba allí a tomarse una cerveza cuando se cansaba de escribir. Se sentía muy solo, y quería volver a Nueva York. Era triste ver su figura alta perdiéndose en la lejanía, a nuestra espalda, lo mismo que se habían perdido otras figuras en Nueva York y Nueva Orleans: quedan allí de pie, vacilantes, bajo cielos inmensos, y todo a su alrededor se apaga. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer? ¿Para qué...? Dormir... Pero nuestro grupo de locos seguía su camino. Fuera de Tucson vimos otro autostopista a un lado del asfalto oscuro. Era un okie de Bakersfield, California, que nos contó su vida:

—Maldita sea, me fui de Bakersfield en un coche que conseguí enfrente de la Agencia de Viajes, y me dejé la guitarra en el maletero de otro, y se fueron con ella... La guitarra y la ropa de cowboy y todo. Soy músico, ¿sabéis? Iba a Arizona a tocar con los Sagebrush Boys de Johnny Mackaw. Y aquí me tenéis, maldita sea, en Arizona y sin un centavo, y sin guitarra. Por favor, llevadme a Bakersfield y conseguiré dinero de mi hermano. ¿Cuánto queréis?

Queríamos justo el dinero de la gasolina necesaria para llegar a San Francisco desde Bakersfield: unos tres dólares. Ahora éramos cinco en el coche. Seguimos viaje. Empecé a reconocer pueblos de Arizona por los que había pasado en 1947: Wickenburg, Salome, Quartzsite... En el desierto de Mojave conduje el coche durante una hora en medio de un tremendo viento de través que lanzaba oleadas de arena sobre los faros y zarandeaba el

coche de un lado a otro. En un momento dado emprendimos el ascenso.
Nuestro plan era evitar el tráfico de Los Angeles y llegar hasta San Bernardino y el desfiladero de Tehatchapi. En mitad de la noche, desde una carretera de montaña, vimos abajo las luces de Palm Springs. Al amanecer, en los puertos nevados, avanzamos trabajosamente hacia el pueblo de Mojave, la puerta para el gran desfiladero de Tehatchapi. Mojave está en el valle formado por la meseta del desierto que desciende hacia el oeste y las altas Sierras que se extienden hacia el norte. Es una vista anonadante de los extremos del mundo, con vías de tren que surcan en todas direcciones la inmensidad del terreno y envían señales de humo como de nación a nación. El okies despertó y empezó a contar historias divertidas; el pequeño y tierno Alfred sonreía, apaciblemente sentado. El okie nos dijo que conocía a un hombre que perdonó a su mujer por haberle pegado un tiro; la sacó de la cárcel donde la metieron por eso, y la mujer volvió a dispararle. Cuando nos lo estaba contando pasábamos ante una cárcel de mujeres. Ante nosotros, a lo lejos, vimos el inicio del ascenso hacia el desfiladero de Tehatchapi. Neal se puso al volante y nos llevó hasta la cima del mundo. Pasamos frente a una fábrica de cemento, una mole enorme y como cubierta por un sudario. Y comenzamos el descenso. Neal apagó el motor, embragó, salvó cada curva cerrada, adelantó a coches e hizo todo lo que es posible hacer sin pisar el acelerador. Yo iba bien agarrado al asiento. A veces la carretera ascendía durante un trecho, y Neal adelantaba a los coches sin ningún ruido. Conocía cada cadencia, cada inflexión de los puertos de primera categoría. Cuando tenía que efectuar un giro de ciento ochenta grados hacia la izquierda, en torno a una pared baja de roca que daba al fondo del mundo, se pegaba todo lo posible a su izquierda, con las manos aferradas al volante, y seguía así hasta dejarlo atrás; y cuando la curva volvía a enfilar la derecha, ahora con un precipicio a la izquierda, se pegaba todo lo posible a la derecha, mientras Louanne y yo nos inclinábamos hacia él hasta completar el giro. Seguimos descendiendo de este modo hasta el valle de San Joaquin, que se despliega como un kilómetro y medio más abajo y que es lo que podríamos llamar el «suelo» de California —verde y maravilloso desde nuestra perspectiva aérea—. Recorrimos unos cincuenta kilómetros sin gastar un centavo de gasolina. Aquel invierno hacía mucho frío en el valle. De pronto todos sentíamos un gran entusiasmo. Al acercarnos a Bakersfield, Neal quiso contarme todo lo que sabía de la ciudad. Me enseñó las pensiones donde había vivido, los depósitos de agua a los que había saltado desde el tren para coger uvas, los restaurantes chinos en los que había comido, los bancos del parque en los que había estado con chicas y ciertos sitios en los que no había hecho sino sentarse a esperar.
—¡Chico, me he pasado horas y horas en esa silla de enfrente del drugstore!
Se acordaba de todo... De cada partida de pinacle, de cada mujer, de cada noche triste. Y de pronto pasamos ante el lugar de las cocheras del ferrocarril donde, en octubre de 1947, Bea y yo habíamos estado sentados en los cajones de los vagabundos, bajo la luna, bebiendo vino, y traté de decírselo. Pero estaba demasiado excitado.
—Ahí es donde Hinkle y yo pasamos una mañana entera bebiendo cerveza,

tratando de engatusar a una preciosidad de camarera de Watsonville; no, no era Watsonville, era Tracy, sí, Tracy, y la chica se llamaba Esmeralda, o algo por el estilo.
Louanne estaba planeando qué hacer en cuanto llegara a San Francisco. Alfred dijo que su tía le daría un montón de dinero en Tulare. El okie nos fue guiando hacia la casa de su hermano, que vivía en los llanos de las afueras de la ciudad. A mediodía llegamos ante una casita humilde llena de rosas y el okie entró y habló con unas mujeres. Esperamos un cuarto de hora.
—Empiezo a pensar que ese tipo tiene tanto dinero como yo —dijo Neal—. ¡Otra vez tirados! Seguramente nadie quiere darle ni un centavo.
El okie salió de la casita con aire tímido y nos dijo que por favor le lleváramos al centro.
—Maldita sea, tendría que encontrar a mi hermano.
Preguntó en varios sitios. Probablemente pensaba que era nuestro prisionero. Al final fuimos a una gran panificadora y el okie salió con su hermano, un hombre con mono que al parecer era el mecánico de los camiones. Habló unos minutos con él, mientras esperábamos en el coche. El okie le estaba contando lo que a todos sus parientes: todas las peripecias por las que había pasado, y la pérdida de la guitarra. Pero el caso es que consiguió el dinero, y nos lo dio: ahora podíamos seguir viaje hacia Frisco. Le dimos las gracias y partimos. La siguiente parada sería Tulare. Enfilamos valle arriba; yo iba dormido en la trasera, exhausto, desentendido de todo por completo, y en algún momento de la tarde, mientras dormía, el Hudson pasó a toda velocidad junto a las tiendas de campaña de Selma donde había vivido y amado y trabajado en un pasado fantasmal. Neal iba encorvado y rígido sobre el volante, y las bielas rezongaban rumbo a su tierra natal: apenas un mes atrás había recorrido esa misma carretera con Al Hinkle y su mujer Helen camino de Carolina del Norte. Y allí iba yo en el asiento trasero, dormido. Y dormido seguía cuando por fin llegamos a Tulare. Me desperté y oí los detalles delirantes:
—¡Jack, despierta! Alfred ha encontrado la tienda de su tía, pero ¿sabes lo que ha pasado? Que su tía le pegó un tiro a su marido y está en la cárcel. La tienda está cerrada. No hemos conseguido ni un centavo. ¡Te imaginas! Las cosas que nos han pasado, los problemas por todas partes, los acontecimientos maravillosos... ¡Yea!
Alfred se mordía las uñas. Íbamos a dejar la carretera de Oregón en Madera, y procedimos a despedirnos del pequeño Alfred. Le deseamos suerte y un viaje meteórico a Oregón. Nos dijo que había sido el mejor viaje en autostop que había hecho en su vida. Muy cierto: había comido como un rey, había asistido a una fiesta en un rancho, había montado a caballo, había oído historias, y se sentía maravillosamente bien por todo ello. Pero tenía un aire tan triste cuando lo dejamos en la misma situación en que lo habíamos encontrado: a un lado de la carretera, con el pulgar levantado, viendo caer la oscuridad... Teníamos que llegar a Frisco. La dorada meta nos aguardaba allí adelante. Neal, Louanne y yo nos inclinábamos hacia el frente en el asiento delantero, otra vez solos, y el coche rodaba a todo gas sobre el asfalto. No parecían haber pasado más que unos minutos cuando nos vimos en las

colinas bajas que preceden a Oakland, e instantes después, coronamos una cima y divisamos ante nosotros la fabulosa ciudad blanca de San Francisco, sobre sus once colinas místicas y, más allá, con el Pacífico azul y la franja de bruma —el Patato Patch— que avanza hacia la ciudad, y el humo y la tonalidad dorada del atardecer.

—¡Ahí la tienes! —aulló Neal—. ¡Yeaaa! ¡Lo hemos conseguido! ¡Con la gasolina justa! ¡Que me den agua! ¡No más tierra! ¡No podemos seguir porque no hay más tierra! Louanne, cariño, ahora tú y Jack os vais inmediatamente a un hotel y me esperáis hasta que mañana por la mañana me reúna con vosotros en cuanto arregle las cosas con Carolyn y llame a Funderburk para lo del trabajo en el ferrocarril, y mientras compráis un periódico para ver las ofertas de empleo y..., y..., y...

Y enfilamos el puente de la bahía de Oakland y entramos en la ciudad. Los edificios de oficinas del centro empezaban a encender sus luces centelleantes (te hacían pensar en Sam Spade[26]). La niebla empezó a envolver la ciudad, y se encendieron las boyas en la bahía. Market Street era una barahúnda de gentes y marineros y chicas; una mezcolanza de olores a perritos calientes y a comida de todas clases; bares ruidosos, tráfico estridente, tranvías... Y todo ello en un aire suave y delicioso que nos embriagó al bajarnos del coche en OTarrell Street a respirar un poco y a estirarnos. Era como poner pie en tierra después de una larga travesía por mar. La calle empinada se movía bajo nuestros pies. Los aromas secretos de los chop sueys del Chinatown de San Francisco flotaban en el aire, mientras nosotros sacábamos todas las cosas del coche y las amontonábamos en la acera. De pronto Neal nos estaba diciendo adiós. Salía como un rayo a ver a Carolyn y averiguar cómo estaban las cosas. Louanne y yo nos quedamos como aturdidos en la calle, y lo vimos alejarse.

—¿Ves lo cabrón que es? —dijo Louanne—. Cuando le conviene, Neal es capaz de dejarte a la intemperie y muerto de frío.

—Lo sé —dije; miré hacia el Este y suspiré. No teníamos dinero. Neal no había mencionado el dinero—. ¿Dónde vamos a meternos?

Nos pusimos a vagar por las calles estrechas y románticas cargados con los bultos de nuestro harapiento equipaje. Todo el mundo tenía aspecto de extra de cine en las últimas, de starlet marchita, de especialista desencantado, de corredor de karts, personajes patéticos de California con la tristeza del extremo del continente, casanovas guapos y decadentes, rubias de motel de ojos hinchados, putos, chulos, prostitutas, masajistas, botones y sujetos por el estilo... ¿Y cómo iba uno a ganarse la vida con una patulea de tal laya? Sin embargo, Louanne se había movido entre esa gente (de O'Farrell y Powell Street y alrededores), y un conserje de cara gris nos dio una habitación a crédito en un hotelucho. Era el primer paso. Luego teníamos que comer, y no pudimos hacerlo hasta la medianoche, cuando una cantante de night-club a quien fuimos a ver a su cuarto de hotel nos calentó una lata de cerdo con judías sobre una plancha que colgó del revés de una percha y metió en una papelera. Miré por la ventana los neones parpadeantes. Y me dije para mis adentros: «¿Dónde está Neal y por qué no se ocupa de que estemos bien?». Aquel año perdí la confianza en él. Se

acabó: ya no quería verlo más. Me quedé en San Francisco una semana, y pasé los peores días de mi vida. Louanne y yo pateamos las calles, kilómetros y kilómetros, en busca de un trabajo de mera subsistencia; incluso visitamos a unos marineros borrachos que Louanne conocía en un albergue de beneficencia de Mission Street, y que nos invitaron a whisky. En el hotel vivimos juntos dos días. Me di cuenta de que, ahora que Neal no estaba ya a la vista, a Louanne yo no le interesaba lo más mínimo; lo que ella intentaba era llegar a Neal a través de mí, su amigo del alma. Discutimos varias veces en la habitación del hotel. Y también pasamos noches enteras en la cama mientras yo le contaba mis sueños. Le hablé de la gran serpiente del mundo que estaba enroscada en la tierra como un gusano dentro de una manzana, y de que un día esa serpiente crearía una colina —que a partir de entonces se llamaría la Colina de la Serpiente—, y desde ella desplegaría sobre la llanura sus cien kilómetros de largo y devoraría todo lo que encontrara a su paso. Le dije que esa serpiente era Satán.
—¿Y qué va a pasar? —me preguntó con un gritito, mientras me tenía cogida la polla.
—Un santo llamado doctor Sax la destruirá con unas hierbas secretas que en este mismo instante está preparando en su cabaña subterránea de alguna parte de Norteamérica. Puede también desvelarse que la Serpiente es una cascara llena de palomas; y que cuando la Serpiente muere grandes nubes de palomas de un gris seminal se alzan de ella y traen nuevas de paz a todo el planeta.
Decía cosas delirantes por el hambre y la amargura. Una noche Louanne desapareció con la propietaria de un night-club. Yo tenía una cita con ella y la esperaba ante un portal de la acera de enfrente, en la esquina de Larkin y Geary, muerto de hambre, y de pronto ella salió del vestíbulo de la casa de apartamentos con su amiga la propietaria del night-club y un viejo grasiento con un fajo de billetes. En principio Louanne sólo había subido a ver a su amiga. Comprendí lo puta que era. Al parecer no se atrevió a hacerme señas, por mucho que me viera en aquel portal donde nos habíamos citado. Caminó por la acera con sus piececitos de zorra y subió a un Cadillac y se alejó en él con sus acompañantes. Ahora no tenía a nadie, nada. Vagué por las calles recogiendo colillas del suelo. Pasé por delante de un local de pescado y patatas fritas de Market Street y de pronto la mujer que estaba dentro me dirigió una mirada terrible al verme pasar. Era la propietaria; y al parecer pensó que iba a entrar a atracarla con una pistola. Seguí andando unos cuantos pasos. Y de repente se me ocurrió que aquella mujer era mi madre hace ciento cincuenta años, en Inglaterra, y que yo era su hijo salteador de caminos que volvía de la cárcel a perturbar su honrado trabajo en la humilde casa de comidas que regentaba. Me detuve en la acera, petrificado por el éxtasis. Miré Market Street abajo. No sabía si estaba en esa calle o en Canal Street, en Nueva Orleans: iba a dar al agua, al agua universal y ambigua, como la calle Cuarenta y dos de Nueva York lleva al agua, y uno nunca sabe dónde está. Pensé en el fantasma de Al Hinkle en Times Square. Estaba delirando. Deseaba volver y lanzarle una mirada lasciva a mi extraña madre dickensiana del local de pescado y patatas fritas. Temblaba de pies a

cabeza. Parecía tener multitud de recuerdos que me remontaban a 1750 en Inglaterra, y que ahora estaba en San Francisco sólo en otra vida y con otro cuerpo. «No», parecía decir aquella mujer con su mirada terrible. «No vuelvas a acosar a tu pobre madre en su honrado y duro trabajo. Tú ya no eres un hijo para mí; eres como tu padre, mi primer marido... Y aquí este amable griego se ha apiadado de mí (el propietario era un griego de brazos velludos). No eres bueno; te das a la bebida y te metes en líos y acabas robando el fruto de mi humilde trabajo en esta tienda. ¡Oh, hijo! ¿Es que nunca vas a arrodillarte e implorar el perdón de todos tus pecados y bellaquerías? ¡Muchacho perdido...! ¡Vete! No me acoses más. He hecho bien olvidándote. No vuelvas a abrir viejas heridas; haz como si nunca hubieras vuelto y me hubieras buscado... para ver mis penurias de trabajo, mi puñado de peniques arañados con sudor..., ávido de arrebatar, presto a despojar, hosco, desamado, mezquino hijo de mis entrañas. ¡Hijo! ¡Hijo!». Me hizo pensar en la visión de Big Pop en Graetna, con Bill. Y por espacio de unos segundos alcancé la cima del éxtasis que siempre había querido alcanzar, el paso total desde el tiempo cronológico a las sombras intemporales, y el asombro ante la lobreguez del reino de lo mortal, y la sensación de la muerte pisándome los talones para que siguiera mi camino, con su propio fantasma mordiéndole los pies, y yo corriendo hacia una tabla desde la que todos los Ángeles alzaban el vuelo y se perdían en el infinito. Así estaba mi mente. Pensé que iba a morir en el instante siguiente. Pero no morí, sino que caminé seis kilómetros y recogí diez largas colillas del suelo y me las llevé al hotel y metí el tabaco de todas ellas en mi vieja pipa y la encendí. Así me encontró Neal cuando finalmente decidió que merecía la pena salvarme. Me llevó a casa de Carolyn.

—¿Dónde está Louanne, Jack?

—La muy puta se ha largado.

Carolyn resultó un auténtico alivio después de Louanne: una mujer joven y fina y bien educada, que además sabía que los dieciocho dólares que le había mandado Neal eran míos. Así que descansé unos cuantos días en su casa. Desde la ventana de su sala de la casa de vecinos de madera en Liberty Street podía verse todo el fulgor verde y rojo de San Francisco en la noche lluviosa. Neal hizo el mayor de los ridículos de su «carrera» en los pocos días en que yo estuve con ellos. Consiguió un empleo que consistía en mostrar las excelencias de un nuevo tipo de olla a presión en las cocinas de las casas. El viajante le entregó montones de muestras y folletos. El primer día Neal fue un huracán de energía. Fui con él por toda la ciudad en el coche, llevándole a hacer visitas. La idea era conseguir que te invitaran a una fiesta, y en un momento dado plantarte en medio de la sala y empezar a hacer la demostración de la nueva olla.

—Chico —exclamó Neal, presa de la excitación—. Esto es aún más de locos que la vez que trabajé para un tal Sinex. Sinex vendía enciclopedias en Oakland. Nadie podía resistírsele. Endilgaba largos discursos, brincaba sin parar, se reía, lloraba. Una vez entramos en casa de unos okies que se estaban preparando para asistir a un entierro. Sinex cayó de rodillas y rezó por la salvación del muerto. Todos los okies se pusieron a llorar. Vendió un

lote completo de enciclopedias. Era el tipo más chalado de todo el planeta. Me pregunto qué habrá sido de él. Solíamos acercarnos a las hijas más guapas de las clientes, y les metíamos mano en la cocina. Por cierto, esta tarde he tenido a la más sexy de las amas de casa en su pequeña cocina (la he rodeado con el brazo mientras hacía la demostración: ¡Ah! ¡Mmm! ¡Vaya!).
—Sigue así, Neal —dije—. Puede que algún día llegues a alcalde de San Francisco.
Llevaba toda la perorata bien aprendida de memoria; por la noche practicaba con Carolyn y conmigo. Una mañana, mientras salía el sol, lo vi desnudo contemplando todo San Francisco por la ventana. Era como si algún día hubiera sido el alcalde pagano de la ciudad. Pero se quedó sin energía. Una tarde de lluvia el viajante vino a casa a averiguar qué estaba haciendo su subordinado. Neal estaba tirado cuan largo era en el sofá. —¿Ha intentado vender las ollas? —No —dijo Neal—. Tengo otro trabajo en perspectiva.
—Bien, y ¿qué piensa hacer con todas estas muestras? —No lo sé.
El viajante, en un silencio absoluto, recogió todas sus tristes cosas y se fue. Yo estaba cansado y asqueado de todo, y Neal también. Pero una noche volvimos a hacer locuras juntos una vez más. Fuimos a ver a Slim Gaillard a un pequeño night-club de San Francisco. Slim Gaillard es un negro alto y delgado con unos ojos grandes y tristes que siempre está diciendo «Bien oro-oni...» y «¿Qué tal un traguito de bourbon orooni...?». En San Francisco una gran multitud de jóvenes intelectualoides ávidos se sientan a sus pies y escuchan cómo toca el piano, la guitarra y los bongos. Cuando se calienta se quita la camisa y la camiseta y entra en acción de verdad. Hace y dice lo que le viene a la cabeza. Canta: «Hormigonera, pu-ti pu-ti» (que él mismo ha escrito), y de pronto ralentiza el compás y se encorva ensimismado sobre los bongos y apenas golpea el parche con las yemas de los dedos y todo el mundo se inclina hacia delante sin aliento para escucharle. Piensas que va a hacer eso durante un minuto o algo parecido, pero sigue y sigue, por espacio de una hora, haciendo un pequeño ruido casi imperceptible con la punta de los dedos —como solía hacer Al Hinkle—, un ruidito que va haciéndose más y más imperceptible hasta resultar casi inaudible, tanto que a través de la puerta abierta nos llegan del exterior los sonidos del tráfico. Luego, despacio, Slim se levanta y coge el micro y dice, muy lentamente:
—Fantástico orooni..., muy bien orooni..., estupendo orooni..., bourbon orooni..., todo orooni, ¿qué están haciendo los chicos de la primera fila con sus chicas orooni..., orooni, orooni, oroonirooni...?27
Sigue así un cuarto de hora, y su voz se ha ido haciendo más y más suave hasta que apenas puede oírse. Sus grandes y tristes ojos rastrean el auditorio. Neal se pone en pie en las filas del fondo y dice: —¡Dios! ¡Sí! —Junta las manos en actitud de orar, y suda—. ¿Lo ves, Jack? Slim sabe lo que es el tiempo, sabe lo que es el tiempo.
Slim se sienta al piano y toca dos notas, dos «do», y luego otras dos, y luego una, y luego dos, y de pronto el corpulento bajista despierta de la ensoñación de la hierba y se da cuenta de que Slim está tocando C-Jam Blues

y golpea con su gran índice la cuerda y se desencadena la sonora tonada y todo el mundo se pone a seguir el compás y Slim parece tan triste como siempre, y ambos tocan jazz durante media hora, y luego Slim enloquece y coge los bongos y toca unos sones cubanos tremendamente rápidos y grita cosas delirantes en español, en árabe, en dialecto peruano, en maya, en todas las lenguas que conoce (y conoce innumerables). Y la actuación termina (cada actuación dura dos horas). Slim Gaillard se aleja del piano y se queda de pie contra una columna, y mira con aire triste por encima de la cabeza de todo el mundo mientras algunos se acercan a hablarle. Alguien le pone un vaso de bourbon en la mano.

—Bourbon orooni..., gracias orooni...

Nadie sabe de dónde es Gaillard. Neal soñó una vez que estaba teniendo un bebé y estaba todo hinchado y azulado y echado en el césped de un hospital de California. Bajo un árbol, con un grupo de negros, estaba sentado Slim Gaillard. Neal volvió a él sus ojos suplicantes. Y Slim dijo:

—Ahí lo tienes orooni.

Ahora Neal se estaba acercando a él, se estaba acercando a su Dios —creía que Slim era su Dios—. Arrastraba los pies y agachaba la cabeza ante él y le pedía que se uniera a nosotros.

—Bien orooni —dice Slim.

Slim se une a cualquiera, pero eso jamás es garantía de que esté contigo en espíritu. Neal consiguió una mesa, pidió bebida y se sentó, rígido, enfrente de Slim. Slim seguía con su ensoñación por encima de nuestras cabezas. Cada vez que Slim decía:

—Orooni...

Neal respondía:

—¡Sí!

Y yo estaba sentado entre aquel par de locos. No sucedió nada. Para Slim Gaillard el mundo no era sino un enorme «Orooni». Aquella misma noche, en la esquina de Fillmore con Geary, conocí también a Lampshade. Lampshade es un negro grande y chalado que llega a los clubs musicales de Frisco tambaleándose y con abrigo, sombrero y bufanda, y salta al escenario y empieza a cantar. Se le hinchan las venas de la frente: se echa hacia atrás y entona con su vozarrón un blues triste en el que pone hasta el último músculo del alma. Grita a la gente mientras canta. Bebe como un pez. Su voz atruena sobre todo lo que le rodea. Hace muecas, se retuerce, hace todo tipo de cosas. Se acercó a nuestra mesa, se inclinó sobre nosotros y dijo:

—¡Su!

Y, tambaleándose, salió a la calle camino de otro local donde seguir cantando. Luego estaba Connie Jordán, un loco que canta y agita los brazos y termina salpicando de sudor a todo el mundo y dando patadas al micrófono y chillando como una mujer. Avanzada la noche, lo ves exhausto, escuchando desaforadas sesiones de jazz en Jackson’s Hole, con grandes ojos redondos y hombros hundidos, y una honda mirada extranjera fija en el espacio vacío, y una bebida delante. Jamás había visto a unos músicos más enloquecidos. Todo el mundo en Frisco vivía la música. Era el final del continente; a nadie le importaba un bledo nada. Aquel verano yo iba a ver

muchas más cosas de este tipo, cosas que hacían que todo se sacudiera y agrietara. Neal y yo haraganeamos por San Francisco de esta guisa hasta que me llegó el siguiente cheque de veterano y me dispuse a volver a casa. ¿Qué había conseguido viajando a San Francisco? No tenía la menor idea. Carolyn quería que me fuera. A Neal le tenía sin cuidado si me iba o me quedaba. Compré una hogaza de pan y fiambre y me hice diez sándwiches para atravesar el país una vez más; pero para cuando llegué a Dakota estaban todos pasados. La última noche Neal se lió la manta a la cabeza y se fue por ahí y encontró a Louanne en el centro, no sé dónde, y los tres nos montamos en el coche y fuimos a Richmond, al otro lado de la bahía, pasando por todos los antros negros de jazz que encontramos a nuestro paso. Louanne iba a sentarse y un negro le quitó la silla de debajo. En el baño se le acercaron unas tías y le hicieron proposiciones lascivas. Y a mí también. Neal sudaba y sudaba. Era el final; me entraron unas ganas enormes de marcharme. Al amanecer me subí a mi autobús de Nueva York y dije adiós a Neal y a Louanne. Querían que les diese algunos de mis sándwiches. Les dije que no. Fue un momento sombrío. Los tres estábamos pensando que no volveríamos a vernos más, y nos daba igual. Se había acabado. Emprendí el regreso a través de todo aquel continente quejumbroso con los diez sándwiches y un par de dólares en el bolsillo, y llegaría a Nueva York justo a tiempo para despedir a Ed White, Bob Burford y Frank Jeffries, que partían para Francia en el Queen Mary, sin siquiera soñar remotamente que al año siguiente volvería a verme con Neal y Jeffries en el viaje más loco de todos. Además, se diría que el regreso a Nueva York en autobús iba a ser completamente anodino y que llegaría a casa indemne y podría descansar. Pero no fue así. En Dakota del Norte el autobús quedó atascado en un terreno baldío por una tremenda ventisca que levantó unos tres metros de nieve en la carretera. El sistema de calefacción reventó y se quemó mientras yo dormía; el autobús se quedó helado, y los pasajeros tuvieron que pasar la noche en un restaurante de carretera para no congelarse; y sin embargo yo dormí en el autobús sin darme cuenta de nada. Cuando desperté me sentía perfectamente, y luego seguí durmiendo mientras reparaban el motor en un taller de Fargo. En Butte, Montana, me vi metido en un lío de indios borrachos; pasé la noche en un bar grande y enloquecido que se ajustaría a la perfección al bar ideal que buscaba Bill Burroughs. Hice algunas apuestas, me emborraché; vi a un viejo repartidor de cartas que se parecía extraordinariamente a W. C. Fields y que me hizo llorar al pensar en mi padre. Allí estaba, gordo, de nariz protuberante, con visera verde, limpiándose con un pañuelo que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón, resollando asmáticamente en las partidas nocturnas de una noche de invierno en Butte, Montana, hasta que se fue a casa a dormir con su viejo perro un día más. Era un repartidor de blackjack. También vi a un anciano de noventa años llamado Viejo John, que jugaba a las cartas con ojos entrecerrados y que lo venía haciendo allí en Butte —según me contaron— desde hacía setenta años. En la taberna Big Timber vi a un joven cowboy que había perdido un brazo en la guerra y que se sentaba con los viejos en las tardes de invierno mirando con ojos de nostalgia a los chicos que

trotaban fuera, en las grandes nieves de Yellowstone. En Dakota vi cómo un arado rotatorio chocó con un Ford nuevo y lo destrozó por completo, esparciendo los millones de pedacitos por la llanura como en una siembra para la primavera. En Toledo, Ohio, me bajé del autobús e hice autostop hasta Detroit, Michigan, para ver a mi primera mujer. No estaba en casa, y su madre no quiso prestarme un par de dólares para comer. Me senté, rojo de rabia, en el suelo del servicio de caballeros de la estación de autobuses Greyhound. Me senté entre los urinarios. Se me acercaron unos predicadores con historias del Señor. Me gasté los últimos diez centavos en una comida en los barrios bajos de Detroit. Llamé a la nueva mujer del padre de mi mujer, y no quiso ni verme. Toda mi vida en ruinas ante mis ojos cansados, y caí en la cuenta de que, hagas lo que hagas, al final todo va a resultar una pérdida de tiempo, así que tampoco importa gran cosa si te vuelves loco. Lo único que quería era ahogar mi alma en el alma de mi mujer, y llegar a ella a través de la maraña de velos que es la carne en la cama. Al final de la carretera norteamericana hay un hombre y una mujer que hacen el amor en la habitación de un hotel. Era todo lo que deseaba. Sus familiares conspiraban para mantenernos separados; no es que se equivocaran precisamente, pero pensaban que yo era un vagabundo y que lo único que haría sería reabrir viejas heridas en su corazón. De hecho ella estaba en Lansing, Michigan, aquella noche; a ciento cincuenta kilómetros de distancia, y yo estaba perdido. Lo único que quería yo y lo único que quería Neal y lo único que quería todo el mundo era algún tipo de penetración en el corazón de las cosas, donde, como en un útero, poder acurrucamos y dormir el sueño extático que Burroughs experimentaba con un buen «chute» de morfina y que los ejecutivos de publicidad experimentaban después de doce escoceses con soda en Stouffers, antes de volver en el tren de los borrachos a Westchester..., pero sin resaca. Yo tenía muchas fantasías románticas entonces, y suspiré ante mi estrella. La verdad es que uno muere, que lo único que uno hace es morirse, y sin embargo vive, sí, vive, y no se trata de una mentira de Harvard. En Pennsylvania tuve que bajarme del autobús y robar manzanas en una tienda de una población rural para no morirme de hambre. Volvía dando tumbos al Este en busca de mis seculares cargas, y al llegar a casa me comí una vez más todo lo que había en la nevera —sólo que ahora era un frigorífico, fruto de mis trabajos de 1947, y que en cierta medida encarnaba el progreso de mi vida—. Y entonces llegó el gran barco del mundo: fui a la facultad y me encontré con la señora Holmes en el vestíbulo; la madre de John Holmes, a quien había conocido fugazmente cuando pasé por Tucson, me dijo que su hijo estaba despidiendo a unos amigos míos que embarcaban en el Queen Mary rumbo a Europa. Yo no tenía un centavo. Caminé cerca de cinco kilómetros hasta el muelle, y allí estaban John Holmes, su mujer y Ed Stringham de pie, esperando a que les permitieran subir por la pasarela. Subimos a bordo todos juntos y encontramos a Ed White, Bob Burford y Frank Jeffries bebiendo whisky en su camarote, con Allen Ginsberg, que había llevado la botella (junto con sus últimos poemas), y alguna otra gente. Hasta Hal Chase estaba a bordo, pero era un barco tan grande que no logramos encontrarle.

Y también estaba Lucien Carr; había ido a despedir a otra gente y ni siquiera sabía que estábamos en el barco. El loco de Burford me retó a que me fuera con ellos a Francia de polizón. Acepté el reto; estaba borracho. Estábamos entorpeciendo el funcionamiento normal del ascensor, y nos dijeron que Somerset Maugham, el famoso escritor, estaba que echaba chispas por ello. Vimos a Truman Capote, ayudado por dos viejas damas, con zapatillas de tenis, tambaleándose. Los norteamericanos se apresuraban desordenadamente por los estrechos pasillos, borrachos. Era el Gran Barco del Mundo, una nave demasiado grande: todo el mundo estaba en ella y todo el mundo buscaba a todo el mundo y no lo encontraba. Muelle 69. La mujer de John Holmes insistió en que no me quedara a bordo de polizón y me arrastró fuera del barco de la oreja. Jugué al fútbol entre las cajas de embalaje de los tinglados del puerto. Era el fin de otra época. Era el segundo barco que perdía en dos años, uno en cada costa: el barco coreano y el Queen Mary con destino Francia, y la razón era que estaba destinado fatalmente a la carretera y a la indagación harapienta de mi país nativo con el loco de Neal Cassady. Después de todo lo que había pasado era para no creerlo, pero fui yo quien, en cuestión de meses, iría a salvar a Neal en su momento de necesidad mayor y más desesperada. Y valió la pena, porque a partir de entonces Neal se hizo verdaderamente grande.

LIBRO TRES

EN LA primavera de 1949 recibí de pronto un maravilloso cheque de mil dólares de una compañía de Nueva York para la que había trabajado. Con este dinero planeé mudarme —con mi familia, es decir, mi madre, mi hermana, mi cuñado y el hijo de ambos— a una casa confortable en Denver. Viajé yo primero a buscar la casa, tratando por todos los medios de no gastar más de un dólar en comida en todo el camino. Un día del mes de mayo, después de esforzarme al máximo y de patear con sudor la ciudad montañosa —con la ayuda inestimable de Justin W. Brierly—, encontré la casa, pagué dos meses de renta por adelantado y envié un telegrama a mi familia diciéndoles que podían venir a reunirse conmigo. Pagué, pues, la factura de la mudanza: trescientos cincuenta dólares. Pero todo se fue al traste. A mi familia no le gustó Denver, y no quería vivir en el campo. Mi madre fue la primera en volver a Nueva York. Luego la siguieron mi hermana y su marido. Había llevado a cabo un intento de asentar a aquellos que amaba en una casa más o menos permanente, desde la que todas las operaciones humanas pudieran realizarse de modo satisfactorio para todas las partes implicadas. Creo en un buen hogar, en una forma de vida cuerda y sana, en la buena comida, en el ocio reparador, en el trabajo, en la fe y en la esperanza. Siempre he creído en estas cosas. Y la verdad es que me causó cierto asombro comprobar que era uno de los pocos seres en el mundo que creía realmente en ellas, sin necesidad de ir por ahí convirtiéndolas en una aburrida filosofía de clase media. De repente se me dejaba sin nada en las manos salvo un puñado de locas estrellas. Por ello me había privado de un largamente acariciado viaje a Francia para reunirme con mis amigos; por ello había dejado a un lado ciertos deseos secretos, como el de volver con mi

mujer en Detroit, o el de casarme súbitamente con una alocada portorriqueña en Nueva York y fundar un hogar en una casa de vecinos. Ahora ya todo había acontecido y yo era mil dólares más pobre. Jamás había soñado en llegar a tener mil dólares, en cualquier caso. Pero todo se me había esfumado en cuestión de semanas. Estaba allí plantado en la gran llanura del Oeste y no sabía qué hacer. Me dije a mí mismo: «Bueno, ¿por qué no liarme la manta a la cabeza otra vez?». Y me puse a hacer preparativos para ir a San Francisco a ver qué estaba haciendo Neal. Y empleé todos los medios honrados para reunir el dinero para el viaje. Un día, a las tres de la mañana, me levanté e hice autostop desde mi casa en la Alameda Boulevard de Denver. Me separaban unos diez kilómetros del centro de la ciudad, y ningún coche paró, así que tuve que recorrerlos a pie. Llegué a Denargo Fruit Wholesale Markets antes del alba, exhausto. Era el sitio donde había trabajado en 1947 con Eddy, mi compadre de carretera. Me contrataron de inmediato. Y dio comienzo un día de trabajo que jamás olvidaré. Trabajé desde las cuatro de la madrugada hasta las seis de la tarde, sin pausa alguna, y al final de la jornada me pagaron once dólares y algo de calderilla. El trabajo fue tan duro que enseguida me entraron calambres en los brazos, y casi tuve que gritar para poder continuar. Claro que esto no era nada comparado con lo de los tipos japoneses que trabajaron conmigo codo con codo. Sus músculos estaban habituados a la pesada operación de descarga de un furgón de cajas apiladas en ocho alturas, que debías agarrar y sacar y colocártela en equilibrio con los brazos extendidos hacia atrás, y si cometías algún error echabas a perder toda una caja de fruta fresca (además de venírsete encima de la cabeza). Trabajé, pues, junto a mis musculosos compañeros nipones sin dejar de maldecir ni un instante. En un momento dado tuvimos que meter un artilugio debajo de las ruedas de un gran furgón y llevarlo por los raíles unos treinta metros, a razón de poco más de un centímetro por cada tirón de palanca. Descargué yo solo un furgón y medio de cajas de fruta en toda la jornada de trabajo, interrumpida únicamente por un viaje a las casas de mayoristas de Denver donde arrastré cajas de sandías desde el helado suelo de un furgón hasta el ardiente sol de un camión con la caja cubierta de hielo (lo cual me hizo sucumbir a una pertinaz serie de estornudos). Pero no importaba: una vez más quería viajar a San Francisco; todo el mundo quiere viajar a San Francisco... ¿Para qué? En el nombre de Dios, y de lo que hay bajo las estrellas, ¿para qué? Para la alegría, para la diversión, para algo que arde en la noche. Los otros operarios descargaron tres furgones cada uno, y yo sólo la mitad, así que el patrón consideró que no era un buen candidato para su lucrativo negocio y me despidió sin darme más explicaciones, mientras yo le hacía saber lo que sentía y le decía que no iba a volver más. Luego salí con paso vacilante a Larimer Street con los once dólares en el bolsillo, y me emborraché en Jiggs, un bar que hay enfrente del Windsor Hotel donde Neal Cassady había vivido con el viejo Neal Cassady, su padre, en la Depresión de los años treinta. Y, como en el pasado, busqué por todas partes al padre de Neal. Pero no lo encontré. O encuentras a alguien que se parece a tu padre en lugares como Montana, o buscas al padre de un amigo donde ya no está: eso es lo que

haces en la vida. Luego, a pesar de mí mismo, la mañana desveló la pierna de una mujer envuelta en una media de seda, y dentro de esa media había un billete de cien dólares, y la mujer me lo dio y dijo:
—Has estado hablando de un viaje a San Francisco; si ése es el caso, toma este dinero y vete y pásatelo bien.
Así que todos mis problemas estaban solucionados, y fui a la Agencia de Viajes y encontré un coche que por once dólares de gasolina me llevaba a San Francisco. Y salí como un rayo al encuentro de Neal. Conducían dos tipos. Dijeron que eran proxenetas. Y había otros dos pasajeros. Íbamos muy apretados, con la mente puesta en la meta. Cuando cruzamos la frontera entre Colorado y Utah, vi a Dios en el cielo en forma de unas gigantescas nubes en lo alto del desierto que parecían decirme: «El día de la ira va a llegar». Ah, vaya, qué pena... A mí me interesaban más unos viejos carromatos cubiertos y unas mesas de billar gastados por la intemperie y el tiempo que se alzaban en el desierto de Nevada, cerca de un enorme cartel de Coca-Cola y de unas cabañas con letreros descoloridos que aún se agitaban al viento hechizado y velado del desierto, y que rezaban: «Rattlesnake28 Bill vivió aquí», o «Brokenmouth29 Annie estuvo aquí escondida varios años». Sí, ¡bam! En Salt Lake City los chulos hicieron la visita de control a sus mujeres y seguimos viaje. Antes de que pudiera darme casi cuenta volví a ver, en medio de la noche, la legendaria ciudad de San Francisco que se extendía a lo largo de la bahía. Corrí de inmediato en busca de Neal. Ahora tenía una casa en Russian Hill. Ardía en deseos de saber lo que tenía en mente y lo que ahora iba a suceder, porque ya no dejaba nada detrás de mí, porque había echado abajo todos mis puentes y ya todo me importaba un pimiento. Llamé a su puerta a las dos de la madrugada. Salió a abrirme completamente desnudo (habría hecho lo mismo aunque se hubiera tratado del mismísimo presidente Truman). Recibía al mundo tal como había venido al mundo.
—¡Jack! —exclamó con genuino pasmo—. No creí que de verdad fueras a hacerlo. Al fin vienes a mí.
—Sí —dije—. Todo se ha ido al traste en mi familia. ¿Cómo van las cosas en la tuya?
—No muy bien, no muy bien. Pero tenemos millones de cosas de las que charlar. Jack, POR FIN ha llegado la hora de que charlemos y hagamos algo.
Estábamos de acuerdo en que ya era hora, y entramos en la casa. Mi llegada fue algo así como la llegada del Ángel más extraño y malvado a la morada del cordero de vellón más blanco, pues en cuanto Neal y yo empezamos a hablar acaloradamente abajo en la cocina, en el piso de arriba se oyeron unos sollozos. Todo lo que yo le decía a Neal era respondido por éste con un vehemente «¡SÍ!» susurrante y trémulo. Carolyn sabía lo que iba a suceder. Al parecer Neal llevaba tranquilo unos cuantos meses; pero ahora que había llegado el ángel iba a enloquecer una vez más. —¿Qué le pasa? —le susurré. Dijo: —Cada día está peor, chico. Llora y tiene berrinches. No me deja ir a ver a Slim Gaillard, se enfada siempre que llego tarde, y cuando me quedo en casa no quiere hablar conmigo y dice que soy un bruto redomado.
Corrió al piso de arriba a calmarla. Y oí que Carolyn gritaba: —¡Eres un

mentiroso, eres un mentiroso, eres un mentiroso! Aproveché para mirar la maravillosa casa que tenían. Era una casita irregular de dos pisos en medio de un grupo de casas de pisos, en lo alto de Russian Hill, con vistas a la bahía. Tenía cuatro habitaciones, tres arriba y una especie de inmensa cocina-sótano en la planta baja, cuya puerta daba a un espacio abierto cubierto de hierba donde estaba el tendedero. Al fondo de la cocina había un trastero donde aún podían verse los viejos zapatos de Neal con más de un centímetro de barro seco de Texas (de la noche en que el Hudson se nos quedó atascado en Hempstead, cerca del río Brazos). Por supuesto, ya no tenía el Hudson: Neal no había podido seguir pagando los plazos que quedaban. Ahora no tenía coche. Su segundo bebé —accidental— estaba en camino. Era horrible oír llorar así a Carolyn. No pudimos soportarlo: salimos a comprar unas cervezas y volvimos a casa y nos sentamos con ellas en la cocina. Carolyn acabó durmiéndose, o se pasó la noche en blanco y con la mirada fija en la oscuridad. Yo no tenía ni idea de lo que iba mal entre ellos, salvo quizá que Neal había acabado por volverla loca. Después de la última vez que me fui de Frisco Neal había vuelto a perder la cabeza por Louanne y se había pasado meses rondando su apartamento de Divisadero, donde cada noche ella recibía a un marinero diferente y él miraba por la ranura del buzón, desde donde se veía la cama. Por las mañanas la veía despatarrada en ella con un hombre. Y la perseguía por toda la ciudad. Quería pruebas fehacientes de que era una puta. La amaba; estaba loco por ella. Al final se hizo con cierta cantidad de m...a[30] —que es como se llama en el mercado—, marihuana verde, sin curar. Le llegó a las manos por error, y fumó demasiada cantidad.

—El primer día —dijo Neal— me quedé rígido como una tabla en la cama, y no podía moverme ni decir una palabra. Lo único que podía hacer era mirar fijamente hacia el frente, con los ojos como platos. Oía zumbidos dentro de la cabeza y veía todo tipo de visiones maravillosas en tecnicolor, y me sentía de fábula. El segundo día me venía todo, TODO lo que había hecho o conocido o leído, todo aquello de lo que había oído hablar o sobre lo que había hecho conjeturas en mi vida; todo volvía a mí y se reorganizaba en mi mente de un modo lógico absolutamente nuevo. Sí, me dije, sí, sí, sí... No en voz alta. Sólo para mí mismo; sólo «sí», porque no se me ocurría qué otra cosa podía decir. Aquellas visiones de la marihuana verde duraron hasta el tercer día. Para entonces lo había entendido todo; había decidido toda mi vida, sabía que amaba a Louanne, sabía que tenía que encontrar a mi padre estuviera donde estuviera, y salvarlo; sabía que eras mi amigo del alma, sabía lo grande que era Allen Ginsberg. Sabía miles de cosas sobre todo el mundo y en todas partes. Luego, el tercer día, empecé a tener una terrible serie de pesadillas de vigilia, tan absolutamente horribles y truculentas y verdes que lo único que podía hacer era quedarme acurrucado, con las manos abrazándome las rodillas y diciendo: «¡Oh, oh, oh, ah, oh...!». Los vecinos me oyeron y llamaron a un médico. Carolyn estaba fuera con la niña, visitando a sus padres. Intervino todo el vecindario. Vinieron a casa y me encontraron en la cama, con los brazos extendidos, inertes. Corrí a ver a Louanne con un poco de esa marihuana. ¿Y sabes, Jack, que a esa pequeña

hija de puta le sucedió exactamente lo mismo? Las mismas visiones, la misma lógica, la misma decisión final sobre todas las cosas; la visión de todas las verdades en un solo nudo doloroso que conducía a pesadillas y sufrimiento. Entonces supe que la amaba tanto que deseaba matarla. Volví corriendo a casa y me di de cabezazos contra la pared. Fui a ver a Al Hinkle, que ha vuelto a Frisco con Helen, y le pregunté por un guardafrenos que tiene una pistola. Fui a ver al tipo, conseguí la pistola, corrí a casa de Louanne, miré por la ranura del buzón y la vi en la cama con un marinero. Volví al cabo de una hora. Entré sin llamar, y estaba sola... Le di la pistola y le dije que me matara. Ella la sostuvo en la mano durante mucho, mucho rato. Le pedí que selláramos un pacto de muerte dulce. No quiso. Le dije que uno de nosotros debía morir. Ella dijo que no. Me di con la cabeza contra la pared. Y ella me disuadió de todo ello. —¿Y qué pasó después?
—Eso fue hace meses. Después de que te marcharas. Al final se casó con uno de los marineros. El muy imbécil hijo de perra ha jurado matarme si me encuentra; si es necesario me defenderé y lo mataré yo y me meterán en San Quintín, porque, ¿sabes, Jack?, cualquier tropiezo con la ley, CUALQUIERA, y me meten en San Quintín de por vida. Sería el final para mí. Por mucho que tenga la mano mal...
Me enseñó la mano. Con la excitación del reencuentro y demás no me había dado cuenta del terrible accidente que había sufrido en una de las manos.
—Le pegué a Louanne en la frente, el 26 de febrero a la seis de la tarde, la última vez que nos vimos y la última vez que lo decidimos todo. Ahora escúchame bien: el pulgar apenas le rozó la frente, y se desvió y no le hice ni un moratón, y de hecho se rio, pero a mí el dedo..., el dedo gordo se me infectó y un médico de mala muerte me lo curó mal y al final tuve un poco de gangrena y tuvieron que amputarme un trocito de yema...
Se desvendó el dedo y me lo enseñó. Le faltaban como un par de centímetros de carne debajo de la uña.
—Y la cosa fue de mal en peor. Tenía que mantener a Carolyn y a Cathy Ann, y tenía que trabajar todo lo rápido que podía en la fábrica de neumáticos Goodyear, aupando enormes ruedas de cincuenta kilos del suelo al techo de los coches. Sólo podía utilizar la mano buena, pero no hacía más que darme golpes en la mala. Acabé rompiéndomela, y me la arreglaron, y me pusieron un clavo dentro, y se me está infectando e hinchando otra vez. ¡Se me pone la carne de gallina! —Se echó a reír—. Y nunca me he sentido mejor y más a gusto y feliz con el mundo, y me encanta ver a los niños pequeños jugando al sol, y estoy tan contento de verte, mi buen y maravilloso Jack... Sé, SE perfectamente que todo va a salimos bien.
Me felicitó por los mil dólares, de los que ya no me quedaba nada.
—Ahora conocemos la vida, ¿eh, Jack? Nos estamos haciendo mayores poco a poco, todos nosotros, y estamos llegando a conocer las cosas. Lo que me dices de tu familia lo entiendo bien; yo siempre he entendido tus sentimientos, y ahora estás listo para juntarte con una chica buena de veras si tienes la suerte de encontrarla y cultivarla y hacer que su mente sintonice con tu alma como yo he intentado tan desesperadamente hacer con estas condenadas mujeres mías. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —aulló.

A la mañana siguiente Carolyn nos echó a la calle a los dos, con maletas y todo. Todo empezó cuando la tarde anterior llamamos a Bill Tomson, el viejo Bill de Denver, para que viniera a casa a tomar unas cervezas, mientras Neal, que no podía trabajar por culpa de la mano, cuidaba de la niña y fregaba los platos y hacía la colada en el jardincillo trasero, pero todo lo hizo de mala manera a causa de la excitación y el aturullamiento. Tomson aceptó llevarnos a Marin City a buscar a Henri Cru. (Neal nunca les ponía nombres ocurrentes a las actividades completamente anodinas y normales). Carolyn llegó de su trabajo en la consulta de un dentista y nos dedicó la mirada triste y torva de una mujer agobiada por la vida. Traté de hacerle comprender que no albergaba ninguna intención dañina para su vida familiar diciéndole adiós y hablándole tan tiernamente como me fue posible, pero ella sabía que era una artimaña y que la había aprendido quizá del propio Neal, así que tan sólo me dedicó una breve sonrisa. Aquella mañana hubo una terrible escena: Carolyn estaba tendida en la cama llorando y retorciéndose, y de pronto, en medio de todo aquello, me entraron unas ganas enormes de ir al cuarto de baño, y la única forma de llegar a él era atravesando el cuarto de Carolyn.
—¡Neal! ¡Neal! —grité—, ¿Dónde está el bar más cercano?
—¿El bar más cercano? —dijo él, sorprendido. Se estaba lavando las manos en la pila de la cocina, en la planta baja. Pensó que lo que quería era emborracharme. Le conté mi apuro, y él dijo—: Vete al baño, no te preocupes. Carolyn está todo el día igual.
Pero no fui capaz de hacerlo. Salí corriendo a la calle en busca de un bar. Tiré colina arriba y luego colina abajo, y recorrí cuatro manzanas de Russian Hill y no encontré más que lavanderías, tintorerías, heladerías, salones de belleza, camiserías y ferreterías. Volví corriendo a la casita, decidido a salvarme. Se estaban chillando el uno al otro, y me deslicé a través de la casa con una tímida sonrisa y me encerré en el cuarto de baño. Unos minutos después Carolyn tiraba las cosas de Neal al suelo de la sala y le decía que se fuera de aquella casa. Para mi asombro, vi, encima del sofá, un retrato al óleo de cuerpo entero de Helen Hinkle. De pronto caí en la cuenta de que todas aquellas mujeres se pasaban meses de soledad y feminidad compartida hablando con otras mujeres de la locura de sus maridos. Oí a Neal riendo por la casa con risitas lunáticas, mientras la niña gemía. De lo siguiente que fui consciente fue de que mi amigo se movía por la casa como Groucho Marx, con su pobre pulgar roto cubierto por un gran vendaje blanco que se alzaba inmóvil como un faro sobre el frenesí del oleaje. Una vez más vi su penoso baúl, enorme y desvencijado, del que sobresalían ropa interior y calcetines. Se agachaba sobre él e iba echando en su interior cuanto encontraba aquí y allá. Luego cogió su maleta. Era la maleta más astrosa de todos los Estados Unidos; de cartón, con un dibujo que imitaba la piel y una especie de bisagras pegadas en el lomo. La surcaba de lado a lado una gran raja: Neal la ató con una cuerda. Después sacó su bolsa marinera y metió cosas en ella. Cogí mi maleta, la llené con mis cosas y, mientras Carolyn seguía en la cama diciendo «¡Mentiroso! ¡Mentiroso! ¡Mentiroso!», salimos de la casa y echamos a andar penosamente calle abajo en dirección

a la parada de tranvía más cercana —un gran bulto de hombres y maletas del que sobresalía en el aire un pulgar con un vendaje enorme—. Aquel pulgar se convirtió en el símbolo de Neal en el tramo final de su desarrollo. Nada le importaba (igual que antes), pero ahora, además, le importaba todo por principio. Lo que quería decir que todo le daba igual y que él formaba parte de este mundo y que no había nada que pudiera hacer al respecto. Me paró en medio de la calle.

—Mira, chico, sé que seguramente estás molesto de verdad; acabas de llegar a la ciudad y nos echan de casa el primer día, y te preguntarás qué es lo que he hecho para merecer esto, y tal y cual... Juntos y con todos estos horribles bultos... ¡Ji, ji, ji! Pero mírame. Por favor, Jack, mírame.

Lo miré. Llevaba una camiseta y unos pantalones rotos que le colgaban de bastante más abajo que la barriga, y unos zapatos muy gastados. Iba sin afeitar, con el pelo tupido y desgreñado, los ojos inyectados de sangre, el dedo con aquel tremendo vendaje, que sostenía en el aire, a la altura del corazón (tenía que llevarlo así), y la sonrisa más bobalicona que he visto en toda mi vida. Daba traspiés en la acera, en círculo, y miraba hacia todas partes.

—¿Qué ven mis globos oculares? Ah..., el cielo azul. ¡Viejo amigo! —Se bamboleó y parpadeó. Se frotó los ojos—. Y las ventanas... ¿Te has fijado alguna vez en las ventanas? Hablemos de ventanas. He visto algunas realmente delirantes, que me hacían muecas, y otras que tenían las persianas echadas y me guiñaban un ojo. —De la bolsa marinera sacó un ejemplar de Los misterios de París, de Eugéne Sue, y, arreglándose la parte de delante de la camiseta, se puso a leerlo en aquella esquina, con tono pedante—. Bien, Jack, ahora vamos a disfrutar de todo lo que vaya saliéndonos al paso...

Al instante siguiente había olvidado lo que estaba diciendo, y miró a su alrededor con la mirada vacía. Me alegré de haber viajado a San Francisco: Neal me necesitaba.

—¿Por qué te ha echado de casa Carolyn? ¿Qué piensas hacer?

—¿Eh? —dijo él—. ¿Eh? ¿Eh?

Nos devanamos los sesos pensando adonde ir, qué hacer. Yo tenía una carrera bastante halagüeña en marcha en Nueva York, y me daba cuenta de que estaba en mi mano ayudar a Neal. Pobre, pobre Neal... Ni el diablo mismo había caído tan bajo; en la idiocia, con un pulgar infectado, rodeado de las desvencijadas maletas de su vida febril y huérfana a través de Norteamérica (en una y otra dirección, innumerables veces); era un pájaro abatido, alguien de lo más tirado, alguien que no valía absolutamente nada.

—Vayamos andando a Nueva York —dijo—. Y en el camino hagamos balance de nuestra vida... Sí.

Saqué mi dinero y lo conté. Se lo enseñé. Genial.

—Aquí tengo —dije— la suma de ochenta y tres dólares y algo de calderilla, y si vienes conmigo nos vamos a Nueva York... Y luego a Italia.

—¿A Italia? —dijo Neal. Los ojos se le iluminaron—. Italia, sí... ¿Y cómo vamos a ir a Italia, querido Jack? Pensé en ello.

—Ganaré más dinero. Conseguiré otros mil dólares. Conoceremos a todas

esas mujeres locas de Roma, París, todos esos sitios... Nos sentaremos en esos cafés de las aceras; recuperaremos la ventaja que nos llevan Burford, White y Jeffries y viviremos en casas de putas. ¿Por qué no vamos a Italia?
—Eso, ¿por qué no? —dijo Neal.
Y entonces se dio cuenta de que le estaba hablando en serio y, por primera vez, me miró por el rabillo del ojo, porque yo nunca me había comprometido antes en nada relacionado con su agobiante existencia —y aquella mirada era la mirada de un hombre que, en el último segundo, sopesa sus posibilidades antes de hacer su apuesta—. Había triunfo e insolencia en sus ojos: una expresión diabólica, y durante largo rato no quitó los ojos de mí en ningún momento. Yo le sostuve la mirada, y me ruboricé. Dije: —¿Qué pasa?
Me sentí muy mal al preguntarlo. Él no me respondió, pero siguió mirándome con la misma mirada de soslayo, insolente y cautelosa. Traté de recordar todas las cosas que él había hecho en la vida, y si había algo en su pasado que pudiera despertar ahora sus recelos conmigo. Repetí, con firmeza y resolución:
—Ven conmigo a Nueva York. Tengo el dinero.
Lo miré. Mis ojos estaban empañándose por el embarazo y las lágrimas.
Y él siguió mirándome. Ahora sus ojos estaban vacíos, y miraban a través de mí. Probablemente ése fue el punto cardinal de nuestra amistad: el instante en que cayó en la cuenta de que yo, Jack, me había pasado varias horas pensando en él y él trató de situar tal hecho en sus categorías tremendamente atormentadas y complejas. Algo hizo clic en el alma de ambos. En la mía fue una súbita preocupación por un hombre que era unos años más joven que yo —cinco años— y cuyo destino había estado ligado al mío en el curso de los años últimos. En la suya era algo que sólo pude inferir de lo que mi amigo iba a hacer después. Se puso muy muy contento, y dijo que todo estaba decidido.
—¿A qué venía esa mirada? —le pregunté.
Le dolió oírme decir eso. Frunció el ceño. Neal fruncía el ceño raras veces. Ambos nos sentíamos perplejos o inseguros respecto de algo. Estábamos en la cima de Russian Hill un precioso día soleado de San Francisco; nuestras sombras caían sesgadas sobre la acera. De la casa de vecinos contigua a la casa de Carolyn salió un grupo de once griegos —hombres y mujeres que enseguida se alinearon en el pavimento soleado mientras uno de ellos retrocedía hasta el otro lado de la calle estrecha y les sonreía por encima de una cámara de fotos. Nos quedamos boquiabiertos ante aquellas gentes antiguas que estaban celebrando la boda de una de sus hijas, probablemente la milésima en una ininterrumpida sucesión de generaciones de tez morena que sonreían bajo el sol. Iban bien vestidos, y resultaban extraños. Era como si fuéramos Neal y yo quienes estuviéramos en Chipre. Las gaviotas revoloteaban en el aire chispeante.
—Bien —dijo Neal con voz tímida y dulce—, ¿nos vamos?
—Sí —dije yo—. Vámonos a Italia.
Así pues, cogimos los equipajes de la acera —él el baúl con el brazo sano y yo el resto— y echamos a andar con paso vacilante hacia la parada del tranvía. Un momento después rodábamos colina abajo, sentados en la

trepidante plataforma con las piernas colgando sobre el lado de la acera, dos héroes maltrechos de la noche del Oeste (una noche que aún no había terminado). Lo primero que hicimos fue entrar en un bar en Market Street, donde lo decidimos todo —que seguiríamos juntos y que seríamos amigos del alma para siempre—. Neal estaba muy callado, y parecía un poco apagado y preocupado al observar a los viejos vagabundos del bar, que le recordaban a su padre.
—Creo que está en Denver... Esta vez tenemos que encontrarle sin falta. Puede que esté en la cárcel del condado, o rondando de nuevo por Larimer Street, pero tenemos que encontrarle, ¿de acuerdo?
Sí, estábamos de acuerdo. Íbamos a hacer todo lo que nunca habíamos hecho y hubiera sido demasiado estúpido hacer en el pasado. Luego nos prometimos dos días de juerga en San Francisco antes de partir, y por supuesto convinimos en que siempre iríamos a la Agencia de Viajes a conseguir coches en los que viajar compartiendo el gasto de la gasolina, y así ahorrar todo lo posible para lo que fuera apeteciéndonos hacer en la larga aventura de atravesar el país de punta a punta. También iríamos a Detroit a buscar a Edie y decidir qué hacer con respecto a ella de una vez por todas. Neal dijo que ya no necesitaba a Louanne, aunque aún la amaba. Ambos coincidimos en que lo averiguaría en Nueva York —como se verá más tarde, lo averiguó y volvió a casarse; pero eso sería después de casi cinco mil kilómetros y muchos días y noches—. Antes de dejar nuestras cosas en la consigna de la estación Greyhound (la taquilla nos costó diez centavos), Neal se puso su traje de rayas y una camisa sport, y acto seguido fuimos a nuestra cita con Bill Tomson, que iba a hacer de chófer en nuestros dos días de juerga en San Francisco. Bill Tomson había aceptado hacerlo cuando hablamos con él por teléfono. Nos recogió en la esquina de Market con la Tercera poco después. Bill vivía ahora en San Francisco, y trabajaba en una oficina y se había casado con una menuda y bonita rubia llamada Helena. Neal me hizo la confidencia de que tenía la nariz demasiado larga —por alguna extraña razón, era su mayor objeción respecto a ella—, pero lo cierto es que no tenía la nariz larga en absoluto. Aquello debía de remontarse a los tiempos en que le «robó» Carolyn a Bill en el cuarto de hotel de Denver. Bill Tomson es un tipo guapo, delgado y moreno, de cara afilada y pelo bien peinado que siempre se está pegando a ambos lados de la cabeza. Tiene un trato extraordinariamente franco y una gran sonrisa. Era obvio que se había peleado con su mujer a causa de su intención de hacer de chófer de sus amigos; pero decidió demostrar quién llevaba los pantalones en casa (vivían en un pequeño cuarto) y cumplió la promesa que nos había hecho. Aunque con consecuencias. Su dilema mental se resolvió solo en un amargo silencio. Nos llevó a Neal y a mí por Frisco a todas horas del día y de la noche, sin jamás decir ni media palabra. Lo único que hacía era saltarse los semáforos en rojo y tomar curvas cerradas sobre dos ruedas, que era su manera de hacernos saber el atolladero en que se encontraba por nuestra culpa. Estaba entre los dos fuegos de las amenazas de su esposa reciente y el reto de su vieja pandilla de los billares de Denver. Neal estaba encantado, y, por supuesto, se mostraba impasible ante su forma de conducir. No

prestábamos la menor atención a Bill, y cotorreábamos y reíamos en el asiento trasero. Lo que había que hacer a continuación era ir a Marin City a ver si podíamos encontrar a Henri Cru. Advertí con cierto asombro que el viejo barco Admiral Freebee ya no estaba en medio de la bahía; y, por supuesto, Henri ya no estaba en la penúltima de las cabañas del desfiladero. En lugar de él salió a la puerta una chica negra; Neal y yo hablamos con ella un buen rato. Bill Tomson esperó en el coche leyendo Los misterios de París, de Eugéne Sue. Eché una última mirada a Marin City, y supe que no tenía ningún sentido tratar de hurgar en el complejo pasado. Así que decidimos ir a ver a Helen Hinkle para preguntarle si podíamos dormir en su casa. Al había vuelto a dejarla, y estaba en Denver; y que me aspen si ella no seguía conspirando para hacer que volviera con ella. La encontramos sentada en la alfombra estilo oriental de su apartamento de cuatro habitaciones de la parte alta de Mission Street, con las piernas cruzadas y una baraja de echar las cartas. Vi indicios tristes de que Al había vivido allí durante un tiempo, para finalmente marcharse sólo a causa de su aletargamiento y de su nula inclinación a hacer ciertas cosas.
—Va a volver —dijo Helen—. Ese chico no sabe cuidarse sin mí... Esta vez la culpa ha sido de Jim Holmes. —Lanzó una mirada furiosa a Neal y a Bill Tomson—. Antes de venir él Al estaba muy feliz y trabajaba y salíamos y nos lo pasábamos de maravilla. Neal, sabes que es verdad. Y, cuando llegó Jim Holmes, se pasaban horas en el cuarto de baño, Al sentado en la bañera y Holmes en el inodoro, y charlaban y charlaban y charlaban..., sobre cosas tan tontas.
Neal se echó a reír. Durante años había sido el profeta jefe del grupo, y ahora todos estaban aprendiendo su técnica. Jim Holmes se había dejado barba y sus grandes y tristes ojos azules habían venido a San Francisco en busca de Al Hinkle. Lo que sucedió fue (de verdad; no era mentira) que habían tenido que amputarle un dedo meñique a causa de cierto accidente en Denver, y a raíz del cual había conseguido una bonita suma de dinero. Sin ninguna razón concreta decidieron darle la patada a Helen e irse a Maine (esto también es verdad), a Portland, Maine, donde al parecer Holmes tenía una especie de tía. Así que ahora estarían o bien cruzando Denver o bien ya en Portland.
—Cuando a Jim se le termine el dinero Al volverá —dijo Helen, examinando las cartas—. Maldito imbécil... No sabe nada, nunca ha sabido nada de nada. Lo único que tiene que saber es que yo lo amo.
Helen Hinkle, sentada en el suelo, con los largos cabellos sobre la alfombra (me recordaba a la hija de los griegos que se sacaban fotos en la calle soleada), se echaba las cartas adivinatorias. Me gustaba aquella mujer: no podía evitarlo. Decidimos incluso salir aquella noche a escuchar jazz, y Neal iría con una rubia de un metro ochenta que vivía en la misma calle, un poco más abajo, y que se llamaba Julie.
—En ese caso, ¿puedo irme ya? —dijo Tomson, con todo desenfado.
Le dijimos que se fuera, pero que estuviera disponible al día siguiente. Y aquella noche Helen, Neal y yo fuimos a buscar a Julie, que tenía un apartamento en el sótano, una hija pequeña y un viejo coche que andaba a

duras penas y que Neal y yo tuvimos que empujar calle abajo mientras las chicas, al volante, trataban de hacerlo arrancar. Las oía lanzar unas risitas a mi costa.
—Jack acaba de llegar de un largo viaje... Deberíamos ahorrarle esto.
Fuimos al apartamento de Helen y todo el mundo se sentó aquí y allá —Julie, su hija, Helen, Bill Tomson, Helena Tomson—, todos huraños entre el sobrecargado mobiliario, mientras yo me quedaba en un rincón —completamente neutral ante los problemas de Frisco— y Neal se ponía en medio de la sala con su gigantesco vendaje del pulgar en el aire, a la altura del pecho, riendo tontamente.
—Dios, maldita sea... —dijo—. Estamos perdiendo los dedos... Jo, jo, jo...
—Neal, ¿por qué haces tantas tonterías? —dijo Helen—. Me ha llamado Carolyn y me ha dicho que la has dejado. ¿No te das cuenta de que tienes una hija?
—No la ha dejado —dije, rompiendo mi neutralidad—. ¡Es ella la que le ha echado de casa!
Todos me miraron de mala manera. Neal sonrió.
—Y con ese dedo, ¿qué esperáis que haga el pobre hombre? —añadí.
Todos me miraron de nuevo. Sobre todo Helena Tomson, que dirigió una mirada torva a toda mi persona. Aquello no era más que un corro de costureras, y en el centro estaba el culpable: Neal (responsable tal vez de todo lo malo del mundo). Miré por la ventana el bullicio nocturno de Mission Street. Tenía ganas de irme a escuchar el gran jazz de Frisco, y recordar que aquella sólo era mi primera noche en la ciudad, y que todo había sucedido de pronto.
—Creo que Louanne fue muy sensata al dejarte, Neal —dijo Helen—. Desde hace años no tienes el menor sentido de la responsabilidad con nadie. Has hecho tantas cosas horribles que no sé qué decirte.
Y lo cierto es que ésa era la cuestión, y todos siguieron sentados en la sala mirando a Neal con ojos bajos y llenos de aborrecimiento, mientras él seguía de pie en la alfombra, en medio de todos ellos, riéndose —riendo tontamente—. Ejecutó una pequeña danza. La venda se iba ensuciando más por momentos, y empezaba a desenrollarse y caer hacia los lados. De súbito comprendí que Neal, a causa de sus innumerables pecados, se estaba convirtiendo en el Idiota..., el Imbécil..., el Santo del Grupo.
—No te importa absolutamente nadie más que tú mismo y tu maldita diversión. En lo único que piensas es en lo que llevas colgando entre las piernas y en el dinero o la diversión que puedes conseguir de los demás, para luego dejar tirado a todo el mundo... No sólo eso, sino que además eres un bobo redomado. Jamás se te ha ocurrido pensar que la vida es seria y que hay gente que intenta hacer algo decente con ella, en lugar de andar haciendo el memo todo el tiempo.
Eso es lo que era Neal: un MEMO SANTO.
—Carolyn llora a mares esta noche, pero no pienses ni por un segundo que quiere que vuelvas. Dice que no quiere volver a verte en su vida, y que esta vez es para siempre. Sí, tú sigue ahí quieto haciendo muecas tontas; no creo que tengas ningún sentimiento tierno en el corazón.

Eso no era cierto. Yo lo sabía mejor que nadie y podía haberlo dicho allí mismo en aquel mismo momento. Pero me pareció que no tenía el menor sentido hacerlo. Aquellas acusaciones eran las mismas que me habían dirigido a mí muchas veces en el Este. Me entraron unas ganas enormes de acercarme a Neal y ponerle el brazo en el hombro y decir: «Ahora escuchadme todos vosotros: acordaos sólo de una cosa: este hombre que veis aquí tiene también sus propios problemas, y sin embargo nunca se queja, y además os ha hecho pasar a todos muy buenos momentos siendo como es, y si eso no os basta entonces mandadlo ante el pelotón de fusilamiento, que es lo que parece que tenéis ganas de hacer». Helen Hinkle era la única del grupo que no tenía miedo a Neal y que era capaz de seguir sentada tranquilamente, con la cara echada hacia delante, mientras le ponía verde delante de todo el mundo. Hubo un tiempo en Denver en el que Neal hacía que todos se sentaran en la oscuridad con sus chicas y le escucharan mientras él hablaba y hablaba y hablaba, con voz a un tiempo hipnótica y extraña —se decía incluso que era tal su fuerza de persuasión y tan impresionante el contenido de su charla que las chicas se echaban en sus brazos—. Era cuando tenía quince y dieciséis años. Ahora sus discípulos estaban casados y las mujeres de sus discípulos lo ponían en la picota por la sexualidad y la vida que él había contribuido a hacer brotar —aunque esto pueda resultar un tanto absurdo—. Seguí escuchando:

—Ahora te vas al Este con Jack y ¿qué crees que vas a conseguir con eso? Y Carolyn tendrá que quedarse en casa a cuidar del bebé cuando te vayas. ¿Cómo va a conservar su empleo con el dentista? No quiere volver a verte, y no se lo reprocho. Si ves a Al en la carretera dile que vuelva conmigo o le mato.

Tan llano como eso. Fue la noche más triste, y también la más tierna. Luego se hizo un silencio total en todos nosotros, y Neal, que en otra situación habría hablado hasta justificarse, calló también, aunque siguió allí de pie, enfrente de los demás, a la vista de todos, astroso y hundido, e idiota, bajo las bombillas, con la cara huesuda perlada de sudor y las venas palpitantes, diciendo «Sí, sí, sí» como si le estuvieran siendo reveladas ciertas tremendas verdades (yo estoy convencido de que era así, y que los otros sospechaban lo mismo y estaban asustados). ¿Qué es lo que estaba comprendiendo? Trató por todos los medios de decirme lo que estaba comprendiendo, y los demás me envidiaban eso, mi posición a su lado, defendiéndolo y absorbiéndolo como ellos habían intentado hacer un día. Entonces me miraron. ¿Qué estaba haciendo yo, un extraño, en la Costa Oeste aquella noche hermosa? Rehuí ese pensamiento.

—Nos vamos a Italia —dije. Me lavaba las manos en todo aquel asunto.

Y entonces percibí un extraño aire de satisfacción maternal en el ambiente, porque las chicas miraban ahora a Neal como una madre mira al más querido y descarriado de sus hijos; y Neal, con su triste pulgar y todas sus revelaciones, lo sabía bien, y por eso fue capaz de levantarse de la silla en un silencio sin aliento, quedarse en pie unos instantes y salir del apartamento sin pronunciar una palabra, y esperarnos abajo hasta que nos decidiéramos respecto al TIEMPO. Así percibimos desde arriba al fantasma de la acera.

Miré por la ventana. Estaba solo en la puerta, mirando la calle. Amargura, recriminaciones, consejos, moralidad, tristeza..., todo quedaba detrás de él; y, delante de él, el gozo irregular y extático de la pura existencia.
—Venga, Helen, y Julie... Vamos a esos tugurios de jazz y olvidemos eso. Neal se morirá algún día. Así que ¿qué puedes decirle?
—Cuanto antes se muera, mejor —dijo Helen, y hablaba de forma oficial por todos los que estaban en la sala.
—Muy bien, pues —dije—. Pero ahora está vivo, y apuesto a queréis saber qué es lo que va a hacer a continuación, y queréis saberlo porque él tiene el secreto que todos nosotros perseguimos, y tiene abierta la mente de par en par, y si se vuelve loco no os preocupéis, porque no será culpa vuestra sino de Dios.
Manifestaron su desacuerdo con lo que decía. Dijeron que no conocía realmente a Neal. Dijeron que mi amigo era el peor granuja que había pisado el planeta, y que algún día caería en la cuenta de ello —para mi pesar —. Me divirtió oírles protestar tanto. Bill Tomson se erigió en defensor de aquellas damas y dijo que conocía a Neal mejor que nadie, y que Neal no era más que un buscón interesante e incluso divertido... En fin, aquello resultaba un tanto abstruso para mí porque si has de ser un tipo respetable, muy bien, selo, y si no, pues no lo seas, y no te quedes en medias tintas... Eso es lo que tenía ganas de decirles: lanzar una diatriba contra todas sus mezquinas rutinas y estafas, pasadas y presentes; diatriba que afortunadamente no tuvieron que soportar, porque ¿dónde estaba yo sino en el borde de la luna? Así que ¿para qué hablar? Salí y me reuní con Neal y tuvimos una breve charla acerca del asunto.
—Ah, tío, no te preocupes, todo está bien, todo perfecto.
Se frotaba la panza y se lamía los labios. Las chicas bajaron y dimos comienzo a nuestra gran noche empujando el coche una vez más; conseguimos imprimirle una aceleración tal que se alejó de nosotros calle abajo y se perdió en la lejanía; las chicas no volvieron hasta que pararon un coche que se avino a empujarlas hasta nosotros, que vagábamos y reíamos en la oscuridad.
—¡Ea! ¡Vámonos! —gritó Neal, y montamos de un salto en la trasera del coche, a la espera de partir para Howard Street.
Nos escondimos para que los tipos que habían empujado el coche y que estaban dando la vuelta en la esquina volvieran a empujar el coche de las chicas hasta Howard Street pensando que las habían engatusado. Pero se llevaron una gran desilusión cuando nuestro coche logró arrancar y Julie tomó con rapidez las primeras curvas y nos llevó hasta Howard Street sin que los tipos del otro coche nos pisaran los talones. Nos apeamos de un brinco para sumergirnos en la loca y cálida noche, y nos llegó el sonido desatado de un saxo tenor —«¡IIIYAAA, IYAAA, IYAAA!»—, y de palmadas que llevaban el ritmo y de gente que gritaba: «¡Sí, sí, sí...!». Neal corría ya por la calle con el pulgar en alto gritando: «¡Toca, muchacho, toca!». Un grupo de negros con traje de sábado por la noche jaleaba la actuación desde la puerta. Era un local con serrín en el suelo, todo de madera, con un pequeño estrado contiguo a los servicios en el que unos tipos apretujados y con sombrero

tocaban sobre las cabezas de los parroquianos; un sitio loco, no lejos de Market Street, en la lúgubre calleja de atrás, cerca de Mission y de la gran carretera elevada del puente. Mujeres chifladas y fláccidas rondaban por los alrededores —algunas en albornoz—, se oían ruidos de botellas en los callejones. Al fondo del local, en el oscuro pasillo de más allá de los retretes llenos de salpicaduras, había montones de hombres y mujeres de pie, apoyados contra las paredes bebiendo vino barato y escupiendo a las estrellas. El saxo tenor, con sombrero, alcanzaba la cima de una idea libre y maravillosa, un riff ascendente y descendente que iba desde un «¡I-yaaa!» hasta un mucho más desquiciado «¡I-de-li-yaaa!», y que proseguía hasta fundirse con el atronador estallido de los parches maltrechos de la batería, que tocaba un negro enorme y brutal de cuello de toro a quien nada le importaba lo más mínimo salvo aporrear sus tambores, hacer crash rata-crash-bum crash... Oleadas rugientes de música y el saxo tenor habían conseguido el clímax, y todo el mundo sabía que lo habían conseguido. Neal se agarraba la cabeza en medio de la maraña humana (una maraña enloquecida). Todos instaban al saxo tenor para que siguiera tocando así, y lo hacían a través de gritos y de ojos desorbitados, y el saxofonista se erguía desde muy abajo y volvía a agacharse con el saxo, que hacía reverberar en un claro grito por encima del furor de los oyentes. Una mujer negra de uno ochenta de estatura se contorsionaba ante la boca del saxo, y el saxofonista le dio suavemente con él mientras rugía «¡III!, ¡III!, ¡III!». Le había arrancado un sonido de sirena de niebla. Tenía el saxo parcheado; era obrero de un astillero y no le importaba lo más mínimo. Todo el mundo seguía el ritmo y bramaba. Helen y Julie, con unas cervezas en la mano, se habían subido a unas sillas, y se agitaban y brincaban. Grupos de negros entraban de la calle dando traspiés y cayendo unos sobre otros.

—¡Sigue con ello, amigo! —gritó un hombre con voz de sirena de niebla, y dejó escapar un gran gruñido que debió de oírse con claridad en Sacramento.

—¡Uau! —gritó Neal.

Se frotaba el pecho, la panza; el sudor de la cara salpicaba a su alrededor. ¡Bum-tica-bum...! Aquel batería llevaba el sonido de sus tambores hasta el sótano, y lo hacía subir hasta el piso de arriba con sus baquetas homicidas: ¡ratata-bum...! Un hombre enorme y gordo saltaba sobre la plataforma, que crujía y se hundía por el centro. «¡Yea!». El pianista pulsaba las teclas con dedos extendidos y abiertos; tocaba acordes en los intervalos en los que el gran saxofonista hacía acopio de aliento para acometer la siguiente ráfaga sonora; acordes chinos que estremecían el piano hasta la última madera, rendija, cuerda..., ¡boing! El saxofonista se bajó de la plataforma y siguió tocando entre el auditorio; con el sombrero caído sobre los ojos (en un momento dado alguien se lo echó hacia atrás), regresó hacia el estrado y golpeó el suelo con el pie y lanzó una andanada destemplada y ronca, y tomó aliento, y levantó el saxo y la música brotó alta y ancha y estalló estridente en el aire. Neal estaba justo enfrente de él, con la cara inclinada hacia la boca del saxo, dando palmadas, derramando sudor sobre las llaves del instrumento, y el hombre, al darse cuenta de ello, se rio en el propio saxo

con una risa larga y trémula y loca, y todo el mundo rio con él y empezó a mecerse al son de sus notas. Y, finalmente, el músico decidió ejecutar el broche de su actuación y se agachó y lanzó un do agudo que duró largo rato, mientras todo lo demás se venía abajo y los gritos se hacían más fuertes, hasta el punto de que pensé que seguro que llegaba la policía en tropel desde la comisaría más cercana. Era, como de costumbre, una noche de juerga de sábado, nada más. El reloj de pared tembló y se agitó; a nadie le importó en absoluto. Neal estaba en trance. El saxofonista tenía la mirada fija en él: había encontrado un auténtico loco que no sólo entendía sino que se interesaba de verdad y quería entender más, mucho más de lo que había en realidad, y ambos empezaron a entablar un duelo. Del saxo salía todo lo imaginable: ya no eran frases musicales, sino sólo gritos, gritos: «Ban», y ascensos a «¡bip!», y descensos a «¡III!», y descensos a notas fallidas y ascensos a ecos laterales. Lo intentó todo: hacia arriba, hacia abajo, de soslayo, del revés, horizontal, treinta grados, cuarenta grados..., y al final se dejó caer en los brazos de alguien y renunció y todo el mundo daba empellones a su alrededor y gritaba: «¡Sí! ¡Sí! ¡Lo ha hecho, lo ha hecho!». Neal se secaba el sudor con el pañuelo. Luego Freddy volvió a subir al estrado y pidió a su grupo un ritmo lento, y miró con tristeza hacia la puerta abierta por encima de las cabezas de la gente, y se puso a cantar Close Your Eyes. Las cosas se aquietaron unos instantes. Freddy llevaba una chaqueta de ante ajada, una camisa de tono púrpura, zapatos con rotos y pantalones zoot[31] sin planchar (le tenía sin cuidado). Parecía un Hunkey negro. Sus grandes ojos castaños estaban llenos de tristeza, y cantaba despacio y con pausas largas y ensimismadas.

Pero en el segundo estribillo volvió a animarse, y agarró el micro y saltó de la plataforma y se inclinó sobre él. Para cantar cada nota tenía que tocarse la punta de los zapatos y erguirse de nuevo para emitirla, y la emitía con tal fuerza que acababa tambaleándose, y apenas lograba recuperarse a tiempo para la siguiente nota lenta y larga. «Mu-u-u-sic pla-a-a-ay!»[32] Se echó hacia atrás con la cara mirando al techo, y el micrófono a la altura de la bragueta. Se agitaba, se balanceaba. Luego se inclinó hasta casi caerse, con la cara contra el micro. «Ma-a-a-ake it dream-y for dancing...». Miró hacia la calle, con los labios fruncidos en una mueca de desdén. «... while wego ro-man-n-n-cing...» y dio un tumbo hacia un costado. «Lo-o-o-ove’s holi-da-a-a-ay...». Sacudió la cabeza con asco y cansancio del mundo entero. «Will make it seem...». ¿Qué iba a decir a continuación? Todo el mundo se quedó esperando, y él dijo, doliente: «0...key». El piano dejó oír un acorde. «So baby come on just clo-o-oseyour ey-y-y-y-y-es.*—» Le tembló la boca, y nos miró, a Neal y a mí, con una expresión que parecía decir: «Eh, ¿qué es lo que estamos haciendo todos en este mundo pardo y triste?». Y entonces llegó al final de la canción, y para ello le hacían falta unos minuciosos preparativos durante los cuales podías enviar todos los mensajes que quisieras a García[33] por todo el mundo y una docena de veces, y ¿qué más daba?, porque aquí estábamos viéndonoslas con los abismos y las miserias de la pobre vida beaty en las terribles calles del hombre, y eso fue lo que dijo y lo que cantó, «Cióse... your...», y lo hizo lanzándolo hacia el techo y a través de

las estrellas y aún más hacia lo alto..., «ey-y-y-y-y-y-yes» y bajó de la plataforma con paso inseguro para ponerse a pensar. Se sentó en un rincón, con un grupo de jovencitos, sin hacerles ningún caso. Miró hacia abajo y se puso a llorar. Era el más grande. Neal y yo nos acercamos a hablar con él. Lo invitamos a venir al coche. Una vez en él, de pronto gritó:

—¡Sí! ¡No hay nada que me guste más que una buena juerga! ¿Adónde vamos?

Neal brincaba en el asiento, lanzando risitas lunáticas.

—¡Pero más tarde, más tarde! —dijo Freddy—. Le diré a mi chico que nos lleve en el coche a Jackson's Hole, porque tengo que cantar. Amigos, vivo para cantar. Estoy cantando Cióse Your Eyes desde hace un par de semanas. No quiero cantar nada más. ¿Qué tenéis pensado hacer vosotros, chicos?

Le dijimos que dos días después nos íbamos a Nueva York.

—Dios mío, jamás he estado en Nueva York, y todos me dicen que es una ciudad increíble, pero no tengo ninguna queja de donde estoy. Estoy casado, ¿sabéis?

—Oh, ¿sí? —dijo Neal, animándose—. Y ¿dónde está ese encanto esta noche?

—¿Qué quieres decir? —dijo Freddy, mirándole por el rabillo del ojo—. Te he dicho que estaba casado con ella, ¿o no?

—Oh sí, sí... —dijo Neal, sonrojado—. Sólo preguntaba. ¿Y no tendrá algunas amigas? ¿O hermanas? Diversión, ¿entiendes? Lo que busco es pasarlo bien.

—Sí, ¿y qué le ves de especial a la diversión? La vida es demasiado triste para andar divirtiéndose todo el tiempo —dijo Freddy bajando la mirada hacia la calle—. ¡Mie-er-da! No tengo dinero, pero esta noche me tiene sin cuidado.

Entramos en el local para seguir la juerga. Las chicas estaban tan disgustadas con Neal y conmigo por habernos esfumado y andar por ahí perdidos que se habían ido andando a Jackson's Hole. El coche se negaba a funcionar, de todas formas. Cuando entramos en el local vimos una escena horrible: un hipster marica y blanco que acababa de llegar y que llevaba una camisa hawaiana le estaba preguntando al enorme batería si podía sentarse a tocar. Los músicos miraron con desconfianza su camisa hawaiana.

—¿Tocas la batería?

El marica dijo que sí, con voz muy afectada. Los músicos se miraron entre sí, y dijeron:

—Sí, sí... Pues claro que la toca, ¡mierda!

Así que el marica se sentó a la batería y el grupo acometió un ritmo vivo, y él empezó a acariciar los parches con las escobillas blandas del bop, moviendo el cuello con ese éxtasis complaciente de quien se ha «reichanalizado» (lo cual no quiere decir nada, salvo mucha marihuana y comida suave y diversiones tontas y más bien cool). Pero a él le tenía sin cuidado todo esto. Sonreía con gozo al espacio que tenía delante y seguía con las baquetas, muy suavemente, con sutilezas bop, apenas un ondulante y risueño fondo para el sólido blues de sirena de niebla que estaba tocando el grupo, ajeno al recién llegado. El corpulento negro de cuello de toro seguía sentado, esperando recuperar la percusión.

—¿Qué hace este hombre? —dijo.
—¡Sigue la música! —dijo.
—¡Pero qué diablos...! —dijo.
—¡Mierda! —dijo, y miró hacia otra parte, disgustado.
El chico de Freddy apareció al fin. Era un negro menudo y tenso con un Cadillac imponente. Saltamos todos dentro. Él se encorvó al volante e hizo volar el Cadillac a través de San Francisco sin detenerse ni una sola vez, a ciento diez kilómetros por hora, por el medio mismo del tráfico y sin que nadie percibiera siquiera lo bueno que era conduciendo. Neal estaba en éxtasis.
—¡Mira este tío, Jack! Mira cómo va ahí sentado sin mover un músculo y hace correr este trasto como una bala y puede charlar sin parar toda la noche mientras lo hace. Sólo que ni se molesta en charlar: que lo haga Freddy, y Freddy es su hombre y le habla de la vida, escúchales, oh, Jack, las cosas, las cosas que podría yo... Me encantaría... Oh, sí..., vamos, no paremos, ¡adelante!, ¡sí, sí!
Y el chico de Freddy dio la vuelta a una esquina, pisó el acelerador e instantes después aparcó justo enfrente de Jackson’s Hole. Llegó un taxi, y de él se apeó un enjuto y consumido predicador negro y menudo que lanzó un dólar al taxista y gritó:
«¡A tocar!», y corrió al interior del club poniéndose el abrigo (venía directamente del trabajo) y atravesó como un rayo el bar de la planta baja gritando «¡Ya, ya, ya!», y dio un traspié en las escaleras y casi cayó de bruces y abrió la puerta de un empujón e irrumpió en la sesión de jazz con las manos extendidas para protegerse de cualquier cosa contra la que pudiera tropezar, y se dio de manos a boca con Lampshade, que aquella temporada había tenido que resignarse a trabajar en Jackson’s Hole de camarero, y la música atronaba y atronaba y él se quedaba de pie, transfigurado, en la puerta, gritando: «¡Toca, hombre, toca!». Y se lo decía a un negro pequeño y bajo que tocaba el saxo alto y que, según Neal, obviamente vivía con su abuela, como Jim Holmes, dormía todo el día y tocaba toda la noche, e interpretaba un centenar de apuntes antes de sentirse preparado para acometer la cosa en serio, y eso era precisamente lo que estaba haciendo.
—¡Es Allen Ginsberg! —dijo a gritos Neal, por encima de la música furiosa.
Y lo era. Aquel negro pequeño de su abuela, con el saxo alto parcheado, tenía ojos de abalorio brillantes, pies menudos y torcidos y piernas larguiruchas, y saltaba y se movía con el saxo en las manos y lanzaba pasitos aquí y allá con los ojos fijos en el auditorio (gente que reía en una docena de mesas, en una sala de diez metros por diez y techo bajo), y no paraba en ningún momento. Las ideas que desarrollaba eran muy sencillas. Las ideas, para él, no querían decir nada. Lo que le gustaba era la sorpresa de una simple variación de un tema. Iba de «ta-tup-tader-rara... ta-tup-tade-rara», repitiéndolo entre brincos y besando y sonriendo a su saxo, a «¡ta-tup-II-da-de-dera-RUP!, ta-tup-II-da-de-dera-RUP!», y todo eran momentos únicos de risa y de entendimiento tanto para él como para todos los que le estaban escuchando. La tonalidad que arrancaba a su saxo era clara como la de una campana, alta, pura. Tocaba directamente en nuestra cara, desde una

distancia de poco más de medio metro. Neal estaba de pie frente a él, ajeno a todo en el mundo, con la cabeza baja, dando palmadas, haciendo brincar todo el cuerpo sobre los talones, y con el sudor, su eterno sudor cayéndole profusamente por el cuello atormentado de la camisa hasta formar —literalmente— un charco a sus pies. Estaban Helen y Julie, y nos llevó cinco minutos reparar en su presencia. Fiuuu, las noches de Frisco, el final del continente y el final de la duda: adiós a la duda torpe, adiós a las payasadas... Lampsha de bramaba por la sala con sus bandejas de cervezas: todo lo que hacía lo hacía con ritmo: gritaba a la camarera al son de la música: «Eh, vamos, babybaby, déjame pasar, déjame pasar, es Lampshade el que te pide paso», y la orillaba a toda prisa con las cervezas en el aire, y seguía bramando a través de las puertas batientes de la cocina y bailaba con las cocineras y volvía a la sala sudando. Connie Jordán estaba sentado absolutamente inmóvil en un rincón, con una copa intacta delante de él, mirando fijamente al vacío con ojos achinados, con las manos caídas a los costados hasta tocar casi el suelo, y los pies muy estirados, como lenguas que le colgaran a ambos lados, y el cuerpo encogido en absoluto cansancio y aflicción en trance y todo lo que le pasaba por la mente en aquel instante: un hombre que se dejaba fuera de combate a sí mismo cada velada y que dejaba que fueran los demás quienes le asestaran el golpe de gracia en la madrugada. Todo se arremolinaba como nubes a su alrededor. Y aquel saxo alto, aquel pequeño nieto de su abuela, aquel pequeño Allen Ginsberg brincaba y danzaba como un mono con su mágico instrumento, y tocaba doscientos temas de blues, cada cual más frenético que el anterior, y no daba la menor muestra de que le flaquearan las fuerzas o de tener ganas de dar por finalizada la velada. Toda la sala vibraba. (El Jackson's Hole ha acabado clausurado, como es lógico). En la esquina de la Quinta con Howard, una hora después, yo estaba en la acera con Ed Saucier, un saxo alto de San Francisco, esperando a que Neal saliera del bar en el que había entrado a llamar por teléfono a Bill Tomson para pedirle que viniera a recogernos. No estábamos haciendo nada del otro mundo, sólo charlando un poco, pero de pronto vimos algo muy extraño y delirante. Neal quería darle a Bill Tomson la dirección del bar, así que le dijo que esperara un segundo al teléfono y salió corriendo a la calle, para lo cual hubo de atravesar a toda prisa el largo bar, atestado de bebedores vociferantes de camisa blanca, plantarse en medio de la calle y mirar el letrero de la calle. Lo hizo de este modo: salió del bar como una aparición, blandiendo el pulgar enorme en medio de la noche, agachándose casi hasta el suelo, como Groucho Marx, y desplazándose sobre unos pies asombrosamente rápidos hasta el centro de la calzada, donde se puso a escrutar por encima de él en busca del nombre de la calle —al parecer era muy difícil de ver en la oscuridad, pues describió montones de giros sobre sí mismo, con el pulgar enhiesto, en un silencio lleno de ansiedad, tratando de encontrar alguna placa que lo dijera—. De tal suerte que cualquiera que hubiera pasado en aquel momento por la calle habría visto lo siguiente: una persona con el pelo desgreñado, con un pulgar enorme alzado al aire como un gran ganso del cielo que girara y girara en la oscuridad, mientras la mano libre la mantenía distraídamente dentro del

bolsillo del pantalón. Ed Saucier estaba diciendo:
—Yo toco cosas suaves y sencillas allá donde voy, y si a la gente no le gustan no puedo hacer nada para remediarlo. Chico, ese amigo tuyo está loco de verdad, mira lo que está haciendo...
Miramos. Había un silencio total cuando Neal vio las placas con el nombre de la calle y volvió a la carrera al bar, prácticamente metiéndose bajo las piernas de algún parroquiano que las había extendido, y atravesando tan rápidamente por segunda vez el local que la gente tuvo que mirar dos veces para verlo pasar. Unos segundos después Bill Tomson apareció en la calle, y, con la misma asombrosa celeridad de antes, Neal volvió a salir del bar y a recorrer la acera y a saltar al coche de Bill sin decir ni media palabra. Y de nuevo estábamos en marcha.
—Bien, Bill, sé que tienes problemas con tu mujer por culpa nuestra, pero es absolutamente necesario que vayamos a la esquina de Thornton con Gómez en el increíble tiempo de tres minutos o todo estará perdido. ¡Umm! ¡Sí! —(Toses)—. Mañana por la mañana Jack y yo nos vamos a Nueva York, y es nuestra última noche de juerga y sé que a ti no te importa.
No, a Bill no le importaba: lo que hacía era saltarse los semáforos en rojo y pisar el acelerador para llevarnos en nuestra gira insensata. Al amanecer se volvió a la cama. Neal y yo acabamos con un negro llamado Walter que nos invitó a su casa para tomar una cerveza. Vivía en las casas de pisos de la trasera de Howard. Cuando entramos, su mujer estaba dormida. La única luz del apartamento era la bombilla que había sobre su cama. Tuvimos que subirnos a una silla para desenroscarla mientras ella, tendida en la cama, nos sonreía. Era unos quince años mayor que Walter, y la mujer más dulce del mundo. También tuvimos que enchufar un alargador por encima de su cama, mientras ella sonreía y sonreía. En ningún momento le preguntó a Walter dónde había estado, o qué hora era, o cualquier cosa por el estilo. Al final nos sentamos en la cocina con la bombilla en el extremo del alargador, y nos bebimos la cerveza en la mesa humilde y nos contamos cosas. Le pedimos a Walter que nos contara alguna historia. Y nos contó que estuvo en una casa de putas en Los Angeles en la que había un mono en la entrada, y que tenías que hacer una apuesta, y si perdías te la metía por detrás. Si ganabas te follabas a una chica gratis. Walter insistió en que era verdad lo que nos contaba.
—Qué mono aquel... —dijo—. No he visto nunca nada igual. Hacías tu apuesta en una pequeña jaula, ¿no?, y el mono hacía girar la jaula y salían unos dados. Chico, perdías con ese mono y te daba por el culo sin más. No os miento, de veras. Qué mono, joder...
A Neal y a mí nos encantó la historia. Luego llegó el momento de irnos, así que llevamos el alargador al dormitorio y enroscamos la bombilla al casquillo del techo. La mujer de Walter nos sonreía y sonreía mientras realizábamos la operación. No dijo ni esta boca es mía. En la calle, ya amanecida, Neal dijo:
—Ahí tienes, Jack: una mujer DE VERDAD. Jamás una mala palabra, jamás una queja. Su hombre llega a casa a cualquier hora de la noche con cualquiera, y se pone a charlar en la cocina con unas cervezas y sale a la

hora que le viene en gana. Eso es un hombre, y ése es su castillo.
Apuntó con el dedo hacia el piso de Walter, orgulloso. Nos alejamos dando tumbos. La gran noche se había terminado. Un coche patrulla nos siguió con recelo unas cuantas manzanas. Compramos unos panecillos recién hechos en una panadería y nos los comimos en la calle descuidada y gris. Un tipo alto y bien vestido, con gafas, venía por la acera tambaleándose, acompañado de un negro con una gorra de camionero. Hacían una extraña pareja. Se acercó un gran camión y el negro lo señaló con excitación y trató de expresar sus sentimientos. El hombre alto volvió la cabeza, miró furtivamente por encima del hombro y contó su dinero.
—¡Es Bill Burroughs! —gritó con una risita Neal—. Siempre contando el dinero y preocupado por todo. Mientras el otro lo único que quiere hacer es charlar de camiones y de las cosas que conoce.
Los seguimos durante un trecho. Teníamos que dormir. Helen Hinkle no iba a darnos cobijo, por descontado. Neal conocía a un guardafrenos llamado Henry Funderburk que vivía con su padre en una habitación de hotel de la calle Tercera. Se habían llevado bien en un tiempo, pero no tan bien últimamente, y la idea era que yo llamara y tratara de convencerlos para que nos dejaran dormir en el suelo. Era horrible. Tuve que llamar desde uno de esos restaurantes que abren muy temprano. Cogió el teléfono el viejo, con voz recelosa. Sabía de mi existencia por lo que le había contado su hijo. Para mi sorpresa, dijo que sí y bajó al vestíbulo a recibirnos. Era un viejo hotel anodino y triste de San Francisco. Subimos y el viejo tuvo la amabilidad de dejarnos toda su cama.
—Tenía que levantarme, de todas formas —dijo, y fue hasta la cocinita que había a un lado para hacer café.
Se puso a contar historias de sus días de trabajador del ferrocarril. Me recordaba a mi padre. Me quedé levantado escuchándole. Neal no le escuchaba; se lavó los dientes, y fue de un lado a otro la habitación, y decía: «Sí, eso es» a todo lo que decía el viejo. Por fin nos dormimos. A la mañana siguiente volvió Henry de su turno de noche —venía de Bakersfield— y nos levantamos, y él se metió en la cama. El viejo señor Funderburk se acicalaba para una cita con su novia de edad mediana. Se puso un traje de tweed verde y una gorra de la misma tela, y se plantó una flor en el ojal de la solapa.
—Estos viejos y románticos ferroviarios sin un centavo de Frisco viven tristes pero vivas y expectantes vidas propias... —le dije a Neal en el retrete—. Ha sido muy amable de su parte dejarnos dormir aquí en su cuarto.
—Sí, sí —dijo Neal, sin escucharme.
Salió como un rayo a buscar un coche en la Agencia de Viajes. Mi cometido era ir a casa de Helen Hinkle a buscar el equipaje. Cuando llegué, Helen estaba sentada en el suelo echándose las cartas.
—Bien, adiós, Helen; y espero que todo te vaya bien en la vida.
—Cuando Al vuelva voy a llevarle todas las noches a Jackson's Hole para dejarle que tenga su cuota de locura. ¿Crees que funcionará, Jack? No sé qué hacer...
—¿Qué dicen las cartas?

—Al tiene el as de picas muy lejos de él. Y está siempre rodeado de corazones; la reina nunca la tiene lejos. ¿Ves esta jota de picas? Es Neal, y siempre está ahí.
—Salimos para Nueva York dentro de una hora.
—Algún día Neal se irá a uno de esos viajes y nunca volverá.
Me dejó darme una ducha y afeitarme; luego le dije adiós y bajé con todo el equipaje y llamé a un taxi-bus de Frisco, que es un taxi normal pero con la particularidad de que sigue unos itinerarios regulares y te subes en una esquina y te bajas en la esquina que quieres por unos quince centavos; vas apretado con otros pasajeros como en un autobús, pero charlando y haciendo bromas como en un taxi particular. Mission Street, aquel día último en San Francisco, era un hervidero de actividad constructora, de niños jugando, de negros ruidosos que volvían a casa del trabajo, de polvo, de excitación, de los sonoros murmullos y zumbidos y vibraciones de la que es realmente la ciudad más viva y agitada de Norteamérica... Y, en lo alto de nuestras cabezas, un cielo puro y azul y la alegría del brumoso mar que siempre se repliega en la noche para dejar a todo el mundo hambriento de alimento y de excitación. Detestaba marcharme; mi estancia había durado unas sesenta horas. Con el frenético Neal yo atravesaba a la carrera el mundo sin la menor oportunidad de contemplarlo. Por la tarde estaríamos en la carretera de Sacramento, rumbo al Este una vez más. Nos llevaba un marica alto y delgado, con gafas oscuras, que iba camino de su casa en Kansas y conducía con cuidado extremo. El coche era lo que Neal llamaba un «Plymouth de maricón»: no tenía reprise, y muy poca fuerza.
—¡Un coche afeminado! —me susurró Neal al oído.
Iban otros dos pasajeros, una pareja, los típicos turistas timoratos que quieren pararse y quedarse a dormir en todas partes. La primera parada sería en Sacramento, y no podía considerarse ni el comienzo de nuestro viaje a Denver. Neal y yo íbamos solos en la trasera, y les dejábamos a ellos a su aire y charlábamos:
—Chico, el saxo alto de anoche era increíble... En cuanto se hacía con ESO ya no paraba... Nunca he visto a nadie capaz de mantenerlo tanto tiempo... —Yo quise saber qué era ESO—. Ah, bien... —dijo Neal, riendo—. Me preguntas cosas que no se pueden medir... ¡Mmm...! Verás. Tenemos a un tipo que está tocando para una gente, ¿de acuerdo? Es cosa de él expresar lo que está en la mente de su auditorio. Empieza con un apunte, un bosquejo de sus ideas; la gente dice sí, sí, pero adelante, ve a por ello, y entonces él asciende hasta las alturas de su destino y sigue tocando así sin desfallecer... De pronto, en algún momento, en medio del tema que está desarrollando, ATRAPA ESO... La gente alza la mirada y lo sabe: escucha, y él, que lo ha cogido, sigue. El tiempo se detiene. Él, al tocar, está llenando el espacio vacío con la sustancia de nuestras vidas. Tiene que tocar al otro lado de los puentes y regresar, y hacerlo con tal infinito sentimiento para con la melodía del momento que todo el mundo sabe que no es la melodía sino ESO...
Neal no pudo seguir. Al hablar de ello se ponía a sudar. Entonces me puse a hablar yo. Jamás he hablado tanto en toda mi vida. Le conté a Neal que cuando era un chiquillo y montaba en coches imaginarios llevaba una gran

guadaña en la mano e iba cortando todos los árboles y postes e incluso colinas que pasaban vertiginosamente por la ventanilla.
—¡Sí, sí! —bramó Neal—. Yo solía hacer lo mismo, sólo que con una guadaña distinta... Te diré por qué. Recorriendo el Oeste y sus inmensas extensiones mi guadaña tenía que ser inmensamente más larga, y tenía que abarcar montañas distantes y cortarlas por la cima y llegar a otro nivel desde el que se pudiera alcanzar otras montañas, y al mismo tiempo ir cortando todo poste de la carretera, postes normales que vibran al viento... Por eso... Oh, Jack, tengo que decírtelo: AHORA... tengo ESO. Y tengo que contarte lo de aquella vez que mi padre y yo y un vagabundo astroso de Larimer Street fuimos a Nebraska en plena Depresión a vender matamoscas. Y ¿cómo los hacíamos?: comprábamos retales de tela vieja de mosquitera y cabos de alambre que doblábamos por la mitad y pequeños trozos de tela roja y azul que cosíamos alrededor de los bordes. Nos salió todo por cuatro cuartos en una tienda de Five-and-ten, e hicimos miles de matamoscas y nos montamos en el viejo trasto del vagabundo amigo de mi padre y empezamos a recorrer Nebraska llamando a todas las granjas y vendiéndolos a cinco centavos... La mayoría nos los compraban por caridad: dos vagabundos y un chiquillo... Nos daban tarta de manzana, que nos sabía a gloria, y mi viejo en aquellos tiempos no hacía más que cantar: «Aleluya, vuelvo a ser un vagabundo, un vagabundo...». Y, chico, escucha lo que te digo: al cabo de dos semanas de increíbles penurias y de andar de un lado para otro pasando un calor de mil demonios para vender aquellos horribles matamoscas improvisados, empezaron a discutir por el reparto de las ganancias, y tuvieron una gran pelea al borde de la carretera, y luego hicieron las paces y compraron vino y se pusieron a empinar el codo y no pararon en cinco días y cinco noches, mientras yo me acurrucaba y lloraba a unos metros, y cuando acabaron la juerga alcohólica se habían gastado hasta el último centavo y nos vimos de nuevo donde habíamos empezado: en Larimer Street. Y a mi padre lo detuvieron y tuve que presentarme ante el tribunal a suplicar al juez que le soltara porque era mi papá y no tenía madre. Solté grandes y maduros discursos, Jack, con ocho años, ante abogados muy interesados y fue entonces cuando Justin Brierly oyó hablar de mí, porque por aquellas fechas empezaba a pensar en fundar un tribunal especial para jóvenes que centrara su atención en los problemas de los niños maltratados por la fortuna de Denver y alrededores y del distrito de las Montañas Rocosas...
Teníamos calor; nos dirigíamos hacia el Este; éramos presa de una gran excitación.
—Déjame que te cuente algo más —dije—. Sólo como un paréntesis de lo que tú me estás contando, y para terminar mi último pensamiento. De niño, echado en la trasera del coche de mi padre, una vez tuve también una visión de mí mismo montado en un caballo blanco que cabalgaba salvando todo obstáculo que le salía al paso: sorteábamos postes, bordeábamos casas (a veces, cuando las veía demasiado tarde, las saltábamos), galopábamos por colinas, cruzábamos plazas que surgían de pronto y que estaban llenas de tráfico que teníamos que esquivar con increíbles...

—¡Sí, sí, sí...! —saltó Neal, en tono exaltado—. La única diferencia es que era yo el que cabalgaba, porque no tenía caballo. Tú eras un niño del Este y soñabas con caballos; por supuesto que no vamos a aceptar ese tipo de cosas porque los dos sabemos que en realidad no son más que basura, ideas literarias, pero al menos yo, en mi quizá más delirante esquizofrenia, CORRÍA a pie junto al coche y a velocidades increíbles (a veces a ciento cincuenta kilómetros por hora), saltando arbustos y vallas y granjas y a veces lanzándome como un rayo hasta las colinas y volviendo sin quitar el pie del suelo ni un instante...
Nos contábamos estas cosas, y sudábamos. Nos habíamos olvidado por completo de la gente que iba delante, que empezaba a preguntarse qué es lo que estaba pasando en el asiento trasero. En un momento dado, el conductor dijo:
—Por el amor de Dios, los de atrás: estáis haciendo que la barca dé bandazos...
Y era cierto. El coche se balanceaba con Neal y conmigo, que nos mecíamos al ritmo de ESO y de nuestro exultante gozo final al charlar y vivir el trance vacío de todas las cosas que nos habían estado acechando en el alma durante toda nuestra vida.
—¡Oh, tío, tío, tío! —dijo Neal como con un gemido—. Y esto ni siquiera es el principio... Henos aquí al fin camino del Este, juntos... Nunca habíamos viajado juntos al Este, Jack; piensa en ello. Nos lo pasaremos bien en Denver y veremos lo que está haciendo nuestra gente, aunque eso a nosotros nos importa poco, porque sabemos lo que es ESO y sabemos lo que es el TIEMPO y sabemos que todo está perfectamente bien. —Luego, en un susurro, agarrándome la manga, sudando, dijo—: Ahora mira a esos de delante... Tienen preocupaciones, cuentan los kilómetros, piensan dónde dormir, cuánto dinero de la gasolina tendrán que pagar, qué tiempo va a hacer, cómo llegarán a donde van... Como si, durante todo ese tiempo de preocupación, no fueran a llegar a su destino de todas formas, ¿te das cuenta? Pero necesitan preocuparse; su alma no estará realmente en paz a menos que pueda atarse a una preocupación ya conocida y probada, y en cuanto la encuentran adoptan expresiones faciales acordes para seguir adelante, lo cual, ¿ves?, significa infelicidad, una falsa, falsísima expresión de preocupación e incluso de dignidad, y mientras tanto todo pasa a velocidad de vértigo por su lado y ellos lo saben y eso TAMBIÉN les preocupa siempre y en TODO momento. ¡Escucha! ¡Escucha!: «Bien, veamos» —dijo parodiando a los de delante—, «no sé, quizá no debamos echar gasolina en esa gasolinera. He leído hace poco en una revista de los asuntos del petróleo que ese tipo de gasolina es una mezcla con un alto porcentaje de COREANOS, e incluso alguien me dijo que llevaba también un alto porcentaje de BOBOS, y no sé, la verdad... Bueno, además no me apetece». Chico, oyes cosas como ésta. —Me daba codazos furiosos en las costillas para que entendiera lo que me decía. Yo lo intentaba con todas mis fuerzas. Él zas, zas; yo Sí, sí... Y los de delante secándose la frente del miedo y diciéndose que ojalá no nos hubieran aceptado como pasajeros en la Agencia de Viajes. Después de una noche perdida en Sacramento, el marica,

taimadamente, cogió una habitación en un hotel y nos invitó a Neal y a mí a subir con él a tomar una copa, mientras la pareja se iba a dormir a casa de unos parientes. Una vez en la habitación, Neal hizo lo indecible para sacarle dinero al marica, hasta que por fin tuvo que plegarse a sus apetencias mientras yo me encerraba en el cuarto de baño y escuchaba lo que pasaba al otro lado de la puerta. Fue de locos. El marica empezó a decir que estaba muy contento de que viajáramos con él porque le gustaban los jóvenes como nosotros, y que puede que no le creyéramos pero que a él no le gustaban las chicas y que hacía muy poco, en San Francisco, había terminado una historia de amor con un hombre en la que él adoptaba el papel del macho y el hombre en cuestión el de hembra. Neal lo acosaba con preguntas pragmáticas, y asentía vehementemente. El marica decía que le gustaría mucho saber lo que Neal pensaba de todo aquello. Neal, después de advertirle que había sido puto en su juventud, se puso a manejarlo como a una mujer, poniéndola boca arriba con las piernas al aire y demás, y se lo folló con un coito salvaje. Yo estaba tan anonadado que lo único que acerté a hacer fue quedarme sentado y mirar por la rendija de la puerta del cuarto de baño. Y después de todo ese desvelo el marica no nos dio ni un centavo, aunque hizo vagas promesas para cuando llegáramos a Denver, y, por si fuera poco, se volvió tremendamente huraño y —creo yo— receloso respecto de los verdaderos motivos para que Neal se le hubiera entregado. No paraba de contar su dinero, ni de mirar si todo él seguía en su cartera. Neal levantó las manos y desistió.

—Ya ves, Jack, es mejor no preocuparse. Dales lo que secretamente quieren y enseguida les entra el pánico.

Pero había conquistado al dueño del Plymouth lo bastante como para ponerse al volante sin que éste protestara, y entonces sí que íbamos como rayos. Dejamos Sacramento al amanecer y para mediodía atravesábamos el desierto de Nevada, después de un rápido paso por las Sierras en el que el marica y la pareja de turistas se aferraban unos a otros en el asiento trasero, muertos de miedo. Nosotros, en el delantero, habíamos tomado las riendas. Neal se sentía otra vez feliz. Lo único que necesitaba era un volante en las manos y cuatro ruedas sobre el asfalto. Habló de lo mal conductor que era Bill Burroughs, y para demostrarlo...

—Siempre que un camión enorme (como ése que viene ahí enfrente) aparecía en la lejanía, él tardaba muchísimo en verlo... Porque no VEÍA, Jack, Bill no VE... —Se frotó los ojos con fuerza, para ilustrar lo que contaba—. Y yo le decía: «Eh, cuidado, Bill, un camión», y él decía: «¿Qué decías, Neal?». «¡Un camión, un camión!». Y justo en los ÚLTIMOS segundos dirigía el coche hacia el camión, así... —Y Neal enfiló el morro del Plymouth directamente hacia el camión que se nos venía encima, y se quedó como vacilante unos instantes justo enfrente de él, y la cara del camionero se puso blanca ante nuestros ojos, y los del asiento de atrás soltaron gritos ahogados de terror, y Neal se apartó en el último segundo—. Así, ¿lo ves? Exactamente así. Así de malo es Bill conduciendo.

Yo no estaba asustado en absoluto: conocía a Neal, Los del asiento trasero se habían quedado sin habla. De hecho tenían miedo de protestar: Dios sabe

qué podría hacer Neal —pensarían— si se les ocurría quejarse. Avanzó a toda velocidad por el desierto de esta guisa, mostrando de maneras diversas cómo no debía conducirse, cómo su padre solía conducir los cacharros de mala muerte que le caían en suerte, cómo tomaban las curvas los grandes conductores, cómo los malos las tomaban cerradas en exceso y al salir de ellas acababan derrapando, etcétera. Era una tarde soleada y calurosa. Reno, Battle Mountain, Elko..., todas las poblaciones de la carretera de Nevada fueron apareciendo una tras otra, y al anochecer estábamos en los llanos de Salt Lake con las luces de Salt Lake City titilando infinitesimalmente a casi ciento cincuenta kilómetros de distancia del espejismo de los llanos, y se veía dos veces, por encima y por debajo de la curva de la tierra: una clara, la otra imprecisa. Le dije a Neal que lo que nos unía a todos en este mundo era invisible; y, para probarlo, señalé las largas líneas de postes telefónicos que se perdían describiendo una curva en el horizonte, al cabo de un centenar y medio de kilómetros de sal. La venda ondeante de su pulgar, ahora completamente sucio, se agitó en el aire; su rostro era luz. —¡Oh, sí, tío, sí..., Santo Dios, sí, sí!

De súbito se vino abajo. Y al poco lo vi acurrucado en una esquina del asiento trasero, durmiendo. Tenía la cara apoyada sobre la mano buena, y la mano vendada seguía —como era de rigor— en el aire, apuntando hacia lo alto. Los del asiento delantero suspiraron con alivio. Oí cómo susurraban conspirando para amotinarse de una vez por todas.

—No podemos dejar que vuelva a conducir, está completamente loco. Seguro que acaba de salir de un manicomio o algo así.

Salí en defensa de Neal y me incliné hacia delante para tratar de hablar con ellos.

—No está loco. Estará bien enseguida. Y no os preocupéis por cómo conduce: es el mejor conductor del mundo.

—No puedo soportarlo —dijo la mujer, con un susurro histérico ahogado.

Me eché hacia atrás en el asiento y disfruté del crepúsculo en el desierto, mientras esperaba a que aquel pobre niño —aquel ángel— despertara. Estábamos en una colina que dominaba las nítidas formas de luz de Salt Lake City (la pareja de turistas quería ver un famoso hospital de la ciudad) cuando despertó y abrió los ojos hacia el lugar de este mundo espectral donde había nacido mojado y enmarañado y sin nombre un día de muchos años atrás.

—Jack, mira, mira... Allí es donde nací, ¡piensa en ello! La gente cambia; come año tras año y, con cada comida, cambia. ¡Yeaaa! ¡Mira!

Estaba tan excitado que me hizo llorar. ¿Adónde nos llevaba todo aquello? Los turistas insistieron en conducir durante todo el camino que faltaba para Denver. De acuerdo, nos daba igual. Nos echamos hacia atrás en el asiento trasero y nos pusimos a charlar. Pero a la mañana siguiente estaban demasiado cansados, y Neal se puso al volante en Craig, ciudad del desierto del este de Colorado. Durante casi toda la noche habíamos avanzado con cautela por Strawberry Pass, Utah, y habíamos perdido un tiempo precioso. La pareja se echó a dormir. Neal enfiló a toda marcha hacia la imponente pared de Berthoud Pass, que nos aguardaba a unos ciento cincuenta

kilómetros del techo del mundo, un tremendo estrecho de Gibraltar envuelto en nubes. Hizo el descenso de Berthoud Pass como un niño con un juguete —como había bajado el desfiladero de Tehatchapi: con el motor parado, dejándose ir, adelantando a todo el mundo sin detener en ningún momento el rítmico avance que la montaña misma le iba exigiendo, hasta que vimos al fin la gran llanura caliente de Denver (como la había visto después de haber estado con el grupo en Central City), y en un abrir y cerrar de ojos Neal estaba en casa. Aquella gente nos dejó —no sin una gran dosis de alivio idiota— en la esquina de Federal con la Veintisiete. Nuestro desvencijado equipaje quedó apilado en la acera una vez más; ya no teníamos ninguna forma de seguir viaje. Pero nos daba igual: la carretera es vida. Ahora teníamos un montón de cosas que hacer en Denver —cosas de una naturaleza totalmente diferente de las de 1947—. Podíamos ir de inmediato a buscar otro coche a la Agencia de Viajes o podíamos quedarnos unos días por pura diversión y buscar a su padre, y decidimos esto último. Mi idea era que Neal y yo fuéramos a vivir a la casa de la mujer que me había dado el dinero para ir a San Francisco, pero Justin Brierly sabía que Neal y yo llegábamos de Frisco juntos y había advertido a la mujer contra «el amigo de Jack de San Francisco», y cuando la llamé por teléfono (fue lo primero que hice, desde la gasolinera donde nos habían dejado) me hizo saber de inmediato que por nada del mundo quería tener a Neal en su casa. Se lo conté a Neal, y él cayó en la cuenta enseguida de que había vuelto al viejo Denver que jamás le había dado el menor cuartel, pues en Frisco al menos se había buscado una ciudad de adopción en la que le trataban como a uno más. En Denver tenía una fama nefasta. Me exprimí el cerebro para ver qué podíamos hacer. Al final se me ocurrió que Neal se alojara en la casa de unos okies conocidos míos que vivían en Alameda Boulevard, donde había estado brevemente con mi familia, y yo me alojé en casa de la mujer. La cara de Neal se ensombreció, y a partir de ese momento volvió a sus días juveniles de amargura y violencia. Mientras siguiéramos en la ciudad, sería él contra Denver. Al comprender esto de un modo profundo, dejé la casa de la mujer y me instalé con él en la casa de los okies, y ni siquiera entonces dio demasiado resultado mi vigilancia atenta. Lo primero era lo primero: antes de ir a la casa de la mujer, decidimos comer juntos y tener una última y breve charla en un restaurante. Los dos estábamos exhaustos, y sucios. En los servicios, estaba meando en un urinario y de pronto, antes de terminar, retuve el flujo unos segundos y me desplacé hacia un lado y dirigí el chorro hacia el mingitorio contiguo, mientras le decía a Neal: —Mira esto.
—Sí, chico, muy bueno, pero fatal para los riñones, y como ya te estás haciendo un poco viejo te diré que cada vez que hagas eso te estás ganando unos cuantos años de sufrimiento en la vejez, terribles dolores de riñón cuando te llegue la edad de pasarte el tiempo sentado en los parques.
Aquello me enfadó muchísimo.
—¿Quién es viejo? No soy mucho mayor que tú.
—¡Yo no he dicho eso, tío!
—¡Mierda! —dije yo—. Siempre estás haciendo bromitas sobre mi edad. Yo no soy un marica viejo como el hijo puta del coche, no tienes que advertirme

sobre MIS riñones.
Volvimos a nuestra mesa justo en el momento en que la camarera estaba dejando los sándwiches de rosbif calientes; normalmente Neal se habría abalanzado sobre el suyo como un lobo hambriento, así que dije, para apaciguar mi cólera:
—Y no quiero volver a oír ninguna bromita más sobre el asunto.
Y de pronto los ojos de Neal se llenaron de lágrimas, y se levantó y dejó su sándwich caliente y salió del restaurante. Me pregunté si se habría ido para siempre. Y no me importaba: estaba tan furioso... Había explotado, y la había pagado con Neal. Pero la visión de aquel sándwich intacto me puso más triste de lo que recordaba haberlo estado en muchos años. «No debería haber dicho eso... Le gusta tanto comer... Nunca había dejado así la comida... Maldita sea. Pero qué diablos, le servirá de lección...». Neal estuvo fuera exactamente cinco minutos, al cabo de los cuales volvió y se sentó a la mesa.
—Bien —dije—. ¿Qué estabas haciendo ahí fuera? ¿Apretando los puños, maldiciéndome, inventando nuevas bromitas sobre mis riñones?
Neal sacudió la cabeza en silencio.

—No, Jack, no. Estás completamente equivocado. Si quieres saberlo, pues bien...
—Adelante, dímelo —dije, sin levantar en ningún momento la mirada del sándwich: me sentía un monstruo.
—Estaba llorando —dijo Neal.

—Venga... Tú nunca lloras.

—¿Eso crees? ¿Por qué piensas que no lloro?

—Nunca te sientes morir lo suficiente para llorar.

Cada cosa que le decía era como una puñalada contra mí mismo. Todo lo que siempre había tenido secretamente contra Neal estaba aflorando en aquel momento: cuan feo era yo y qué suciedades estaba descubriendo en las profundidades de mi psique impura. Neal negaba con la cabeza.
—No, Jack, estaba llorando.

—Sigue, apuesto a que estabas tan furioso que has tenido que irte un rato.

—Créeme, Jack. Créeme, por favor, si es que alguna vez has creído algo de mi persona.
Sabía que estaba diciendo la verdad, y sin embargo no quería que la verdad me importunara lo más mínimo, y cuando levanté los ojos y lo miré creo que lo hice con un ligero estrabismo a causa de los retortijones en las tripas. Y entonces supe que me había equivocado.

—Lo siento, Neal... Nunca me había portado así contigo. Bueno, ya ves..., ahora me conoces. Sabes que no tengo mucha relación íntima con nadie... No

sé muy bien cómo arreglármelas en esas tesituras... Tomo las cosas en la mano como si fueran trozos de mierda..., y no sé qué hacer con ellos... Olvidémoslo.
El santo buscón empezó a comer.
—¡No tengo la culpa! ¡No tengo la culpa! —seguí diciéndole—. Nada de este asqueroso mundo es culpa mía, ¿es que no lo entiendes? No quiero que lo sea, y no puede serlo, y no lo SERÁ...
—Sí, sí, Jack... —dijo él—. Pero, por favor, retrocede un poco y créeme.
—Te creo, de veras...
Esta es la triste historia de aquella tarde. Y por noche surgieron todo tipo de complicaciones tremendas cuando Neal fue a alojarse con la familia de okies. Habían sido vecinos míos. La madre era una mujer maravillosa que vestía vaqueros y conducía camiones para mantener a sus cuatro chiquillos. Su marido la había abandonado hacía años, cuando viajaban por todo el país en una caravana. Habían recorrido todo el camino desde Indiana hasta Los Ángeles en aquella caravana. Después de pasar muchos buenos ratos y una gran tarde de domingo borracho en bares de encrucijada y de una noche de risa y guitarra, el muy patán se alejó de pronto por el campo oscuro y jamás volvió. Sus hijos eran maravillosos. El mayor era varón, y aquel verano no estaba en casa sino en un campamento en las montañas para delincuentes juveniles; le seguía una adorable chiquilla de catorce años llamada Nancy, que escribía poesía y recogía flores en los campos y quería llegar a ser actriz de Hollywood; luego venían los pequeños: Billy, que por la noche se sentaba ante la hoguera y pedía su «potata» antes de que estuviera mínimamente asada, y la pequeña Sally, que tenía como mascotas gusanos, sapos cornudos, escarabajos y cualquier criatura que se arrastrase por el suelo y a las que ponía nombres y les proporcionaba sitios donde vivir. Tenían cuatro perros. Llevaban una vida humilde y feliz en la calle de pequeñas viviendas nuevas donde había estado mi casa, y eran blanco del falsamente respetable sentido del decoro de los vecinos sólo porque a la pobre mujer la había abandonado el marido y tenía el patio desordenado y sucio. Por la noche se veían todas las luces de Denver: formaban como una gran rueda sobre la llanura que extendía abajo, porque la casa estaba en esa parte del oeste donde las montañas descienden en estribaciones sucesivas hasta la llanura, y donde, en un tiempo primigenio, las olas de un Mississippi cuasi marino debieron de lamer el terreno suavemente para haber dado lugar a aquellos redondeados y perfectos escabeles de picos isleños como Berthood y picos terribles como el Pikes y el Estes. Neal entró en la casa y, cómo no, se puso muy contento al ver a aquella familia, en especial a Nancy, pero le advertí que no se le ocurriera tocarla, cuando seguramente no había ninguna necesidad de hacerlo. La mujer era una mujer espléndida, y se quedó prendada de Neal desde el principio, aunque se mostró tímida, y él también. El resultado fue una estruendosa y copiosa consumición de cerveza en la sala desordenada y sucia, y música en el tocadiscos. Las complicaciones surgieron como nubes de mariposas; la mujer —todo el mundo la llamaba Johnny— estaba por fin a punto de comprar un coche viejo, tal como llevaba años amenazando que haría, y recientemente había conseguido reunir todo

el dinero. (Entretanto, recuérdese que yo estaba holgazaneando en la casa de la otra mujer, bebiendo whisky). Neal asumió de inmediato la responsabilidad de la elección y fijación del precio del coche en cuestión, porque por supuesto quería usarlo él para hacer lo que solía hacer en los viejos tiempos: recoger a la salida de clase a las chicas de secundaria y llevarlas a las montañas. A la pobre e inocente okie Johnny le parecía siempre bien todo. La tarde siguiente Neal me llamó desde el campo y me dijo:

—Chico, no quiero molestarte, pero te juro por lo que más quieras que mis zapatos no aguantan ni un día más. Necesito otro par de zapatos sin falta. ¿Qué hacemos?

Merced a una feliz coincidencia, yo tenía un par de zapatos viejos al pie del armario de Clementine. Dije, sosteniendo el teléfono:

—Verás, Clementine, es mi amigo Neal. Necesita urgentemente unos zapatos. Le voy a dar esos viejos míos. ¿Puedo decirle que venga a recogerlos?

—No, rotundamente no —dijo Clementine.

Dios, hasta qué punto pueden predisponernos en contra de alguien... Le dije a Neal que muy bien, que podíamos quedar en la esquina de la calle para dárselos.

—Vale, muy bien —dijo Neal, consciente del desaire de Clementine.

Hizo autostop desde casa de Johnny y se reunió conmigo en la esquina, media hora después. Era una tarde soleada y cálida. Yo había salido también a comprar un litro de helado de vainilla para la cena con amigos que daba ese día Clementine, y cuando llegué a la esquina de la calle vi a Neal jugando al béisbol con una pandilla de niños. Llevaba los zapatos viejos en una bolsa de papel de envolver, y el helado de vainilla en otra.

—Gracias, tío... Oh, vaya, helado de vainilla... Déjame probar.

Dejé el helado en el suelo y me puse a lanzarle unos tiros al chiquillo que hacía de catcher, y luego me puse los guantes del catcher y me agaché junto al foso de lubricación de la gasolinera y Neal me lanzó también otros tantos. Nos estábamos divirtiendo. Les enseñamos a los chicos cómo lanzar la pelota con efecto para hacer que describiera una curva y descendiera hacia el suelo enseguida. Luego ensayamos unos tiros altos y Neal corría entre el tráfico de la calle Veintisiete con el pulgar a la altura del pecho a modo de escudo y el guante en el aire para atrapar la pelota alta que en el descenso se abría paso entre las marañas de ramas y hojas de los altos y viejos árboles. De pronto me di cuenta de que el helado se estaba derritiendo.

—Oye, Neal, ¿qué soy yo? ¿Un timador? Creo que me mudaré esta misma noche contigo y con Johnny.

—Vaya, genial, chico. ¿Por qué te fuiste a casa de esa mujer?

—Creí que le debía algo de lealtad. Clementine me dio el dinero para ir a Frisco. No sé...

No sabía lo que estaba haciendo. Nos dimos la mano en la esquina y quedamos a las ocho en el bar Glenarm, la vieja taberna cercana a los billares. Volví con Clementine y le dije que me iba a Nueva York aquella misma noche. Preparó una cena de pollo frito y tarta de fresa con helado de

vainilla de chuparse los dedos. Me gustaba aquella mujer, y puede entenderse por qué le debía cierta atención y delicadeza. Era, además, una mujer sabia.
—Si no te vas de verdad a Nueva York esta noche, vuelve por aquí cuando quieras y nos tomaremos una copa.
Salí de aquella casa a toda prisa, lleno de mala conciencia. Las cosas son tan difíciles de dilucidar cuando uno vive al día en este mundo febril y necio... Neal estaba muy excitado aquella noche, porque su hermano Jack Daly iba también a reunirse con nosotros en el bar.
—Mira, Jack, tengo que contarte quién es mi hermano Jack... En realidad es mi hermanastro, el hijo de mi madre antes de casarse con el viejo Neal en Missouri.
—A propósito, ¿has buscado a tu padre?
—Esta tarde he ido a Jigg's, el bar donde solía servir cerveza de barril en un suave atontamiento, y del que se iba dando tumbos cuando el dueño lo echaba después de ponerle verde..., y nada; y he ido a la barbería de cerca del Windsor..., y tampoco... Un viejo compadre suyo me ha dicho que cree que está..., ¡imagínate!, trabajando en una cantina del ferrocarril BOSTON & MAINE, ¡en Nueva Inglaterra! Pero no le creo: siempre se está inventando historias disparatadas. Ahora escucha. De niño, mi hermanastro Jack Daly era mi héroe absoluto. Solía hacer contrabando de whisky que traía de las montañas, y una vez tuvo una pelea tremenda a puñetazos con su otro hermano, en el patio, una pelea que duró dos horas, mientras las mujeres gritaban aterrorizadas... Solíamos dormir juntos. Él fue el único hombre de la familia que se preocupó por mí y me dio afecto. Y esta noche va a ser la primera vez que lo vuelvo a ver desde hace siete años; acaba de volver de Kansas City. —¿Y para qué quieres verlo?
—Para nada. Sólo quiero saber qué es de mi familia. Tengo una familia, ¿recuerdas? Y, sobre todo, quiero que me cuente cosas de mi niñez que he olvidado. Quiero recordar, recordar, ¡eso es lo que quiero! —Nunca había visto a Neal tan alegre y entusiasmado. Mientras esperábamos a su hermanastro en el bar Glenarm charló con un montón de buscavidas más jóvenes del centro de Denver, y se informó sobre las nuevas bandas y los tejemanejes actuales. Luego indagó acerca de Louanne, ya que había estado recientemente en Denver. Yo, mientras tanto, estaba sentado con un vaso de cerveza recordando el Denver de 1947 e interrogándome acerca de cosas. Entonces llegó Jack Daly, un hombre de unos treinta y cinco años, de pelo áspero y crespo y manos nudosas y curtidas por el trabajo. Se acercó a nosotros y Neal se levantó, respetuoso.
—No —dijo Jack Daly—. Ya no bebo.
—¿Lo ves, lo ves? —me susurró Neal al oído—. Ya no bebe, y fue el mayor bebedor de la ciudad. Ahora se ha vuelto un hombre religioso, me lo ha contado por teléfono. Mira, mira qué cambio en una persona... Mi héroe se ha vuelto tan extraño...
Jack Daly desconfiaba de su medio hermano. Nos llevó a dar una vuelta en su viejo cupé destartalado y, una vez en el coche, dejó clara su posición con respecto a Neal.

—Escucha, Neal: ya no te creo ni creeré nada de lo que intentes decirme... He venido a verte esta noche porque hay un papel que quiero que firmes, algo que concierne a la familia. Tu padre ya no se menciona en absoluto entre nosotros, y no queremos tener absolutamente nada que ver con él, y lamento decir que contigo tampoco.
Miré a Neal. Su cara cambió: su semblante se había ensombrecido.
—Sí, sí —dijo.
Su hermanastro se dignó llevarnos un rato en el coche, e incluso nos invitó a unos sorbetes. Sin embargo Neal lo abrumó con innúmeras preguntas sobre el pasado, que su hermanastro respondió, y, por espacio de un instante, Neal, presa de la excitación, casi se puso a sudar de nuevo. ¿Dónde estaba su astroso padre aquella noche? Su hermanastro nos dejó ante las luces tristes de una feria ambulante que había en la esquina de Alameda Boulevard con Federal. Se citó con Neal para que firmara los papeles la tarde siguiente, y se fue. Le dije a Neal que sentía que no tuviera a nadie en el mundo que le creyera.
—Recuerda que yo creo en ti. Siento infinitamente el estúpido enfado mío de ayer por la tarde.
—Vale, tío, de acuerdo —dijo Neal.
Visitamos la feria juntos. Había tiovivos, norias tristes, palomitas de maíz, ruletas, serrín y centenares de chiquillos de Denver en pantalones Levis. El polvo se alzaba hacia las estrellas, junto con todas las tristes músicas del planeta. Neal llevaba unos vaqueros Levis exageradamente apretados y una camiseta, y de pronto volvió a parecer un verdadero personaje de Denver. Había moteros jovencitos con visera y bigote y cazadoras con abalorios colgantes dando vueltas por la trasera de las tiendas con preciosas chicas en Levis y camisas rosas. Había también muchas chicas mexicanas, y una chica pequeña, asombrosamente pequeña —como de un metro de estatura—, con la cara más bonita y tierna del mundo, que se volvió a su acompañante y le dijo:
—Vamos a llamar a Gómez, y nos largamos.
Neal se paró en seco al verla. Un gran puñal se clavó en él desde la negrura de la noche.
—Tío, la amo, la amo...
Tuvimos que seguirla durante largo rato. Al final la chica cruzó la autopista para llamar por teléfono en la cabina de un motel, y Neal fingió mirar la páginas de la guía telefónica mientras la observaba detenidamente de arriba abajo. Yo traté de entablar una conversación con los amigos de aquella adorable muñequita, pero no nos hicieron el menor caso. Gómez llegó en un camión traquetean te —muy parecido al del Freddy de «Allá vamos» de Fresno— y se llevó a las chicas. Neal se quedó de pie en la carretera, con las manos pegadas al pecho.
—Oh, Jack... Por poco me muero...
—¿Por qué no le has dicho algo?
—No puedo, no puedo...
Decidimos comprar unas cervezas e irnos a casa de la okie Johnny a poner discos. Hicimos autostop en aquella misma carretera, con una bolsa de latas

de cerveza. La pequeña Nancy —la hija de catorce años de Johnny— era la chica más bonita del mundo, y estaba a punto de convertirse en una mujer bella y sexy. Lo mejor de ella eran sus largos, afilados y sensibles dedos, que utilizaba para hablar. Neal se sentó en el rincón más alejado de la sala, mirándola con ojos entrecerrados y diciendo: «Sí, sí, sí». Nancy era consciente de sus miradas. Se volvió hacia mí en busca de protección. Unos meses atrás, aquel verano, me había pasado mucho tiempo charlando con ella de libros y de pequeñas cosas por las que se sentía interesada, y, para ser absolutamente sincero, su madre acariciaba la fantasía de que llegáramos a casarnos en un futuro no muy lejano. A mí no me parecía mala idea; el único inconveniente era que sentía cierta responsabilidad respecto de toda la familia, y que, claro está, no tenía el dinero suficiente para embarcarme en tan descabellada empresa (habría acabado conduciendo una caravana por todo el país, y trabajando, y teniendo una relación mucho más madura con mi suegra que con mi esposa, con la que no habría logrado entablar sino una especie de acaramelado romance). No estaba preparado para la tensión de una caída abismal en el foso de la noche que ello me hubiera supuesto. Nada sucedió aquella noche; nos fuimos a la cama. Todo sucedió al día siguiente. Por la tarde Neal y yo fuimos al centro a realizar varias gestiones y a pasarnos por la Agencia de Viajes en busca de un coche para Nueva York. Llamé a Justin W. Brierly, y me cité con él aquella tarde para mantener una conversación a tres. Brierly llegó en su delirante Oldsmobile con el potente foco auxiliar orientable y se apeó de él, con sombrero panamá y traje al estilo de Palm Beach, y dijo:
—Bien, bien, bien... Feliz Año Nuevo.
Con él venía Dan Burmeister, un universitario alto y de pelo rizado que despreciaba profundamente a Neal y que lo conocía desde hacía muchos años. Brierly y Neal se encontraban frente a frente por vez primera desde una noche en Nueva York en que Allen Ginsberg había tratado con deferencia su poesía.
—Bien, Neal, pareces mucho más viejo —dijo Brierly por encima del hombro—. ¿Qué has estado haciendo con tu persona?
—Oh, las mismas cosas de siempre, ya sabes... Me pregunto si puedes llevarme al hospital Saint Luke's para que me hagan una cura en este dedo y así puedas charlar a solas con Jack...
—Muy bien, perfecto —dijo Brierly.
La idea —según habíamos planeado— era charlar los tres, y lo de la cura del pulgar era totalmente nuevo para mí. Neal no quería tener tratos con él, y tampoco Brierly con Neal. Niño y maestro habían llegado al final de su camino juntos. Neal me susurró al oído: «¿Te has fijado en que ahora tiene que llevar gafas oscuras para que no se le vean esas horribles ojeras, y en lo desvaídos y acuosos que tiene los ojos? ¿No se los ves también como rojos y enfermizos?».
Adopté una postura neutral. Cuando me quedé solo con ellos, Burmeister y Brierly empezaron a diseccionar a Neal y a preguntarme por qué tenía tratos con él.
—Creo que es un tipo excelente. Sé lo que vais a decirme... Sabéis que he

intentado arreglar las cosas de mi familia...
No sabía qué decir. Sentí ganas de llorar: maldita sea, todo el mundo te pide una explicación de tus actos, y de tu ser mismo. Cambiamos de tema de conversación y hablamos de otras cosas. Ed White seguía en París, al igual que Bob Burford —que había enviado por su novia para que se casase con él en París—, y al igual que Frank Jeffries.
—Jeffries está en el sur de Francia, viviendo en una casa de putas, ¿sabes?, y pasándoselo de maravilla. Y Ed, cómo no, se está divirtiendo como nunca en museos y demás.
Me observaban detenidamente y se preguntaban qué tendría que ver con Neal.
—¿Y cómo está Clementine? —me preguntaron, taimadamente.
—Algún día Neal se demostrará a sí mismo que es un gran hombre o un gran idiota —dije—. Mi interés por Neal, si he de ser completamente sincero, es el interés que podría haber sentido por mi hermano, que murió cuando yo tenía cinco años. Neal y yo nos divertimos mucho juntos, y nuestras vidas están jodidas, como no es difícil de ver. ¿Sabéis en cuántos estados hemos estado juntos?
Me había alegrado, y empecé a contarles historias. A última hora de la tarde me reuní con Neal y emprendimos el regreso a casa de la okie Johnny, Broadway arriba, y en un momento dado Neal entró en una tienda de deportes, cogió con toda calma una pelota de softball del mostrador y salió lanzándola al aire una y otra vez y recogiéndola en la palma. Nadie se dio cuenta: nadie se da cuenta nunca de esas cosas. Era una tarde calurosa y somnolienta. Mientras caminábamos nos fuimos lanzando el uno al otro la pelota.
—Mañana seguro que conseguimos un coche en la Agencia de Viajes.
Clementine me había dado una botella de litro de bourbon Oíd Granddad. Al llegar a casa de Johnny, la abrimos y empezamos a bebérnosla. Al otro lado del maizal que hay en la trasera de la casa vivía una chica guapísima a la que Neal había intentado seducir desde su llegada. La tormenta se estaba incubando.
Había tirado guijarros contra su ventana; tantos, que había acabado por asustarla. Mientras bebíamos el bourbon en la sala sucia y atestada de cosas, llena de perros y de juguetes desperdigados por todas partes, y manteníamos una charla triste, Neal salió corriendo por la puerta trasera de la cocina y cruzó el maizal y se puso a silbar y a tirar piedrecillas contra la ventana de la bella. De vez en cuando Nancy salía a la trasera a echar un vistazo. De pronto apareció Neal, pálido.
—Estoy en un lío, tío. La madre de esa chica me persigue con una escopeta y se trae detrás a toda una pandilla de colegiales de secundaria de la vecindad para que me den una paliza.
—¿Qué estás diciendo? ¿Dónde están?
—Al otro lado del maizal, Jack.
Neal estaba borracho y no parecía demasiado afectado. Salimos juntos y cruzamos el maizal bajo la luz de la luna. Vi varios grupos de gente en el oscuro camino de tierra.

—¡Ahí vienen! —oí decir.
—Un momento —dije—. ¿Qué es lo que pasa, por favor?
La madre acechaba al fondo con una gran escopeta cruzada en uno de los brazos.
—Ese maldito amigo tuyo lleva ya tiempo molestándonos y se ha pasado de la raya. Yo no soy de las que llaman a la policía. Si vuelve a aparecer por aquí le pegaré un tiro, y tiraré a matar.
Los chicos de secundaria se apiñaban en varios grupos con los puños apretados. Yo también estaba borracho, y tampoco me afectaba demasiado la situación, pero traté de calmar los ánimos. Dije:
—No volverá a hacerlo. Voy a vigilarlo; es mi compadre y me hace caso. Por favor, baje esa escopeta y no se preocupe más por este asunto.
—¡Que vuelva a hacerlo una vez más y...! —dijo con firmeza y gravedad—. Y cuando mi marido llegue a casa voy a decirle que venga a buscarlo.
—No tiene por qué hacerlo, señora. No volverá a molestarles nunca más, ¿comprende? Ahora cálmese, y todo irá bien...
A mi espalda, Neal maldecía en voz baja. La chica espiaba la escena desde la ventana de su cuarto. Yo conocía a aquella gente de antes, y se fiaban de mí lo bastante como para calmarse un poco. Cogí a Neal por el brazo, y volvimos hacia la casa de Johnny por entre las hileras de maíz bañadas por la luz de luna.
—¡Yepaaa! —gritó—. ¡Esta noche voy a emborracharme!
Llegamos a la casa. De pronto a Neal le enfureció un disco que la pequeña Nancy estaba escuchando y lo rompió golpeándolo contra la rodilla. Era música hillbilly. Había un disco del Dizzy Gillespie de los primeros tiempos que a él le gustaba, y le dije a Nancy —se lo había regalado yo antes a ella— que lo cogiera y se lo rompiera a Neal en la cabeza. Y ella fue y lo hizo. Neal se quedó con la boca abierta, como un tonto. Todos reímos. Todo estaba arreglado. Luego Johnny quiso salir a beber cerveza en el bar de carretera cercano.
—¡Pues vámonos! —gritó Neal—. Joder, si hubieras comprado el coche que te llevé a ver el martes, ahora no tendríamos que ir andando.
—¡No me gustaba ese maldito coche! —le contestó a gritos Johnny.
El pequeño Billy estaba asustado; lo puse a dormir en el sofá y dejé los perros a su lado. Johnny llamó a un taxi con voz ebria, y de pronto, mientras estábamos esperando, me llamó Clementine por teléfono. Clementine tenía un novio de edad mediana que —cómo no— me odiaba a muerte, y aquella misma tarde, unas horas antes, le había escrito yo a Bill Burroughs —que estaba en Nuevo México— contándole las andanzas de Neal y mías, y explicándole en qué circunstancias estábamos en Denver. Le había escrito: «Estoy con una mujer, en su casa, y me lo paso francamente bien». Y había cometido la necedad de darle la carta al amigo de edad mediana de Clementine para que la echara al correo, nada más terminar la cena del pollo frito. Él, subrepticiamente, la había abierto, leído y entregado de inmediato a Clementine para probar que yo no era más que un buscavidas. Ahora Clementine me llamaba llorando para decirme que no quería verme más. Luego se puso el novio de edad mediana y, en tono de triunfo, empezó

a llamarme cabrón. Mientras el taxi tocaba el claxon fuera y los chiquillos lloraban y los perros ladraban y Neal bailaba con Johnny, yo le soltaba al hombre del otro extremo de la línea todo tipo de maldiciones imaginables, seguidas de otras que iba inventando, y, en mi frenesí alcohólico, le dije a todo aquel que pudiera estar al teléfono que se fuera al infierno, y acto seguido colgué de golpe el auricular en la horquilla y salí dispuesto a coger una buena borrachera. Todo se estaba viniendo abajo, y para hacer las cosas inconcebiblemente más desquiciadas en el bar había un espástico extático que le echó los brazos al cuello a Neal y empezó a gemir justo en su cara, y Neal volvió a ponerse furioso y a sudar y a desquiciarse, y por si el caos no fuera ya insoportable salió precipitadamente del bar y robó un coche del camino de entrada e hizo un viaje relámpago al centro de Denver y volvió con uno distinto y mucho más flamante. De pronto, en el bar, alcé la vista y vi a unos policías y a un numeroso grupo de gente arremolinada en el camino de entrada, iluminados por los faros de los coches patrulla y hablando del coche robado.

—¡Alguien está robando coches aparcados aquí mismo! —decía uno de los policías.

Neal, de pie justo detrás de él, escuchaba y comentaba:

—Ah, sí, sí...

Los policías se fueron a seguir investigando. Neal volvió a entrar en el bar y anduvo tambaleándose con el pobre espástico, que se había casado aquel mismo día y tenía una borrachera de campeonato mientras la novia le esperaba en alguna parte.

—¡Oh, Jack, este tipo es formidable! —bramó Neal—. Jack, Johnny, me voy a conseguir un coche bueno de verdad y nos iremos con Albert —aquel santo espástico— a darnos un buen paseo por las montañas.

Y salió a la carrera. Al mismo tiempo entró apresuradamente en el bar un policía y dijo que un coche robado en el centro de Denver estaba aparcado en el camino de entrada. La gente se puso a discutir en pequeños grupos. Desde la ventana vi cómo Neal saltaba al interior de un coche y salía disparado, sin que nadie se diera cuenta de nada. Al poco volvió con un coche diferente, un Plymouth totalmente nuevo.

—Este sí que es una preciosidad —me susurró al oído—. El otro hacía demasiado ruido, y lo he dejado en el cruce. Éste lo he encontrado delante de una granja. Me he dado una vuelta por Denver. Vamos, Jack, vámonos a las montañas.

Toda la amargura y la locura de su vida en Denver le brotaban de la piel como aceradas dagas; tenía la cara roja y sudorosa, y una expresión ruin.

—No, no quiero tener nada que ver con coches robados.

—¡Oh, venga, tío...! Albert va a venir conmigo, ¿no, Albert?

Y Albert, un pobre diablo delgado, de pelo oscuro y ojos benditos, que gemía y babeaba un poco, se apoyó en él y se puso a quejarse con más fuerza porque de pronto se sentía mal, y porque por alguna extraña intuición Neal le empezaba a dar miedo. Levantó las manos y se apartó, aterrorizado. Neal inclinó la cabeza, y siguió sudando. Salió del bar corriendo, y se marchó en el coche. Johnny y yo encontramos un taxi en el camino de entrada, y

decidimos irnos a casa. Mientras el taxista avanzaba por el infinitamente oscuro Alameda Boulevard que yo tantas y tantas noches perdidas había recorrido en los meses anteriores del verano, cantando y doliéndome y absorbiendo las estrellas y destilando la esencia de mi corazón gota a gota sobre el asfalto de la noche ardiente, Neal apareció detrás de nosotros en el Plymouth robado y se puso a tocarnos una y otra vez el claxon y a hostigarnos y a gritarnos. El taxista palideció.

—Es un amigo mío, no se preocupe —dije. Indignado con nosotros, Neal aceleró y nos adelantó a ciento cincuenta kilómetros por hora, y vimos cómo la luz trasera triste del Plymouth se perdía en dirección a las montañas lanzando un polvo espectral por el tubo de escape. Luego tomó la carretera de la casa de Johnny, y casi fue a dar a la cuneta; luego dobló hacia la derecha y paró delante de la casa de Johnny. Y tan velozmente como había llegado volvió a arrancar, dio un giro de ciento ochenta grados y enfiló hacia la ciudad en el momento en que nosotros llegábamos y nos bajábamos del taxi y pagábamos al taxista. Unos segundos después, mientras esperábamos inquietos en el patio oscuro de la trasera de la casa, llegó en otro coche —el tercero aquella noche—, un cupé destartalado, se paró delante de la puerta en medio de una nube de polvo, se bajó dando tumbos, se fue directamente a su cuarto y se desplomó en la cama borracho como una cuba. Y henos allí con un coche robado ante el umbral de la casa. Tuve que despertarle: no lograba arrancar el coche para alejarme de allí y abandonarlo en alguna parte. Se levantó en calzoncillos, tambaleándose, nos montamos en el coche —los chiquillos se reían en las ventanas— y salimos brincando y seguimos a toda velocidad a través de las hileras de maíz del campo del fondo de la carretera hasta que el coche no aguantó más y se quedó completamente parado bajo un venerable álamo de Virginia, cerca del viejo molino. —No podemos seguir —se limitó a decir Neal. Nos bajamos y emprendimos el regreso a pie por el maizal. Anduvimos —Neal en calzoncillos— como un kilómetro, y llegamos a la casa y Neal se fue a la cama. Todo era un auténtico desastre: Denver, Clementine, los coches, los niños, la pobre Johnny, la sala pringada de cerveza y llena de latas vacías... Me fui a dormir. Un grillo me mantuvo despierto durante un rato. De noche, en esta parte del Oeste, las estrellas —tal como las he visto en Wyoming— son grandes como candelas romanas y solitarias como el príncipe que ha perdido su morada ancestral y viaja por los espacios siderales tratando de encontrarla, y sabe que jamás tendrá éxito en su empeño. Fueron haciendo girar despacio la noche hasta que, mucho antes de la llegada del alba real, el gran sol rojo se dibujó en el horizonte, sobre los vastos espacios de tierra parda que se extienden hacia el oeste de Kansas, y los pájaros empezaron a cantar sobre Denver. ¿Dónde estaban los viejos Pájaros de Denver, aquellos que yo entendía? A la mañana siguiente Neal y yo sentimos unas horribles náuseas. Lo primero que hizo Neal fue salir al maizal para ver si el coche podía llevarnos hasta el Este. Le dije que no fuera, pero no me hizo ningún caso. Volvió todo pálido.

—Jack, es el coche de un poli, y todas las comisarías de la ciudad tienen mis huellas dactilares desde el año en que robé quinientos coches. Ya ves lo que hago con ellos: ¡no los quiero más que para dar una vuelta! ¡Tengo que irme!

Escucha, si no nos largamos ahora mismo vamos a acabar en la cárcel.
—Tienes razón, maldita sea —dije, y empezamos a hacer el equipaje a toda velocidad, incluso más aprisa de lo que nos permitían las manos. Con corbatas y faldones de camisa colgando de bolsas y maletas dijimos un rápido adiós a nuestra dulce familia y salimos como centellas hacia la carretera protectora donde nadie sabía quiénes éramos. La pequeña Nancy lloraba al vernos, o al verme, o lo que fuera, y Johnny fue muy cortés, y le di un beso y le pedí disculpas.
—Sí, Neal es un cabeza loca de cuidado —dijo—. Me recuerda a mi marido, el que se fue de casa. El mismo tipo de hombre, exactamente. Espero que mi Mickey no sea así cuando se haga mayor; aunque hoy en día todos son parecidos...
Mickey era su hijo mayor, y estaba en una escuela para delincuentes.
—Dile que no robe cajas de Coca-Cola —le dije—. Me contó que eso es lo que estaba haciendo, y que así es como empezó, inocentemente, hasta que los polis empezaron a zurrarle de lo lindo.
Le dije adiós a la pequeña Sally, que tenía a su escarabajo mascota en la mano; el pequeño Billy estaba dormido. Todo esto en cuestión de segundos, en un precioso amanecer de domingo, mientras salíamos atropelladamente con el equipaje maltrecho y reprimiendo las náuseas por los excesos de la noche anterior. Nos dimos prisa. Temíamos que en cualquier momento apareciese en el recodo un coche patrulla que viniera en nuestra busca.
—Si esa mujer de la escopeta nos descubre estamos perdidos —dijo Neal. —¡TENEMOS QUE encontrar un taxi! —dije—. Y estaremos a salvo.
Tratamos de despertar a una familia de granjeros para que nos permitiera usar el teléfono, pero el perro no nos dejó ni acercarnos. Cada minuto que pasaba el peligro se hacía más grande: cualquier campesino madrugador encontraría el cupé varado en el maizal. Una anciana adorable nos dejó usar su teléfono, y llamamos a un taxi de Denver, pero no quiso venir a buscarnos. Echamos a andar carretera abajo dando tumbos. Empezaba a haber tráfico, y todos los coches nos parecían coches patrulla. De pronto vimos uno acercándose, y supe que era el final de mi vida tal como yo la había conocido, y que estaba entrando en una fase nueva y horrible de cárceles y grilletes, como los reyes egipcios debieron de saber en la somnolienta-ta tarde que la batalla que se estaba dirimiendo entre los juncos y el fango había terminado. Pero el coche patrulla resultó ser un taxi, y a partir de aquel momento volamos en nuestra huida hacia el Este. En la Agencia de Viajes había una oferta fantástica para llevar una limusina Cadillac del 47 hasta Chicago. El propietario, que había venido conduciendo desde México en compañía de su familia, estaba cansado y se iba en tren con su mujer y toda la prole. Lo único que exigía era un documento de identidad y que el coche llegara a Chicago. Le enseñé al hombre —un pez gordo italiano, bajo y rechoncho— mis papeles y le aseguré que todo saldría a pedir de boca. Y a Neal le dije, cuando estuvimos solos:
—No se te ocurra joderla con este coche.
Neal brincaba de expectación por ver la limusina. Tuvimos que esperar una hora. Nos tendimos en la pradera de hierba cercana a la iglesia donde en

1947 yo había pasado algún tiempo con unos vagabundos que pedían limosna, después de haber acompañado a casa a Ruth G., y donde me había quedado dormido de puro horror y agotamiento y con la cara vuelta hacia los pájaros de la tarde. Pero Neal quiso darse una vuelta. Entabló conversación con una camarera de un restaurante rápido y, como antaño, una vez que estuvieron en la calle la convenció de quién sabe qué cosas y la inocente criatura aceptó (debía de ser una chica impulsiva). En cualquier caso, Neal se citó con ella para llevarla a dar una vuelta en el Cadillac aquella misma tarde, y volvió y me despertó para contármelo. Me sentía mejor, y me levanté para enfrentarme a las nuevas complicaciones. Cuando llegó el Cadillac Neal montó en él y se alejó como un rayo «para ir a echar gasolina», y el hombre de la Agencia de Viajes me miró y dijo:
—¿Cuándo vuelve? Los pasajeros están listos para partir, y están esperando.
Me señaló a dos jovencitos irlandeses de un colegio de jesuitas del Este, que esperaban con las maletas en los bancos.
—Ha ido a echar gasolina. Volverá enseguida.
Fui hasta la esquina y vi a Neal esperando a la camarera, que se estaba cambiando en su cuarto de un hotel de la esquina de la calle Diecisiete con Grant; de hecho la veía desde donde yo estaba: ante el espejo, se acicalaba y se ponía las medias de seda, y sentí unos deseos enormes de ir con ellos.
La vi salir corriendo del hotel y montarse en el Cadillac. Volví a la Agencia de Viajes para tranquilizar al encargado y a los pasajeros. Estaba de pie en la puerta, y alcancé a ver fugazmente el Cadillac cruzando Cleveland Place, y a Neal, en camiseta, feliz, moviendo mucho las manos y charlando con la chica y encorvándose sobre el volante, mientras ella iba sentada triste y orgullosamente a su lado. Fueron a un aparcamiento al aire libre donde había trabajado Neal en el pasado, y aparcaron al fondo, a plena luz del día, junto a un muro de ladrillo, y allí —me contaría luego— folló con ella en un periquete; y no sólo eso, sino que la convenció para que nos siguiera al Este en cuanto cobrara la paga el viernes siguiente; cogería un autobús y se reuniría con nosotros en Nueva York, en el apartamento de Lex Avenue de John Holmes. Se llamaba Beverly. Media hora después Neal dejó a la chica ante la puerta de su hotel —con profusión de besos, adioses y promesas— y llegó a toda velocidad a la Agencia de Viajes a recogernos.
—¡Ya era hora! —dijo el encargado de la Agencia de Viajes de Broadway Sam—. Creí que te habías largado con el Cadillac. —Es responsabilidad mía —dije yo—. No se preocupe. Y lo dije porque Neal era presa de un tan patente frenesí que todo el mundo se dio cuenta de su locura y su absoluta falta de esmero. Pero al poco adoptó un aire serio y formal y soltó unas tosecitas y ayudó con su equipaje a los alumnos de los jesuitas. Apenas estuvieron sentados, y apenas dije yo adiós con la mano a Denver, Neal pisó el acelerador y el gran motor atronó como un pájaro inmensamente poderoso. No habíamos recorrido cinco kilómetros cuando dejó de funcionar el velocímetro: Neal había puesto el Cadillac a más de ciento ochenta kilómetros por hora.
—Bien, se acabó el velocímetro; no sé a qué velocidad voy. Me limitaré a pisar el acelerador y llevar este chisme a Chicago y calcular la velocidad por

las horas de viaje.
No parecía que fuéramos ni a ciento diez, pero todos los coches quedaban atrás como moscas muertas en la autopista recta que conducía a Greeley.
—Vamos hacia el noreste, Jack, por la sencilla razón de que tenemos que pasar inexcusablemente por el rancho de Ed Uhl en Sterling. Tienes que conocer a Ed y ver su rancho, y este cacharro va tan rápido que podemos hacerlo sin que tengamos problemas de tiempo; llegaremos a Chicago mucho antes que el tren en el que va ese tipo.
Muy bien; estuve de acuerdo. Empezó a llover, pero Neal no cedió un ápice en su empeño. Era una bonita limusina; lo último en limusinas del viejo estilo: grande y negra, con el cuerpo alargado y rectangular y ruedas con franja blanca[34] y probablemente cristales blindados. Los chicos de los jesuitas —de Saint Bonaventura— iban sentados en la trasera felices y contentos de verse en camino, y no tenían la menor idea de la velocidad a la que nos desplazábamos. Trataban de hablar, pero Neal no decía nada; y en un momento dado se quitó la camiseta y siguió conduciendo desnudo de cintura para arriba el resto del viaje.
—Oh, esa Beverly es una chiquilla tan preciosa y tan cariñosa... Va a reunirse conmigo en Nueva York. Me voy a casar con ella en cuanto consiga los papeles y me divorcie de Carolyn... Todo irá bien, Jack..., ¡adelante, claro que sí!
Cuanto más nos alejábamos de Denver mejor me iba sintiendo, y lo estábamos haciendo muy rápido. Oscurecía cuando dejamos la autopista en Junction y tomamos un camino de tierra que nos llevaba a través de las llanuras tristes del este de Colorado, rumbo al rancho de Ed Uhl, que estaba en medio de ninguna parte. Pero seguía lloviendo y el barro estaba muy resbaladizo y Neal aminoró la marcha hasta los ciento diez kilómetros por hora, pero le dije que fuera aún más despacio porque si no íbamos a patinar, y él dijo:
—No te preocupes, tío, ya me conoces.
—Esta vez no —dije—. Estás yendo demasiado rápido.
Y justo después de decir esto tomamos una curva cerrada hacia la izquierda en la carretera, y Neal dio un volantazo para intentar salvarla sin riesgo, pero la gran limusina patinó en el barro grasiento y se bamboleó peligrosamente.
—¡Cuidado! —gritó Neal, sin preocuparse lo más mínimo; se debatió con su ángel de la guarda unos instantes, y lo único que sucedió es que acabamos con la trasera de la limusina en la cuneta y el morro sobresaliendo en la calzada. Una gran quietud cayó sobre todas las cosas. Oímos el gemido del viento. Nos encontrábamos en medio de la pradera inhóspita. Había una granja a unos quinientos metros carretera adelante. Yo no podía dejar de maldecir; estaba tan furioso con Neal. Él no dijo nada, se puso un impermeable y echó a andar bajo la lluvia hacia la granja.
—¿Es hermano tuyo? —me preguntaron los alumnos de los jesuitas—. Es el diablo al volante, ¿no es cierto? Y, por lo que cuenta, también con las mujeres.
—Está loco —dije—. Y sí, es mi hermano.

Vi que Neal volvía en un tractor, con el granjero. Engancharon unas cadenas, y el granjero tiró del Cadillac con el tractor y lo sacó de la cuneta. La chapa de la carrocería estaba toda manchada de un barro pardo, y uno de los guardabarros estaba rajado. Y el velocímetro lo teníamos ya estropeado..., era sólo el comienzo. El granjero nos cobró cinco dólares. Sus hijas nos miraban bajo la lluvia. La más guapa y tímida de ellas se había quedado un poco más atrás, en el campo, y nos observaba hurtándose a nuestra vista; y con razón, porque era la chica más bonita que Neal y yo habíamos visto en toda nuestra vida. Tenía unos dieciséis años, el cutis de las llanuras —como de rosas silvestres— y los ojos más azules que uno pueda imaginarse, y el pelo más precioso, y el recato y la ligereza de un antílope salvaje. A cada mirada nuestra se estremecía. Siguió allí, con los inmensos vientos que soplaban directamente desde Saskatchewan azotándole el pelo y agitándoselo en torno al rostro adorable como velos, como bucles vivos. Y se ruborizaba y se ruborizaba. Concluimos nuestra charla con el granjero, echamos una última mirada a aquella rosa de la pradera y partimos, ahora despacio, hasta que se hizo de noche y Neal dijo que el rancho de Ed Uhl estaba allí adelante, todo recto.
—Dios, una chica como ésa me asusta —dije—. Renunciaría a todo y me entregaría a ella por entero, y, si no me aceptara, simplemente iría y me arrojaría al abismo desde el borde del mundo.
Los chicos de los jesuitas se reían con risitas tontas en el asiento trasero. No sabían más que chanzas cursis y parloteo de colegio del Este, y no tenían nada, absolutamente nada en sus cabezas de chorlito más que mucho Tomás de Aquino como materia nutricia. Neal y yo no les hacíamos el menor caso. Mientras atravesábamos las embarradas llanuras me contó historias de sus días de cowboy y me mostró el tramo de carretera donde se había pasado toda una mañana cabalgando; en cuanto entramos en la finca de Ed Uhl, que era inmensa, me señaló el sitio donde había reparado la cerca; y donde el viejo Uhl, el padre de Ed, solía aparecer en el prado persiguiendo en coche a una novilla con un ruido de mil demonios y gritando:
—¡Cógela, cógela, maldita sea!
Parecía estar tan loco como el padre paralítico de Kells Elvins.
—Tenía que comprar un coche nuevo cada seis meses —dijo Neal—, Pero le tenía sin cuidado. Cuando una res se perdía él cogía el coche y la perseguía hasta quedarse atascado en el primer abrevadero que se encontraba, y entonces se bajaba y seguía la persecución a pie. Contaba cada centavo que ganaba y lo guardaba en un bote. Era un ranchero viejo y loco. Te enseñaré algunos de los cacharros que destrozó y dejó ahí tirados cerca del barracón. Fue cuando salí en libertad condicional después del último lío que me llevó a chirona. Y aquí vivía cuando le escribí aquellas cartas a Hal Chase.
Dejamos la carretera y avanzamos por un sendero sinuoso que surcaba los pastos del invierno. De pronto un grupo lastimero de vacas de cara blanca se arremolinaron delante de los faros.
—¡Aquí están! ¡Las vacas de Uhl! Nunca lograremos pasar si no se apartan... Tendremos que bajarnos a espantarlas... ¡Uh, uh, uh...!
Pero no tuvimos que hacerlo: fuimos abriéndonos paso entre ellas

centímetro a centímetro, a veces dándoles ligeros topetazos cuando se apiñaban como un mar y mugían pegadas a las portezuelas. Más allá vimos las luces solitarias de la casa de Ed Uhl. Alrededor de esas luces se abrían centenares y centenares de kilómetros de llanuras en las que apenas se divisaba una veintena de ranchos como el de Ed. El tipo de oscuridad que cae sobre las praderas es algo inconcebible para alguien del Este. No había estrellas, ni luna, ni otra luz más que la luz de la cocina de la señora Uhl. Lo que se extendía más allá de las sombras del patio era una vista sin límite del mundo que no podríamos ver hasta la llegada del alba. Después de tocar en la puerta y llamar a gritos a Ed Uhl —que estaba ordeñando vacas en el establo— en la oscuridad, me di un pequeño y cauteloso paseo por esa oscuridad (unos diez metros, no más). Me pareció oír coyotes. Uhl dijo que lo que había oído era probablemente uno de los caballos salvajes de su padre que relinchaban a lo lejos. Ed tenía nuestra edad; era alto y delgado, con dientes en punta, lacónico. Horas antes Neal había disfrutado contando cómo se follaba a la mujer de Ed antes de que Ed se casara con ella. Él y Neal solían apostarse en las esquinas de Curtis Street para silbar a las chicas. Ahora nos acogía amablemente en su pardo y sombrío salón —una pieza en patente desuso—, y buscaba por todas partes hasta encontrar unas lámparas y las encendía y le decía a Neal:
—¿Qué diablos te ha pasado en el dedo?
—Le arreé un guantazo a Louanne y se me infectó, y la cosa se puso tan fea que tuvieron que amputarme la punta.
—¿Adónde diablos fuiste a que te lo hicieran? —Vi claramente que en el pasado había sido para Neal como un hermano mayor. Sacudió la cabeza; el cubo de leche seguía a sus pies—. Siempre has sido un chiflado hijo de puta, de todas formas.
Entretanto, su joven esposa preparó un banquete por todo lo alto en la gran cocina del rancho. Se disculpó por el helado de melocotón.
—No es más que nata y melocotones que he congelado juntos.
Era, por supuesto, el único helado de verdad que yo había tomado en toda mi vida. El banquete empezó con sobriedad y acabó con abundancia; a medida que comíamos la mujer iba poniendo más cosas en la mesa. Era rubia y tenía buen tipo, y al igual que todas las mujeres que viven en espacios abiertos se quejaba un poco del aburrimiento. Enumeró los programas de radio que escuchaba normalmente a aquella hora de la noche. Ed Uhl estaba sentado y se miraba las manos. Neal comió con voracidad. Quería que le secundase en la falacia de que yo era el propietario del Cadillac, y de que era un tipo muy rico y que Neal era mi amigo y chófer. Pero no impresionó en absoluto a Ed. Cada vez que el ganado emitía algún sonido en el establo, Ed levantaba la cabeza y escuchaba.
—Bien, espero que lleguéis a Nueva York, chicos.
No sólo no se creía el cuento que Neal le había contado de que el Cadillac era mío, sino que estaba convencido de que Neal lo había robado. Estuvimos en el rancho aproximadamente una hora. Ed Uhl había perdido toda confianza en Neal, lo mismo que su hermanastro Jack Daly, y, siempre que lo miraba, lo hacía con recelo. Había habido días desenfrenados en el pasado en los

que, nada más terminar la recogida del heno, ambos habían deambulado por las calles de Laramie, Wyoming, dando tumbos y cogidos del brazo, pero aquellos tiempos estaban muertos y enterrados. Neal dio unos brincos convulsivos en su silla.

—Bien, sí... Bien, sí... Y ahora creo que será mejor que nos vayamos, porque tenemos que estar en Chicago mañana por la noche y ya hemos perdido varias horas.

Los chicos de los jesuitas dieron las gracias con suma cordialidad a Ed Uhl, y partimos. Me volví a mirar hacia la luz de la cocina, que se alejaba a nuestra espalda en el mar de la noche. Y volví a mirar hacia delante. En un abrir y cerrar de ojos estábamos de nuevo en la autopista, y aquella noche vi cómo se iba desplegando ante mis ojos todo el estado de Nebraska. Íbamos a ciento ochenta kilómetros por hora, como una flecha en la carretera, sin tráfico, y dejábamos atrás poblaciones dormidas, y vimos cómo quedaba atrás bajo la luz de la luna el tren de la Union Pacific. Aquella noche no sentí ningún miedo; fue al día siguiente, cuando fui consciente visualmente de la velocidad a la que circulábamos, cuando tiré la toalla y me senté en la trasera y cerré los ojos. En la oscuridad de la noche era perfectamente lícito ir a ciento ochenta kilómetros por hora y charlar y ver pasar con rapidez onírica todas las poblaciones de Nebraska: Ogallala, Gothenburg, Kearny, Grand Island, Columbus... Era un coche magnífico; se pegaba al asfalto como un barco al agua. Las curvas eran como una cadencia airosa. Pero para cuando llegamos a Chicago al día siguiente, no por la noche sino cuando aún era de día, tenía destrozadas las bielas.

—Ah, tío... Qué maravilla de cacharro... —suspiró Neal—. Imagina lo que podríamos hacer si este cacharro fuera nuestro. ¿Sabías que hay una carretera que cruza todo México y va hasta Panamá? ¿Y puede que hasta la punta de abajo de Sudamérica, donde los indios miden dos metros y mascan cocaína en las montañas? Sí, tú y yo, Jack... Recorreríamos el mundo entero con un coche como éste, porque la carretera, al final, tendría que dar la vuelta al mundo. ¿Adónde iba a ir si no? ¿No es eso? ¡Oh, y pensar que vamos a pasearnos por el viejo Chicago en este trasto! ¿Sabes, Jack? No he estado en Chicago en toda mi vida.

—¡En este Cadillac pareceremos gángsters!

—¡Eso es! ¡Y las chicas! Podemos liarnos con algunas... Jack, he decidido ir a bastante más velocidad para que podamos disfrutar de una noche entera en la ciudad con este trasto. Ahora relájate que yo me encargo de pisar el acelerador.

—¿A cuánto iremos ahora?

—A unos ciento ochenta, calculo. No te das ni cuenta. Aún nos queda todo Iowa; lo haremos de día, y luego me haré todo Illinois en menos que canta un gallo.

Los chicos se habían dormido, y él y yo charlamos y charlamos durante toda la noche. Era asombroso cómo Neal podía volverse loco un día y al día siguiente, de pronto, volver a estar tranquilo y cuerdo y seguir normalmente con su espíritu —al que creo que siempre arropa un coche, una costa a la que llegar, una mujer al final del camino— como si no hubiera pasado nada.

—Ahora me pongo así siempre que estoy en Denver. Ya no puedo con esa ciudad... ¡Miasma, miasma, Neal es un fantasma! ¡Vamos allá!
Atravesamos una ciudad espectral y cuando la dejamos atrás Neal volvió a pisar el acelerador. Le dije que había estado en esta carretera de Nebraska en el 47. Y él también.
—Jack, cuando trabajaba en la lavandería Nueva Era en Los Ángeles, en 1945, hice un viaje a Indianapolis, Indiana, con la finalidad expresa de ver las carreras del Memorial Day; hacía autostop de día y robaba coches por la noche, para ganar tiempo. Estaba pasando por uno de estos pueblos con unas placas de matrícula debajo de la camisa cuando un sheriff sospechó de mí al verme haciendo autostop en la carretera, y me detuvo. Hice el mejor discurso de toda mi vida para tratar de salir de aquel lío, diciéndole que me encontraba en un dilema entre la visión de Jesús y mis viejos hábitos de ladrón de coches, y que había cogido aquella matrícula sólo para sopesar el estado del dilema, pero por supuesto la cosa no funcionó hasta que me puse a llorar y a pegar cabezazos contra la mesa, y a conciencia, ¡vaya que sí! Y me poseyeron unos sentimientos horribles, y, al mismo tiempo, a cada segundo que pasaba se iba haciendo más y más tarde para las carreras. Por supuesto me las perdí, maldita sea. Me mandaron de vuelta a Denver, en libertad condicional, y allí retiraron todos los cargos. El otoño siguiente volví a hacer lo mismo y me fui a South Bend, Indiana, para ver el partido entre Notre Dame y Ohio State; aquella vez no tuve ningún problema, Jack, pero fui con el dinero justo para la entrada y no comí nada en todo el camino, ni a la ida ni a la vuelta, excepto lo que pude sacarle a todo tipo de gente loca que me encontré en la carretera y en el estadio... ¡Qué loco estaba entonces! Fui probablemente el único chico del mundo que pasó tantas penalidades para ver una tontería de partido. Y me pasé el viaje del principio hasta el final tratando de follarme a todas las chicas...
Le pedí que me contara los detalles de su estancia en Los Angeles en 1945.
—Me detuvieron en California, ¿sabes? El nombre de la cárcel no te dirá nada a ti pero era..., bueno, el peor sitio donde me han metido en toda mi vida. Tuve que fugarme... La fuga del siglo, Jack, si es que hablamos de fugas en general. Bien, pues ya estaba fuera y tenía que cruzar un bosque y me moría de miedo porque si me atrapaban me la iba a cargar de verdad..., me refiero a porras de goma y trabajos forzados y toda la pesca, y puede que hasta la «muerte accidental». Tenía que deshacerme de la ropa de presidiario, y robé una camisa y unos pantalones en una gasolinera, un robo de lo más limpio, y llegué a Los Ángeles vestido de empleado de gasolinera, así que me metí en la primera gasolinera que encontré y me dieron trabajo y me alquilé un cuarto y me cambié de nombre y pasé un año fantástico en Los Ángeles, con una nueva panda de amigos y algunas chicas preciosas. Aquel tiempo acabó una noche en que íbamos conduciendo por Hollywood Boulevard y le dije a mi compadre que cogiera el volante mientras le daba un beso a mi chica (conducía yo, ya ves), y EL TIPO NO ME OYÓ y nos estrellamos contra un poste, pero como íbamos a treinta por hora sólo me rompí la nariz. Ya te habrás fijado en mi nariz..., esta curva griega y torcida de aquí arriba. Después me fui a Denver y conocí a Louanne en una

heladería, esa misma primavera. Tío, sólo tenía quince años y llevaba unos vaqueros Levis y estaba esperando a que alguien se liara con ella. Tres días y tres noches de charla en el Ace Hotel, tercer piso, habitación de la esquina sureste, una habitación sagrada para el recuerdo y sagrado escenario de mi vida... Era una criatura tan dulce entonces; tan joven, tan putilla, tan mía... Ay, tío, me hago más y más viejo. ¡Ay! ¡Ay! Oye, mira esos viejos vagabundos junto a las vías.

Aminoró un poco la marcha.

—¿Ves? Nunca sabré si mi padre está entre ellos... —Había un grupo de figuras junto a las vías, tambaleándose frente a una hoguera—. Nunca sé si preguntar. Podría estar en cualquier parte.

Pasamos de largo. En algún lugar de la vasta noche —detrás o delante de nosotros— su padre yacería borracho bajo un arbusto, y, sin lugar a dudas, tendría saliva en la barbilla, orina en los pantalones, cera en los oídos, mocos en la nariz, quizá sangre en el pelo, y la luna brillaría sobre su cabeza. Cogí a Neal por el brazo.

—Ah, tío, ahora seguro que vamos rumbo a casa... —dijo. Nueva York iba a ser su hogar estable por vez primera. Lo sacudió la risa: no podía contener la impaciencia. —Y verás, Jack, cuando lleguemos a Pennsylvania empezaremos a oír esa música bop del Este: la pondrán todos los discjockey. —¡Adelante, cacharro, vuela!

Aquel coche magnífico hacía rugir al viento; hacía que las llanuras fueran desplegándose como un rollo de papel; despedía alquitrán caliente con deferencia —todo un vehículo imperial—. Mucho después de haber dejado los vastos espacios de salvia de las Sandhills, su inmenso morro aún llevaba ese polvo al adentrarse en los rocíos de los valles —que evocaban el Nilo— y de la mañana temprana. Abrí los ojos a un amanecer incipiente; nos dirigíamos hacia él. La cara de Neal, roqueña y más terca que nunca, se inclinaba sobre el salpicadero con inflexible determinación.

—¿En qué estás pensando, Papi?

—Ah, Jack... En lo mismo de siempre... Chicas, chicas, chicas... Junto con veloces pensamientos y sueños de vagabundeo plagados de promesas rotas... ¡Ay!

No había nada que decir, en un fabuloso coche como aquél. Me eché a dormir, y desperté a la atmósfera caliente y seca de una mañana de domingo de julio en Iowa, y Neal seguía conduciendo sin tregua, y no había levantado el pie del acelerador ni un ápice —salvo en los valles de grano llenos de curvas, en que íbamos como mínimo a ciento veinte—. En la carretera circulábamos a ciento ochenta, como de costumbre, a menos que hubiera tráfico en ambos sentidos, en cuyo caso íbamos en hilera a paso de tortuga —a unos míseros noventa o cien por hora—. Cuando veía la oportunidad saltaba de su carril y adelantaba a media docena de coches y los dejaba atrás envueltos en una nube de polvo. Un tipo loco que conducía un Buick nuevo vio lo que estaba haciendo Neal y empezó a perseguirnos. Cuando Neal estaba a punto de adelantar a un grupo de vehículos, el tipo se puso a nuestra izquierda como un rayo sin avisarnos, mientras lanzaba alaridos y tocaba desaforadamente el claxon y hacía parpadear las luces traseras para

desafiarnos. Salimos a darle caza como un ave de presa.
—Espera y verás —dijo Neal, soltando una carcajada—. Voy a reírme de ese cabrón durante una veintena de kilómetros. Mirad.
Dejó que el Buick lo adelantara, y entonces aceleró y lo alcanzó de la forma más brusca e intempestiva. Eso sacó de quicio al loco del Buick, que puso su máquina a ciento sesenta. Y tuvimos la oportunidad de ver quién era. Parecía un hipster de Chicago que viajaba con una mujer lo bastante mayor para ser —y probablemente lo era— su madre. Dios sabe si estaría protestando, pero el loco estaba embarcado en una carrera con nosotros. Tenía el pelo oscuro y enmarañado (quizá era un italiano del viejo Chicago), y vestía una camisa sport. Puede que pensara que éramos una nueva banda de Los Ángeles que estaba invadiendo Chicago, tal vez hombres de Mickey Cohén, porque la limusina daba totalmente esa imagen y la matrícula era de California. Pero en el fondo no era otra cosa que un pasatiempo de carretera. Aquel loco se arriesgaba mucho para mantenerse en cabeza: adelantaba en las curvas, y apenas volvía a la fila cuando veía que un camión surgía en la lejanía y que en unos instantes se le echaría encima. Recorrimos unos ciento treinta kilómetros de Iowa de esta guisa, y la carrera se volvió tan apasionante que no tuve ocasión de tener miedo. Luego el tipo se rindió, se paró en una gasolinera —seguramente obedeciendo órdenes de la vieja dama—, y cuando nos alejamos rugiendo nos saludó con la mano lleno de júbilo y de reconocimiento. Proseguimos viaje; Neal desnudo de cintura para arriba, yo con los pies en el salpicadero, y los chicos de los jesuitas dormidos en el asiento trasero. Nos detuvimos a desayunar en un restaurante de carretera cuya encargada, una lugareña de pelo blanco, tuvo la generosidad de darnos unas raciones exorbitantes de patatas mientras en el pueblo más cercano repicaban las campanas de la iglesia. Seguimos viaje.
—Neal, durante el día no corras tanto.
—No te preocupes, tío; sé lo que hago.
Empecé a temblar. Cuando en la carretera se formaban colas de coches Neal llegaba a ellas como el Ángel de Terror. Casi embestía a los últimos en busca de un resquicio por donde pasar. Les daba topetazos en los guardabarros; se relajaba, los acuciaba, estiraba el cuello para ver las curvas. Y en un momento dado el enorme Cadillac saltaba hacia un lado al pisar Neal el acelerador, y adelantaba y, como siempre, volvía a su carril sólo en el último segundo, justo cuando los coches que venían en sentido contrario llegaban como exhalaciones, y yo temblaba de pies a cabeza. Ya no podía soportarlo. Son contadas las veces en que se encuentra en Iowa una larga recta como las de Nebraska, y cuando dábamos con una Neal volvía a poner el coche a ciento ochenta, y en el curso de este rodar velocísimo yo veía lugares que recordaba de mi viaje de 1947 —por ejemplo un largo tramo en el que Eddie y yo nos habíamos quedado dos horas varados—. Toda aquella vieja carretera de mi pasado iba desenrollándose a velocidad vertiginosa, como si la taza de la vida se hubiera volcado y todo se hubiera vuelto un caos. Los ojos me dolían como si me hallara inmerso en una pesadilla diurna.
—Oh, mierda, Neal..., no lo soporto más. Me voy ahí atrás, no puedo seguir mirando.

—¡Ji, ji, ji! —rio ahogadamente Neal al adelantar a un coche en un puente estrecho.
Viró bruscamente en medio de una nube de polvo y se alejó con un ruido atronador. Salté de mi asiento, y me acurruqué para dormir. Uno de los chicos se deslizó hasta el asiento de delante para pasar un rato divertido. Se apoderó de mí la gran paranoia terrorífica de que aquella mañana íbamos a estrellarnos, así que me agaché y me eché en el suelo, cerré los ojos y traté de conciliar el sueño. Cuando era marinero solía pensar en las olas que bullían debajo del casco del barco, y en las profundidades insondables de más abajo; ahora sentía la carretera medio metro debajo de mí, desplegándose y silbando a velocidades increíbles, y hacia delante, siempre hacia delante por el quejumbroso continente. Cuando cerré los ojos lo único que podía ver era aquel asfalto desenrollándose en mi interior. Cuando los abría veía las sombras parpadeantes de los árboles vibrando en el suelo del Cadillac. No había manera de escapar. Me resigné. Y Neal seguía al volante; no tenía intención alguna de dormir antes de llegar a Chicago. Por la tarde cruzamos Des Moines. Aquí, como es lógico, nos vimos envueltos en la maraña del tráfico y tuvimos que avanzar despacio, y volví al asiento delantero. Tuvo lugar un extraño y patético percance. Un negro gordo iba delante de nosotros en un sedán con toda su familia; del parachoques de atrás colgaba una de esas bolsas de lona de agua que venden a los turistas en el desierto. El hombre paró bruscamente, y Neal, que iba hablando con los chicos del asiento trasero, embistió contra él sin darse cuenta a unos veinticinco kilómetros por hora; la bolsa reventó como un forúnculo y lanzó el agua al aire en todas direcciones. No hubo más daño que un guardabarros abollado. Neal y yo bajamos a hablar con el hombre; hubo un intercambio de direcciones y una breve charla, durante la cual Neal no dejó ni un instante de mirar los hermosos pechos morenos de la mujer del hombre gordo, apenas ocultos por una delgada blusa de algodón. —Sí, sí —decía Neal todo el tiempo.
Le dimos la dirección de nuestro potentado de Chicago y seguimos adelante. En las afueras de Des Moines empezó a perseguirnos un coche patrulla con la sirena a todo trapo, y al alcanzarnos nos ordenó parar.
—¿Qué pasa ahora?
Se apeó uno de los policías.
—¿Han tenido ustedes un accidente al entrar en la ciudad? —¿Accidente? Le hemos roto la bolsa de agua a un tipo en el cruce.
—El del otro coche dice que unos tipos con un coche robado le han dado un golpe por detrás y se han dado a la fuga.
Fue una de las pocas veces que Neal y yo veíamos que un negro actuaba como un receloso imbécil. Nos sorprendió tanto que nos echamos a reír. Tuvimos que seguir al coche patrulla hasta la comisaría, y esperar durante una hora en el césped mientras telefoneaban a Chicago para hablar con el dueño del Cadillac y comprobar si de verdad éramos unos chóferes que éste había contratado. El pez gordo dijo, según el policía:
—Sí, el coche es mío, pero no respondo de nada de lo que hayan podido hacer esos chicos.

—Han tenido un pequeño accidente aquí en Des Moines.
—Sí, ya me lo ha dicho antes. A lo que me refiero es a que no me hago responsable de lo que esos muchachos hayan podido hacer en el pasado.
No había más imputaciones. Todo quedó aclarado y pudimos seguir viaje. Aquella tarde atravesamos la somnolienta Davenport y el Mississippi con mínimo caudal en su lecho de serrín. Luego Rock Island, unos cuantos minutos de tráfico, el sol enrojeciendo y súbitas vistas de pequeños y apacibles afluentes que discurrían por entre mágicos árboles y el exuberante verdor de Illinois, en la mitad de Norteamérica. Empezábamos a recorrer de nuevo el viejo y querido Este; el ingente y seco Oeste iba quedando atrás. El estado de Illinois se desplegaba ante mis ojos en un vasto movimiento de unas horas de duración, a medida que Neal pisaba el acelerador y mantenía la misma velocidad y, en su cansancio, se iba arriesgando más y más. En un puente estrecho que cruzaba uno de aquellos encantadores riachuelos, se encontró de pronto en una situación casi imposible. Teníamos delante dos coches lentos que iban dando botes sobre el puente, y en sentido contrario venía un camión enorme con remolque cuyo conductor estaba calculando cuánto tiempo les llevaría a los coches lentos recorrer la distancia que les quedaba de puente. Y, según sus cálculos, él podía mantener la velocidad porque cuando llegara los coches ya habrían salvado el puente. No había sitio en absoluto para que camión y coches ocuparan el puente a un tiempo. Detrás del camión venían coches que asomaban el morro a la espera de una oportunidad para adelantarle. Delante de los coches lentos circulaban otros coches aún más lentos. La carretera estaba abarrotada, y los coches se impacientaban. Y en medio de aquel embrollo se hallaba el puente estrecho —casi de un solo sentido—. Neal, sin la menor vacilación, se lanzó a ciento ochenta kilómetros por hora, adelantó a los coches lentos, rozó casi la barandilla izquierda del puente, siguió su carrera hacia el camión, que no aminoraba la marcha, y cortó hacia la derecha bruscamente, casi chocando con el primer coche lento de la fila, y tuvo que mantenerse en la derecha porque el primer coche de detrás del camión asomaba ya el morro para adelantarle —desistió al oír los bocinazos —, y todo en cuestión de un par de segundos y sin dejar más que una nube de polvo en lugar de una terrible colisión múltiple en la que los coches hubieran salido despedidos hacia todos lados y el enorme camión hubiera acabado volcado en la fatal tarde roja de Illinois y sus ensoñadores campos. Yo no podía quitarme de la mente, además, el hecho de que el famoso clarinetista bop Stan Hasselgard había muerto en un accidente de coche en Illinois, probablemente en un día como aquél. Volví al asiento trasero. Esta vez los chicos se quedaron donde estaban. Neal estaba empeñado en llegar a Chicago antes del anochecer. En un paso a nivel recogimos a un par de vagabundos que apenas podían juntar entre los dos medio dólar para gasolina. Un minuto antes estaban sentados junto a la vías, al pie del depósito de agua, apurando el vino que les quedaba, y ahora iban en una embarrada pero indómita e impresionante limusina Cadillac, rumbo a Chicago a velocidad de vértigo. De hecho el que iba en el asiento del acompañante no quitaba los ojos de la carretera, y seguro que en ningún

momento dejó de rezar sus pobres oraciones de vagabundo.
—Vaya —fue lo único que alcanzaron a decir—. Cuando dejamos a la pandilla anoche nunca se nos ocurrió pensar que íbamos a llegar a Chicago tan pronto.
Al pasar por las somnolientas poblaciones de Illinois —donde la gente es muy consciente de las bandas de Chicago que pasan todos los días en limusina como ahora pasábamos nosotros—, ofrecíamos una estampa bastante extraña: seis hombres sin afeitar; el conductor desnudo de cintura para arriba; yo, en el asiento trasero aferrado a un agarradero y con la cabeza apoyada en el respaldo, mirando el paisaje con mirada imperiosa... Tal como una nueva banda de California que llegara a disputar los despojos de un botín en Chicago, o cuando menos los jóvenes lugartenientes y chóferes y pistoleros de esa banda. Cuando paramos a tomar unas CocaColas y echar gasolina en la estación de servicio de una pequeña localidad, la gente salió a mirarnos, pero no dijo ni media palabra, y creo que tomaron nota mentalmente de nuestros rasgos y estaturas para poder describirnos en caso de necesidad. Cuando tuvo que hablar con la chica del surtidor Neal se echó la camiseta encima de los hombros como si fuera una bufanda, y se mostró cortante y seco como de costumbre, y cuando terminó volvió a subir al coche y puso en marcha el motor y nos alejamos a todo gas. El rojo del cielo pronto empezó a volverse púrpura, y dejamos atrás el último de los ríos deliciosos, y vimos los humos distantes de Chicago más allá del fondo de la autopista. Habíamos recorrido Denver-Chicago —unos 1.640 kilómetros, según las tablas de kilometrajes Rand McNally— en exactamente 23 horas, incluidas las dos que empleamos en la cuneta de Colorado y en la visita al rancho de Ed Uhl, y la que pasamos con la policía en Des Moines, Iowa, lo que —descontadas esas tres horas— nos daba una media de ochenta y dos kilómetros por hora por carretera general y con un solo conductor, y noventa y cuatro kilómetros por hora si contábamos los 240 kilómetros del desvío hasta el rancho de Ed Uhl en Esterling (1.880 kilómetros en total). Lo que de noche no deja de ser un récord bastante increíble. La gran metrópoli de Chicago irradiaba un fulgor rojo ante nuestros ojos. De pronto estábamos en Madison Street entre montones de vagabundos, algunos de ellos tumbados en las calles con los pies sobre el bordillo, mientras otros centenares de ellos se arremolinaban ante las puertas de los bares y boleras.
—¡Atento al viejo Neal Cassady: puede que este año lo veamos por casualidad en el mismísimo Chicago!
Dejamos a los vagabundos en Madison Street y seguimos hacia el centro. Trolebuses chirriantes, chicos vendiendo periódicos, chicas paseando, olor a comida frita y a cerveza en el aire, neones parpadeantes...
—¡De vuelta en la gran ciudad, Jack! ¡Yeaaa!
Lo primero que teníamos que hacer era aparcar el Cadillac en un sitio tranquilo y oscuro, y lavarnos y prepararnos para la velada. En la acera de enfrente de un albergue de la Asociación Cristiana de Jóvenes encontramos una calleja de ladrillo rojo entre edificios y dejamos el Cadillac al abrigo de las miradas, con el morro hacia la calle y listo para salir en cualquier

momento, y seguimos a los chicos de los jesuitas al albergue, donde cogieron una habitación y nos permitieron utilizar el cuarto de baño durante una hora. Neal y yo nos afeitamos y duchamos. A mí se me había caído la cartera en el vestíbulo; Neal la encontró, y cuando estaba a punto de metérsela con disimulo en la camisa se dio cuenta de que era la mía y se llevó una gran desilusión. Luego dijimos adiós a los chicos, que estaban muy contentos de haber llegado a su destino enteros, y nos fuimos a comer a un restaurante autoservicio. El viejo y parduzco Chicago, con las penumbras que envuelven los trenes elevados y las hurañas putas que se pasean por la calle y los extraños tipos medio del Este, medio del Oeste que van al trabajo y escupen en la calle. Neal estaba de pie en el restaurante frotándose la panza y mirándolo todo con suma atención. Quiso hablar con una mujer negra de edad mediana que había entrado en el local diciendo que no tenía dinero pero sí unos panecillos, y que por favor le dieran un poco de mantequilla. Meneaba las caderas, y, cuando la mandaron a paseo, se fue moviendo el trasero.

—¡Fiuuu! —exclamó Neal—. Vamos a seguirla, y nos la llevamos al Cadillac en el callejón. Los tres podemos pasarlo de maravilla.

Pero abandonamos la idea y nos encaminamos hacia North Clark Street, después de darnos una vuelta por el Loop, para ver los locales de chicas y oír bop. Y Dios, qué noche...

—Ah, Jack —me dijo Neal, de pie ante la puerta de un bar—. Mira esos viejos chinos que andan por Chicago. Qué ciudad más rara... ¡Fiuuu! Y aquella mujer de la ventana de allá arriba, mirando hacia abajo con las tetas fuera del escote del camisón. Unos ojos grandes, a la espera. ¡Fiuuu! Jack, tenemos que ir, tenemos que ir y no parar nunca hasta que lleguemos.

—¿Y adónde vamos, Neal?

—No lo sé, pero tenemos que ir.

Entonces llegaron unos jóvenes músicos bop y empezaron a bajar los instrumentos de unos coches. Los metieron todos en un bar, y Neal y yo entramos detrás de ellos. Se sentaron en un pequeño escenario y se pusieron a tocar. ¡Sí, adelante! El líder era un saxo tenor delgado y lánguido, de hombros estrechos, con el pelo rizado y la boca fruncida y una expresión autocomplaciente en los ojos. Llevaba una camisa sport muy holgada y parecía como ajeno a lo que le rodeaba en la noche cálida. Levantó el saxo, frunció el ceño a unos centímetros de él y empezó a tocar de un modo cool y complejo, y golpeaba delicadamente el suelo con los pies para captar ideas y se agachaba para evitar otras.

—¡Adelante! —decía en voz muy baja cuando los otros acometían un solo.

Era el líder, el animador, el maestro en la gran escuela formal de la música norteamericana underground que algún día se estudiaría en todas las universidades de Europa y del mundo. Y luego estaba Prez, un rubio grande y guapo que parecía un boxeador con pecas, meticulosamente embutido en un traje de lanilla a cuadros de faldones largos y con el cuello caído y la corbata desanudada para dar sensación de brusquedad y desenfado, que sudaba y levantaba el saxo y se lo llevaba casi a la cara y le arrancaba una tonalidad muy parecida a la del propio Lester Young, alias Prez.

—¿Ves, Jack? Prez tiene las angustias técnicas del músico que se dedica a ganar dinero; es el único que va bien vestido, y que se pone malo cuando desafina. Pero el líder es un tipo cool que le dice que no se preocupe, y que se limite a tocar, a tocar... El mero sonido y la seria exuberancia de la música..., eso es lo único que a ÉL le importa. Es un artista. Y le está enseñando al joven Prez el boxeador. ¡Ahora mira los otros!
El tercero era el saxo alto, un negro de dieciocho años serio y más alto que el resto, contemplativo y cool del tipo de Charlie Parker, con aire de estar aún en secundaria y una boca que era como un ancho tajo. Levantó el saxo y tocó suave y pensativamente, consiguiendo frases como trinos y lógicas arquitectónicas a lo Miles Davis. Eran los hijos de los grandes innovadores del bop. Estaba Louis Armstrong, que tocaba su hermosa música en el barro de Nueva Orleans; y antes de él los músicos locos que habían desfilado en días oficiales y habían convertido la marcha de Sousa35 en ragtime. Luego estaba el swing, y Roy Eldridge, vigoroso y viril, que tocaba la trompeta en todos los registros imaginables de fuerza y lógica y sutileza... Se inclinaba sobre ella con ojos brillantes y una sonrisa encantadora, y la transmitía de forma que hacía bambolearse al mundo del jazz. Luego llegó Charlie Parker, un niño en la leñera de su madre en Kansas City, tocando su saxo alto parcheado entre los troncos, practicando en días lluviosos, yendo a ver la vieja banda de Basie y Benny Moten, donde estaban Hot Lips Page y los demás... Charlie Parker se iba de casa y llegaba a Harlem, y conocía al loco Thelonius Monk y al aún más loco Gillespie... Charlie Parker en sus primeros tiempos, cuando se ponía en trance y daba vueltas en círculo mientras tocaba. Algo más joven que Lester Young, también de Kansas City, aquel bobo sombrío y santo en quien se compendiaba toda la historia del jazz: porque cuando levantaba el saxo y lo alineaba con la boca en una línea horizontal tocaba la música más excelsa; y a medida que se iba dejando el pelo más largo y se volvía más vago y recurría a lo fácil, su saxo fue cayendo hasta quedar a media altura, hasta que al final cayó del todo y hoy lleva esos zapatos de suela gruesa que le impiden sentir las aceras de la vida y se pega el saxo con suavidad al pecho y toca cool con frases fáciles y ha tirado la toalla. Éstos son los hijos de la noche bebop norteamericana. Extrañas flores, sin embargo..., porque mientras el jovencísimo negro del saxo alto divagaba por encima de las cabezas de todos con dignidad, el rubio alto y delgado de Curtis Street, Denver, Levis y cinturón tachonado, chupaba la boquilla de su instrumento mientras esperaba a que los otros terminaran; y cuando los otros terminaron él empezó a tocar, y tenías que mirar a tu alrededor para saber de dónde venía aquel solo, pues venía de unos labios angélicos y sonrientes que apretaban la boquilla, y lo que oías era el delicioso solo de cuento de hadas de un instrumento de viento. Un fagot alto había irrumpido en la noche. ¿Qué era de los demás, y de todo el sonido que estaban produciendo? Había un bajista, de pelo pelirrojo e hirsuto y ojos desaforados, que golpeaba el bajo con las caderas a cada brusco rasgueo, y que en los momentos álgidos se le abría la boca como si estuviera en trance.
—Tío, ahí tienes a un tipo que sabe follarse como es debido a su chica.
El batería, triste y disoluto, tal como hacía nuestro hipster blanco de

Howard Street, en Frisco, holgaba a sus anchas mientras miraba fijamente al vacío con los ojos bien abiertos, mascaba chicle y balanceaba el cuello en complaciente éxtasis, con placer reichiano. El pianista era un italiano grande y fornido, con pinta de camionero y manos rollizas, de poderosa y reflexiva alegría. Tocaron durante una hora. Nadie les escuchaba. Los viejos vagabundos de North Clark Street holgazaneaban en el bar; las putas chillaban, furibundas. Pasaban por la acera chinos misteriosos. Los ruidos de los cabarés interferían en la música, pero el grupo seguía tocando. De pronto, en la acera, vimos una aparición. Un chiquillo de unos dieciséis años, con perilla y el estuche de un trombón. Delgado, casi raquítico, con cara de loco, quería unirse al grupo y tocar con ellos. Lo conocían de antes, y no les apetecía perder el tiempo con él. Se deslizó con aire furtivo hasta la barra, sacó el trombón y se lo llevó a los labios. No emitió sonido alguno. Nadie lo miró. Los músicos acabaron la actuación, guardaron los instrumentos y se fueron. Iban a otro local. El chico tenía el trombón fuera, montado; sacó brillo al pabellón. A nadie le importaba un bledo lo que hiciera. El chico quería tocar y disfrutar..., aquel chiquillo esquelético de Chicago. Se puso las gafas oscuras, se llevó el trombón a los labios y, solo en el bar, lanzó un sonoro «¡Bouuu!». Y salió apresuradamente en pos de los músicos del grupo. No le iban a dejar tocar con ellos —lo mismo que un equipo de fútbol americano aficionado haría con un advenedizo en el campo de juegos de detrás del depósito de gasolina.

—Todos esos chicos viven con sus abuelas —dijo Neal—. Exactamente igual que Jim Holmes y ese saxo alto que se parece a Allen Ginsberg.

Salimos detrás del grupo y del chico. Fueron al club Anita O'Day, donde sacaron los instrumentos y tocaron hasta las nueve de la mañana. Neal y yo seguíamos allí, delante de unas cervezas. En los descansos nos íbamos corriendo al Cadillac, montábamos en él y tratábamos de engatusar a un par de chicas en las calles de Chicago. Pero las chicas se asustaban de nuestro gran coche, profético y lleno de ralladuras. Volvíamos apresuradamente, y volvíamos a irnos a la carrera. En su loco frenesí Neal daba marcha atrás y chocaba con las bocas de riego, y se reía solapadamente como un demente. A las nueve de la mañana el coche era una auténtica ruina: los frenos no funcionaban; los guardabarros estaban hundidos; las bielas hacían un ruido metálico. Ahora era un cacharro embarrado en lugar de una limusina reluciente. Era el precio de la noche.

—¡Fiuuu!

El grupo seguía tocando en Neets. Y de pronto Neal se quedó mirando la oscuridad de una esquina, más allá del estrado de los músicos, y dijo:

—Jack, ha llegado Dios.

Miré. ¿Y quién estaba sentado en el rincón con Denzel Best, John Levy y Chuck Wayne (el un día cowboy guitarrista)? GEORGE SHEARING. Y, como siempre, apoyaba la cabeza ciega sobre la mano pálida, y aguzaba el oído como lo aguzaría un elefante para escuchar los sones norteamericanos y poder dominarlos luego para su propio uso de noche inglesa de verano. Y en un momento dado le instaron a que subiera al escenario y tocara. Y lo hizo. Tocó montones de temas repletos de asombrosos acordes que subían y

subían hasta que el sudor salpicaba todo el piano y todo el mundo escuchaba con arrobo y miedo reverente. Al cabo de una hora lo ayudaron a bajar del pequeño escenario. Volvió a sentarse en su rincón oscuro..., el viejo Dios Shearing, y los músicos dijeron: «Después de esto, ya no hay nada que tocar». Pero el líder del grupo, el hombre delgado, frunció el ceño y dijo: «Pero toquemos de todas formas». Algo saldría de todo aquello. Siempre hay más, siempre se puede ir un poco más lejos... Es algo que nunca se agota. Tras las exploraciones de Shearing, intentaron encontrar otras líneas arguméntales; y lo intentaron con tesón. Se encogían y retorcían, y tocaban sin tregua. De cuando en cuando un grito armónico limpio sugería un tema que un día llegaría a ser el único tema del planeta y que elevaría el alma de los hombres al gozo. Lo encontraban, lo perdían, se afanaban por recuperarlo, lo volvían a encontrar, reían, gemían... Y Neal sudaba en la mesa, y les decía «adelante, adelante...». A las nueve de la mañana todo el mundo —músicos, chicas en pantalones, bármanes y hasta el chico raquítico y desdichado del trombón— salió del club dando tumbos y se adentró en el gran fragor diurno de Chicago para irse a dormir hasta que comenzara de nuevo la loca noche de bop. Neal y yo nos estremecimos, andrajosos. Había llegado la hora de devolver el Cadillac a su dueño, que vivía en un lujoso apartamento de Lake Shore Drive, con un enorme garaje en el subsuelo con encargados negros llenos de grasa, que tenían que dormir por la noche si querían conservar sus empleos y no podían pasarse la noche en vela escuchando bop. Fuimos en el Cadillac, y entramos en el garaje. El mecánico no lo reconoció. Le tendimos los papeles. Al verlos, el tipo se rascó la cabeza. Teníamos que largarnos a toda prisa. Y eso hicimos. Cogimos un autobús que nos llevaba al centro, y eso fue todo. Y jamás oímos ni una palabra del pez gordo de Chicago sobre el estado en que había quedado su limusina, a pesar de que tenían nuestras direcciones y podría habernos hecho llegar sus quejas. Estaba claro que tenía un montón de dinero y que le tenía sin cuidado las juergas que nos habíamos corrido con su coche, tal vez sólo uno entre muchos en su escudería. Era hora de que nos fuéramos a Detroit y cumpliéramos con lo último que teníamos que hacer en nuestra desordenada vida juntos en la carretera.

—Si Edie quiere se vendrá con nosotros a Nueva York. Alquilaremos un apartamento, y si esa Beverly de Denver viene de veras a vivir contigo estaremos los cuatro juntos en Nueva York, y saldremos por ahí y buscaremos trabajo y al final, si yo gano más dinero con lo mío, haremos exactamente lo que dijimos en el tranvía: nos iremos a Italia.

—¡Eso es, tío! ¡Vámonos!

Cogimos un autobús para Detroit (nos quedaba poquísimo dinero). Arrastramos el maltrecho equipaje por toda la estación. Para entonces la venda de Neal estaba casi tan negra como el carbón, y toda desenrollada. Teníamos un aspecto tan miserable como cabía esperar después de todas las cosas que habíamos hecho. Neal, exhausto, se durmió en el autobús que bramaba a través del estado de Michigan. Entablé conversación con una joven y bonita campesina que llevaba una blusa de algodón muy escotada que dejaba al descubierto el hermoso bronceado de la parte alta de sus

pechos. Yo me dirigía a ver a mi impulsiva ex-mujer, y quería conocer a otras chicas y comprobar lo que podían ofrecerme. Ésta era una chica obtusa. Hablaba de atardeceres en el campo haciendo palomitas de maíz en el porche. En otro tiempo eso me habría alegrado el corazón, pero como el suyo no estaba alegre cuando me lo contaba supe que en lo que me contaba no había nada salvo la idea de lo que se debe hacer.
—¿Y qué más haces para divertirte?
Intentaba sacar el tema de los chicos y el sexo. Sus grandes ojos oscuros me miraron vacíos y con una especie de pesadumbre que se remontaba en su sangre a generaciones y generaciones atrás por no haber hecho lo que la vida había pedido a gritos hacer... (fuera lo que fuere, y todo el mundo sabía lo que era).
—¿Qué es lo que esperas de la vida?
Quería forzarla a que me dijera lo que sentía. Pero la chica no tenía la menor idea de lo que quería. Masculló algo sobre empleos, películas, visitas a su abuela en el verano, ganas de viajar a Nueva York e ir al Roxy, y la ropa que le gustaría ponerse..., un vestido parecido al que había llevado la pasada Pascua: gorrito blanco, rosas, zapatos de salón rosas y chaqueta de tela de gabardina.
—¿Qué haces los domingos por la tarde? —le pregunté.
Los pasaba sentada en el porche. Los chicos pasaban en bicicleta y se paraban para charlar. Leía tebeos, se tumbaba en la hamaca.
—¿Qué haces las noches calurosas de verano?
Las pasaba sentada en el porche, mirando los coches que pasaban por la carretera. Y su madre y ella hacían palomitas de maíz.
—¿Qué hace tu padre las noches de verano? Me dijo que trabajar; tenía el turno de noche en la fábrica de calderas.
—¿Qué hace tu hermano las noches de verano?
Andar en bicicleta; pasar el rato enfrente de la heladería.
—¿Qué le gustaría hacer? ¿Qué nos gustaría hacer a todos? ¿Qué queremos?
No lo sabía. Bostezaba. Tenía sueño. Era demasiado. Nadie podía explicárselo. Nadie podría explicárselo jamás. Todo había terminado. Tenía dieciocho años, y era de lo más adorable, y andaba perdida. A la llegada Neal y yo, harapientos y sucios como si hubiéramos vivido en el arroyo, nos bajamos del autobús en Detroit y echamos a andar calle abajo y nos metimos en un cuarto de hotel barato, con una bombilla en el techo, y levantamos la persiana marrón rota y miramos el callejón de muros de ladrillo. Algo nos esperaba más allá del cubo de la basura del fondo... Dos mujeres estupendas en pantalones regentaban el establecimiento. Pensamos que era una casa de putas. Había normas impresas y clavadas con chinchetas en todas las paredes de tablillas. «Tengan consideración con los demás huéspedes y no cuelguen ropa a secar». No haga esto, no haga lo otro. Neal y yo salimos y comimos pan de carne en un sitio de comidas frecuentado por vagabundos, y echamos a andar en el vasto crepúsculo de Detroit en dirección a la casa de mi ex-mujer, que estaba a unos ocho kilómetros Mack Avenue arriba. La había llamado, pero aún no había llegado a casa.

—Si es necesario la esperamos toda la noche tumbados en la hierba.
—De acuerdo, tío. Tú vete delante, que yo te sigo.
A las diez de la noche estábamos enzarzados en una conversación cuando un coche patrulla se paró a unos metros de nosotros y dos policías se apearon con sendos cuadernos de notas y nos dijeron que nos pusiéramos en pie. Había habido denuncias contra dos hombres que habían estado merodeando al acecho de una casa, desde el césped de enfrente y hablando a grandes voces.
—Se confunde con nosotros, agente. Esa es la casa de mi ex-mujer, y estamos esperándola para que vuelva conmigo a casa. —¿Quién es este que está contigo?
—Es amigo mío. Acabamos de llegar de California camino de Nueva York, y mi mujer viene conmigo.
—Me ha parecido oírle que era su ex-mujer.
—El matrimonio fue anulado, pero puede que volvamos a casarnos.
Los policías vacilaron unos instantes, y se fueron, pero nos dijeron que nos mantuviéramos lejos del vecindario. Nos fuimos a un bar, y esperamos. Los polis habían hablado previamente con el encargado y le habían contado toda la historia, y le dijeron que no nos quitara el ojo de encima. Neal volvió a casa de Edie al cabo de una hora, para ver cómo iban las cosas, y, horror de horrores, se enteró de que los polis habían hablado con la madre y le habían contado toda la historia. Mi ex-suegra no me soportaba. Se había casado de nuevo con un fabricante de pinturas de edad mediana, y no quería más problemas con los tipos de mi calaña. Dijo que no se hacía responsable de nada de lo que yo pudiera hacer en Detroit. Y no era sólo que la hubieran sacado de la cama. Neal y yo decidimos volver al centro a dormir. Cuando Edie volviera —de donde fuera de Detroit— aquella noche a casa se sorprendería al oír las nuevas. Fue ella misma quien se puso al teléfono cuando llamé a la mañana siguiente.
—Tú y ese amigo loco tuyo venid ahora mismo a verme. Os esperaré en la esquina con los chicos.
Los chicos resultaron ser unos famosillos cargantes que eran como delincuentes juveniles, y hela allí a ella, unos veintisiete años y tan bobalicona como siempre. En cuanto la vi supe que nunca volvería con ella: estaba gorda, llevaba el pelo muy corto, y una especie de mono, y mordisqueaba un dulce mientras se tomaba una cerveza. A Neal y a mí —su antigua pareja no nos prestaba ninguna atención: lo único que hacía era charlar y reírse tontamente con sus amigos. Sin embargo, nos dio de comer bien; su madre estaba fuera, y nos zampamos un asado enorme. Luego —sin motivo alguno— nos fuimos a dar una vuelta en el coche trucado de los chicos. Estaban como cabras: de unos dieciséis años y ya con problemas con la policía: multas por exceso de velocidad y demás...
—¿Para qué has venido a Detroit, Kerouac?
—No lo sé. Quería verte.
—Bueno, si es que vamos a casarnos y toda esa mierda otra vez, yo quiero una criada... —Aquello zanjó el asunto—. No quiero fregar los platos sucios, quiero que lo haga alguien por mí.

—¿Y qué me dices de las cosas bonitas de la vida?
—Esas cosas no significan nada para mí, Kerouac; déjate de monsergas de chiquillos y háblame de hechos.
—Puedes meterte los hechos por donde te quepan.
—Ajá. El mismo idiota de siempre.
Ese era nuestro parloteo de amor. Neal escuchaba y nos miraba con dureza.
—¿Sabes lo que le pasa? —me dijo luego—. Que tiene una roca en la barriga. Tiene un peso ahí dentro que le empuja y que vibra contra su estómago y no le deja bajar a ras de tierra a hablar. En lo que le queda de vida no va a hacer nada de nada más que haraganear y haraganear todo el tiempo, así que nunca llegarás a nada con ella.
Era un juicio bastante certero. Pero nuestro pasado juntos me hacía tenerle tanto apego a aquella mujer que no quería marcharme de Detroit inmediatamente. Quería dejar las cosas claras con ella. Aquella noche vino con una amiga para Neal, pero la chica no se pudo quitar a su novio de encima y apareció con él y los cinco nos fuimos en el coche de Edie a oír jazz en Hastings Street, el barrio negro de Detroit. Es una zona lúgubre. Un grupo de negros pasó por nuestro lado en la calle y uno de ellos dijo: «Creo que se está viendo mucha gente blanca por aquí». Estábamos de vuelta en el Este, no había duda. Neal sacudió la cabeza con tristeza.
—Tío, este sitio no me gusta ni un pelo. Es un infierno de ciudad.
Detroit es de hecho una de las peores ciudades de toda Norteamérica. No es más que kilómetros y kilómetros de fábricas, con un centro pequeño, no mayor que la ciudad de Troy, Nueva York; sólo que su población es de millones... En Detroit nadie piensa en otra cosa más que en dinero, dinero, dinero.
Pero en Hastings Street, al menos, los grupos estaban tocando. En el pequeño escenario tocaba un saxo barítono —un tipo grande y magnífico que Neal y yo ya habíamos visto aquel invierno en Jackson's Hole, San Francisco—, pero el escenario estaba en lo alto, por encima de la barra, donde bailaban las chicas, y la idea no era la música sino el baile. El tipo, con todo, movía de un lado a otro su gran saxo mientras tocaba un blues rápido. La pobre Edie estaba sentada en la barra con las manitas apretadas, unos puños infantiles que alzaba al aire y sostenía delante de la cara, de puro gozo de oírle. Y de pronto me dijo en medio del fragor del local:
—¡Eh! Ese Neal tiene un alma grande...
Y dije:
—¿Cómo lo sabes?
Y entonces comprendí que seguía siendo la gran persona que había sido siempre, pero que había algo que se interponía entre nosotros, y que nunca podríamos volver a estar juntos. Me sentí muy triste. Ese algo eran los años que habíamos pasado separados... Ella había cambiado: de amigos, de modos de pasar las veladas, de intereses; todo ello le había hecho caer en la completa incuria y los excesos. Pero la vieja chispa seguía en ella. Apenas unos meses antes Hunkey la había visitado en Detroit y se había dejado un montón de camisas buenas en su casa, donde había pasado unos días quejándose hasta que la madre de Edie lo echó a la calle. Ahora Hunkey

estaba en Sing Sing, con una condena de años, entre bongos de lata que fabrican los presos portorriqueños para pasarlo bien a la caída del sol en las galerías de acero. Edie me regaló una de esas camisas; mi actual mujer se la pone ahora. Es una camisa preciosa, típica de Hunkey. Quise hacer el amor con Edie por última vez, pero ella no quiso. Fuimos en su coche hasta el Lago, solos, después de dejar a Neal en el hotel donde las putas propietarias en pantalones habían prohibido la entrada a Edie para charlar y beber cerveza («¡Nosotras no regentamos un local de ésos!»), y Edie les dijo que se fueran al infierno. En el lago nos quedamos sentados en el coche como unos amantes normales y corrientes. Le dije:
—¿Qué tal si tú y yo lo intentamos por primera o última vez, o como quieras llamarlo...?
—No seas idiota.
Me enfurecí: salté fuera del coche, di un portazo y fui hasta la orilla a «rumiar» su negativa junto al agua. Esto siempre había funcionado; siempre había venido hasta mí y me había consolado. Pero ahora lo que hizo fue meter marcha atrás, recular e irse a casa a dormir. Para volver tendría que caminar unos diez kilómetros en la noche de Detroit, pues a aquella hora no había ningún autobús que hiciera ese trayecto. Al final tuve que andar sólo seis kilómetros, ya que encontré una parada de tranvía (uno de ellos me dejaría en el centro). Fue como las caminatas que había tenido que darme en el oscuro Alameda Boulevard, en Denver, cuando avanzaba a marchas forzadas sobre el asfalto que relucía bajo la luz de las estrellas. No había nada que hacer, pues, y Neal me dijo que por qué no nos íbamos a Nueva York. Pero yo quería intentarlo una vez más. A la tarde siguiente fuimos a casa de Edie y pasamos otras cinco horas de indolencia en compañía de sus amiguitos chiflados, devorando comida de la nevera mientras su madre estaba en el trabajo. Luego Edie nos dijo que esperáramos en el bar de Mack Avenue —el del encargado que nos había estado vigilando— hasta que bajara a reunirse con nosotros. Al doblar la esquina miré hacia atrás y vi que Edie le hacía una seña a un coche que estaba en la calle; segundos después la vi salir del portal y montarse en él. El coche retrocedió un poco para no venir en nuestra misma dirección y se alejó hasta que lo perdí de vista. Dije:
—¿Qué diablos significa eso? ¿Es Edie la que ha subido a ese coche? ¿No iba a reunirse con nosotros en el bar?
Neal guardaba silencio. Esperamos una hora, y al cabo me pasó el brazo por encima del hombro y dijo:
—Jack, sé que no quieres creértelo, pero ¿no ves lo que pasa?
¿Es que nunca se te ha ocurrido pensar que Edie tiene novio? ¿Un amante en Detroit que la ha venido a recoger ahora mismo? Si te quedas aquí esperando vas a esperar toda la noche. —¡Pero si nunca ha sido así!
—No conocerás nunca a las mujeres aunque vivas con ellas un millón de años. Es igual que Louanne, tío, todas son unas putas... Y ya sabes a lo que me refiero con lo de putas: algo completamente diferente a lo que significa la palabra. Simplemente apartan su mente de ti como si cambiaran un abrigo de piel que ha dejado de gustarles. Las mujeres pueden olvidar, los hombres no. Te ha olvidado, Jack. Y no quieres creértelo.

—No puedo.
—Lo has visto con tus propios ojos, ¿no? —Supongo que sí.
—Se ha largado con él. La muy zorra, además, no ha querido decirte nada de lo que tenía en mente. Ah, Jack, conozco a este tipo de mujeres; la he estado observando estos dos días, y lo sé, lo SE...
El verano se había terminado. Estábamos allí en la acera, enfrente del bar... ¿Qué diablos hacíamos en Detroit? Empezaba a hacer frío. Era el primer anochecer frío desde la primavera. Nos encogimos dentro de las camisetas.
—Ah, tío... Sé cómo te sientes. La vida ha dado un giro con lo de nuestras mujeres... He terminado con Carolyn; hace mucho que he terminado con Louanne; y ahora tú has terminado con Edie... Nos vamos a Nueva York y empezamos de nuevo, desde cero. He querido a Louanne con todas las fibras de mi ser, Jack, y al final me ha tratado como Edie te está tratando a ti.
Sin embargo, volví a su casa a ver si estaba. Quien estaba era su madre: la vi por la ventana de la cocina. Era una época de mi vida totalmente acabada. Estaba de acuerdo con Neal.
—La gente cambia, tío, y esto es lo que tienes tú ahora.
—Espero que tú y yo no cambiemos nunca.
—Nosotros sabemos, nosotros sabemos...
Cogimos un tranvía y nos bajamos en el centro, y de pronto recordé que Louis-Ferdinand Céline había montado una vez en este mismo tranvía con su amigo Robinson; quienquiera que fuera el tal Robinson, si no —presumiblemente— el propio Céline. Y Neal era un poco yo mismo, porque había soñado con Neal la noche anterior en el hotel, en la que Neal era yo. En cualquier caso, era mi hermano e íbamos a seguir juntos. No podíamos permitirnos otra noche en el hotel, así que decidimos meter nuestras cosas en la consigna automática de la estación Greyhound y pasar la noche en un cine de sesión nocturna continua de Skid Row. Hacía demasiado frío para pasarla en un parque. Hunkey había estado en los barrios más miserables de Detroit, y había frecuentado todas las «galerías de tiro» y todos los cines nocturnos y todos los bares de camorristas, y lo había mirado todo con sus grandes ojos oscuros. Su fantasma no nos abandonaba. Ya nunca volveríamos a encontrarlo en Times Square. Pensamos que acaso se diera la coincidencia de que también estuviera en Detroit el Viejo Neal Cassady —pero no estaba—. Por treinta y cinco centavos entramos en un viejo y destartalado cine, nos sentamos en unos asientos de platea y estuvimos toda la noche. Por la mañana nos echaron. La gente que estaba en aquel cine nocturno era la hez. Negros desharrapados que, siguiendo un mero rumor, habían venido de Alabama a buscar trabajo en las fábricas de coches; viejos vagabundos blancos; jóvenes hipsters&e pelo largo que habían llegado al final del camino y bebían vino barato; putas, parejas normales, amas de casa sin nada que hacer, ningún sitio adonde ir, nadie en quien creer. Ni aun pasando todo Detroit por un tamiz de alambre podría recogerse una muestra mejor de sus desechos. La primera película era del cowboy cantante Roy Dean y su gallardo caballo blanco Bloop. La segunda era de George Raft, Sidney Greenstreet y Peter Lorre, y se desarrollaba en Estambul. En el curso de la noche vimos ambas cintas unas seis veces cada

una. Las vimos despertando, las oímos durmiendo, las percibimos soñando... Cuando llegó el día estábamos completamente imbuidos del extraño y gris Mito del Oeste y del oscuro y misterioso Mito del Este. Desde entonces ha sido esta experiencia osmótica terrible la que ha dictado automáticamente todos los actos a mi subconsciente. Oí un centenar de veces la voz desdeñosa del corpulento Greenstreet; oí las siniestras insinuaciones de Peter Lorre; acompañé a George Raft en sus miedos paranoicos; cabalgué y canté con Roy Dean y disparé contra los cuatreros innumerables veces. La gente llevaba botellas y bebía a morro y se daba la vuelta y miraba hacia todas partes en el teatro oscuro en busca de algo que hacer, de alguien con quien hablar. En las butacas de delante todo el mundo callaba como con sentimiento de culpa, nadie decía ni media palabra. En el gris amanecer que filtraba un aura fantasmal alrededor de las ventanas cerradas y envolvía sus aleros, yo dormía con la cabeza en uno de los brazos de madera de la butaca cuando seis empleados del cine confluyeron a mi lado con toda la porquería de la noche barrida por sus escobas: un enorme montón polvoriento cuyo olor me llegaba a las narices mientras roncaba con la cabeza hacia abajo..., y casi me llevaron a mí con el resto de la basura. (Esto me lo contaría luego Neal, que lo observaba todo desde diez filas más atrás). En aquel montón iban todas las colillas, todas las botellas, todas las cajas de cerillas, todos los restos imaginables de la noche continua. Si me hubieran llevado en aquel montón Neal no me habría vuelto a ver en la vida. Para hacerlo habría tenido que recorrer todos los Estados Unidos y mirar en cada cubo de basura de costa a costa, antes de encontrarme embrionaria e inextricablemente mezclado con los desperdicios de mi vida, de su vida y de la vida de todas y cada una de las personas implicadas y no implicadas en la historia. ¿Y qué le habría dicho yo desde mi útero de inmundicias? Le habría dicho: «No te preocupes, Neal. Estoy feliz donde estoy. Me perdiste una noche en Detroit, en agosto de 1949. ¿Qué derecho tienes a venir ahora a turbar mis ensoñaciones en este cubo de miasmas?».

En 1942 fui la estrella en uno de los dramas más sucios de todos los tiempos. Siendo marinero entré en el Imperial Cafe de Sco-Uay Square, en Boston. Me bebí sesenta cervezas, y fui al retrete, donde me abracé a la taza y me quedé dormido. En el curso de aquella noche, como mínimo un centenar de marineros, marinos e individuos de toda laya entraron en los servicios y me mearon y vomitaron encima hasta pringarme de pies a cabeza y dejarme irreconocible. Pero ¿qué más daba, después de todo? El anonimato en el mundo de los hombres es mejor que la fama en el cielo, porque ¿qué es el cielo? ¿Y qué es la tierra? Todo está en la mente. Al alba Neal y yo salimos de aquel horror dando tumbos y parloteando puras sandeces, y fuimos a la Agencia de Viajes para buscar un coche. Habíamos llegado al final. Nada nos quedaba más que desesperación. Después de pasar gran parte de la mañana en bares de negros y persiguiendo chicas y escuchando jazz en máquinas de discos, conseguimos un coche y se nos dijo que fuéramos a la casa del hombre en cuestión con el equipaje y listos para partir. Neal y yo nos sentamos en la hierba de un parque. Neal me miraba. Y dijo:

—Oye, tío, ¿sabes que dentro de unos cuantos años vas a empezar a tener problemas con las orejas?
—¿De qué estás hablando?
—Tienes cera en los oídos, y es una mala señal.
Yo no tenía la culpa, así que no quería hablar más del asunto. Pero le grité:
—¿Y qué quieres que haga, eh? ¿He hecho yo el mundo, acaso? ¿He sido yo quien lo ha hecho, o imaginado siquiera?
Entonces me metí el meñique en el oído y froté y comprobé que Neal tenía razón. Me puse muy triste. Todo estaba yéndose al traste a velocidad de vértigo. Nos tumbamos en la hierba y miramos el cielo azul. Los tranvías chirriaban a nuestro alrededor. Por la tarde supimos que tendríamos que esperar otro día, y al anochecer llamé de nuevo a Edie, y esta vez se presentó con una caja de cervezas en la trasera del coche, y volvimos a ir de local en local oyendo jazz. No tenía absolutamente nada que decir sobre el hecho de habernos dado plantón la noche anterior; apenas era consciente de lo que nos había hecho.
—Tiene una roca en la barriga —me susurró Neal.
Edie se saltó un semáforo en rojo en Hastings Street, y al instante nos adelantó un coche patrulla y nos ordenó parar. Neal y yo nos bajamos de un brinco con las manos levantadas. Así de miserables habíamos llegado a sentirnos. Los polis nos cachearon de inmediato. No llevábamos más que camisetas. Nos dieron palmaditas por todo el cuerpo, nos palparon de arriba abajo y fruncieron el ceño: seguían sin sentirse satisfechos.
—¡Maldita sea! —dijo Edie—. Yo jamás me meto en problemas con la policía cuando voy sola. Oigan ustedes: ¿saben por casualidad quién es mi padre? ¡No voy a tolerar más esta mierda!
—¿Qué está haciendo con esa caja de cervezas en el asiento trasero?
—Eso a usted no le concierne lo más mínimo. —Pero coincide que se ha saltado usted un semáforo en rojo, joven dama.
Difícil ver a alguien con más descaro con la policía. Pero Neal y yo estábamos más que acostumbrados a estas escaramuzas. Seguimos a los polis hasta la comisaría, dispuestos a colaborar al máximo con la autoridad. Neal incluso se exaltó hasta el punto de ponerse a contarle historias al sargento. Edie empezó a mover influencias por teléfono y pronto tuvo a toda su parentela apoyándola. En un momento dado se volvió hacia mí hecha una furia.
—Kerouac, siempre estás tú cuando hay policía por medio. Tú y ese condenado amigo tuyo parecéis un par de matones de marca mayor. De ahora en adelante no quiero tener nada, absolutamente nada que ver contigo, ¿me has oído?
—Está bien —dije—. Tu madre me dijo que no reabriese viejas heridas, que no era más que un vagabundo.
—¿Y no sabes que tiene razón?
Neal y yo nos sentíamos muy cómodos en la comisaría; era como estar en casa, y lo pasamos divinamente. Los polis estaban muy a gusto con nosotros. Un poco más y habríamos terminado en la trastienda catando la manguera de agua a presión y gritando de placer... —tal vez—. Edie aterrorizó a toda la

comisaría con sus descarados insultos y amenazas, y al final nos dejaron en libertad y nos fuimos a beber la caja de cervezas. En un momento dado, y como en un sueño vertiginoso, Edie se fue a casa y no volví a verla nunca más. A la tarde siguiente Neal y yo recorrimos ocho kilómetros en autobuses locales con todo nuestro equipaje desastrado y llegamos a la casa del hombre que nos iba a cobrar cuatro dólares a cada uno por llevarnos a Nueva York. Era un tipo rubio de mediana edad, con gafas, con mujer y un hijo y una buena casa. Esperamos en el jardín a que se preparara. Su encantadora esposa, que llevaba un vestido de casa de algodón, nos ofreció café, pero estábamos demasiado ocupados hablando. Para entonces Neal estaba tan exhausto y fuera de quicio que todo lo que veía le entusiasmaba. Estaba llegando a un frenesí devoto. Sudaba y sudaba. En cuanto montamos en el Chrysler nuevo y salimos hacia Nueva York el pobre diablo cayó en la cuenta de que había ofrecido su coche a un par de maníacos, pero decidió poner al mal tiempo buena cara, y, de hecho, incluso pareció acostumbrarse a nosotros al pasar frente al Briggs Stadium e intercambiar unos cuantos comentarios sobre la siguiente temporada de los Tigers de Detroit. En la noche neblinosa cruzamos Toledo y seguimos adelante a través del viejo Ohio. Caí en la cuenta de que empezaba a cruzar y recruzar ciudades de Norteamérica como si fuera un viajante de comercio: viajes duros, malos productos, chistes gastados en la bolsa de los trucos, pocas ventas. El hombre se cansó de conducir y cedió el volante a Neal, que condujo el resto del camino hasta Nueva York. Al llegar empezamos a oír el programa Symphony Sid en la radio, con las últimas novedades del bop, y supimos que estábamos entrando en la gran urbe final de Norteamérica. Llegamos por la mañana temprano. El suelo de Times Square estaba todo levantado (Nueva York nunca descansa). Al pasar miramos instintivamente para ver si veíamos a Hunkey. Una hora después estábamos en el nuevo apartamento de mi madre en Long Island, donde el hombre de Detroit quiso lavarse un poco. Mi madre estaba muy ocupada con unos pintores amigos de la familia que le estaban pintando el apartamento, con quienes discutía el precio mientras subíamos las escaleras del edificio.

—Jack —dijo mi madre—. Neal puede quedarse unos días; y luego tendrá que marcharse, ¿me entiendes?

El viaje había terminado. Aquella noche Neal y yo dimos un paseo entre los depósitos de gasolina y los puentes del ferrocarril y los faros antiniebla de Long Island. Recuerdo a Neal de pie bajo una farola.

—Justo cuando pasábamos por aquella otra farola iba a decirte algo más, Jack, pero ahora, entre paréntesis, estoy con un nuevo pensamiento. Aunque antes de llegar al siguiente volveré al anterior, ¿de acuerdo?

Estuve de acuerdo. Estábamos tan acostumbrados a viajar que tuvimos que andar todo Long Island para darnos cuenta de que ya no había más tierra, sólo el océano Atlántico, así que no nos quedó más remedio que pararnos en la orilla. Nos estrechamos la mano y acordamos ser amigos para siempre. No habíamos pasado cinco noches en Nueva York cuando fuimos a una fiesta y vi a una chica llamada Diane con la que estuve hablando, y a la que dije que había venido con un amigo al que debía conocer algún día. Estaba

borracho y le dije que era un cowboy.
—Oh, siempre he querido conocer a un cowboy.
—¿Neal? —grité a través de la sala en la que se celebraba la fiesta. Estaban el poeta José García Villa, Walter Adams, el poeta venezolano Víctor Tejeira, Jinny Baker (un antiguo amor mío), Allen Ginsberg, Gene Pippin y muchísima más gente—. ¡Vente para aquí, hombre!
Neal se acercó, vergonzoso. Una hora después, en medio de la borrachera general —en la que, por supuesto, él no participaba en absoluto—, estaba de rodillas en el suelo, con la barbilla en el vientre de ella, diciéndole y prometiéndole multitud de cosas, y sudando. Diane era una morena grande y sexy —Villa la definió «como salida directamente de Degas»—, de la que podría decirse que evocaba a una hermosa puta parisiense. Al día siguiente Neal estaba viviendo con ella. En cuestión de unos meses regateaban con Carolyn por conferencia cómo conseguir los papeles del divorcio para poder casarse. No sólo eso, sino que unos meses más tarde Carolyn daba a luz en San Francisco a su segundo hijo con Neal, fruto del entendimiento de unas cuantas noches antes de mi llegada. Y en cuestión de otros meses más Diane tuvo un bebé. Con esos tres hijos, más el ilegítimo que tenía en algún lugar de Colorado, Neal era padre de cuatro retoños, y no tenía un centavo y seguía metiéndose en líos y todo en él era velocidad y éxtasis. Y llegó la hora en que, finalmente, volví al Oeste solo con un dinero que había ganado recientemente, y con idea de bajar hasta México y gastármelo allí, y Neal... lo mandó todo al traste y vino a reunirse conmigo. Era nuestro último viaje, y acabó entre los bananos que siempre supimos que había al final del camino.

LIBRO CUATRO

COMO he dicho, recibí un dinero y..., tras dejar a mi madre cubierta por una renta para el resto del año... no tenía nada que hacer ni ningún sitio adonde ir. No me habría vuelto a ir por nada del mundo, pero había dos cosas. Primera: una mujer que me daba de comer langosta, tostadas de champiñones y espárragos de primavera en mitad de la noche en su apartamento de Nueva York, pero que, aparte de eso, me lo hacía pasar muy mal. Segunda: cuando la primavera florece en Nueva York no puedo soportar las promesas de la tierra que llegan con el viento por encima del río desde Nueva Jersey, y tengo que irme. Así que me fui. Por primera vez en nuestras vidas dije adiós a Neal en Nueva York, y lo dejé allí. Trabajaba en un aparcamiento de la esquina de Madison con la calle Cuarenta. Como de costumbre, corría de un lado para otro con los zapatos destrozados, en camiseta y pantalones caídos por debajo de la panza, arreglándoselas solo con una inmensa cantidad de coches de hora punta de mediodía. Pasaba como un rayo entre guardabarros, brincaba por encima de parachoques, se ponía al volante y reculaba tres metros como un rayo y paraba en seco; se bajaba de un salto, corría de un extremo a otro del aparcamiento y retiraba cinco coches del muro de ladrillo en veinte segundos; volvía al punto de partida como un lunático, montaba en un coche que obstruía el paso y lo hacía ir virando por todo el aparcamiento sorteando coches parados hasta detenerse en un rincón donde no impedía la salida a nadie. Cuando yo iba a

verlo al trabajo al anochecer no le quedaban ya tareas de aparcamiento. Estaba en la garita contando tiques y rascándose la barriga. Siempre tenía la radio puesta.
—Tío, ¿has oído a ese loco de Marty Glickman radiando partidos de baloncesto...? «hasta media cancha-bote-finta-tiro-frufrú... (pausa) de canasta, dos puntos». Es el mejor locutor que he oído en mi vida.
Se había amoldado a pequeños placeres como éste. Vivía con Diane en un apartamento sin agua caliente de la Setenta y tantos Este. Cuando volvía a casa por la noche se quitaba toda la ropa, se ponía un batín chino de seda que le llegaba hasta la cadera y se sentaba en su butaca a fumar una pipa de agua cargada de marihuana. Eran sus placeres de «la vuelta a casa». Eso y una baraja de cartas pornográficas.
—Últimamente me he estado concentrando en este dos de diamantes. ¿Te has fijado dónde tiene la otra mano? Apuesto a que no lo sabes. Mira fijamente e intenta verlo. —Quería prestarme aquel dos de diamantes, en el que se veía a un tipo alto y melancólico y a una lasciva y triste puta ensayando una postura en la cama—. ¡Venga, tío, yo la he usado muchas veces!
Diane, su mujer, hacía la comida en la cocina y nos miraba con sonrisa irónica. No había ningún problema con ella.
—¿La ves? ¿La ves, Jack? Ésa es Diane. Eso es todo lo que hace: asoma la cabeza por la puerta y sonríe. Oh, lo tengo todo hablado con ella, y todo va de maravilla. Este verano vamos a irnos a vivir a una granja de New Hampshire..., con una ranchera para mí, para venirme a Nueva York a divertirme; una casa grande y confortable y un montón de chiquillos en los próximos años. —Se aclaró la garganta, y añadió—: ¡Ea!
Se levantó de la butaca y puso un disco de Willie Jackson. Era exactamente lo que había estado haciendo con Carolyn en San Francisco. Diane llamaba a la segunda mujer de Neal por teléfono repetidas veces, y tenía largas conversaciones con ella. Se habían escrito cartas sobre las excentricidades de Neal. Por supuesto, él tenía que mandarle a Carolyn parte de su salario todos los meses para la manutención de sus hijos, porque de lo contrario iría a la cárcel. Para compensar estas remesas de dinero Neal timaba a los clientes en el aparcamiento: era un artista devolviendo mal el cambio. Una vez le vi desear Feliz Navidad a un hombre acaudalado tan locuazmente que éste no se dio cuenta de que le había devuelto el cambio de cinco dólares cuando lo que le había dado era un billete de veinte. Ese día salimos y nos lo gastamos en el local de bop Birdland. Una noche de niebla, a las tres de la madrugada, tuvimos una conversación en la esquina de la Quinta Avenida con la calle Cuarenta y Nueve.
—Bien, Jack, maldita sea... Me gustaría mucho que no te fueras. De veras. Va a ser la primera vez que estoy en Nueva York sin mi viejo amigo del alma. —Y luego dijo—: Nueva York... Estoy aquí de paso; mi hogar es Frisco.
En el tiempo que llevo en Nueva York no he tenido más chica que Diane.
Y esto sólo me sucede aquí. ¡Maldita sea! Pero el mero pensamiento de atravesar este horrible continente otra vez... Jack, no hemos hablado largo y tendido en mucho tiempo. —En Nueva York siempre estábamos de juerga,

con multitudes de amigos, en fiestas alcohólicas. Y al parecer ello no se ajustaba del todo a los deseos de Neal; era más él mismo encogido bajo la lluvia fría y neblinosa, en una Quinta Avenida vacía y anochecida—. Diane me quiere. Me ha dicho que puedo hacer lo que me dé la gana, y me ha prometido que no me causará ningún problema haga lo que haga... Ya ves, Jack, vas haciéndote mayor y los problemas se te amontonan. Cualquier día tú y yo vamos a vernos en un callejón a la caída de la tarde, mirando en los cubos de basura.
—¿Quieres decir que acabaremos como viejos vagabundos? —¿Y por qué no? Pues claro que acabaremos así, si nos viene en gana hacerlo. No hay nada malo en terminar así. Si te pasas toda una vida no interfiriendo en los deseos de los demás, incluidos los políticos y los ricos, nadie te molesta luego a ti y puedes hacer lo que se te antoje, y hacerlo a tu modo. —Estuve de acuerdo con él. Mi amigo estaba llegando a decisiones maduras de la forma más sencilla y directa posible.
—¿Cuál es tu camino, Jack? ¿Un camino de santo, un camino de loco, un camino de arco iris, un camino de guppy, un camino cualquiera? ¿Un camino a cualquier parte y para cualquiera y de cualquier manera? ¿Adónde y quién y cómo? —Asentimos con la cabeza bajo la lluvia. Tenía sentido—. Mierda, y has de tener cuidado con el chico que hay en ti. No será un hombre a menos que tenga los ojos bien abiertos y madure... A ver qué dice el médico... En serio, Jack, te lo diré con claridad: viva donde viva, mi baúl asomará siempre por debajo de la cama. Estoy listo para irme o para que me echen. He decidido que las cosas no estén en mi mano. TÚ me has visto romperme la crisma por las cosas, y TÚ sabes que todo da igual, y los dos sabemos lo que es el tiempo... Sabemos cómo hacer que vaya más lento y sabemos avanzar y mirar y divertirnos al modo tradicional de pasarlo bien... ¿De qué otro modo podría uno divertirse?
Suspiramos bajo la lluvia. Aquella noche llovía en todo el valle del Hudson. Los grandes muelles planetarios de aquel río ancho como el mar se empapaban de ella, los viejos desembarcaderos de Poughkeepsie se empapaban de ella, la laguna Split Rock se empapaba de ella, el Vanderwhacker Mount se empapaba de ella, toda la tierra y los terrenos y las calles de la ciudad se empapaban de ella...
—Así pues —dijo Neal—, voy por el camino que la vida me marca. ¿Sabes que hace poco le escribí una carta a mi viejo, que está en la cárcel del condado de Denver? Había recibido una carta suya, la primera en muchos años...
—¿Sí?
—Sí, sí... Me decía que quiere ver al bebbé (escrito con dos bes) cuando pueda ir a Frisco. He encontrado un cuarto sin agua caliente en la Cuarenta Este por trece dólares al mes; si puedo mandarle el dinero se vendrá a vivir a Nueva York. Si es que llega... Nunca te he hablado mucho de mi hermana, pero ya sabes que tengo una linda hermana pequeña. Me gustaría traérmela también a vivir conmigo en Nueva York.
—¿Dónde está?
—Bueno, ése es el problema, que no sé dónde está... Mi viejo va a intentar

encontrarla, pero ya sabes lo que hará en realidad...
—¿Así que volvió a Denver? —Y directamente a la cárcel... —¿Dónde estaba?
—En Texas. Texas... Así que ya ves, amigo mío, cómo están las cosas, en qué posición me encuentro... ¿No has notado que estoy más tranquilo?
—Sí, eso es cierto.
Neal se había tranquilizado bastante en Nueva York. Quería seguir hablando. Nos estábamos helando bajo la lluvia fría. Concertamos una cita para hablar en casa de mi madre, antes de mi marcha. Y tuvo lugar el domingo siguiente por la tarde. En casa teníamos un televisor. Vimos un partido de béisbol, oímos otro en la radio y sintonizamos un tercero, sin dejar de seguir al tanto de todo lo que estaba sucediendo en todo momento.
—Recuerda, Jack, Hodges está en la segunda base en Brooklyn, así que mientras el pitcher de reserva entra a jugar con los Phillies vamos a cambiar a los Giants de Boston, y al mismo tiempo no olvidemos que Di Maggio tiene en su cuenta tres pelotas y que el pitcher está jugueteando con la bolsa de resina, así que vamos a enterarnos rápidamente de lo que le ha pasado a Bob Thomson cuando lo hemos dejado hace treinta segundos con un hombre en la tercera base. ¡Eso es!
Aquella tarde, horas después, fuimos a jugar al béisbol con unos chiquillos en el campo lleno de hollín del depósito del ferrocarril de Long Island. También jugamos al baloncesto, y de forma tan desenfrenada que los chicos más pequeños nos dijeron:
—Eh, tranquilos, tranquilos... No tenéis que mataros...
Ellos brincaban airosamente a nuestro alrededor, y nos ganaban con facilidad. Neal y yo estábamos sudando. En un momento dado Neal cayó de bruces sobre el cemento de la cancha. Jadeábamos y resoplábamos para quitarles el balón a los chiquillos, pero ellos giraban sobre sí mismos y tiraban a cesta. Otros entraban como rayos y lanzaban limpiamente el balón por encima de nuestras cabezas. Nosotros saltábamos hacia la canasta como locos, y los chicos más pequeños no tenían más que brincar con las manos alzadas y arrebatarnos el balón de las manos sudorosas. Pensaban que estábamos chiflados. Neal y yo volvimos a casa tirándonos la pelota de una acera a otra. Ensayamos lanzamientos especiales por encima de arbustos y esquivando por muy poco los postes. Cuando pasó un coche yo corrí a su lado un trecho y lancé la pelota a Neal justo al quedar rezagado y rozando casi el parachoques trasero. Neal se lanzó y la cogió y rodó por la hierba, y volvió a lanzármela para que la cogiera detrás de un camioneta del pan que estaba aparcada en la otra acera. Logré alcanzarla con la mano y se la lancé a Neal, que tuvo que girar sobre sí mismo y recular e ir a caer de espaldas sobre un seto. Seguimos así un rato. De vuelta en casa, Neal sacó la cartera, carraspeó y le tendió a mi madre los quince dólares que le debía de la vez que nos pusieron un multa por exceso de velocidad en Washington. Mi madre se quedó muy gratamente sorprendida.
—Bien, Neal —dijo—, espero que seas capaz de cuidar del bebé que está en camino, y que esta vez sientes la cabeza en tu matrimonio.
—Sí, sí. Sí...
—No puedes ir por todo el país teniendo bebés de ese modo. Esos pobres

pequeñines van a crecer indefensos. Tienes que brindarles una oportunidad de vivir como es debido.

Neal se miró los pies y asintió con la cabeza. Nos dijimos adiós sobre el puente de una superautopista, en el rojo vivo del crepúsculo.

—Espero que estés en Nueva York cuando vuelva —le dije—. Y lo que espero de verdad, Neal, es que seamos capaces de vivir en la misma calle con nuestras familias, y que lleguemos a ser un par de amigos que hablan de los viejos tiempos.

—Eso es, tío. Sabes que se lo pido a Dios completamente consciente de los problemas que hemos tenido y de los que nos esperan, como tu madre sabe y me recuerda. Yo no quería este bebé. Diane insistió, y no tuvo cuidado, y nos peleamos. ¿Sabías que Louanne se casó con un marinero en Frisco y va a tener un hijo?

—Sí. Todos estamos en eso ahora...

Sacó una foto de Carolyn en San Francisco, con la niña recién nacida. La sombra de un hombre caía sobre la pequeña en un soleado pavimento: dos largas perneras de pantalón en medio de la tristeza.

—¿Quién es?

—Al Hinkle. Volvió con Helen. Ahora se han ido a Denver. Se pasaban el día haciendo fotos. Sacó otras fotografías. Me daba cuenta de que eran esas instantáneas que nuestros hijos verían con asombro un día, pensando que sus padres habían llevado una vida tranquila y ordenada, en la que se levantaban por la mañana para pasear con orgullo por las aceras de la vida, sin imaginar siquiera la locura y desenfreno de nuestras vidas reales, desastradas, de nuestra noche verdadera, de toda aquella turbulencia, de la insensata pesadilla de la carretera. Son las apariencias las que hablan al mundo de tu pasado; los niños nunca saben. «Adiós, adiós...». Neal se alejó en el largo crepúsculo rojo. El humo de las locomotoras se rizaba en el aire, por encima de su cabeza, igual que en Tracy, igual que en Nueva Orleans. Su sombra iba detrás de él, remedaba su paso y sus pensamientos, e incluso su ser. Se volvió y me hizo adiós con la mano, tímida, vergonzosamente. Me envió el saludo de los guardafrenos, con la mano en alto, dio unos saltos sobre el sitio, aulló algo que no entendí. Y se puso a correr en círculo. Y mientras lo hacía se acercaba más y más a la esquina de cemento del puente. Me hizo una última señal. Se la devolví. De pronto volvió a encarar su vida y se perdió en la lejanía. Medité sobre la desolación de mis propios días. También yo tenía un camino espantosamente largo por delante. Al día siguiente, a medianoche, cogí el autobús para Washington; allí perdí el tiempo callejeando un poco. Me desvié de mi camino para ver el Blue Ridge. Oí cantar al pájaro de Shenandoah y visité la tumba de Stonewall Jackson. Al anochecer expectoré en el Kanawha, y me di una vuelta por la noche de hillbilly de Charleston, Virginia Occidental; a medianoche estuve en Ashland, Kentucky, y vi una chica solitaria bajo la marquesina de una sala de espectáculos cerrada. El oscuro y misterioso Ohio, y Cincinnati al alba. Luego los campos de Indiana, y Saint Louis, envuelta como de costumbre en las grandes nubes del valle al llegar la tarde. Los adoquines embarrados y los troncos de Montana, los barcos de vapor averiados, los letreros antiguos,

la hierba y las sogas a la orilla del río. Y al llegar la noche Missouri, los campos de Kansas, las vacas de la noche en las vastas extensiones secretas, las poblaciones humildes y anodinas con un mar al final de cada calle; al amanecer, Abilene. Los pastos del este de Kansas se convierten en praderas del oeste de Kansas que remontan la colina de la noche occidental. Un tal George Glass iba conmigo en el autobús. Había subido en Terre Haute, Indiana, y ahora me estaba diciendo:
—Ya te he dicho por qué odio este traje que llevo. Es asqueroso, pero eso no es todo. —Me enseñó unos papeles: acababa de salir de la prisión federal de Terre Haute, donde había cumplido condena por robo de coches (para luego venderlos) en Cincinnati. Era un chico de unos veinte años, de pelo rizado—. En cuanto llegue a Denver vendo este traje en la casa de empeños y me compro unos Levis. ¿Sabes lo que me hicieron en chirona? Aislamiento con una Biblia. Yo solía sentarme encima de ella en el suelo de piedra, y cuando me veían hacerlo me quitaban la Biblia y me traían una pequeñísima. No podía sentarme encima de ella, así que me la leí de cabo a rabo. ¿Qué te parece? —Me dio un codazo mientras masticaba un dulce. Siempre estaba comiendo golosinas, porque tenía el estómago destrozado de la cárcel y no soportaba nada más—. Y hay trozos muy picantes en la Biblia, ¿lo sabías? —Luego me explicó lo que era distinguirse—. Cuando alguien está a punto de salir de la cárcel se pone a distinguirse ante los compañeros que tienen que quedarse. Entonces lo cogemos por el cuello y le decimos: «¡Deja de distinguirte con nosotros!». Mal asunto, lo de distinguirse, ¿me entiendes?
—A mí no se me ocurrirá «distinguirme», George...
—Si alguien se pone a distinguirse conmigo se me inflan las narices, me vuelvo loco y me entran ganas de matarle. ¿Sabes por qué me he pasado la vida en la cárcel? Porque perdí los nervios cuando tenía trece años. Estaba en el cine con un chico y al muy cabrón se le ocurrió meterse con mi madre (ya sabes, la llamó esa palabra sucia...); así que saqué la navaja y le di un 360 tajo en el cuello, y le habría matado si no me sacan de allí a rastras. El juez me dijo: «¿Sabías lo que hacías cuando atacaste a tu amigo?». «Sí, su señoría, lo sabía. Quería matar a ese hijo de puta, y aún no se me han pasado las ganas». Así que no me dio la condicional y me metieron en un correccional. Me salieron almorranas de pasarme todo el día sentado e incomunicado. Que no te metan nunca en una prisión federal, son las peores. Mierda, me pasaría la noche hablando; hacía tanto tiempo que no hablaba con nadie... No sabes lo BIEN que me siento aquí fuera. Tú estabas ahí sentado en el autobús cuando yo subí... Atravesábamos Terre Haute..., ¿qué estabas pensando? —Nada. Iba sentado, eso es todo.
—Yo iba cantando. Me senté a tu lado porque tenía miedo de sentarme junto a una chica, por si me volvía loco y le metía la mano por debajo del vestido. Tenía que esperar un poco.
—Otro problema con la ley y te caerá la perpetua. Así que será mejor que te andes con cuidado de ahora en adelante.
—Eso es lo que pienso hacer; pero cuando las narices se me inflan ya no sé lo que hago.
Iba a vivir a casa de su hermano y su cuñada; le habían encontrado un

empleo en Colorado. El billete se lo habían comprado los federales, y su destino era la libertad condicional. Tenía delante de mí a otro chiquillo igual que Neal en el pasado; la sangre le hervía demasiado para que pudiera contenerse; las narinas se le abrían al máximo; pero había en él esa santidad innata capaz de salvarlo de su destino fatal.
—Sé mi amigo, Jack, y no dejes que las narices se me inflen en Denver... Así a lo mejor llego sano y salvo a casa de mi hermano.
Estuve totalmente de acuerdo. Cuando llegamos a Denver lo cogí del brazo y lo llevé a Larimer Street a empeñar el uniforme de presidiario. El viejo judío supo al instante lo que era antes siquiera de que tuviéramos tiempo de desenvolverlo.
—No quiero esa maldita ropa; me la traen a diario los tipos que salen de Canon City.
Toda Larimer Street estaba llena de ex-presos que intentaban sacar algún dólar de sus ropas del penal. George terminó con el traje en una bolsa de papel, bajo el brazo, y se paseaba con su nuevo Levis y una camisa sport. Fuimos al viejo bar Glenarm, que solía frecuentar Neal —de camino George tiró la bolsa del traje a un cubo de basura—, y llamé a Ed White. Ya había anochecido.
—¿Tú? —rio Ed White—. Voy ahora mismo.
Diez minutos después entró trotando en el bar con Frank Jeffries. Acababan de volver de Francia, y estaban tremendamente decepcionados de su vida en Denver. Les encantó George, y le invitaron a cerveza. Él empezó a gastarse todo el dinero del penal en invitar a diestro y siniestro. Y allí estaba yo, de vuelta en la noche suave y oscura de Denver, con sus sagradas callejas y sus casas disparatadas. Empezamos a visitar todos los bares de la ciudad, bares de carretera en West Colfax, bares de negros en Five Points, todos los bares imaginables... Frank Jeffries llevaba años queriendo conocerme, y ahora, por vez primera, estábamos juntos y en vilo ante la posibilidad de una aventura.
—Jack, desde que he vuelto de Francia no tengo la menor idea de qué hacer conmigo mismo. ¿Es cierto que te vas a México? Maldita sea, ¿podría ir contigo? Puedo conseguir cien dólares, y cuando estemos allí me matricularé en la Universidad de Ciudad de México con una beca para veteranos.
Acordamos, pues, que Frank vendría conmigo. Era un chico de Denver larguirucho y vergonzoso, de pelo desgreñado y con una gran sonrisa de timador y movimientos lentos y naturales a lo Gary Cooper.
—¡Joder! —dijo.
Se metió los pulgares debajo del cinturón y echó a andar calle abajo tranquilamente, bamboleándose de un lado a otro, despacio. Su padre estaba hecho un basilisco con él. No había aprobado su viaje a Francia, y ahora se oponía frontalmente a la idea de que se fuera a México. Por culpa de este contencioso con su padre, Frank andaba por las calles de Denver como un vagabundo. Aquella noche, después de ir por los bares bebiendo y conteniendo a George para que no se le inflaran las narices en el Hot Shoppe de Colfax Avenue —había entrado un tipo con dos chicas y nos dirigimos a

él llamándole «Eh, hombre» y pidiéndole que nos las presentara, y George se fue hacia él...—, Frank acabó en la habitación que George había cogido en el hotel del Glenarm.

—Ni siquiera puedo llegar a casa tarde; mi padre monta un escándalo de mil demonios, y luego se mete con mi madre. Te lo juro, Jack: tengo que irme rápido de Denver o me volveré loco.

Yo me hospedé en casa de Ed White; luego Beverly Burford me consiguió una habitación pequeña y pulcra en un sótano, y la cosa acabó en una semana entera de noches de fiesta. George se esfumó rumbo a casa de su hermano en Climax, Colorado, y no volvimos a verlo, y jamás sabremos si alguien trató de «distinguirse» con él a partir de entonces, o si a raíz de ello volvieron a meterlo entre rejas o si sigue perdiendo los estribos en la noche. Ed White, Frank, Bev y yo pasamos una semana de tardes en bares deliciosos de Denver, donde las camareras llevan pantalones y se pasean por el local con ojos tímidos y cariñosos, no camareras endurecidas sino camareras que se enamoran de la clientela y tienen romances explosivos y se enfurruñan y sudan y sufren yendo de una barra a otra; y las noches las pasábamos escuchando jazz en Five Points, bebiendo en bares locos de negros y parloteando hasta las cinco de la mañana en mi apartamento del sótano. A mediodía normalmente estábamos echados en el jardín trasero de Bev, entre chiquillos de Denver que jugaban a indios y vaqueros y caían sobre nosotros desde cerezos en flor. Estaba pasándolo maravillosamente bien, y el mundo entero se abría ante mí porque no tenía sueños. Frank y yo conspirábamos para que Ed White viniera con nosotros, pero Ed estaba muy apegado a la vida de Denver. Yo me pasaba noches enteras hablando con Justin W. Brierly en su estudio. Se ponía una bata china y sacaba frutos secos salados y whisky escocés solo.

—Siéntate, Jack, y cuéntame todo lo que tenga que ver con Nueva York. ¿Cómo está Neal? ¿Cómo está Allen? ¿Cómo está Lucien? ¿Sabes dónde está Hal Chase? ¿En Trinidad, Colorado, de reconocimiento? ¿Has visto al señor Hinkle en alguna parte del país? ¿Qué es lo último de tu amigo Burroughs? ¿Sigue Burford en París? ¿Has tenido largas charlas con Ed? ¿Qué te parece Jeffries? ¿Está Beverly de buen humor últimamente? —A Justin W. Brierly le gustaba hablar de todos nosotros—. Todo ello describe un gran círculo maravilloso, ¿no crees? ¿No te parece divertido?

Me llevó a dar una vuelta en su Oldsmobile del gran faro orientable. Íbamos por West Colfax cuando vio un destartalado coche mexicano con los faros apagados. Encendió el faro y lo dirigió hacia sus ocupantes, un grupo de mexicanos jovencitos. El conductor paró junto al bordillo, pensando que era la policía.

—¿No os funcionan las luces? ¿Le pasa algo al coche? —les gritó aquel prohombre chiflado de Denver.

—Todo bien, todo bien, señor —dijeron ellos.

—Bien —dijo Brierly—. Feliz Año Nuevo.

Y, como había detenido el tráfico mientras mantenía esta conversación ridícula, los cláxones sonaban insistentemente a nuestra espalda.

—¡Oh, callaos! —aulló Brierly, y pisó el acelerador.

A las cuatro de la madrugada enfocó el haz de luz del faro hacia la casa más rica de Denver, y a medida que iba iluminando cada rincón fue explicándome una por una sus habitaciones. Sus moradores dormían..., pero a él le tenía sin cuidado. En su estudio, de pronto, sacó una vieja foto de primer plano de Neal cuando tenía dieciséis años. Era un rostro increíblemente puro.
—Mira cómo era Neal en aquel tiempo. Por eso tenía fe en él entonces. No creas que no vi sus posibilidades; pero el caso es que no quiso aprender y me desentendí de él.
—Qué lástima... Neal habría llegado a ser un gran hombre en este mundo. Además, a mí me gusta más como es ahora. Los grandes hombres del mundo son infelices.
—¿No querrás decir que Neal es feliz?
—Está en éxtasis..., si es que eso es más que feliz, o menos.
—Yo diría que menos. Haber tenido tres esposas y unos cuantos hijos por todo el país... Es absurdo.
—Siempre le ha faltado su madre...
—Bueno, Jack..., el caso es que todo fue muy divertido. —Brierly se puso nervioso—. Sí, me lo he pasado en grande; y volvería a vivir la vida que he vivido. Cada día estoy más comprometido en descubrir y apoyar a estos chicos. Ya ves, he abandonado el ejercicio de la abogacía para irme prácticamente a pique; he dejado por completo los negocios inmobiliarios y el año que viene creo que dejaré la secretaría de Central City. Vuelvo a donde empecé: a enseñar Lengua Inglesa en secundaria.
En la pizarra de Brierly en el instituto vi escritos con tiza los nombres de Cari Sandburg y Walt Whitman. Un chico negro se acercó a él con un problema. No tenía tiempo para presentar trabajos y hacer los deberes al mismo tiempo. Brierly llamó a sus patronos y cambió las horas y lo arregló todo. Los estudiantes de universidades del Este que venían de vacaciones a Denver acudían a él en busca de trabajos estivales. Y él se limitaba a levantar el teléfono para llamar al alcalde.
—¿Te acuerdas de Bruce Rockwell, de Columbia? Pues ahora es ayudante del alcalde, ¿qué te parece? Y lo está haciendo francamente bien. Estaba en tu clase, ¿no?
Estaba en un curso inferior al mío. Recuerdo a Bruce Rockwell sentado en su habitación una noche de mayo, tratando de tomar una decisión de suma trascendencia: volver a Denver o quedarse en Nueva York trabajando en publicidad. Yo estaba en una litera con una reseña crítica en las manos. La tiré al suelo y le cayó en los pies. «¡Ahí está lo que opino de la crítica!», grité. Bruce Rockwell caviló sobre su futuro. De súbito se levantó y salió del cuarto. Lo había decidido. Había en él una especie de general MacArthur. Ahora era ayudante del alcalde de Denver, y no paraba de ir de un lado a otro con citas, golf, cócteles, conferencias, apresurados martinis en el Brown Hotel y demás; lo mejor para engordar antes de tiempo y contraer úlceras y enloquecer dentro de una cordura acrisolada y para la galería.
—No —dije—. Creo que Neal tiene razón. Un día de éstos se va a elevar en una lengua de fuego, y va a suceder algo.

Estaba pasándolo bien con la gente de Denver y haraganeando y preparándome para el viaje a México cuando de pronto una noche me llamó Brierly y me dijo:
—Jack, ¿adivinas quién está a punto de venir a Denver? —Le dije que no tenía ni idea—. ¡Neal! Ya está en camino; me lo acaba de decir un pajarito. Se ha comprado un coche y viene a reunirse contigo.
De súbito tuve una visión de Neal: un Ángel ardiente, trémulo y aterrador que palpitaba hacia mí a lo largo de la carretera, acercándose como una nube, a velocidad meteórica, persiguiéndome como el Desconocido Amortajado[36], cayendo sobre mí en la llanura. Vi su rostro enorme, su lunático y firme propósito y sus ojos fulgurantes. Vi sus alas. Vi su viejo carro de guerra destartalado, con los miles de llamas vivas que irradiaban de él. Vi el rastro quemado que dejaba en la carretera; incluso iba abriendo su propio camino a través del grano, a través de las ciudades, destruyendo puentes, secando ríos... Era como una ira que avanzara hacia el Oeste. Sabía que Neal había vuelto a enloquecer. No existía posibilidad alguna de que pudiera enviar dinero a ninguna de sus mujeres de ambos extremos del país si había sacado del banco todos sus ahorros para comprarse un coche. Todo volvía: el baile comenzaba de nuevo. A su espalda, las ruinas humeantes. Volvía a precipitarse hacia el Oeste a través del quejumbroso y horrible continente, y estaba a punto de llegar. Nos aprestamos a toda prisa para recibirle. La noticia decía que se disponía a llevarme en su coche a México.
—¿Crees que me dejará ir con vosotros? —me preguntó Jeffries, temeroso.
—Hablaré con él —dije yo, en tono grave.
No sabíamos qué podíamos esperarnos.
«¿Dónde va a dormir? ¿Qué va a comer? ¿Hay chicas para él?». Era como la llegada inminente de Gargantúa: había que hacer preparativos para ampliar las alcantarillas de Denver, y atemperar ciertas leyes para que no penaran su cuerpo sufriente y sus explosivos éxtasis. La llegada de Neal fue como una película de los viejos tiempos. Yo estaba en la casa loca de Beverly una tarde de sol. Unas palabras sobre esta casa. Como su madre estaba en Francia, había quedado a cargo de ella la vieja tía Austice (o algo así), que tenía unos setenta y cinco años y era tan vivaracha como una gallina. En la familia Burford, que se extendía desde Denver hasta Iowa, la tía Austice se desplazaba continuamente de una casa a otra para ayudar en diferentes menesteres. En un tiempo tuvo docenas de hijos. Se le habían ido todos: la habían abandonado. Era vieja pero sentía interés por todo lo que hacíamos y decíamos. Sacudía la cabeza con tristeza cuando nos veía tomar tragos de whisky en el salón.
—Para hacer eso podías salir al jardín de atrás, jovencito.
Arriba —aquel verano la casa parecía una pensión— se alojaba un chiflado llamado Jim que estaba perdidamente enamorado de Beverly. Procedía de Connecticut —de una familia muy rica, según decían—, donde le esperaba un porvenir de lo más tentador, pero él prefería estar donde estuviera Beverly. El resultado era el siguiente: se pasaba las veladas sentado en el salón, con la cara congestionada tras el periódico, y cada vez que uno de nosotros decía algo él lo oía pero no daba muestra alguna de haberlo hecho.

La cara le ardía muy especialmente cuando era Beverly quien decía algo. Cuando lo obligábamos a bajar el periódico nos miraba con infinito aburrimiento y decía: —¿Eh? Oh, sí. Supongo que sí.
Normalmente era todo lo que decía. Austice, sentada en su rincón de la sala, hacía calceta y nos vigilaba a todos con sus ojos de pájaro. Vigilarnos era su cometido; estaba entre sus tareas conseguir que nadie soltara maldiciones. Bev se reía tontamente en el sofá. Ed White, Jeffries y yo pasábamos el rato repantigados en sendas sillas de la sala. El pobre Jim padecía un auténtico tormento. Se levantaba, bostezaba y decía:
—Bien, mañana será otro día. Buenas noches.
Y desaparecía en el piso de arriba. A Bev no le apetecía nada hacerle caso; estaba enamorada de Ed White, pero él se escurría como una anguila de su asedio. Una tarde soleada, hacia la hora de la cena, estábamos todos sentados de esta guisa cuando de pronto Neal frenó enfrente de la casa y saltó del trasto destartalado en que venía con un traje de tweed con chaleco y leontina.
—¡Ea! ¡Ea! —oí gritar fuera, en la calle.
Estaba con Bill Tomson, que acababa de volver de San Francisco con su mujer Helena para vivir de nuevo en Denver. También vivían en Denver Hinkle y Helen, y Jim Holmes. Todos volvían a estar en Denver. Salí al porche.
—Bien, amigo mío... —dijo Neal, tendiéndome su mano grande—. Veo que todo está bien en este extremo de la vara. Hola, hola, hola... —fue diciéndole a la gente—. Oh, ya, Ed White, Frank Jeffries..., encantado. —Le presentamos a la tía Austice—. Oh, sí, ¿cómo está? Este es mi amigo Bill Tomson, que ha tenido la amabilidad de acompañarme, ¡carraspeo!, ¡joder!, ¡ejem, ejem! El mayor Hoople, señor... —dijo, tendiendo la mano a Jim, que lo miraba fijamente—. Sí, sí. Bueno, Jack, tío, ¿qué cuentas?, ¿cuándo nos vamos a México? ¿Mañana por la tarde? Perfecto, perfecto. ¡Mmm...! Y ahora, Jack, dispongo exactamente de dieciséis minutos antes de irme a casa de Al Hinkle a recuperar mi viejo reloj de ferroviario, que pretendo empeñar en Larimer Street antes de que cierren. Mientras, volando, y tan concienzudamente como el tiempo me lo permita, veré si mi viejo está por casualidad en Jigg’s o en alguna otra taberna, y luego tengo cita con el peluquero al que Brierly siempre me dijo que fuera y al que he ido todos estos años y ahora pienso seguir yendo..., ¡ejem! A las seis en punto, ¡EN PUNTO! En punto, ¿me oyes? Quiero que estés aquí cuando vuelva volando a recogerte para pasarnos rápidamente por casa de Bill Tomson, poner a Gillespie y unos cuantos discos de bop variados, una hora de relajación antes de cualquier tipo de velada que tú y Ed y Frank y Bev hayáis podido planear con independencia de mi llegada, que, por cierto, ha tenido lugar hace cuarenta y cinco minutos exactos en mi viejo Ford del 37, que como ves está aparcado ahí fuera, después de un viaje de un tirón con excepción de una larga parada en Kansas City para visitar a mi hermano, no Jack Daly sino otro más joven...
Y mientras soltaba todo este parloteo se iba cambiando el traje por una camiseta en un hueco contiguo al salón, justo a resguardo de la vista de todo

el mundo, y pasándose el reloj a otros pantalones que sacó del mismo baúl desvencijado de siempre.
—¿Y Diane? —pregunté—, ¿Qué ha pasado en Nueva York?
—Oficialmente este viaje es para conseguir el divorcio en México, que es mucho más barato y más rápido que en cualquier otro sitio... Por fin tengo el consentimiento de Carolyn, así que todo está arreglado, todo va de perlas, todo está genial, y sabemos que ahora no tenemos que preocuparnos por nada de nada, ¿no es cierto, Jack?
Bien, adelante; yo siempre estaba dispuesto a seguir a Neal a cualquier parte, así que todos nos apresuramos a amoldarnos a los nuevos planes de una gran noche —y sí, fue una noche inolvidable—. Hubo una fiesta en casa de la hermana de Al Hinkle. Al tiene dos hermanos policías, que se mantuvieron allí sentados, mirándolo todo con un asombro espantado. En la mesa había un ágape estupendo: pasteles y bebidas. Al parecía feliz, y boyante.
—¿Ya te has arreglado definitivamente con Helen?
—Sí, señor —dijo Al—. Claro que sí. Y voy a matricularme en la Universidad de Denver, ¿sabes? Con Jim y Bill.
—¿Y qué vas a estudiar?
—Aún no lo sé. Oye, Neal está más loco cada año, ¿no? —Por supuesto que sí.
Helen estaba allí cerca. Intentaba hablar con alguien, pero Neal acaparaba toda la atención. De pie delante de Jeffries y de White y de Bev y de mí, que estábamos sentados codo con codo en banquetas de cocina alineadas contra la pared, Neal actuaba. Al Hinkle se movía a su espalda, nervioso. Su pobre hermana había quedado relegada a un segundo plano.
—¡Ea! ¡Ea! —decía Neal, tirándose de la camisa y rascándose la panza, brincando de un lado a otro—. Sí, bien... Ahora estamos todos juntos, y los años nos han ido pasando por separado y quedando atrás, y sin embargo ya veis, ninguno de nosotros ha cambiado de verdad, y para probarlo tengo aquí una baraja de cartas con las cuales puedo predecir futuros de todo tipo con bastante precisión.
Era la baraja con estampas obscenas. Helena y Bill Tomson estaban sentados muy tiesos en un rincón. Era una fiesta absurda, un absoluto fiasco. En un momento dado Neal se quedó callado de pronto y se sentó en una banqueta de la cocina, entre Jeffries y yo, y se quedó mirando hacia delante con un asombro vacilante y perruno, sin prestar la menor atención a nadie. Sencillamente desapareció unos instantes para hacer acopio de nuevas energías. Si alguien le hubiera tocado se habría bamboleado como una gran piedra redonda suspendida sobre un guijarro al borde de un precipicio. Podía caer y estrellarse al fondo del acantilado o simplemente balancearse y balancearse. Y al final la roca estalló como un girasol, y la cara de Neal se iluminó con una sonrisa seductora. Nos fue mirando a todos como un hombre que acaba de despertar, y dijo:
—Oh, mira toda esta gente encantadora aquí sentada a mi lado. ¿No es increíble? Jack, qué maravilla... —Se levantó y atravesó la sala con la mano tendida hacia uno de los policías invitados—. ¿Cómo está usted? Mi nombre

es Neal Cassady. Sí, me acuerdo bien de usted. ¿Todo bien? Bien, bien. Mirad ese apetitoso pastel. Oh, ¿puedo servirme un poco?
La hermana de Al dijo que sí.
—Oh, qué maravilla. La gente es tan amable. Pasteles y cosas deliciosas dispuestas sobre la mesa; y todo para que disfrutemos de los pequeños gozos y delicias de la vida. Mmm..., es tan tierno, tan tierno... ¡Oh, Dios, Dios!
Y se quedó allí en medio de la sala, balanceándose, comiendo un trozo de pastel y mirando a todo el mundo con asombro grave. Se volvió y miró a su espalda. Todo lo asombraba; todo lo que veía. Un cuadro en la pared hizo que se quedara quieto y lo mirara atentamente. Se acercó más, y lo contempló detenidamente; retrocedió un poco, se agachó, se irguió de un brinco; quería verlo desde todas las alturas y los ángulos. No tenía la menor idea de la impresión que estaba causando, y le tenía sin cuidado. La gente empezaba a mirarle con el afecto maternal y paternal dibujado en el semblante. Al fin era un Ángel, como yo siempre había sabido que acabaría siendo, pero con sus furias y arrebatos, como todo ángel, y aquella noche, cuando nos fuimos de la fiesta y acabamos en el bar Windsor, Neal, en medio de aquella pandilla de camorristas, cogió una frenética y seráfica borrachera. No hay que olvidar que el Windsor, antaño el hotel más distinguido de la fiebre del oro de Denver y hogaño, en muchos aspectos, un albergue para vagabundos, en cuyo gran salón de la planta baja aún podían verse agujeros de bala en las paredes, había sido en un tiempo el hogar de Neal. Había vivido allí con su padre y otros vagabundos, en una de las habitaciones de arriba. No era ningún turista. Bebió en aquel bar como el fantasma de su padre; trasegó vino, cerveza y whisky como si fueran agua. La cara se le puso roja y sudorosa, y él bramó y vociferó y se tambaleó en la pista de baile donde broncos personajes del Oeste bailaban con las putillas del local, y trató de tocar el piano y rodeó con sus brazos a ex-presidiarios y gritó con ellos en el fragor general. Entretanto, todos los del grupo nos quedamos sentados en dos inmensas mesas que habíamos juntado. Estábamos Justin W. Brierly, Helena y Bill Tomson, una chica de Buffalo, Wyoming, que era amiga de Helena, Frank, Ed White, Beverly, Al Hinkle, Jim Holmes, yo y algunos más, trece en total. Brierly se lo estaba pasando en grande: cogió una máquina de cacahuetes y la puso encima de la mesa, ante él, y se puso a echar centavos y a comer cacahuetes. Sugirió que escribiéramos una postal entre todos y se la mandáramos a Allen Ginsberg, que estaba en Nueva York. Y lo hicimos. Escribimos todo tipo de dislates. La música de violín resonaba con estrépito en la noche de Larimer Street. —¿No es divertido? —dijo a gritos Brierly. En el servicio de caballeros Neal y yo nos liamos a puñetazos con la puerta con intención de echarla abajo, pero tenía dos centímetros y medio de espesor. Me rompí el dedo corazón, y ni siquiera me di cuenta hasta el día siguiente. Estábamos como cubas. Llegó a haber hasta cincuenta vasos de cerveza encima de la mesa. No había más que ir bordeándola y bebiendo de todos y cada uno de ellos. Los ex-presidiarios de Canon City daban vueltas y parloteaban con nosotros. En el vestíbulo de la entrada del gran salón, antiguos buscadores de oro se sentaban con sus bastones bajo el gran reloj de pared. Conocían la furia

desatada que les llegaba del bar contiguo de sus tiempos mejores de antaño. Era el bar al que Lucius Beebe venía una vez al año en su vagón de tren privado color champán, que solía dejar en las vías de la parte trasera del Windsor. Era de locos. Todo daba vueltas a nuestro alrededor. Había fiestas diseminadas por todas partes. Incluso había una en un castillo a la que fuimos todos en coche —menos Neal, que se fue quién sabe adonde—; una vez en el castillo, nos sentamos a una gran mesa como de caballeros del pasado que había en el vestíbulo, y nos pusimos a gritar. Fuera había una piscina, y grutas. Al fin había encontrado el castillo donde la gran serpiente del mundo estaba a punto de alzarse. Más tarde, ya a altas horas de la madrugada, íbamos Neal y yo y Frank Jeffries y Ed White y Al Hinkle y Jim Holmes en un coche, y la noche aún era joven. Fuimos al barrio mexicano, y a Five Points, dimos vueltas de un sitio para otro. Frank Jeffries estaba que no cabía en sí de gozo. No paraba de gritar: «¡Hijo de perra! ¡Joder!», con voz chillona y dándose palmadas en las rodillas. Neal estaba encantado con él. Repetía todo lo que Frank decía, lo jaleaba y se secaba el sudor de la cara.
—Jack, ¿vamos a pasarlo en grande yéndonos a México con este tipo, este tal Frank? ¡Sí!
Era nuestra última noche en el sagrado Denver, y fue una noche desaforada y apoteósica. Acabamos en el sótano de la casa de Bev, a la luz de unas velas, bebiendo vino, mientras la tía Austice daba vueltas y más vueltas arriba, en camisón, con una linterna en la mano. Estaba con nosotros un tipo negro que se hacía llamar Gómez. Había andado rondando por el Five Points, y todo le traía al fresco. Cuando lo vimos, Bill Tomson llamó en voz alta: «¡Eh!, ¿no eres tú Johnny?». Gómez reculó unos pasos y pasó por delante de nosotros una vez más.
—¿Quieres repetirme lo que me has dicho?
—He dicho que si eres ese al que llaman Johnny...
Gómez se alejó un poco y lo intentó de nuevo:
—¿Así me parezco más a él? Porque me esfuerzo todo lo que puedo por parecerme a ese Johnny pero no doy con el modo de hacerlo bien...
—¡Venga, hombre, vente con nosotros! —le gritó Neal, y Gómez montó con nosotros en el coche y nos fuimos. Ahora, en el sótano, susurrábamos como locos para no despertar a Austice y a Jim, que dormían arriba, y no molestar a los vecinos. A las nueve de la mañana se habían marchado todos menos Neal y Frank Jeffries, que seguían cotorreando como lunáticos. La gente se levantó a prepararse el desayuno y oyó unas extrañas voces subterráneas en la casa de al lado que decían: «¡Sí, sí!». Aquello parecía no acabar nunca. Beverly nos obsequió con un desayuno soberbio. Se acercaba el momento de partir para México. Neal llevó el coche hasta la estación de servicio más cercana para una puesta a punto. Era un Ford sedán del 37, con la portezuela derecha desencajada de sus bisagras y sujeta de mala manera a la carrocería. El asiento delantero derecho también estaba muy averiado, y tenías que sentarte en él inclinándote hacia atrás y con la cara mirando al techo desvencijado.
—Como Min y Bill[37] —dijo Neal—. Iremos a trancas y barrancas hasta México; ¡nos llevará días y días!

Miré en el mapa. Un total de tres mil kilómetros, la mayoría de ellos en Texas, hasta Laredo, y luego otros mil trescientos a través de México hasta la gran urbe cercana al istmo. No lograba hacerme idea de un viaje así. Era el viaje más fabuloso que cabía imaginar. Ya no era Este-Oeste sino el mágico SUR. Tuvimos una visión del hemisferio occidental, que bordeaba todo el continente hasta la Tierra del Fuego, y a nosotros deslizándonos sobre la curva del mundo y adentrándonos en otros trópicos y en otros mundos.
—¡Jack, esto va a llevarnos por fin a ESO! —dijo Neal, lleno de fe. Me dio unas palmaditas en el brazo—. Tú espera y verás. ¡Yujuuu! ¡Yeaaa!
Fui con Jeffries para ayudarle en las últimas gestiones que tenía que arreglar en Denver, y conocí a su pobre padre, que, de pie en la puerta de su casa, decía:
—Frank..., Frank..., Frank...
—¿Qué, papá? —No te vayas.
—Está decidido, tengo que ir. ¿Por qué tienes que ponerte así, papá?
El padre de Frank tenía el pelo gris, y grandes ojos almendrados, y cuello tenso y desquiciado.
—Frank —dijo, sencillamente—, no te vayas. No hagas llorar a tu anciano padre. No me dejes solo otra vez.
Frank me había contado que su padre se estaba volviendo loco en los últimos años. Me partía el corazón presenciar aquella escena.
—Neal —dijo el anciano, dirigiéndose a mí—. No te lleves a Frank de mi lado. Cuando era niño solía llevarlo al parque y le explicaba todo lo relativo a los cisnes. Luego su hermano pequeño se ahogó en el estanque de ese parque. No quiero que te lo lleves, Neal.
—Padre —dijo Frank—, Nos vamos. Adiós.
Pugnó por liberarse de su padre, que lo tenía agarrado por el brazo.
—Frank, Frank, Frank..., no te vayas, no te vayas, no te vayas...
Nos alejamos con la cabeza gacha, y el anciano seguía de pie en el umbral de su casita de una calle lateral de Denver, con las cortinas de abalorios en las puertas y el mobiliario recargado de la sala. Estaba blanco como el papel. Seguía llamando a Frank. Había algo de extrema parálisis en todos sus movimientos, por lo que no hacía el menor ademán de entrar en casa y seguía allí en el umbral musitando «Frank» y «No te vayas», mirándonos angustiadamente hasta que doblamos la esquina de la calle.
—Dios, Jeff, no sé qué decir —dije.
—No te preocupes —dijo él, en tono quejumbroso—. Siempre ha sido así. Ojalá no lo hubieras visto. Mi madre va a dejarle en cuanto lo tenga todo arreglado.
—Ese pobre anciano va a enloquecer si ella lo abandona.
—Mi madre es demasiado joven para él —dijo Frank.
Nos reunimos con su madre en el banco, donde ella estaba sacando dinero de forma subrepticia para dárselo a su hijo. Era una mujer encantadora de pelo blanco, aunque de aspecto aún muy joven. Su hijo y ella se susurraban cosas en un rincón, de pie en el piso de mármol de la sucursal bancaria. Frank llevaba vaqueros y cazadora Levis, y tenía todo el aire de un hombre que se va a México. Dejaba su existencia muelle en Denver y se iba de viaje

con el fogoso y neófito Neal. Este daba la vuelta a la esquina y se reunía con nosotros justo a tiempo. La señora Jeffries insistió en invitarnos a una taza de café.
—Cuidad de mi Frank —dijo—. No le digáis la cantidad de cosas que pueden sucederle en ese país.
—Nos cuidaremos unos a otros —dije yo.
Frank y su madre iban delante, y yo iba detrás con el loco de Neal, que me hablaba de las leyendas que se escribían en las paredes de los retretes del Este y del Oeste.
—Son totalmente diferentes. En el Este hacen bromas y chistes trillados de todo tipo; en el Oeste se limitan a escribir sus nombres, Red O'Hara, Bluffton Montana, pasó por aquí, fecha y demás... Y la razón es la enorme soledad que empieza a ser prácticamente la misma en cuanto cruzas el Mississippi y te mueves hacia el oeste.
Bien, teníamos a un ser solitario allí mismo, delante de nuestras narices: Frank. Su madre era una madre adorable que odiaba ver cómo su hijo se iba lejos, pero que sabía que tenía que irse. Comprendí que él huía de su padre. Henos ahí a los tres: Neal buscando a su padre; yo, con el mío muerto; Frank huyendo del suyo. Y los tres íbamos a adentrarnos juntos en la noche. Frank besó a su madre en medio de las multitudes de la calle Diecisiete, y la mujer subió a un taxi y nos hizo adiós con la mano. Adiós, adiós. Montamos en el viejo Ford destartalado y volvimos a casa de Bev. Allí pasamos una hora de reloj —así lo habíamos planeado— sentados y charlando con Beverly y Ed en el porche, bajo los inmensos árboles de la somnolienta tarde de Denver. Y Brierly vino a decirnos adiós. Apareció en la esquina en su Oldsmobile, y nos llegó su «Feliz Navidad» a través del aire caliente. Llegó con paso vivo, trotando sobre sus pequeños pies de hombre de negocios.
—Bien, bien, bien..., listos para partir, sin preocupaciones. ¿Cómo te sientes al respecto, Ed? ¿Quieres irte con los muchachos?
Ed White movió la mano en el aire, y se limitó a sonreír. Beverly se moría de ganas de venirse con nosotros. Llevaba días dándolo a entender.
—No estorbaría en absoluto —decía.
Frank y ella eran amigos de la infancia. Él solía tirarle de las trenzas y jugar con el aro en las callejas de Denver con su hermano Bob. Luego alborotaron en secundaria —esa secundaria dorada de Denver que Neal no había conocido nunca.
—¡Bueno, vaya trío extraño el vuestro! —dijo Brierly—. Jamás lo habría imaginado hace apenas unos años. Neal, ¿qué te propones hacer con estos dos muchachos? ¿Piensas llevártelos hasta el Polo Sur? Ajá, sí, eso es...
Neal miró hacia otra parte. Brierly miró hacia otra parte. Los seis seguimos sentados bajo el ardiente sol de la tarde, sin decir nada.
—Bien —dijo Brierly—. Supongo que todo tiene un sentido. Quiero veros volver sanos y salvos, a menos que os perdáis en la selva con una chica india y acabéis vuestros días a la puerta de una cabaña haciendo potes de barro. Creo que, de camino, deberíais visitar a Hal en Trinidad. No se me ocurre nada más que decir salvo «Feliz Año Nuevo». Apuesto a que quieres irte con ellos, ¿eh, Beverly? Pero será mejor que te quedes en Denver. ¿No crees, Ed?

Mmm...
Brierly siempre musitaba cosas para sus adentros. «La muerte, maestro de baile» cogió su maletín y se dispuso a marcharse.
—¿Conocéis la historia de los enanos que quieren subirse a un gigante? Es muy corta. O la de..., bueno, creo que ya basta, ¿no os parece? ¿Eh? —Nos miró a todos y sonrió de oreja a oreja. Se enderezó el jipijapa—. Tengo una cita en el centro. Tendré que deciros adiós ahora.
Le estrechamos la mano. Mientras se dirigía hacia el coche no paraba de hablar. Ya no podíamos oírle, pero él seguía diciendo cosas. Un chiquillo se acercó en un triciclo.
—Feliz Navidad. ¿No crees que sería mejor que fueras por la acera? Podrían atropellarte y hacerte papilla.
El chiquillo salió disparado calle abajo, con la cara enfilada hacia el futuro. Brierly montó en su coche, dio un giro de ciento ochenta grados, y dedicó una humorada final al chiquillo del triciclo:
—Cuando tenía tu edad yo tampoco tenía ningún miedo. Mis pasteles de barro eran un prodigio arquitectónico, ¿lo sabías?
Brierly y el chiquillo del triciclo doblaron la esquina despacio, y oímos cómo Brierly aceleraba rumbo a sus asuntos. Luego Neal y Frank y yo montamos en el viejo trasto que nos esperaba aparcado junto al bordillo; cerramos como pudimos las puertas sueltas y descolgadas y nos volvimos para decirle adiós a Beverly. Ed venía con nosotros hasta su casa de las afueras. Beverly estaba particularmente guapa aquel día: el pelo largo y rubio, sueco; las pecas que realzaba el sol. Estaba exactamente igual que la niña pequeña que había sido antaño. Y una neblina empañaba sus ojos. Tal vez vendría a reunirse con nosotros más tarde, con Ed... Pero no lo hizo. Adiós, adiós. Partimos. Dejamos a Ed frente a su jardín, en la llanura de las afueras de la ciudad, y nos alejamos dejando una densa estela de polvo. Miré hacia atrás y vi cómo Ed White iba empequeñeciéndose en la llanura de los arrabales de Denver. Aquel joven extraño se quedó allí quieto durante un par de minutos, mirando cómo íbamos empequeñeciendo NOSOTROS en la llanura que tenía enfrente, y pensando Dios sabe qué pensamientos tristes. Fue alejándose, alejándose, hasta que no fue más que un punto en la lejanía..., y aún seguía allí quieto, con una mano en el tendedero, como un capitán junto a los obenques de su nave, mirándonos.
Neal y Frank iban delante, hablando con entusiasmo, pero yo seguía con la cabeza vuelta, mirando hacia Ed White, hasta que ya no se divisó ni rastro de aquel ser humano sino sólo una creciente ausencia en el espacio, y qué inmensidad de espacio...: una extensión hacia el este en dirección a Kansas, a mi hogar en Long Island, un misterio de espacios sucesivos que se devoraban a sí mismos.
—Ed sigue mirándonos —les dije a Neal y a Frank. Giramos bruscamente hacia la izquierda y ya no vi más a Ed White. Lo había perdido de vista en el barco y lo perdía de vista aquí en Denver. Ahora enfilábamos el maltrecho morro del Ford en dirección al sur, hacia Castle Rock, Colorado, mientras el sol se ponía rojo y hacía que la piedra de las montañas del oeste evocaran las paredes de una fábrica de cerveza de Brooklyn en los atardeceres de

noviembre. Arriba, entre las sombras purpúreas de la roca, había alguien esperando, caminando, caminando, pero no podíamos distinguirlo bien; quizá era el viejo de cabello blanco que había atisbado yo años atrás en las cumbres. Pero ahora se acercaba a mí, aunque manteniéndose siempre a mi espalda. Y Denver se iba alejando de nosotros como una ciudad de sal, y sus humos fueron disolviéndose en lo alto hasta que los perdimos de vista. Era mayo, y cómo es posible que las hogareñas tardes de Colorado, con sus granjas y sus acequias y sus umbrías hondonadas..., esos lugares adonde los niños van a nadar, puedan producir un bicho como el insecto que le picó a Frank. Iba con el brazo apoyado en el borde de la ventanilla de la puerta rota, charlando con nosotros todo contento, cuando de pronto una criatura voladora —salida de la tarde norteamericana— se le posó en el brazo y le clavó el largo aguijón. Frank dio un alarido de dolor, se dio una fuerte palmada en el brazo y se sacó el aguijón, y en cuestión de minutos el brazo se le empezó a hinchar. Dijo que le dolía mucho. Neal y yo teníamos ni idea de lo que era. Lo que había que hacer era esperar y ver si remitía la hinchazón. Nos encaminábamos hacia tierras desconocidas del sur, y a apenas cinco kilómetros de casa, del lugar de la infancia, un extraño ser febril y exótico se alzaba de sus podredumbres secretas para inocular el miedo en nuestros corazones.
—¿Qué ha sido?
—No sé de ningún bicho que haga que se te hinche tanto el brazo.
—¡Maldita sea!
Aquello hacía que nuestro viaje pareciera siniestro y condenado al fracaso. Era como un adiós a nuestra tierra natal. ¿Conocíamos nuestra tierra natal tan bien como creíamos? Seguimos en la carretera. El brazo de Frank empeoró. Teníamos que parar en el primer hospital que encontráramos para que le pusieran una inyección de penicilina. Pasamos por Castle Rock, y llegamos a Colorado Springs al anochecer. A nuestra derecha se alzaba la gran sombra del Pike’s Peak. Avanzamos a todo gas por la autopista de Pueblo.
—He hecho autostop cientos y cientos de veces en esa carretera —dijo Neal —. Una noche me escondí justo detrás de esa alambrada, porque me entró un miedo horrible sin saber por qué.
Decidimos contar nuestras historias, pero uno a uno. Y empezó Frank.
—Tenemos un largo camino por delante —dijo Neal a modo de preámbulo —, así que permitiros toda licencia que se os ocurra, todo tipo de detalles que os vengan a la cabeza. Y aun así no conseguiréis contarlo todo. Tranquilo, tranquilo... —le aconsejó a Frank, que había empezado a contar la suya—. Tienes que relajarte.
Frank acometió la narración de su vida mientras avanzábamos en la noche a toda velocidad. Empezó con sus experiencias en Francia, pero para orillar las dificultades que iban surgiéndole prefirió retroceder para volver a su infancia en Denver. Él y Neal rememoraron las veces que se habían visto de niños corriendo por las calles en bicicleta. Frank estaba nervioso y febril. Quería contárselo todo a Neal. Y Neal era a un tiempo el árbitro, el padre, el juez, el que escuchaba, el que aprobaba, el que asentía.

—Sí, sí, sigue, sigue, por favor.
Pasamos por Walsenburg. Y de pronto estábamos pasando por Trinidad, donde Hal Chase estaría en alguna parte, lejos del centro urbano, frente a una hoguera, con Ginger y quizá un grupo de antropólogos, y como en otros tiempos él también estaría contando la historia de su vida, y ni en sueños se le pasaría por la cabeza que en aquel mismo momento nosotros estábamos en aquel preciso punto de la carretera camino de México y nos contábamos las historias de nuestra vida. ¡Oh, triste noche de Norteamérica! Y de pronto estábamos en Nuevo México y dejábamos atrás las rocas redondeadas de Ratón y nos parábamos a tomar una hamburguesa con un hambre de lobos —nos llevamos una de más por cabeza, bien envueltas en servilletas de papel, con idea de no comérnoslas hasta haber cruzado la frontera mexicana.
—Jack, tenemos ante nosotros todo el estado vertical de Texas —dijo Neal —, Antes lo hicimos en sentido horizontal. La distancia es la misma. Estaremos en Texas dentro de unos minutos, y no saldremos del estado hasta mañana por la noche, a esta misma hora, y no dejaremos de conducir en ningún momento. Piensa en ello.
Seguimos carretera adelante. En la inmensa planicie de la noche se hallaba la primera localidad de Texas, Dalhart, por la que yo había pasado en 1947. Rutilante sobre el oscuro suelo de la tierra, a unos ochenta kilómetros de distancia. La tierra, a la luz de la luna, era todo mezquites e inmensidad baldía. En el horizonte, la luna, que crecía por momentos, se hizo enorme y herrumbrosa; se suavizó y se desplazó, hasta que el lucero del alba entró en escena y el rocío empezó a llamar a nuestras ventanillas. Pero seguimos adelante. Después de Dalhart —que era una población vacía y anodina— nos dirigimos a Amarillo, y llegamos por la mañana y nos adentramos en los pastos ventosos que tan sólo unos años atrás (en 1910) se mecían entre montones de tiendas de lona de la pradera. Por supuesto ahora había estaciones de servicio y máquinas de discos de 1950 con profusos adornos en el frente y ranuras para las monedas de diez centavos y discos espantosos. Durante el trayecto de Amarillo a Childress, Texas, Neal y yo le contamos a Frank argumentos y argumentos de libros que habíamos leído (nos lo había pedido, porque quería saber cuáles habían sido nuestras lecturas). En Childress, bajo el ardiente sol, tomamos una carretera secundaria en dirección al sur y surcamos la abismal inmensidad yerma rumbo a Paducah, Guthrie y Abilene (Texas). Neal tenía que dormir, así que me pasé al asiento delantero, al lado de Frank, y condujimos por turnos. El viejo trasto se calentaba y resoplaba y avanzaba a duras penas. Grandes ráfagas de un viento arenoso nos golpeaban desde la resplandeciente tierra baldía. Frank se puso a contar cosas de Montecarlo y de Cagnes-sur-Mer y de otros «pueblos azules» cercanos a Mentón, donde gente de cara morena callejeaba entre paredes blancas. Texas es inconfundible: entramos despacio en Abilene, con los ojos muy abiertos para verlo bien todo.
—Imaginaos vivir en este pueblo, a miles de kilómetros de cualquier ciudad. ¡Yuju...! Allí, junto a las vías, la parte vieja de Abilene, donde cargaban el ganado y se liaban a tiros con los polizontes y bebían whisky matarratas.

¡Ojo con esa zona! —aulló Neal por la ventanilla, con la boca torcida en una mueca.
A él le tenía sin cuidado Texas o cualquier otro lugar. Los tejanos de cara rubicunda no le prestaban la menor atención y apretaban el paso por las abrasadoras aceras. Nos paramos para comer en la carretera del sur de la ciudad. El anochecer se nos antojaba enormemente lejano cuando reanudamos el viaje rumbo a Coleman y Brady; estábamos en el corazón de Texas: vastas extensiones de broza y de cuando en cuando una casa al lado de un riachuelo sediento, y un rodeo de cien kilómetros por una carretera de tierra y el calor incesante...
—México aún está lejos —nos dijo Neal con voz somnolienta desde el asiento de atrás—. Así que seguid pisando el acelerador si queréis veros besando señoritas mañana al amanecer, porque este viejo cacharro puede correr si se le sabe hablar y se le trata como es debido... Bueno, la parte de atrás está a punto de caérsele, pero no os preocupéis hasta que lleguemos, ¿de acuerdo? ¡Yujuuuuu!
Y volvió a dormirse. Me puse al volante y conduje hasta Fredericksburg, y allí sentí que me cruzaba conmigo mismo en el mapa, porque estaba en el mismo lugar donde Louanne y yo nos habíamos cogido de la mano una mañana de nieve de 1949... ¿Dónde estaría ahora Louanne, por cierto?
—¡Toca! —bramó Neal en sueños.
Supongo que estaba soñando con el jazz de San Francisco, y quizá con los mambos mexicanos que nos esperaban. Frank hablaba y hablaba: Neal le había dado cuerda la noche anterior, y no parecía que fuera a parar nunca. Ahora estaba en Inglaterra, y contaba sus aventuras de cuando había hecho autostop en las carreteras inglesas, de Londres a Liverpool, con el pelo largo y los pantalones andrajosos, y los extraños camioneros británicos que le llevaron. Los tres teníamos los ojos rojos del incesante mistral que soplaba en Texas. Sentíamos como una piedra en el estómago, y sabíamos que acabaríamos llegando a nuestro destino por mucho que avanzáramos despacio. El coche, pese a sus trémulos esfuerzos, no lograba superar los setenta kilómetros por hora. Desde Fredericksburg descendimos a oscuras por las altas llanuras del oeste hacia la cuenca ardiente del Río Grande. San Antonio nos esperaba allá delante, en línea recta.
—A medianoche aún nos faltará mucho para Laredo —advirtió Neal. Estábamos muy despiertos ante la expectativa inminente de llegar a San Antonio. Hacía cada vez más calor en la noche sensual, mientras descendíamos por las llanuras. Las polillas empezaron a estrellarse contra el parabrisas—. Nos adentramos en la tierra del calor, de las ratas del desierto y del tequila. Es la primera vez que estoy tan al sur de Texas —añadió luego con asombro—, ¡Joder! ¡Aquí es donde mi padre viene en invierno, el viejo y astuto vagabundo!
De pronto nos envolvió un calor absolutamente tropical, al pie de una colina de casi diez kilómetros de ladera, y a lo lejos, en un altozano, divisamos al fin las luces de San Antonio. Tenías la impresión de que todo aquello había sido antaño territorio mexicano. Las casas del borde de la carretera eran diferentes; las estaciones de servicio, más viejas y descuidadas; las luces,

más escasas. Neal se puso al volante con gran entusiasmo, para ser él quien nos hiciera entrar en San Antonio. Al llegar nos vimos inmersos de un desolado suburbio de míseras casuchas mexicanas sin sótano, con viejas mecedoras en el porche. Nos paramos en una gasolinera para engrasar el coche. Había numerosos mexicanos desperdigados por la gasolinera bajo la luz caliente de las bombillas del techo, ennegrecidas por los insectos estivales del valle; se agachaban ante la cámara de los refrescos, sacaban botellas de cerveza y le tendían el dinero al encargado. Familias enteras se demoraban en estos menesteres. Alrededor de esta estación de servicio había casuchas y árboles mustios y un olor de canela silvestre en el aire. Pasaron a nuestro lado unas chicas mexicanas alborotadas con sus chicos.
—¡Yujuuu! —aulló Neal.
—¡Sí! ¡Mañana!
La música llegaba por todos lados (todo tipo de música). Frank y yo nos bebimos varias botellas de cerveza, que se nos subieron a la cabeza. Estábamos casi fuera de los Estados Unidos y sin embargo aún dentro, y sin duda en el más enloquecido de sus rincones. Pasaban coches preparados. San Antonio, ¡yeaaa!
—Ahora, tíos, escuchad lo que os digo. Podemos pasarnos un par de horas aquí en San Antonio, y de paso encontrar un hospital para el brazo de Frank, y tú y yo, Jack, nos pateamos las calles a ver qué vemos... Mirad esas casas de allí enfrente: se ven las salas de estar y todas esas preciosidades tumbadas en los sofás leyendo números de True Love, ¡yea! ¡Venga, vámonos!
Rodamos por la ciudad sin rumbo fijo durante un rato, y preguntamos a la gente por el hospital más cercano. Estaba cerca del centro, donde las cosas parecían más pulcras y norteamericanas: había varios mini-rascacielos y muchas luces de neón y drugstores, pero los coches salían de la oscuridad y circulaban sin orden ni concierto, como si no existieran normas de tráfico. Aparcamos en el camino de entrada del hospital, y entré con Frank para ver a un médico mientras Neal se quedaba en el coche y se cambiaba de ropa. El vestíbulo del hospital estaba lleno de mexicanas pobres, algunas de ellas embarazadas, y otras enfermas, y otras con hijos enfermos. Era una estampa triste. Pensé en la pobre Bea Franco y en lo que podría estar haciendo en aquel momento. Frank tuvo que esperar una hora hasta que vino un interno y le examinó el brazo hinchado. Había un nombre para el tipo de infección que padecía, pero ninguno de nosotros se molestó en decirlo. Le pusieron una inyección de penicilina. Mientras tanto Neal y yo fuimos a darnos una vuelta por las calles de la zona mexicana de San Antonio. El aire era fragante y suave, el más suave que yo había respirado en toda mi vida; y oscuro, y rumoroso, y lleno de misterio. Surgían en la oscuridad repentinas figuras de chicas con pañuelos blancos. Neal caminaba despacio sin decir una palabra.
—¡Dios, esto es demasiado maravilloso para poder hacer nada!
—Pues paseamos y lo vemos todo, ¿te parece? ¡Mira! ¡Mira! ¡Unos billares!
Entramos a toda prisa. Una docena de tipos jóvenes jugaban en tres mesas. Todos mexicanos. Neal y yo compramos unas Coca-Colas y metimos unas monedas en la máquina de discos y pusimos a Wynonie Blues Harris y Lionel Hampton y Lucky Millinder, y nos sentimos en la gloria. Y en un

momento dado Neal me dijo que estuviera atento.

—Mira por el rabillo del ojo, mientras escuchamos la música, y, como tú dices, aspiramos el aire suave... Mira a ese chico, el tullido que está jugando en la mesa Uno. Es el blanco de todas las bromas, ¿ves? Siempre lo ha sido. Los otros tipos no tienen piedad, pero lo quieren.

El tullido era una especie de enano deforme con una cara hermosa demasiado grande en la que brillaban unos ojos castaños enormes y húmedos.

—¿Lo ves, Jack? Un Jim Holmes de San Antonio, México. La misma historia en todo el mundo. ¿Ves cómo le pegan en el culo con el taco? «¡Ja, ja, ja!». Mira cómo se ríen. ¿Ves? El pobre quiere ganar la partida; se ha apostado cuatro cuartos. ¡Fíjate! ¡Fíjate!

Observamos cómo aquel enano angélico intentaba un triunfo difícil. Falló. Los otros soltaron grandes risotadas. —Ah, tío —dijo Neal—. Ahora mira.

Habían cogido al enano por el cogote y lo anduvieron vapuleando en broma por todo el local. El pobre diablo chillaba. Al final salió a la calle oscura, no sin echar una última mirada avergonzada y tierna a su espalda.

—Oh, Dios, cómo me gustaría conocer a ese tío... Saber qué piensa y con qué chicas se lía... ¡Oh, Jack, este aire me «coloca»!

Salimos y vagamos por las calles y bordeamos varias manzanas oscuras y misteriosas. Montones y montones de casas al fondo de jardines verdeantes tupidos como selvas. Atisbamos chicas en las salas de estar, chicas en el porche, chicas con chicos entre los arbustos.

—¡Nunca había estado en esta locura de San Antonio! ¡Imagínate México! ¡Vámonos! ¡Vámonos ya!

Corrimos hacia el hospital. Frank estaba ya listo para irse, y dijo que se sentía mucho mejor. Le pasamos un brazo por el hombro y le contamos lo que habíamos hecho. Ahora estábamos preparados para recorrer los cincuenta kilómetros que nos separaban de la mágica frontera mexicana. Saltamos al interior del coche y partimos. Para entonces yo estaba tan exhausto que me dormí todo el trayecto hasta Laredo y no desperté hasta que Neal aparcó enfrente de un figón. Eran las dos de la madrugada.

—Ah —suspiró Neal—. El final de Texas. El final de Norteamérica. Ya no sabemos nada.

Hacía un calor tremendo: los tres sudábamos profusamente. No había relente; no había ni asomo de brisa; nada salvo millones de polillas que se estrellaban contra las bombillas por todas partes, y el rancio olor de un río caliente de las cercanías: el Río Grande, que nace en los frescos valles de las Montañas Rocosas y acaba formando valles como mundos que mezclarán sus calores con los cienos del Mississippi en el Golfo de México. Laredo era una ciudad siniestra aquella mañana. Todo tipo de taxistas y ratas de la frontera merodeaban por los alrededores en busca de oportunidades de negocio. No había demasiados, porque era ya muy tarde. Era el fondo, era la hez de Norteamérica, donde acababan los peores villanos, donde la gente desorientada siente que debe ir para estar cerca de ese «otro lugar» concreto al que uno puede pasar sin que nadie se dé cuenta. El contrabando se fraguaba en el pesado aire de sirope. Los polis tenían la cara roja y eran

hoscos y sudorosos, pero no se pavoneaban con arrogancia. Las camareras estaban sucias y malhumoradas. Presentías la realidad enorme de todo México un poco más allá de la frontera, y podías casi oler los millones de tortillas que se estaban friendo y que humeaban en la noche. No teníamos ni idea de cómo sería en realidad México. Volvíamos a estar al nivel del mar, y cuando intentamos comer algo apenas pudimos tragarlo. Habíamos dejado la comida en el plato, así que la envolví en servilletas de papel para comerla en el viaje. Nos sentíamos muy mal, y muy tristes. Pero todo cambió cuando cruzamos el misterioso puente sobre el río y nuestras ruedas rodaron oficialmente sobre suelo mexicano, aunque en rigor no fuera sino un carril para la inspección fronteriza de los vehículos. Al otro lado de la calle empezaba México. Miramos, maravillados. Para nuestro asombro, lo que veíamos se ajustaba exactamente a la idea que teníamos de México. Eran las tres de la madrugada y había docenas de hombres con sombrero de paja y pantalones blancos sin hacer nada salvo apoyarse contra las sucias y desconchadas fachadas de los comercios.
—¡Mirad, mirad esos... tipos! —susurró Neal—. Oh... —Aspiró el aire con suavidad—. Un momento, un momento...
Los funcionarios mexicanos se acercaron al coche sonriendo y nos pidieron que por favor abriésemos el maletero y sacásemos el equipaje. Y eso hicimos. No podíamos quitar la vista del otro lado de la calle. Deseábamos cruzar corriendo la calzada y perdernos en aquellas misteriosas calles españolas. No era más que Nuevo Laredo, pero a nosotros nos parecía Barcelona.
—Esos tipos se pasan la noche levantados —nos susurró Neal.
Nos apresuramos a enseñar el pasaporte para pasar al otro lado. Nos advirtieron que no bebiéramos agua del grifo a partir de aquel momento. Los mexicanos miraron nuestros equipajes con desgana. No parecían en absoluto funcionarios. Eran holgazanes y afectuosos. Neal no podía dejar de mirarles.
—¿Estáis viendo cómo son los polis en este país? ¡No puedo creerlo! —Se frotó los ojos—. Debo de estar soñando.
Llegó el momento de cambiar el dinero. Vimos grandes montones de pesos encima de una mesa, y nos dijeron que ocho pesos equivalían más o menos a un dólar norteamericano. Cambiamos la mayor parte del dinero que llevábamos, y nos metimos los rollos de billetes en los bolsillos con auténtico placer. Luego volvimos las caras hacia México con timidez y maravillado asombro, mientras las docenas de mexicanos nos observaban en la noche desde debajo de las alas secretas de sus sombreros. Más allá se oía música y había restaurantes abiertos toda la noche, de cuya puerta salían humos de cocina.
—¡Yuju...! —susurró Neal, con voz casi inaudible.
—Eso es todo —dijo con una sonrisa el funcionario mexicano—. Todo listo, muchachos. Adelante. Bienvenidos a México. Que os divirtáis. Cuidado con el dinero. Conducid con cuidado. Os lo digo a título personal; soy Red, todo el mundo me llama Red. Preguntad por Red. Comed bien. Y no os preocupéis. Todo está en regla.

—¡Sí, sí, sí! —gritó Neal.
Y cruzamos la calle, y entramos en México a pie. Dejamos el coche aparcado y echamos a andar de tres en fondo por la calle española, y pronto nos vimos en medio de aquellas luces mortecinas y amarillentas. Había ancianos sentados en sillas al aire de la noche, y parecían adictos a algún narcótico u oráculos orientales. Ninguno nos miraba, pero sabíamos que eran absolutamente conscientes de todo lo que hacíamos. Doblamos a la izquierda y entramos en un pequeña casa de comidas llena de humo, en la que sonaba una música popular de guitarra en una vieja máquina de discos norteamericana de los años treinta. Taxistas mexicanos en mangas de camisa y mexicanos excéntricos con sombrero de paja estaban sentados en taburetes devorando ingentes revoltijos de tortillas, judías, tacos y demás. Pedimos tres botellas de cerveza fría —se nos informó al instante de que en español beer se decía «cerveza»—, que nos costaron treinta centavos, o diez cada una. Compramos cigarrillos mexicanos a seis centavos el paquete. Mirábamos y mirábamos nuestro maravilloso dinero mexicano, que daba para tanto, y jugueteábamos con él, y mirábamos en torno y sonreíamos a todo el mundo. A nuestra espalda quedaba toda Norteamérica y todo lo que Neal y yo habíamos conocido con anterioridad de la vida, y de la vida en la carretera. Al fin habíamos encontrado la tierra mágica que está al final del camino —jamás habíamos imaginado siquiera el alcance de su magia.
—Piensa en esos tipos que están levantados toda la noche —me susurró Dean—. Y piensa en este inmenso país que se abre ante nosotros, y en esas enormes montañas de Sierra Madre que hemos visto en las películas, y en las selvas que se extienden hacia abajo y en la meseta desértica, tan grande como la nuestra y que llega hasta Guatemala y Dios sabe adonde más... ¡Fiuuu! ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué haremos? ¡Movámonos!
Salimos de aquel local y volvimos al coche. Echamos una última mirada a nuestro país a través de las vivas luces del puente sobre el Río Grande. Giramos en redondo y, ya de espaldas a él, partimos a toda máquina. Poco después estábamos en el desierto, y no vimos ni una sola luz ni un solo coche en cerca de cien kilómetros de vastos llanos. Y justo entonces el alba empezó a despuntar sobre el Golfo de México y empezamos a ver por todas partes las formas fantasmales de las yucas y los cactus «tubos de órgano».
—¡Qué país más salvaje! —dije a voz en cuello. Neal y yo estábamos completamente despiertos. En Laredo habíamos estado exhaustos. Frank, conocedor de otros países, dormía tranquilamente en el asiento trasero. Neal y yo teníamos todo México delante de nosotros.
—Ahora, Jack, lo estamos dejando todo atrás para empezar una fase absolutamente nueva y desconocida de la vida. Hemos vivido todos estos años y hemos pasado por todo tipo de problemas y todo tipo de diversiones... ¡y ahora nos llega esto y de forma que podemos no pensar más que en ello, sin preocuparnos por nada más, y seguir adelante con la cara bien alta, así!, ¿lo ves?, y comprender el mundo tal como, hablando en serio y con toda sinceridad, no lo habían comprendido antes otros norteamericanos..., porque estuvimos aquí en el pasado, ¿no es cierto? La guerra contra México. Los soldados arrastrando los cañones por este

terreno...
—Esta carretera —le dije— es también la ruta de los antiguos forajidos norteamericanos que pasaban la frontera para bajar hasta Monterrey, así que si miras a lo lejos de este desierto ceniciento e imaginas el fantasma del viejo pistolero de Tombstone solitario y a galope, camino de un destierro en lo desconocido, verás que...
—Es el mundo —dijo Neal—, ¡Dios mío! —exclamó a continuación, golpeando el volante con las palmas—. ¡Esto es el mundo! Si la carretera continuara podríamos llegar hasta Sud-América... ¡Piensa en ello! ¡Joder! ¡La puta!
Seguimos a todo gas. El amanecer se desplegó sobre la tierra de inmediato y empezamos a ver la arena blanca del desierto y algunas chozas lejanas a ambos lados de la carretera. Neal aminoró un poco la marcha para observarlas.
—Miserables de verdad, tío. De las que sólo se ven en el Valle de la Muerte, e incluso mucho peores. A esta gente les tienen sin cuidado las apariencias.
La primera población de cierta importancia en el mapa se llamaba Sabinas Hidalgo. Estábamos ansiosos por llegar a ella.
—La carretera no parece muy diferente a las norteamericanas —comentó Neal—. Pero con una diferencia curiosa: ¿ves que en los mojones el número viene en kilómetros en lugar de en millas? Es la distancia que hay hasta la capital, Ciudad de México. ¿Ves? Es la única ciudad en todo el país, y toda indicación nos encamina hacia ella.
Faltaban sólo setecientas sesenta y siete millas hasta la metrópoli —en kilómetros unos mil doscientos.
—¡Maldita sea! ¡Tengo que ir allí! —exclamó Neal.
Durante un rato cerré los ojos, completamente exhausto, y oí que Neal decía, mientras golpeaba el volante con los puños: «Dios», y «¡Dios, qué bien lo vamos a pasar!», y «¡Qué tierra!», y «Sí». Tras atravesar el desierto, llegamos a Sabinas Hidalgo a eso de las siete de la mañana. Aminoramos la marcha para ver cómo era el lugar, y despertamos a Frank, que iba dormido en el asiento trasero. Nos sentamos muy tiesos para mirar. La calle mayor era de barro seco y estaba llena de baches. A cada lado de la calle había fachadas desconchadas de adobe. Los burros avanzaban por la calzada cargados de bultos. Mujeres descalzas nos observaban desde umbrales oscuros. Era increíble. La calle estaba absolutamente atestada de gente a pie que empezaba un nuevo día en el campo mexicano. Ancianos con mostachos de guías largas y de puntas retorcidas nos miraban fijamente. La visión de tres jóvenes norteamericanos barbudos y desaliñados en lugar de los habituales turistas bien vestidos llamaba su atención muy especialmente. Avanzamos dando botes por la calle mayor, a unos quince kilómetros por hora, sin perder el menor detalle de lo que veíamos. Un grupo de chicas caminaba justo delante de nosotros, y al pasar junto a ellas una de ellas dijo, en nuestro idioma:
—¿Adónde vas, chico?
Me volví hacia Neal, asombrado.
—¿Has oído lo que ha dicho?

Neal estaba tan anonadado que siguió conduciendo despacio, y dijo:
—Sí, he oído lo que ha dicho. He oído condenadamente bien lo que ha dicho. Oh, Dios, Dios... No sé qué hacer; estoy tan excitado y endulzado en este mundo matinal... Al fin hemos llegado al cielo. No puede ser más genial, no puede ser más grande, no puede ser más... lo que sea.
—¡Pues vamos a liarnos con ellas! —dije yo.
—Sí —dijo Neal, y empezó a ir a menos de diez kilómetros por hora.
Estaba perplejo por no tener que hacer lo que habría hecho en Norteamérica.
—¡Pero si hay millones como ellas en la carretera, por todos los santos! —dijo.
Pero giró en redondo y llegó a donde las chicas. Iban a trabajar al campo. Nos sonrieron. Neal las miró fijamente, con ojos inflexibles.
—Maldita sea —dijo en voz muy baja—. ¡Oooh! Esto es demasiado bueno para ser cierto. Chicas, chicas, chicas... Y sobre todo ahora, en la fase en que estoy, y como estoy, Jack, no paro de mirar el interior de esas casas al pasar por delante de ellas..., esos bonitos umbrales, y dentro esas camas de paja, y los chiquillos morenos dormidos y revolviéndose a punto de despertar, y las madres preparando el desayuno en cazuelas de hierro, y mira las persianas que hacen de ventanas, y los ancianos..., esos hombres viejos y grandes que no se alteran por nada. Aquí no existe el recelo, nadie desconfía de nadie. Todo el mundo está tranquilo, todo el mundo te mira directamente con ojos oscuros, sin decirte nada; sólo te miran, y en esa mirada las cualidades humanas son suaves y mansas, pero cualidades que siempre están ahí... Fíjate en todas esas historias estúpidas que hemos oído sobre México y sus campesinos humildes y toda esa mierda... Esa mierda de los jodidos latinos y demás... Cuando lo que en realidad son es honrados y amables y no te hinchan las narices con estupideces. Me asombra tanto todo esto...
Forjado en la cruda noche de la carretera, Neal había venido al mundo para verlo. Se inclinó sobre el volante y miró a ambos lados. Conducía despacio. Nos paramos a repostar en las afueras de Sabinas Hidalgo. En la estación de servicio, toda una cofradía de rancheros locales con sombreros de paja y mostachos de guías largas y retorcidas gruñían y parloteaban a grandes voces junto a surtidores de gasolina muy viejos. A lo lejos, en el campo, un anciano campesino trabajaba laboriosamente gobernando al burro que tiraba del arado. El sol se alzó sobre las puras y milenarias actividades de la vida humana. Seguimos viaje hacia Monterrey. Las grandes montañas que se divisaban a lo lejos nos mostraban sus cimas nevadas, y enfilamos hacia ellas a todo gas. Se abrió una brecha que se convirtió en un desfiladero y seguimos en zigzag. En cuestión de minutos estábamos fuera del desierto de mezquites y ascendíamos en el aire fresco por una carretera que discurría entre un precipicio protegido por un pretil de piedra y una pared cortada a pico en la que se leían nombres de presidentes escritos con cal con grandes letras... «¡Alemán!». No nos cruzamos con nadie en la carretera, que serpeaba entre las nubes y nos condujo hasta la gran meseta que comenzaba en la cima. En ella, a lo lejos, la gran ciudad industrial de Monterrey lanzaba sus humos hacia el cielo azul, en el que las gigantescas

nubes del Golfo se dibujaban en la bóveda del día como vellones. Entrar en Monterrey fue como entrar en Detroit: calles entre los largos y enormes muros de las fábricas, en un paisaje urbano en el que difícilmente encajaban los burros que tomaban el sol en los retazos de hierba; chicas descalzas que caminaban por la calle con la compra diaria; y el centro de Monterrey fue nuestra primera visión de unos densos barrios urbanos de adobe, con miles de hipsters deambulando en torno a ciertos umbrales y putas mirando la calle desde ventanas y extrañas tiendas que podían haber vendido cualquier cosa y estrechas aceras repletas de una humanidad estilo Hong Kong.

—¡Yepa! —aulló Neal—. Y todo con este sol. ¿Te has fijado en este sol mexicano, Jack? Te aupa a lo alto. ¡Yepa! Quiero seguir y seguir... ¡Esta carretera me lleva!

Sopesamos la idea de pararnos a disfrutar de los atractivos de Monterrey, pero Neal quería salir enseguida y dedicar más tiempo a la carretera para ver cuanto antes a Bill Burroughs en Ciudad de México. Además sabía que la carretera se haría cada vez más interesante, sobre todo más adelante, siempre más allá... Conducía como un demonio, y no descansaba nunca. Frank y yo estábamos agotados, y tiramos la toalla: teníamos que dormir. Ya en las afueras de Monterrey levanté la mirada y vi los dos enormes y extraños picos gemelos, con forma de silla de montar recortada contra las nubes en lo alto del cielo. Ahora íbamos más allá del Viejo Monterrey, más allá de donde se ocultaban los forajidos. Nos esperaba Montemorelos, un nuevo descenso a altitudes más calientes. Todo se volvió extremadamente caluroso y extraño. Neal no pudo por menos de despertarme para que viera aquello.

—Mira, Jack, no debes perderte esto.

Miré. Íbamos a través de un terreno pantanoso, y a intervalos irregulares veíamos en la carretera a unos mexicanos extraños con andrajos que caminaban con un machete colgando del ceñidor de cuerda, y algunos de ellos cortaban maleza. Todos se paraban para mirarnos con semblante inexpresivo. A través de las enmarañadas matas, veíamos alguna que otra cabaña de aire africano, con techumbre de paja y paredes de bambú. Extrañas chicas morenas como la luna nos observaban desde misteriosos umbrales llenos de verdor.

—Oh, Jack, me encantaría pararme a disfrutar un poco con esas preciosidades —exclamó Neal—. Pero date cuenta de que o la madre o el padre no las pierde de vista ni un momento; detrás de la casa, casi siempre, o a unos cien metros, en el campo, recogiendo leña o cuidando de los animales. Nunca se quedan solas. Nadie se queda solo en este país. Mientras dormías he estado contemplando esta carretera y este país..., ¡y ojalá fuera capaz de contarte los pensamientos que me han pasado por la cabeza!

Sudaba. Tenía los ojos enloquecidos e inyectados en sangre, y también apagados y tiernos... Había encontrado gentes como él. Atravesamos aquella tierra pantanosa a una velocidad más o menos constante de setenta kilómetros por hora.

—Jack, creo que este país no va a cambiar en mucho tiempo. Si conduces tú, dormiré un poco.

Me puse al volante, pues, y conduje inmerso en mis propias ensoñaciones. Crucé Linares, atravesé llanos calientes y pantanosos, pasé por el humeante Río Soto La Marina (cerca de Hidalgo) y seguí adelante. Se abría ante mí un gran valle fresco y frondoso como una selva, con largos campos de cultivos verdes. Varios grupos de hombres nos vieron pasar desde un puente estrecho y anticuado. Abajo discurría el río caliente. Luego ascendimos hasta adentrarnos de nuevo en una especie de terreno desértico. A lo lejos nos esperaba la ciudad de Victoria. Neal y Frank dormían, y yo estaba solo en mi eternidad al volante, y la carretera era recta como una flecha. No era como conducir por Carolina, o Texas, o Arizona, o Illinois, sino conducir a través del mundo por lugares donde finalmente aprenderíamos a contarnos entre los felajin del planeta, los indios que rodean el mundo desde Malaya a la India, a Arabia, a Marruecos, a México, a Polinesia. Porque estas gentes eran inequívocamente indias, y no se parecían en nada a los Pedros y Panchos del estúpido folklore norteamericano. Tenían pómulos altos y ojos rasgados y maneras suaves. No eran necios, no eran payasos; eran indios grandes y graves y habían dado origen a la humanidad (eran sus progenitores). Y ellos sabían esto al vernos pasar, al ver a aquellos norteamericanos con los bolsillos llenos que se daban aires de importancia y que habían venido a su tierra a pasar unos días de francachela; sabían quién era el padre y quién era el hijo en la vida antigua sobre la tierra, y no hacían ningún comentario. Porque cuando la destrucción llegue al mundo estas gentes seguirán mirando con los mismos ojos tanto desde las cuevas de México como desde las cuevas de Bali, donde empezó todo y donde Adán fue amamantado y aprendió a conocer.

Tales eran mis pensamientos al adentrarme en la ciudad ardiente de Victoria, donde habríamos de vivir la tarde más loca de toda nuestra existencia. Antes, en San Antonio, le había prometido a Neal, en broma, que conseguiría que se acostara con una chica. Era una apuesta y un reto. Al parar en una gasolinera, muy cerca de la entrada de la soleada Victoria, un chico cruzó la calzada y se acercó a nosotros para preguntarme si quería comprar una enorme pantalla para el parabrisas.

—¿Te gusta? Sesenta pesos. ¿Habla mexicano? ¿Sesenta pesos[38]? Me llamo Gregor.

—No —dije, y añadí, jocoso—: Compro una señorita.

—¡Sí, sí! —exclamó el chico—. Le consigo chicas, cuando quiera. Veinte pesos. Treinta pesos.

—¿En serio? ¿De veras? ¿Ahora?

—Ahora, sí. Y cuando quieras. Ahora demasiado calor —añadió con desagrado—. Las chicas no están bien con este calor. Espere a la noche. ¿Me compra la pantalla?

No quería la pantalla, pero quería a las chicas. Desperté a Neal.

—Oye, en Texas te dije que te conseguiría una chica, ¿no? Pues bien, estírate y despierta del todo: nos esperan unas chicas.

—¿Cómo, cómo? —dijo él, levantándose de un brinco, ojeroso—. ¿Dónde, dónde?

—Este chico, Gregor, va a enseñarnos dónde.

—¡Pues vamos, vamos...!
Neal saltó del coche y le dio la mano a Gregor. Había un grupo de chicos en la estación de servicio, y sonreían, la mitad de ellos descalzos, todos con sombreros flexibles.
—Tío —me dijo Neal—. ¿No es una forma genial de pasar la tarde? Mucho más genial que los billares de Denver. Gregor, ¿tienes chicas? ¿Dónde? ¿Adondey? —dijo, imitando el español—. Mira, Jack, estoy hablando en español.
—Pregúntale si es posible conseguir algo de marihuana. Oye, chico, ¿tienes marihuana?
El chico asintió con la cabeza con gravedad.
—Sí, cuando queráis, sí. Venid con nosotros.
—¡Yujuuu! ¡Yeaaa! ¡Hurraaa! —gritó Neal.
Estaba completamente despierto, y daba brincos en aquella calle mexicana somnolienta.
—¡Vámonos!
Empecé a dar cigarrillos Lucky Strike a los otros chicos. Estaban encantados con nosotros, pero sobre todo con Neal. Se volvían unos a otros haciendo bocina con las manos y se comentaban cosas sobre el norteamericano chiflado.
—Míralos, Jack: están hablando de nosotros, y pasándolo en grande. ¡Oh, Dios, qué mundo éste!
Montamos todos en el coche y nos fuimos de la gasolinera.
Frank Jeffries había estado durmiendo sonoramente, y por fin despertó a esta locura increíble. Nos alejamos hacia el desierto del otro lado de Victoria, y torcimos para enfilar una carretera de tierra llena de baches en la que el coche avanzó dando botes como nunca lo había hecho hasta entonces. La casa de Gregor estaba más adelante. Se alzaba al borde de un llano de cactus del que sobresalía un puñado de árboles; no era más que un cajón de adobe, con un patio en el que había unos cuantos hombres.
—¿Quiénes son ésos? —preguntó Neal, inquieto.
—Mis hermanos. Mi madre, también. Mi hermana, también. Es mi familia. Yo estoy casado, y vivo en el centro.
—¿Y qué pasa con tu madre? —indagó Neal—. ¿Qué va a decir de la marihuana?
—Oh, es ella la que me la consigue.
Y mientras nos quedábamos esperando en el coche Gregor saltó afuera y fue trotando hasta la casa y le dijo unas palabras a su madre, que al instante se dio la vuelta y fue al jardín de la parte de atrás de la casa y se puso a arrancar de la tierra unas cuantas plantas de marihuana. Entretanto, los hermanos de Gregor reían bajo un árbol. Al final se acercarían a saludarnos, pero aún les llevaría unos minutos decidirse a levantarse y recorrer el trecho que les separaba de nosotros. Gregor vino sonriendo con dulzura.
—Tío —dijo Neal—, este Gregor es el chiquillo más atractivo y tierno que he conocido en toda mi vida. Mírale, mira qué andares lentos y airosos. No hay ninguna necesidad de apresurarse.
Llegaba hasta el interior del coche una tenaz brisa del desierto. Hacía mucho

calor.
—¿Ves el calor que hace? —dijo Gregor, sentándose junto a Neal en el asiento delantero y señalando con el dedo el techo abrasador del Ford—. Con la marihuana ya no tendréis más calor. Esperad.
—Sí —dijo Neal, ajustándose las gafas oscuras—. Espero. Claro que espero, Gregor, chiquillo...
Al poco un hermano alto de Gregor vino sin ninguna prisa hasta nosotros con un poco de hierba envuelta en papel de periódico. La echó en el regazo de Gregor y se inclinó como al desgaire sobre la puerta del coche y nos saludó con un movimiento de cabeza y nos sonrió y dijo «Hola». Neal respondió con otro movimiento de cabeza, y le sonrió con simpatía. Nadie dijo nada; estuvo bien. Gregor procedió a liar el mayor canuto que jamás haya visto persona alguna. Lió (con papel de estraza) un canuto que era como un imponente veguero Óptimo. Gigantesco. Neal se quedó mirándolo con ojos desorbitados. Gregor lo prendió con toda naturalidad, y nos lo pasó para que fuéramos fumando. Dar una calada a «aquello» era como inclinarse sobre la boca de una chimenea y aspirar profundamente. Entraba por la garganta como una oleada de calor. Contuvimos la respiración, y soltamos el humo casi a un tiempo. Y de pronto todos estábamos «colocados». El sudor se nos congeló en la frente, y a partir de ese momento fue como estar en una playa de Acapulco. Miré por el retrovisor y vi que otro de los hermanos de Gregor —el más extraño de todos, alto y con aspecto de indio peruano— sonreía apoyado en un poste, demasiado tímido para acercarse a estrecharnos la mano. Parecía que el coche estuviera todo rodeado por hermanos de Gregor, pues había aparecido otro al lado de la ventanilla de Neal. Y entonces sucedió algo de lo más extraño. Todo el mundo estaba tan «colocado» que las formalidades habituales se dejaron a un lado y las cosas de interés inmediato se concentraron en un único punto, y lo que en ese instante se estaba dando era el hecho insólito de que unos cuantos norteamericanos y mexicanos estaban volando juntos en el desierto, y, más insólito aún, que se estaban mirando unos a otros desde una distancia de un palmo. El caso es que los hermanos de Gregor se pusieron a hablar de nosotros en voz baja, mientras Neal y Frank y yo comentábamos cosas sobre ellos.
—¿Veis a ese hermanito tan raro de ahí atrás?
—Sí, y al que tengo aquí a mi izquierda también; es como un jodido rey egipcio. Estos tipos son GENIALES. Jamás he visto nada semejante. Están hablando, preguntándose cosas sobre nosotros, lo mismo que hacemos nosotros respecto de ellos, con la única diferencia de que seguramente lo que a ellos les interesa es cómo vamos vestidos (bueno, también a nosotros nos interesa cómo van vestidos ellos), y se dirán que qué extrañas son las cosas que llevamos en el coche y qué extraña que es NUESTRA forma de reírnos, tan distinta de la suya, y puede que hasta comparen nuestro olor con cómo huelen ellos. Pero daría lo que fuera por saber lo que están diciendo de nosotros. —E intentó averiguarlo—: Oye, Gregor, ¿qué está diciendo tu hermano ahora mismo?
Gregor dirigió hacia Neal sus tristes ojos oscuros.

—Sí, sí...
—No, no has entendido mi pregunta. ¿De qué hablan tus hermanos?
—Oh —dijo Gregor, hondamente turbado—. ¿No os gusta esta marihuana?
—¡Oh, sí, sí... Es muy buena! Pero ¿de qué HABLÁIS?
—¿Hablar? Sí, hablamos. ¿Os gusta México?
Era difícil entenderse sin utilizar una lengua común. Y todos nos quedamos callados y tranquilos, y volvimos a «colocarnos» y disfrutamos de la brisa del desierto y mascullamos pensamientos nacionales separados. Era el momento de las chicas. Los hermanos volvieron a su sitio bajo el árbol, la madre nos vigilaba desde su umbral soleado y nosotros volvimos a la ciudad a trompicones y despacio. Pero ahora los brincos del coche ya no nos resultaban desagradables; fue el trayecto más grato y placentero del mundo: como ir sobre las olas en el mar azul, y la cara de Neal estaba inmersa en un fulgor nuevo que era como oro cuando nos dijo que ya era hora de que nos imbuyéramos de los amortiguadores del coche y disfrutáramos del viaje, íbamos dando botes, y hasta Gregor comprendió y se echó a reír. Al poco éste señaló hacia su izquierda para indicarnos hacia dónde ir para conseguir chicas, y Neal, mirando hacia la izquierda con indescriptible deleite, e inclinándose hacia ese lado, giró el volante y nos llevó suavemente y a salvo a nuestro destino, mientras atendía los intentos de hablar de Gregor y decía ampulosa y grandilocuentemente: «¡Sí, por supuesto! ¡No me cabe la menor duda en la mente! ¡Decididamente, muchacho! ¡Oh, ya lo creo! ¡Hombre, faltaría más, sí, claro, lo que me dices es maravilloso! ¡Sin duda! ¡Sí! ¡Por favor, continúa!». Ante ello, Gregor hablaba con gravedad, y con magnífica elocuencia española. Por espacio de unos instantes locos pensé que Neal entendía todo lo que Gregor estaba diciendo gracias a una pura perspicacia intuitiva y al súbito genio interpretativo que le inspiraba su felicidad preclara y suprema. En ese momento, además, se parecía tanto a Franklin Delano Roosevelt —un delirio de mis ojos llameantes y de mi alma flotante— que me incorporé en el asiento y di un grito ahogado de asombro. Vi corrientes de oro fluyendo por el cielo, y sentí a Dios en la luz de las calles soleadas y ardientes, justo fuera del coche. Miré por la ventanilla y vi a una mujer en una puerta y pensé que estaba escuchando cada palabra de lo que decíamos y que asentía para sus adentros... Eran visiones paranoicas propias de la marihuana. Pero las corrientes de oro persistían. Durante largo rato perdí la conciencia de lo que estábamos haciendo, y sólo volví en mí poco después cuando vi que habíamos aparcado ante la puerta de la casa de Gregor y a Gregor junto a la portezuela del coche con su pequeño bebé en brazos, enseñándonoslo.
—¿Veis mi bebé? Se llama Pérez, y tiene seis meses.
—Vaya —dijo Neal. Su cara seguía transfigurada en una irradiación de placer supremo, e incluso de dicha—. Es el bebé más lindo que he visto en mi vida. Mira esos ojos... Oíd, Jack y Frank... —dijo, volviéndose hacia nosotros con expresión seria y tierna—. Quiero que miréis bien los ojos de este pequeñín mexicano que es hijo de nuestro maravilloso amigo Gregor, y os deis cuenta de que llegará a la edad adulta con esa alma singular que habla por sí misma a través de las ventanas de sus ojos, y de que tales ojos

encantadores seguro que no son ni de lejos tan bellos como su alma...
Era un bonito discurso. Y era un bonito bebé. Gregor miró melancólicamente a su ángel. Todos habríamos deseado tener un bebé así. Tan intenso era nuestro sentimiento en relación con su alma que la criatura lo percibió de alguna manera e hizo una mueca que le llevó a unas lágrimas amargas y a una aflicción desconocida de la que no pudimos consolarle. Lo intentamos todo. Gregor abrazó a su hijo y se lo pegó al cuello, y lo acunó. Neal le hizo cucamonas. Yo alargué la mano y le acaricié los bracitos. Sus berreos se hicieron más fuertes.
—Ay —dijo Neal—. Lo siento muchísimo, Gregor. Le hemos puesto triste. —No está triste. Llora.
En la puerta de la casa, a su espalda, demasiado tímida para salir a la acera, descalza, estaba su pequeña esposa, esperando con inquietud a que el bebé volviera a sus brazos, morenos y suaves. Después de habernos enseñado a su bebé, Gregor montó en el coche y apuntó con orgullo hacia la derecha.
—Sí —dijo Neal.
Dio la vuelta y se adentró en una maraña de estrechas calles de aire árabe en las que por todas partes había caras que nos observaban con discreto asombro y secreto antojo. Llegamos a la casa de putas. Era un magnífico edificio de estuco bajo el sol dorado en el que se leía en español: «Sala de Baile», con orgullosas letras oficiales que, en su dignidad y sencillez, me recordaron los frisos de piedra de algunas oficinas de Correos de los Estados Unidos. En la calle, apoyados en los alféizares de las ventanas de la casa, había dos policías aburridos, adormilados, con pantalones muy dados de sí, que nos dedicaron unas breves miradas curiosas al vernos entrar (se quedaron allí fuera las tres horas que pasamos retozando ante sus propias narices en el interior de la casa; saldríamos al anochecer, y en la calle, a instancias de Gregor, y a modo de mera formalidad, le daríamos el equivalente a veinticuatro centavos de dólar a cada uno de ellos). Dentro estaban las chicas. Algunas recostadas en divanes en la pista de baile, otras bebiendo en la larga barra de la izquierda del local. En el centro había un arco que daba a unos pequeños cubículos muy parecidos a esas casetas donde te cambias de ropa en las playas o en las casas de baños municipales. Estos cubículos estaban en el patio, al sol de la tarde. Detrás de la barra esperaba el propietario, un tipo joven que salió corriendo hacia la trastienda en cuanto le dijimos que queríamos oír música de mambo. Volvió con un montón de discos, la mayoría de Pérez Prado, y los fue poniendo en la máquina de discos —que transmitía el sonido a unos cuantos altavoces diseminados por la planta—. Un instante después toda la ciudad de Victoria podía oír la parranda que nos estábamos corriendo en la Sala de Baile. En ella, el estruendo de la música —así es como se debe hacer sonar una máquina de discos: es la forma para la que se inventaron estas máquinas— era tal que a Neal ya Frank y a mí nos dejó anonadados durante unos segundos, al caer en la cuenta de que nunca habíamos osado poner la música tan alta como nos habría gustado (y nos gustaba así, a ese volumen). La música nos llegaba directa, vibrantemente. En cuestión de unos minutos la mitad de aquel vecindario de la ciudad estaba en las ventanas mirando a

aquellos norteamericanos que bailaban con las chicas. Allí de pie, codo con codo con los policías, en la acera sucia, asomándose por las ventanas con naturalidad e indiferencia. Más mambo jambo, Chattanooga de mambo, Mambo número ocho... Todas estas tremendas canciones resonaron y refulgieron en la misteriosa tarde dorada como sonidos que uno esperaría oír en el último día del mundo y el Segundo Advenimiento. Las trompetas eran tan estentóreas que pensé que se oirían claramente en el desierto —donde, en cualquier caso, ellas tenían su origen—. Los tambores habían enloquecido. Los montunos del piano nos caían encima como turbiones desde los altavoces. Los gritos del líder del grupo eran como grandes boqueadas en el aire. Los coros finales de trompeta que vinieron con apoteosis de percusión de conga y bongo —del gran disco enloquecido de Chattanooga— dejaron petrificado a Neal durante un instante, hasta que se echó a temblar, todo sudoroso; luego, cuando las trompetas mordieron el aire somnoliento con sus ecos trémulos —como los de una cueva o una caverna—, sus ojos se hicieron más grandes y redondos, como si estuviera viendo al diablo y los apretara con todas sus fuerzas. Yo mismo me sentí zarandeado como un títere; sentí cómo oscilaban las lámparas al son de las trompetas, y me estremecí dentro de mis zapatos. El veloz mambo jambo nos hizo bailar frenéticamente con las chicas. A través del delirio de la marihuana empezábamos a discernir sus personalidades diversas. Eran chicas excelentes. Era extraño, pero la más alocada de todas era una chica medio india, medio blanca, y oriunda de Venezuela. Tenía tan sólo dieciocho años, y parecía de buena familia. Qué podría haberla llevado a prostituirse en México a aquella edad y con aquella fresca impudicia y buen aspecto era algo que sólo Dios sabía. Alguna horrible pena, tal vez. Bebía sin tino. Cuando parecía que iba a vomitar la última copa, se echaba otra al coleto. Apuraba una copa tras otra, con idea —también— de hacernos gastar todo lo posible. Llevaba una especie de batín finísimo en plena tarde; bailaba con Neal como una posesa, y se le colgaba al cuello y le pedía y pedía cosas en tono lastimero. Neal estaba tan «colocado» que no sabía por qué empezar: por el mambo o por las chicas. De pronto se fueron rápidamente hacia los cubículos. Yo estaba con una gorda sin el menor interés con un perrito que se enfadó mucho conmigo porque mostré mi disgusto ante su pertinaz empeño en morderme. La gorda zanjó el contencioso llevándose al perrito a la trastienda, pero cuando volvió yo ya había sido captado por una de sus compañeras —mejor parecida, sin ser una beldad—, que se pegó a mí como una sanguijuela. Yo trataba de zafarme de ella para intentar camelar a una mulata de unos dieciséis años, que estaba sentada con aire sombrío al otro lado del local y se miraba el ombligo a través de una abertura del vestido vaporoso. Pero no lo logré. Frank estaba con una chica de quince años de piel color de almendra y un vestido a medio abrochar. Era de locos. Una veintena de personas fisgaba desde las ventanas. En un momento dado la madre de la chiquilla que se miraba el ombligo —que no era mulata sino muy morena— entró y se acercó a ella y mantuvo una breve y triste conversación con su hija. Cuando vi la escena me sentí demasiado avergonzado para solicitarla. Dejé que la chica que se pegaba a mí como una

sanguijuela me llevara a uno de los cubículos, donde, como en un sueño, en medio del estruendo de los altavoces que había en el patio, hicimos brincar el colchón durante media hora. Era un cubículo cuadrado de paredes de tablilla, sin techo, iluminado por la bombilla del pasillo, con una estampa en un rincón y una palangana en otro. A uno y otro lado del pasillo oscuro, las chicas de los cubículos gritaban:
—¡Aqua, aqua caliente[39]!
Frank y Neal tampoco estaban a la vista. Mi chica cobraba treinta pesos (unos tres dólares y medio), y me rogó que le diera diez pesos más, y me contó una larga historia sobre no sé qué para convencerme. Yo conocía bien el valor del dinero mexicano; para mí era como si tuviera un millón de pesos. Le di el dinero y volvimos rápidamente a la pista de baile. En la calle había mucha más gente congregada ante las ventanas. Los polis parecían tan aburridos como de costumbre. La preciosa chica venezolana que estaba con Neal me arrastró a través de una puerta y me hizo entrar en un extraño bar que al parecer pertenecía a la casa de putas. En su interior un barman joven charlaba y secaba vasos, mientras un viejo con bigote de guías largas y retorcidas estaba sentado y discutía muy seriamente sobre algo. Y allí también atronaba la música de mambo por el altavoz. Era como si el mundo entero estuviera a todo volumen. La venezolana se me colgó al cuello, y le pidió unas copas al barman. Este le dijo que a ella no le servía. Ella le suplicó y le suplicó, y cuando él cedió y le sirvió una copa, el líquido se le derramó y salpicó todo el suelo (esta vez no fue adrede, porque vi el disgusto en sus pobres ojos perdidos). —No te preocupes, niña— le dije. Tuve que apoyarla contra el taburete, porque seguía perdiendo pie. No había visto una mujer tan borracha en mi vida —y apenas tenía dieciocho años—. Me tiraba de los pantalones para pedirme clemencia, y le pagué otra copa. Se la bebió de un trago. No tuve corazón para intentar nada con ella. La chica con quien acababa de estar tenía unos treinta años, y sabía cuidar mejor de sí misma. Pero aquella venezolana..., al verla retorcerse y padecer entre mis brazos tuve deseos de llevarla a uno de los cubículos para desnudarla y charlar con ella (eso fue lo que me dije, al menos). La deseaba con delirio, lo mismo que a la chiquilla morena que se miraba el ombligo. El pobre Gregor, entretanto, dejaba pasar el tiempo de espaldas a la barra, apoyado sobre el pasamanos de latón, esperando, y de cuando en cuando brincaba de alegría al ver disfrutar a sus tres amigos norteamericanos. Le invitamos a una copa. Sus ojos miraban con un destello de deseo a una mujer, pero no podía pretenderla porque era fiel a su esposa. Neal le dio dinero para que lo hiciera. En aquel calor sofocante tuve la oportunidad de ver cómo estaba Neal. Estaba tan fuera del mundo que ni siquiera sabía quién era yo cuando le escrutaba la cara frente a frente.
—¡Sí, sí! —era todo lo que decía.
Aquello parecía no tener fin. Corrí de nuevo con la misma chica a su cubículo. Neal y Frank intercambiaron las suyas de antes, e hicimos mutis durante un rato, y los espectadores de la calle tuvieron que esperar para que se reanudara el espectáculo. La tarde avanzaba, y refrescaba un poco.
Pronto caería la misteriosa noche sobre la vieja y encantadora Victoria. El

mambo no cejaba ni un instante. Yo no podía quitar los ojos de la chica menuda y oscura —por mucho que acabara de estar dos veces con una mujer— y seguía con la mirada su forma regia de moverse por la sala, aun cuando el hosco barman la obligaba a realizar tareas ínfimas como llevarnos las bebidas a la mesa. De todas las chicas de aquel prostíbulo era la que más necesitaba el dinero, pues probablemente su madre venía de cuando en cuando a recaudar lo que había ganado con su trabajo para mantener a sus hermanas y hermanos pequeños. Jamás, jamás se me pasó por la cabeza acercarme a ella para darle algún dinero. Tenía la sensación de que lo habría aceptado con desprecio, y el desprecio de las que son como ella me hace sentir un estremecimiento. Creo que, en mi locura, me enamoré de ella durante todo el tiempo que estuve allí. Era el mismo dolor inconfundible, la misma cuchillada en mitad del pecho, los mismos suspiros, la misma aflicción, y, por encima de todo, la misma renuencia y el mismo miedo a acercarme a ella. Es extraño, pero tampoco Neal o Frank le hicieron proposiciones. Su dignidad impecable era lo que la hacía pobre en aquella casa de putas vieja y disparatada, lo cual me hizo pensar. En un momento dado Neal se inclinó hacia ella como una estatua, listo para caer sobre su presa, pero el desconcierto se dibujó en su cara al ver cómo ella lo miraba con frialdad, imperiosamente, y dejó de rascarse la barriga y abrió la boca y, por último, agachó la cabeza en una reverencia. Porque aquella chica era la reina. Gregor, de pronto, nos agarró del brazo en medio del fragor, mientras nos hacía gestos frenéticos. —¿Qué pasa?
Trataba de hacerse entender por todos los medios. Luego corrió hacia la barra y le cogió la cuenta al barman, que le puso mala cara, y vino hasta nosotros para enseñárnosla. El total ascendía a más de trescientos pesos —o treinta y seis dólares norteamericanos—, que era mucho dinero en cualquier casa de putas. Pero ni siquiera con eso se nos despejó la cabeza, y no quisimos marcharnos, y aunque estábamos molestos queríamos seguir disfrutando de aquellas maravillosas chicas en aquel extraño paraíso árabe que habíamos encontrado por fin al término de la dura, dura carretera. Pero se acercaba la noche y teníamos que seguir viaje. Y Neal cayó en la cuenta de ello, y empezó a fruncir el ceño y a pensar y a tratar de volver en sí, y al cabo a mí se me ocurrió la idea de largarnos de una vez por todas.
—Nos queda tanto por delante que nos dará igual.
—¡Es cierto! —exclamó Neal, con los ojos vidriosos.
Y se volvió hacia su venezolana, que se había quedado inconsciente y estaba echada en un banco de madera, con las piernas blancas asomándole entre la seda. Los mirones de las ventanas disfrutaban del espectáculo. Tras ellos, empezaban a moverse unas sombras rojizas, y en un instante de silencio, en alguna parte, oí el llanto de un niño, y de pronto caí en la cuenta de que estaba en México y no en un dulce y orgiástico sueño último. Salimos tambaleándonos. Nos habíamos olvidado de Frank; volvimos a la carrera a buscarlo, como los muchachos que corren a buscar a Ollie el marino de Hombres intrépidos, y lo encontramos dedicándoles unas cariñosas reverencias a las putas recién llegadas para el turno de noche. Quería empezar la juerga de nuevo. A Frank, cuando se emborracha, le pasan dos

cosas: se vuelve torpe y pesado como si midiera dos metros y medio; y no hay modo de apartarlo de las mujeres. Además, las mujeres se agarran a él como la hiedra a las paredes. Insistía en quedarse para acostarse con algunas de las más novedosas, más extrañas, más competentes señoritas. Neal y yo la emprendimos a empellones en la espalda y lo sacamos a la calle a rastras. Él prodigó adioses a todo el mundo: a las chicas, a los polis, a las multitudes, a los niños que había en la calle; lanzó besos en todas direcciones de la ciudad de Victoria; avanzó orgullosamente dando tumbos entre los grupos de mirones y trató de hablar con ellos para comunicarles su dicha y su amor por todas las cosas en aquel atardecer de la vida. Todo el mundo reía. Algunos le dieron unas palmaditas en la espalda. Neal se acercó enseguida y le deslizó cuatro pesos a cada uno de los polis, y les estrechó la mano y no dejó de sonreírles en ningún momento. Luego montó en el coche de un brinco, y las chicas que habíamos conocido —incluida la venezolana, a quien habían despertado para la despedida— se congregaron alrededor del Ford arropándose con sus ligerísimas ropas, y nos parlotearon sus adioses y nos besaron, y la venezolana incluso se echó a llorar... No por nosotros —lo sabíamos—, no del todo por nosotros, aunque sí en parte, lo suficiente. Mi dulce amor de piel oscura había desaparecido en las sombras del interior. Todo había terminado. Partimos, y dejamos atrás gozos y celebraciones y centenares de pesos, y no nos parecía que hubiera sido un mal día de trabajo. El mambo obsesivo nos acompañó unas cuantas manzanas. Todo había terminado.
—¡Adiós, Victoria! —gritó Neal, lanzándole un beso a través del aire a la ciudad.
Gregor se sentía orgulloso de nosotros, y orgulloso de sí mismo.
—¿Ahora os apetece un baño? —preguntó.
Sí, los tres queríamos darnos un maravilloso baño. Y Gregor nos condujo hasta el sitio más extraño que uno pueda imaginar: una casa de baños común y corriente, muy similar a las norteamericanas, situada a un kilómetro y medio de la ciudad, al lado de la autopista, y llena de chiquillos que chapoteaban en una piscina, y con duchas dentro de un edificio de piedra (a unos centavos por ducha, con jabón y toalla, que te entregaba un encargado). Además había un parque infantil algo triste, con columpios y un tiovivo estropeado; parecía tan extraño y tan bello, al rojizo sol poniente... Frank y yo pedimos toallas y nos metimos de golpe en unas duchas heladas, y salimos frescos y como nuevos. Neal ni se molestó en darse una ducha, y lo vimos a lo lejos en el triste parque de juegos, paseándose con Gregor, cogidos del brazo, hablando locuaz y gratamente, y de vez en cuando se paraba, se inclinaba con excitación sobre él para puntualizar algo, y se golpeaba la palma con el puño. Luego reanudaba el paseo, de nuevo cogidos del brazo. Estaba llegando el momento de decir adiós a Gregor, así que Neal aprovechaba la ocasión de pasar unos minutos a solas con él mientras inspeccionaba el parque infantil y recababa su opinión sobre las cosas en general, y disfrutaba de Gregor como sólo él sabía y sabe hacer con las personas. Gregor estaba muy triste ante nuestra inminente marcha.
—¿Volveréis a Victoria, a verme?

—¡Por supuesto, chaval! —dijo Neal.
E incluso prometió llevarle con nosotros a los Estados Unidos, si quería. Gregor dijo que tendría que pensárselo.
—Tengo mujer y un hijo, y no tengo dinero... Veremos...
Su dulce sonrisa destelló en el atardecer rojizo cuando le decíamos adiós con la mano desde el coche. Tras él quedaba el parque triste, y los niños. De pronto se plantó ante el morro del coche y nos pidió que le lleváramos a casa. Neal estaba tan en la idea de emprender viaje de inmediato que se sintió momentáneamente molesto ante lo que le pedía Gregor, pero se limitó a decirle con brusquedad que subiera al coche. Volvimos, pues, a Victoria y dejamos a Gregor a una manzana de su casa. El pobre Gregor no entendía esa adustez repentina en Neal, y Neal se dio cuenta de ello y se puso a hablarle para contrarrestar tal impresión negativa, y al cabo volvieron a llevarse bien y Gregor echó a andar por las calles de su vida en dirección a casa. Y salimos a todo gas hacia la selva, la loca selva que jamás imaginamos que tendríamos que salvar. Porque después de todo lo que acabábamos de pasar, ¿qué más podíamos experimentar? Nada más salir de Victoria la carretera descendió bruscamente, y aparecieron grandes árboles a ambos lados, y en cuanto oscureció empezamos a oír en sus copas el atronador zumbido de millones de insectos, que se asemejaba a un solo alarido continuo y estridente.
—¡Yeaaa! —dijo Neal, y dio al mando de los faros y no se encendieron.
—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué diablos pasa ahora? —dijo. Y, todo enfadado, se lió a puñetazos con el salpicadero—. Oh, Dios, ahora tendremos que atravesar la selva sin luces. ¿Os dais cuenta qué horror? Sólo podremos ver cuando nos crucemos con algún coche, ¡y da la casualidad de que no hay coches! ¡Ni, por supuesto, farolas! Dios, ¿qué vamos a hacer, Jack?
—Conducir, ¿no? O tal vez deberíamos volver...
—¡No, eso nunca, nunca! Sigamos. Apenas veo la carretera. Pero lo conseguiremos.
Y nos sumergimos en la oscuridad boca de lobo, a través del grito de los insectos y del fuerte olor apestoso, casi a podrido que poco a poco iba invadiéndonos, y recordamos —y lo comprobamos— que el mapa indicaba justamente que a partir de Victoria comenzaba el Trópico de Cáncer.
—¡Estamos en otro trópico! ¡No me extraña que huela así! Oled, oled...
Saqué la cabeza por la ventanilla, y los insectos me golpearon en la cara con violencia; me llegó un agudo estrépito cuando agucé el oído al viento. De pronto volvieron a funcionar las luces, que hendieron la negrura del solitario asfalto por el que circulábamos, flanqueado por dos sólidos y sinuosos muros de árboles de densas copas colgantes y más de treinta metros de altura.
—¡Joder, JODER! —bramó Frank en el asiento trasero—. ¡MALDITA SEA!
Seguía muy «colocado». De pronto nos dimos cuenta de que seguía en las alturas y de que la selva y los problemas con que nos estábamos topando no afectaban lo más mínimo a su alma feliz. Nos echamos a reír; los tres.
—¡Al diablo con todo! ¡Nos metemos de cabeza en esta jodida selva, y esta noche dormimos en ella...! ¡Adelante! —aulló Neal—. Frank tiene razón. ¡A

Frank le trae todo al fresco! Está tan «colocado» con esas mujeres y esa marihuana y esa música de mambo tan increíble y loca y «fuera de este mundo», ya un volumen tal que aún nos retumba en los tímpanos... ¡Yujuuu! ¡Está tan «colocado» que ahora sabe realmente lo que hace!
Nos quitamos las camisetas y rodamos a toda marcha por la selva desnudos de cintura para arriba. No había pueblos, no había nada, sólo selva, kilómetros y kilómetros de selva, y siempre cuesta abajo, y cada vez con más calor, y el fragor de los insectos cada vez más estentóreo, y la vegetación cada vez más alta, y el olor cada vez más fétido y más caliente, hasta que fuimos acostumbrándonos a todo ello, y empezó a gustarnos, y empezamos a amarlo.
—Me gustaría desnudarme entero y revolearme por esta selva —dijo Neal —. Lo digo en serio, tío, y es lo que voy a hacer en cuanto encuentre un sitio que me guste.
Y de pronto apareció Limón ante nuestros ojos: un pueblo en la selva, unas cuantas luces amarillentas, y oscuras sombras, y enormes e inimaginables cielos en lo alto, y un grupo de hombres delante de una maraña de cabañas de madera..., una encrucijada tropical. Nos detuvimos en aquella apacibilidad inefable. Hacía tanto calor como si estuviéramos en el interior de un horno de pan una noche de junio en Nueva Orleans. A lo largo de toda la calle familias enteras estaban sentadas al aire de la noche, charlando. Pasaba alguna que otra chica, pero todas demasiado jóvenes y sólo movidas por la curiosidad de ver cuál era nuestro aspecto. Iban descalzas, y sucias. Nos apoyamos sobre el porche de madera de un almacén desvencijado y ruinoso en el que se veían sacos de harina y pinas frescas pudriéndose sobre el mostrador, llenas de moscas. Había una lámpara de aceite en el interior, y fuera unas cuantas luces amarillentas más, y todo lo demás estaba a oscuras, negro, negro... Para entonces, por supuesto, estábamos tan cansados que teníamos que dormir de inmediato, y movimos el coche unos cuantos metros por un camino de tierra, y al llegar a las afueras del pueblo nos dejamos caer en el suelo con intención de dormir. Pero el calor era tan increíble que no lográbamos conciliar el sueño. Así que Neal cogió una manta y la tendió en la arena suave y caliente del camino, y se tumbó en ella. Frank se había acomodado en el asiento delantero del Ford, con las dos puertas abiertas para establecer una corriente, pero no había ni el más leve rastro de viento o brisa. Yo, en el asiento trasero, padecía en medio de un charco de sudor. Me bajé del coche y me puse a balancearme en la oscuridad. El pueblo entero se había acostado al unísono, y lo único que oíamos ahora eran los ladridos de los perros. ¿Cómo iba a poder dormir? Miles de mosquitos nos habían picado ya en pecho y brazos y tobillos, y no había nada que hacer salvo resignarse, e incluso sufrirlo con agrado. Luego se me ocurrió una idea brillante: me subí al techo metálico del coche y me tendí boca arriba. Seguía sin haber brisa, pero el metal poseía cierta frescura residual, y me secó el sudor de la espalda, y me dejó aplastados contra la piel miles de insectos muertos, y entonces comprendí que la selva te incorpora, y te vuelve selva. Estar allí tumbado encima del coche, con la cara dirigida al negro cielo, era como estar dentro de un baúl cerrado en una

noche de verano. Por primera vez en la vida el tiempo atmosférico no era algo que me afectase, que me acariciase, que me helase o me hiciese sudar, sino que el tiempo era yo mismo. La atmósfera y yo éramos una sola cosa. Suaves lluvias infinitesimales de microscópicos insectos caían sobre mi cara mientras dormía, y se me antojaban tremendamente agradables y tranquilizadores. En el cielo no había estrellas; era un cielo enormemente pesado y oculto. Podía quedarme toda la noche allí tendido, con la cara expuesta al cielo, y ello no me causaría más mal que un manto de terciopelo que me cubriera el cuerpo. Los insectos muertos se mezclaban con mi sangre; los mosquitos vivos intercambiaban otros retazos de mi epidermis, y empecé a sentir un hormigueo por todas partes, y a despedir yo mismo el olor fétido y podrido de la selva, desde el pelo y la cara a los pies y los dedos de los pies. Por supuesto, estaba descalzo. Para paliar el sudor me puse la camiseta manchada de insectos muertos y me volví a tender sobre el techo del coche. Un bulto de sombra sobre la carretera, aún más negra, me hizo saber dónde dormía Neal. Podía oír cómo roncaba.

Frank roncaba también. De cuando en cuando se veía una débil luz en el pueblo (era el alguacil haciendo sus rondas con una linterna con la batería baja, y mascullando para sí en la noche selvática). Luego vi que la luz parpadeaba en dirección a nosotros, y oí los pasos del alguacil acercándose con suavidad sobre la arena y las matas. Se detuvo y enfocó el coche. Me incorporé y lo miré. Con voz casi lastimera y extremadamente delicada dijo:

—¿Durmiendo? —señalando a Neal en la carretera. Supe lo que quería decir, y dije: —Sí, durmiendo.

—Bueno, bueno[40] —se dijo para sí, y, a regañadientes y con tristeza, se dio la vuelta y se alejó para seguir haciendo su ronda solitaria. Dios nunca ha hecho que tengamos estos policías adorables en nuestra Norteamérica. Nada de sospechas, nada de líos, nada de molestias: era el guardián del pueblo dormido, y no había más que hablar. Volví a mi lecho metálico, y me tendí cuan largo era con los brazos extendidos. Ni siquiera sabía si encima de mi cabeza había ramas o estaba el cielo abierto, y me daba igual. Abrí la boca a lo que fuera y aspiré profundamente el aire de la selva. Pero no era aire, no era aire, sino la viva y palpable emanación de árboles y pantanos. Seguí despierto. Los gallos empezaron a anunciar el alba en alguna parte, más allá de la espesura. Seguía sin haber aire, ni brisa, ni rocío, pero la propia pesadez del Trópico de Cáncer nos mantenía clavados a la tierra, a la que pertenecíamos. Y sentíamos un hormigueo en todo el cuerpo. No había ni una señal del amanecer en el cielo. De pronto oí que los perros ladraban con furia al otro lado de la oscuridad, y luego oí el tenue golpeteo de unos cascos de caballo. Se acercaban más y más: ¿qué jinete loco se aventuraría por aquella espesura en medio de la noche? Y vi una aparición: un caballo salvaje, blanco como un fantasma, venía al trote por la carretera en dirección a Neal. Tras él, unos perros ladraban y se enzarzaban entre ellos. Yo no alcanzaba a verlos; eran perros viejos y sucios de la selva, pero el caballo era blanco como la nieve e inmenso, y casi fosforescente y fácil de ver en la oscuridad. No sentí miedo por Neal. El caballo lo vio y pasó trotando junto a su cabeza, orilló el coche como si fuera un barco, relinchó

suavemente, entró en el pueblo acosado por los perros, y volvió a internarse en la selva del otro lado, y durante un rato seguí oyendo cómo se perdían sus cascos en la lejanía frondosa. Los perros desistieron, y se sentaron a lamerse. ¿Qué era aquel caballo? ¿Qué mito y qué fantasma, qué espíritu? Se lo conté todo a Neal cuando despertó. Me dijo que lo habría soñado. Luego recordó vagamente haber soñado con un caballo blanco, y yo le dije que no había sido un sueño. Frank Jeffries despertaba lentamente. Al menor movimiento volvíamos a sudar profusamente. Todo seguía negro como boca de lobo.

—¡Pongamos en marcha el coche a ver si conseguimos que haya un poco de aire! —clamé—. Me muero de calor.

—¡De acuerdo! —dijo Neal.

Nos alejamos del pueblo y seguimos por aquella carretera delirante. El alba llegó al poco con una neblina gris y dejó al descubierto densos pantanos a ambos lados, con altos árboles tapizados de enredaderas que se inclinaban sobre fondos enmarañados. Durante un rato avanzamos bordeando las vías del tren. Se divisaba a lo lejos la extraña antena de la emisora de radio de Ciudad Mante, como si estuviéramos en Nebraska. Encontramos una gasolinera y llenamos el depósito justo cuando los últimos insectos nocturnos de la selva chocaban en masas negras contra las bombillas y caían revoloteando a nuestros pies en compactos y movedizos enjambres, algunos de los cuales eran enormes insectos de agua con alas de diez centímetros de envergadura, y otros horribles libélulas lo bastante grandes como para tragarse un pájaro, y millares de mosquitos inmensos e incontables arácnidos e insectos de todas clases. Al final acabé metiéndome en el coche con los pies en las manos, y mirando con pavor al suelo donde bullían por miríadas alrededor de las ruedas.

—¡Vámonos! —grité.

Ni a Neal ni a Frank parecían molestarles lo más mínimo aquellos bichos. Bebían tranquilamente un par de botellas de Mission Orange y los espantaban con los pies de la nevera portátil. Como yo, tenían la camiseta y los pantalones empapados de la sangre y humedad negra de los miles de insectos muertos. Nos olimos la ropa con detenimiento.

—¿Sabéis que me está empezando a gustar este olor? —dijo Frank—. Ya no consigo olerme a mí mismo.

—Es un olor raro, y agradable —dijo Neal—. No voy a cambiarme la camiseta hasta Ciudad de México. Quiero llevarlo encima para poder recordarlo.

Reemprendimos, pues, el viaje, y nos refrescamos las caras apelmazadas con el aire generado por la marcha. Llegamos a Valles y seguimos hacia la ciudad de Tamazunchale, situada al pie de una colina. Esta ciudad se halla a una altitud de doscientos siete metros, pero está inmersa en el calor selvático. Las cabañas de barro se alzaban parduzcas a ambos lados de la carretera; frente a la única estación de servicio se veían varios grupos de chiquillos. Volvimos a echar gasolina para la ascensión a las montañas verdes que teníamos ante nosotros. Una vez arriba volveríamos a estar en la gran meseta central, listos para enfilar directamente hacia Ciudad de México.

Poco después nos encontrábamos ascendiendo hacia una altura de mil quinientos metros, franqueando puertos neblinosos desde los que se divisaban ríos amarillos y humeantes un kilómetro y medio más abajo. Y el gran río Moctezuma. Los indios que veíamos en la carretera tenían un aspecto cada vez más extraño.
—¿No lo veis? —exclamó Neal—. Son una nación diferente: ¡estas gentes son indios de montaña, una categoría aislada de todas las demás!
Eran bajos y achaparrados, de piel oscura, con mala dentadura. Llevaban cargas inmensas en la espalda. Al otro lado de enormes y frondosas barrancas vimos cultivos en bancales.
—¡Los muy cabritos suben y bajan por esas laderas empinadas y cultivan cosas! —gritó Neal. Conducía a menos de diez kilómetros por hora—. ¡Jamás lo habría imaginado!
En la cima del pico más alto —tan alto como cualquier pico de las Montañas Rocosas— vimos bananas. Neal se bajó del coche para señalárnoslas. Nos paramos en una cornisa en la que había una pequeña cabaña de techo de paja suspendida sobre un precipicio sin fondo. El sol creaba velos dorados que oscurecían el Moctezuma —que ahora se hallaba en lo hondo de un abismo de casi dos kilómetros—. En el patio de delante de la cabaña (no había parte de atrás, sólo el precipicio) había una niña india de unos tres años que se chupaba el dedo y nos miraba con grandes ojos castaños.
—¡Seguro que nunca ha visto a nadie aparcado aquí delante de su casa! —dijo Neal—. Hola, niñita... ¿Cómo estás? ¿Te gustamos?
La niña pequeña apartó la mirada, con vergüenza, e hizo un puchero. Nos pusimos a hablar, y entonces volvió a estudiarnos mientras se chupaba el dedo.
—¡Vaya, me gustaría tener algo para darle! Pensadlo sólo un momento: nacer y vivir aquí, delante de este precipicio... Que este precipicio sea todo lo que conoces de la vida... Su padre estará ahí abajo en el barranco, con una cuerda, cogiendo sus pinas de una cueva y cortando leña en un ángulo de ochenta grados con todo ese abismo debajo. Esta niña no saldrá de aquí jamás de los jamases, y no conocerá otro mundo que éste. Son una nación. Probablemente tienen un jefe. Fuera de la carretera, sobre aquel risco, a muchos kilómetros a lo lejos, serán aún más salvajes y extraños, porque esta carretera panamericana civiliza en parte a los miembros de esta «nación» más cercanos al asfalto. Mirad las gotas de sudor que tiene en la frente. —Neal señaló a la niña—. No es el tipo de sudor que tenemos nosotros.
Es grasiento, y LO TIENEN SIEMPRE, porque SIEMPRE hace este calor, en todas las estaciones del año, y ella no sabe lo que es no tener ese sudor, porque nació con él y morirá con él. —El sudor de la frente de la niña era un sudor denso, quieto; no se deslizaba: se quedaba fijo donde estuviera y brillaba como aceite de oliva—, ¿Qué supondrá eso para sus almas? ¡Lo diferentes de nosotros que han de ser en sus valoraciones y sus deseos!
Neal reanudó la marcha a unos quince kilómetros por hora, aún boquiabierto, deseoso de ver a cualquier ser humano que pudiera aparecer en la carretera. Ascendíamos más y más. La vegetación se hacía más salvaje y tupida. Una mujer vendía pinas enfrente de su cabaña, al borde de la

calzada. Nos paramos y compramos unas cuantas a menos de un centavo de dólar cada una; nos las cortó en rajas con un machete. Estaban jugosas y deliciosas. Neal le dio a la mujer un peso, lo que debió de suponer todo un mes de satisfacción para ella. Sin embargo no dio ninguna muestra de alegría, y se limitó a aceptar el dinero. Nos dimos cuenta de que no había ninguna tienda en la que comprar.
—¡Maldita sea...! ¡Me gustaría tener algo que poder darles!
A medida que ganábamos altura el aire se iba haciendo al fin más fresco, y las jovencitas indias que vimos a ambos lados de la carretera llevaban chales sobre cabeza y hombros. Nos llamaban desesperadamente, y nos detuvimos a echar una ojeada. Querían vendernos pequeños trozos de cristal de roca. Sus grandes ojos castaños e inocentes miraban los nuestros con una intensidad tan conmovedora que ninguno de los tres tuvimos el menor pensamiento sexual respecto a ellas; además eran demasiado jóvenes: algunas de ellas tenían once años y parecía que tuvieran treinta.
—¡Mirad qué ojos! —decía Neal.
Eran ojos como los que la Virgen María debió de tener cuando era niña. Vimos en ellos la tierna y misericordiosa mirada de Jesús. Y nos miraban a los ojos sin pestañear. Nos frotamos los ojos azules y nerviosos, y volvimos a mirar. Y de nuevo penetraron los nuestros con fulgor triste e hipnótico. Cuando de pronto se pusieron a hablar lo hicieron con frenesí, y casi de forma estúpida. Sólo calladas eran ellas mismas.
—Han aprendido a vender este cristal hace muy poco, desde que pasa por aquí la carretera, hace unos diez años... Hasta entonces esta nación, toda ella, ha debido de vivir en el silencio.
Las jovencitas protestaban ante las puertas del coche. Una de ellas, particularmente conmovedora, le agarró a Neal un brazo sudoroso. Y se quejó en indio:
—Ah, sí, sí, querida... —dijo Neal con ternura, y casi con tristeza.
Se apeó y fue hasta la parte de atrás y se puso a hurgar en su baúl (su viejo y maltratado baúl norteamericano de siempre), y sacó un reloj de pulsera. Se lo enseñó a la chiquilla, que emitió un gimoteo para mostrar su gran júbilo. Las otras se amontonaron alrededor de ellos llenas de asombro. Entonces Neal buscó en la mano de la niña y encontró «el más bonito y puro y pequeño cristal que ella misma había escogido en la montaña para nosotros». No era mayor que una frambuesa. Neal le tendió el reloj, que se balanceaba en su mano. Las bocas de las chiquillas se redondearon como las bocas de los niños de un coro. La afortunada se lo pegó contra el vestido harapiento, a la altura del pecho. Y las chicas acariciaron a Neal, y le dieron las gracias. Neal se quedó entre ellas, con la cara macilenta vuelta hacia el cielo en busca del puerto siguiente y más alto y final, y parecía el Profeta que hubieran estado esperando aquellas criaturas. Montó en el coche. Las chiquillas indias detestaban vernos marchar. Durante largo rato, mientras ascendíamos por un largo y estrecho paso entre montañas, nos hicieron adiós con la mano y corrieron tras nosotros como perros que siguen al coche de la familia que se aleja de la granja hasta caer exhaustos a un lado de la carretera. Dimos un giro y no volvimos a verlas, pero seguro que ellas

siguieron corriendo durante un buen rato.
—¡Se me parte el corazón! —dijo Neal, golpeándose el pecho—, ¿Hasta dónde son capaces de llevar estas lealtades y asombros? ¿Qué va a ser de ellas? ¿Intentarán seguir el coche hasta Ciudad de México si conducimos despacio?
—Sí —dije yo, porque estaba convencido de ello.
Llegamos a las vertiginosas cumbres de la Sierra Madre oriental. Los bananos brillaban en la neblina con un tono dorado. Más allá de las paredes de piedra, a todo lo largo del precipicio, iban desplegándose unas nieblas densas. Abajo, el río Moctezuma era un hilo dorado y fino sobre la estera verde de la selva. Desde él se alzaban vapores que al llegar a lo alto se mezclaban con los aires de las cimas, y formaban como un cielo blanco entre los picos frondosos. Extraños pueblos de encrucijada en el ápice del mundo discurrían a nuestro costado, y las indias con chales nos observaban bajo las alas de los sombreros y los rebozos. Todas tendían las manos. Habían bajado de montañas remotas o más altas para extender las manos en demanda de algo que creían que la civilización podía darles, sin imaginar siquiera remotamente la tristeza y las ilusiones rotas que ésta llevaba en su seno. No sabían que existía una bomba capaz de destruir todos nuestros puentes y orillas hasta reducirlos a amasijos —como en los estragos de las avalanchas—, y que pronto seríamos tan pobres como ellas y tenderíamos las manos para implorar lo mismo que ellas. Nuestro Ford destartalado, el viejo Ford de la Norteamérica en auge de los años treinta, pasaba ahora entre ellas renqueando y se perdía en medio de una nube de polvo. En Zimapán, o Ixmiquilpán, o Actopán..., no sé bien en cuál de estos sitios, habíamos llegado a los umbrales de la última meseta. Ahora el sol era dorado, el aire de un intenso azul, y el desierto, con sus ocasionales ríos, una plétora de espacios arenosos y ardientes y súbitas sombras bíblicas bajo los árboles. Aparecieron unos pastores. Neal dormía y Frank iba al volante. Nos adentramos en un cinturón de ascenso a la última meseta, donde los indios de ambos sexos vestían como en la antigüedad, con túnicas largas y holgadas; las mujeres acarreaban fardos dorados de lino, y los hombres llevaban cayados. Al otro lado del rutilante desierto vimos grandes árboles, y pastores sentados a su sombra en conciliábulo, y ovejas que se movían bajo el sol y levantaban polvo en la lejanía. Grandes pitas proliferaban en aquella extraña tierra de Judea.
—¡Mira, mira! —le grité a Neal—. ¡Despierta y mira esos pastores; mira ese mundo dorado del que venía Jesús; tienes que verlo con tus propios ojos!
Pero Neal estaba profundamente dormido. Casi perdí el juicio cuando pasamos a través de un polvoriento y ruinoso pueblo de casas de adobe, en el que centenares de pastores se hallaban congregados a la sombra de un muro desvencijado. Sus largas túnicas removían el polvo, sus perros brincaban, sus hijos corrían, sus mujeres, con la cabeza baja, miraban con expresión doliente mientras los hombres, que empuñaban altos cayados, nos veían pasar con porte noble, de jefes, como si les hubiera interrumpido en sus meditaciones comunales bajo el sol el paso de aquel ruidoso y absurdo trasto norteamericano con sus tres maltrechos ocupantes. Volví a

gritarle a Neal para que mirara. Levantó la cabeza del asiento, echó un vistazo a la escena que tenía lugar al sol rojo del atardecer, y volvió a dormirse. Cuando despertó me lo describió todo con detalle, y añadió:
—Sí, Jack, me alegro de que me hayas dicho que mirara. Oh, Señor, ¿qué voy a hacer? ¿Adónde iré?
Se rascó la panza, miró hacia el cielo con ojos enrojecidos, y casi se echó a llorar. En Colonia llegamos al último nivel de la gran meseta mexicana, y avanzamos a todo gas rumbo a Zumpango y Ciudad de México. Se acercaba el final de nuestro viaje. Veíamos vastos campos a ambos lados del asfalto, y de cuando en cuando un viento noble azotaba inmensos árboles y bosquecillos y viejas misiones que se volvían de color salmón a la caída de la tarde. Las nubes eran enormes y rosadas y próximas. —¡A la noche en Ciudad de México!
Lo habíamos conseguido. Cuando nos paramos para mear me bajé y eché a andar por el campo hacia unos grandes árboles; me senté un rato a pensar en la llanura. Neal y Frank estaban en el coche, gesticulando. Pobres hombres... Su carne y la mía se habían desplazado un total de tres mil kilómetros desde los jardines de la tarde en Denver hasta aquellas vastas y bíblicas tierras del mundo, y ahora estábamos a punto de llegar al final de mi viaje por carretera con Neal. Y mi viaje por carretera con Neal había sido considerablemente más largo que aquellos tres mil kilómetros.
—¿Nos cambiamos la camiseta llena de insectos muertos?
—¡No, entremos en la ciudad con ellas, maldita sea!
Y al poco llegamos a Ciudad de México. Un breve puerto de montaña nos llevó hasta una cima desde la que divisamos toda la capital de México extendida sobre su cráter volcánico, una vasta urbe que expelía humos urbanos y encendía las primeras luces del anochecer. Bajamos rumbo a ella como un rayo, y al llegar enfilamos por la Avenida de los Insurgentes y seguimos hacia el corazón de la ciudad, hacia Reforma. Los chiquillos jugaban al fútbol en gigantescos y tristes campos, y levantaban nubes de polvo. Los taxistas nos adelantaban y nos preguntaban si queríamos chicas. No, no queríamos chicas en aquel momento. Largos y míseros arrabales de chabolas de adobe se extendían por la llanura, y en los callejones de luz mortecina veíamos figuras solitarias. Pronto llegaría la noche. Al poco estábamos en el centro, y la ciudad rugía y pasábamos por delante de cafés atestados y de teatros y de luces innumerables. Los chicos que vendían periódicos voceaban al vernos pasar. Los mecánicos, descalzos, haraganeaban con una llave inglesa en una mano y un trapo en la otra. Conductores indios chiflados y descalzos se cruzaban por delante y nos rodeaban y nos tocaban el claxon y convertían en un caos frenético el tráfico. El ruido era infernal. Los tubos de escape de los coches mexicanos no llevan silenciador. Los conductores tocan alegre, incesantemente la bocina.
—¡Yuju! —gritó Neal—. ¡Cuidado!
Se abría paso haciendo eses entre el tráfico y jugaba con todo el mundo. Conducía como un indio. Se metió en una glorieta de la Avenida de la Reforma y fue bordeándola mientras las ocho calles que confluían en ella

vomitaban coches hacia nosotros desde todas direcciones: izquierda, derecha, justo de frente, etc., y no paraba de gritar y de brincar con alborozo sobre el asiento.
—¡Este es el tráfico con el que he soñado toda mi vida! ¡Nadie se PARA!
Una ambulancia pasó a toda velocidad. Las ambulancias norteamericanas pisan el acelerador y sortean a los demás vehículos mientras hacen sonar la sirena; las admirables ambulancias de los felajin indios del mundo se limitan a ir a ciento treinta kilómetros por hora por las calles de la ciudad y todo el mundo tiene que apartarse, de forma que ellas no han de pararse en ningún momento.

APÉNDICE

EL ÚLTIMO tramo[41] del rollo original mecanografiado se ha perdido. Según una nota escrita a mano al final del rollo, en la que se lee «SE LO HA COMIDO EL PERRO [el perro Potchky]», Potchky, un perro de Lucien Carr, mordisqueó el final del rollo. Kerouac le contó el percance a John Holmes, y años después Carr ratificó la historia. Cuando el matrimonio de Kerouac con Joan Haverty llegó a la ruptura, Kerouac pasó un tiempo en el apartamento de Carr, en la calle Veintiuna Oeste; fue un tiempo breve, a mediados de junio de 1951, antes de viajar a reunirse con su familia en Carolina del Norte. Las cartas de Kerouac a Neal Cassady de mayo y junio, y una carta del 6 de julio a Kerouac de su entonces agente Rae Everitt dan cuenta de que Kerouac había mecanografiado una versión revisada de la novela para enviarla a Harcourt, Brace y a otras editoriales antes de dejar Nueva York. Al parecer dejó el rollo original en el apartamento de Carr antes de partir para el Sur. Tras rehacer el texto a partir de los borradores de Kerouac posteriores a abril de 1951 y de la novela tal como vio la luz, he aquí lo que pudo ser el final perdido de En la carretera.

HOWARD CUNNELL
Brixton, Londres, 2007

Una ambulancia pasó a toda velocidad. Las ambulancias norteamericanas pisan el acelerador y sortean a los demás vehículos mientras hacen sonar la sirena; las admirables ambulancias de los felajin indios del mundo se limitan a ir a ciento treinta kilómetros por hora por las calles de la ciudad y todo el mundo tiene que apartarse, de forma que ellas no han de pararse en ningún momento y bajo ninguna circunstancia, y vuelan directamente hasta su destino. Vimos cómo se perdía a toda velocidad entre las calles. Los conductores eran indios. La gente —damas ancianas incluidas— corre detrás de autobuses que nunca paran. Los hombres de negocios jóvenes de Ciudad de México cruzaban apuestas y corrían en grupo tras los autobuses para ver si lograban montar en ellos en el último momento. Los conductores de autobús iban descalzos, y en camiseta, y se sentaban como en cuclillas ante los volantes bajos y enormes. En lo alto de las cabinas, encima de sus cabezas, refulgía alguna estampa religiosa. Las luces de los autobuses eran amarillentas y verdosas, y las caras oscuras se alineaban sobre los bancos

de madera. En el centro de Ciudad de México miles de hipsters con sombreros de paja flexibles y chaquetas de grandes solapas sobre el pecho desnudo deambulaban por la calle principal; algunos vendían crucifijos y hierba en los callejones, otros se arrodillaban en capillas destartaladas junto a barracas de espectáculos de revista típicamente mexicana. Algunas callejas tenían el suelo lleno de escombros, y las alcantarillas abiertas, y pequeñas puertas que daban a bares diminutos como armarios empotrados en los muros de adobe. Tenías que saltar una zanja para tomarte un trago. Salías del bar con la espalda pegada al muro, y reculabas palmo a palmo hasta la calle. Te servían café con ron y nuez moscada. El mambo sonaba a todo volumen por todas partes. Centenares de putas se alineaban a lo largo de calles oscuras y estrechas, y sus ojos tristes nos dirigían su brillo en la noche. Caminábamos en una suerte de frenesí y de sueño. Comimos unos sabrosos bistecs por cuarenta y ocho centavos en un curioso restaurante con paredes de azulejo, con músicos de marimba y guitarristas ambulantes. Nada se detenía en ningún momento; las calles seguían vivas toda la noche. Los mendigos dormían envueltos en carteles publicitarios. Había familias enteras sentadas en las aceras, tocando pequeñas flautas y riendo en la oscuridad, con los pies desnudos al aire; y ancianas en las esquinas cortando trozos de cabeza de vaca cocida y vendiéndolos en envoltorios de papel de periódico. Era la gran ciudad última que sabíamos que íbamos a encontrar al final del camino. Neal caminaba por sus calles con los brazos colgándole a ambos lados, como un zombi, con la boca abierta y los ojos brillantes, y nos guió en un tour caótico y sagrado que duró hasta el amanecer, que nos sorprendió en un campo con un chico con sombrero de paja que se reía y parloteaba y quería jugar a la pelota, porque las cosas no terminaban nunca. También intentamos encontrar a Bill Burroughs, y supimos que acababa de irse a Sudamérica con su familia. Bill había desaparecido de nuestra vista, pues. Se había ido. Entonces cogí una fiebre que me hizo delirar y me dejó inconsciente. Alcé la vista del oscuro torbellino de mi mente y supe que estaba en una cama, a dos mil trescientos metros sobre el nivel del mar, en un tejado del mundo, y supe que había vivido una vida entera y muchas otras en la pobre cascara atomística de mi carne, y que había tenido todos los sueños. Vi a Neal inclinado sobre la mesa de la cocina. Era varias noches después, y estaba a punto de irse de Ciudad de México.

—¿Qué estás haciendo, tío? —dije, con un gemido.

—Pobre Jack, pobre Jack... Estás enfermo. Frank cuidará de ti. Ahora escucha, si es que puedes. Acabo de recoger los papeles de mi divorcio de Carolyn, y me vuelvo a Nueva York con Diane; si el coche aguanta, claro.

—¿Todo eso otra vez? —exclamé.

—Todo eso otra vez, amigo mío... Tengo que volver a mi vida. Ojalá pudiera quedarme contigo. Rezo para poder volver.

Me agarré la barriga para aliviar los retortijones, y gemí. Cuando volví a levantar la mirada Neal estaba de pie con su viejo y destrozado baúl al lado, y se inclinaba sobre mí para mirarme. Yo ya no le reconocí, y él se dio cuenta, y sintió lástima, y me subió la manta para taparme los hombros.

—Sí, sí, sí... Bueno, ahora tengo que irme.

Y se fue. Doce horas después, en mi doliente fiebre, entendí al fin que se había marchado. Ahora él iría conduciendo solo por aquellas montañas de bananos. Y esta vez de noche; en la noche cerrada, en la noche secreta, en la noche sagrada.

LIBRO CINCO

UNA SEMANA después empezó la guerra de Corea. Neal condujo desde Ciudad de México y volvió a ver a Gregor en Victoria y forzó aquel viejo Ford hasta Lake Charles, Louisiana, donde finalmente perdió la trasera en el asfalto, como él mismo había vaticinado que acabaría pasando. Mandó un telegrama a Diane pidiéndole treinta y dos dólares para el billete de avión a Nueva York. Al llegar a Nueva York con los papeles del divorcio en la mano, él y Diane se fueron inmediatamente a Newark y se casaron; y aquella misma noche, después de decirle que todo iba de perlas y que no se preocupara, y de dar visos de lógica a lo que no era más que un empeño inestimable y pesaroso, se subió a un autobús y volvió a cruzar de punta a punta el atroz continente, para reunirse una vez más con Carolyn y las dos niñas en San Francisco. Así que ahora era un hombre que se había casado tres veces y divorciado dos, y que vivía con su segunda mujer. El otoño siguiente emprendí el regreso a casa desde Ciudad de México, y una noche, en Dilley, Texas, nada más cruzar la frontera de Laredo, estaba de pie en la carretera ardiente, bajo una farola contra la que se estrellaban las polillas, cuando oí unos pasos que se acercaban en la oscuridad, y he aquí que, de pronto, surgió de ella un viejo alto, de pelo blanco que le ondeaba al viento, con una mochila a la espalda, que al verme al pasar me dijo: —Laméntate por el hombre...

Y volvió a sumirse en la oscuridad. ¿Significaría aquello que tendría que seguir mi peregrinaje a pie por las oscuras carreteras de Norteamérica? Me esforcé cuanto pude y no tardé en llegar a Nueva York, y una noche, en una calle oscura de Manhattan, grité hacia la ventana de un apartamento donde creía que mis amigos estaban celebrando una fiesta. Pero quien se asomó fue una chica preciosa, que me dijo:

—¿Sí? ¿Quién es?

—Jack Kerouac —dije yo, y oí cómo mi nombre resonaba en la calle vacía y triste.

—Sube —dijo la chica—. Estoy haciendo chocolate.

Subí y allí estaba ella, la chica de ojos puros e inocentes que siempre había buscado, la chica que durante tanto tiempo había estado buscando. Aquella noche le pedí que se casara conmigo, y ella aceptó. Cinco días después nos casamos. Luego, en el invierno, planeamos emigrar a San Francisco y llevarnos todos nuestros muebles desvencijados y pertenencias ruinosas en una camioneta barata. Escribí a Neal contándole lo que había hecho y lo que quería hacer. Me contestó con una carta de 18.000 palabras diciéndome que iba a venir a Nueva York para elegir personalmente la camioneta y ponerse al volante él mismo para llevarnos a San Francisco. Teníamos mes y medio para ahorrar el dinero de la camioneta, así que nos pusimos a trabajar y a contar cada centavo. Y de pronto Neal apareció en Nueva York, con cinco

semanas y media de adelanto, sin que nadie tuviera aún un centavo para llevar a cabo el plan. Un día, después de dar un paseo, volví a casa para contarle a mi mujer lo que había estado pensando. La encontré en la sala oscura, de pie, con una extraña sonrisa en los labios. Le estaba contando mis lucubraciones, y de repente noté un silencio en la sala y miré a mi alrededor y vi un libro muy usado encima del televisor. Sabía que era el libro de Neal. Como en un sueño lo vi saliendo de puntillas, en calcetines, de la cocina oscura. No podía ni hablar. Saltó y rio, tartamudeó y agitó las manos en el aire, y dijo:

—Ah..., ah... Tenéis que abrir bien los oídos y escucharme.

Le escuchamos. Pero se le olvidó lo que quería decirnos.

—Escuchad, escuchad... —lo intentó de nuevo—. Mmm... Mira, querido Jack..., Joan, cielo... He venido... Y me voy... Pero esperad... Ah, sí... —Y se miró fijamente, con obstinado pesar, las manos—. No puedo ni hablar... ¿No veis que es..., o podía ser...? ¡Pero escuchad!

Escuchamos. Estaba escuchando los ruidos de la noche.

—¡Sí! —susurró al fin, con una especie de respeto reverente—. Pero ya veis... Ya no hace falta hablar..., ni decir más.

—Pero ¿por qué has venido tan pronto, Neal?

—Ah... —dijo, mirándome por primera vez—. Tan pronto..., sí. Lo..., lo sabremos... Bueno, yo no lo sé. He venido con el pase del ferrocarril... En los furgones de cola de los empleados. El pase de guardafrenos... Me he pasado todo el viaje tocando la flauta y la ocarina.

Sacó su nueva flauta de madera. Tocó unas cuantas notas estridentes y se puso a brincar en calcetines.

—¿Veis? —dijo—. Pero, por supuesto, Jack, pronto podremos hablar como siempre, y tengo muchas cosas que contarte; he estado leyendo y leyendo mientras cruzaba el país, y viendo montones de cosas que jamás tendré TIEMPO de contarte, y aún no hemos hablado siquiera de México y de cuando tuvimos que separarnos por la fiebre... Pero no hay por qué hablar. En absoluto, ya no, ¿no?

—De acuerdo, no hablaremos.

Y se puso a contarnos con todo lujo de detalles lo que había hecho al pasar por Los Angeles: había visitado a una familia, y había cenado con ella, y había hablado con el padre, los hijos, las hermanas (eran primos)... Nos contó qué aspecto tenían, lo que comían, cómo era su mobiliario, sus pensamientos, sus intereses, incluso sus almas... Y al acabar con ello dijo:

—Pero, veréis, lo que DE VERDAD quería deciros es... Mucho después..., en Arkansas, en tren..., tocando la flauta, jugando a las cartas con los compañeros, con la baraja pornográfica..., gané dinero..., la ocarina... Ha sido un largo, largo y horrible viaje, cinco días y cinco noches sólo para verte A TI, Jack...

—¿Qué me dices de Carolyn?

—Me ha dado permiso, por supuesto... Está esperándome... Carolyn y yo..., todo bien entre nosotros, por siempre jamás... —¿Y Diane?

—Bueno..., yo..., esto..., yo quiero que venga conmigo a San Francisco, y que viva en la otra punta de la ciudad... ¿No te parece? Ni siquiera sé por qué he

venido... —Luego, en un súbito acceso de asombro boquiabierto, dijo—: Bueno..., y claro que sí, por supuesto, quería veros a tu encantadora mujer y a ti... Lo has hecho, tío... Me alegro por ti... Te sigo queriendo como siempre.
Se quedó en Nueva York tres días; e hizo apresuradamente las gestiones necesarias para volver a Frisco en tren, con su pase del ferrocarril, dispuesto a atravesar de nuevo el quejumbroso continente: cinco días y cinco noches en vagones polvorientos, y en los bancos duros de los furgones de cola de la compañía (y seguiría sin saber por qué había venido a Nueva York). Y por supuesto nosotros no tení amos dinero para comprar ninguna camioneta y no podíamos irnos con él de ningún modo. Sencillamente no tenía la menor idea de por qué había venido a Nueva York, más allá del hecho de que quería verme y conocer a mi dulce esposa (ambos estuvimos de acuerdo en que era dulce de verdad). Con Diane, que estaba embarazada, pasó una noche discutiendo y tirándose los trastos a la cabeza, y al final ella lo echó de casa. Le llegó una carta a mi dirección, y la abrí con toda intención, porque quería saber lo que estaba pasando. Era de Carolyn: «Se me partió el corazón al verte cruzar las vías con la bolsa. Rezo y rezo para que vuelvas sano y salvo... Quiero que Jack y su mujer vengan a vivir en la misma calle que nosotros... Sé que lo harás todo bien, pero no puedo evitar preocuparme... Ahora que lo tenemos todo decidido... Querido Neal, estamos a finales de la primera mitad del siglo. Bienvenido, con amor y besos, a pasar la otra mitad con nosotros. Todos te esperamos. Firmado: Carolyn, Cathy y la pequeña Jami». Así que la vida de Neal quedaba ligada a la de su esposa más constante, más encarnizada y más conocedora de su persona: Carolyn, y di gracias a Dios por ello. La última vez que vi a Neal fue en circunstancias tristes y extrañas. Henri Cru había llegado a Nueva York después de haber dado varias veces la vuelta al mundo en distintos barcos. Quería presentarle a Neal para que se conocieran. Los presenté, pero Neal ya no era capaz de hablar, y no dijo nada; y Henri se dio la vuelta y se fue. Henri tenía entradas para el concierto de Duke Ellington en el Metropolitan, e insistió para que Joan y yo fuéramos con él y su chica. Henri había engordado y estaba triste, pero seguía siendo el caballero entusiasta y ceremonioso de siempre y quería hacer las cosas como es debido, tal como quiso dejar bien claro. Así que hizo que su corredor de apuestas nos llevara al concierto en un Cadillac. Era una noche fría de invierno. El Cadillac estaba aparcado y listo para arrancar. Neal estaba en la acera con su bolsa, al otro lado de las ventanillas, a punto de irse a Penn Station a coger el tren.
—Adiós, Neal —dije—. Me gustaría no tener que ir a ese concierto.
—¿Crees que podríais llevarme hasta la calle Cuarenta? —me susurró—. Querría estar contigo hasta el último momento, amigo mío. Además, aquí en Nueva York hace un frío del demonio...
Se lo pregunté a Henri en voz baja. No, me respondió él: le gustaba yo, pero no le gustaban mis amigos. No iba a volver a estropearle la velada como habíamos hecho Allan Temko y yo en el Alfred's de San Francisco, en 1947.
—¡Ni hablar, Jack!
Pobre Henri; se había puesto una corbata confeccionada ex profeso para la ocasión: llevaba pintada una réplica de las entradas del concierto, con los

nombres de Jack y Joan y Henri y Vicki, su chica, y una serie de chistes sin gracia y algunos de sus dichos preferidos, tales como «No se puede enseñar ninguna tonada nueva al viejo maestro». Así que Neal no pudo venir con nosotros hasta Penn Station, y lo único que yo pude hacer fue arrellanarme en el asiento trasero del Cadillac y decirle adiós con la mano. El corredor de apuestas, al volante, tampoco quería saber nada de Neal, que, con el abrigo astroso y carcomido por la polilla que se había traído especialmente para las temperaturas heladoras del Este, se fue caminando solo hasta perderse en la lejanía; y la última imagen que tuve de él fue al verlo doblar la esquina de la Séptima Avenida, con la mirada hacia el frente y de nuevo dispuesto a seguir su camino. La pobre Joan, mi mujer, a la que le había contado con detalle la vida de Neal, estuvo a punto de echarse a llorar.

—Oh, no deberíamos dejar que se vaya así. ¿Qué podemos hacer?

El viejo Neal se ha ido, pensé yo. Y dije en voz alta: —No te preocupes, siempre ha sabido arreglárselas. Y nos fuimos a aquel concierto ya triste y poco apetecible, y para el que yo ya no tenía estómago, y en el que no dejé en ningún momento de pensar en Neal, en cómo habría subido al tren y cómo recorrería de nuevo los más de cuatro mil quinientos kilómetros que lo separaban de su destino, a través de una tierra pavorosa, cuando en realidad nunca llegó a saber por qué había venido a Nueva York, aparte de para verme a mí ya mi dulce esposa Joan. Y ahora se había ido. Si no hubiera estado casado habría vuelto a irme con él. Así, en esta Norteamérica, cuando el sol se pone y me siento en el viejo y ruinoso muelle del río a mirar los largos, largos cielos de Nueva Jersey, y siento toda esa tierra salvaje, que se extiende en una increíble y gigantesca vastedad en dirección a la Costa Oeste, toda esa carretera interminable, todas esas gentes que sueñan en su inmensidad, y sé que en Iowa, en este instante, la estrella vespertina irá descendiendo y proyectando sus tenues destellos sobre la pradera, lo cual tiene lugar justo antes de la llegada de la noche cerrada que bendice la tierra, oscurece los ríos, envuelve los picos en el Oeste y pliega y oculta las últimas orillas, y nadie, nadie sabe lo que va a pasarle a nadie, salvo que triste y fatalmente va a envejecer, y pienso en Neal Cassady, e incluso pienso en el Viejo Neal Cassady, el padre que jamás llegamos a encontrar, pienso en Neal Cassady, pienso en Neal Cassady...

Jack Kerouac (Lowell, Massachusetts, EE. UU., 12 de marzo de 1922 — St. Petersburg, Florida, EE. UU. 21 de octubre de 1969). Fue un escritor iconoclasta considerado uno de los pioneros de La Generación del Beat (Beat Generation) junto a los poetas William S. Burroughs y Allen Ginsberg. Kerouac es reconocido por su prosa espontánea. Su obra abarca temas como la espiritualidad católica, el jazz, la promiscuidad, el budismo, las drogas, la pobreza y los viajes. Se convirtió en una celebridad clandestina y progenitor del movimiento hippie, a pesar de estar en contra de determinadas ideologías políticas radicales.

Kerouac falleció en 1969, a los 47 años, debido a una hemorragia interna consecuencia de su alcoholismo. Desde su fallecimiento su prestigio literario



ha crecido, permitiendo la publicación de varias obras inéditas. Actualmente todos sus libros se han impreso, incluyendo The Town and the City, On the Road, Doctor Sax, The Dharma Bums, Mexico City Blues, The Subterraneans, Desolation Angels, Visions of Cody, The Sea Is My Brother y Big Sur.

notes
Notas a pie de página

1 Ocho tramos de longitud diversa (en total 36 metros de papel de calcar, del tipo utilizado por los arquitectos) recortados longitudinalmente para que se ajustaran al carro de la máquina y pegados uno tras otro hasta formar un rollo de papel continuo.

2 The Bean: monumental escultura de acero de Millenium Park. (N. del t.)

3 The Loop: zona céntrica de Chicago, rodeada de rascacielos y surcada por su tren elevado característico. (N. del t.)

4 Trabajadores itinerantes del campo (sobre todo de Oklahoma; de ahí el nombre —a veces peyorativo— de okie). (N. del t.)

5 Fifih: un quinto de galón (tres cuartos de litro). (N. del t.)

6 Doldrums: caimas ecuatoriales; languidez, abatimiento. (N. del t.)

7 Hipster: en la década de los años cuarenta, persona especialmente motivada por los nuevos patrones y tendencias no convencionales, las drogas, el jazz, etc... (N. del t.)

8 Fraternities: asociaciones universitarias de varones, con nombres formados con letras griegas, que persiguen objetivos sociales diversos y se rigen por rituales secretos. (N. del t.)

9 The Divide (the Great Divide): la Divisoria (la Gran Divisoria), las Montañas Rocosas. (N. del t.)

10 Lugares donde los yonquis compran y se inyectan la heroína. (N. del t.)

11 Snow: nieve. (N. del t.)

12 Dice leenent, cuando debería decir lenient. (N. del t.)

13 Nuts: frutos secos; loco, chiflado. To go nuts: volverse loco. Fruit: fruta; homosexual, marica. To go fruit: volverse marica. (N. del t.)

14 Nombre español. (N. del t.)

15 O de Five-and-ten: tiendas en las que todo cuesta cinco o diez centavos. (N. del t.)

16 Entre paréntesis en el original. (N. del t.)

17 Así en el original. (N. del t.)

18 Su obra Doldrums de Dakar: véase la nota de la p. 70. (N. del t.)

19 Ounce: 28,35 gramos. (N. del t.)

20 The Shrouded Stranger, literalmente, «El desconocido amortajado», poema de Allen Ginsberg, 1949. (N. del t.)

21 Tea: marihuana. (N. del t.)

22 Referencia a On a Slowboat to China, célebre canción de Frank Loesser. (N. del t.)

23 Benito Cereño: novela corta de Hermán Melville. (N. del t.)

24 Gran Papá. (N. del t.)

25 Texas and New Orleans Railroad. (N. del t.)

26 Detective privado creado por Dashiell Hammett. (N. del t.)

27 Slim Gaillard interpolaba constantemente en su discurso palabras sin sentido de su invención (como «vout», o, la más repetida, «orooni»), que acabarían ligadas para siempre a su persona e incorporadas al lenguaje jive del jazz y de los hipsters. (N. del t.)

28 Serpiente de cascabel. (N. del t.)

29 Literalmente, Boca rota. (N. del t.)

30 S...U en el original (shit, «mierda»). En España se importó el término hace ya más de tres décadas para designar el hachís, y aún se emplea a veces en la actualidad. (N. del t.)

31 Pantalones de cintura alta, anchos, acampanados... (N. del t.)

32 Close Your Eyes, Bernice Petkere, 1933. (N. del t.)

33 Un mensaje para García, de Elbert Hubbard. (N. del t.)

34 Rueda con una franja circular blanca en el costado visto, típica en los Cadillac y en alguna otra marca. (N. del t.)

35 John Philip Sousa (1854-1932): compositor y director de banda norteamericano. (N. del t.)

36 Véase la nota 20: The Shrouded Stranger, literalmente, "El desconocido amortajado", poema de Allen Ginsberg, 1949. (N. del t.)

37 Min and Bill: película de 1930 dirigida por George Hill. (N. del t.)

38 En español en el original. (N. del t.)

39 Así en el original. (N. del t.)

40 Las palabras en cursiva están así en el original. (N. del t.)

41 «Unos cuantos pies», precisa el apéndice. (N. del t.)